AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

CONTIENE

LA EXPLICACION DEL MISTERIO, Ó LA VIDA DEL SANTO DE CADA DIA, ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA EPÍSTOLA Y UNA MEDITACION SOBRE EL EVANGELIO DE LA MISA, Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Á PROPÓSITO PARA TODA CLASE DE PERSONAS.

POR EL **P. J. CROISSET**, DE LA CAMPAÑÍA DE JESUS,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS, POR EL P. J. F. DE ISLA, DE LA MISMA COMPAÑÍA

NUEVA EDICION

Aumentada con las adiciones y notas del P. CAPARROS y de los PP. CENTENO y ROJAS, con la vidas de algunos Santos nuevamente canonizados, y una noticia de otros Santos antiguos, con el Martirologio Romano íntegro; y seguida de las DOMINICAS del mismo P. J. CROISSET, traducidas por D. JOSÉ MARIA DIAZ JIMENEZ, presbitero.

ARREGLADA Y DIRIGIDA

Por Don Justo BARBAGERO, Presbitero, Doctor en Teologia, Licenciado en Canones y Catedrático de lengua hebrea de la real Universidad de Alcadá de Henares.

Adornada con láminas finas.

TOMO IX.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

1864

quietud del sagrado templo, se llegó á él, y le mandó imperiosamente en nombre de Jesucristo que enmudeciese, y que al punto dejase libre á aquella pobre criatura. Obedeció el espíritu infernal, salió del cuerpo, quedando sano el poseido, y lleno de admiracion el concurso en vista de aquel prodigio.

No obró este solo milagro. Estaba ya para espirar un infeliz á quien habia mordido una ponzoñosa serpiente, y como advirtiesen los que le rodeaban, lastimados de aquella desgracia, que san Gil salia de la iglesia, corrieron á él, suplicándole se compadeciese de aquel miserable moribundo. Tuvo lástima de él, hizo una breve oracion al Señor, y en el mismo punto quedó restituido á su perfecta salud, mirando ya á Gil toda la ciudad con respeto, con veneracion y con asombro. Sobresaltóse su humildad luego que lo advirtió; y no pudiendo sufrir el superior concepto que se hacia de su virtud, determinó desterrarse de su pais; pero mientras se proporcionaba oportunidad de embarcacion, se retiró á una isla desierta, donde se hubiera fijado á no haberle atemorizado la cercania de Atenas; consideracion que le obligó á embarcarse, haciéndose á la vela para Francia.

Duróle poco el gozo de verse en la embarcacion, donde por no ser conocido era desestimado: consuelo grande para su espíritu humilde; pero á breve tiempo le privó de él un milagro. Apenas se hallaron en alta mar, cuando se levantó una deshecha tormenta que amenazaba un inevitable naufragio: hacia el bajel agua por uno y otro costado; sobrecogida de espanto la tripulacion, no maniobraba; las olas iban á tragarse el buque. Compadecido el santo en vista de la turbacion, de los clamores y de la desolacion de los navegantes, se puso en oracion, y no bien levantó las manos al cielo, cuando se dejó caer el viento, cesó la tempestad, serenóse el cielo, y el mar se tranqui-

lizó quedando en sosegada calma. Despues de algunos dias de feliz navegacion dieron fondo en las costas de la Provenza, y noticioso nuestro santo de que vivia aun san Cesáreo, arzobispo de Arlés, á quien conocia por las voces de la fama, resolvió ir en busca suya para hacerse discípulo de tan insigne prelado, y aprender en la escuela de tan hábil maestro los caminos mas seguros de la perfeccion. Muy desde luego descubrió la penetracion de san Cesáreo toda la virtud y todo el extraordinario mérito de aquel desconocido extranjero, á quien detuvo dos años cerca de su persona, con deseo de que no se separase de su lado; ni san Gil hubiera pensado nunca en desviarse de él, á no haberle precisado á buscar algun incógnito retiro donde esconderse y sepultar aquel don de milagros que á todas partes le acompañaba, y por decirlo así, le perseguia. Sin hablar palabra al santo prelado, pasó el Ródano secretamente, y se fué como á enterrarse vivo en un espeso y horroroso bosque, no distante de su orilla. Encontró en él un santo ermitaño llamado Veredin, tan digno de respeto por su venerable ancianidad, como por su extraordinaria virtud, calificada tambien con el don de milagros. Sirvió á san Gil de inexplicable consuelo la compañía de un varon tan respetable, no solo por tener en él un maestro tan hábil como experimentado en la vida espiritual, sino tambien porque, á su modo de entender, habia encontrado el mas seguro asilo á su humildad; pues en caso de que el Señor le quisiese continuar la gracia de milagros, le seria fácil, decia Gil para consigo, atribuirlos á aquel venerable anciano á quien Dios se habia dignado conceder el mismo don. Este pensamiento le sosegó por algun tiempo; pero como vió que noticiosos los enfermos del lugar de su retiro concurrian de todas partes á encomendarse á sus oraciones para lograr la salud

por su poderosa intercesion; y como entendió ser opinion general de todos los pueblos del contorno, que despues de Dios se debia á sus merecimientos la fertilidad de un terreno infecundo y estéril hasta entonces, tomó la resolucion de esconderse tan de veras, que de una vez se pusiese para siempre á cubierto de todos los asaltos de la vanidad, y no pudiesen dar con él las diligencias humanas.

Con este pensamiento se salió de su ermita, y habiendo caminado errante largo tiempo por aquel espeso bosque, descubrió una gruta, naturalmente abierta en un horroroso peñasco, cuya boca estaba como cerrada con zarzales y con impenetrables cambroneras. Gozosísimo de haber encontrado un escondite tan adecuado á sus ansiosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando al cielo las manos y los ojos, rindió mil gracias á Dios por haberle concedido aquel dulce y suspirado retiro. Era el terreno un erial tan espantoso, tan seco y tan estéril, que apenas producia unas amargas raices con que pudiese el santo sustentarse; pero aquel Señor, que tiene tan particular cuidado de los que se entregan á su amorosa providencia con entera confianza, despues de haberlo abandonado generosamente todo por su amor, proveyó á aquella necesidad con una singular maravilla. No bien habia entrado en la gruta el santo solitario, cuando se vino arrimando á él una cierva cargada de leche presentándole los pechos para que extrajese de ellos su alimento; diligencia que repitió con inviolable puntualidad todos los dias á la misma hora. Consolado maravillosamente nuestro santo con aquel amoroso cuidado de la divina Providencia, no cesaba dia y noche de rendir tiernas gracias al Señor, cantando continuamente sus alabanzas.

Pasó muchos años san Gil en aquella dulce soledad, siendo su conversacion con Dios y con el cielo, ena-

jenado incesantemente en la contemplacion de las divinas grandezas y perfecciones, y viviendo mas como angel que como hombre mortal, cuando queriendo el Señor manifestar á los fieles aquel tesoro escondido, dispuso ó permitió que á Childeberto, rey de Francia, se le antojase ordenar una batida de caza por aquel bosque, que comunmente se juzga inhabitable. Encontraron dichosamente los cazadores la misma cierva que alimentaba á nuestro santo, y la acosaron tan vivamente, que, fatigado y rendido el perseguido animal, se refugió en la cueva de san Gil, arrojándose á sus piés casi sin respiracion, interceptado el aliento, mientras la jauría, que ya iba á los alcances, se paró inmoble en lo mas vivo de la carrera, sin atreverse á forzar la entrada de la gruta. Admirados los cazadores de ver parados á los perros, dispararon algunas flechas por entre la espesura de las zarzas, una de las cuales hirió gravemente á san Gil. Llegada la noche y haciéndose conversacion en presencia del rey de los lances de la caza, citándose como verdaderamente extraordinario el de la cierva, quiso Childeberto forzar él mismo al dia siguiente aquel paraje, y examinar en qué pudo consistir la no acostumbrada inmobilidad de los perros. Desmontóse el matorral, y quedaron todos como atónitos cuando descubrieron al santo con la cierva echada á sus piés, sin que los perros, por mas que los azuzaban, pudiesen jamás acercarse al sagrado de la gruta; pero el rey con reverente veneracion y respeto se llegó al santo solitario, y le preguntó su nombre, su país y el modo que tenia de vivir en aquella espantosa soledad. Prendado de sus prudentes respuestas, y movido de su heróica santidad, le ofreció ricos presentes; pero el santo se lo agradeció con humildad, y los rehusó con modestia, diciendo que de nada tenia necesidad, cuando la amorosa providencia del Señor

habia cuidado de sustentarle por tan largo tiempo con la leche de aquel inocente animal. Notó entonces el rey la sangre que corria por debajo de su pobre ropa, y reconociendo que estaba herido, quiso que sus cirujanos le curasen; pero el siervo de Dios nunca lo consintió, diciendo no queria malograr aquella acasion de padecer, y que antes bien se afligiria mucho si se cerrase presto la herida.

Admirado Childeberto de la eminente virtud de aquel hombre portentoso, no dejó pasar dia alguno sin ir á tener con él un rato de piadosa conversacion, y cada vez se despedia mas asombrado y mas hechizado de su rara santidad. Viéndole siempre inaccesible y constante siempre en no admitir los preciosos dones con que le brindaba, le dijo el rey en una ocasion que á lo menos le habia de declarar qué cosa podia hacer en aquel sitio que fuese mas de su gusto. Respondióle el santo que nada podia hacer mas del agrado de Dios, ni de mayor provecho para todo el pais, que fundar en aquel mismo paraje un monasterio, donde se observase con todo rigor la misma estrecha regla que se observaba en los monasterios de la Tebaida. No necesitó Childeberto de que se lo recordase mas. Fundóse el monasterio con toda la posible prontitud, y luego se llenó de excelentes sugetos que concurrian en tropas, ansiosos de vivir bajo la direccion de san Gil, á quien se obligó á encargarse de su gobierno, á pesar de toda su repugnancia; y desde entonces se vieron florecer en aquel desierto los mismos prodigios de penitencia, de oracion, y de todas las demás virtudes que hasta alli solo se admiraban en los páramos de la Tebaida y en los yermos arenales de Egipto.

Estando el rey en Orleans, y teniendo necesidad de los consejos del santo abad, le mandó ir á la corte, y fué su viaje una continuada serie de milagros, que

hicieron famoso su nombre en todo el reino de Francia; pero el mas ruidoso y el mas útil de todos ellos fué la conversion del mismo rey. Hallábase gravada su conciencia con un pecado grave, que no se resolvia á confesar; y refiere san Antonino, autor de la vida de nuestro santo, que un dia le pidió aquel monarca con particular instancia que le encomendase á nuestro Señor. Hízolo san Gil, y estando en oracion clamando á Dios por el rey, tuvo una vision en que se le apareció un ángel que le dejó un billete sobre el altar, asegurándole que el Señor le habia oido. Tomó san Gil el billete, llevóle al rey, y habiéndole este leido, halló en él que Dios, movido de las oraciones del santo, queria misericordiosamente perdonarle aquel pecado, con tal que le confesase é hiciese penitencia de él. Ejecutólo el arrepentido monarca, siendo su conversion visible efecto de las oraciones del siervo de Dios.

Restituido el santo abad á su monasterio, pasó algun tiempo en él dedicado al ejercicio de todas las virtudes, hasta que su devocion le movió á emprender un viaje á Roma para visitar el sepulcro de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo. Hizo cuanto pudo para estar desconocido en aquella ciudad, pero su misma virtud le manifestó. Queriendo el papa verle, le recibió no solo con agrado, sino con veneracion, regalándole dos estatuas de los santos apóstoles. Refiere el mismo san Antonino que, lleno de confianza san Gil, entregó al Tiber las dos estatuas, que eran de ciprés, y que, cuando llegó á su monasterio, ya las estatuas habian llegado. En fin, despues de haberle gobernado por muchos años con tanta prudencia y con tanta edificacion, que por largo espacio de tiempo fué seminario de santos, lleno de dias y de merecimientos, murió con la muerte de los justos el dia primero de setiembre, hácia el fin del sexto siglo.

Al ruido de la multitud prodigiosa de milagros que obraba Dios en su sepulcro por su poderosa intercesion, concurrió á aquel sitio tanto número de gente, que se formó una ciudad, á la que se le dió el nombre de San Gil. El monasterio perteneció por largo tiempo á los Benedictinos; pasó despues á los monjes Cluniacenses, y al cabo fué secularizado. Reposó en él el santo cuerpo, hasta que por las turbaciones que excitaron los albigenses en el pais, se vieron obligados los católicos á trasladarle á Tolosa, donde es reverenciado en la iglesia de San Saturnino dentro de una preciosa urna.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el bajo Lenguadoc, san Gil, abad y confesor.

En Benevento, doce santos mártires, hermanos.

En Palestina, san Josué y san Gedeon.

En Jerusalen, santa Ana, la profetisa.

En Capua en el camino de Leau, san Prisco, mártir, uno de los discípulos de Jesucristo.

En Reims de Francia, san Sixto, discípulo del apóstol san Pedro, quien, consagrado por el apóstol como primer obispo de la misma ciudad, recibió la corona del martirio bajo el poder de Neron.

En Todi de Umbria, san Terenliano, obispo y mártir, que, bajo el emperador Adriano y por órden del procónsul Leciano, fué entregado á los tormentos del potro y de los escorpiones; luego le arrancaron la lengua, y por último le cortaron la cabeza, adornándosela de este modo con la corona del martirio.

En Neraclea, san Amon, diácono, y cuarenta santas vírgenes, á quienes instruyó en la fe, y á quienes condujo consigo á la corona del martirio bajo el tirano Lezino.

En España, san Vicente y san Ledo, mártires.

En Populonia de Toscana, san Reol, mártir, el cual,

llegado de Africa, consumó su martirio en aquella ciudad.

En Sens, san Leu, confesor, de quien se cuenta que, estando un dia en el altar asistido de todo su clero, cayó del cielo una piedra preciosa dentro de su santo cáliz.

En Capua, san Prisco Segundo, obispo, quien fué uno de los presbíteros que en la persecucion de los Vándalos fueron atormentados de diferentes maneras por la fe católica, y embarcados en un barco viejo, aportaron de Africa á las costas de la Campaña. Habiéndose dispersado por aquella provincia, y administrado algunas iglesias, propagaron maravillosamente la fe católica. Tuvo por compañeros á san Castreuso, san Jumaro, san Rosio, san Heraclio, san Segundino, san Adjutor, san Marco, san Augusto, san Elpido, san Convon y san Vondonio.

En Aquino, san Constancio, obispo, célebre por el don de profecía y sus muchas virtudes.

En el Mans, san Victorio, obispo.

En tierra de Constancia en Baden, santa Verena, vírgen.

En Poitiers, san Justino, obispo.

En Amiens, san Fermin, confesor, obispo.

En Berry, san Pláisis, confesor.

En Cesarea de Capadocia, los santos mártires Longino y Afrodisio el carcelero.

Cerca de Ecija en España, el tránsito de la venerable Florentina, hermana de san Leandro y de san Isidoro de Sevilla.

En la villa llamada Santo Sepulcro en Italia, san Arcan, eremita.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Ægidii abbatis	Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado

commendet; ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

san Gil abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduria.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo, y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introdujo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

« Muchas veces se ha hecho mencion del autor de » este libro del Eclesiástico, el cual en este capítulo » hace el elogio de Moisés, y despues prosigue con » el de Aaron y con el de Finees. Estos elogios con» vienen perfectamente á la mayor parte de los santos » de la ley de gracia, por lo que no se debe extrañar » que con tanta frecuencia se repita una misma epis» tola en sus festividades. »

Hizole santo por su fe y por su apacibilidad. Es decir, llenóle de una fe viva, y le dotó de una mansedumbre inalterable, á prueba de todas las contradicciones, capaz de hacerle dueño del corazon y de los cariños de todos. Es la mansedumbre cierta bondad, cierta calma, cierta moderacion del alma, naturalmente inclinada á hacer todo el bien que pueda en alivio y por complacencia de su prójimo. Es una virtud inseparable de la verdadera humildad, y por lo mismo es tan rara en el mundo. No es muy compatible con las pasiones, á manera de aquellas flores delicadas, que solo se dan en un terreno puro, limpio y cultivado, despejado de zarzas, espinas y matorrales que las ofenden y las sufocan. Es propiamente la prenda de las bellas almas, disposicion natural para todas las demás virtudes, y tan esencial á lo que se llama virtud, que sin ella no la puede haber verdadera. No por cierto; no hay virtud cristiana, donde no hay este espíritu de mansedumbre y de dulzura. El mismo Salvador declara por falso (1) y por espurio el mas ardiente zelo de la mayor gloria de Dios cuando no está acompañado de ella: *No sabeis de qué espíritu sois*, decia el Hijo de Dios á dos de sus amados discípulos cuando le pidieron licencia para hacer bajar fuego del cielo que redujese á cenizas los samaritanos, porque no le quisieron recibir. El mas famoso y el mas parecido retrato del Salvador que delineó el profeta Isaías, apenas tiene rasgo ó pincelada que no se dirija á copiar su mansedumbre y dulzura, tanto, que en sola esta virtud parece consistia todo su carácter. *Ves aquí mi siervo*, dice Dios por Isaías, hablando del Redentor (2), *ves aquí mi siervo, á quien yo defenderé; ves aquí mi escogido, en quien mi alma tiene*

(1) Luc. 9. (2) Cap. 42.

puesta toda su complacencia; yo derramaré mi espíritu sobre él, y él hará justicia á todas las naciones: no gritará, no será aceptador de personas, no se oirá su voz en las calles, no hará pedazos una caña ya quebrantada, no apagará una mecha que está humeando. Ofrecióse, dice en otra parte el mismo profeta (1), *ofrecióse, porque él mismo se quiso ofrecer voluntariamente. Será conducido á la muerte como una oveja cuando la llevan al matadero, y estará callado, sin abrir la boca, como un corderito mudo en manos del que le trasquila.* Ningun santo hubo que no imitase este mansisimo modelo. A los mansos dispensará sus gracias, dice el Sabio: *Mansuetis dabit gratiam.* Levantóse Dios, dice David, para hacer misericordia y para salvar á todos los mansos de la tierra (2): *Ut salvos faceret omnes mansuetos terræ.* Sé manso y apacible con todo el mundo, decia el Apóstol á su amado discípulo Timoteo (3): *Audiant mansueti, et lætentur,* exclama el profeta David. Oigan, alégrense los mansos y los apacibles, pues poseen una virtud que es como la base de todas las demás. Cuando hay falta de mansedumbre y de dulzura, es muy de temer que las demas virtudes que se ostentan sean solo una máscara, una engañosa figura de virtud. Si esta es verdadera, ignora absolutamente todo lo que es hiel y amargura. Aquel humor inquieto y enfadoso; aquel humor desabrido, áspero y duro de muchos que se figuran devotos, está publicando su total falta de virtud, ó por lo menos la muy poca que tienen. El mismo zelo amargo, violento, picante y ofensivo está descubriendo el verdadero motivo del ardor que los abrasa. Juzgan erradamente que es calor nativo y saludable la que es una fiebre maligna y consumidora. Recorre con la consideracion todas las sectas de los herejes, y en todas ellas hallarás un zelo devorador,

(1) Cap. 53. — (2) Psal. 75. — (3) Psalm. 53.

que respira amargura y crueldad. Solo en la religion católica sabe componer el zelo de la gloria de Dios un verdadero ardor con una dulzura inalterable. No se disimula en ella el pecado, pero tampoco se irrita ni se exacerba el ánimo del pecador. No se curan las llagas con vinagre ni con solo vino, siempre entra el aceite en la confeccion del bálsamo que las sana, las cierra y las cicatriza.

El evangelio es del cap. 19 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cùm sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesus: Hé aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibiremos? Y Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dejare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna...

MEDITACION.

DE LOS FALSOS GUSTOS DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo, hablando con propiedad, es la region de los gustos falsos y engañosos. Es un

terreno que solo lleva frutos amargos, regados por lo comun con tristes lágrimas. A los ojos todo es brillantez, todo es esplendor; pero el gusto hace un juicio muy diferente: esas exterioridades tan risueñas y esas entradas tan floridas no admiten otro riego que el que les comunica un torrente de llanto y de amargura. Es cierto que no será fácil persuadir esto á los jóvenes, los cuales de ordinario solo se gobiernan por los ojos y por los oidos; pero ¡qué diferentemente piensan los que ya las han gustado, y hablan por experiencia! Así es que en el mundo todo suena, todo grita gustos, placeres, diversiones y entretenimientos; este es el eco que resuena en todas partes; pero ¿encontróse jamás en el mundo un solo gusto, una sola diversion que fuese sólida y verdadera? Todos los mundanos dicen que están contentos; pero ninguno lo está: y añado, que ni verdaderamente lo puede estar mientras no nazca su contento del mismo fondo de la buena conciencia, ó mientras busque su satisfaccion en cualquiera otra parte fuera de Dios. Todo el mundo está sembrado de cruces, todo está lleno de espinas; no se descubren, ó salen poco hácia afuera, porque el mundo es la region del disimulo, siendo esta la primera leccion que se aprende en su escuela, y un arte en que son maestros casi todos los mundanos. Tal se está riendo en la apariencia que tiene despedazado el corazon, y está reventando por llorar; pero es menester llevar hasta el cabo el disimulo y la comedia. Todos representan el papel de alegres y de contentos; pero ni siquiera hay uno de aquellos que se entregan á sus pasiones que no sea infeliz y triste víctima de ellas. Todo el gusto que se experimenta en esta farsa es el engañar á los demás, el ocultarles hasta la sospecha de la mas mínima amargura. Digámoslo mas breve: no hay otro gusto que el de querer persuadir que le hay. Sin embargo, tiene tambien

el mundo sus dias alegres; no todos son turbados, algunos amanecen despejados y serenos, es verdad; pero ¿cuántos se han visto en él perfectamente tranquilos? La misma posesion de lo que se deseaba con mayor ansia, y de lo que se amaba con mayor ternura disgusta y cansa. Son las pasiones las que causan los gustos, ó á lo menos los prometen; pero ninguna es capaz de dar uno que sea verdadero, sólido y puro. Su insaciabilidad es el tormento del corazon humano. ¿Qué avariento se vió nunca que se diese por satisfecho con sus ganancias; ni qué ambicioso que se contentase con su puesto? ¿Viéronse nunca los grandes, iguales en esto á los mas pequeños, que se declarasen plenamente satisfechos con su elevacion, con sus diversiones y con sus pasatiempos? Pero si están contentos con los que tienen, ¿porqué buscan otros nuevos cada dia? El disgusto es el que los trae tan inquietos; ese fondo de inquietud, que no son capaces de agotar, es el que los solicita á buscar incesantemente nuevos arbitrios para sufocar en el tumulto sus enfados. ¡Cosa extraña! Todos palpan esta verdad experimental, y apenas hay quien quiera convenir en ella. Los placeres de los mundanos y de todos aquellos que viven segun el espíritu del mundo, como son placeres de los sentidos, son incapaces de tranquilizar un corazon que no fué criado para los bienes sensibles. Sean cristianos el entendimiento y el corazon, y presto se desengañarán de la falsedad de esos gustos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no es posible haya verdaderos gustos en el mundo, atendida la causa que los produce, el motivo que los anima, y las consecuencias que se siguen, las cuales siempre son tristes, dolorosas y funestas. Las únicas que prometen los gustos que se

buscan en el mundo son las pasiones; no hay que buscar otro orígen á esta solicitud, pues no se encontrará. ¿Y quién no sabe por su propia experiencia que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre, fecundo manantial de todos sus disgustos? ¡Qué dichosos seríamos, qué sosegados viviríamos si lográramos librarnos de la tiranía de las pasiones! Solo las sujeta la gracia de Dios, solo las doma una consumada virtud; el mundo y la imaginacion las fomentan. Temores, sobresaltos, zelos, inquietudes, pesadumbres, despiques, rabias, desesperaciones, ciertamente no reconoceréis otro principio. Disimúlese todo cuanto se quiera, tómese cada dia nueva máscara, encante en hora buena la multiplicacion de las diversiones, aturda y atolondre el tumulto de los pasatiempos, embelesen y alucinen los diferentes semblantes que presenten; siempre es verdad que en todo y por todo se derrama una amargura interior que todo le llena de acíbar. Puédese suspender por algun tiempo el dolor que despedaza el alma; pero dura poco el encanto. Luego que se sosiega el tumulto, en acabándose la comedia y el papel que en ella se representó, por mas que se haga, se siente el vacío del corazon, y vuelve el alma á sus congojas, á sus inquietudes y á sus cuidados. Procúranse embotar las puntas que punzan y penetran, es verdad, pero siempre se percibe el dolor; se hace lo posible para sosegar la inquietud con la esperanza de los nuevos pasatiempos que se idean, siempre se prometen mas dulces que los antecedentes. Y esta es toda la sustancia de esos gustos y de esas diversiones en que consiste toda la felicidad de las gentes del mundo y de las almas poco cristianas; pero todos los artificios que el amor propio y las pasiones ponen en movimiento, no son capaces de borrar de la memoria el pensamiento de la muerte, acompañado de crueles remordimientos. Pregunto: esos hombres

disolutos, esas mujeres del mundo, esas gentes ó esos esclavos de las diversiones y de los gustos ¿conservan su despejo, su aire jovial y su buen humor hasta el fin de la vida? ¡Ah, que ninguno rió nunca hasta la muerte! entonces se recurre al arrepentimiento y á las lágrimas. Pues, mi Dios, ¿qué atractivo pueden tener unos gustos de que al cabo es preciso arrepentirse? Aquel impío que se olvidó de Dios en todos sus pasatiempos; aquel hombre distinguido, menos por su calidad que por sus continuas fiestas y diversiones; aquellas mujeres embebidas en el espíritu del mundo, que miraban con lástima á las que tenian una vida cristiana y recogida; todas esas personas, cuyas costumbres fueron enteramente paganas, ¿se atreven á sostener constante su carácter hasta la sepultura? Y si tienen la desgracia de continuar con su insensibilidad y con su dureza hasta el lecho de la muerte, ¿quién las salva? ¿cuál será su suerte por toda la eternidad?

Dignaos, Señor, de quitar las cataratas de los ojos á todos los que van por un camino que infaliblemente los conduce á la última desdicha. Pero ¿y de qué me serviria á mí, ó dulce Salvador mio, haber hecho todas estas reflexiones? ¿de qué me serviria estar plenamente convencido de la falsedad, de la vanidad y aun del maligno veneno que se encierra en todas las vanas alegrías del mundo, si todavía me dejase embriagar de ellas? Concededme, Señor, vuestra gracia, para que eficazmente desengañado de estos falsos pasatiempos, eternamente los repruebe, y me aparte de ellos para siempre jamás.

JACULATORIAS.

Averte oculos meos ne videant vanitatem. Salm. 118.

Apartad, Señor, mis ojos y mi corazon de todos estos vanísimos pasatiempos.

Risum reputavi errorem, et gaudio dixi : quid frustra deciperis? Eccl. 2.

Tuve siempre por locura todas las risas del mundo, y reputé sus falsas alegrías por trampantojo de las gentes.

PROPOSITOS.

1. No te has de contentar con declamar contra los pasatiempos del mundo, pues que no hay condenado en el infierno que no grite contra ellos mas altamente que tú. Conoces su vacío y su vanidad, estás convencido de su falsa brillantez y de la amargura que se esconde en aquella bella corteza que engaña con la apariencia; pues no caigas en el lazo; y habiendo descubierto el error, no quieras ser parcial suyo. Toma desde este mismo punto una eficaz resolucion de desterrarte para siempre de todas las fiestas mundanas, y huye con generosidad de todos esos profanos pasatiempos, copiosos é infalibles manantiales d etantas miserables caidas. Bailes, comedias profanas, espectáculos, saraos, diversiones, escollos ordinarios de la inocencia, queden perpetuamente entredichos para ti desde este mismo momento. Ni te contentes con prohibirte todas esas diversiones emponzoñadas; has de emplear todas tus fuerzas, toda tu autoridad y toda tu industria en desviar cien leguas de ellas á todos aquellos que dependieren de ti, sin ceder un punto en esta resolucion por ninguna razon, pretexto ni motivo. En todo tiempo, debe mirar un cristiano con horror aquellas diversiones que eran propias de los gentiles, cuando en ellas se vulnera la religion, ó se fomenta la relajacion de las costumbres.

2. Siempre que se ofrezca la ocasion, declárate en favor del espíritu y de las máximas de Jesucristo contra las máximas y el espíritu del mundo. Ya que este tiene

tantos partidarios y tantos abogados que pierden el tiempo alegando en defensa de sus errores, razon es que Jesucristo tenga tambien fieles siervos que salgan con valor á la defensa de sus máximas y de sus verdades. Dí, pues, con toda resolucion que condenas los bailes, los espectáculos y toda diversion profana, contraria á las máximas del Evangelio y al espíritu de Jesucristo.

DIA SEGUNDO.

SAN ESTÉBAN I, REY DE HUNGRÍA.

Hácia el año 372 del nacimiento de Cristo, los Hunos, pueblo de la antigua Sarmacia, junto á las márgenes de la laguna Meotis, saliendo de su pais en número de un millon y novecientos mil hombres, conducidos por el famoso Atila, fueron á establecerse en la Hungría, y le comunicaron su nombre. Despues de muchas revoluciones, en las cuales fueron expelidos del pais, volvieron por la cuarta vez á él por los años de 970, y fundaron una especie de monarquía, que fué gobernada por sus soberanos con el título de duques, siendo Geysa el cuarto príncipe de la nacion, que reinó en ella con este título. Era pagano, y naturalmente severo con los suyos; pero suave, benigno y apacible con los extranjeros, á quienes recibia con agasajo, y honraba con su benevolencia; y como por la mayor parte eran cristianos, enamorado de sus buenas costumbres, y prendado de sus conversaciones, formó un alto concepto de la religion que profesaban. Noticioso san Adalberto, obispo de Praga en Bohemia, de lo bien dispuesto que estaba el ánimo del duque, determinó anunciar la fe en los estados



S. ESTÉBAN,

REY DE UNGRIA

de Hungría; y no bien le oyó Geysa, en las primeras conferencias, cuando él mismo se declaró la mas ilustre conquista del apostólico prelado. Instruido por san Adalberto, recibió de su mano el santo bautismo con la duquesa su esposa, que se llamaba Sarloth, y con otros muchos señores de la corte; quedando transformado el duque en otro hombre con la gracia de aquel primer sacramento.

A la duquesa, con la de su conversion, se le comunicó tambien el don de una sobresaliente virtud, y con esta un ardentísimo deseo de desterrar de toda Hungría el paganismo, á cuyo zelo no era inferior el del duque. Ocupada enteramente un dia la imaginacion de la piadosa duquesa en discurrir medios para lograr sus religiosos intentos, se quedó dormida; y apareciéndosele en sueños san Estéban protomártir, le aseguró que presto daria á luz un hijo, destinado por el cielo para poner en ejecucion la grande empresa que ella y su marido tenian tanto en el alma; pues no solo seria el primer rey, sino tambien el apóstol de toda la nacion húngara.

Tardó muy poco en ser completo este gozo, por el nacimiento de aquel hijo feliz que vió la luz del mundo el año de 978, y en el bautismo se le dió el nombre de Estéban. No perdonaron los piadosos duques medio ni diligencia alguna para que el príncipe fuese educado en las mas santas máximas de nuestra religion, y en los mas tiernos y devotos afectos de las virtudes cristianas; poniendo igual esmero en buscarle maestros excelentes que le cultivasen el entendimiento, instruyéndole en las letras y ciencias humanas. Habia dotado el cielo al tierno príncipe de tan bellas disposiciones para la virtud, concediéndole un corazon tan noble, tan generoso y tan recto, con un ingenio tan penetrante, y al mismo tiempo tan dócil, que dejó muy poco á nada que hacer á los cuidados

de la educacion, y fueron tan rápidos sus progresos en las ciencias y en la piedad, que ya en aquellos tiernos años era reputado por el príncipe mas cabal que se conocia en su siglo.

Fué su maestro el mismo san Adalberto, quien se dedicó á formar aquel tiernecito corazon, que supo aprovecharse maravillosamente de sus santas instrucciones. Estas se reducian á las máximas puras del Evangelio, de que le daba leccion todos los dias, y el niño Estéban les tomó desde luego tanto gusto, que nunca supo despues acomodarse con otras. Casi desde la cuna descubrió aquella tierna devocion á la santísima Vírgen, que con el tiempo le movió á erigir en su honor tantos y tan magníficos templos. Sus diversiones eran la oracion, y á los ejercicios espirituales se reducian los ejercicios de su niñez. En todas las córtes de Europa apenas se acertaba á hablar de otra cosa que de la virtud del príncipe de Hungría, y hasta sus mismos vasallos, aunque paganos, y naturalmente feroces y groseros, le miraban con admiracion, y le amaban con ternura, ganándoles el corazon aquella dulzura, aquella afabilidad, aquellos nobles y gratísimos modales, con aquella inagotable caridad que ejercitaba con todos los pobres; de manera que, siendo la veneracion de los grandes, era el hechizo de los pueblos. En vista de una prudencia tan anticipada, y de una virtud tan sobresaliente, resolvió el duque su padre asociarle al gobierno del estado, aunque contaba solos quince años, descargando en sus tiernos hombros el peso de los mas graves y mas importantes negocios.

Faltóle en un mismo año, que fué el de 997, el duque su padre y su maestro san Adalberto, por lo que se vió precisado á cargar solo con el gobierno de todos sus estados, no obstante de hallarse como á la primera entrada de su florida juventud. Fué su pri-

mera diligencia asegurar una paz sólida con todos los príncipes vecinos, con el fin de desviar todo embarazo á la ejecucion del glorioso intento que formó inmediatamente de desterrar, si pudiese, de sus dominios hasta la memoria del paganismo. Dió principio á esta grande empresa reformando las costumbres de sus vasallos, y aboliendo todos los usos y estilos que todavía respiraban su natural barbaridad. Juntaba ya á unos, ya á otros en su palacio, y él mismo los instruia, uniendo con las funciones de soberano los ministerios de apóstol. Irritados furiosamente los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuirse su autoridad y sus rentas al paso que se multiplicaban las conversiones, amotinaron á los paganos que componian la mayor parte de la nacion, persuadiéndolos á que tomasen las armas contra el jóven duque. Tenian á su frente al conde de Zegzard, el cual, considerándose con bastantes fuerzas para disputarle la soberanía, levantó un numeroso ejército, y marchó á poner el sitio á Vesprin, que era la principal plaza de Hungría, despues de Strigonia. El duque por su parte tambien levantó tropas compuestas todas de cristianos; pero en tan corto número, que naturalmente no podian resistir á la prodigiosa multitud de los rebeldes. Érale muy fácil al piadoso duque vivir en paz con sus vasallos, sin otra diligencia que dejar á los infieles proseguir tranquilos en el ejercicio de su ciega idolatría; pero pudieron mas en su religioso corazon los motivos de la religion, que las razones de estado. Lleno, pues, de confianza en la asistencia de aquel Señor, por cuya gloria combatia, habiendo puesto su persona y su reinado bajo su poderosa proteccion, imploró fervorosamente su favor; y aunque con fuerzas tan desiguales, marchó á buscar al enemigo, y le presentó la batalla, que fué obstinada y sangrienta. Era el virtuoso duque tan valeroso como santo, y

trabada la accion, acreditó bien su valor, exponiendo á los mayores peligros su persona. Hallábase en todas partes donde era mayor el riesgo, y en todas iba siguiendo á su valerosa espada la victoria. Fué tan completa, que los rebeldes quedaron enteramente derrotados; su general el Cap, conde de Zegzard, muerto y tendido en el campo de batalla, y todo aquel numeroso ejército de amotinados desbaratado. Atribuyó el santo duque toda la gloria del triunfo al Señor Dios de los ejércitos, y despues de haber mandado que se le tributasen solemnes gracias en todos sus dominios, erigió en el mismo campo de batalla un magnífico monasterio.

Libre ya de todos los estorbos, dedicó toda su atencion á desterrar de todos sus estados hasta las reliquias de la idolatría, haciendo venir de todas partes zelosos religiosos que predicasen el Evangelio; y como el virtuoso príncipe se hallaba siempre al frente de aquellos apostólicos obreros, fué portentoso el suceso, y en breve tiempo fué universal la conversion del pais. Luego que tuvo el consuelo de ver cristianos á todos sus estados, los dividió en doce diócesis, destinando á Strigonia para silla arzobispal y metropolitana, cuyo plan remitió á Roma para que le aprobase la santa sede, á quien despachó una solemnísima embajada, nombrando por jefe de ella á Atico, ó Anastasio, abad benedictino. Reducianse sus instrucciones á que en nombre del duque rindiese la obediencia al papa Silvestre II, suplicándole tomase bajo la proteccion de la santa sede aquellos estados, nuevamente convertidos á la religion cristiana; dignándose confirmar lo que el duque habia arreglado acerca de la religion en sus dominios de Hungría, y rogándole tuviese á bien que tomase el título, las insignias y los honores de rey, para promover con mayor autoridad lo que el tiempo y las ocasiones

le permitiesen hacer en beneficio y propagacion de la fe.

Llegó el embajador á Roma poco despues que habian entrado en ella los de Boleslao, duque de Polonia, que, habiéndose convertido con toda su nacion treinta años antes á la luz del Evangelio, tenia entablada la misma pretension. Ya habian logrado audiencia de su Santidad los embajadores de Boleslao, y ya el papa queriendo premiar los grandes servicios que habian hecho á la religion él y su padre Micislao, tenia prevenida una rica corona de oro para enviarla al duque de Polonia; pero habiendo oido por boca de Anastasio en la audiencia que le concedió todo lo que habia obrado el duque Esteban en tanto aumento de la fe, determinó darle á este la preferencia. Concedióle, pues, el título y la dignidad de rey, enviándole la corona: á lo que añadió el regalo de una rica cruz, para que la hiciese llevar siempre delante de sí, autorizando con una bula todo lo que habia dispuesto, así en los obispados, como en los obispos presentados por él para gobernarlos, y reconociéndole por apóstol de su nuevo reino.

Habiendo recibido Estéban las insignias de su nueva majestad, convocó en Strigonia todos los prelados del reino con la nobleza del país, y recibió la sagrada real uncion de manos de los mismos prelados; y reconociendo que toda legítima potestad desciende originariamente del mismo Dios, y que á sola su piedad debia la corona, se hizo á sí mismo y á sus sucesores feudatarios de la santa sede apostólica.

La felicidad de tan gloriosos sucesos suscitó zelos en algunos príncipes vecinos, que, no acertando á mirar con buenos ojos aquel aumento de grandeza, se coligaron para sufocar en la cuna la reciente monarquía. El príncipe de Transilvania, olvidado del estrecho parentesco, pues era primo del rey, entró

armado por sus tierras, haciendo en ellas grandes daños. Marchó contra él san Estéban con las tropas que pudo juntar tumultuariamente, atacóle, derrotóle, y le hizo prisionero, sin querer otro rescate por su libertad que su conversion y la de sus pueblos. Los Búlgaros le dieron mas en que entender: porque le hicieron la guerra con mayores fuerzas, pero con tan infeliz suceso como los Transilvanos, pues al cabo los venció ó los humilló, obligándolos á pedirle la paz, que les concedió, sin aprovecharse demasiado de su victoria. Contrajo una estrecha alianza con el emperador san Enrique, casándose con su hermana Gisela, princesa de extraordinaria virtud, que parecia haberla destinado singularmente para él la divina Providencia, por lo que no era posible matrimonio mas cabal. Nunca tuvo la reina otras inclinaciones que las del rey, el mismo zelo por la religion, los mismos ejercicios espirituales, la misma devocion, la misma liberalidad con las iglesias, y la misma caridad con los pobres.

Restituida la tranquilidad á todo el reino, convirtió el rey toda su aplicacion á procurar la felicidad de sus vasallos, á reformar los abusos, y á no omitir medio alguno para que cada dia floreciese mas la religion y la piedad.

Siendo su virtud sobresaliente, y como la mas favorecida entre todas, aquella tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen, á quien siempre apellidaba *su soberana Señora*, título que despues se hizo hereditario y familiar en todos los Húngaros, erigió en su honor un suntuoso templo en la ciudad de Alba, que comenzó á llamarse la *Real*, por haberla escogido el santo rey para su ordinaria residencia, y porque los reyes sus sucesores se coronaban despues en su iglesia de la Madre de Dios, escogiéndola tambien para su panteon ó sepultura. Apenas hubo

provincia alguna en sus estados, ó ciudad considerable en las provincias, donde el piadoso monarca no fundase algun monasterio, no erigiese alguna iglesia, ó no dotase algun hospital. Ni su real piadosa liberalidad se estrechó precisamente en los límites de su reino: extendióse tambien á los extraños, fundando iglesias y hospitales para los Húngaros en Roma, en Jerusalen y en Constantinopla. Dedicado únicamente á procurar que floreciese la religion en sus dominios, á exterminar los vicios y los abusos, á solicitar que en todas partes reinase la justicia y la piedad, y á promover por todos los medios posibles la felicidad de sus vasallos, promulgó leyes prudentísimas para desterrar de ellos las bárbaras costumbres, y para cortar con la severidad de las penas los robos, los homicidios, los adulterios, las blasfemias, y todo género de impiedades y disoluciones; formando una especie de código para mayor permanencia de estos reglamentos, en que comprendió debajo de cincuenta y cinco títulos ó capítulos las mas saludables leyes. Habiendo nacido con él, por decirlo asi, la caridad y la misericordia con los pobres, tomó debajo de su real proteccion á las viudas y á los huérfanos, proveyendo con una liberalidad, de que hay pocos ejemplares, á la subsistencia de las familias necesitadas, todo con tanto órden, con tanta prudencia y con tanto acierto, que se decia comunmente que en su dichoso reinado no habia pobres en Hungría.

Queriendo en cierta ocasion tener el consuelo de dar la limosna por sus mismas reales manos, se disfrazó para no ser conocido. Luego que le vieron los primeros pobres con un bolsillo lleno de dinero, que llevaba para repartirle entre ellos, se echaron sobre él brutal y atrevidamente, arrojáronle en el suelo, patearonle, maltratáronle, y arrancándole el bolsillo con violencia, se pusieron en precipitada fuga.

Dejóse ultrajar el santo rey sin despegar siquiera los labios: y levantándose todo cubierto de lodo, no menos que de contusiones por la violencia de los golpes, vuelto á la santísima Vírgen, su querida Madre, le habló de esta manera: *Bien veis, ó reina de los cielos, mi soberana Señora, cómo han tratado vuestros soldados al que vos os dignásteis de hacer rey: si esto lo hubieran hecho los enemigos de la religion, ya veria yo lo que habia de hacer con ellos; pero siendo obra de los criados de vuestro Hijo, y mi dulce Salvador, recibo con alegria esta aventura, y os doy gracias por ella.* Con efecto, toda la satisfaccion que tomó de aquella brutalidad fué hacer mayor limosna á los mismos mendigos.

Empleaba la mayor parte del dia en los negocios de la religion, del estado y de la justicia, que administraba á sus pueblos por sí mismo. Nunca hubo príncipe mas accesible: daba audiencia á todos y en cualquiera hora, pero eran preferidos en todo caso los pobres; por lo que era dicho comun, que los Húngaros tenian un soberano que mas era su padre que su rey. Todos los dias asistia al santo sacrificio de la misa con tanto respeto, con tanta modestia y con tanta devocion, que la infundia en todos los circunstantes, consagrando las demás horas que le quedaban desocupadas al ejercicio de buenas obras; y decia con gracia que esta era su caza, este su juego y estas sus diversiones. La mayor parte de la noche la empleaba en la meditacion y en la oracion, menos las vísperas de comunion que eran muy frecuentes, las cuales las pasaba todas en vela. Correspondian sus penitencias al fervor y á la inocencia de su vida; siéndole muy familiares los ayunos, los cilicios, los instrumentos de mortificacion y la maceracion del cuerpo, tanto, que no pocas veces descubrió Dios con prodigios sus mas secretas mortificaciones.

Siendo san Estéban tan agradable á los ojos del Señor, no le podian faltar trabajos y adversidades. Padeciólas muy penetrantes y muy vivas, las que acrisolaron su virtud con las mas sensibles pruebas. Sufrió por espacio de tres años una prolongada enfermedad, acompañada de cruelísimos dolores, sin que se alterase un punto ni la majestuosa alegria de su semblante, ni la serenidad de su corazon. Arrebatóle la muerte todos sus hijos, no dejándole mas que al príncipe Emerico su primogénito, jóven dotado de todas las prendas que se podian desear para formar un gran príncipe. Educado por un padre que le servia de maestro, siendo á un mismo tiempo el modelo mas perfecto que podia imitar, caminaba á largos pasos por sus huellas; y siendo perfecto imitador de sus virtudes, observaba escrupulosamente todas las santas máximas que el rey le habia inspirado, componiendo de ellas el mismo monarca un precioso libro para la instruccion de su querido hijo. Pero le quitó Dios este amable hijo cuando se hallaba en lo mas florido de su edad: golpe que sintió el rey con el mas vivo dolor, sin hallar otro consuelo en tan dolorosa pérdida que el que buscó y encontró en su mucha religion y en su heróica virtud; pudiéndose decir con verdad que nunca se mostró mas santo que en aquella grande afliccion.

Los Besas, pueblos bárbaros, hicieron una irrupcion en sus tierras; pero quedaron tan enamorados de la virtud del santo rey, que deputaron sesenta de los mas principales de la nacion para pedirle su amistad. Desarmólos precisamente su piedad, y los acabó de encantar, cuando mandó el rey que se les restituyese todo lo que les habian tomado sus tropas, que batian el país, sin embargo de que se podia quedar con ello por via de represalia, en recompensa de los daños que habian hecho en sus estados.

Muerto el emperador Enrique, su cuñado y sucesor Conrado entró en Hungría con un poderoso ejército. Vióse precisado Estéban, á pesar de su amor por la paz, á marchar contra él al frente de sus tropas; pero movido de la compasion y del horror que le causaba ver derramar sin justo motivo la sangre de sus vasallos, recurrió á Dios y á su continua protectora la santísima Vírgen. Apenas acabó su oracion, cuando las tropas de Conrado se pusieron en desordenada fuga, con tanta precipitacion como si hubieran sido enteramente derrotadas, sin que hasta ahora se hubiese podido averiguar el verdadero motivo que tuvo aquel formidable ejército para retirarse.

Hacia ya algunos años que el rey guardaba casi siempre cama, reducido á ella por sus frecuentes enfermedades, cuando algunos señores, descontentos de la inexorable rectitud con que administraba justicia, resolvieron quitarle violentamente la vida, cometiendo el mas negro, el mas atroz y el mas execrable de todos los crímenes. Uno de ellos entró en el cuarto del rey con este sacrílego intento, llevando una espada desnuda debajo de la capa. Oyó el rey algun ruido, y preguntando quién era, la majestad de su voz llenó de tanto terror al asesino, que, dejando caer la espada, se arrojó á sus reales piés, confesó su delito, é imploró su piedad y clemencia. Perdonóle benignamente el rey, y convirtióle. En fin, habiendo tenido el santo monarca revelacion de su dichosa muerte, se dispuso para ella con nuevo fervor, acabando con él de perfeccionar su virtud. Recibidos los santos sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Criador el mismo dia de la Asuncion, cuya fiesta habia él mismo hecho la mas solemne para toda la nacion húngara. Murió, pues, el dia 15 de agosto del año 1038, á los sesenta de su edad, y cuarenta y uno de su glorioso reinado, con

llanto universal de todo el reino, lastimándose cada uno de haber perdido no tanto un rey, como un apóstol y un padre. Fué sepultado su cuerpo en la magnífica iglesia de Alba Real, que él mismo habia edificado, siendo las lágrimas de los pobres el mas bello ornamento de la pompa funeral. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro despues de muerto, se movió la santa sede á decretarle los honores que se deben á los santos, y el papa Inocencio XI fijó su fiesta para el dia dos de setiembre.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Concede, quæsumus, Ecclesiæ tuæ, omnipotens Deus, ut beatum Stephanum, confessorem tuum, quem regnantem in terris propagatorem habuit, propugnatorem habere mereatur gloriosum in cœlis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que concedas benignamente á tu Iglesia logre por defensor suyo en el cielo al bienaventurado Estéban, tu confesor, ya que mereció tenerle por su glorioso propagador en la extension de su reino, mientras vivió con nosotros en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 del Eclesiástico.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit. Ideò stabilita sunt

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal,

bona illius in Domino, et eleemosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum.

y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Asegura san Jerónimo que vió en hebreo el libro
» del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, y
» los rabinos le citan con bastante frecuencia en su
» lengua; pero, segun Rabin Salomon, no le admiten
» entre sus escrituras canónicas, porque dicen que
» se reconoce en él la multiplicidad de personas en
» Dios. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ó como dice el texto de la Vulgata : bienaventurado *el rico* que fué encontrado sin mancha : *Beatus dives.* Sin duda las riquezas, los honores que las acompañan, y la abundancia que las sigue, deben ser grande estorbo á la inocencia y la salvacion. Parece que la pobreza espanta, por decirlo así, á las pasiones, y que, avergonzadas, se retiran mientras dura la oscuridad; por lo menos es cierto que la adversidad las abate y las acobarda, haciéndolas pusilánimes, tímidas y tranquilas; cuando por el contrario la opulencia las engríe, las hace imperiosas, soberbias y altaneras; y sacándolas de la oscuridad donde estaban como aprisionadas, las restituye á su entera libertad. Con facilidad se hacen las cosas que nos lisonjean y nos gustan, por malas que sean, sobre todo cuando se pueden hacer impunemente. Parece que la opulencia quita la vergüenza de obrar mal, y que las riquezas todo lo cubren y lo adornan, dorando, por decirlo así, hasta la disolucion, la irreligion y la impiedad. Una bella librea, un magnífico tren, unos muebles suntuosos y una mesa espléndida, todo lo

excusan, hasta cierta ostentacion de indevocion, que escandaliza, que altera, que irrita aun á los menos devotos, por poca religion que abriguen en sus corazones. A la verdad, ninguna cosa asombra mas que la conducta de esos mundanos acomodados, los cuales por otra parte hacen profesion de cristianos. Ya no es la religion la que gobierna su corazon ni su espíritu; la calidad, los empleos, las riquezas son la regla de sus deseos, de sus pensamientos, y se puede añadir que lo es tambien aun de los mismos ejercicios de religion. ¿Lógrase un nombre, una clase distinguida? pues casi nunca se declara la piedad en favor de la distincion. ¿Sacónos de entre el polvo y de entre la miseria una rica herencia, un negocio en que sopló favorable la fortuna? Pues olvidóse en un instante aquel primer estado tan inmediato á la nada. Con verdad se puede decir que el amor propio siempre hace fortuna cuando la hace la persona. Rara vez se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza, el regalo y el placer. No seria mucho decir que la indevocion y la ociosidad parecen el dia de hoy pruebas de nobleza; por lo menos son el efecto mas comun de la opulencia, sobre todo en las mujeres del mundo, muchas de las cuales están persuadidas de que se calificarian de mujeres ordinarias si las viesen trabajar en su casa y cuidar de su familia. ¿Logran bienes de fortuna? Pues además de la profanidad y de las galas que les absorben toda la atencion y todo el tiempo, juzgarian abatir su calidad si se aplicaran á las obligaciones de su estado. Y sino, pregunto: ¿de qué clase de gentes se componen esas mesas de juego, esas visitas ociosas, esos bureos, esas tertulias, corrillos y concurrencias, de las cuales, por decreto del espíritu del mundo, está desterrado todo lo que no se acomoda á su gusto, y en las que se congregan todas aquellas cosas que concurren á extinguir todo

sentimiento de piedad y de religion? Allí todos se avergüenzan de parecer cristianos; no de otra manera que aquellos cobardes fieles de otros tiempos, que se avergonzaban de mostrar que lo eran en presencia de los gentiles. Allí se comienzan á abolir aquellas piadosas acciones, aquellos devotos actos mas antiguos, mas recibidos en la Iglesia, y mas acostumbrados de los verdaderos cristianos. Ya no se usa echar la bendicion á la mesa entre gentes de distincion y en mesas de respeto, eso se deja para religiosos y gente ordinaria. El abuso es escandaloso, es verdad, pero ¿qué importa si está autorizado por la costumbre y por el mayor número? ¡Y despues de esto, nos admiraremos de que se halle tan raras veces la inocencia entre la abundancia y en médio de las riquezas! Con todo eso, esos mundanos y esos ricos en la última enfermedad se hacen cristianos, cuando la cercanía de la muerte los espanta, cuando ya no pueden ser tan disolutos ni tan impíos como en buena salud. Pero ¿será sobrenatural su arrepentimiento? ¿Serán sinceras esas conversiones? Y esos forzados actos de contricion ¿llevarán al paraiso á unos hombres que solo piden misericordia cuando se ven en el último trance?

El evangelio es del cap. 19 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum: et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Cierto hombre noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo: no queremos que este

factum est ut rediret, accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus, dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illi: Euge, bone serve: quia in modico fuisti fidelis, eris potestatem habens super decem civitates. Et alter venit, dicens: Domine, mna tua ecit quinque mnas. Et huic fait: Et tu esto super quinque civitates. Et alter venit, dicens: Domine, ecce mna tua quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo austerus es: tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quòd ego homo austerus sum: tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non dedisti pecuniam meam ad mensam, ut ego veniens cum usuris utique exegissem illam? Et adstantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi qui decem mnas habet. Et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis, quia omni habenti dabitur, et abundabit: ab eo autem qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

reine sobre nosotros. Y sucedió que, volviendo despues de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero, para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino pues el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo: Alégrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dijo á este: Tú tambien serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, hé aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí; por cuanto eres un hombre austero, tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: Sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré: ¿pues porqué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo le recobrase con ganancias? Y dijo á los que presentes estaban a Quitadle á este la mina, y dadli. al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abun: dancia: pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.

MEDITACION.

QUE CUESTA MENOS SALVARSE QUE PERDERSE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en toda la moral cristiana error mas comun, ni mas generalmente extendido, que la falsa idea que se tiene de la virtud y del pecado. Concíbese aquella como una fruta toda erizada de espinas, y se figura á esta como una hermosa flor siempre brillante, lozana siempre, que exhala continuamente de sí una exquisita fragancia, y que puede siempre cogerse con la mayor facilidad; al mismo tiempo que la virtud no se la puede alcanzar sin lastimarse, sin sudor y sin fatiga. Como estas preocupaciones solo se consultan con los sentidos, estos nada pueden responder que no las fomente; porque la virtud siempre se presenta con un aire humilde, modesto y mortificado. En la escuela de la virtud solo se habla de violencias que se han de hacer, de pasiones que se han de domar, de cruces y de trabajos que se han de sufrir. Estas lecciones claro está que no agradan al amor propio, ni á un corazon tierno y poco experimentado. No es marravilla, pues, que la vida cristiana, la vida santa retraiga y atemorice, sobresaltando á los sentidos; cuando al contrario en la vida tibia, imperfecta y licenciosa todo lisonjea, todo se adapta á las pasiones, todo es muy del gusto del amor propio. Confieso que todo esto es verdad, si se ha de hacer juicio de la vida cristiana y de la vida desarreglada por solas las apariencias, y que están muy acordes con la experiencia este concepto y estas preocupaciones. Pero si el juicio se ha de arreglar á la fe, y aun á la razon natural, no hay cosa mas falsa que esta idea. Consultemos lo que nos dice el Espíritu Santo en la Escritura; oigamos lo que nos enseña el mismo Jesucristo, y

palparemos la falsedad de estas preocupaciones, que se han hecho tan comunes. Oye lo que el Espíritu Santo pone en boca de los impíos, de esos idólatras de sus gustos, de esos esclavos de sus pasiones: *Erravimus à via veritatis:* descaminados hemos andado en el camino de la verdad. Ahora que se disiparon las tinieblas, ahora que se deshizo el encanto, ahora que se desvaneció la ilusion, y ahora que discurrimos sin preocupacion y con serenidad, lo vemos, lo palpamos claramente. Apartámonos del camino de la salvacion. Entregámonos á nuestros apetitos; dimos contento á nuestros sentidos; dejámonos arrastrar del torrente de nuestras pasiones; abandonámonos al espíritu del mundo, y hé aquí que estamos condenados. ¿Y fué esto acaso por no haberse querido hacer alguna violencia, por haber seguido un camino ancho, fácil, llano y divertido? Oigamos lo que ellos mismos confiesan: *Lassati sumus in via iniquitatis, et perditionis.* ¡Ah que no! en lugar de tomar el camino mas fácil y mas llano, nos metimos en el mas áspero y en el mas dificultoso. Las entradas eran risueñas y floridas· pero luego que nos empeñamos en él, comenzaron á punzarnos por todas partes las espinas: *Ambulavimus vias difficiles.* En un solo mes padecimos mas que padecen los buenos por toda la vida: no la tuvo mas austera ningun religioso, ningun penitente, ningun anacoreta: ¡qué sobresaltos en el corazon, qué inquietudes en el ánimo, qué despechos, qué violencias, qué sacrificios, qué servidumbres en el mundo, entre ese monton de libertinos, de disolutos, de falaces, de tramposos, de arrebatados y de vengativos! *Lassati sumus,* nos cansamos, nos fatigamos, nos reventamos; ¿y para qué? para perdernos. *Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt:* Esto es lo que dijeron en el infierno los pecadores. Pero ¿es entonces tiempo de conocer su locura?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no se explica menos claramente el Hijo de Dios sobre esta importante verdad. Quiero enseñaros, dice á sus apóstoles, una verdad que el mundo no puede comprender; esta es, que *mi yugo es suave y mi carga lijera.* Dejadlos decir lo que quisieren á aquellos que ignoran las verdades experimentales de mi doctrina. Exagéranse mucho en el mundo las imaginarias dificultades que se figuran voluntariamente en mi servicio: las almas cobardes, los corazones libres y estragados estan persuadidos, y pretenden persuadir á otros que no hay cosa mas dura, mas triste, ni mas ardua que servirme: quieren creer, y quieren tambien que otros lo crean, que cuesta horrores esto de salvarse uno; pero yo, dice Jesucristo, afirmo todo lo contrario: digo que no hay consuelo igual ni comparable con el que se gusta en mi servicio: digo que mucho mas padecen los pecadores para condenarse, que mis fieles siervos en los mayores rigores de sus voluntarias penitencias. Pégase á los que están en mi servicio aquella misma dulzura del Señor, á quien generosamente sirven: *Discite à me quia mitis sum.* Es cierto que las pasiones son los tiranos del corazon del hombre; ¡y de estos tiranos ha de esperar el pecador sus gustos y su felicidad! Desengañémonos: las pasiones mas lisonjeras, aun aquellas mismas que segun el espíritu del mundo son las dichosas, no dejan de ser pasiones, y por consiguiente copioso, inagotable manantial de inquietudes, de zelos, de temores, de odios, de venganza, de turbacion, de sobresaltos, de lágrimas y de pesadumbres. Se disimula, es verdad; mas no por eso está el corazon menos oprimido, menos despedazado, ni menos afligido. Sírvese al mundo, y piérdese el pobre hombre en su servicio. Pero ¿dónde hay mas dura servi-

dumbre que la del mundo? En un solo dia se hace un cortesano mas violencia, se vence mas y tiene mas que sufrir en la corte, que un siervo de Dios en el discurso de un año. Aun en medio de las mayores diversiones, ¡cuanto hay que reprimirse, cuánto que contenerse, cuánto que mortificarse! No suelen ser los mas serenos, ni los mas tranquilos los dias de mayores fiestas y de mayores pasatiempos. Mujeres del mundo, hombres de negocios, gentes divertidas, ¿no se os pudiera llamar con mayor verdad gentes disgustadas, gentes esclavas, y gentes dignas de la mayor compasion? ¿Cómo es posible que dejeis de envidiar, á pesar de vuestra altanería y de vuestro estudiado disimulo, á aquelllas almas santas, á aquellas almas tranquilas y bienaventuradas, que ya comienzan á gozar anticipadamente desde esta vida destellos de los gozos celestiales? No por cierto, no aguardais á veros en el triste lecho de la muerte para tener envidia á la suerte de los buenos. Hay cruces, hay trabajos en todos los estados de la vida, hay adversidades, hay aflicciones; pero ¿acaso están exentos de ellas los pecadores en el suyo? ¡Ah! que sienten vivisimamente su amargura, al mismo tiempo que los siervos de Dios saben el secreto de hacer las suyas no solo meritorias, sino dulces y agradables. Cuando no tuvieran mas que una esperanza tan bien fundada de recibir el premio cien veces doblado, esta solo seria mas que bastante para endulzarles lo mas amargo de todas las aflicciones. Confesemos, pues, que hay mucho mas que violentarse, mucho mas que sufrir, mucho mas que padecer, y mucho mas que devorar para condenarse y para perderse, que para salvarse.

Haced, Señor, que todas estas reflexiones tan verdaderas, tan justas y tan convincentes, me acaben de desengañar de los falsos gustos de esta vida, y de

disipar todos mis vanos temores. Grande es mi dolor y mi arrepentimiento, por haber vivido tanto tiempo tan miserablemente engañado.

JACULATORIAS.

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Son bienaventurados y felices en esta vida los que guardan fiel y exactamente la santa ley del Señor.

Dicis : Quòd dives sum, et nescis quia tu es miser. Apoc. 3.

Piensas, pecador, que eres feliz, porque eres rico, y no sabes, pobre necio, que eres un hombre miserable.

PROPOSITOS.

1. Estando ya tan convencido de una verdad tan esencial, procede conforme á ella de hoy en adelante. Vive muy persuadido de que cuesta mas trabajo perderse que salvarse, y haz lo posible para persuadir lo mismo á todos, mas con tus obras que con tus palabras. Guárdate bien de dejarte vanamente espantar de estos términos de recogimiento, de mortificacion, de cruz, de penitencia y de retiro. Solamente las almas flacas y cobardes, los entendimientos limitados y poco cristianos se dejan amedrentar de la corteza, sin haber tomado el gusto á la sustancia. Entrégate á la virtud : date á una vida cristiana : al principio será menester un poco de constancia y de resolucion para vencer las primeras aprensiones; pero no te asuste el vano terror de los sentidos, ni des oidos á los lijeros miedos del amor propio. Alborótanse á los primeros pasos las pasiones, pero se las doma con mas facilidad de lo que se piensa; y está seguro de que la gracia al cabo lo vence todo.

2. Emprende el camino de la virtud con toda resolucion: mira que el demonio solo es insolente y atrevido con los cobardes: para desarmarle basta una resolucion firme, y una determinacion animosa. Si á los principios te muestras tímido; si este fiero enemigo de la salvacion reconoce en ti la menor pusilanimidad ó desconfianza, te hará la guerra á sangre y fuego. Lleno de confianza en la bondad del amo á quien sirves, y en el poder de su divina gracia, ataca tú mismo al enemigo dentro de sus propias trincheras. No hay criatura mas cobarde que el demonio en presencia de una alma verdaderamente cristiana.

SAN ANTONINO, MÁRTIR.

En medio de las intrincadas dificultades á que está sujeta la historia de san Antonino, dificultades de que hasta ahora no ha podido desembarazarse, ni la crítica mas fina, ni la erudicion mas copiosa, seria una temeridad ó pretender mejor suerte en la relacion de sus hechos, ó intentar aclarar las dudas de que hasta ahora ninguno se ha desembarazado. La principal causa de esta confusion es un poderoso motivo de consuelo para los que se ejercitan en esta espiritual leyenda. La diversidad de martirologios que hacen mencion de un san Antonino; las muchas provincias é iglesias en que se sabe haberse celebrado su memoria, y los muchos altares en donde se han venerado sus sagradas reliquias, han sido otras tantas causas para dudar si han sido uno ó muchos los santos celebrados con el nombre de Antonino, y aun en el caso que sea uno, si este se debe adjudicar á España, Francia ó Siria. Pero esto mismo, que da tanto trabajo á la crítica, y tanto desconsuelo á la curiosidad humana, le sirve á la piedad de una gran satisfaccion.

De luego á luego se persuade que realmente ha existido un verdadero siervo de Dios, que manifestó su caridad testificándola con su sangre, ya que en las iglesias del cristianismo ha sido inmemorial y muy extendidò su culto. Esto le basta para leer con confianza sus ejemplos, ensalzar la gloria de Dios en la manifestacion de sus dones, y acallar los gritos de la vana curiosidad cuando quiera levantarse contra la sencilla devocion. Lo que no podemos dudar los españoles es que la iglesia de Palencia venera á san Antonino por patrono, y se honra con sus reliquias, cuya traslacion celebra el dia 18 de mayo. Igualmente es cierto que celebra esta festividad toda la iglesia de España, cuya respetable autoridad es suficiente motivo para que, en medio de las muchas dificultades que ofuscan la historia de san Antonino, se repute por un medio seguro de ofrecer á la piedad de los fieles aquella historia del santo que tiene adoptada la iglesia de España en su rezo, y es la siguiente:

Nació san Antonino de estirpe real, y su educacion en los primeros años de su vida fué correspondiente á la alteza de su linaje, comprendiendo entre las instrucciones humanas los conocimientos de la santa religion de Jesucristo. En los primeros años tuvo la desgracia de perder á sus padres, por cuya causa quedó en poder de un tio suyo llamado Teodorico, el cual reinaba en Tolosa, y residia en Pamia, lugar de la Galia Narbonense. En este pueblo tenia Teodorico á su sobrino, cuidando de que su educacion fuese correspondiente á los errados sentimientos de que él estaba poseido, que no eran otros que los del gentilismo. Como Antonino habia bebido de antemano las máximas de la religion verdadera, y estas habian echado profundas raices en su tierno corazon, no podia acceder á las supersticiosas instrucciones que se le daban de órden del rey. Adoraba á Dios oculta-

mente, empleándose con fervor en los piadosos ejercicios que prescribia la religion cristiana. Notaron esto los maestros y familiares que le rodeaban; y juzgando que no debian ocultar al rey una noticia de tanta trascendencia, le dieron parte de cuanto habian visto en el santo mancebo. Turbóse Teodorico; y sucediendo á sus primeros movimientos de turbacion los de la ira y la venganza, determinó castigar en Antonino los que á él le parecian extravíos de su razon ó infidelidad al cariño que le manifestaba. Previó el santo mancebo las funestas resultas del real enojo que le amenazaban; mas prefiriendo el bien de su alma y los intereses de la religion á todos los honores y grandezas del mundo, determinó abandonar el palacio de su tio, y huir adonde pudiese libremente adorar á Cristo crucificado. Fuése á Roma, y de allí á Salerno, en donde permaneció por espacio de diez y ocho años empleado en la contemplacion y rigores de la vida eremítica, en compañía de otros muchos varones doctos y virtuosos que allí mismo la profesaban. La ciencia que adquirió en este tiempo, y mucho mas las virtudes nada vulgares en que se ejercitaba, le prepararon para recibir los órdenes sagrados, haciéndose subdiácono. El verse consagrado á Dios y al servicio de su Iglesia de un modo tan á su gusto, movió su fidelidad á tan exacta correspondencia, que en nada pensaba, ni tenia otro ejercicio que el de su propia santificacion, y el de ganar para Dios las almas de sus hermanos.

A las grandes virtudes siempre las auxilia el cielo con su proteccion y sus maravillas. Verificóse esto en Antonino, pues desde aquel tiempo comenzó á resplandecer en el don de milagros, de manera que por su oracion se vencian á cada paso los impulsos de la naturaleza. Por la virtud que Dios habia puesto en sus manos cobraban á cada paso vista los ciegos,

oido los sordos, habla los mudos, sin haber enfermedad, por peligrosa ó inveterada que fuese, que pudiese resistir á la superior fuerza de su oracion. Aun los espíritus infernales que tiranizaban á muchos infelices, se veian precisados á dejar libres sus cuerpos, obedeciendo la poderosa voz de Antonino, que así se lo mandaba en el nombre del Señor. En medio de los continuos prodigios con que Dios hacia glorioso á su siervo, este, fiel siempre á su Señor, no olvidaba el ejercicio de las virtudes cristianas. Su vida era inocentísima, sus costumbres puras, y sus ocupaciones cuales convenian à un eclesiástico y á un ermitaño. Oracion continua, contemplacion de los divinos misterios, ayunos frecuentes y mortificacion de los sentidos para sujetar la carne á la obediencia de la razon : tales eran las ocupaciones en que distribuia su vida en el retiro de la soledad. Pero como sabia que no es buen siervo el que recibiendo el talento le conserva escondido sin exponerle á ganancias, procuraba emplear los que el Señor le habia comunicado en provecho y salud de sus prójimos. Dejaba su amada soledad para ejercer el ministerio de la predicacion, advirtiendo á los hombres sus errados caminos, y mostrándoles la senda segura por donde podrian conseguir su felicidad verdadera. Predicaba igualmente contra la gentilidad y contra todo género de errores, sin que el miedo pusiese freno á su lengua, ni prefiriese su vida á los soberanos intereses de la verdad. Una de las cosas que mas deseaba en este mundo era verter su sangre en defensa de la religion; y este deseo, al mismo tiempo que le hacia solícito de la salvacion de las almas, le daba intrepidez para predicar á todo riesgo las sacrosantas verdades. Sacrificaba con todo gusto á este santo ministerio toda su comodidad, sin reparar en padecer hambre, sed y cansancio, siempre que consiguiese cumplir exactamente las obligaciones de su minis-

torio. Dios mismo cooperaba por su parte á este mismo fin con portentos y maravillas; pues, hallándose en cierta ocasion predicando en un sitio tan árido y desprovisto, que perecian de sed él y sus oyentes, levantó los ojos al cielo, é hiriendo la tierra con el báculo en que se apoyaba, brotó al instante una fuente copiosa con que apagaron la sed el santo y cuantos le acompañaban.

Algunos años despues de haberse ejercitado en este santo ministerio volvió á su patria, en donde fué recibido benignamente de su tio, que con el tiempo habia olvidado sus primeros resentimientos, y dado lugar á las pacíficas impresiones que hacia en su corazon el parentesco y la sangre. Poco tiempo le duró á Antonino esta paz, que, como fundada en causas terrenas, no podia ser duradera. Volviéronle á acusar de que era cristiano, llegando á persuadir á su tio que el profesar esta religion en su corte era un delito de lesa majestad, que debia castigar con toda la severidad de las leyes. Teodorico acojió tan bien esta delacion, que, sin reparar en los lazos con que le unia la naturaleza á su sobrino, le mandó encerrar en un oscuro calabozo, cargándole de cadenas y de grillos, y negarle todo alimento, para acabar de este modo una vida que él reputaba por la afrenta de su corona. Siete dias permaneció el santo sufriendo este terrible tormento, al cabo de los cuales, considerando el rey que ya estaria muerto, bajó á la cárcel en persona para certificarse por sus propios ojos de que ya estaba acabada la causa de sus sentimientos. Pero ¡oh cuánto se engañan los hombres cuando quieren medir las fuerzas de la Omnipotencia por las ideas de su corazon! Cuando pensaba encontrar muerto á Antonino, consumido de sed y de hambre, halló que estaba bueno y robusto, superando la gracia todas las fuerzas de la naturaleza. Aun halló mas, pues en-

contró dentro de la cárcel á un jóven noble, llamado Almaquio, de los mismos sentimientos y religion que Antonino, al cual estaba aliviando el peso de las cadenas, cargándolas sobre sí mismo. Este espectáculo, que debiera excitar en el alma del rey los mas vivos sentimientos de compasion y de humanidad, produjo todo lo contrario. Irritóse sumamente viendo esto, y sin consultar á otra cosa que á los movimientos de la ira, mandó precipitar á Almaquio desde una alta roca, y cargar á Antonino con prisiones mas molestas y pesadas. Mientras el santo padecia en la cárcel por amor de Jesucristo, se le ofreció á Teodorico la precision de asistir á una guerra, en la cual castigó Dios su inhumanidad y perfidia con una violenta muerte. El jóven Almaquio, que habia sido precipitado, se encontró sano y sin lesion, guardando Dios milagrosamente su vida en premio de su fe y de su constancia. San Antonino recibió tambien una recompensa semejante de sus trabajos; pues repitiendo el cielo la maravilla que habia ejecutado en otros tiempos con el príncipe de los apóstoles, envió un ángel que rompiese las cadenas que le oprimian, y le sacase libre de la cárcel. Viéndose Antonino favorecido con tan gran milagro, cobró nueva confianza, y comenzó á predicar la fe de Jesucristo con la misma actividad y fervor que antes lo habia practicado.

Muerto Teodorico, sucedió en el reino Gesaleyco, que era tambien pariente de nuestro santo, y no menos impío y terrible que su antecesor. Apenas subió al trono, comenzó á perseguir el nombre de Jesucristo con la mayor crueldad, por cuya causa, viendo algunos piadosos varones que la vida de Antonino corria mucho riesgo, procuraron inducirle á que se salvase con la fuga, como en efecto lo hizo. Fuése á una soledad, en donde tuvo el consuelo de encontrar al jóven Almaquio, que ya anticipadamente habia elegido

aquel sitio para seguridad de su vida, y para dedicarse tranquilo á sus ejercicios fervorosos. Habia en este sitio una gruta, que se llamaba Oriental, y junto á ella una cristalina fuente que hacia el lugar muy delicioso y acomodado á la piedad de sus intentos. Permanecieron allí los dos santos solitarios bastante tiempo, apartados del bullicio del mundo, y ejercitándose en la alta contemplacion y en rigurosas abstinencias. La misma soledad colmaba sus corazones de seguridad tranquila, y les ofrecia multiplicados objetos en que considerar la grandeza de su Criador. Entre las delicias espirituales de que gozaban, tuvieron el consuelo de tener otro compañero llamado Juan, que era sacerdote, el cual habia ido á aquel sitio por inspiracion divina, para tener la dicha de ser mártir como sus dos compañeros. Esta ventura pareció nacida de una casualidad, pero no fué sino un profundo consejo de la divina Providencia. Registraban acaso los cazadores del rey aquellos lugares fragosos, buscando fieras para cebar la diversion de su monarca, cuando hé aquí que improvisamente encuentran á los tres santos. Repararon en ellos con cuidado, y habiendo reconocido á Antonino, dieron cuenta al rey, quien le mandó venir á su presencia. Luego que le tuvo delante, le habló de esta manera : *¿Qué locura se ha apoderado de ti, ó Antonino, que te hace olvidar de la nobleza de tu sangre, enloquecer á los hombres con los prestigios de esa tu religion, y poner en turbacion todo mi reino?* Antonino, lleno de firmeza y serenidad, respondió estas palabras : *Yo, ó Gesaleyco, no seduzco ni hago enloquecer á nadie, sino que predico á un solo Dios, del cual es todo reino é imperio; y de consiguiente obomino y detesto los dioses de madera y de piedra que tú adoras, como falsos y de ningun poder.* Esta valerosa respuesta encendió la ira del rey de manera que mandó que cortasen la cabeza á

Antonino y sus dos compañeros, y los echasen en el rio llamado Aregia.

Ejecutado el mandamiento del rey, obtuvo nuestro santo un glorioso martirio, testificando con su sangre y la de sus dos compañeros la verdad de la religion de Jesucristo, y la nulidad de los dioses que adora la gentilidad. No quiso Dios que los cuerpos de sus santos mártires careciesen del honor debido; y asi, habiéndolos buscado y hallado los cristianos, los colocaron en un honrado sepulcro. De estas reliquias posee la iglesia de Palencia la cabeza de san Antonino, juntamente con el hombro y brazo derecho, cuyo tesoro posee de tiempo inmemorial, siendo igual la veneracion que le tributan, como á su amado patrono, por los continuos beneficios que por su intercesion le dispensa el cielo. Entre estos se cuenta que, yendo una multitud de pueblo acompañando las reliquias del santo, oprimieron á un niño en los brazos de su madre, de manera que quedó sofocado y muerto. Lastimados todos del infausto acontecimiento, hicieron que tocase el niño las reliquias del santo, con la firme persuasion de que no quedaria burlada su fe. El resultado acreditó la solidez de sus esperanzas, pues apenas tocó el niño las sagradas reliquias, cuando inmediatamente cobró nueva vida, y volvió al seno de su madre perfectamente sano. La restauracion de la iglesia Palentina, y la reedificacion de la ciudad, fué efecto de los prodigios con que ha favorecido Dios aquel dichoso pueblo por medio de nuestro santo. Refiere el arzobispo don Rodrigo que, yendo el rey don Sancho de Navarra, llamado el Mayor, á divertirse cierto dia en el ejercicio de la caza, encontró un jabalí, al cual persiguió con ánimo de matarle. Era en el sitio que habia tenido la ciudad de Palencia, que á la sazon estaba enteramente destruida y desierta. El feroz animal, viéndose perse-

guido, se refugió en una concavidad formada à manera de iglesia, dentro de la cual habia un altar dedicado à san Antonino, que habia podido burlar la devastacion de las guerras, el furor de los bárbaros y las injurias del tiempo. Amparóse el jabalí de la estatua del santo, y habiendo llegado el rey, alzó el brazo para traspasarle con un venablo. No pudo ejecutar su intento, porque repentinamente se le quedó el brazo yerto, dando á entender el cielo con esta maravilla que disfrutaba su proteccion quien se acogia á la de Antonino. Este mismo pensamiento le vino al rey, quien, implorando la divina misericordia por medio de la intercesion del bienaventurado mártir, se halló repentinamente sano. De este milagro resultó la restauracion de Palencia; porque, agradecido el rey al beneficio que habia recibido de san Antonino, mandó reedificar de nuevo la ya arruinada ciudad, construir una iglesia sobre la concavidad ó gruta donde fué hallado el altar de san Antonino, y además consagrar un obispo, para que aquella iglesia no careciese de este honor. Era consiguiente manifestar otras liberalidades, en consecuencia de las ya referidas; y así hizo donacion al obispo y á la iglesia de toda la ciudad, con los términos que le pertenecian, añadiendo además algunas villas y otras posesiones de que goza la iglesia Palentina. En los tiempos posteriores no se han manifestado menos las maravillas del Señor, con que ha confirmado que san Antonino es un siervo fiel, y nuestro benignísimo patrono.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Máxima, mártir, quien, habiendo confesado el nombre de Jesucristo á una con san Anscon, en la persecucion de Diocleciano, entregó santamente el espíritu al Criador cuando la estaban apaleando.

En Pamiers de Francia, san Antonino, mártir; cuyas reliquias se guardan con la mayor veneracion en la iglesia de Palencia del mismo reino.

En el mismo lugar, san Diómedes, san Julian, san Felipe, san Eutiquiano, san Hesiquio, san Leónides, san Filadelfo, san Menalipo y san Pantágapo, mártires, quienes merecieron la corona, unos por el fuego, otros en el agua, otros en la cruz, otros al filo de la espada.

En Nicomedia, san Zenon y sus hijos, san Concordio y san Teodoro, mártires.

En dicho dia, el martirio de san Evodio, san Heronógenes y santa Calixta, hermanos.

En Leon de Francia, la fiesta de san Justo, obispo y confesor, varon dotado de admirable santidad y del don de profecía. Habiendo abdicado su obispado y retirádose á una ermita de Egipto con su lector Viador, vivió angelicalmente; y habiendo llegado el digno fin de sus trabajos, fué á recibir del Señor la corona de justicia, la víspera de los idus de octubre, es decir, el dia quince. Con el tiempo su santo cuerpo y los huesos de su ministro san Viador fueron llevados á Leon en tal dia como hoy.

En el mismo lugar, san Elpido, obispo y confesor.

En la Marca de Ancona, san Lupedo, abad, cuyo cuerpo es poseido por la ciudad de su nombre.

En el monte San Oreste, san Nonoso, abad, quien con la eficacia de su oracion trasportó un enorme peñasco, brillando tambien con otros milagros.

En Aviñon, san Agripo, obispo, que habia sido monje de Lerins.

En Auvillers de Champaña, san Nivardo, obispo de Reims.

En Rimini, san Facundino, martirizado á una con dos hermanos y una hermana.

En Candía, san Cosmo de Creta, solitario.

En Alemania, el bienaventurado Geroldo, duque de Suavia.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Omnipotens sempiterne Deus, qui hunc diem beati Antonini martyris tui solemnitate glorificas; exaudi preces populi tui, et præsta, ut quæ fideliter expetit, eo suffragante, consequi mereatur. Per Dominum nostrum...

O Dios omnipotente y sempiterno, que has querido ilustrar este dia con la solemnidad de tu bienaventurado mártir Antonino, dígnate escuchar las súplicas de tu pueblo, y haz que por la intercesion de san Antonino merezca conseguir lo que desea su fe. Por nuestro Señor..

La epistola es del cap. 10 *de la Sabiduria.*

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circumvenientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriqueciόle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle contra los que le sorprendian con engaños, y le hizo respetable. Le libró de los enemigos, y le defendió de los seductores, y le empeñó en un duro combate para que saliese vencedor y conociese que la sabiduría es mas poderosa que todo. Esta no desamparó al justo cuando fué vendido, sino que le libró de los pecadores, y bajó con él á la cisterna; y no le desamparó en la prision hasta que le puso en las manos el cetro real, y le dió poder sobre los que le oprimian: convenció de mentirosos á los que le deshonraron, y le dió una gloria eterna el Señor nuestro Dios.

REFLEXIONES.

La felicidad es un objeto á que dirigen naturalmente sus deseos las criaturas racionales. Todos desean ser venturosos, pero por lo comun yerran los medios de conseguirlo. Se persuaden los hombres que les será fácil libertarse de una multitud asombrosa de males que los rodean, valiéndose de aquellos artificios que les sugiere la industria humana. Por una funesta consecuencia de la corrupcion universal de la naturaleza humana se ven oprimidos de una multitud de desventuras, contra las cuales viven en perpetua lucha, procurando sacudir su yugo, y anhelando muchas veces sin advertirlo la felicidad para que fueron criados. Las enfermedades, la pobreza, y mucho mas que todo, la perfidia y malicia de nuestros prójimos nos ponen en un estado miserable, en que no hay otro recurso que el de las lágrimas, porque todos los conatos son débiles para contrarestar el poder de la desventura. Pero si los hombres que han tenido la dicha de recibir el Evangelio, fijasen su consideracion en las máximas que este nos enseña, hallarian con poco trabajo un medio seguro de prevalecer contra todos sus infortunios, y aun un secreto maravilloso para convertirlos en verdaderos bienes. Las palabras con que manifiesta el Espíritu Santo en la epístola de este dia el singular amor y esmero solícito con que cuida Dios de los que siguen los caminos de la justicia, son suficientes para desterrar del corazon mas afligido todos los pesares, y llenarle en su lugar de una alegre confianza. Unas veces asegura el Espíritu divino que Dios toma sobre sí el cuidado de preparar á los justos caminos derechos en donde fijen sus pasos libres de todo peligro. Otras veces asegura que les manifiesta aquel gran reino en donde todo será felicidad, sin que los tristes efectos de la sed y

de la hambre aflijan á sus moradores. Les hace promesas de que ilustrará su entendimiento con la ciencia de los santos; de que sus trabajos tendrán el galardon de las eternas recompensas; y de que el mismo Dios les dará con su gracia toda aquella perfeccion que él mismo desea, para que merezcan su aceptacion y su agrado. Y para que el hombre naturalmente desconfiado no se persuada que estas son unas promesas pomposas, expuestas á la falibilidad como las humanas, le recuerda algunos hechos de las sagradas Escrituras, en que se vió triunfante y venturosa la virtud despues de haber sufrido todas las desgracias que puede acarrear la pérfida malicia de los hombres. José, echado en una cisterna por sus hermanos para que muriese de hambre y sed, vendido como esclavo á gentes desconocidas, calumniado por una mujer adúltera, cargado de prisiones en la oscuridad de una cárcel, en compañía de facinerosos y asesinos, y ensalzado despues de todo esto á la mayor gloria y esplendor en el reino de Egipto, es el retrato mas vivo de la verdad de las divinas promesas, de la seguridad que en sí encierra la divina palabra, y de los bienes que puede esperar el hombre virtuoso aun cuando le rodeen los mayores males. La conducta que observaron los santos mártires cuando se vieron perseguidos de los tiranos, la tranquilidad de su conciencia, y la alegria de su semblante en medio de los tormentos, acredita que las palabras en que se contienen las promesas divinas han sido siempre igualmente verdaderas. El justo es quien lo ha experimentado, y advertirá los mismos efectos el que determine establecer en su corazon la rectitud y la justicia. Nada puede apetecer el hombre constituido en miseria que no se le ofrezca largamente por la divina misericordia. ¿Te hallas perdido y extraviado? pues hé aquí que el Señor te ofrece ponerte por su mano en camino

claro y seguro. ¿No descubres norte adonde dirigir el rumbo de tus deseos y esperanzas? hé aquí que Dios te presenta su reino, que es indistinto de sí mismo, en quien se encuentra toda la hartura, todo el deleite y toda la felicidad. ¿Te hallas perplejo, rodeado de dificultades é incertidumbres? hé aquí que Dios te ofrece su misma sabiduría, para que, usando de sus consejos, se ilustre tu entendimiento, calmen las olas que agitan tu corazon, y emprendas tus operaciones mas confiado y seguro. Todo lo tienes en Dios, y si no lo encuentras, en ninguna otra cosa puede consistir que en la negligencia ó depravacion de tí mismo. En una materia tan importante no pueden ser ociosas ni superfluas todas las posibles consideraciones. Reune, pues, todo tu espíritu y vigoriza tu alma para emprenderlas.

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis, nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet. Si autem mortuum fuerit, multum fructum affert. Qui amat animam suam, perdet eam: et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam. Si quis mihi ministrat, me sequatur: et ubi sum ego, illic et minister meus erit. Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá: y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame: y donde esté yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á mí, será honrado por mi Padre.

MEDITACION.

SOBRE LA CONFIANZA QUE DEBE TENER EL HOMBRE EN SU DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la misma razon natural y la justicia están dictando que el hombre debe poner toda su confianza en Dios para lograr con seguridad todas aquellas ventajas que se propone en sus miserias y necesidades.

El mismo Dios te convida á esto mismo en tantos lugares de la Escritura, que no solamente se manifiesta su pronta voluntad para favorecerte, sino que al mismo tiempo convence lo razonable y justo que es colocar en él toda tu confianza. En suposicion de vivir el hombre en este mundo miserable, cercado por todas partes de desgracias y peligros, no puede menos de elegirse un protector, con cuyos auspicios pueda serenar las congojas de su alma, y libertarse de las asechanzas de los enemigos que le rodean. Siendo flaco y débil por sí mismo, dicta la razon natural que debe buscar un asilo, un protector y un patrono. Y bien, cristiano, ¿podrian tus deseos aspirar á mayor dicha que á tener en tus necesidades y miserias un padre tierno, benigno y amoroso, que tuviese la voluntad de sacarte de ellas, y el poder necesario para cumplir tus deseos? Pues Dios posee todos estos títulos y estas cualidades con ventajas infinitamente superiores al mismo padre que te engendró. Dios se precia de ser padre tuyo; ama este título con preferencia á todos los demás. Te ama con un amor eterno, ha empleado todos los tesoros de sus inmensas riquezas para tu creacion y conservacion. Te ha hecho heredero juntamente con su hijo Jesucristo de todos sus bienes, vela continuamente para

que nadie ofenda un solo cabello de tu cabeza, y llega su amor hasta reputar por ofensas suyas las injurias que se te hacen. Pero si el título de padre te infunde respeto, sabe que Dios es tambien tu amigo, que tiene sus delicias en tratar con los hijos de los hombres, y que su amistad está exenta de todas las peligrosas contingencias que causan la perfidia y el interés. Todos tus bienes son bienes suyos, todos tus provechos los mira como propios, y ahuyentará de tí cuanto pueda dañarte mejor que tu mismo.

Siendo esto así, teniendo un padre y un amigo tan fiel y tan amoroso, ¿qué necedad es la tuya cuando rehusas poner en él toda tu confianza? ¿esperas acaso, como decia Rabsaz (1), en el frágil báculo de caña sacado del Egipto de este mundo, báculo que si te apoyas sobre él, se hará pedazos, traspasará tu mano, y hará cierta tu caida? ¿No te es mejor decir con el profeta David (2): *Dios es toda mi fortaleza, y esperaré en él; es mi escudo, y el ala derecha del ejército que me custodia; es mi libertador y mi refugio; es mi Salvador, y no tengo duda que me librará por su infinito poder de todos los artificios que arme contra mí la iniquidad?* No puedes negar que en esto consiste tu salud, y una salud verdadera, como lo comprueba la historia de todos los justos. Elige, pues, á este padre y á este amigo, y desafía á todas las potestades del infierno, que bien puedes estar seguro que con la proteccion de Dios alcanzarás de todas ellas una gloriosa victoria.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que confiando en Dios nunca pueden salirte fallidas tus esperanzas, sino que necesariamente han de verse cumplidos todos tus deseos.

(1) Lib. 4. Reg. cap. 16. — (2) Lib. 2. Reg. cap. 23.

El Señor recibe mucha gloria de que el hombre le tenga por su protector, y que le busque y confie en él cuando se ve oprimido de los trabajos. Esta accion la reputa por una señal del amor que le tenemos, y del gran concepto que tenemos formado de su bondad y de su poder. Es un género de culto con el cual testificamos su supremo dominio, le confesamos por nuestro Dios, y le atribuimos todas las cualidades y títulos de que mas se gloria. En recompensa de nuestra confianza manifiesta mayor interés por nosotros, y nos ama con todo aquel amor á que nos hace acreedores la confianza y respeto con que le miramos. Siendo esto asi, ¿qué necedad es la tuya, cuando, desechando un patrocinio tan seguro, pones tu confianza en las cosas terrenas y perecederas? ¿No te tiene acreditado la experiencia que los hombres son infelices en sus promesas, y débiles y flacos aun cuando quieran cumplirlas? ¿no ves continuamente cómo el interés desnaturaliza á los padres para abandonar á sus hijos, y arma á estos de rencor y de ira contra sus mismos padres? ¿encontraste alguna vez en aquel que mas se precia de tu amigo otro alivio en tus necesidades que unas palabras estériles que se lleva el viento? ¿no advertiste con cuánta indiferencia miraron el desamparo de la viuda, las lágrimas del huérfano y los suspiros del desvalido? El corazon del hombre es igualmente duro é insaciable. La avaricia cierra la puerta á todos los sentimientos de humanidad, y en tratándose de desprenderse de las riquezas, ni los clamores del miserable tienen fuerza en sus oidos, ni las lágrimas del atribulado consiguen otra cosa que desprecio y abandono. La avaricia desnaturaliza al hombre y en cierta manera le priva de su ser.

Y en vista de estas consideraciones, ¿andarás todavía vago y errante, poniendo tu confianza en los

hombres, creyendo que ellos son capaces de alargarte una mano piadosa para sacarte de tus trabajos? Abre los ojos, cristiano, conoce la ceguedad en que hasta ahora has vivido, y da entrada en tu corazon á unas ideas que te presenten las cosas del mundo con toda la falsedad y miseria que en sí contienen. Aprende á formar un verdadero concepto de las cosas, y á no dar erradamente el nombre de bien á lo que es un verdadero mal. Los trabajos, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza tienen un aspecto muy horroroso para los ojos de los mundanos: tienen además un aire contagioso, que se figura les ha de pegar toda su desdicha. Por tanto huyen del miserable, y no se contentan con negarle sus auxilios, sino que para alejarle de sí suelen tal vez valerse de desprecios y baldones. Mil veces te ha acreditado la experiencia todas estas verdades. Seas quien quisieres, no puedes jactarte de haber sido siempre tan venturoso, que no hayas padecido alguna desgracia en este mundo. Trae á la memoria la conducta que tuvieron entonces contigo los que se preciaban de amigos en la prosperidad. Acuérdate de la indiferencia y severidad que manifestaron en sus rostros, de las miradas desdeñosas con que apenas se dieron por entendidos de tu desgracia, y de aquella fiera crueldad con que cerraron sus entrañas á la demostracion mas lijera de compasion y de beneficencia. Los hombres siempre serán los mismos, y de consiguiente la confianza que coloques en ellos falsa y de ningun provecho. Vuelve, pues, los ojos á tu Dios, y conoce que así como es inmutable en su esencia, y en todos sus atributos, así tambien lo es en ser tu padre, tu amigo, tu protector, y el objeto único en que puedes colocar toda tu confianza, de modo que no esté expuesta á los vaivenes de la inconstante fortuna.

JACULATORIAS.

Domine Deus meus, in te speravi; salvum me fac ex omnibus persequentibus me. Salm. 7.

Señor Dios mio, en tí he puesto siempre mi confianza; libradme de todos aquellos que me persiguen.

In Deo speravi, non timebo quid faciat mihi homo. Salm. 55.

Cuanto intente contra mí la malicia de los hombres no será capaz de hacerme temer, porque toda mi esperanza la tengo puesta en mi Dios.

PROPOSITOS.

1. El fruto que debes sacar de las consideraciones de este dia es una entera confianza en la providencia de Dios, conociendo que este no puede faltar en sus promesas, y que por el contrario todos los males y todas las desgracias han de tener un fin cierto; y si se llevan con paciencia, una consolacion superabundante. Por mas trabajos que te cerquen, por mas persecuciones que padezcas, por atribulado que llegues á estar, con dificultad llegarán tus males al punto que llegaban los de san Pablo cuando escribia á los Corintios (1) estas notables palabras: *No quiero, hermanos mios, ocultaros la tribulacion que padecí en el Asia, en la cual fui oprimido hasta lo sumo sobre todas mis fuerzas, en tanto grado, que me causaba pesar y tedio mi misma vida. Pero llegué á padecer estas angustias de muerte, para conocer que no debemos fiarnos de nosotros mismos, sino de Dios, que resucita los muertos, el cual me sacó de tantos peligros, y en quien espero que me sacará de otros en lo sucesivo.* Estas palabras de san Pablo sirven á un mismo tiempo para nuestro consuelo y para nuestra

(1) Epist. 2, cap. 1.

instruccion. Sirven para nuestro consuelo, porque, viendo a un apóstol tan santo y tan amado de Dios padecer tan amargas tribulaciones, que en medio de su conformidad y de su paciencia llegó á decir que le era odiosa la vida, ¿quién será aquel que pretenda vivir exento de tribulaciones, y que deje de reconocer que Dios las permite en sus amigos, para tener la complacencia de verlos pelear, y el gusto de socorrerlos cuando se hallan en el último apuro? No ha habido bienaventurado que no haya padecido tales congojas y miserias en esta vida, que necesitase de todos los confortativos de la gracia para ser sufridas. Los apóstoles padecieron trabajos de tal variedad y gravedad, que seria prolijo el haber de referirlos. La misma madre de Dios se vió pobre, abandonada de su esposo, sin la comodidad necesaria para albergar al Hijo de Dios, y precisada á un destierro entre gentes idólatras; seria demasiada presuncion el que tú pretendieses para ti mejor suerte que la que Dios destinó para sus apóstoles y para su Madre. Nos sirven tambien las palabras de san Pablo de instruccion, porque por ellas conocemos que solamente en Dios se puede encontrar una confianza segura cuando instan los males y los peligros. Por ellas somos enseñados cuánto yerran los que confian en los bienes falibles de este mundo; porque ni las riquezas pueden librar de una enfermedad al poderoso, ni la edad robusta al jóven, ni la autoridad al magistrado, ni al sabio su sabiduría, ni aun á los príncipes soberanos todo el esplendor y grandeza de su cetro y su corona. Todo esto prueba que el Señor es bueno para los que esperan en él, como dice Jeremías; y que va errado, y echa sobre sí la maldicion, como dice el mismo (1), *el hombre que confia en otro hombre, haciendo que la carne sea su escudo, y apartando del Señor su corazon.*

(1) Cap. 17.

DIA TERCERO.

SANTA SERAPIA VÍRGEN, Y SANTA SABINA, VIUDA, MÁRTIRES.

Fué santa Serapia una doncella de Antioquía de Siria, hija de padres cristianos, que al primer fuego de la persecucion se retiraron á Italia, llevándose consigo á la niña, y dedicándose con el mayor cuidado á educarla en las máximas mas santas de la religion, é inspirándole desde la cuna un santo horror á los devaneos del mundo. Muertos sus padres, fué pretendida la tiernecita huérfana por los primeros caballeros de Roma, enamorados de su extremada belleza, de su rara discrecion y de todas las demás singulares prendas que á porfía la adornaban; pero la santa doncella, que habia resuelto no admitir otro esposo que á Jesucristo, tuvo el valor y la dicha de evitar todos los lazos que le armaron, y quiso mas ser la criada de jóven viuda, que ser contada en el número de las señoras romanas.

Era esta viuda la ilustre Sabina, hija de un caballero de Umbría, llamado Herodes, que en tiempo del emperador Vespasiano habia hecho en la corte de Roma un papel muy distinguido, y se hallaba viuda de un oficial que se habia señalado mucho en los ejércitos del emperador. Tenia Sabina la desgracia de ser gentil; y como no le sobraba otra cosa que bienes y conveniencias, era una de las damas que brillaban mas y metian mas ruido en la corte. Apenas habia estado Serapia dos meses en su compañía, cuando le ganó enteramente el corazon, pasando de las obligaciones de criada á todas las confianzas de la mas

querida amiga. Como Serapia estaba dotada de un entendimiento superior, y de una virtud todavia mas superior á su despejado entendimiento, se aprovechó con tanta discrecion y con tanta oportunidad del tierno amor que Sabina le profesaba, que poco á poco le fué abriendo los ojos en materia de religion, haciéndole tan palpable la ridiculez y la impiedad de las paganas supersticiones, que la convirtió á la fe de Cristo; y disponiendo que recibiese el santo bautismo, tuvo el consuelo de verla sobresalir entre las señoras cristianas mas fervorosas. Luego que la consideró bien arraigada en la fe, y la vió descollar tanto en una eminente virtud, la aconsejó se retirase á una de sus posesiones de Umbría, que se llamaba Vendina, adonde la siguieron tambien algunas doncellas cristianas que formaron como una pequeña congregacion, convirtiéndose la casa de Sabina como en cierta especie de religioso monasterio. Servian todas juntas á Dios tranquilamente en su retiro, cuando hácia el principio del año 175 se levantó una persecucion contra la Iglesia; y sabiendo el gobernador de Umbria, por nombre Berilo, que todas eran cristianos en casa de Sabina, le envió una órden para que luego mandase llevar á su presencia todas las doncellas que estaban retiradas en su casa. Excusóse Sabina de obedecer aquella órden, y no permitió que ninguna de ellas saliese; pero previendo la prudencia de Serapia las malas resultas de aquella resistencia, y animada de una viva confianza en su esposo Jesucristo, suplicó á Sabina que le permitiese á ella sola presentarse delante del juez, esperando que no la abandonaria el Señor, y que con la asistencia del cielo podrian conjurar aquel nublado. Conocia muy bien Sabina el peligro á que se exponia Serapia; y como la amaba tan tiernamente, reconociendo que despues de Dios á ella sola debia su salvacion, no

perdonó diligencia alguna para desviarla de aquel arriesgado pensamiento; pero viéndola tan empeñada en él, y que á competencia de las dificultades avivaba las instancias, no dudó ser inspiracion del cielo; pero en todo caso quiso ella misma acompañarla á casa del gobernador, adonde se mandó conducir en una litera.

Recibióla Berilo con el mayor respeto, bien informado de su calidad y de sus prendas personales, contentándose con decirle extrañaba mucho que una señora de su esfera se abatiese hasta el punto de seguir las extravagancias de los cristianos, y eso á persuasion de una infeliz hechicera, pues así llamaban á Serapia los gentiles cuando supieron que habia convertido á Sabina, atribuyéndolo todo á hechizos y encantamientos. Respondióle Sabina que entre cristianos se ignoraba absolutamente todo lo que se llama encantos, hechizos y sortilegios, ni se reconocia otra causa de aquellos maravillosos efectos que la gracia del Dios de los cristianos, en cuyas manos está el corazon de los hombres, y que ella deseaba vivamente que él mismo tuviese la dicha de experimentar aquella especie de encantos. Nada le replicó Berilo, y despidiéndose Sabina de él, se restituyó á su casa en compañía de Serapia.

Creyóse que el gobernador la dejaria vivir en paz acompañada de sus doncellas, ó convencido ó acobardado de la generosa resolucion con que le habia respondido; pero tres dias despues envió á prender á Serapia por sus ministros ó arqueros, con órden de que la condujesen al pretorio para ser examinada judicialmente y con toda solemnidad. Sobresaltada Sabina con aquella violenta novedad, la siguió á pié, y se valia de los ruegos, de las promesas y de las lágrimas para que no se maltratase á una persona tan de su cariño, contra la cual no podia haber acusacion que

no fuese inicua y calumniosa; pero no habiendo podido conseguir gracia alguna, se restituyó á su casa deshaciéndose en amargo llanto. Entre tanto, mandando Berilo á Serapia que se acercase, le preguntó de repente si queria sacrificar á los dioses que adoraban los emperadores; á lo que respondió la santa doncella sin la menor señal de turbacion, que siendo, como era, cristiana, ni conocia, ni temia, ni adoraba á otro Dios que al único Señor todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y que le causaba extrañeza tuviesen valor para proponerle que tributase adoracion á unas mentidas deidades, que ella reputaba por demonios verdaderos. *Pues á lo menos*, replicó el juez, *véate yo sacrificar á ese tu Cristo. Esa es una cosa muy fácil*, respondió la santa, *pues todos los dias le ofrezco sacrificios, adorándole sin cesar, y pasando en oracion los dias y las noches. Pero ¿qué especie de sacrificios le ofreces*, repuso con soberanía Berilo, *y en qué templo le ofreces esos sacrificios? El sacrificio que le ofrezco, y el que es mas de su divino agrado*, dijo la santa, *es conservarme pura y limpia por medio de una casta vida, persuadiendo á otros con mis ejemplos y con mis palabras á que hagan tambien profesion de consagrarle la misma pureza. ¿Y á eso llamas tú el templo de tu Dios*, replicó el juez, *y esos son tus sacrificios? ¿Pues qué cosa se puede hallar mas digna de verdadero Dios*, respondió Serapia, *que honrarle y servirle con la inocencia de las costumbres y con la santidad de vida? Segun eso*, repuso Berilo con desden, *¿tú misma eres el templo de tu Dios? ¿Quién lo duda?* respondió la santa, *con tal que me conserve inocente y pura con el auxilio de su gracia. De esa manera*, respondió el juez con cierto ademan de burla, *fácil me será encontrar medio para que dejes de ser su templo. El Dios á quien adoro*, respondió Serapia, *y á quien me consagré desde mi infancia, le encontrará tambien para*

estorbar que este su templo sea manchado ó profanado. Al oir esto, dió órden el impío juez á dos infames jóvenes egipcios que forzasen á Serapia dentro del calabozo; pero la santa hizo fervorosa oracion al Señor, suplicándole no permitiese que su esposa fuese violada, y al punto se le apareció un ángel á la puerta del calabozo, despidiendo de sí un resplandor tan brillante, que, atemorizados los dos lascivos mancebos, cayeron derribados como muertos en el mismo sitio. Habia dado órden el gobernador al carcelero que el dia siguiente condujese otra vez á Serapia delante de su tribunal, y pasó á darle cuenta de que habia encontrado á los dos egipcios tendidos como muertos á la puerta del calabozo, sin voz, sin movimiento y sin sentido. Sorprendióle mucho tan extraño como no esperado suceso, y preguntó á Serapia con qué encantos ó hechizos habia reducido á aquellos dos mozos á tan deplorable estado. *No me valí de otros hechizos*, respondió la santa, *que de la omnipotencia de mi Dios*, *que no permitió fuese insultada su indigna y humilde sierva. La oracion y la confianza en nuestro Dios son todo nuestro recurso, y á esto se reduce toda la magia y toda la hechicería de los cristianos.*

Dejemos esos artificiosos razonamientos, dijo Berilo, arrebatado ya de cólera y de furor; *y una de dos, ó sacrifica prontamente á nuestro Júpiter, ó disponte á perder la vida. Esa amenaza*, respondió Serapia, *es puntualmente la que corona mi dicha, poniendo el colmo á mi alegria. Preguntábasme poco ha qué sacrificio ofrecia yo á mi Dios. Y ahora te respondo que será el de mi vida, y me tendré por muy dichosa si mereciere derramar mi sangre por amor de aquel Señor de quien recibí el ser que tengo, y en quien espero me ha de hacer bienaventurada por toda la eternidad.* Irritado el prefecto con tan cristiana respuesta, mandó que la moliesen á palos; y viéndola invencible, pronunció la

sentencia de que le cortasen la cabeza, con cuya ejecucion se consumó el glorioso martirio de la santa hácia la mitad del segundo siglo, añadiendo esta cristiana heroina la corona de mártir á la de vírgen. Informada de todo santa Sabina, tuvo cuidado de retirar su santo cuerpo, y de hacerle magníficos funerales; piedad que tardó poco en ser recompensada con el merecido premio; porque, retirada á su casa despues del martirio de su querida amiga Serapia, solo se ocupaba en meditar la felicidad de los santos, pasando en oracion los dias y las noches, siendo cada dia mas ardiente el deseo de derramar su sangre por Jesucristo, y esperando conseguir esta gracia del Señor por la intercesion de su querida Serapia. No la esperó por largo tiempo; porque, aunque Berilo respetó siempre su calidad, su nombre y su virtud, sin atreverse á inquietarla, dejándola entera libertad dentro de su casa, y permitiéndola se ejercitase libremente en sus acostumbradas buenas obras; concluido el tiempo de su prefectura y gobierno, se presentó un sucesor que no tuvo la misma atencion con nuestra santa. Llamábase Elpidio, hombre feroz y cruel, que á nadie respetaba; y noticioso de que Sabina hacia pública profesion de cristiana, la mandó prender, y que compareciese ante su tribunal, donde la trató con tanto desprecio, con tanta altanería, como si ignorase su calidad y las atenciones que se merecia su ilustre nacimiento. Envióla despues á la cárcel, mandando marcarla con un hierro, como pudiera á una vil esclava. Ninguna princesa subió jamás al trono con mayor alegría en el corazon que la que sintió Sabina cuando se vió en el calabazo. *¿Es posible,* exclamaba como fuera de sí por aquella inundacion de consuelos celestiales que anegaban en delicias toda su alma, *es posible que he de tener yo parte en la misma corona que mi dulcísima Serapia? ¡Qué honra, qué dicha la mia*

en dar la vida por mi Señor Jesucristo! A la intercesion de mi querida Serapia debo sin duda esta inestimable gracia. Habiase persuadido Elpidio que el sonrojo y la incomodidad de la prision la harian mudar de parecer; y mandándola presentar en su tribunal el dia siguiente, le dijo con cierto aire de desprecio, y con un tono de voz imperiosa y levantada: *¿Cómo te has envilecido tanto, que hayas querido tomar partido entre los cristianos, gente indigna y miserable, que hace gloria de la mendiguez, y por una especie de encanto tan lastimoso como risible, igualmente desprecia las riquezas que el honor, la estimacion y la vida? Muy ruin alma te debió tocar en suerte cuando te has abatido á tan bajos pensamientos. Con tu licencia*, respondió Sabina, *es muy ajeno de la verdad ese errado concepto que has formado de la religion cristiana, y bien se conoce que no penetras ni su nobleza, ni su excelencia, ni su valor. No es bajeza de ánimo despreciar las riquezas y los honores de la tierra por merecer los del cielo: es prueba de prudencia hacer un trueque en que se va á ganar tanto; y si en algo se descubre una grandeza de alma verdaderamente superior, es en el generoso menosprecio de los caducos bienes de este mundo. Lejos de degenerar de la nobleza con que nací profesándome cristiana, le añado un esplendor que se conservará indeleble eternamente. Si de algo se hubiera de avergonzar una persona de distincion, una persona de algun poco de razon, sería de doblar la rodilla, y de humillarse delante de unos ídolos, sin otro valor ni precio que el que les da la materia, y les comunica la mano del artífice, siendo la cosa mas vergonzosa ofrecer sacrificios á los demonios.*

Mientras hablaba Sabina con una modestia y con una majestad que encantaba á los circunstantes, estaba Elpidio como embargado y suspenso; pero volviendo en sí, y mudando de tono y de semblante: *Creedme*,

señora, le dijo con urbanidad y con agrado, *creedme, y dejaos de todas esas engañosas preocupaciones, volviéndoos á la religion de vuestros padres. Los emperadores adoran á nuestros dioses, razon será que vos tambien los adoreis; ruégoos que no os querais obstinar en vuestras extravagantes quimeras, porque me obligaréis á quitaros la vida, y á trataros con el último rigor. Dueño sois de hacerlo,* respondió la santa; *podréis quitarme la vida, pero no hacerme mudar de religion. Tratad de quimeras y extravagancias á esas vuestras infames paganas supersticiones, y no á las infalibles verdades de la religion que profeso. Cristiana soy, y solo adoro al verdadero Dios que adoran los cristianos.* Apurado ya el sufrimiento de Elpidio en vista de la constante magnanimidad de la santa, pronunció en fin la sentencia, condenándola á la confiscacion de todos sus bienes, y á que fuese degollada. Luego que oyó Sabina la sentencia, levantó los ojos al cielo, y sin poder contener el gozo dentro del pecho, exclamó inundado el semblante en alegría. *Yo os rindo, Señor, mil gracias por la merced que me haceis; en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* Al acabar de pronunciar estas palabras, le cortó el verdugo la cabeza; disponiendo la divina Providencia que sucediese su glorioso martirio en el mismo dia, aunque un año despues, que el de su querida Serapia, y fué el 29 de agosto. Pero por estar destinado este dia á celebrar el martirio de san Juan Bautista, fijó la Iglesia la fiesta de las dos santas al dia 3 de setiembre, en que fueron elevados de tierra sus cuerpos y trasladados á Roma por los años de 430, colocándose en la iglesia que se edificó en el monte Aventino con el título de Santa Sabina.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Serapia, virgen, la cual, habiendo sido entregada bajo el emperador Adriano á dos

jóvenes desenfrenados que no pudieron recabar nada de ella, y no habiendo sido lastimada por las teas encendidas que le aplicaron, fué apalcada de órden del juez Berilo, y por último decapitada. Padeció el martirio el veinte y nueve de julio, y santa Sabina la enterró en su sepultura, junto á la area de Vindiciano. Pero la conmemoracion de su martirio es celebrada este dia en que el sarcófago de ambas fué establecido y adornado, consagrándole para que sirviese dignamente de oratorio.

En Corinto, la fiesta de santa Feba, de quien habla el apóstol san Pablo en su epístola á los Romanos.

En Aquileya, santa Eufemia, santa Doretea, santa Tecla y santa Erasma, quienes, habiendo padecido en tiempo de Neron muchos tormentos, fueron decapitadas por los tiranos, y sepultadas por Hermagoras.

En Capua, san Arístéo, obispo, y el niño san Antonino, ambos mártires.

En Nicomedia, el suplicio de santa Basilisa, vírgen y mártir, que á la tierna edad de nueve años superó con el divino auxilio los tormentos del fuego, del látigo y de las fieras, en la persecucion de Diocleciano y bajo el presidente Alejandro, muriendo en medio de fervientes súplicas.

En la propia ciudad, san Zenon y san Cariton, mártires, arrojado aquel en una caldera de plomo derretido, y este en una grande fogata.

En Córdoba, san Sandalo, mártir.

Dicho dia, san Aigulfo, abad de Lerins, y sus santos monjes, á quienes decapitaron, despues de haberles arrancado la lengua y sacado los ojos.

En Toul de Francia, san Mansu, obispo y confesor.

En Milan, el tránsito de san Auxano, obispo.

Dicho dia, la muerte de san Simeon Stilita el mozo.

En Roma, el ensalzamiento al trono pontificio del incomparable san Gregorio el Magno. Colocado en él

á pesar suyo, supo difundir sobre el universo desde aquella encumbrada atalaya brillantísimos rayos de santidad.

En Sens, san Ambrosio, obispo.

En Nonnant de Normandía, san Godegrando, obispo de Seez, hermano de santa Oportuna.

En el monte Titan, en la Romania, el fallecimiento de san Marino, confesor.

En Siria, san Aristo, obispo y confesor, en tiempo de Constancio.

En Como, san Martiniano, obispo.

En Palestina, el venerable Teoctisto, abad del monasterio de san Eutimo.

En Etiopia, los santos mártires, Oronte, Raurava, Saul y Save.

La misa es en honor de las dos santas, y la oracion la siguiente.

Da nobis, quæsumus, Domine Deus noster, sanctarum martyrum tuarum Serapiæ et Sabinæ palmas incessabili devotione venerari; ut quas digna mente non possumus celebrare, humilibus saltem frequentemus obsequiis. Per Dominum nostrum...

Concédenos, Señor Dios nuestro, la gracia de que celebremos con continua devocion las victorias de tus santas mártires Serapia y Sabina, para que, ya que no podamos honrarlas como merecen, les rindamos á lo menos nuestros reverentes obsequios. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se recomienda á sí mismo, no es el que merece ser aprobado, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero

me : Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

con todo eso, sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

« Cuando san Pablo no tenia ya que padecer por » parte de los gentiles, ejercitaron mucho mas su » paciencia los falsos hermanos. Procuraban estos » apóstoles intrusos impedir el fruto de su predicacion, » abatiéndole, despreciándole y desacreditándole con » mil calumnias, con cuya motivo se vió obligado el » santo apóstol á escribir esta segunda epístola á los » Corintios. »

REFLEXIONES.

En que se gloria, gloriese en el Señor. Una de dos, ó las cosas de que uno se gloría, y de que hace vanidad son de tal naturaleza que no se pueden atribuir á Dios, y entonces es harto vana, harto lastimosa su gloria; ó son de aquellos talentos que el mismo Señor nos comunicó para que usásemos de ellos conforme á sus altos fines; y en tal caso es el hombre muy injusto si se los atribuye á sí mismo. Con efecto, ¿qué mérito comunicará á una persona un magnífico tren, un rico aderezo, un pomposo vestido, un nacimiente ilustre, nobles y antiguas posesiones, si la persona que sale al teatro del mundo con todo este aparato no tiene en si ni mérito ni virtud? ¿se la darán los paños preciosos, las telas delicadas, las magníficas carrozas, ni los hermosos caballos? El apellido rumboso y antiguo ¿da entendimiento al que no le tiene? y la indevocion ¿perdera nada del desprecio que merece, y de lo perniciosa que es, por verse colocada en un puesto elevado, adornada con una garnacha, ó em-

puñando un baston de general? ¿serán por eso buenas las costumbres estragadas? Los dones de Dios son estimables, y se deben respetar en cualquiera que se hallen: si aquellos á quienes el Señor favoreció con ellos los convierten en motivo de vanidad, no por eso pierden nada de su precio y de su valor; pero los que se atribuyen á sí mismos la gloria, cometen una especie de latrocinio que los hace delincuentes. *No es recomendable el que se alaba á sí mismo.* Aun cuando la vanidad de alabarse no produjera mas que el desprecio y la bajeza, bastaria para huirla. ¿Qué juicio hacen de ella los hombres? El mismo alabarse uno á sí propio quita el mérito á las acciones mas loables, echa en ellas un borron y las afea. Siempre se desacredita el que se alaba. No hay prueba mayor de un mérito superficial, de una virtud imaginaria y de un entendimiento limitado que el incensarse á sí mismo; ninguno de los que le oyen puede tolerar el mal olor de este incienso, y solo huele bien al que se perfuma con él. ¿A qué fin hacer ostentacion de los talentos que el Señor nos dió? Esto es lo mismo que si un comediante se gloriase con la ridícula vanidad de las galas y joyas que le prestaron para que saliese al tablado. ¡Ah! que basta y sobra un accidente de apoplejía, una enfermedad de pocos dias, una desgraciada caida para trastornar el mas despejado entendimiento, para marchitar esas brillantes y pomposas flores, y para desvanecer en humo los mas nobles, los mas descollados y peregrinos talentos. ¿A qué fin engreirse de lo poco bueno que somos capaces de hacer? ¿Para qué sacarlo á luz de manera que nos pueda granjear la estimacion de los hombres? Basta que lo vea Dios, por quien únicamente debemos trabajar, sin exponerlo á los ojos de todo el mundo. Toda esa ansia de ser vistos es buena prueba de que solo trabajamos por respetos humanos. Si el Señor nos colo-

care en algun puesto donde nos sea necesaria la estimacion de los hombres, él sabrá manifestar que somos dignos de ocuparle, sin que nosotros lo solicitemos. En toda vanidad se mezcla algo de pueril; pero en aquella que nos induce á alabarnos á nosotros mismos, tiene mucho de lo que se llama parvulez.

El evangelio es del cap. 13 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit, et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterum simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas. Inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione sæculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus, et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideo omnis scriba doctus in regno

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla le esconde, y muy gozoso de ello, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reino de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando una de gran precio, se marcha, y vende cuanto tiene, y la compra. Tambien es semejante el reino de los cielos á la red que, echada en el mar, coge toda suerte de peces; y en estando llena, la sacan, y sentados á la orilla, escogen los buenos en sus vasijas, y echan fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crugir de dientes. ¿Habeis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Díjoles: por eso todo escriba instruido en el

cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

reino de los cielos, es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

DEL ESPÍRITU DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no tiene Jesucristo, por decirlo asi, enemigo mas cruel que el espíritu del mundo. Con verdad se puede decir que este tirano, orgulloso con sus conquistas, y arrogante con el número de sus ciegos parciales, entró á ocupar el lugar de los mas poderosos enemigos del cristianismo. La persecucion que hace hoy á la Iglesia es al parecer mas perniciosa que la de los mismos Diocleciaños. Este es aquel espíritu seductor, que, por vengarse de los terribles anatemas que fulminó contra él el mismo Hijo de Dios, todo lo pone en movimiento para desacreditar la doctrina de Jesucristo y sus mas infalibles máximas. Este es aquel espíritu réprobo que en todas partes persigue á los buenos; que se mofa de los mas augustos misterios de la religion; que desprecia y se burla de las verdades mas terribles, y que emplea todos sus infernales artificios para extinguir, si pudiera, el espíritu de Jesucristo en medio del cristianismo; introduciendo aquel espíritu que pone tedio y disgusto en todos los ejercicios que encaminan á la piedad y á la devocion, y que trabaja (¡ó Dios, y con qué desgraciada felicidad!) en establecer sobre las ruinas de la religion las máximas que reinan el dia de hoy en el mundo. Él es el que casi desterró del mundo cristiano la modestia, la gravedad, la circunspeccion y la amable sencillez; el que hizo desaparecer la buena fe y la rectitud; el que ha reducido á casi

nada las obligaciones de la religion entre los grandes y las personas de distincion; y en fin, este es aquel espíritu que, extendiéndose y derramándose por todo el universo, ha desfigurado el semblante de la tierra, que tan dichosamente habia renovado el espíritu de Dios. Lleno está el dia de hoy todo el universo de este espíritu del mundo; pudiéndose decir que este es el espíritu dominante que todo lo gobierna. Y á la verdad, ¿no es este aquel espíritu con quien se consultan todos los negocios, que reina en todas las conversaciones, que forma las conexiones y las amistades, y que arregla las modas, los usos y las costumbres? Se discurre segun él, se juzga segun él, se habla segun él, todo se hace y todo se gobierna segun él. Hasta el mismo servir á Dios se quisiera hacer segun el espíritu del mundo, acomodando á él el espíritu de la religion; y como el espíritu del mundo es un espíritu de mentira, un espíritu de error, un espíritu de impostura, de relajacion y de hipocresía, de aquí nace que en el mundo todo es falso, todo aparente; falsos gustos, falsos honores, falsas alegrías, falsas amistades, falsas prosperidades, falsas promesas y falsas alabanzas. Esto en cuanto á los bienes exteriores: en cuanto á los interiores, falsas virtudes, falsa prudencia, falsa moderacion, falsa hombría de bien, falsa devocion, falsa humildad, falso zelo, falsas limosnas, falsas conversaciones y falsa penitencia. De aquí nace que los hombres, llenos de este espíritu, parece no tienen otro estudio que engañar á los demás, y engañarse á sí mismos. Es el mundo, dice el Apóstol, como una representacion, como una comedia, donde todo pasa en figura. ¡Buen Dios, cuándo abrirán los cristianos los ojos para ver la malignidad de un espíritu que tiene á tantas almas en el infierno?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que ninguna cosa es tan digna de temerse en todo género de estados como el espíritu de impiedad y de disolucion. Este es aquel espíritu pernicioso, que, conforme se va propagando por el mundo, va extinguiendo en él no solo las mas vivas, las mas claras luces del cristianismo y de la religion, sino las de la misma razon natural. Y con todo eso, él es el que en todo se insinúa, y en todo se introduce. No solo tiene entrada en los palacios de los grandes, ejerciendo sobre ellos un imperio soberano; tiénela tambien, y le ejerce sobre las condiciones particulares, en el menudo pueblo, hasta en los mas santos estados, hasta en las mismas iglesias, á los mismos piés del santuario. Veo, dice san Bernardo, y lo veo con dolor, que todo el ardor, todo el zelo de muchos ministros del altar se reduce á defender sus derechos, á hincharse con su dignidad, á disfrutar bien sus rentas, abusando enormemente de ellas. ¿Será el espíritu de Dios el que inspira ese zelo interesado y ambicioso, esa pomposa ostentacion, esa licencia y esa indevocion que no te causa vergüenza? Pues ves aquí, decia este santo padre, el espíritu del mundo colocado hasta en el mismo santuario. ¿Y estarán mas exentas de este espíritu del mundo las personas religiosas? ¿Pues de dónde nacen esas negociaciones, esas parcialidades, esos artificios para sobresalir hasta en el mismo polvo, y allá en la oscuridad de un retirado desierto? ¡Ah, Señor, y cuántos progresos hace, cuántos estragos causa este espíritu orgulloso, tan opuesto á vuestro humilde espíritu, hasta en el mismo lugar santo! Él se sube á los púlpitos; él se introduce, y se insinúa hasta en el modo de anunciar vuestra divina doctrina; él grita y clama contra sí mismo, teniendo descaro y atrevimiento para corromper la sa-

grada elocuencia del púlpito con una estudiada afectacion, dirigida no tanto á mover el corazon, cuanto á lisonjear los oidos, captando los aplausos, olvidada enteramente la majestuosa simplicidad. Este es aquel espíritu reprobado por Jesucristo, que reina el dia de hoy en todos los estados; es una enfermedad popular, es una epidemia mortal y contagiosa, de la que apenas hay quien se liberte. De aquí nace aquella corrupcion de costumbres casi universal; aquella especie de irreligion, que se hace tan familiar y tan doméstica; aquellas escandalosas máximas, que se vierten sin pudor, y aquellos abusos que insensiblemente van socavando hasta los mismos cimientos de la religion. Violanse casi sin remordimiento los mas santos preceptos de la ley; el ayuno y la abstinencia son el dia de hoy, por decirlo así, un lenguaje poco menos que desconocido para todos aquellos que se llaman gentes distinguidas y de conveniencias. El encomendarse á Dios por la mañana y por la noche, eso es bueno para los criados y oficiales. Bendecir la mesa, y dar gracias despues de comer, déjese para los religiosos y para hombres plebeyos. Acúdese á la iglesia con el mismo espíritu que á la comedia, y algunos se presentan con mayor decencia y con mayor compostura en una visita profana, que en el templo santo de Dios. Todo esto ha producido ya el espíritu del mundo. ¡Ah, mi Dios, y no podemos temer que todavía ha de hacer mas funestos y mas lastimosos progresos!

Dadme, Señor, vuestro espíritu, y extinguid totalmente en mí este desventurado espíritu del mundo, que yo miro verdaderamente con horror, resuelto á desterrarle y á exterminarle de mi corazon por todo el resto de mi vida. Haced, Señor, que en adelante sea animado y vivificado únicamente por vuestro divino espíritu.

JACULATORIAS.

Cor mundum crea in me, Deus : et spiritum rectum in nova in visceribus meis. Salm. 50.

Criad, Señor, en mi un nuevo corazon, y renovad en mis entrañas aquel espíritu recto, puro y santo, que gobierna todos los pasos de vuestros fieles siervos.

Ne projicias me à facie tua : et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Sal. 50.

No me arrojeis, mi Dios, de vuestra divina presencia, y no priveis mi corazon de vuestro divino espíritu.

PROPOSITOS.

1. Si ese desgraciado espíritu del mundo es capaz de cegar y de engañar aun á los que están fuera del mismo mundo; ¿qué no deberán temer los que de necesidad, y por razon de su estado se ven expuestos á todos sus peligros y á todas sus tentaciones? Concibe desde este mismo punto el mayor horror á ese pernicioso espíritu, tanto mas peligroso, cuanto sabe disfrazarse y aun revestirse de los motivos mas especiosos y mas plausibles. Está siempre alerta contra un enemigo tan sagaz y tan sutil. Hoy están los hombres en la infeliz disposicion de consultar el espíritu del mundo en casi todo lo que emprenden, con preferencia al espíritu de Dios, á quien apenas se le da oidos cuando se encuentra con este fiero enemigo de la religion y del Evangelio. El espíritu del mundo es el que preside en todas esas fiestas mundanas, en todas esas profanas concurrencias, en esas diversiones escandalosas, en esos ambiciosos proyectos, en esas galas, en esas magnificencias y en esas indecentes modas. A todos esos estilos poco cristianos les has de negar siempre la entrada. El espíritu del mundo es

enemigo declarado de Jesucristo; pues declárate tú enemigo irreconciliable de aquel, y pon el mayor cuidado en que no tenga parte en cosa alguna que hicieres.

2. ¡Cosa extraña! no se contentan muchos con tener el espíritu del mundo; empéñanse tambien en comunicarle, en extenderle y en propagarle. El padre le inspira á sus hijos; los instruye en él, les da lecciones y reglas, críalos segun las leyes de este espíritu, y siguiéndole él tambien, se condena tambien con ellos. Las madres aun son mas zelosas en comunicarle á sus hijas; y lo mas admirable es, que aun aquellas mismas, que, declinando ya hácia el ocaso de la vida, abrazaron el partido de la devocion, y renunciaron las pompas del mundo, suelen ser muchas veces las mas ardientes en trasmitir á sus hijas aquel espíritu que les dió á ellas tan copiosa materia de llanto y de arrepentimiento. Pues aprende tú á tener juicio y á escarmentar en cabeza ajena.

DIA CUARTO.

LA CONMEMORACION DE LOS FIELES DIFUNTOS.

La caridad que se tiene en la Iglesia con los muertos siempre es provechosa á los vivos, no solo porque nos granjea amigos en el cielo, cuya proteccion siempre nos puede importar mucho, sino porque conduce maravillosamente para desprender nuestro corazon de este mundo, cuya vanidad y pasajera figura nunca la descubrimos mejor que cuando hacemos oracion por los difuntos.

Aquella triste memoria que se hace de las personas que ya no existen, á quienes amábamos tan tiernamente, y eran el duce objeto de nuestro cariño; de

aquellos amigos de nuestra mayor confianza, que eran todo nuestro consuelo y todo nuestro desahogo; de aquellos poderosos protectores y apoyos de la fortuna que comenzábamos á labrar; esta triste memoria, vuelvo á decir, es un soberano remedio para curarnos de las engañosas ilusiones que igualmente encantan el corazon y alucinan el entendimiento.

Cuando se piensa que ya no son, que ya no existen aquel padre y aquella madre que tanto se afanaron, que se consumieron, que se acortaron la vida por dejarnos los bienes que poseemos, y que las oraciones que hacemos se dirigen á solicitar su descanso; cuando se considera que aquel dulce esposo, aquella tierna y fiel esposa, que era todas nuestras delicias, acabó finalmente su carrera, y sepultada en los horrores de la muerte y en las terribles llamas, destinadas á purificarla, nos pide con lastimeros gritos el sufragio de nuestras oraciones; cuando se nos representan tantos fieles cristianos, que existieron vivos y sanos como nosotros, que ocuparon los mismos elevados puestos que nosotros ocupamos, que poseyeron los mismos brillantes empleos que nosotros poseemos, que edificaron las soberbias casas que nosotros habitamos, y que lucieron en todas las ocasiones como nosotros lo lucimos; ¿cómo es posible no pensar que algun dia hemos de tener la misma suerte que ellos, que nos hemos de ver reducidos como ellos á no ocupar mas que un asqueroso rincon en una sepultura, que como ellos, ni mas ni menos, nos hemos de ver despojados de esos ricos muebles, de esos pomposos carruajes, de esas grandes y opulentas herencias, y que como ellos dentro de muy pocos dias hemos de tener extrema necesidad de las oraciones de los fieles? ¡Y qué dichosos seremos si nos halláremos en estado de que nos aprovechen como á ellos!

Parece que no es posible hacer oracion por los muertos sin pensar tambien en la muerte. Y un pensamiento tan eficaz para desengañarnos de tan falsas brillanteces como nos deslumbran, de tantos mentirosos atractivos como nos encantan; un pensamiento tan propio para quitar todo el gusto á los deleites y á los pasatiempos, ¿podrá ofrecérsenos muchas veces á la memoria sin que produzca algun efecto?

Bien se puede decir que la muerte es la sepultura de las pasiones, y que el pensamiento y la memoria de ella es un soberano remedio. No tienen fuerza las pasiones cuando se las considera como manantial de llantos y de arrepentimientos: á esta luz, y no á otra, se las mira en la hora de la muerte; ni entonces se acierta ya á comprender cómo se las pudo mirar de otra manera.

¿Qué reliquias quedan en la muerte de aquellas quiméricas ideas que se formaban del mundo, ni de aquella imaginaria felicidad de que se sustentaban sus secuaces? ¿subsisten por ventura despues de los tristes, de los hediondos despojos de nuestros cuerpos aquellos caprichos de la propia excelencia, aquel prurito de sobresalir, aquellos codiciosos deseos de enriquecerse? ¿perseverarán despues de la universal privacion de todas las cosas? ó por lo menos ¿queda alguna memoria que sirva de algun consuelo de todo lo que lisonjeó nuestro orgullo, de todo lo que satisfizo nuestra concupiscencia, y de todo lo que constituyó nuestra soñada felicidad sobre la tierra?

Se piensa, se reflexiona, se medita cuando se está para entrar y para perderse en aquella espantosa eternidad; pero ¿es tiempo de pensar y de disponerse para morir en el mismo punto en que se muere?

En aquel último momento casi se pierden de vista los pocos dias que se vivieron; y si todavia hace el

moribundo alguna memoria de lo que fué, es para sentir mas la amargura de lo que va á ser, y de lo que ya es.

Yo era poderoso, poseia grandes tierras, ocupaba ilustres cargos, tenia nobles derechos, gozaba gruesas rentas, estaba en posesion de muchos ricos beneficios, *et solùm mihi superest sepulcrum*, y todo se desvaneció ya; de todo no me resta mas que una triste sepultura.

Aquellas magníficas casas, aquellos soberbios palacios, mudas, pero elocuentes acusaciones de la vanidad de los mortales, donde se habia juntado lo mas exquisito del arte, lo mas fino, lo mas primoroso, lo mas raro de los paises mas remotos; aquellas amenas quintas donde se pasaban dias tan alegres y tan divertidos; aquellos muebles de tan subido precio y de tan delicado gusto; aquellos magníficos tocadores, ricos aparadores de las mas curiosas preciosidades; aquel numeroso concurso de cortejantes y de aduladores; aquel pomposo y soberbio tren que me realzaba, todo esto ya se acabó, ya no existe para mi: apoderáronse de todo ello mis herederos; ya son dueños de todo; á mí solo me queda una negra, una horrible sepultura: *Et solùm mihi superest sepulcrum!* ¡Oh, y qué propias son para reprimir las pasiones, para templar su infernal fuego estas reflexiones, este objeto y estas verdades bien consideradas! ¡dichoso aquel que no aguarda á la hora de la muerte para aprovecharse de tan poderoso remedio!

En la muerte no hay reflexion que no aflija, no hay objeto que no espante, no hay mirada de ojos, por decirlo así, que no sea una amargura: *In amaritudinibus moratur oculus meus.* Nada se ve que no sea nuevo motivo de dolor. Lo pasado hace llorar, lo presente asusta mirando á la fe, y sobresalta la

razon, lo futuro causa horribles espantos. Arrepiéntese el moribundo de haber sido lo que fué; pero arrepentimiento muy estéril por lo comun. Se desespera por no haber considerado lo que habia de ser; pero remordimientos entonces sin provecho. Llora, padece una congoja mortal por no haber prevenido con frecuentes reflexiones, con una vida arreglada el deplorable estado en que se halla; pero lágrimas tan inútiles como amargas: arrepentimiento que ya llega muy tarde.

¿De qué le sirve ahora á aquel cadáver haber sido en vida un hombre tan estimado por su ingenio, por su dignidad, por sus riquezas, por su clase y por sus empleos? la muerte le acaba de confundir con el mas vil de todos los mortales.

¿De qué le servirán á aquella bizarra dama que acaba de espirar, todas sus galas y toda su gentileza? Espiró con ella su orgullo, su presuncion, su altivo desden y toda su delicadeza. La única herencia que le resta son gusanos y podredumbre: *Cùm morietur homo, hæreditabit vermes* (1). ¡Buen Dios, que de encantos dan en tierra con la muerte!

Pero ¿qué es lo que se hace cuando se piensa en la muerte mientras se está en lo mejor de la vida? Anticipar, por decirlo asi, al último dia y al último momento aquellas luces vivas y penetrantes; y sin aguardar á que muy á nuestro pesar nos descubra este misterio de vanidad la catástrofe ó el funesto fin de la tragedia, descubrímosle nosotros á nosotros mismos por medio de estas sanas y saludables reflexiones.

Cuando se representa á los ojos de la consideracion una viva pintura de la muerte, se miran desde luego todas las cosas del mundo á la misma verdadera luz que entonces se han de mirar. Se perciben, y se hace

(1) Ezech. 12.

el mismo juicio de ellas que se ha de hacer entonces: conócense por lo que verdaderamente son, frívolas, engañosas y despreciables. Acúsase, repréndese uno á sí mismo por haberse dejado prendar de ellas: llora su ceguedad, como la lloraria en aquel último momento; y con una disposicion tan cristiana de corazon y de entendimiento se resfría la pasion, no está tan viva la concupiscencia, es menos hambrienta la codicia y las grandezas humanas: los bienes perecederos, los deleites superficiales se representan á una luz muy amortiguada, con un atractivo lánguido, tibio y medio apagado, sin sentirse ya mas que un gusto insulso, zonzo y nada picante. Asi se mira todo esto por entre las sombras de la muerte.

Acuérdate de la muerte, dice el Sabio, y no pecarás, te conservarás inocente: *Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis* (1). Acuérdate de la muerte, y no te pagarás tan locamente de ti mismo; no serás tan vivo en la defensa de tus derechos, ni tan zeloso de tu autoridad, ni tan sensible en lo que toca á tus intereses, ni tan codicioso en tus ganancias, ni tan arrebatado en tus cóleras, ni tan duro con los demás, ni tan indulgente contigo mismo, ni te mostrarás en todo tan poco cristiano. Acuérdate de la muerte, y tendrás mansedumbre, circunspeccion, urbanidad, moderacion y paciencia: la imágen de la muerte trae, por decirlo así, á la memoria todas estas virtudes.

Con todo eso, no se quiere pensar en la muerte; ¿y porqué? ¿se pone acaso en duda que se ha de morir? ¿se tiene seguridad de que se ha de morir bien? Una santa muerte ¿es obra tan facil ó tan indiferente? ¿es de tan poca consecuencia, que no merezca el que se piense en ella? De la muerte depende nuestro eterno destino. Son pocos los que mueren bien; pero

(1) Eccles. 7.

¿cómo puede ser otra cosa, siendo tan pocos los que piensan en la muerte?

El pensamiento de la muerte entristece, atemoriza, turba los gustos y los alegres dias de la vida : por eso se procura desviar de la memoria. Bien; mas ¿porqué no se hará lo mismo con todo los demás pensamientos que alteran nuestro sosiego?

Tiénese pendiente un pleito criminal; trátase de los bienes y de la honra de toda una familia ó de la misma vida : si el pleito se pierde, ¡qué dolor! ¡qué desgracia! Solo pensarlo estremece. Mas, ¿porqué no se echará de la imaginacion ese doloroso pensamiento? ¿porqué nos acompañará siempre y á todas partes? Solo se piensa en el pleito, solo se habla del pleito; no hay dia en la semana, no hay hora en el dia, que no venga muchas veces al pensamiento : en la mesa, en las visitas, en el juego, en todas partes nos ocupa este objeto; todos los demás ceden á él. A la verdad no es inútil : se trabaja, se instruye, se solicita, se consulta, se toman todas las medidas que sugiere la prudencia. Este solo negocio se tiene en la memoria, porque este solo está impreso en el corazon. ¿Y qué se diria de un hombre, qùe, teniendo un pleito de esta entidad, no quisiese ni aun oir hablar de él, que procurase desterrarle del pensamiento solo y precisamente porque le altera y le allige?

¿Será menester hacer la aplicacion, y evidenciar la imprudencia, ó, por mejor decir, la locura de los que no quieren pensar en la muerte, solo porque este pensamiento los entristece y los sobresalta? pero ¿ignoramos acaso que en nuestra mano está, con la divina gracia, el quitar á la muerte toda su amargura, llenándola de consuelo, y haciéndola no solo dulce, sino preciosa á los ojos del Señor, y que para esto es gran medio el pensar continuamente en ella? Grande tentacion es el horror que se tiene á un pen-

samiento tan saludable; y desdichado de aquel que se deja vencer de él. Solo poniendo en duda que todos hemos de morir, puede no ser locura el no pensar en la muerte. Seguramente que si pensáramos en ella en todas las deliberaciones, en todos los proyectos, en todos los negocios y en todo el comercio con el mundo, nos libraríamos de muchos arrepentimientos. Témese el pensamiento de la muerte, porque se temen los efectos que ordinariamente produce este saludable pensamiento. Si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser tan mundano, ni tan divertido, ni tan disoluto; si se pensara con frecuencia en la muerte, ya era preciso no ser ni tan asiduo al juego, ni tan codicioso de ganar, ni tan encaprichado en las vanidades del mundo; ya no se pareceria en el baile, ni se concurriria á todos los bureos; se pondria un perpetuo entredicho á ciertas concurrencias, á ciertas conversaciones; ni los espectáculos serian ya de nuestro gusto. Si se pensara con frecuencia en la muerte, luego se tomaria el partido de la reforma y del retiro; y esto es puntualmente lo que no se tiene gana de emprender. El pensamiento de la muerte hace al hombre mas cuerdo, y ese hombre todavía no quiere ser mejor.

Pensar en la muerte, y no reformarse, es locura: no pensar en ella por no verse precisado á corregirse, es impiedad. ¡Oh, Señor, y qué desgracia es morir sin haber pensado casi nunca en la muerte!

La misa es de los difuntos, y la oracion la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam, quam semper opta-

O Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengas por las piadosas oraciones de

verunt piis supplicationibus consequantur. Qui vivis, et regnas...

vuestra Iglesia el perdon que siempre desearon de vos. Que vivis y reinais...

La epistola es del cap. 14 del Apocalipsis.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodò jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis; opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias, oí una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

« Sabido es que el libro del Apocalípsis es el de las » revelaciones de Jesucristo hechas á san Juan, » cuando estaba desterrado por la fe en la isla de » Pathmos hácia el fin del imperio de Domiciano; » es decir, hácia el año 95 del Señor; y en el ca- » pitulo de donde se sacó esta epístola se comprende » en pocas palabras el elogio de la muerte de los » santos. »

REFLEXIONES.

Por mas que se viva en medio de la opulencia y del esplendor, ni el nacimiento, ni las riquezas, ni los honores, ni cosa alguna nos liberta de las miserias de esta vida. Vivimos en un valle de lágrimas, y en él solo se rie á fuerza de artificio. La sentencia que condena los hombres al trabajo es universal; ninguno se exime de ella: ni las condiciones ni la edad dispensan á persona alguna. Derrámanse lágrimas, aun antes de hallarse en estado de saber porque se llora. Nacen con nosotros las pesadumbres. No siempre son los trabajos corporales aquellos que mas fatigan: el corazon y el ánimo tienen tambien sus penas, que afligen

mas cuando son menos visibles. Las cruces interiores son las mas pesadas: á la verdad nunca se gime mas amargamente que cuando se gime en secreto. Desde la cuna comienzan á correr las lágrimas, y no se seca el manantial ni aun sobre el mismo trono. Menos incompatible es la alegría con los trabajos del cuerpo, que con las aflicciones del ánimo. Aquellos dan algunas treguas, tienen sus intervalos; pero los cuidados, las pesadumbres y las amarguras que causan las pasiones, fatigan sin intermision. Esta es la suerte de todos los hombres que viven sobre la tierra, ó trabajos corporales, ó penas interiores, y muchas veces uno y otro. No hay que esperar calma ni reposo hasta despues de esta vida. Dichoso aquel á quien *el espíritu dice que descanse despues de sus trabajos.* La alegría llena, la tranquilidad permanente y el reposo dulce solo reinan en la vida venidera. Pero advierte que este reposo se da únicamente por premio de las buenas obras; y asi, solo *á los muertos que mueren en el Señor* se les dice: *Descansad despues de vuestros trabajos.* ¡Qué diferencia de suertes! Igualmente mueren el justo y el pecador, igualmente trabajosa fué la vida de uno y otro; pero á los trabajos del justo se sigue un descanso eterno; á las fatigas, á los sudores y á los cuidados del pecador, una eternidad de tormentos. Lágrimas amargas en este mundo; fuego inextinguible en el otro, y con el fuego rabia, desesperacion, y un eterno rechinar de dientes. ¡Oh, qué dichosos son aquellos que mueren en el Señor! ¡Mi Dios, qué preciosa es la muerte de los buenos! ¡qué envidiable! Ella es, hablando con propiedad, el fin de todos los trabajos y el principio de una felicidad colmada, pura y eterna. Todos los hombres corren su carrera, sin que á la mayor parte se le dé nada, ni le merezca ningun cuidado el término, el paradero de ella. La carrera es sin duda trabajosa; pero en lle-

gando al fin, ¿nos dirá el espíritu que descansemos de nuestros trabajos? Consultémoslo con nuestras obras. Bienaventurado aquel que trabajó para el cielo : bienaventurado aquel que vivió retirado, dedicándose á ejercicios de ejemplar devocion : bienaventurado aquel que huyó, que se desterró de las concurrencias llenas de peligros; el que pasó los dias de su vida en el servicio de Dios y en santos ejercicios de penitencia. Trabajemos por nuestra salvacion durante esta miserable vida, que bastante tiempo nos queda para descansar por toda la eternidad.

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum : Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum : et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes : Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus : Amen, amen dico vobis : nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis : Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los Judíos : Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decian : ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió : En verdad, en verdad os digo, que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

DE LA INCERTIDUMBRE DE LA HORA DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cierto que hemos de morir. Pero ¿cuándo moriremos? ¿será presto? ¿será tarde? Nada sabemos. Lo que hay de cierto en la materia es que hoy puede ser el último dia de mi vida; que siempre se muere mas presto de lo que se piensa; que el Hijo del hombre vendrá ciertamente en la hora en que menos se le espera. Por mas prevenido que vivas, siempre te cogerá la muerte de sorpresa: ¿qué será si vives sin la menor prevencion?

Pocas muertes hay que no sean imprevistas; ninguna que no sea repentina respecto del que muere. Parece que todas las cosas conspiran á engañar á un moribundo, y él mismo se pone de acuerdo con los mismos que le engañan. ¿Qué hombre has visto morir nunca que no se prometiese vivir por lo menos hasta el dia siguiente?

¡Rara manía! Sábese que la muerte es cierta, mas nunca se contempla sino hasta el fin de una dilatada carrera; mírase allá á larga distancia despues de una edad muy avanzada; y cuando llega esta avanzada edad, no se cree lo sea tanto que quite la esperanza de vivir todavía otro año por lo menos. Por robusta que sea nuestra salud, no hay mas que un solo paso desde la vida á la muerte. ¿Dónde se hallará un hombre cuerdo que se atreva á asegurarnos un año solo de vida con peligro de la suya? Y no obstante, ¡yo tengo valor para dilatar mi conversion hasta el fin de este año!

Ignora el hombre el fin de sus dias, dice el Sabio; y como el pez que juguetea en las aguas, y el ave que

revolotea en el aire, caen de repente, el uno en la red ó en el anzuelo, y la otra en el lazo; así los hombres caen miserablemente en el de la muerte cuando pensaban disfrutar el momento mas gustoso de su vida (1).

Entre todos aquellos que murieron en este año. cuya muerte ha llegado á nuestra noticia, ¿habria quizá ni uno solo que pensase morir dentro de él? Y de todos los que morirán en este mismo año, ¿se hallará por ventura ni uno solo que no espere vivir mas?

¿Quién me podrá asegurar hoy que tambien he de vivir mañana? Esto es decir que puedo morir. Y este dia decisivo de mi suerte. ¿será para mí principio de una dichosa eternidad, en el caso de que sea hoy el último dia de mi vida? Estreméceme esta sola proposicion; sobresalta mi conciencia este solo pensamiento. ¡Ah, qué seria de mí, si dentro de dos horas hubiese de comparecer ante el tribunal de Dios, si hubiese de dar cuenta al soberano Juez del tiempo que he perdido, y de las gracias de que he abusado! ¡qué seria de mí si, cargado de pecados, y sin haber comenzado á hacer penitencia, me fuese preciso marchar á oir y á sufrir la última sentencia! Puede llegar el caso; ¿quién me asegurará de que no llegue?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué locura seria la de un caminante, que en la víspera de su viaje, en lugar de hacer provisiones para él, solo pensase en comprar casas, en adquirir rentas, en hacerse nuevos amigos, que dentro de pocas horas habia de dejar para no volverlos á ver jamás. ¿Seremos nosotros mas cuerdos en portarnos como si nunca hubiéramos de morir? ¿qué

(1) Eccl. 9.

otra cosa hacemos cuando vivimos sin pensar en la muerte?

Si supiera que habia de morir mañana, me dispondria hoy. Mas, ¡ah! que acaso puede ser esto mas pronto; puedo morir esta tarde, puedo morir en este mismo momento. Si sucediese esto, ¿me hallaria prevenido? ¿Y lo estaré mas si muero cuando no lo pienso?

Un hombre que está sentenciado á muerte por decreto irrevocable, ¿puede, sin haber perdido el seso, entregarse á la alegría, y no pensar mas que en vivir? *Statutum est hominibus semel mori.* Pronunciada está la sentencia contra todos los hombres de que han de morir una sola vez. Dios es el que nos ha condenado á todos á la muerte, y de esta muerte depende nuestra suerte eterna. No se muere mas que una vez; y con todo, ¡apenas se piensa en esto! pues qué, ¿es cosa tan fácil morir bien? ¿es cosa indiferente morir mal?

¡Oh, qué terrible cosa es morir sin estar prevenido para la muerte! ¿Y cuánto tiempo nos parece que habremos menester para prevenirnos? ¿bastaríanos un mes para ponernos en estado de comparecer en la presencia del soberano Juez? ¿podráse desenredar, podránse ajustar en pocas semanas los negocios de una conciencia, de una vida de treinta ó cuarenta años, de un caos de pecados y de iniquidad? Pero al fin, ¿cuánto tiempo pretendemos dedicar á esto? ¿y estamos seguros de un solo dia?

¡Qué, es cierto, Dios mio, que aun los mismos que mas pensaron en la muerte, serán sorprendidos! ¿pues qué será de aquellos que ni piensan, ni quieren pensar en ella?

¡Cosa extraña! solo en órden al negocio de la salvacion no se piensa en la incertidumbre de la hora de la muerte: en todos los demás negocios que tocan á intereses temporales, ni uno solo hay que no cuente

con ella. Escrituras y obligaciones de comercio, contratos matrimoniales, convenciones particulares, instrumentos públicos, papeles secretos, todo está lleno de precauciones contra esta fatal incertidumbre. No se sabe, dicen todos, lo que puede suceder; somos mortales; es prudencia prevenir los acasos, los accidentes de la vida. Y por la salvacion, por los negocios de la conciencia, por asegurarnos una dichosa eternidad, ¿qué precauciones se toman?

Señor, y despues de todas estas reflexiones, ¿será posible que incurra yo en la misma falta? No, no, dulce Jesus mio, ya no quiero arriesgar mas mi salvacion. De hoy en adelante consideraré cada dia como si fuese el último de mi vida; y con la asistencia de vuestra divina gracia voy á vivir como si hubiera de morir en aquel dia.

JACULATORIAS.

Paucitatem dierum meorum nuntia mihi. Salm. 101.
Haced, Señor, que tenga continuamente en la memoria la brevedad de la vida, y la incertidumbre de la hora de la muerte.

Ne revoces me in dimidio dierum meorum. Salm. 101.
Dios mio, no me cortes los pasos en medio de la carrera.

PROPOSITOS.

1. Supuesto que cada dia puede ser el último de mi vida, ¿no será insigne locura pasar un solo dia sin traer à la memoria el pensamiento de la muerte? pero tú ¿has pensado mucho en ella? Cada dia se puede sentenciar el pleito de que depende tu felicidad ó tu infelicidad eterna: piensa todas las mañanas si está todo prevenido, si tienes nuevos documentos que presentar, si te resta aun algo mas que hacer. Puédese decir que está como extendida por todas partes la

memoria, ó por lo menos la imágen de la muerte. Ruinas de edificios antiguos, magnificencia de los nuevos, revolucion de las estaciones del año, sucesion regular de las horas y de los dias, rapidez del tiempo, curso de los astros, todo nos predica en su lengua la memoria ó la imágen de la muerte. Las modas que se acaban, los muebles que se gastan, las historias, las pinturas, los sepulcros, todo nos conduce al mismo pensamiento: como tú mismo no te tapes los oidos, oirás muchas veces al dia la voz de casi todo lo que ves, que te está diciendo que has de morir. Además del crucifijo destinado para que te le pongan en las manos en la hora de la muerte, el cual has de tener siempre en vida delante de los ojos, válete de ciertas piadosas industrias, que son muy oportunas para disponernos á una buena muerte. Primera: Algunos escriben esta sentencia al pié del crucifijo, sobre la mesa en el despacho, ó en alguna parte visible de su cuarto: *Estad aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre.* Segunda: Otros tienen un retrato de la muerte enfrente de la cama, ó á lo menos en el oratorio, y no se pasa dia sin que hagan algunas reflexiones sobre ella. Tercera: Hay algunas señoras piadosas que tienen prevenida la mortaja con que se han de enterrar, y la guardan entre sus mas ricas galas, para fijar en ella la consideracion siempre que vean sus trajes, sus preciosos vestidos, y todos aquellos aparatos de la vanidad. Cuarta: Algunos leen una vez al mes su testamento, no solo para examinar si todo está bien arreglado, ó si hay algo que añadir, sino tambien para acordarse de la sepultura que eligieron. Aprovéchate de todas estas devotas precauciones.

2. Supuesto tambien que es incierta la hora de la muerte, y que por mas vigilante que estés te ha de coger de sorpresa, guárdate mucho de dilatar para la



S.TA ROSALÍA, VÍRGEN.

muerte lo que puedes hacer en vida. La última enfermedad solo es á propósito para ejercitar en ella la paciencia. El Salvador no nos manda que nos aparejemos entonces, sino que ya estemos aparejados. Examina si te queda alguna cosa por hacer, y desciende hasta las mas menudas. Mira en qué regla, en qué buena obra, en qué ejercicio espiritual eres descuidado y negligente. Haz hoy alguna oracion, ó da una limosna para alivio de las ánimas del purgatorio, etc. Estas pequeñas devociones, esta reforma de costumbres y de conducta te colmará de alegría, y te excusará muchos remordimientos. No te contentes con que te parezcan bien estos consejos, ponlos en ejecucion. No des oidos á esa pueril delicadeza, que desvia de la memoria el pensamiento de la muerte. La consideracion de la sepultura es poderoso remedio para curar las enfermedades del alma. No hay pasion que no se temple con el pensamiento de la muerte.

SANTA ROSALÍA, VÍRGEN.

Entre los muchos portentos con que la gracia de Dios ha manifestado á los hombres cuánta es la actividad y fuerza que les comunica para renunciar las delicias del mundo, y seguir aquella estrecha senda que conduce á la vida eterna, no es el menor la vida de santa Rosalia: algunos hechos, al paso que hacen admirar una sublime virtud, confunden á los apasionados de este mundo. Es imposible leer la valerosa determinacion de esta santa vírgen y las asperezas de su vida eremítica, sin que se apodere del corazon una admiracion santa de sus rigores, y al mismo tiempo un encendido deseo de imitarla en lo posible. Aunque la santa procuró esconder á los ojos del mundo todas sus acciones, Dios ha querido favorecer

la piadosa diligencia de los hombres sabios, que á costa de penosas vigilias han llegado á rastrear los pasos de esta santa vírgen, cuya vida es como se sigue.

Nació santa Rosalía á principios del siglo XII en Palermo, ciudad de Sicilia, de nobilísimo linaje. Su padre se llamó Sinibaldo, descendiente de Carlo Magno por via de varios reyes de Italia, que contaba por sus ascendientes. Y entre los parientes mas cercanos de la santa se contaba Rogelio, primer rey de Sicilia, cuya hija Constancia se casó con el emperador Enrique VI. Lo real y generoso de su estirpe le proporcionó una educacion igual á las grandezas y delicias del real palacio. Hay quien dice que, siendo jóven, fué dama de la reina Margarita, hija de don García, rey de Navarra, y casada con Wilelmo, hijo de Rogelio. Vivia la santa doncella rodeada de todos los resplandores del trono y de todas las pompas y delicias de la corte. Cuanto pueden dar de sí las riquezas para cautivar el corazon de una jóven, proporcionándole regalos, adornos y diversiones, otro tanto tenia Rosalía. Nada le faltaba para poder concebir en el mundo las mas altas esperanzas de un establecimiento ventajoso. La naturaleza le habia comunicado francamente todos sus encantos, y ya se mirase su nacimiento y conexiones, ya las cualidades de su persona, todo le ofrecia las esperanzas mas lisonjeras. Pero prevenida Rosalía muy de antemano por las sabias ilustraciones de la gracia, conocia muy bien lo despreciables que eran todos los bienes de este mundo, y que no debian servir á un corazon generoso sino para despreciarlos por Jesucristo. La turbacion de la corte, las delicias de los poderosos, las pretensiones de la ambicion, y todo el conjunto de delicias que se presentan en el alto rango á aquellos ojos que no han tenido todavía la desgracia de ser

ofuscados con sus negras sombras, horrorizaban al inocente corazon de la santa doncella. Pensó, pues, en huir de la confusa Babilonia de la corte, y buscar en un desierto un lugar y asilo para la inocencia de su alma. Este pensamiento, sin embargo de ser arriesgado, halló en su corazon todo el apoyo necesario que podia darle la prudencia; porque, habiéndole consultado repetidas veces con Dios en la oracion, halló que era mas una inspiracion del espíritu divino que queria llevarla por un camino maravilloso, que pensamiento propio.

Pensaba la santa, resuelta ya á poner en ejecucion su proyecto, qué lugar seria el mas á propósito para la perfeccion de su obra, pues no ignoraba que debia ser muy escondido á los ojos de los hombres, para poder producir en ella tal seguridad, que disipase la mas lijera nota de temeraria. Dios, que fué el autor de su primer pensamiento, lo fué tambien de la eleccion del sitio, pues, segun se cree no sin probables fundamentos, llegó su dignacion á enviar á la santa dos ángeles que la condujesen al sitio que su divina providencia la tenia destinado. Trece leguas distante de Palermo habia un monte tan fragoso y tan espeso, que era impenetrable aun á las fieras mas montaraces. Llámase el paraje el monte de Quisquinia, que unos quieren que perteneciese á los estados del padre de la santa, pretendiendo otros que la reina Constancia se le dió graciosamente á Rosalía, para que pudiese en él realizar sus santos deseos. En lo mas horroroso de la montaña habia una gruta de tan dificil entrada, que apenas cabia por ella un cuerpo humano. La naturaleza parece que habia querido formar con la descompostura de las peñas, la estrechez y las tinieblas una mansion de horror tan espantosa, que ni aun las mismas fieras se habian atrevido á hacer en ella su morada. Luego que Rosalía llegó á la puerta de la

caverna, que era una boca estrechísima, se introdujo en ella, no sin grande dificultad, y habiendo penetrado sus oscuros y tortuosos senos, se convenció de que el sitio era el mas á propósito para la ejecucion de sus intentos. Saludóla como al amado tálamo que le habia prevenido su esposo celestial para vivir allí con él en union santa é indisoluble, gozando de las delicias del espíritu, y estando apartada enteramente de la vista de los mortales. En esta horrorosa mansion vivia Rosalía, ejercitándose continuamente en fervorosa contemplacion, que era el único alimento con que se recreaba su espíritu. No tenia otro lecho que una dura piedra, situada en lo mas interior de la caverna, la cual estaba exenta de la penosa incomodidad de la lluvia, que por todo el resto de la gruta destilaban las piedras. Su alimento no podia ser otro que yerbas y raíces silvestres, pues no se sabe que persona humana hubiese jamás penetrado en aquel escondido lugar. Pero aquel Dios, que viste á los lirios del campo de un modo superior al que disfrutaba Salomon en su mayor gloria, y que previene abundante alimento á las mas despreciables avecillas, no dejaria perecer de hambre á una vírgen, que por su amor habia emprendido una vida tan austera. De lo que dan á entender las pinturas antiquísimas de esta gloriosa santa, se deduce que Dios la regalaba como á una amada esposa suya. Enviábale frecuentemente sus mismos ángeles que la consolasen y regalasen, con cuyas visitas celestiales se confortaba su espíritu, y se confirmaba cada dia mas en el santo propósito con que habia comenzado. Nada habia en el mundo que llamase su atencion, y que pudiese intimidar el valor y fortaleza de la santa vírgen. Contenta con un santo crucifijo, y una corona para rezar, que habia llevado consigo, despreciaba los grandes estados del mundo, y la vanidad de sus delicias y grandezas aparentes.

No podia sufrir el comun enemigo un tenor de vida tan austera y rigurosa, que seria insoportable aun para el mas rigido anacoreta de cuantos habitaron la Tebaida. Valióse de todos los medios que le dictó su infernal astucia para amedrentar á Rosalia, y hacerle abandonar su santo propósito. Unas veces movia contra ella las fieras que habitaban en aquellas fragosidades, y hacia que la persiguiesen en ademan de despedazarla con sus uñas y dientes para saciar su voracidad : otras veces se le aparecian los espiritus infernales en las figuras y actitudes mas espantosas para atemorizarla; pero el espíritu de la santa, que tenia mas firmeza que las mismas piedras que habitaba, se acogia á su gruta, tomaba en las manos á su Esposo crucificado, y en la contemplacion de su pasion sangrienta y de sus soberanos misterios hallaba la tranquilidad y reposo, que en vano el enemigo comun habia pretendido turbar.

No se puede dudar que en este sitio se hallaria contenta Rosalía como tan proporcionado para la vida rigurosa y ejercicios de penitencia que practicaba; pero la que por inspiracion de Dios y ministerio de los ángeles habia elegido aquella caverna, determinó dejarla, segun se cree, por el mismo motivo. No han podido averiguar las humanas investigaciones la causa que pudo tener esta santa vírgen para abandonar la horrorosa caverna de Quisquinia; pero lo cierto es que la dejó. Sin embargo, por una inscripcion que dejó grabada en una dura piedra que estaba á la entrada de la gruta, se conoce el amor con que la santa jóven miró aquella soledad, y mucho mas la superior causa que á ello la habia movido. La inscripcion que se halló, cubierta de una costra dura que habian formado las aguas con el decurso del tiempo, decia así : *Yo Rosalía, hija de Sinibaldo, señor de Quisquinia y Rosas, determiné habitar en esta gruta*

por amor de mi Señor Jesucristo. Resuelta la santa vírgen á dejar su primera morada, salió de ella para volverse á Palermo, no á casa de sus padres, ni á disfrutar las comodidades y regalos del palacio, sino á otro monte mucho mas áspero y fragoso que el primero, llamado Peregrino. Dos millas distante de la referida ciudad por la parte del norte se levanta una montaña, cuyas raíces baña el mar Tirreno por la parte de norte y de oriente. Hácia el mediodía y occidente la rodean collados amenos y frescos prados, que hacen deliciosa su vista; pero en internándose en su subida, es tal el enlace de quebrados peñascos y la espesura de árboles silvestres, que infunde miedo, y detiene los pasos al mas animoso. Luego que se sube un estrecho como de dos mil pasos antes de llegar á la cima del monte, se encuentra una caverna espantosa de cien palmos de longitud. Fórmanla una multitud de rocas trabadas unas con otras, las cuales forman un techo sumamente desigual por las puntas de las piedras que sobresalen, y medroso por las roturas y cóncavos que ofrecen á la vista. La entrada en tiempo de santa Rosalía era tan angosta, que por espacio de diez palmos era necesario introducir primeramente un brazo y la cabeza, y forcejear arrastrando para verificar con sumo trabajo la introduccion del resto del cuerpo. Era esta caverna tan horrorosa por su configuracion, por sus tinieblas, por el agua y lodo de que estaba llena, por la fragosidad que la rodeaba, sobre la estrechez y angostura de la entrada, que era mas á propósito para sepultarse en vida, que para habitar en ella. Las fieras mismas la habian siempre desdeñado como á una mansion que serviria mas bien para quitarles la vida, que para dar asilo á su ferocidad. Guiada Rosalía del espíritu divino, y segun se persuaden algunos piadosos, de algun ángel del cielo, llegó á este sitio horro-

roso, é introduciéndose por su estrechísima y prolongada boca, penetró á una anchurosa concavidad subterránea. Era esta, como queda dicho, espantosa por sus tinieblas, é incómoda por las muchas aguas que las piedras destilaban; pero habiendo encontrado en un retirado seno un cóncavo enjuto, de la extension y medida de un cuerpo humano, quedó muy contenta habiendo hallado cuanto podian anhelar sus deseos. Allí determinó pasar el resto de su vida, en compañía del santo crucifijo que habia traido consigo, empleada en la contemplacion de su amado Esposo. Es de creer que el tenor de su vida seria el mismo que en la primera gruta; y aunque no se sabe de cierto la distribucion de horas y los ejercicios determinados en que empleaba su vida angelical, todas las suposiciones que quiera hacer la piedad, serán bien inferiores á las operaciones reales de la santa, y quedarán bien justificadas con su admirable fervor. Una doncella de sangre real, criada entre las opulencias de la corte, que habia tenido valor para despreciarlo todo por Jesucristo, y determinarse á vivir en el tenebroso encierro de aquella horrorosa caverna, no hay duda que tendria fortaleza para ejecutar en su cuerpo todos los rigores de penitencia que inventaron los anacoretas mas fervorosos. Aunque se diga que eran continuas sus vigilias, extremados sus ayunos, ásperas sus mortificaciones y altísima su contemplacion, nada va á aventurarse, porque el sitio en que podia tomar algun descanso era de viva piedra, tan estrecho, que se ajustaba al cuerpo como si fuera una camisa; y de consiguiente, mas propio para estar en continua vigilia, que para reconciliar el sueño mas lijero. La posibilidad de tener á mano otros alimentos que yerbas y raíces era muy lejana, y esto mismo persuade su prodigiosa abstinencia. El habitar en lugar tenebroso, durmiendo sobre el duro

suelo, y sufriendo todas las inclemencias de la naturaleza, es un rigor superior á los cilicios y á la disciplina. Ultimamente, la que por amor de Jesucristo vivia sumergida entre tantos horrores, es preciso que alimentase su alma con la consideracion continua de los trabajos y tormentos que el Hijo del Eterno Padre habia padecido por los hombres, y con la dulce esperanza de llegar á gozar algun dia de aquella inmensidad de delicias que con su muerte les habia merecido.

En este estado vivia esta santa anacoreta á manera de una paloma que habia hecho su nido en las hendiduras de las piedras, trasportada toda en las gracias y celestiales consolaciones de su Esposo. El comun enemigo, envidioso de tanto fervor y del honor que de él resultaba al Criador, la molestaba con sugestiones continuas, en que se le representaban las delicias y comodidades que pudiera disfrutar viviendo entre los hombres. No omitiria el tentador astuto proponer á su imaginacion los deleites del matrimonio, los encantos del mundo y la autoridad, el consuelo de los hijos y la gloria que podria conseguir sobre otras matronas, por las prendas de que la habia dotado la naturaleza, y las riquezas que con pródiga mano derramó en sus progenitores la fortuna. Pero la santa vencia gloriosamente todos estos ardides y peligrosas sugestiones, unas veces por medio de la oracion, y otras por los rigores y asperezas con que afligia su inocente cuerpo. Es de creer que el cielo celebraria sus victorias, y que los espíritus angélicos le cantarian himnos triunfales que la llenasen de consolacion y la animasen á nuevas batallas. Si es lícito conjeturar de las imágenes antiguas que han quedado de esta santa, se deduce que unas veces gozaba de la presencia de los espíritus celestiales, y que otras la misma Madre de Dios bajaba con su Hijo en los brazos

á hacerle dulcísima compañía. Las mismas pinturas representan que la santa anacoreta se entretenia en recoger flores de los prados cercanos á su gruta, y tejiendo de ellas graciosas guirnaldas, coronaba con ellas á su esposo Jesucristo; y en recompensa representan á la misma santa coronada de flores por mano de su Esposo. Es verdad que estas pinturas pueden ser alegóricas, y representarse en ellas las sublimes virtudes de santa Rosalía, y las copiosas gracias que en premio de ellas recibia continuamente de la divina misericordia. Como quiera que sea, siempre ofrecen unas deliciosas imágenes en que puede deleitarse la piedad cristiana, y muchos motivos para encenderse en el deseo de imitar el fervor de su penitente vida.

Una vida tan santa y llena de admirables ejemplos no podia menos de terminarse con una santa y apacible muerte. Ignóranse las puntuales circunstancias de esta; y los que la han pretendido inferir del modo con que se halló colocado su cuerpo al tiempo de su invencion, dicen que no murió de enfermedad, sino de amor á su esposo Jesucristo; que, presintiendo la santa que se acercaba el fin de ir á gozar de las eternas delicias, acomodó su cuerpo virginal con la mayor honestidad y decencia en el estrecho cóncavo donde acostumbraba reposar; y que, tomando en la mano izquierda el santo crucifijo, y apoyando en la derecha la cabeza, absorta y trasportada en dulcísima contemplacion, entregó su dichosa alma en las manos de su Criador. Pero es mas verisímil que tuviese la santa algun comercio y trato espiritual con algun virtuoso sacerdote que consolase su espíritu, y le administrase los santos sacramentos de la penitencia, Eucaristía y extremauncion. Ignórase el año y el dia de su muerte, aunque de tiempo inmemorial se ha celebrado el dia 4 de setiembre. Se cree que fue sepultada por ministerio de los ángeles, cuya piadosa

opinion es consiguiente á la de haber muerto sin ser vista de persona humana. Estuvo oculto su santo cuerpo por espacio de cerca de cuatrocientos y sesenta años, reservado por la divina Providencia para servir de muro á las desgracias y miserias de su patria en el tiempo en que mas necesitaba esta de su proteccion. Una tradicion antigua enseñaba á los palermitanos que en aquellos montes vecinos se ocultaba tan precioso tesoro. Esta tradicion habia excitado la piadosa curiosidad á buscar el santo cuerpo; pero todas sus diligencias fueron infructuosas. Quiso Dios finalmente que en el año de 1624 tuviese la ciudad de Palermo este celestial consuelo, cuando mayor era su necesidad por las miserias que entonces la afligian. Una nave cargada de cautivos redimidos en Africa y de algunas mercaderías trajo á Palermo una peste tan contagiosa, que en poco tiempo iba asolando la ciudad. Tomáronse todas las precauciones y medidas que en tales circunstancias dicta la prudencia. Separáronse los apestados en hospitales y en casas establecidas fuera de la poblacion. Compráronse por el gobierno todos los efectos que habia traido la nave, imponiendo pena capital al que reservase alguno, y juntos todos los que se pudieron haber, se quemaron en el campo. El piadoso arzobispo Juan Doria no dejó medio que le sugiriese la piedad, que no pusiese en práctica. Repartió abundantes limosnas, estableció ayunos públicos, y ordenó que en todas las iglesias se expusiese el Santísimo Sacramento. A esto se siguieron procesiones públicas de rogativa en que iban sacerdotes y seglares en hábito de penitencia. En una de estas procesiones sucedió que, yendo cuatro cantores en dos coros diciendo las letanías de los santos, á un mismo tiempo, movidos de un divino impulso, invocaron á santa Rosalía. Este hecho llenó de admiracion y de alborozo á todo el pueblo, que con

lágrimas en los ojos repitió el nombre de la santa implorando su intercesion. Los prodigios se sucedieron multiplicadamente; porque al siguiente dia se verificó la invencion de su sagrado cuerpo, é inmediatamente comenzó á mitigarse la peste que tenia consternada á toda Sicilia. En lo sucesivo se le dedicaron iglesias magníficas, y aun las mismas grutas del monte Quisquinia y Peregrino se vieron adornadas suntuosamente con altares de mármol y preciosas estatuas, que acreditan á un mismo tiempo la piedad de los palermitanos y su magnificencia. Pero en donde se esmeró esta fué en el altar y preciosa arca que se colocó en el principal lugar de la iglesia metropolitana, en donde descansan sus preciosas reliquias, favoreciendo Dios continuamente á la ciudad de Palermo con tan continuadas maravillas, que si se quisieran referir los milagros aprobados con testigos, se necesitaria formar una historia muy prolija. Las repetidas experiencias que de esto mismo ha habido en todo el mundo cristiano, ha sido causa de que no solamente en Sicilia, sino tambien en España se celebre su festividad, con aquella solemnidad que merece la fama de sus virtudes.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el monte Nebe, en la tierra de Moab, san Moisés, legislador y profeta.

En Ancira de Galacia, la fiesta de los tres infantes san Rufino, san Silvano y san Vitálico, mártires.

En Chalons de Francia, san Marcelo, mártir bajo el emperador Antonino. Invitado por el presidente Prisco á un festin profano que miraba con horror, vituperó á todos los convidados porque adoraban á los ídolos. El presidente tuvo la inaudita crueldad de mandarle enterrar hasta medio cuerpo, en cuya si-

tuacion rindió su cándida alma despues de haber perseverado loando al Señor durante tres dias.

Dicho dia, san Magno, san Casto y san Máximo, que recibieron la corona inmortal.

En Tréveris, san Marcelo, obispo y mártir.

Dicho dia, san Tamel, antes sacerdote de los ídolos, y luego mártir con otros muchos compañeros bajo el poder del emperador Adriano.

Tambien en Tréveris, san Teodoro, san Oceano, san Amiano y san Julian, mártires, quienes bajo el emperador Maximiano fueron quemados vivos, habiéndoles antes cortado los piés y las manos.

En Rímini, san Marino, diácono.

En Palermo, la fiesta de santa Rosalía, vírgen palermitana, descendiente de la real sangre de Carlo Magno. Huyendo por amor de Jesucristo del principado de su padre y de la corte, hizo vida solitaria en montes y cavernas, habitando ya en espíritu las celestiales moradas.

En Nápoles en la Campania, la fiesta de santa Cándida, la primera que se encontró con san Pedro al entrar el apóstol en aquella ciudad. Fué bautizada por él, y luego murió santamente.

En el mismo lugar, santa Cándida la jóven, ilustre en milagros.

En Viterbo, santa Rosa, vírgen.

En Borgoña, santa Ausilla, venerada como vírgen y mártir en Til y en Precy.

En Marsella, san Museo, confesor.

En Laon, san Canvalto, obispo de aquella ciudad, hermano de santa Fara.

En Éfeso, santa Hermione, á quien los Griegos suponen hija de san Filipo el diácono, martirizada bajo Adriano.

En Etiopia, los santos mártires Agaton, Amon, Amona, Pedro y Juan con Rafica madre de todos ellos.

En Roma, el tránsito de san Bonifacio, papa, primero de este nombre.

La misa es del comun de las vírgenes, y la oracion la que sigue.

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beatæ Rosaliæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu, et ejus intercessione ab iracundiæ tuæ flagellis misericorditer liberemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que eres nuestra salud, oye nuestras súplicas, para que así como nos regocijamos con la festividad de tu bienaventurada vírgen Rosalía, de la misma manera sintamos en nuestras almas un afecto de devocion piadosa, y por su intercesion nos libre tu misericordia de los castigos que deberia aplicar á nuestros delitos tu justicia. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia* III, *pág.* 70.

REFLEXIONES.

Solas las primeras palabras del apóstol san Pablo, en que enseña á los Corintios en dónde han de colocar su gloria, aplicadas á los portentosos hechos de la santa vírgen Rosalía, bastan para llenar de consternacion á los mundanos. Por una parte es preciso que se persuadan estos de que la verdadera gloria del cristianismo no puede residir en otra parte que en el Dios de la gloria y de la majestad. Así lo atestigua san Pablo; así lo anuncia el Espíritu divino en repetidos lugares de las santas Escrituras; y cuando la protervia humana llegase hasta el extremo de negar su anuencia á testimonios tan divinos, la propia experiencia le haria confesar, mal su grado, que no hay gloria verdadera en las cosas perecederas de esta vida. Por otra parte, el ver la determinacion de una

santísima doncella, que en la flor de su vida desprecia riquezas, estados, palacios suntuosos, córtes magníficas, y hasta el regalo mismo de vivir con sus padres, y todo esto por amor de Jesucristo; el ver que la Iglesia católica que, además de ser una congregacion de hombres regidos por un espíritu infalible y divino, es además abundantísima de hombres sabios y prudentes que distinguen los objetos, dando á cada uno lo que le pertenece; el ver á este cuerpo respetable aprobar, alabar y engrandecer aquellos mismos hechos que aprueban las sagradas letras, los convence de que van errados, y de que el camino que han elegido para hacerse gloriosos no solamente es contrario al espíritu de Dios, sino á los dictámenes de la prudencia humana.

Pero por mas que sus pasiones los arrastren, nó pueden hacerse sordos á sus gritos continuados. Se hallan bien con la molicie, con el lujo y con la satisfaccion completa de todos sus apetitos. La vida espiritual se les representa como una ocupacion llena de horror y de tristeza, y estas erradas consideraciones les hacen decidir contra aquello mismo que juzgan por razonable en aquellos momentos felices en que dan oidos á la verdad. Hombres engañados, hombres ciegos, si vuestra conducta hubiese de tener un paradero dichoso, ¿pudiérais tranquilizaros en medio de vuestras pasiones? Pero ¡es creible que tantos santos como han seguido el contrario camino han de padecer alucinamiento, y solos vosotros habeis de haber conseguido la gracia de ver las cosas con una vista despejada y libre de las fantasmas y engaños que presenta el amor propio! ¡es creible que hayan de haberse engañado tantos penitentes, tantos anacoretas y tantos varones espirituales que han renunciado á las delicias de la carne por vivir crucificados con Cristo! ¡es posible que ha de llegar vuestra necedad hasta el extremo

de condenar los portentosos ejemplos que presenta la santa vírgen que celebramos este dia! Porque no hay medio, si la gloria y la ventura pueden encontrarse en la satisfaccion de las pasiones, santa Rosalía se hubiera equivocado en abandonar la casa de sus padres, en sepultarse viva en unas cavernas espantosas, y en negarse al trato de los hombres para vivir con solo Dios. La Iglesia misma podria engañarse en la veneracion y aplauso que tributa á estas grandes acciones. ¿Quién será aquel que tenga la temeridad de dar asenso en su corazon á semejantes consecuencias? Concluyamos, pues, que la verdadera gloria y dicha del cristiano no puede consistir sino solamente en Dios y en la practica de aquellas obras que nos están mandadas en la ley sacrosanta.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cœlorum decem virginibus: quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes verò acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes, que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lám-

autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ exstinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne fortè non sufficiat nobis, et vobis; ite potiùs ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissimè verò veniunt et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

paras. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegan tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él les responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

DE LAS VANAS EXCUSAS QUE PONE EL AMOR PROPIO Á LA VIDA AUSTERA Y MORTIFICADA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el amor propio es un medio tan poderoso, que de él se vale el astuto enemigo de la santificacion de nuestras almas, no solamente para apartarnos del bien, sino tambien para inducirnos á practicar el mal.

Estos efectos tan perniciosos procura lograrlos de diversas maneras; pero la mas poderosa y la que le proporciona conseguir su fin con mas certidumbre, es aquella falsa persuasion que pone en nuestras almas, de que á todo trance lo primero que debemos amar son nuestras propias conveniencias. Este pensamiento hace que el hombre se ame á sí mismo des-

medidamente, mirando su existencia como un ídolo á quien sacrifica todas las máximas del Evangelio, y todas las leyes de la vida espiritual. Por esta causa, dice san Agustin, que hay pocos mundanos que no sean idólatras; y que no solamente se verifica el extravío de la razon en adorar los placeres de la gula, como dice san Pablo escribiendo á los Filipenses, sino en tantos otros ramos cuantos son los vicios que se apoderan del corazon humano. Todo pecado, dice este santo padre, consiste principalmente en colocar en las cosas criadas aquel amor que á solo el Criador es debido. De consiguiente, como el pecador, aun en los mismos vicios, siempre sigue la propension natural de solicitar su felicidad, aunque realmente yerra los medios, todo se lo atribuye á sí mismo, y nada encuentra razonable sino cuanto puede contribuir á completar sus gustos. Como son incompatibles con estos las austeridades del cristianismo, de ahí es que desde luego se decide á juzgar en favor de la carne y sangre, y á solicitar sus criminales complacencias.

Este es un engaño del amor propio, tanto mas perjudicial, cuanto suele confundirse con el mayor de los preceptos, y hacer un estrago asombroso en las personas espirituales. No hay duda que Dios nos manda que nos amenos á nosotros mismos, y que el amor ordenado, segun las reglas del Evangelio, es la norma y pauta por donde debe arreglarse el amor que se tiene al prójimo; pero en la inteligencia de este amor consiste el bueno ó mal uso que se hace de este precepto. La Verdad inmutable nos asegura que el que aborrece su vida en este mundo, ese es el que la ama y conserva para la vida eterna. San Agustin (1) asegura que la primera perdicion del hombre fué el amor de sí mismo. Y en otra parte (2) forma

(1) Serm. 47 sobre el cap. 7 de S. Mateo. — (2) Cap. 26, manual.

este razonamiento: *Si todo el bien del hombre consiste en amar á Dios, luego todo el mal consistirá en amarse á sí mismo. Aprende, pues*, dice en otra parte, *á amarte no amándote*, que es decir, *aprende á amarte segun la sentencia de Jesucristo, que es teniéndote un santo odio.* De aquí se infiere que el primero y mas perjudicial daño que causa el amor propio contra la vida espiritual, es el hacer creer que, cuando seguimos los impulsos de nuestras pasiones, caminamos seguros, y no solamente esto, sino que cumplimos el primero y el mayor de los divinos preceptos. Debe, pues, el cristiano estar muy alerta para no dejarse seducir de ideas tan perniciosas, y acordarse continuamente de que no es incompatible, sino necesario al amor que nos tenemos, el santo odio de nuestras pasiones y apetitos desarreglados que nos manda Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que del fatal principio de confundir el amor proprio con el amor de Dios, resulta una infinidad de consecuencias que se derraman por toda la vida cristiana, llenando de óbices y dificultades todos los medios por otra parte necesarios á tu propia santificacion, y á la consecucion de la vida eterna.

Apenas hay virtud que no sienta los obstáculos con que procura persuadir el amor propio, ó que no es necesaria, ó que en tales circunstancias no estás obligado á su práctica. Frecuentemente se están presentando á tu vista los objetos mas tristes y capaces de excitar tu conmiseracion. Pobres desvalidos, que perdieron sus miembros en defensa de la patria, y en procurarte á tí la seguridad de que gozas; enfermos miserables, que, oprimidos de la invisible mano de Dios, carecen de las fuerzas necesarias para adquirirse su propia subsistencia; viudas tristes, cargadas de hijos, y faltas de todos los medios humanos,

no solo para educarlos para el comun provecho, sino aun para precaver que perezcan sus vidas á manos de la miseria: tales son los objetos que continuamente imploran tu piedad. ¿Y cuáles suelen ser las razones con que el amor propio endurece tus entrañas y te ata las manos para socorrerlos? ¿crees que su miseria es en mucha parte fingida? ¿se te figura que lo que empleees en aliviar á tus hermanos te ha de hacer falta para tu decente sustento, y ha de empobrecer á tus hijos? Y últimamente, ¿te engañas á tí mismo con la vana persuasion de que aquellos infelices encontrarán en otros mas poderosos el alivio de sus necesidades? ¡O engaño pernicioso del amor funesto y criminal que te tienes á tí mismo! Si tú en ese momento sientes los auxilios de la gracia, y te niegas á cooperar con ellos, ¿cómo puedes persuadirte que lograrán aquellos miserables mejor suerte en los que tal vez no tienen la dicha de sentir tan santas inspiraciones?

Pero en lo que mas se advierte la seduccion del amor propio, es en los ejercicios de mortificacion y penitencia, en la abnegacion de sí mismo y en la abstraccion del mundo. ¡Qué de pretextos no busca tu gula para eximirte de las austeridades del ayuno! ¡cuántas enfermedades te finge tu amor propio para libertarte de los sagrados preceptos de la Iglesia! ¡qué informes tan engañosos te obliga á hacer á los médicos temporales y espirituales! ¡qué excusas tan especiosas para obviar á las espirituales medicinas que aplica el confesor á tu alma por medio de la mortificacion! ¡y qué imposibilidad finalmente en verificar la abstraccion de los espectáculos profanos, y de aquellas reuniones peligrosas en que por lo comun perece la inocencia! Dios que ve todas las cosas con los ojos de su infinita sabiduria, ve tambien todos esos pretextos, todas esas excusas, todos esos engaños de tu amor propio, y no dudes que en el tribunal de su jus-

ticia los condena por delitos. El engañar á los hombres es negocio fácil; pero el engañar á Dios es absolutamente imposible. Los preceptos de su ley llevan consigo el carácter de razonables, y segun la expresion del Evangelio, no son otra cosa que una carga lijera y un yugo suave. El defecto proviene solamente de parte de tu voluntad. Si no te determinas á macerar tu cuerpo con el ayuno, á sujetarle á la razon con el cilicio, y á poner freno á las rebeldes pasiones con todos los ejercicios de la penitencia, no consiste en otra cosa sino en que te has formado un ídolo de tí mismo, á quien tributas tus adoraciones, y en que oyes con demasiada condescendencia las razones falsas con que el amor propio procura engañarte. O gran Dios, conozco en tu presencia los errados procedimientos con que he caminado en el discurso de mi vida. Conozco que he dado demasiado crédito á las sugestiones de mi amor propio, y á las enfermas inclinaciones de la rebelde concupiscencia. Ya que me habeis dado gracia para conocer en este momento la enfermedad de mi alma, dádmela tambien para que èn lo sucesivo pueda aplicarle la saludable medicina.

JACULATORIAS.

Sensus et cogitatio hominis ad malum prona sunt ab adolescentia sua. Genes. cap. 8.

Conozco, Señor, que los sentidos y pensamientos del hombre están inclinados al mal desde los primeros momentos de su vida.

Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam. Salm. 13.

Haced, Señor, por vuestra bondad infinita que no constituya yo la gloria en mi mismo, sino que la establezca siempre en la ejecucion de vuestra ley y en la adoracion de vuestro santo nombre.

PROPOSITOS.

El medio que nos dejó Jesucristo para conseguir la eterna bienaventuranza es el mismo de que nos debemos valer para vencer los engaños y perjuicios que nos ocasiona el amor propio. Jesucristo dijo que, si queriamos llegar á la vida eterna, era preciso observar sus mandamientos. Esta sentencia que pronunció enseñando en el capitulo 16 de san Mateo á aquel jóven que le pedia instrucciones para alcanzar la eterna felicidad, se entiende igualmente de todos los cristianos. El cumplimiento de los divinos preceptos no puede verificarse sin seguir los pasos de nuestro adalid Jesucristo, y al mismo tiempo la santa doctrina que él mismo nos prescribió para su seguimiento. El mismo Señor dice: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese á si mismo, tome su cruz sobre sus hombros, y sígame.* Debe el cristiano abrazar la cruz de Jesucristo, en que están significadas las austeridades, las penitencias y todas las calamidades de esta vida, y seguirle por aquel camino estrecho que nos dejó señalado con sus sagradas huellas. Aunque es verdad que todo esto no se puede verificar sin una entera oposicion á las pasiones asi que rayan mas allá de lo justo, tambien es cierto que esta contradiccion nos la representa el amor propio mas ardua y repugnante de lo que es en la realidad. Fija tu consideracion en la historia de santa Rosalía, y hallarás mil apoyos de esta verdad. No era la santa formada de otra materia que aquella de que tú estás formado. El pecado original habia dejado en ella despues del bautismo todos aquellos resabios y estímulos que quiso Dios que permaneciesen en nosotros despues de la regeneracion, para que tuviésemos motivo de entrar en penosas luchas, y de conseguir ilustres victorias. Era hija de reyes, criada con todas las delicadezas de la opulencia; habia tenido siempre

al rededor de sí todo el cúmulo de delicias, que son frecuentes en los palacios de los grandes monarcas; era una jóven tierna, delicada, con todos los atractivos de la naturaleza, y la materia mas á propósito para cebar el fuego del amor propio. Con todo eso, mira como esta santa doncella concibe el gran proyecto de vivir apartada del mundo, de abandonar sus esperanzas y delicias, y de encerrarse en una gruta horrorosa por todo el resto de su vida. Considera el inaudito valor con que pone en ejecucion este santo proyecto, é infiere la provechosa consecuencia de que si no te resuelves á tener una vida algun tanto mortificada, es porque das demasiado asenso á las persuasiones de tu amor propio. Resuélvete, pues, desde este dia á cortar las cadenas con que ese monstruo infernal te tiene atado, y sea este el efecto que causen en tí los admirables ejemplos de esta santa anacoreta.

DIA QUINTO.

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Dos veces hace mencion de san Julian el martirologio romano; una en el dia de su preciosa muerte, que sucedió el 28 de enero del año 1208, y otra el 5 de setiembre en que la santa iglesia de Cuenca, por concesion del papa Julio III, celebra su principal solemnidad, trasladada á este dia por mas proporcionado para las grandes limosnas, ú otras diferentes obras pias que en honra de su grande obispo y patron ejercita en él aquella noble ciudad. Toda la iglesia de España repite tambien en él segunda conmemoracion del mismo santo, solemnizando la magnífica trasla-

T. 9. P. 116.



S. JULIAN,

OBISPO DE CUENCA.

cion de sus milagrosas reliquias, que se hizo con ostentoso y devotísimo aparato en 11 de abril de 1518, compitiendo la multitud de los milagros con la piedad y con la pompa de los regocijos, pues hubo dia en que se contaron catorce, y todos legalmente autenticados. Ni en uno ni en otro dia tuvo presente nuestro autor original la portentosa vida de este insigne santo; sin duda porque le omite en su oficio la iglesia galicana, privando á la devocion española del religioso gusto con que la leeria tratada por su delicada pluma. Insinuósele al traductor este piadoso desconsuelo por un zeloso individuo del ilustrísimo cabildo de la santa iglesia de Cuenca, asegurándole que así aquel respetabilísimo cuerpo como todo el obispado se daria por servido de que se hiciese lugar en el *Año cristiano* al compendio de las heróicas virtudes con que ilustró á España, y añadió tanto esplendor á la Iglesia su santísimo patrono; insinuacion tan autorizada y tan justa, que no sufria resistencia, aun cuando el amor á la nacion, y la particular veneracion que profesaba el traductor al mismo santo, le permitiesen alguna libertad para que fuese meritorio el rendimiento. Pero destinando el P. Croiset el dia 5 á la vida de san Lorenzo Justiniano que le corresponde, y no pareciendo justo desatender la devota curiosidad de los lectores, interesada en las noticias de un santo, cuyo nombre se oye con tanta distincion como respeto en toda la universal Iglesia, y cuya vida tiene tambien cierto no sé qué de original, tomó el partido de dejarla en el mismo dia 5, como tambien lo practica Ribadeneira y otros escritores de vidas de santos, que tal vez traen dos y mas en el mismo dia.»

San Julian, obispo y patron de Cuenca, ornamento de la Iglesia, honor inmortal de España, y gloria de la ciudad de Burgos, nació en ella el año de 1128. Su

concepcion tuvo muchas señales de milagrosa, ó por lo menos mas se debió á las oraciones de sus piadosos padres, que á los esfuerzos regulares de la naturaleza. Contaban muchos años de matrimonio sin el consuelo de sucesion, ni esperanza de tenerla; acudieron al cielo con fervorosas súplicas, y fueron atendidos sus deseos. Hizose embarazada su madre, y un sueño que tuvo el padre de Julian en este tiempo le puso en espectacion, de manera que, sin dejar de ser cuidado, se ladeaba mas la inclinacion á interpretarle misterio. Representóle una noche la fantasía que ardia en vivas llamas su cuarto, y que, sin respetar el incendio, se iba ocupando todo él de aves nocturnas, de animales negros y de feas sabandijas, que con sus ingratos ahullidos y con su tedioso aspecto eran horror de los ojos y tormento de los oidos. Pero notó que, saliendo de su mujer un hermoso cachorrillo, mas blanco que la misma nieve, cambió el voraz incendio del cuarto en un inocente resplandor con las brillantes y lucidísimas centellas que despedia por los ojos y la boca, al mismo tiempo que con sus apacibles ladridos despejó la estancia de tanto animal inmundo; y hecho esto, se volvió el tierno cáchorro á refugiarse en su albergue. Despertó, comunicó el sueño á su mujer, y conviniendo ambos en que eran especies demasiadamente arregladas para que las enlazase el casual desórden de la imaginacion, neutrales entre la confianza y el susto, esperaron á que el tiempo aclarase su significado.

Solo tardaron en entenderle lo que tardó el niño en nacer. Luego que vió la luz, levantó el tierno bracito, echó la bendicion á los circunstantes, como lo hacen los obispos cuando bendicen al pueblo. Al asombro que causó esta maravilla se siguieron inmediatamente otras dos, que fueron al mismo tiempo interpretacion del misterioso sueño, y explicacion de la primera. El

mismo dia que bautizaron al niño se oyó en el aire una suavísima música de ángeles, que cantaban este mote: *Hoy ha nacido un niño, que en gracia no tiene par*; y al mismo tiempo que le estaban bautizando, se dejó ver sobre la pila un ángel en figura de un niño hermoso y corpulento, con una mitra en la cabeza y con un báculo pastoral en la mano, que decia: *Julian ha de ser su nombre.* Esta continuacion de prodigios se pudiera llamar, aun mas que vaticinios, historia de lo futuro, ó noticia puntual de lo que Julian habia de ser.

Ahorró á sus devotos padres el cuidado de la educacion, porque, desde que fué capaz de ella, mostró que no la habia menester. Prevenido con mucha anticipacion de la divina gracia, comenzó á ser santo antes de ser hombre; y cuando apenas asomaba en su entendimiento el uso de la razon, ya era muy conocido en su inocente alma el uso de la virtud. Niño en los años, y maduro en las costumbres, castigaba en su tierno cuerpo la inocencia, como si tomara venganza de la malicia. Aun no sabia pecar, y ya sabia ayunar haciéndolo tres dias cada semana, con tanto rigor, como si castigara desórdenes de la gula el que apenas habia aprendido á comer. Desconoció enteramente las travesuras de la niñez, y todos sus juegos se reducian á retirarse largos ratos, y rezar con tierna devocion muchas oraciones que tenia señaladas para cada dia.

Correspondieron sus progresos en el estudio de las letras á sus adelantamientos en la ciencia de los santos. Hízose dueño de la latinidad, de las artes liberales y de la sagrada teología con tanta rapidez y con tanta felicidad, que mereció pasar de discípulo á maestro, enseñando esta última facultad con tanto crédito de su sabiduría, como concepto de su elevada virtud. Murieron sus padres en esta sazon; y dejándole heredero de un rico patrimonio, no faltaron

amigos que le aconsejasen siguiese el ejemplo de los que le habian dado el ser, abrazando el mismo estado para perpetuar en su descendencia los bienes que poseia. Despreció unos consejos en que tenia mas parte el espíritu del mundo que el espíritu del Evangelio, y resolvió conservar perpetuamente intacta su virginal pureza, para que fuese mas grata al Señor la entrega que ya le habia hecho de todo su corazon.

Con este espíritu de devocion y de recogimiento labró una humilde casita, pegada por una parte al convento de San Agustin, y por otra á una ermita que habia sido habitacion de santo Domingo de Silos, para que una y otra vecindad fomentasen el retiro, y fuesen incentivo á su fervor. El ejemplo de los religiosos avivaba en él la devocion, y la memoria del milagroso ermitaño encendia mas y mas en su corazon el amor á la soledad.

No debió de bastar esta señal á los que le importunaban sobre que se casase, para que conociesen que eran muy distintos sus santos pensamientos; y acaso con el fin de que les entrase por los ojos el desengaño, manifestando con las obras que ya habia tomado su partido, recibió las cuatro primeras órdenes, pero sin querer pasar de ellas hasta haber recogido mas caudal de devocion y de virtud, persuadida su humildad de que todavía le faltaba mucho para el que pedia la sublime dignidad del sacerdocio. Fué en fin promovido á ella, y con la nueva dignidad, si no se vió en Julian otro nuevo hombre, se hizo por lo menos muy perceptible á todos una palpable renovacion de fervor.

Pareciéndole que podia ser tibieza en el sacerdote la que era devocion en el seglar, se entregó total y absolutamente á la oracion, al estudio y al retiro. Celebraba cada dia el santo sacrificio de la misa en el altar del devoto y milagroso crucifijo con tanto reco-

gimiento, con tanta compostura, con tanta gravedad y con tanta devocion, que la comunicaba á todos los asistentes; de manera que los que estaban en el templo indevotos, solo con verle celebrar se recogian interiormente y salian compungidos. Las dulces lágrimas que se desprendian de sus ojos ablandaban los corazones de los que las observaban, y hacian devota compañía las que se derramaban en la iglesia á las que se vertian en el altar.

Desde él se retiraba á su cuarto, y el tiempo que no dedicaba á la oracion le empleaba en el estudio de la sagrada Escritura, y en la atenta leccion de los santos padres y doctores de la Iglesia, negándose absolutamente á la lectura de autores profanos, persuadido que esta especie de erudicion en quien no tiene obligacion de dedicarse á ella ó por instituto, ó por ministerio particular, si no desdice de la santidad del sacerdocio, contribuye poco á perfeccionarla; y cuando no disipe el espíritu, á lo menos le deseca. No habia que hablarle de negocios puramente seculares. En no perteneciendo directa ó indirectamente á la salvacion de las almas, ó al bien espiritual de sus prójimos, no solo se negaba resueltamente á sus oficios, sino tambien á su noticia : pronto, expedito y siempre eficaz en los primeros, se hacia del todo sordo á los segundos; siendo de dictámen que el sacerdote debe ser continuamente mediador entre Dios y el pueblo, pero nunca entre el pueblo, el interés, la ambicion, la conveniencia ó la codicia.

Estimulado del zelo y de la obligacion en que le empeñaba su estado, cuando se halló con suficiente caudal de doctrina, por no estancar las aguas que tenia recogidas en su cisterna, derivadas de la fuente del Salvador, determinó comunicarlas á los pueblos por el ministerio de la predicacion. Dió principio á él predicando en las aldeas ó poblaciones reducidas de

los contornos de Burgos. El fruto correspondió á la solidez de los sermones, á la pureza de la intencion y á la santidad del predicador. Envidiosa con santa emulacion la misma ciudad de Burgos de que los extraños, por decirlo así, se comiesen su sustancia, le dió á entender que pedian la razon, la justicia y la obligacion que el zelo comenzase por los propios; y como en Julian era encogimiento y desconfianza lo que parecia extrañeza, fácilmente se rindió á los deseos de sus conciudadanos. Comenzó á predicar en las iglesias de la ciudad, y desde luego se conoció que eran estrecho teatro para los concursos las mas capaces iglesias. El aplauso fué sin igual, y no fué estéril. Al número de los concursos correspondia el número de las conversiones; y cuando todos salian de sus sermones, diciendo que nunca habian oido hablar así á otro hombre alguno, acreditaban sus lágrimas, sus sollozos y la mudanza de las costumbres la verdad de lo que decian. Sin esta verdadera prueba los mayores aplausos de los predicadores son estruendo de la lengua, y ojarasca para los oidos, á excusas del buen juicio, y sin noticia del corazon. Extendida por toda la España cristiana la fama del nuevo predicador, fueron muchas las provincias que le desearon, y muchas tambien las que le oyeron; experimentando con la general reforma que la fama era menor que su mérito, y que aquella voz que suele cobrar mas fuerzas cuanto mas camina, con efecto habia llegado algo cansada á sus oidos.

Experimentólo así la santa iglesia de Toledo, y ansiosa de aumentar su esplendor con aquella brillante antorcha, como tambien de disfrutar mas de asiento su doctrina, su apostólico zelo, y sus ejemplos, deseó, solicitó y consiguió hacerle prebendado suyo, con la sobresaliente dignidad de arcediano. Fué Julian modelo de arcedianos, como lo habia sido de sacerdotes

y de predicadores. El coro, los pobres, la vigilancia sobre las costumbres, la proteccion de las viudas y el amparo de los huérfanos, sus acostumbrados sermones, el estar pronto para servir al prelado siempre que este imploraba las funciones de su ministerio, siendo *el ojo y la mano derecha del obispo*, segun la expresion de los sagrados cánones; tales fueron los continuos ejercicios de nuestro santo arcediano: tan distante de representar la nueva dignidad con diferente aparato, que nunca se consideró mas obligado á dejarse ver en su casa y en el público con mas humildad, con mayor moderacion, ni con mas pobre decencia.

Alfonso VIII, rey de Castilla, auxiliado del rey de Aragon, habia conquistado pocos años antes la ciudad de Cuenca, restituyéndola á su legítima dominacion despues de haber sufrido la tiránica de los sarracenos. Muerto don Juan Yañez, su primer obispo despues de la conquista, juzgó el rey que no podia presentar para aquella silla hombre mas benemérito que á nuestro arcediano de Toledo. Sobresaltóse extrañamente la modestia de Julian cuando supo la resolucion del monarca: representó, instó, suplicó, lloró y protestó la falta de virtud, de talentos y de fuerzas; pero le fué preciso obedecer, siendo su misma resistencia el mejor testimonio del acierto, y el fiador mas seguro de la eleccion.

Consagrado ya obispo, tuvo poco que hacer para disponer su familia. Reducíase toda ella á un solo criado, que le servia de paje, de capellan, de limosnero, de mayordomo y de secretario. Llamábase este Lesmes, hombre en todo tan parecido á su amo, que rindió la vida en servicio de la caridad, y mereció á la iglesia de Burgos, donde recibe culto su cuerpo, las veneraciones de santo. Con esta comitiva se dirigió Julian á su obispado, y entró á pié en la ciudad

de Cuenca, sin admitir otro recibimiento que el que le hicieron, y él no podia excusar, las ansias de los pobres, las esperanzas de los huérfanos y los suspiros de los necesitados.

Excedió con muchas ventajas á toda su expectacion. Declaró desde luego que no se interesaria ni en un solo maravedí de las rentas de su obispado, y cumplió á la letra lo que declaró. Destinólas todas hasta el último cornado al sustento de los pobres, á la redencion de cautivos, á dar estado á las huérfanas desamparadas, á satisfacer deudas de los encarcelados, á socorrer hospitales, á erigir y dotar otros nuevos, y á diferentes pias fundaciones; cuya memoria subsiste hoy en aquella ciudad, donde parece que dejó la caridad como en herencia, y la misericordia como fruto del terreno, ó como temperamento del clima. Entre tanto, el obispo y su capellan, á imitacion de san Pablo, se sustentaban con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas, que vendian para alimentarse, y les sobraba mucho del producto, que se agregaba á la gruesa de los pobres; porque, para ayunar los dos, necesitaban poco dinero. Era mucho el depacho de estas cestillas, porque en cada una de ellas llevaban los compradores un seguro depósito de milagros, como se experimentó en una furiosa pestilencia, que afligió en tiempo del santo obispo á la ciudad, en la cual ningun enfermo las tocó que no hubiese encontrado en ellas la salud : prodigio que aun despues de muerto el santo se experimentó por largo tiempo en muchas enfermedades, supliendo las cestillas de san Julian lo que faltaba al acierto de los médicos, ó á la eficacia de las medicinas.

No podia olvidarse de las obras espirituales de misericordia el que con tanto esmero se dedicaba al ejercicio de las corporales, y era preciso que en su apostólico zelo ocupasen el primer lugar las necesi-

dades del alma, cuando se le hacian tan grande en su caritativa compasion las indigencias del cuerpo. Estaba aun muy reciente en la diócesis de Cuenca la memoria de los infieles que la habian tiranizado, para que todavía no se conservasen muchas huellas que la mezcla de los moros habia estampado en las costumbres de los cristianos. Para borrarlas del todo visitaba Julian indefectiblemente cada año su obispado; y era cada visita, no como quiera una reforma, sino una visible transformacion de los pueblos. Persuadido que, arreglado en los eclesiásticos el modelo de la grey, saldria sin defectos la fundacion del rebaño, se dedicaba principalmente á la buena formacion de aquellos. Se compadecia de los flacos, abatia el orgullo de los díscolos, castigaba á los obstinados, nunca daba cuartel á los escandalosos, pero en todo preferia los suaves medios de la dulzura á las severidades del rigor; y cuando echaba mano de estas, daba bien á entender que la aspereza de la medicina no era desabrimiento del médico, sino maliciosa rebeldia de la enfermedad. Con este método consiguió en breve tiempo que el clero de la diócesis de Cuenca fuese como un animado ejemplar á toda la clerecía de España; y para conservar en la suya los frutos de la reforma ponia el mayor cuidado en no conferir las órdenes á sujeto alguno cuyas ejemplares costumbres no legitimasen la pureza de la vocacion, y no pronosticasen el desempeño del estado, siendo de parecer que rara vez se hace un eclesiástico ajustado de un seglar escandaloso.

Además de las exhortaciones públicas que hacia en tiempo de la visita, cuando se retiraba á la capital predicaba todas las semanas á los muchos infieles que habia aun dentro de ella; y para que se extendiese el mismo beneficio á los muchos mas que estaban esparcidos en todo el obispado, iba de pueblo en pueblo

ejercitando el propio ministerio, con lo que hacia innumerables conquistas para Jesucristo, desterrando el alcorán, é introduciendo el Evangelio; y al mismo tiempo que alumbraba la ceguedad de los moros con las luces de la fe, movia la dureza de los cristianos á la reforma de la vida.

Pero ninguna cosa le ganó mas los corazones de todas sus ovejas, que aquellas entrañas de misericordia con que se deshacia en beneficio de ellas el liberalísimo pastor. Esta inagotable caridad, que fué su verdadero carácter, le mereció innumerables favores del cielo, y fué acreditada con otros tantos prodigios. En cierta ocasion tuvo por convidado en la mesa de los pobres al mismo Jesucristo, que le agradeció lo que hacia por ellos, honrándole con el título de *buen amigo suyo*, y prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza. En otra vió repentinamente colmada de trigo su panera para socorrer cierta necesidad, siendo así que, reconocida un poco antes, se hallaba sin un grano: en otra se vió entrar por la ciudad una milagrosa recua cargada de granos, sin guia, ni conductor, que se dirigió al palacio del obispo, dejó caer los costales, y desapareció sin poderse averiguar quién la habia conducido. Dió órden el santo á su fiel criado Lesmes que al punto repartiese todo aquel trigo entre los pobres, proporcionando la distribucion á la necesidad de cada uno: hízolo Lesmes con tanto zelo y con tanta actividad, que rindió la vida al exceso del trabajo; mártir de la caridad, que murió de fatiga, para que otros no pereciesen.

Claro está que el enemigo de la salvacion no habia de mirar con indiferencia aquel varon de misericordia, cuyas obras eran tan gratas á los ojos del Señor. Armóle todo género de lazos para derribarle. Uno de los muchos dias que ayunaban á pan y agua se fué Julian á sentar á la mesa, cuyo aparato se reducia á

una pobre servilleta sobre una tosca tabla. Encontró en ella una hermosa trucha como de tres libras, cuya frescura era capaz de despertar al mas dormido apetito. Sorprendióse el obispo; preguntó á su criado quién la habia puesto allí; respondió con verdad que no lo sabia; y sospechando Julian el artificio del enemigo comun, fué á cogerla para arrojarla en un pozo, y desapareció la trucha, quedando descubierto el lazo.

Estaba el santo rezando en otra ocasion con el recogimiento que acostumbraba: entró un hombre en su cuarto cargado con talegos llenos de moneda; y sin mirarle por no interrumpir su devocion, creyendo que seria el mayordomo, le preguntó: *¿Qué traes ahí? Señor, el dinero de las rentas*, respondió el hombre aparente. No ignoraba Julian que todas las devengadas estaban ya bien expendidas; pero persuadiéndose que podia ser alguna de aquellas milagrosas providencias á que estaba tan acostumbrado, iba á tomar el dinero, cuando este y el que le traia se desvanecieron en humo, pero tan pestilencial y hediondo, que por largo rato dejó inficionada la habitacion con un hedor abominable; convirtiéndose en despecho de Satanás el imaginario triunfo, porque la accion de Julian fué efecto de la confianza, impulso de la caridad y desprecio de la codicia.

Tercera vez volvió á la carga el no escarmentado enemigo. Habia rescatado nuestro santo á una doncella noble, natural de la ciudad de Burgos, á quien habian hecho cautiva los moros de Granada, y puesta ya en libertad, la habia casado con un caballero de iguales circunstancias; pero era ya muerta sin que Julian lo supiese. Estando un dia en oracion, oyó una voz que le dijo: *Julian, siervo de Dios, ¿qué es lo que haces? ¿duermes? ¿no me conoces?* Abrió los ojos, y viendo junto á sí á la que se le figuró la doncella rescatada, le preguntó sobresaltado qué se le ofrecia: á que

respondió la presentada mujer, con halagüeña ternura, que venia á mostrarse agradecida á su caridad, y á corresponder obsequiosa á tanto como le debia, arrimándose entre tanto hácia Julian, y añadiendo otras palabras de cariño. A este tiempo sintió el santo que con mano invisible le daban un empellon, y oyó una voz que le decia : *¿Qué haces, Julian? Mira que no es la que piensas, sino el sucio y abominable Satanás que intenta engañarte*; y al punto desapareció el enemigo. Quedó nuestro santo extrañamente confuso; y pareciendo á su delicadeza que habia tenido algun descuido, le lloró amargamente, haciendo penitencia de él toda su vida.

Habiendo sido esta no menos dilatada, que llena de virtudes, de ejemplos y de merecimientos, quiso en fin premiárselos el Señor; y para purificarle mas le envió una enfermedad no menos grave, que penosa, la que entendió Julian habia de ser la última. Cuando le pareció tiempo, pidió los santos sacramentos, y para recibirlos con mas devoto aparato se vistió de pontifical; pero despues de recibidos, se despojó de los ornamentos de la dignidad, se vistió un áspero cilicio, se tendió en el duro suelo, se cubrió de penitente ceniza, no admitiendo otra almohada que la de una dura piedra; y cuando ya habia entrado en la agonía, vió venir hácia sí una hermosísima doncella, cuyo ropaje excedia en candor á los ampos de la nieve, y el resplandor que despedia de sí obscurecia los mismos rayos del sol. Traia en la cabeza una guirnalda de rosas; acompañábala una brillante tropa de vírgenes celestiales, y todas cantaban con dulcísima armonía aquel verso del Eclesiástico : *Veis aquí al gran sacerdote que en sus dias agradó al Señor*.

Dióle milagrosas fuerzas la visita celestial; hincóse de rodillas, rindió mil gracias á la Madre de Dios

por aquel inestimable favor, y alargándole una palma la benignísima Señora, le dijo: *Toma, siervo de Dios, esta palma en señal de la virginidad y pureza que siempre has guardado.* Desapareció la vision; y poco despues se fué tambien tras de ella la purísima alma de nuestro santo desprendida de su cuerpo, un domingo 28 de enero del año 1208 á los ochenta de su edad. Al mismo tiempo que espiró vieron cuantos se hallaron presentes que salió de su boca un hermoso ramo de palma mas blanca que la misma nieve, el que se fué elevando por el aire hasta esconderse en los cielos, los cuales se rasgaron á la vista de todos, y se oyó la música de los ángeles.

A una concepcion verdaderamente milagrosa, á un nacimiento acompañado de prodigios, á una vida llena de milagros, y á una muerte tan colmada de portentos, se siguieron tantos despues de ella, que la devocion de los pueblos comenzó á aclamarle santo: instando porque fuese elevado de la tierra, como se hizo pocos años despues, y colocándole sobre el altar de santa Agueda, se le rindió culto, se le celebró fiesta, y se le hizo lugar en el calendario. Trescientos y diez años se mantuvo su cuerpo en este altar, hasta que en el de 1518, siendo pontífice Leon X y reinando en España Cárlos V, fué solemnísimamente trasladado al que hoy ocupa. Cuando se abrió la urna para registrar el santo cuerpo, se halló tan entero y tan sin corrupcion como si espirara en aquel punto; y las vestiduras tan nuevas y tan flamantes como si acabaran de salir de la tienda. Estaba vestido de pontifical, con mitra de raso blanco labrada de oro en la cabeza, báculo pastoral, cáliz y vinajeras, todo de plata, sobre el santo cuerpo, y al lado un ramo de palma, tan verde y tan frondoso como si le acabaran de cortar. Esta solemne traslacion es la que celebra hoy toda la iglesia de España, y en este dia solemniza

la santa iglesia de Cuenca la fiesta principal de su patrono san Julian.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Excita, quæsumus, Domine, in populo tuo spiritum charitatis, quo beatum Julianum, confessorem tuum, atque pontificem, replere dignatus es: et concede, ut cujus festivitatem celebramus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Suplicámoste, Señor, que excites en tu pueblo aquel espíritu de caridad de que llenaste á tu confesor y pontífice el bienaventurado Julian, para que caminemos á tí, imitando los ejemplos de aquel, cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 20 de los Hechos Apostólicos.

In diebus illis: A Mileto Paulus mittens Ephesum, vocavit majores natu ecclesiæ. Qui cùm venissent ad eum, et simul essent, dixit eis: Vos scitis à prima die qua ingressus sum in Asiam, qualiter vobiscum per omne tempus fuerim, serviens Domino cum omni humilitate, et lacrymis, et tentationibus: quæ mihi acciderunt ex insidiis judæorum: quomodo nihil subtraxerim utilium, quo minus annuntiarem vobis, et docerem vos publicè, et per domos, testificans judæis atque gentilibus in Deum pœnitentiam, et fidem in Dominum nostrum Jesum Christum.

En aquellos dias: Estando Pablo en Mileto, envió mensajeros á Éfeso para llamar los ancianos de la iglesia. Despues que llegaron y estuvieron juntos, les dijo Pablo: Vosotros sabeis cómo me he portado con vosotros en todo el tiempo, desde el primer dia que entré en la Asia; que serví al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas, entre los contratiempos y aflicciones que me sucedieron por las asechanzas que me armaron los judíos: que no oculté á vuestro conocimiento cosa alguna de las que os podian ser útiles; no dejando por caso alguno de anunciarla, ni de instruiros públicamente, y en las casas, exhortando á los judios y á los gentiles á convertirse á Dios por la penitencia, y á creer en nuestro Señor Jesucristo...

NOTA.

« Contiene el libro de los Hechos Apostólicos todos
» los principales sucesos de la primitiva Iglesia desde
» la Ascension de Cristo á los cielos hasta el primer
» viaje que hizo san Pablo á Roma, y su mansion en
» ella por espacio de dos años, es decir, hasta el
» año 61 ó 63 de Cristo; de donde infiere san Jeró-
» nimo que san Lucas, autor de este libro, le com-
» puso en la misma ciudad de Roma. En la historia
» evangélica escribió lo que habia oido, y en la apos-
» tólica lo que habia visto. »

REFLEXIONES.

Testigos sois del modo con que me porté con vosotros, sirviendo á Dios con toda humildad. Esta fué la virtud de san Pablo, y esta fué tambien, por decirlo así, la virtud de Cristo: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Es la humildad el cimiento de toda virtud, y el título primordial para tener derecho á la eterna bienaventuranza. Con ella se puede aspirar á su dichosa posesion; y sin ella es vana toda persuasion de conseguirla jamás. La soberbia precipitó de la corte celestial á los ángeles rebeldes, y la humildad la volvió á poblar de tantos espíritus verdaderamente humildes. No hay virtud que esté mas á mano para todos: ninguno hay que no se encuentre á sí mismo muy pequeño si se mira con ojos sanos. Los empleos, los títulos, el nacimiento, las dignidades en sí mismas tienen algun precio, pero no le comunican; el verdadero mérito siempre ha de ser personal. El hombre mas perfecto es el que tiene menos faltas; el mas grande es el mas humilde; porque la soberbia y el orgullo siempre acreditan poco corazon y poco talento. Basta haber pecado, ó poder pecar, para que vivamos siempre humildes. La virtud, la

inocencia, el mérito y la misma santidad ofrecen grandes materiales al ejercicio de esta virtud. Ninguno hay que no pueda, y no deba humillarse; el grande, conociendo su nada; el pequeño, amando su oscuridad y su abatimiento. Si Dios hubiera hecho dependiente nuestra salvacion de otra virtud, muchos quizá se considerarian excluidos de su reino: pero ninguno se puede excusar de ser humilde. No hay cosa mas fácil que el ser santo, cuando el ser humildes nos es tan natural. Pero no se trata ahora de aquella humildad especulativa, que consiste solo en conocer cada uno la pobreza de sus talentos: este conocimiento le tienen todos los hombres capaces, y solamente los tontos pueden dejar de tenerle. Háblase de la humildad cristiana, que es la humildad de corazon. Esta no solo abre los ojos del conocimiento propio; no solo enseña el bajo concepto que cada cual sabe debe tener de sí mismo, sino que se alegra de que los demás hagan tambien el mismo bajo concepto. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde: para ser humilde es menester complacerse en la humillacion, y este es el fundamento del edificio cristiano.

El evangelio es del cap. 6 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra: ubi ærugo, et tinea demolitur: et ubi fures effodiunt, et furantur. Thesaurizate autem vobis thesauros in cœlo: ubi neque ærugo, neque tinea demolitur: et ubi fures non effodiunt, nec furantur. Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No querais recoger y guardar tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban; sino recoged y guardad tesoros en el cielo, donde no hay ni orin ni polilla que los consuma, ni ladrones que los desentierren ni roben; porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon. Tu ojo es la luz de

oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit. Si autem oculus tuus fuerit nequam, totum corpus tuum tenebrosum erit. Si ergo lumen, quod in te est, tenebræ sunt: ipsæ tenebræ quantæ erunt? Nemo potest duobus dominis servire: aut enim unum odio habebit, et alterum diliget, aut unum sustinebit, et alterum contemnet. Non potestis Deo servire et mammonæ. Ideo dico vobis, ne solliciti sitis animæ vestræ quid manducetis, neque corpori vestro quid induamini. Nonne anima plus est quàm esca? et corpus plus quàm vestimentum? Respicite volatilia cœli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea: et Pater vester cœlestis pascit illa. Nonne vos magis pluris estis illis? Quis autem vestrum cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum? Et de vestimento quid solliciti estis? Considerate lilia agri quomodò crescunt: non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua coopertus est sicut unum ex istis. Si autem fœnum agri, quod hodie est, et cras in clibanum mittitur, Deus sic vestit: quanto magis vos modicæ fidei? Nolite ergo solliciti esse, dicentes: Quid mandu-

tu cuerpo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Si pues la luz que hay en tí son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá á uno, y amará al otro, ó sufrirá á uno, y despreciará al otro. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por esto os digo, que no andeis solícitos de vuestra vida sobre lo que habeis de comer, ni de vuestro cuerpo sobre lo que habeis de vestir. ¿No es mas la vida que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen el trigo en sus graneros; y vuestro Padre celestial las sustenta. ¿No sois vosotros mucho mas que ellos? ¿Quién de vosotros puede con todos sus cuidados añadir un codo á su estatura? ¿Y porqué andais solícitos por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo, no trabajan ni hilan. Mas yo os digo, que ni Salomon en toda su gloria estuvo tan bien vestido como uno de estos. Pues si Dios viste así la yerba del campo que hoy existe, y mañana se echa en el horno, ¿cuánto mas á vosotros hombres de poca fe? No querais pues andar solícitos diciendo:

cabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? hæc enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis. Quærite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? porque todas estas cosas andan buscando los gentiles. Vuestro Padre sabe la necesidad que teneis de todas ellas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán

MEDITACION.

DE LA CARIDAD CON LOS POBRES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la caridad, ó la misericordia con los pobres es una tierna compasion del alma en vista de las miserias y de las necesidades ajenas, con un vivo deseo de remediarlas. Un corazon duro es señal de alma negra y maligna. Es la compasion una virtud connatural al hombre: apenas hay bárbaro que pueda mirar con ojos enjutos las lágrimas y el desconsuelo de otros. Ninguna cosa hace á los hombres mas semejantes á las fieras que la inhumanidad; y ninguna es mas propia de un verdadero cristiano que la misericordia. Con mucha frecuencia nos la inculcó Jesucristo, haciendo de ella como un mandamiento, ó precepto suyo muy particular, y queriendo que las obras de misericordia fuesen como las únicas condiciones, ó precisos títulos, por los cuales nos habia de conferir el reino de los cielos. Quiere que la caridad que tiene Dios con los hombres sea, por decirlo así, la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos: *Sed misericordiosos, como lo es vuestro Padre celestial.* ¡A cuánta bondad, á cuánta compasion, á cuánta liberalidad nos obliga este precepto! pero en medio de eso, ¿cuáles son sus efectos?

En vano nos dice el Salvador que él mismo es el que nos pide limosna; que á él mismo se la damos: *mihi fecistis*; tiénese por una figura retórica, que se lee, ó se oye con admiracion. ¿Créese por ventura que se da al mismo Jesucristo la limosna que se hace? ¿créese que Jesucristo es el que gime en los calabozos donde todo le falta? ¿créese que es el que desfallece en los hospitales, el que se muere de hambre y miseria en las casas particulares, mientras tú engordas entre la abundancia, y mientras los regalos, la profanidad y los excesos te acortan los dias de la vida? ¿Juzgas que fué efecto de la casualidad ó de la industria el que los bienes se hayan como desatado sobre tu casa y sobre tu familia? Aquel Dios que todo lo dispone con infinita sabiduría, te hizo rico para que fueses padre, tutor y curador de los pobres. Como tengas cuidado de alimentar á estos que puso Dios á tu cargo, consiente el mismo Señor que tú te pagues el primero; mas con la precisa condicion de que has de remediar las necesidades de los pobres. No los olvidó en la distribucion y en la economía de su providencia. Dióte Dios esos bienes con la indispensable condicion y carga de cuidar de los infelices. Pero ¿se cumple el dia de hoy con esta obligacion indispensable? ¡O Dios! ¡cuántos ricos se condenan por no haber socorrido á los pobres!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la misericordia con los pobres no solo es prenda que asegura los bienes de la otra vida, sino fuente inagotable de las prosperidades de esta. ¡Cosa extraña! cada dia se están arruinando las casas, consumiéndose las mas floridas rentas, y haciéndose los mas locos, los mas superfluos gastos por el deseo de la gloria de sobresalir y de distinguirse. Cómprase muy caro un poco de polvo que se echa á los ojos de las gentes, y un relámpago fugaz que se

desvanece en un instante: hácense grandes gastos para dar al mundo unas escenas teatrales, que deslumbran, que engañan, que divierten por algun tiempo, y al cabo ordinariamente se terminan en confusion, en desprecio y en mucha burla del mismo que las dió. Por el contrario, ¡cuánto honor haria á todos los hombres ricos una liberalidad verdaderamente cristiana! ¿Qué accion mas gloriosa ni mas noble que sacar de la miseria, y arrancar como de los brazos de la muerte á un sinnúmero de infelices? Y aun en máximas del mundo, ¿qué obra mas heróica, mas magnífica que ser por tu liberalidad, como un glorioso redentor de muchas familias honradas, á quienes una secreta, muda y vergonzosa miseria iba á precipitar en la desesperacion, y tú las restituiste á la salvacion y á la vida? ¿No es mas glorioso dar el pan á Jesucristo en la persona de los pobres, que mantener una docena de holgazanes, solícitos en vivir á costa ajena para ser mas disolutos?

Atribúyese la inconstancia de las prosperidades á mil accidentes, á mil acasos, que ciertamente no tuvieron parte en ella. La causa mas frecuente de estos trastornos, de esas revoluciones de fortuna, es la dureza de los ricos con los pobres. Niéganse á Dios los intereses, y así no hay que extrañar que te haga perder el capital. No le das el fruto, y quítate el fondo: *Aliis locabit agricolis*. Si se cierra el canal por donde ha de correr el agua, ¿qué mucho que se divierta á otra parte? ¿Quieres fijar la rueda de esa próspera fortuna? ¿quieres que las rentas y las posesiones sean por largos siglos hereditarias en tu familia? ¿quieres que pase la abundancia á una dilatada serie de descendientes tuyos? Pues sé rico en misericordias, sé liberal, sé magnífico, sé pródigo en limosnas. El mayor título para las prosperidades es la subsistencia de los pobres; el bien que se hace á

ellos interesa al mismo Dios; todo cuanto se les da se pone á lucro. No esperes que tu habilidad, ni tus precauciones hayan de asegurar á tus hijos esa rica hacienda : mas virtud, mas fuerza tiene la limosna que todas las escrituras, ni todos los contratos. ¿Dónde hay gloria mas brillante, ni mas sólida que la que produce la misericordia con los desdichados? Pon los ojos en san Julian : su caridad le despojó de todos sus bienes hasta de los precisos para sustentarse. Pero ¡qué gloria, qué consuelo el de este gran santo por haber sacrificado cuanto tenia en alivio de los pobres!

¡Cuándo ha de llegar el tiempo, divino Salvador mio, en que vuestro ejemplo me inspire esta misericordia para con todos los menesterosos! Mucha necesidad tengo de vuestra gracia, y así os la pido, Señor, y con ella aquellas entrañas de misericordia con los infelices, que son un manantial inagotable de todos los bienes.

JACULATORIAS.

Beatus qui intelligit super egenum, et pauperem : in die mala liberabit eum Dominus. Salm. 40.

Bienaventurado aquel que se compadece del pobre y del menesteroso, porque el Señor se compadecerá de él, y le librará en el dia de su mayor tribulacion.

Pauperi porrige manum tuam, ut perficiatur propitiatio et benedictio tua. Eccles. 7.

Alarga tu mano al pobre para que tu caridad sirva de sacrificio de propiciacion por tus pecados, y para que el Señor eche la bendicion sobre tus bienes.

PROPOSITOS.

1. Acuérdate de que no te hizo Dios rico para tí solo : dióte los bienes que posees para tí y para los

pobres. Siendo padre de todos, ¿á qué fin te habia de conceder á tí tantas cosas superfluas, dejando á tantos otros sin las necesarias? No los ama menos que á tí, ni tú le costaste menos que ellos: de su pura liberalidad recibiste todas esas posesiones. *¿Qué tienes que no hayas recibido de Dios? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si no lo hubieses recibido?* dice el Apóstol. Advierte, pues, que esas riquezas se te dieron á título oneroso, esto es, para el sustento de los pobres. Quiere Dios que goces de tus bienes, pero quiere tambien que los pobres tengan parte en ellos. No olvides, pues, esta caridad de una obligacion indispensable, y desde hoy mismo imponte una ley de que no se te pase dia sin hacer alguna limosna á proporcion de tus haberes. Aunque pagases á Dios el diezmo de tus bienes, no harias demasiado, pues al fin es el primer Señor y el soberano dueño de todos. ¡Escandalosa injusticia! ¡dureza impía! ¡Cuánto se gasta en mantener gordos los perros y los caballos, dejando perecer miserablemente de hambre muchas familias! Haz reflexion á lo que en un solo dia gastas en el juego, y consumes en tus diversiones, considerando que eso solo bastaria para sacar de miseria gran número de infelices.

2. No te pide Dios que te despojes de todos tus bienes como lo hicieron muchos santos. Tampoco te pide que te hagas esclavo para rescatar á otro; heroismo de caridad que todos admiramos en un san Paulino, y que solicitó despues imitar santo Domingo. Pídete que de cuando en cuando visites los pobres en los hospitales; que socorras á los vergonzantes; que vayas á consolar á los enfermos y á los encarcelados, alentándolos con tus consejos, y solicitando su libertad con tus buenos oficios, en cuanto lo permita la justicia. No te empobrecerán estas obras de misericordia; antes bien enriquecerán no solo á los pobres,

sino á tus mismos herederos. En fin, paga por tus pecados con la limosna. Si tienes tres hijos, dice san Agustin, haz cuenta que tienes cuatro, contando á Jesucristo por uno de ellos : susténtale, y vístele en la persona de un pobre.

SAN LORENZO JUSTINIANO, OBISPO Y CONFESOR.

San Lorenzo Justiniano, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, fué de la ilustre casa de Justiniani, tan conocida en Venecia, en Génova, en el reino de Nápoles, en la isla de Córcega y en la de Quio. Nació en Venecia el dia primero de julio del año 1381, siendo sus padres Bernardo Justiniani, y Quirina, señora mucho mas respetada por su virtud, que por lo ilustre de su sangre. Salió Lorenzo al mundo con tan bello natural, con inclinaciones tan nobles y tan cristianas, que el gran cuidado de sus padres en darle la mejor educacion solo sirvió para que se descubriese mas de cerca lo elevado de su ingenio y las excelentes prendas de su gran corazon. Quedó viuda su madre siendo aun muy jóven, y dedicó toda su aplicacion á criar bien á Lorenzo. Considerando un dia la modestia, la circunspeccion, el extraordinario juicio que el tierno niño mostraba en todo acompañado además de cierta grandeza de alma, poco correspondiente á su edad, temió que esto no fuese efecto de alguna soberbia oculta, secreto orgullo y propia satisfaccion. Declaró á Lorenzo estos temores; y el santo niño le respondió sonriéndose : *No temais, madre y señora, no tengo otra ambicion que la de ser cada dia mayor siervo de Dios, y mas devoto que todos mis hermanos.*

Presto verificó su proceder esta especie de profecía,

pues no hubo niño que menos lo fuese, ni menos lo pareciese. Fué su primera juventud como un prodigio de inocencia y de virtudes. En medio de una multitud de jóvenes viciosos, divertidos y disolutos; en un siglo en que la corrupcion de las costumbres parecia haber inundado toda la tierra; este caballerito jóven, rico, bien dispuesto, lleno de agudeza y de fuego, á la edad de diez y ocho á veinte años fué perfecto modelo de todas las virtudes, y la admiracion de toda Venecia.

Alma tan privilegiada no estaba destinada para el mundo, habiéndole formado el Señor para ornamento del estado regular y para gloria del eclesiástico. Aunque vivia en el mundo como el mas perfecto religioso, suspiraba sin cesar por el retiro del claustro, haciéndosele intolerables las mas inocentes conversaciones por el amor que tenia á la oracion, á la soledad y al recogimiento. Acompañaba siempre al fervor del espíritu la mortificacion de la carne, y aplicaba todas sus buenas obras, ejercicios y penitencias para que el Señor le diese á conocer el estado en que era su voluntad le sirviese; pues no reconocia otra regla para gobernar todas sus operaciones. Tardó poco en resolverse; porque, hallándose un dia en oracion á los piés de un crucifijo, y en presencia de una imágen de la santísima Vírgen, sintió su corazon todo encendido en un género de desacostumbrado fervor; y renunciando desde entonces generosamente todas las tentadoras esperanzas con que el mundo le lisonjeaba, y todas las conveniencias de su ilustre casa, resolvió vivir en adelante para solo Dios, sin reconocer jamás otro amo, ni otro dueño. Acabada su oracion, se fué derecho al convento de los canónigos regulares de san Jorge de Alga, isla que forma el golfo como á media legua de la ciudad: pidió con instancia ser recibido en el número de ellos, y como

abogaban por él su nobleza, su virtud y todas sus bellas prendas, logró desde luego lo que pretendia.

No solo tuvo que mudar de vida con la mudanza de estado, sino que fué preciso moderar en la religion su fervor, y poner tasa al rigor de sus penitencias. Nombrósele por maestro en el noviciado á su tio materno Martin Quirino, hombre de santa vida; pero este muy desde luego confesó con ingenuidad que su novicio estaba mucho mas adelantado en los caminos de Dios que su maestro y director. Contaba á la sazon solos diez y nueve años; y no obstante eran tan extraordinarios sus progresos en la virtud y en la ciencia de los santos, que ya desde entonces era modelo de perfeccion á todos los religiosos. Desde el primer dia de su noviciado se prescribió ciertas devociones, que jamás omitió despues en todos los dias de su vida. Sus abstinencias y sus ayunos fueron muy rigurosos y continuos, sus vigilias excesivas. Quedábase en la iglesia desde maitines hasta prima, y jamás se arrimaba á la lumbre por violento y por cruel que fuese el frio, aunque era de un temperamento extraordinariamente delicado, débil y sensible. Impúsose una ley de no beber jamás fuera de las comidas, aunque se abrasase de sed y de calor. Intimáronle algunos padres ancianos en nombre de todo el capítulo que moderase sus rigores: *Bien está*, respondió el santo, *yo obedeceré; pero ya cuidará Dios de recompensarme por otra parte de vuestra demasiada indulgencia.* Efectivamente, pocos dias despues se cubrió de lamparones; pusiéronle en cura, aplicáronle el hierro y el fuego muchas veces; atormentáronle horriblemente, dando igual ejercicio á su paciencia, que á la admiracion de cuantos eran testigos de su invencible sufrimiento; pues no dió otra señal de sus vivísimos dolores que pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Y aun en algun modo se avergonzaba

y se reprendia de su poco valor, comparando lo que padecia con los tormentos de los santos mártires, que tantas veces sufrieron el de las planchas encendidas.

Era la humildad su favorecida virtud, y así nada deseaba con mayor anhelo que pasar toda la vida en un estado humilde, oscuro y abatido; pero en este particular no condescendieron los superiores con su inclinacion, ni dieron oidos á su repugnancia. Obligáronle á recibir los sagrados órdenes, y le elevaron á los primeros empleos de la religion. Concurrian en tropas los fieles á oirle celebrar el santo sacrificio de la misa por la devocion con que se ponia en el altar; y las muchas lágrimas que derramaba compungian á los asistentes, avivando en ellos las luces de la fe. Sin atender á su corta edad ni á los pocos años que tenia de religion, le hicieron superior, obligándole á ocupar los primeros puestos, que desempeñó siempre con dignidad y con acierto. Por los sabios y prudentes estatutos que formó cuando le eligieron general, es reputado por el verdadero fundador de la congregacion de san Jorge. Segunda vez le hicieron general de su órden, cuando el papa Eugenio IV, plenamente informado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del siervo de Dios, le hizo obispo de Venecia en el año de 1433. Por mas que se resistió, le fué forzoso obedecer y consagrarse, velando en la iglesia, y pasando en oracion toda la noche que precedió al dia de su consagracion.

Hallándose ya obispo, no por eso alteró en nada la religiosa vida que habia observado entre los canónigos reglares de san Jorge. Sin aflojar un punto en su oracion, aumentó las vigilias, por tener mas tiempo entre dia para dedicarle á los negocios y á las necesidades de su rebaño; y por mas que procuraba disimular sus mortificaciones y sus abstinencias, le fué impo-

sible ocultar á la noticia del público una parte de sus mas secretas austeridades. Pero donde mas resplandeció su modestia y su cristiana simplicidad fué en el arreglo de su familia y en la frugalidad de su mesa. Aunque se veia elevado á una de las mayores sillas episcopales de la Iglesia, no gobernó su tren y su equipaje por otras reglas que por las de su virtud y su humildad. Decia que todo el esplendor de su dignidad se debia derivar de la virtud; queria que los pobres entrasen siempre á la parte de sus rentas, y que, por decirlo así, fuesen contados en el número de sus familiares y de su servidumbre.

La dureza con que en todo tiempo trataba á su inocente cuerpo, nunca disminuyó ni su afabilidad, ni la inalterable dulzura con que recibia á todos, ganando tanto los corazones, que esto mismo le facilitó la reforma de su clero; pues al ver su admirable desinterés, y movido de sus grandes ejemplos, se sujetó á todo lo que quiso, y admitió cuanto le prescribió para restituir á su antiguo vigor la disciplina. Muchas veces se anticipaba á sus edictos la reforma de las costumbres. Amaban y estimaban tanto las ovejas al pastor, que ninguna se atrevia á descarriarse del aprisco, oyendo todas su voz con tanta docilidad y con tanto respeto, que á la primera visita mudó de semblante todo el obispado. Ultrajáronle ciertos hombres disolutos y atrevidos con algunas sátiras mordaces y picantes; pero el santo obispo no se valió de otros medios para convertirlos, que de su paciencia y de su moderacion. No hubo impiedad tan orgullosa ni tan fiera que pudiese resistir á su virtud, desarmando su mansedumbre á los mas insolentes, cuya conversion se consideró como uno de sus mayores milagros. Muchos obró su extraordinaria caridad con los pobres. Sucedió no pocas veces que, despues de consumido y expendido todo el dinero

para asistirlos en sus necesidades, se halló socorrido de Dios por caminos imprevistos y no esperados. Pidióle un pariente suyo algun socorro para casar á una hija como correspondia á su calidad, y el santo obispo, sordo siempre á las voces de la carne y sangre, le respondió que, si le daba una corta cantidad, de nada le serviria; y si se la daba grande, cometeria un hurto quitando sus bienes á los pobres.

Nunca se comprendió mejor el mucho bien que puede hacer un santo obispo en su diócesis, que en el pontificado de nuestro santo. Sus rentas eran cortas, pero era grande su zelo. Sustentaba una multitud de pobres, que al parecer bastaban para empobrecerle á él; siendo muy rara la familia necesitada á quien no socorriese con alguna limosna. No solo aumentó el número de los canónigos de su catedral, fundando algunas prebendas para que se celebrasen los oficios divinos con mayor dignidad, sino que fundó tambien muchas iglesias colegiales en muchos lugares de su obispado, donde hasta entonces apenas habia un sacerdote. Igualmente fundó él solo quince comunidades religiosas, proveyéndolas de todo lo necesario; y reformó así la profanidad de los trajes como la corrupcion de las costumbres en todo su obispado.

Hacia muy alto aprecio de su virtud el papa Nicolao V, mirándole con la mayor veneracion, y deseaba colocar aquella grande antorcha en puesto mas elevado, desde donde pudiese difundirse mas en la Iglesia su brillante resplandor, cuando sucedió la muerte de Dominico Micheli, patriarca de Grado, en el año de 1451. Y bien persuadido de que ni el senado ni la ciudad de Venecia consentirian nunca en que se les privase de su santo prelado, resolvió trasladar el patriarcado de Grado á la silla episcopal de Venecia, precisamente en consideracion á nuestro santo. Costó mucha dificultad hacerle aceptar esta nueva digni-

dad, y fué necesaria toda la autoridad del papa para vencer su repugnancia por lo mucho que sobresaltaba á su humildad cualquiera cosa que oliese á lustre, aparato y esplendor. No se disminuyó su fervor con el peso de los años. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con nueva devocion, creciendo cada dia su amor á Jesucristo y su ternura á la santísima Virgen, por lo que cada dia le colmaba tambien el Señor de nuevos favores. Cierto santo ermitaño, que hacia mas de treinta años vivia en la isla de Corfú con grande opinion de santidad, aseguró á un noble veneciano que Dios estaba extremamente irritado contra la ciudad de Venecia, la que ya hubiera experimentado los terribles efectos de su cólera si no la hubieran desarmado las oraciones del santo patriarca.

Hacia tiempo que se iban debilitando sensiblemente sus fuerzas, sin ser posible reducirle nunca á que moderase algo sus apostólicos trabajos, sus mortificaciones y su abstinencia, cuando, diciendo misa un dia de Navidad, se sintió extraordinariamente encendido en un vivísimo deseo de gozar de Dios, y de verle cara á cara. Al salir del altar, le asaltó la calentura, y en pocos dias le redujo al último peligro. Siempre habia dormido sobre la dura tierra, y no se pudo conseguir de él que mejorase de cama en la última enfermedad. *Jesucristo murió en una cruz*, decia el santo á los que le apuraban sobre esto, *¿y quereis que un pecador como yo muera en una blanda cama?* Dábanle mucha pena los desvelos y la solicitud de los que le asistian por procurarle algun alivio, y no fué posible vencerle á que admitiese el mas mínimo, ni aun se le pudo persuadir á que interrumpiese su abstinencia. En fin, habiendo recibido los santos sacramentos, y despues de haber consolado á sus familiares, que se deshacian en lágrimas, dicién-

doles no debian celebrar con llanto el dia mas alegre de su vida, entregó tranquilamente su espíritu al Señor el dia 8 de enero del año 1455, á los sesenta y tres y medio de su edad, lleno de dias y de merecimientos, dotado con el don de profecía y de milagros, que continuaron despues de su muerte. Todos convienen en que las obras que dejó al público están mas llenas de sólida piedad que de afectada erudicion, siendo difícil leerlas sin que el alma se sienta movida de devocion por la que respiran.

Fué preciso dejar expuesto el santo cuerpo por muchos dias á la veneracion de los pueblos que concurrieron de todas partes luego que se extendió la noticia de su muerte. Suscitóse una disputa sobre el lugar de su sepultura entre el cabildo de la catedral y los canónigos reglares de san Jorge, por cuyo motivo estuvo el cadáver descubierto por espacio de sesenta y siete dias en la sacristía de la iglesia patriarcal, sin que al cabo de tan largo tiempo se experimentase ni la mas mínima señal de corrupcion. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con gran número de milagros; por los cuales y por la santidad de su vida se movió á beatificarle el papa Clemente VIII, precediendo las formalidades necesarias; y el papa Alejandro VIII le canonizó solemnemente el año de 1690, fijando su fiesta, por órden de la santa sede, al dia 5 de setiembre, que acaso seria el de la traslacion de sus reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en un arrabal, san Victorino, obispo y mártir, quien, brillando en santidad y milagros, fué elegido por todo el pueblo para obispo de Amiterno. Desterrado con el tiempo bajo Nerva Trajano á Contillan, lugar pantanoso y mal sano, fué colgado cabeza abajo de órden del juez Aureliano. Habiendo padecido

tal suplicio por espacio de tres dias, murió victorioso al cabo de ellos. Los cristianos recogieron el santo cuerpo y le dieron honrosa sepultura en Amiterno.

En Porto, la fiesta de san Herculano, mártir.

En Capua, san Quincio, san Arconcio y san Donato, mártires.

Dicho dia, san Rómulo, prefecto de la corte de Trajano, quien, abominando la crueldad que el emperador usaba con los cristianos, fué azotado y decapitado.

En Malacia de Armenia, el martirio de san Eudoxio, san Zenon, con mil y cien compañeros, soldados, los que, abandonando el cíngulo militar, fueron muertos en la persecucion de Diocleciano, por haber confesado á Jesucristo.

En Constantinopla, san Urbano, san Teodoro, san Menedemo, y setenta y siete eclesiásticos compañeros, mártires, quienes, metidos en un barco por el emperador Valente, fueron quemados en él por la fe católica.

En el país de Terucna, en el monasterio de Sithieu, san Bertino, abad.

En Aquitania, san Taurino, obispo de Eause.

En Picardía, cerca de Guise, santa Preuva, virgen, despedazada por unos impíos.

En Laon, san Genebando, obispo de dicha ciudad.

En Soisons, san Anserico, obispo, quien asistió al concilio de Reims bajo Sonnace.

En Yesi en la Marca de Ancona, san Séptimo, obispo y mártir, patrono de la santa iglesia catedral de dicha ciudad.

En Ravena, san Ursicino, obispo.

En Etiopia, san Dímado, confesor.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Laurentii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Lorenzo Justiniano, crezca en nosotros el espíritu de la piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 2 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Ego cùm venissem ad vos, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientiæ, annuntians vobis testimonium Christi. Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. Et ego in infirmitate, et timore, et tremore multo fui apud vos: et sermo meus, et prædicatio mea non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis: ut fides vestra non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei.

Hermanos: Cuando vine á vosotros, vine á anunciaros el testimonio de Jesucristo, no con sublimidad de palabras ó de sabiduría. Porque no creí que sabia otra cosa estando entre vosotros, que á Jesucristo, y este crucificado. Y yo estuve entre vosotros con mucho abatimiento y temor y temblor; y mi conversacion y predicacion fué, no con persuasivas palabras de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud; para que vuestra fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la virtud de Dios.

NOTA.

« Desde el principio de esta epístola declara san » Pablo á los Corintios que no les predicó á Jesucristo » crucificado buscando voces escogidas, ni afectando » una elocuencia profana, sino llana, humilde y sen» cillamente; porque la palabra de Dios no necesita » de artificios ni de afeites para persuadir. »

REFLEXIONES.

No vine á vosotros con sublimidad de palabras. ¡Qué escándalo! ¡qué monstruosa contradiccion la de los ministros del Evangelio, si en sus afectados sermones buscan sus aplausos al mismo tiempo que están predicando las humillaciones, los abatimientos de todo un Dios! Entonces en lugar de espantar, de aterrar la divina palabra á manera de un rayo fulminado, no hace mas que lucir y brillar débil y rápidamente á modo de exhalacion ó de relámpago, divirtiendo á los oyentes tranquilos y sosegados. Esto es lo que el mismo Apóstol llama corromper y adulterar la palabra de Dios: *adulterantes verbum Dei.* Pues qué ¿la palabra de Dios necesita de artificios ni de afeites para persuadir? ¿depende su virtud de nuestra elocuencia? ¿eran muy hábiles en el arte de hablar doce pobres pescadores ignorantes, idiotas y groseros? ¿en qué escuela habian estudiado las flores y las figuras retóricas? Predicaron estos apóstoles con una admirable sencillez aquellas incomprensibles verdades, aquella doctrina dura, ingrata, y por decirlo así, alborotadora, y la predicaron á los Griegos que se preciaban de una sabiduría enteramente humana, fundada toda en la razon natural; predicaron estas verdades á los Romanos orgullosos, fieros y sensuales; predicáronla á todas las naciones, aun á las mas bárbaras; y esos Griegos, esos Romanos, esas naciones sujetaron su razon, rindieron su imaginaria sabiduría, todo su entendimiento, todas sus luces á las verdades de la fe, y todo el universo se convirtió. San Pedro convirtió con su primer sermon en medio de la misma Jerusalen cerca de tres mil personas; ¿deberánse todas estas maravillosas conversiones á la elegancia de las voces, á los ingeniosos rasgos de los oradores, á la brillantez de los pensamientos y á la artificiosa elo-

cuencia de los predicadores? ¿y no es este artificio puramente humano el que el dia de hoy embota la punta de las mayores verdades, debilitando toda su fuerza? Apenas se convierte en diez años un solo pecador con una espesa nube de predicadores que hacen resonar esos púlpitos, siendo así que se predican las mismas verdades: ¿de dónde nacerá tan prodigiosa esterilidad, siendo una misma semilla? Nace de que muchas veces le quita toda su virtud el artificio con que se la prepara. Ya no se predica la palabra de Dios, sino una palabra puramente humana; ¿pues de qué nos admiramos, ó qué maravilla es que produzca tan poco fruto? Dichoso aquel que solo aprecia no saber mas que á Cristo crucificado. ¿Y tendrán esta divina sabiduría las personas inmortificadas, las sensuales, aquellos idólatras de las diversiones y de los pasatiempos? ¡Ah, y cuántas verdades nos descubre la vista sola de un crucifijo! En él veo un prodigio de amor, un terrible ejemplo de justicia, un motivo y un modelo de penitencia muy persuasivos. En él veo hasta dónde nos amó el buen Jesus; hasta dónde llegó su aborrecimiento al pecado; hasta dónde debo yo aborrecer la culpa, y hasta dónde debo amar á Jesus. Olvidemos todo lo demás para grabar bien en nuestros corazones unas lecciones tan necesarias.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos, y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco

talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multum verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit alia quinque talenta, dicens : Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi dominus ejus : Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait : Domine, duo talenta tradidisti mihi, ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus : Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam, intra in gaudium domini tui.

talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco. Igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos. Pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, y les tomó cuentas. Y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, hé aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo : Señor, dos talentos me entregaste, hé aquí otros dos mas que he granjeado. Díjole su señor : Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

CÓMO NOS HEMOS DE APROVECHAR DE LOS TALENTOS QUE DIOS NOS DIÓ.

PUNTO PRIMERO.

Considera, dice san Gregorio, que ese Señor que hizo un viaje fuera de su país es nuestro Redentor. Este divino Señor es el que nos ha enriquecido con sus dones. ¿Qué cosa buena tenemos que no la haya-

mos recibido de su liberalidad? Los talentos naturales, los dones de la gracia, el tesoro de los sacramentos, los beneficios particulares, los bienes comunes, la misma vida; todo cuanto tenemos nos viene de este soberano dueño, y de su bondad hemos de recibir todo cuanto esperamos. ¿Quién no sabe que todos los bienes de la naturaleza, todos los tesoros de la gracia, todas las riquezas de la gloria están á su disposicion? ¿qué afectos de amor y de respeto no deben ocupar nuestro corazon hácia tan grande y tan amable dueño? ¡Y cuánto debe ser nuestro eterno agradecimiento! ¡cómo nos debemos aprovechar de todos estos bienes! Puédese decir que todos nosotros somos como mayordomos de este divino amo. Confiónos todos los bienes, todos los talentos que tenemos; pero nos los confió solamente para que negociásemos con ellos; ninguno nos dió de que no nos haya de pedir estrecha cuenta, ninguno que no estemos obligados á poner á lucro para su mayor gloria. Pero ¿y cómo nos hemos aprovechado de ellos hasta aquí? ¿cuál ha sido nuestro reconocimiento? ¿hemos considerado todas esas prendas de alma y de cuerpo, todos esos bienes de la vida y de la fortuna, todas esas gracias y esos auxilios sobrenaturales, como puros beneficios de su misericordia? ¿no hemos abusado de esos bienes? ¿qué gloria ha sacado Dios de ellos? ¿ignoramos por ventura que, si abusamos de ellos, si los aplicamos á otros fines que á aquellos á que fueron destinados, si los disipamos como lo hizo el infiel administrador, Dios los retirará? Ya no nos concederá ni mas tiempo, ni mas medios para negociar; castigará nuestra infidelidad y nuestra negligencia con todo el rigor de su justicia, y nos dejará en una desdichada pobreza, que nos oprima sin recurso: *Dominus meus aufert à me villicationem.* ¡Cuántos siervos inútiles hay hoy en el siglo, en la

Iglesia y en el estado religioso! Habian recibido grandes talentos, tenian grandes bienes, y por consiguiente grandes medios para santificarse; se les habian dispensado gracias. Lo mal que usaron de ellas, la negligencia con que las cultivaron, la pérdida, ó por lo menos la inutilidad de todos esos talentos por culpa suya, todos son documentos que se añaden á los autos. ¿En qué parará el juicio? ¿cuál será la sentencia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque los dones y los talentos sean diferentes, el fin siempre es uno mismo. Distribuye Dios sus gracias, sus favores, sus beneficios entre quienes quiere y como quiere; pero en esta diversa distribucion á diferentes sugetos, y en esta desigualdad de talentos concedidos á sus siervos, siempre tiene Dios igualmente por motivo su mayor gloria, y la salvacion de aquellos á quienes los concede. Quiere Dios que cada uno cultive y aproveche sus talentos con todo el ardor, con todo el zelo y con toda la posible aplicacion. ¿Corresponde siempre la utilidad y el producto á la intencion del soberano dueño? ¿merecerán todos los siervos que el amo los honre con elogios por su fidelidad? ¿qué uso se hace de los bienes de la naturaleza, de la fortuna y de la gracia que se han recibido? ¿qué uso se hace de las prendas de alma y cuerpo, de los auxilios sobrenaturales, de aquellas gracias que muestran especial amor y particular benevolencia? Hácense lucir los talentos, no se sepultan los tesoros, no se entierran las buenas prendas; pero ¿se aprovecha todo esto para el cielo? No se pasa la vida en ociosidad; pero aquello en que se emplea ¿acreditará á todos de buenos y de fieles siervos? ¿es posible que el mundo no se llevará los réditos de todos esos bienes? ¿es posible que no se trabajará por el mundo con preferencia al fin que todos

nos debemos proponer en la negociacion con los talentos? Qué cuenta se dará á Dios de esas bellas prendas del alma, empleadas, ó, por mejor decir, perdidas y malogradas en puras bagatelas? ¿de esas hermosas prendas del cuerpo, que quizá solo sirvieron para la perdicion del alma? ¿de esas riquezas consagradas á la profanidad, al fausto, al orgullo y al regalo? ¿de esa salud tan mal aprovechada? Pues qué, ¿solo te habia hecho Dios grande, noble y rico para facilitarte los medios de desagradarle y de ofenderle con mayor libertad? y esas nobles prendas de corazon y de alma, ese entendimiento despejado, esa agudeza viva y penetrante, ese ingenio superior, esa brillantez ¿solo te la concedió el Señor para que fueses mas arrogante, mas ambicioso, mas soberbio, y acaso tambien mas peligroso enemigo de Dios, valiéndote quizá de tu mismo ingenio para hacer que triunfe el vicio, para excusar la disolucion, para propagar el espíritu del mundo, y puede ser que tambien para derramar y sostener el error? Díme, esas ricas galas, esos trofeos de la mas altanera vanidad, todas esas locas profusiones en espléndidos banquetes, en soberbios muebles, en magníficas carrozas; ese juego tan desbaratado en que muchas veces se pierde en una sola noche la renta de todo un año; esos dispendios, esos gastos, aun mucho mas vergonzosos é indecentes; dime, repito otra vez, ¿seria todo esto el fin que Dios se propuso cuando te dió mas bienes que á los otros? Una de dos, ó has de decir que nada de eso le debes á Dios, lo que seria una impiedad, una horrible blasfemia, ó has de confesar que tienes que dar á Dios una terrible cuenta de todos los beneficios espirituales y corporales que has recibido de su mano.

Mi Dios, confieso que cuanto tengo lo he recibido de vos, y declaro que nada quiero tener que no sea dirigido á vuestra mayor gloria. Gimo, Señor, cuando

considero lo mal que he usado de todo : *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi.* Tened todavía un poco de paciencia conmigo, que yo os restituiré todo lo que os debo.

JACULATORIAS.

Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi. Matth. 18.
Dadme, Señor, un poco mas de tiempo, que yo os prometo no emplear de aqui en adelante los talentos que me habeis dado, sino en serviros mas y mas con ellos.

Omnia propter semetipsum operatus est Dominus. Prov. 16.
Bien sé, Dios mio, que todo lo habeis criado para vuestra mayor gloria; y así de hoy mas este será el único fin de todas mis acciones.

PROPOSITOS.

1. Todo lo hemos recibido de la liberal mano de Dios; no hay bien ni talento que no sea don de su bondad; de ella esperamos todo cuanto puede lisonjear nuestros deseos. Nosotros no somos mas que administradores, ó à lo sumo unos como mayordomos de este soberano dueño : sabemos que le hemos de dar exacta cuenta de todo lo que nos han entregado; y en medio de eso, ¿quién piensa en esta cuenta que ha de dar? Úsase de los talentos y bienes recibidos como si fueran frutos propios nuestros. Las pasiones, la concupiscencia, los pasatiempos, el interés, el amor propio; á esto se dirige, por lo comun, el uso que hacemos de todos estos bienes. ¿Cuándo se ha visto desórden mas universal ni mas extraño? ¿no te remuerde cosa alguna la conciencia en este punto? Examina hoy en qué has empleado hasta ahora tus bienes y tus talentos. ¿No se mezcló nunca en este empleo la vanidad, la ambicion ni la

inclinacion á los pasatiempos? No creas que esta doctrina es un mero consejo de perfeccion; es precepto formal y positivo que habla con todos, y á todos los estrecha con la mayor obligacion. ¡Cuánto te sorprenderás, cuánto te espantarás, cuál será tu asombro cuando en el último momento de la vida te pida el soberano Dueño estrecha cuenta de todo lo que recibiste! Trata de poner en práctica una reflexion tan importante.

2. Toma desde luego una viva y eficaz resolucion de tener siempre á Dios delante de los ojos en el uso de todos tus bienes y talentos. Si te hallas dedicado al sagrado ministerio, sea la gloria de Dios, la salvacion de las almas, y sobre todo, la tuya propia el principal motivo y como el primer móvil de todas tus funciones. Si estás dentro del mundo, no uses de tus bienes para otro fin. Del buen uso de estos depende tu salvacion.

DIA SEIS.

SAN BERTIN, ABAD DE SITHIEU.

Hácia el fin del siglo séptimo y hácia el principio del octavo dió el Señor al mundo cristiano un ejemplo de perfecto desasimiento, y un excelente modelo de la perfeccion religiosa en la persona de san Bertin. Era pariente cercano de san Omer, y por consiguiente su familia una de las mas nobles y mas poderasas del país. Nació en Goldenthar, patria de san Omer, ó por lo menos en el territorio de Constancia en el alto Rin, que separa al país de los Suizos de la Suabia. Fruto fué de la cristiana educacion que le dieron, y sobre todo de la gracia sobreabundante con que le previno Dios desde la infancia, aquella anticipada

virtud que se dejó admirar en el niño Bertin desde sus primeros años.

El esplendor de su nacimiento, la opulencia de su casa, su grande ingenio y las demás bellas prendas de que estaba dotado, todo concurria á prometerle las mayores esperanzas, abriéndole una carrera toda cubierta de flores. Presentábale el mundo á manos llenas lo mas lisonjero y lo mas tentador que posee en esto que se llama fortuna; no habia puesto tan elevado ni empleo tan distinguido á que no pudiese aspirar racionalmente. Conspiraba todo á brindarle con las conveniencias y con las mas exquisitas dulzuras de la vida en una edad en que la apariencia sola de los honores deslumbra, y la esperanza de los placeres encanta. Pero todos estos halagüeños atractivos hicieron poca impresion en el niño Bertin. El gusto que iba tomando á la oracion y á los libros devotos, las vidas de los santos que leia frecuentemente, su continua meditacion en las verdades eternas de la religion, y la tierna devocion á la santísima Vírgen; todo esto le inspiraba disgusto y tedio á cuanto respiraba fortuna, elevacion y brillantez, comunicándole una grande inclinacion, un singular amor al recogimiento, á la soledad y al retiro. Movióle mucho el ejemplo que le acababa de dar su ilustre pariente san Omer, el cual, prevenido con la misma gracia que Bertin, lo habia abandonado todo por seguir á Jesucristo, y se habia ido á encerrar en el célebre monasterio de Luxeu, en el condado de Borgoña. Hacia tiempo que nuestro santo andaba tambien meditando volver las espaldas al mundo, y así le pareció que ya no debia detenerse mas en deliberar; por lo que, resuelto á imitar el mismo ejemplo, y á tomar el mismo partido, puesto que para ello le solicitaba tambien la misma gracia, sin dar oidos á las voces de la carne y sangre, se determinó en fin á seguirle.

Tenia Bertin dos amigos, llamados Momolein y Ebertran, que habian contraido con él la mas fina amistad, uniendo á todos tres la conformidad de genios y de inclinaciones, los cuales no bien entendieron su resolucion, cuando le quisieron tambien acompañar en su retiro. Partieron todos tres á Luxeu, donde fueron tiernamente recibidos del abad san Walberto, que lo era á la sazon de aquella célebre y santa comunidad despues de la muerte de san Eustaquio, sucesor de san Columbano, su primer fundador, y que tanto la habia ilustrado con su santidad y con sus milagros.

Vivian en aquel santo monasterio, menos como hombres que como ángeles, mas de quinientos monjes, cuyo fervor creció visiblemente con el de los tres novicios. Sobresalia mucho en el ejercicio de todas las virtudes san Omer, que hacia algunos años se hallaba en el monasterio. Este fué el modelo que Bertin se propuso á sí mismo para la imitacion; y aunque el original descollaba tanto en las virtudes monásticas, presto se le igualó la copia. Desde luego se dejó admirar su modestia, su humildad, su mortificacion, su piedad y su frecuente trato con Dios en la oracion. Apenas podian comprender los mas ancianos lo mismo que estaban viendo; esto es, cómo un jóven ilustre dotado de tan nobles prendas, y en la flor de su edad, habia llegado casi á lo mas alto de la perfeccion dos meses despues que habia dejado el mundo. Verdad es que ahorró mucho camino su recogimiento interior, su exacta observancia hasta de las reglas mas menudas, y los rigores de su asombrosa penitencia; de manera que toda aquella numerosa comunidad de Luxeu no tuvo la menor duda en que con el tiempo seria el novicio uno de los mayores santos que ilustrasen al monasterio.

Acabado el tiempo de la probacion y noviciado,

hizo Bertin la profesion juntamente con sus compañeros; y considerando el superior los méritos de todos tres, y los grandes servicios que podian hacer á la Iglesia, los obligó á ordenarse de sacerdotes despues de haber recibido los demás órdenes sagrados. Con el sacerdocio adquirieron nuevo realce las virtudes de san Bertin, y por la disposicion con que recibió los sagrados órdenes mereció aquella abundancia de gracias y de dones sobrenaturales que acompañan al sagrado carácter cuando se recibe dignamente. Parecia Bertin en el altar un abrasado serafin; tanto se manifestaba hácia afuera en divinos ardores y en dulces copiosas lágrimas el encendido amor de Dios que inflamaba su corazon. Habia sido promovido san Omer al obispado de Teruena, ciudad de los Paises Bajos, en el condado de Artois, y trabajaba con felicísimo suceso en desmontar aquel inculto campo, que despues de mucho tiempo estaba cubierto de maleza; y noticioso el abad de Luxeu de que el santo obispo tenia necesidad de obreros que le ayudasen á trabajar en la viña del Señor, le pareció no podia encontrar otros mas á propósito que san Bertin, Momolein y Ebertran, los cuales respetaban á Bertin como á su maestro en la perfeccion religiosa. Partieron juntos con la bendicion del abad, dejando á toda la comunidad muy desconsolada porque perdia de vista aquellos tres grandes modelos. Recibiólos san Omer con el gozo que acostumbran los santos, siendo siempre la virtud su verdadero principio; y apenas les dió su mision, cuando se aplicaron á la instruccion de los pueblos con un zelo que no podia dejar de merecer las bendiciones de Dios.

Habiéndose encontrado con un campo que casi habia un siglo estaba enteramente abandonado, y que aun desde los principios no habia tenido mas que un cultivo somero y superficial, tuvieron que pade-

cer muchas fatigas, trabajos y contradicciones en un empeño tan arduo como era el desarraigar á un mismo tiempo la idolatría y los vicios que reinaban en el país, y civilizar las costumbres de aquellos pueblos todavía bárbaros y feroces por la mayor parte.

Muy en breve recogieron una abundante miés los tres varones apostólicos, tan poderosos en obras como en palabras; y echando Dios la bendicion á sus zelosos trabajos, todo el país mudó de costumbres y de semblante, mudando de religion. No encontrando ya nuestro santo estorbo alguno que pudiese contener su fervor, soltó la rienda á su zelo; pero sin que las apostólicas fatigas le dispensasen de sus acostumbradas penitencias, siendo la mocion de sus palabras efecto de su tierna devocion. Persuadian sus ejemplos tanto como sus sermones, y ganaba los corazones de todos con aquella su dulce mansedumbre, que á ejemplo de Jesucristo hacia en parte su carácter.

Así cultivaba san Bertin con sus dos compañeros aquel silvestre terreno, que ya comenzaba á llevar tan copiosos frutos, cuando un señor del país llamado Ardcal, movido de las maravillas que obraban los apostólicos varones bajo la direccion de san Omer, y en reconocimiento de la gracia de su propia conversion, fué á ofrecer generosamente al santo prelado el territorio de Sithieu con todas sus pertenencias para que usase de él como juzgase mas conveniente á la mayor gloria de Dios y provecho de los pueblos. Viendo san Omer tanta multitud de conversiones como se hacian cada dia, y pareciéndole muy necesario algun retiro donde se pudiesen refugiar los que deseasen servir á Dios apartados del comercio y del bullicio del mundo, consintió se fundase en aquel sitio un monasterio para san Bertin y sus dos compañeros, y para que se recogiesen en él los que se hallasen mo-

vidos á vivir en la soledad. Tal fué el orígen de la célebre abadía de Sithieu, que por largo tiempo fué en el Artois un seminario de santos, como lo fué en Borgoña la abadia de Luxeu. Fundóse presto el monasterio; y apenas se halló erigido, cuando se halló poblado. El primer pensamiento del santo obispo fué que desde luego le gobernase san Bertin; pero el santo á quien sobresaltaba la sombra sola de prelacía, le supo alegar tantas razones, que al fin consintió san Omer en que Momolein gobernase el monasterio.

Muy en breve se hizo célebre en todo el país, renovándose en él aquellos grandes ejemplos de mortificacion y de santidad que tanto se admiraron en los monasterios antiguos mas celebrados. Era la oracion continua, el coro perpetuo, la abstinencia y los mas rígidos ayunos las primeras reglas del instituto. No obstante de tener el monasterio buenas rentas, la comida ordinaria de los monjes eran raíces, pan y agua; lo demás se repartia entre los pobres. Nunca se evacuaba el coro ni de dia ni de noche, porque á todas horas se cantaban en él las divinas alabanzas, ni los mas penosos trabajos dispensaban jamás en estas santas vigilias.

Habiendo muerto en el año de 659 san Eloy, obispo de Noyon y de Tornay, fué nombrado el abad Momolein por sucesor suyo, y en su lugar entró san Bertin á ser abad del monasterio, sin que le valiesen sus razones ni sus lágrimas. Durante el gobierno de nuestro santo fué en rigor cuando el monasterio de Sithieu se hizo uno de los mas célebres del reino; pues apenas se extendió la fama de que era abad san Bertin, cuando de todas partes concurrieron pretendientes á ponerse bajo su direccion. Creció tanto el número de los monjes, que, siendo ya estrecho el nuevo monasterio, fué preciso fundar otro de mayor capacidad; y habiendo obtenido de san Omer la iglesia

de Nuestra Señora que él mismo habia fundado á alguna distancia del monasterio, hizo construir nuevos cuartos en el mismo territorio de Sithieu, cerca de esta iglesia, y trasladó á ellos los monjes del convento viejo, que todo él se reducia á algunas malas celdillas; y este nuevo monasterio se dedicó con el nombre de la santísima Vírgen y con el de san Pedro.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro santo acudieron al monasterio de Sithieu los señores mas calificados para pasar el resto de la vida en ejercicios de penitencia y de virtud bajo su magisterio y disciplina. Subió tanto su número, que, no siendo tampoco ya bastante el nuevo monasterio, fué preciso pensar en fundar otro tercero mas capaz, como efectivamente le fundó el santo en el castillo de Wormhoult, que liberalmente le ofreció un señor llamado Hermar, y el santo abad le puso bajo la proteccion de san Martin, que fué tambien el titular de la iglesia.

Acompañaba san Bertin sus exhortaciones con sus ejemplos, y tuvo el consuelo de ver copiar á aquel gran número de monjes en el desierto de Sithieu los grandes modelos de penitencia, de observancia y de rigor que se creian encerrados para siempre en los desiertos de la Palestina. Sintiéndose muy decaido de fuerzas corporales, y totalmente oprimido por el peso de sus rigores y de su extrema vejez, quiso absolutamente renunciar la prelacía para tener el consuelo de vivir y morir con dependencia y con subordinacion. Renuncióla con efecto en manos de su querido discípulo Rigoberto, dedicándose á solo Dios en su vida privada, para lo cual se retiró á una ermita consagrada á la santísima Vírgen cerca del cementerio de los monjes, donde pasaba en oracion los dias y las noches.

Habia entregado toda su confianza á nuestro santo

el conde Walbert, y ningun año dejaba de visitar muchas veces la iglesia del monasterio para confesar y comulgar y cumplir con sus devociones. Acabando un dia de comulgar, recibió una carta que le estrechaba para que se volviese luego á su casa, y con la priesa partió sin tomar la bendicion del santo como lo acostumbraba. Admirado un monje llamado Dodo del precipitado viaje del conde, significó su extrañeza á san Bertin, quien le respondió arrancando un profundo suspiro: *¡Ay Dios! ya el Señor le castigó, y harto severamente.* No bien acabó de pronunciar estas palabras el siervo de Dios, cuando llegó un criado del conde, y arrojándose á sus piés, le rogó que se compadeciese de su amo, el cual habia caido del caballo y estaba medio muerto, molido todo el cuerpo, y ya casi espirando. Mandó Bertin que le trajesen un poco de vino, que tambien se halló allí milagrosamente; y echándole la bendicion, le envió al enfermo, el que apenas le probó cuando quedó enteramente sano, y él mismo fué á pedir al santo la bendicion juntamente con el perdon de su falta.

Pasó san Bertin el resto de sus dias en contemplacion, sujetándose por otra parte, como pudiera un novicio, á todos los ejercicios de la observancia regular; y en fin, despues de haber vivido algunos años sin otro pensamiento que el de prepararse para la muerte, la logró feliz el dia 5 de setiembre del año 709 á los 96 de su edad, ó, segun algunos, á los 112. Fué enterrado en la iglesia de san Martin, donde manifestó Dios su santidad con gran número de milagros. El año de 846, temiendo Fulquin, obispo de Teruena, que hurtasen este tesoro, le escondió, y no fué descubierto hasta 204 años despues. Colocáronse sus reliquias en una urna de plata guarnecida de oro y piedras preciosas, en la cual se conservan expuestas á la veneracion de los fieles.

SAN EUGENIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Despues de la muerte de san Deogracias, que sucedió en el año 457, estuvo sin obispo la iglesia católica de Cartagena del Africa 24 años, gimiendo los fieles bajo el insoportable yugo de los Vándalos, implacables perseguidores, que juntaban á la condicion de bárbaros el espíritu de herejes. Sucedió en el año 476 ó 477 á su padre Genserico el rey Hunerico, hombre sumamente cruel, y de tan desenfrenada codicia, que dió muerte á todos sus hermanos, para que en ningun tiempo pudiesen aspirar á aquel imperio. Afectó en los principios alguna moderacion para con los católicos, concediéndoles el libre uso de su religion, y consentió á ruegos del emperador Zenon en que se eligiese un obispo católico en Cartago, aunque con ciertas condiciones violentas, que admitió el pueblo impaciente de verse tantos años sin pastor.

Fué elevado á aquella cátedra por universal consentimiento Eugenio, conocido por su eminente virtud y su gran sabiduría; cuya eleccion colmó tanto de gozo á todos los católicos, que al parecer no sentian ya los males de la dominacion bárbara que sufrieron tanto tiempo. La irreprensible conducta del santo pastor le atrajo bien presto la veneracion aun de aquellos que no eran de la comunion ortodoxa. Proporcionóle Dios medios de hacer tan crecidas limosnas, que no era posible comprender cómo podia sostenerlas en un tiempo tan calamitoso, en que los bárbaros se habian apoderado de todas las rentas de la Iglesia. Añadidas á esta admirable caridad su modestia, su humildad, su dulzura y su afabilidad, estaba edificado todo el pueblo al ver la singular piedad y excelentes virtudes que brillaban en Eugenio.

Como la conducta del santo pastor era en todo conforme con el espíritu del Evangelio, y se extendia su reputacion por todas partes, concibieron los Arrianos tanta envidia, y con especialidad Cirila ó Cirola, á quien miraban como patriarca de su secta, que no hubo calumnia que no inventasen para hacerle odioso al rey Hunerico, á quien persuadieron que era conveniente á la tranquilidad del pueblo y del estado el que Eugenio no predicase la palabra de Dios sentado en la silla episcopal, ni el que permitiese entrasen en la iglesia hombres y mujeres vestidos á la Vándala. Representó el santo, luego que se le intimó la órden del rey conforme á las persuasiones de los herejes, que, estando la casa de Dios abierta, no podia expeler de ella á los que venian á orar y á instruirse en la doctrina cristiana; y mucho menos á los que vestian segun el uso de la nacion, siendo como eran vasallos del rey. Irritó á Hunerico aquella justa representacion de tal manera, que de su órden se pusieron centinelas á la puerta del templo, que prendian por la cabeza con garfios de hierro á los hombres y mujeres, que con ropas vándalas veian acercarse al templo, quitando cruelmente la vida á muchos de ellos.

Estos fueron los principios de la horrible persecucion que aquel bárbaro príncipe suscitó poco despues contra la Iglesia católica, mayor, si cabe, que las mas sangrientas de los paganos; en la que desterró de un golpe cerca de cinco mil personas, sin tener compasion de la edad, del sexo, del estado, ni aun de los enfermos, haciendo sufrir á todas las vírgenes consagradas á Dios los mas crueles tormentos y vergonzosos insultos. No satisfecho su inhumano corazon con tan lastimoso estrago, buscó medio para extinguir de una vez el cuerpo místico de la Iglesia católica. Incitado por los Arrianos en el año séptimo de su reinado, hizo que se leyese en la iglesia de Cartago, donde

celebraba Eugenio los misterios divinos, cierto edicto en que ordenaba se juntasen los obispos católicos con los Arrianos en Cartago, para disputar sobre el punto de la controversia, con obligacion de probar los ortodoxos la expresion *Consubstancial* por las santas Escrituras, bajo el conocimiento de que esta voz ó la de *homousion* no se hallaba literalmente en los libros sagrados, aunque sí muchas sentencias justificativas de su concepto. Resolviéron los prelados que Eugenio, como su cabeza, expusiera al rey lo que estimase conveniente, á fin de eludir el perverso designio que disfrazaba el decreto. Hízolo el santo por medio de un escrito breve, pero portentoso, por el que representaba que los católicos ni temian, ni rehusaban la disputa; pero que era preciso participarla á los obispos ultramarinos, pues la causa era comun á toda la Iglesia, ó á lo menos se le permitiese consultar con la silla apostólica, para que como cabeza y matriz de todo el orbe cristiano, les manifestase sus sentimientos acerca del artículo de la controversia. La razon secreta que tenia nuestro santo para obrar de este modo, no era porque faltasen en el Africa obispos capaces de refutar las objeciones de los Arrianos, sino poner el negocio en términos de hacer acudir á Cartago otros prelados, que, no estando sujetos á la dominacion de los Vándalos, pudiesen hablar con mas libertad, y hacer saber á todo el mundo la opresion, bajo la cual gemian en el Africa los católicos. Pero mal satisfecho Hunerico con la representacion de Eugenio, empleó su indignacion en atormentar sin medida á los obispos mas sabios, desterrando á unos con privacion de todos los auxilios necesarios, y mandando quitar la vida á otros, todo con el fin de facilitar á los de su secta la victoria que se prometia en la disputa pública que tenia indicada.

En este tiempo obró el santo el prodigio de dar

vista á un ciego; y divulgado el milagro por toda la ciudad, mandó Hunerico prender al ciego para saber de él la verdad del suceso. Pero no pudiendo los Arrianos eludir aquella maravilla, que, por ser tan pública, dió nuevo realce à la santidad de Eugenio, persuadieron al bárbaro principe que todo era una ilusion mágica del obispo de Cartago, por lo que, montando en cólera, se inclinó á perderle como á un mago encantador; mientras los sectarios por otra parte buscaron medios de quitar la vida al ciego por un motivo semejante al que tuvieron los Judíos, cuando quisieron matar á Làzaro resucitado por Jesucristo.

Despues de estos sucesos, llegó en fin el dia de la conferencia en el lugar que señalaron los Arrianos. Los católicos por evitar todo tumulto y confusion eligieron diez de ellos, para que hablasen en nombre de todos. Sentóse Cirila, pretendido patriarca de los sectarios, escoltado de una multitud de satélites en un trono eminente á presidir la asamblea, dando lugar con sus tropelías á que los demás se quejasen de que queria tratárseles con espíritu de dominacion, y forzar la libertad que debe intervenir en los juicios. Las resultas de estos justos sentimientos, y de la representacion que Eugenio hizo, sobre que tratase el negocio tranquilamente sin los alborotos que ocasionaban los Arrianos, no fueron otras que las de mandar Hunerico que se diesen cien palos á cada uno de los obispos católicos. Sufrieron aquellos prelados con heroica paciencia el infame castigo; pero ni esta desusada pena, ni otras mayores con que fueron conminados, los intimidó para dejar de querer que se terminase la controversia. Dijeron los Arrianos á su patriarca que propusiese; y se excusó con que no sabia la lengua latina, siendo así que jamás habia sabido otra. Viendo que los católicos estaban preparados

para el combate mas de lo que creia, lo evitó con toda suerte de artificios.

Eugenio, que tenia previsto lo que sucederia, y que no estaba en disposicion el inicuo patriarca de entrar en disputa, por mas que presuntuosamente aparentase quererla, tenia dispuesta una confesion de fe que puso en sus manos. Aturdido este con los de su secta al oir leer un escrito que les imponia perpetuo silencio, á pesar de los gritos que les daba su conciencia, recurrieron al rey, y en tono de queja le dijeron un millon de falsedades de los obispos católicos. No habia esperado este príncipe las nuevas calumnias para determinarse sobre lo que tenia resuelto hacer contra la Iglesia. Tenia ya formado su cruel edicto, el que dirigió secretamente á diversas provincias, mientras los obispos estaban juntos en Cartago, mandando que en un mismo dia se cerrasen todas las iglesias de los católicos, y que se extrajesen todos sus bienes. Y aunque quiso se suspendiese la ejecucion hasta dar tiempo para que deliberasen los prelados sobre los ofrecimientos que les habia hecho de conservarlos en todos sus derechos, si abrazasen su secta; luego que supo lo ocurrido en el congreso, mandó que los obispos católicos que estaban en Cartago, fuesen despojados de todo cuanto tenian, y echados de la ciudad, con prohibicion á toda clase de personas de asistirlos ó alimentarlos, bajo pena, al que tuviera esta compasion, de ser quemado en su propia habitacion con toda su familia.

Como san Eugenio era el principal jefe que sostenia la verdad católica, experimentó con mas rigor los efectos de la inicua providencia. Aunque algunos escritores señalan por causa de su destierro á Tripoli diversos motivos; otros creen que fué efecto de la conferencia particular que tuvo en presencia del rey con los Arrianos, en la que los confundió prodigiosa-

mente, y de un nuevo milagro con que descubrió el artificio de los herejes, que quisieron aparentar igual gracia que la del siervo de Dios. El hecho fué, que Cirila, patriarca de los sectarios, habiendo pagado á un hombre, para que hiciese el ciego, le instruyó en lo que debia hacer y decir, puesto en el sitio que le señaló para hacer público el suceso. Así concertado el fraude, acompañado Cirila de san Eugenio y otros obispos, pasó como por acaso por el lugar donde estaba el fingido ciego, quien clamó al patriarca, ponderando su virtud, para que le restituyese la vista; y fingiendo Cirila compasion le dijo: para prueba de que la fe que profesamos es verdadera, tus ojos sean abiertos. Cuando esperaba el hereje los aplausos de su pretendida maravilla, permitió Dios, para que se descubriese la impostura, que aquel hombre quedase efectivamente ciego, quien, acongojado de que así le castigaba por su engaño el cielo, pidió á Dios perdon, y refirió públicamente toda la ficcion del Arriano. Eugenio, que halló ocasion de desengañar con este motivo á los incrédulos, levantó su corazon á Dios, tocó los ojos de aquel miserable, hizo sobre ellos la señal de la cruz, y recuperó la vista al momento. Supo Hunerico todo el suceso; y en lugar de concebir una justa indignacion contra los impostores, decretó el destierro de san Eugenio á los desiertos de Trípoli en las extremidades de la provincia Vizanzana.

Aunque los obispos Arrianos se ensangrentaban contra los católicos, ninguno de ellos era mas violento que Antonio, obispo de Tamala, ciudad inmediata al desierto donde estaba Eugenio. Era aquel un conocido delincuente, manchado con una multitud de crímenes detestables. Como era público su furor contra los católicos, le cometió Hunerico la guardia del santo obispo, y adelantándose á mas de lo que se le habia ordenado, encerró á Eugenio en una prision

horrenda; pero no osando teñir sus manos en la sangre del inocente, trató de darle una muerte lenta á fuerza de malos tratamientos y toda suerte de penalidades. En medio de tan infeliz suerte, olvidado el santo prelado de sus propios males, lloraba los que padecia su rebaño y demás católicos del Africa. Además de las lágrimas que derramaba, afligia su delicado cuerpo, atenuado con los trabajos y la vejez, con un áspero cilicio de que se hallaba cubierto, durmiendo sobre el desnudo suelo. Este tenor de vida verdaderamente austera y penitente, acompañado de las incomodidades que padecia en el calabozo, le hizo caer en una parálisis, que le puso en los umbrales de la muerte. Oyó Antonio la novedad con mucho gozo, y pasó á visitarle para recrear sus ojos en el espectáculo de dolores á que estaba reducido el venerable prisionero; y para acelerar su muerte hizó traer el vinagre mas fuerte que se pudiera hallar, del que mandó llenarle la boca por fuerza; pero Dios permitió que lo que debia acelerar los dias de su vida, sirviese del mas eficaz remedio para que recuperase la salud.

Hunerico consumido de pena por no haber podido ver la ruina de la Iglesia católica á pesar de los crueles medios, y la diversidad de arbitrios que habia tomado para la consecucion de este perverso intento; consternado de ver al Africa desolada por una horrible hambre que causaba la muerte de millares de Vándalos, murió infelizmente el dia 13 de diciembre de 484, comidas de gusanos todas las partes de su cuerpo, en los trasportes de un frenesi espantoso que le hizo arrojar las entrañas por la boca. Sucedió á este tirano su sobrino Gustabondo ó Gundesbondo, quien, dejando resfriar la persecucion insensiblemente, dió lugar á Eugenio, para que volviese á su iglesia, donde el dignísimo prelado se esmeró con infatigable zelo en reparar las ruinas que los enemigos habian causado

en su rebaño todo el tiempo de su destierro. Tuvo la felicidad de hallar en el papa Félix un excelente cooperador, que le envió diferentes favorables expedientes para recibir á penitencia á los que habian caido durante la persecucion, despues de deliberado el asunto en el Concilio que celebró en Roma en el año 488. Aunque Gustabondo tuvo una grande consideracion á las virtudes de Eugenio, mayor de lo que se podia esperar de un príncipe arriano, manifestando en no pocas ocasiones que por respeto á tan eminente obispo no estaba distante de favorecer á los prelados católicos, á quienes con efecto restituyó á sus iglesias del destierro en que se hallaban; con todo no le dejaban á Eugenio gozar paz en medio de su grey los herejes arrianos, haciendo los mayores esfuerzos para malquistarle con el rey. Esto dió motivo al papa Gelasio de decir á los obispos de Dardania que el santo prelado padecia actualmente una especie de persecucion de los herejes en el reinado de Gustabondo, que era en el tiempo de su pontificado.

Parecia poder prometerse la iglesia del Africa una paz sólida en el reinado de Gustabondo, cuando fué arrebatado del mundo en el año 495, dejando por sucesor de la corona á su hermano Transamundo. Este nuevo rey de espíritu mas lijero, y menos sentado que su antecesor, dominado de los prelados de su secta, volvió á abismar á la Iglesia católica en las mismas aflicciones que le habia causado su tio Hunerico. Por esta causa no pudo permanecer el santo mucho tiempo en la silla de Cartago despues de la elevacion de aquel príncipe, el cual, no pudiendo resistir las sugestiones de los herejes, le hizo salir desterrado de todos sus dominios. Retiróse Eugenio á Albi, ciudad de Aquitania en los confines de la Galia Narbonense, donde encontró bastante quietud para esmerarse su zelo en la ereccion de un monasterio en la ciudad de

Vians, en el que formó discípulos imitadores de sus virtudes Allí vivió algun tiempo, hasta que, consumido de trabajos y del rigor de sus penitencias, murió con la muerte de los santos en el dia 6 de setiembre del año 505. Su venerable cuerpo fué sepultado en el mismo lugar cerca del túmulo de san Amarand mártir, donde permaneció hasta el año 1404, en el que Luis de Amboise, obispo de Albi, le trasladó con las reliquias de otros santos á la catedral de santa Cecilia, donde se le tributa la veneracion correspondiente.

Genario Marsella ha puesto á nuestro santo en el órden de los escritores eclesiásticos, cuyos escritos le han dado á merecer esta graduacion, pues son verdaderamente monumentos inmortales de su gran sabiduría, de su pureza, de su fe y de su zelo apostólico. Son estos una exposicion de la fe católica, que contiene todo el tercer libro de la Historia que san Víctor de Vite compuso de la persecucion de los Vándalos; un Apologético en defensa de la misma fe; una Carta Pastoral que escribió á su pueblo al partir para su primer destierro, que nos ha conservado san Gregorio Turonense en la Historia de Francia; un Tratado Historial y Dogmático, bajo el título de Altercacion con los Arrianos; un discurso al rey Hunerico, de que hace mencion el mismo Víctor de Vite, impreso en París en 1693, á expensas del padre Don Thiers Ruinart, de la Congregacion de San Mauro.

MARTIROLOGIO ROMANO.

San Zacarías, profeta, quien, habiendo vuelto muy avanzado en edad de Caldea á su patria, murió luego y fué enterrado al lado del profeta Egeo.

En el Helesponto, san Onesíforo, discípulo de los apóstoles, de quien habla san Pablo en su epístola á Timoteo, el cual, habiendo sido cruelmente azotado

en tiempo de san Porfirio, de órden del procónsul Adriano, y arrastrado luego por unos caballos briosos, entregó su alma al Criador.

En Alejandría, el suplicio de san Fausto, presbítero, san Macario y diez compañeros de ambos, quienes, bajo el emperador Decio y el presidente Valerio, consumaron su martirio siendo decapitados por el nombre de Jesucristo.

En Capadocia, san Cótida, diácono, san Eugenio y compañeros de los dos, mártires.

En Africa, san Donaciano, san Presidio, san Mansueto, san German y san Fúsculo, obispos, quienes, habiendo sido cruelmente apaleados en la persecucion de los Vándalos por el mantenimiento de la verdad católica, fueron luego desterrados por órden del rey arriano Hunerico. Entre ellos un obispo llamado Leto, hombre denodado y muy instruido, fué quemado vivo, despues de haber sufrido largo tiempo las incomodidades de la cárcel.

En Verona, san Petrono, obispo y confesor.

En Roma, san Eleuterio, abad, santo siervo de Dios, quien, segun testimonio de san Gregorio papa, resucitó un muerto con su oracion y lágrimas.

En el Monferrat de Alba, san Frontiñan, mártir, natural de Carcasona.

Cerca de Sens, san Sanciano, venerado como mártir.

Junto á Dreux, santa Eva, vírgen.

En Metz, san Gondolfo, obispo.

En San Julian de Bourges, san Salfiero, confesor.

En Roma, el natalicio de san Eleuterio, papa, enterrado en el camino de Sel, á cincuenta millas de la ciudad.

En Rege del Modenés, santa Consolata, venerada como vírgen y mártir en una iglesia de su nombre

En Irlanda, san Dácona, confesor.

Dicho dia, san Jassai, rey de Etiopia.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Bertini abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Bertin abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 45 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, *pág.* 11.

NOTA.

« Toda esta epistola, sacada del capítulo 45 del » Eclesiástico, es un epílogo de la historia de Moisés, » cuyo elogio hace en pocas palabras; y al mismo » tiempo es un verdadero retrato de casi todos los » santos abades. Hase de ganar el corazon de los » súbditos con la prudencia, con el ejemplo y con la » dulzura; pero igualmente es menester teson y for- » taleza para gobernar con acierto. »

REFLEXIONES.

Dióle públicamente sus preceptos y su ley para arreglar su vida y sus costumbres. ¿Dirigiránse estas palabras solamente á las personas religiosas, á las almas devotas y á un corto número de fieles? ¿hay por ventura en nuestra religion dos diferentes tablas de la ley, dos distintas reglas de costumbres, ó dos evangelios contrarios uno de otro? Aunque esta pregunta en boca de un cristiano debe sorprender á cualquiera, ni es extraña, ni se hace sin grande fundamento. Porque si no hay una regla de costumbres para los poderosos, para la gente noble, para las damas jóvenes, para todos los que se llaman hombres del

mundo; si no hay, vuelvo á decir, para estos una regla de costumbres en todo diferente de la que el Evangelio prescribe generalmente á todos los fieles, ¿qué se podrá pensar ni esperar de su suerte eterna? Pues qué, aquellas dos hermanas, de las cuales una consagrada á Dios en el claustro religioso casi desde su niñez, sin haber perdido nunca la inocencia, pasa sus dias entregada á los rigores de la penitencia y de una perpetua cruz; mientras la otra, toda poseida del espíritu del mundo, y acaso en desgracia de Dios, pasa los suyos abandonada totalmente á los gustos, á las diversiones, á la profanidad, á los pasatiempos: dos vidas tan opuestas, tan contrarias, ¿reconocerán la misma regla de costumbres, estarán sujetas á unos mismos preceptos, profesarán un mismo evangelio, se confesarán obligadas á seguir una misma ley, un mismo espíritu y unas mismas máximas? Esto no solo trastorna nuestra fe, sino la misma razon natural y todo buen juicio. Pero dirás que el estado religioso es muy diferente de el del mundo; pero ¿qué se infiere de esta grande diferencia? Instituyóse el estado religioso para guardar mas perfectamente la ley de Jesucristo; para ponerse á cubierto contra los huracanes tan frecuentes y tan violentos, que abaten, que dan en tierra no pocas veces con los mas robustos colosos; para poner en práctica las lecciones que el mismo Jesucristo dió sin distincion á todos los fieles cristianos. Pero este cuidado de la salvacion; estas prudentes precauciones para no pecar; esa aplicacion y ese deseo de agradar á Dios, ¿suponen acaso algun nuevo yugo, alguna nueva ley, ó alguna otra religion mas severa? Y por el contrario, la vida licenciosa, desarreglada y disoluta; la vida regalona, deliciosa y delicada, que es comun en los mundanos, ¿dispensa por ventura en la leyes mas esenciales del cristianismo? Si fuera así, no ha-

bria qué hacer en nuestra religion sino sacudir el yugo de su doctrina, violar sus mas sacrosantas reglas, no guardar sus mandamientos, y hacer todo lo contrario de lo que Jesucristo nos enseñó para tenernos por desobligados de arreglar nuestra vida por la pauta del Evangelio. ¿En qué lugar de la sagrada Escritura estará fundado este quimérico privilegio? ¿sobre qué autoridad estribará? ¿hallaráse un solo ejemplar de él en el inmenso catálogo de los santos? Luego en nuestra religion no hay mas que una sola regla de costumbres, una sola ley y un solo evangelio, el cual es el mismo para los seglares y para los religiosos, para los pobres y para los ricos. Hombres y mujeres del mundo, idólatras de las diversiones, de los gustos, de los pasatiempos, aplaudíos ya de vuestra disolucion, haced vanidad de esa licenciosa vida, y autorizadla con el voto y con la visible práctica de los mundanos y de los disolutos: ¡grandes documentos sin duda para justificaros en el tribunal supremo del soberano Juez! Y despues de esto, ¡aun no se querrá creer que es corto el número de los elegidos! Aun en el mismo estado de la religion se dispensa algunas veces en las obligaciones, en las observancias religiosas: se afectan privilegios fundados en la edad, en los méritos y en los empleos. Pero ¿dónde están los títulos de esos privilegios? En los santos religiosos, en aquellos grandes modelos que la Iglesia hace presentes á nuestra veneracion, lejos de encontrarse esas dispensas licenciosas, esos privilegios abusivos, solo hallamos que aumentaron su penitencia, que doblaron su fervor, que nunca fueron mas observantes que cuando mas iban creciendo en méritos, en años y en autoridad. ¡O buen Dios, y cuántos misterios de iniquidad hará patentes la muerte!

El evangelio es del cap. 19 *de san Mateo, y el mismo que el dia* I, *pág.* 14.

MEDITACION.

DE LAS DIVERSIONES DE LAS GENTES DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO

Considera que nada causa mas admiracion que el ansia con que en el mundo se solicitan las diversiones, en medio de profesarse una religion que nada predica tanto como la cruz y la mortificacion. Los pasatiempos son el dia de hoy cosecha de todas las estaciones y de todas las edades. Ya no se pregunta si conviene á un cristiano pasar una vida delicada, ociosa y divertida: ¡cuántos cristianos miran hoy con cierta especie de lástima, y tienen por infelices á los que no se hallan en estado de entregarse á la delicadeza, á la ociosidad y á las delicias! Y en medio de eso, esos mismos cristianos que viven de esta suerte creen en nuestro Evangelio; es decir, que al mismo tiempo que viven totalmente abandonados á los placeres, están prontos á derramar su sangre para defender que no es vida cristiana la delicada, la ociosa y la divertida; y que no puede ser discípulo de Jesucristo el que no carga con la cruz para mortificarse todos los dias. Busca, imagina, si puedes, otra contradiccion mas monstruosa. Con todo, esta es puntualmente la contradiccion que nos presenta la licenciosa conducta de la mayor parte de las gentes del mundo. ¿Y qué se ha de concluir de dos filosofías morales tan opuestas? pero ¿cuál será, Dios mio, el fin de estas espantosas contradicciones? Divertímonos, es verdad; pero ¿qué pecado es el divertirse? ¿qué mal hay en estas diversiones? El retirarse al campo es para respirar, es para desahogarnos un poco de las enfadosas ocupaciones de la ciudad: el otoño es el tiempo mas oportuno para disfrutar las inocentes diversiones

campestres. ¿Qué pecado hay en unas distracciones á lo mas indiferentes, en la concurrencia de cuatro amigos y en las diversiones del campo, en que se emplea con poca interrupcion el tiempo que se vive en la aldea? Respondo con otra pregunta: ¿Y en qué parte del Evangelio se lee que haya algun tiempo en la vida, en el cual sea lícito entregarse totalmente al regalo, á la diversion y á los pasatiempos con un entero olvido de Dios? ¿Qué mal se hace? ¿Y no será bastante malo no hacer cosa buena el que en todos tiempos, y á todas horas está obligado á hacer, el que será irremisiblemente reprobado si no hizo todas las que debió? ¿Qué mal se hace? Pues qué, una vida consumida en mil inutilidades; una vida, por decirlo así, embriagada en la delicadeza y en la ociosidad, ¿será vida cristiana? Y si no lo es, ¿no será este un gran mal? El alma sin la gracia es una tierra seca sin agua, que solo puede producir hojas sin fruto. La gracia, los auxilios sin correspondencia y sin buenas obras son talentos sepultados, de los cuales no obstante es preciso dar estrecha y terrible cuenta. Y de buena fe, una vida que ocupan toda entera, alternando entre sí los negocios y las diversiones, ¿será muy oportuna para negociar con esos talentos de que el mundo hace tan poco caso, sin embargo de ser de tanto valor? Sin embargo, esta es la vida de la mayor parte de las gentes del mundo; pero ¿cuál será su suerte?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las diversiones del mundo son hoy los lazos mas ordinarios y los mas peligrosos que arma el demonio á la inocencia. Bien se puede asegurar que en ellas todo está emponzoñado, no ya con un veneno precipitado y violento, sino lento, disimulado, y casi imperceptible. Conversaciones, juegos, concurrencias, espectáculos, todo se hace mas te-

mible por lo mismo que parece menos sospechoso, menos contagioso y menos maligno. No son á la verdad accesos violentos de una impiedad descarada, ó de una declarada disolucion; porque el espíritu del mundo que reina en ellos no ejerce un imperio tumultuoso y arrogante. Insinúase en el alma y en el corazon con mucha dulzura, disimulado con modales cultos, garbosos y cortesanos. Todo va nivelado por la regla de una urbanidad, de una atencion y de un respeto que encanta. Guárdanse todos bien de preconizar el vicio y la irreligion en semejantes teatros; contentándose con celebrar ciertas personas poco escrupulosas, alabando su genio sociable, su exquisito gusto en divertirse y vestirse. Si sale en la conversacion la virtud, siempre se la pinta con colores tristes y sombríos, sin olvidarse de que salga tambien de cuando en cuando á divertir á los circunstantes una bufonadilla aguda, fina y alegre. De esta manera se va insinuando el veneno que desde luego introduce en el corazon cierto tedio ó cierto desprecio de la virtud, de manera que se tendria vergüenza en aquel concurso de pasar por virtuoso, pues el nombre solo de devoto se reputaria por zumba, y no pocas veces por agravio. Temeria uno desacreditarse, haciéndose ridículo si en tales ocasiones se descuidase en soltar alguna máxima cristiana. ¿Y qué efecto produce este aire pestilente y contagioso? Un disgusto casi necesario de la devocion, y una delicadeza casi incurable. Sálese de estas conversaciones mundanas, de estas profanas ó poco cristianas concurrencias, de estas diversiones, poco menos que gentiles, con cierto gusto á todo lo que es mundo, que puede pasar por una especie de hechizo. Oraciones, devocion, ejercicios piadosos, obligaciones de cristiano, todo se hace impracticable, de todo se huye. Debilítase la fe, y poco á poco se va extinguiendo el espíritu del cristia-

nismo. Justifíquense cuanto se quiera esas habituales y perpetuas diversiones, ellas serán siempre el fatal escollo de la piedad, y no pocas veces de la inocencia: apenas es posible ser largo tiempo indevoto sin pasar á disoluto. Y despues de esto, se preguntará friamente ¿qué mal hay en estas diversiones que se llaman honestas y decentes? pero ¿con qué cara hay valor para asegurar, por poco conocimiento que se tenga del mundo, que esos espectáculos, famosa escuela de todas las pasiones, y si es lícito decirlo así, cuartel general de todos los vicios, son honestos é inocentes, que no hay mal ni inconveniente en esas conversaciones tiernas y amorosas; en esos corrillos en que el menor pecado que se comete suele ser el de una murmuracion sangrienta, satírica y mordaz; en esos juegos en que la menor pérdida es la del dinero; en esos pasatiempos en que la mas desenfrenada licencia parece haber adquirido derecho para no avergonzarse de nada; en esos banquetes en que por lo comun reina la intemperancia? ¿habrá valor para decir que no hay mal donde todo es tentacion, todo contagio, ó cuando menos todo es lazos y peligros?

¡Ah Señor! dignaos por vuestra infinita misericordia abrirme los ojos del alma para que conozca todos estos riesgos. Dignaos mover mi corazon para que haga eficaces estas reflexiones, poniéndolas en práctica. Esto se acabó, mi Dios, jamás asistiré á diversiones que no sean muy cristianas.

JACULATORIAS.

Gaudio dixi: quid frustrà deciperis? Eccl. 2.

Diversiones engañosas, ¿para qué intentaréis hacerme caer en vuestros lazos?

Quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo? Tob. 5.

¡Qué alegría, qué diversion puedo tener yo, viviendo rodeado de tinieblas?

PROPOSITOS.

1. Ya se ha dicho en otra parte, pero nunca estará de sobra el repetirlo, para destruir la falsa idea que se tiene en el mundo de que la virtud excluye toda diversion, y que para salvarse es menester hacerse uno anacoreta; ya se ha dicho, vuelvo á decir, que no se pretende prohibir á todo género de personas toda suerte de diversiones : las puede haber muy inocentes, y con efecto las hay muy lícitas. El fin es el que las debe arreglar. El ánimo aplicado largo tiempo á cosas serias pide algun desahogo, y el cuerpo fatigado con el continuo trabajo necesita de descanso. Las diversiones pueden distraer, pero no deben ocupar : en usándose con exceso, siempre son perniciosas. Nunca ha de ser la pasion su alma ni su regla : para ser lícitas, siempre han de ser cristianas. Seas de la condicion que fueres, nunca emplees ni toda ni la mayor parte de los dias festivos en jugar y en divertirte. No se pretende prohibir á los oficiales ni á las demás personas ocupadas en los dias de trabajo, que en los dias de fiesta pasen algunas horas en una honesta diversion, pero en todo caso vayan delante las obligaciones de cristiano, y sea respetada la santidad de tales dias.

2. Por lo que toca á la gente de conveniencias, para la cual todos los dias de la semana son tan desocupados como los de las fiestas, es cosa indigna que, si piensan en algun dia de diversion, la reserven para estos ó para algun domingo. Procura evitar este abuso.

DIA SÉPTIMO.

SANTA REGINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Tiénese por cierto que la ciudad de Alisa, en el obispado de Autun, condado de Borgoña, ó de Alexia en el país de Duesnois, parte de la provincia de Auxois, cerca de la ciudad de Flaviñy, tan famosa en la historia por el sitio que le puso Julio César casi cincuenta y dos años antes del nacimiento de Cristo; tiénese por cierto, vuelvo á decir, que la ciudad de Alisa, hoy Alexia, fué patria de santa Regina, una de las mas ilustres mártires del tercer siglo. Nació por los años de 238, de padres tan distinguidos en el país por su nobleza, como por su ciega adhesion á las supersticiones de los gentiles. Pocos dias despues que nació, perdió á su madre; y su padre Clemente se vió precisado á darla á criar á una ama que por dicha era cristiana, sin que el padre, idólatra furioso y encarnizado supiese palabra de esto. No hubo niña mas amable desde la misma cuna, por lo que el ama le cobró tanto amor como si fuera su hija; y la divina Providencia, que la habia escogido en medio del paganismo para confundir la idolatría, y para que triunfase la religion en una niña de diez y seis á diez y ocho años, dispuso encontrase en su virtuosa ama todo cuanto habia menester para ser una cristiana fervorosa.

Las primeras lecciones que le dió fueron sobre la religion; y apenas sabia Regina explicar su pensamiento con la lengua balbuciente, cuando decia que queria ser cristiana. Fuélo con efecto, porque el ama, despues de haberla instruido en los primeros principios

de la religion, la hizo bautizar secretamente; y habiendo mamado con la leche las verdades del cristianismo, crecia en sabiduría y en virtud, al paso que iba creciendo en edad, siendo todo su gusto oir hablar del valor de la virginidad y de la gloria del martirio.

Habiéndola dotado el Señor de una rara hermosura y de un excelente entendimiento, desde luego comprendió que la virtud de la pureza, á que tenia tanto amor, era una flor que se marchitaba estando expuesta al grande aire del mundo, y que solo se conservaba á favor de la sombra y del retiro. Casi nunca se dejaba ver en público, pasando la mayor parte del dia en los oratorios secretos de los cristianos, y lo restante del tiempo recogida siempre en su cuarto. El tiempo que no empleaba en la oracion, lo empleaba leyendo las vidas de los mártires, sintiendo mas particular deleite en leer las victorias de las santas vírgenes que habian conseguido la palma del martirio; y abrasada toda en amor de Jesucristo, resolvió no admitir nunca á otro esposo, escogiendo por su madre á la Reina de las vírgenes. Dedicó, pues, á Dios con voto su virginidad desde sus mas tiernos años, y en medio de ser tan niña, tan tierna y de una salud muy delicada, solo suspiraba ansiosamente por el martirio. Tenia gran cuidado de confirmarla en estos piadosos afectos su querida ama, instruyéndola en lo mas santo y en lo mas perfecto de la religion; y previendo que por su extremada hermosura estaba expuesta á sufrir grandes combates, la prevenia contra todos los lances que le podian suceder. Nunca mostraba Regina mayor resolucion que cuando le pintaban con viveza los mas espantosos suplicios y los mas crueles tormentos. *Ten por cierto, ama mia,* decia con tono firme y determinado, *ten por cierto, que con la gracia de mi divino Esposo ninguna cosa será capaz de espantarme; y que*

antes se cansarán los verdugos de atormentarme, que yo de padecer. No me abandonará, no, mi Señor Jesucristo, en quien tengo puesta toda mi confianza. Derramaba la piadosa ama dulces lágrimas de gozo, de ternura y de consuelo al oir esta palabras; y abrazándola tiernamente, le decia: *Espero, hija mia, que no he de tardar mucho en verte hecha una ilustre virgen y mártir.* Verificóse muy presto este presentimiento ó vaticinio. Estaba su padre tan satisfecho de la señora en cuya casa se habia criado y educado su hija, que no quiso sacarla de ella hasta que llegase el caso de darle estado; y aunque corria algun rumor de que su hija era cristiana, no le pareció conveniente examinar á fondo la verdad, ó porque no lo creia, ó por no verse precisado, si pasaban á realidades las sospechas, á sacar á Regina de la casa donde estaba á pupilo, y acaso tambien á castigarla. Pero al fin, las ventajosas conveniencias que se le ofrecieron, pretendiéndola para esposa los primeros señores del país, obligaron á Clemente á proponerle aquel que le pareció mas rico, mas ilustre y de mayor esplendor, y que pudiese hacerla la primera señora de Borgoña.

Oyó Regina con modestia la proposicion que le hizo su padre, y cuando llegó el caso de hablar, le respondió en tono firme, pero respetuoso: « Sé muy bien, padre y señor, el tierno amor que me profesais, y que en virtud de él, todo vuestro anhelo es hacerme dichosa, y con este mismo fin me proponeis esa rica conveniencia. Pero, Señor, si se hallase otra que fuese mas ventajosa para mí, ¿no la abrazaríais con gusto? Sin duda, *respondió el padre*; pero hija, ¿qué otro partido hay en toda la provincia que pueda hacer ventajas al que te acabo de proponer? El de ser cristiana, *repuso la santa*, y tener eternamente por esposo al que es verdaderamente nuestro único Dios, nuestro

Criador, nuestro Salvador y nuestro soberano Juez. Pues qué, hija mia, *exclamó el padre,* ¿será posible que te hayan fascinado tanto, turbándote la razon de manera que te hayas resuelto á abrazar la extravagante secta de los cristianos? Ya me han querido persuadir que habias dado en esas ridículas supersticiones; pero yo nunca pude creer de tu buen juicio semejante locura. No teneis razon, *replicó la hija,* padre y señor, para darle ese nombre. Nunca tuve mas juicio, nunca fui mas prudente ni mas discreta que cuando logré la dicha de ser cristiana; y espero que vos mismo dejaréis de ser pagano inmediatamente que os digneis prestar dóciles oidos á las verdades de nuestra religion.» El padre, ó fuese movido de indignacion, ó fuese de ternura, le volvió las espaldas; y al tiempo de irse le dijo en tono colérico: *Tú lo pensarás bien, y verás si quieres tenerme mas por tirano que por padre.* Luego que Regina se vió libre, voló á contar á su ama la conversacion que habia tenido con su padre; y abrazándola el ama estrechamente, le dio la enhorabuena de tan dichoso principio, y la exhortó á que se dispusiese con la oracion para el combate. Con efecto, irritado furiosamente el padre con la resolucion de la hija, la llamó, y comenzó á maltratarla despues de haber experimentado inútiles los halagos y las amenazas.

Por este tiempo llegó á Marsella Olibrio, gobernador de las Galias en el imperio de Decio, hácia el año 253; y pasando á Alexia, le informaron luego del lance que sucedia entre Regina y su padre. Quiso verla el gobernador por la relacion que le hicieron de su extremada hermosura y de las demás bellas prendas que la acompañaban. Presentóse Regina, y apenas la vió Olibrio cuando quedó enamorado de ella. Recibióla con respeto, y elogiando mucho su belleza, le declaró su pasion en términos que á cualquiera otra

doncella la hubiera hecho titubear; pero Regina, fijos siempre los ojos en el suelo, con vergonzosa modestia le respondió, que, teniendo la dicha de ser cristiana, habia resuelto conservarse virgen hasta la muerte, prefiriendo la virginidad á todas las coronas de la tierra. No por eso desistió el gobernador; y continuando en sus tiernas y halagüeñas expresiones, la despidió diciéndole que esperaba hallarla mas tratable el dia siguiente. *Mucho os engaña, Señor, vuestro corazon*, respondió ella, *si os persuadis que pueda yo mudar nunca de resolucion: ni temo los tormentos, ni me hacen fuerza las promesas: mi partido está ya tomado; y así, tomad vos el vuestro.*

Habíala ya retirado á su casa el padre de la santa; y habiéndose valido sin fruto de todos los artificios imaginables para pervertirla, echó mano de los mas duros tratamientos; pero como vió que nada adelantaba, él mismo, por una especie de desesperacion, la fué á delatar al gobernador de las Galias. Mandóla este comparecer otra vez en su presencia, con resolucion de intimidarla, y aun de valerse de los tormentos para vencerla; pero sola su vista le desarmó, y le ablandó el corazon. Hablóle en términos igualmente atentos, tiernos y respetuosos que la primera vez, aunque tomando despues un tono algo mas serio, le dijo: « ¿Es posible, señora, que una doncella de vuestro espíritu, de vuestro mérito y de vuestra calidad, se abata, se envilezca tanto, que quiera ser sierva de un miserable galileo, muerto por sus delitos en un afrentoso madero, y fundador de una extravagante secta, que solo tiene por secuaces esclavos viles y miserables? Ten, hija mia, mas nobles pensamientos: yo estoy prendado de tí, y no quiero reconocer otra esposa; dándome la mano, serás una de las primeras señoras del imperio. » Oia todas estas lisonjas nuestra santa con la mayor indiferencia y

frialdad; pero luego que acabó de hablar el gobernador, le respondió : « Señor, ese que llamais galileo es el verdadero Dios: él mismo escogió voluntariamente el género de muerte que padeció por nuestra salvacion : él mismo se resucitó por su propia virtud : los milagros que obró, y en los cuales convienen hasta los mismos gentiles, prueban su omnipotencia y su divinidad. Estos mismos pensamientos que ahora mismo está inspirando á una tierna doncella, y el valor que me comunica para despreciar igualmente las mas lisonjeras esperanzas y los mas terribles tormentos, no son tampoco el menor de sus milagros. » Picóse el gobernador de esta respuesta, y le dijo : *Ya que mi bondad no te ha hecho fuerza, veremos si te hacen mas cuerda los suplicios*; y mandó al punto que la llevasen á la cárcel. No pudo Regina disimular su alegría, mostrándola en el semblante y en las palabras. Encerrada en el calabozo, pasó toda la noche en oracion, colmándola el Señor de consuelos celestiales, que le encendieron el fervor, y le inspiraron nuevo aliento, comenzando desde entonces á esperar que lograria la dicha de morir vírgen y mártir.

No le sufrió el corazon á Olibrio el tenerla en la cárcel por mas tiempo. Su pasion condenaba su dureza, dándole esperanzas de que al cabo la venceria su ternura y su constancia. Mandóla, pues, traer á su presencia, y le habló con mas cariño, con mayor eficacia que nunca, suplicándola que no quisiese oponerse con obstinacion ni á su propia fortuna, ni á la mayor dicha del mismo Olibrio, y no omitió medio alguno de los que podian contrastar su firmeza. Agradecióle la santa cortesanamente todas sus atentas y cariñosas expresiones; pero en punto de religion y sobre la resolucion en que estaba de no admitir jamás otro esposo que á su Dios, le habló en términos tan precisos, tan determinados y tan generosos, que

salió fuera de sí el gobernador; y convirtiendose en furor toda su amorosa pasion, mandó que le metiesen el cuerpo dentro de un arco de hierro, que se conserva el dia de hoy en el monasterio de Flaviñy, el que estaba cerrado con un candado pendiente de una cadena del mismo metal, y la cadena prendida á la pared por uno y otro extremo. Tenia Olibrio que hacer un viaje á Alemania, y dejó órden para que en aquel mismo estado la mantuviesen en la cárcel hasta su vuelta, á no ser que renunciase la fe y abrazase la idolatría. Era verdaderamente cruel este nuevo suplicio, en el que estuvo la santa cerca de un mes sin poder sentarse ni echarse, continuamente dia y noche en una postura tan incómoda, y padeciendo grandes combates por todo este largo tiempo. Su padre, sus parientes y todas las personas de distincion que habia en Alisa acudian sin cesar á la cárcel, dando fuertes asaltos á su fe y á su heróica constancia; pero aquella tierna doncellita de quince años se mantuvo inmoble; y tanto, que, cuando Olibrio volvió de su viaje, no queria creer que perseverase en sus primeros propósitos, y la mandó comparecer delante de sí. Luego que la vió, revivieron en su corazon el amor y la ternura, y la rogó, la solicitó y la conjuró por los mas fuertes motivos y respetos que renunciase la religion cristiana; pero experimentando inútiles todas sus tentativas, mandó que la tendiesen en el potro, que despedazasen á azotes su delicado cuerpo con ramales armados de puntas aceradas, y que la atormentasen con la mayor crueldad que fuese posible. Habia concurrido toda la ciudad á un espectáculo tan horroroso; y apenas vió la gente correr la sangre de aquel tierno y delicado cuerpo, cuando se levantaron de todas partes tales gritos y alaridos, que atemorizaron y aun enternecieron al tirano. Mandó cesar aquel granizo de azotes, y que volviesen á la cárcel á la santa.

Pasó en oracion toda la noche, y la consoló el Señor con una vision. Vió una cruz de prodigioso tamaño que llegaba de la tierra al cielo, y en lo mas elevado de ella una hermosísima paloma, cuyo resplandor y hermosura disipó luego toda la lobreguez del calabozo. Al mismo tiempo oyó una celestial voz que le decia : *Buen ánimo, digna esposa de Jesucristo; tu virginidad y tu paciencia te han merecido ya una corona que presto recibirás. La cruz te servirá de escala para subir á la gloria que ya tienes preparada.*

Luego que oyó santa Regina esta voz, se le desvanecieron todos los dolores, y se sintió animada de cierto nuevo y mas vigoroso aliento. El dia siguiente, pareciéndole á Olibrio que era desaire y sonrojo suyo mostrarse vencido por una niña de quince años, mandó que aplicasen fuego á todas sus llagas, abrasándola con hachas encendidas, y para que le fuese mas sensible este tormento, ordenó que la metiesen despues en una tinaja de agua fria. En ninguno de los tormentos sintió la santa el mas leve dolor; y como el pueblo estuviese asombrado de su alegría y de su tranquilidad, no cesaba Regina de persuadirle que todo era efecto del poder del Dios de los cristianos, el cual convertia en delicias los mas espantosos y los mas horribles suplicios. Cuando estaba exhortando al pueblo á que se convirtiese, vió la misma paloma que habia visto en la cárcel, la cual traia en el pico una preciosa corona que le puso blandamente sobre la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una milagrosa voz que decia : *Ven, Regina, ven á reinar eternamente en el cielo con tu divino Esposo : ven á recibir el inestimable premio debido á tu perseverancia.* Fué oida esta maravilla de todos los circunstantes, y se convirtieron ochocientas y cincuenta personas, cuyo suceso hizo temer al gobernador alguna sublevacion, y mandó que al punto le cortasen la cabeza. Así con-

sumó su glorioso martirio esta jóven heroína cristiana, el dia 7 de setiembre hácia el año de 253, en el imperio de Decio.

Enterraron los cristianos su santo cuerpo en Alexia, donde estuvo oculto todo el tiempo que duró la persecucion; pero luego que gozó de paz la Iglesia, fué elevado de la tierra y colocado en una rica caja. Edificóse al principio una capilla en su honor, y poco despues un monasterio, que poco á poco pasó á ser una pequeña villa con el nombre de Santa Regina, por haberse multiplicado los edificios para recoger á los muchos que concurrian, atraidos de su devocion, para implorar la poderosa intercesion de la santa en todo género de enfermedades. El abad Widrad, fundador del célebre monasterio de Flavigny, adornó y enriqueció mucho el sepulcro de santa Regina. El año de 864 Egil, abad de Flavigny, con permiso del rey Carlos el Calvo, y con licencia de Jonás, obispo de Autun, trasladó el santo cuerpo á la iglesia de su monasterio con grande pompa y solemnidad : en ella es reverenciado hasta el dia de hoy por un prodigioso concurso de gentes, que acuden á implorar su intercesion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, la fiesta de san Juan, mártir, quien, viendo fijados en las esquinas de la plaza pública los crueles edictos contra los cristianos, inflamado por una fe ardiente, los arrancó é hizo pedazos. Referido el caso á los emperadores Diocleciano y Maximiano, que se hallaban entonces en la ciudad, le hicieron sufrir todo género de suplicios; y sin embargo el santo varon los sufrió con nobleza y con tanta serenidad, que ni la menor muestra de tristeza se notó en su semblante.

En Cesarea de Capadocia, san Eupsico, mártir, que fué acusado bajo el emperador Adriano de ser cris-

tiano, por lo que le pusieron en la cárcel. Luego que fué puesto en libertad, vendió su patrimonio, de cuyo precio dió la mitad á los pobres, y la otra mitad á sus delatores como á bienhechores. Mas preso de nuevo, le desgarraron el cuerpo bajo el juez Sapricio, y le hicieron mártir de una estocada.

En Pompeyópolis de Cilicia, san Zozonte, mártir, quien, habiendo sido arrojado al fuego bajo el emperador Maximiano, entregó su alma á Dios.

En Aquileya, san Anastasio, mártir.

En tierra de Autun, santa Regina, vírgen y mártir, la cual, habiendo sufrido bajo el procónsul Olibrio, los suplicios de la prision, del potro y de hachas encendidas, fué condenada á la pena capital, puerta por donde entró á abrazar á su celestial Esposo.

En Troyes, san Mesniero, diácono, y sus compañeros, mártires, entregados á la muerte por Atila rey de los Hunos.

En Orleans de Francia, la muerte de san Euverto, obispo, que fué primero subdiácono de la iglesia romana, y luego fué milagrosamente designado por una paloma para que fuese pontífice de la iglesia arriba citada.

En las Galias, san Autal, obispo y confesor.

En Chalons del Marne, san Alpino, obispo.

En la diócesis de Albi, santa Carema, vírgen.

En Toul, san Gozlino, obispo,

En Metz, el venerable Dierry, obispo, fundador de San Vicente.

En Amisa de Paflagonia, los santos mártires Fengonte y Eucarpo.

En Hagulstad en Inglaterra, san Alcmondo, obispo de dicho lugar.

En el marquesado de Saluces, san Jafroy, venerado como mártir en dicho país.

En Portugal, san Goldrofo, canónigo reglar.

La misa es en honra de la santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui inter cætera potentiæ tuæ miracula, etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti: concede propitius, ut qui beatæ Reginæ, virginis et martyris tuæ, natalitia colimus, per ejus ad te exempla gradiamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que entre las otras maravillas de tu poder, hiciste llevar la corona del martirio aun en el sexo mas frágil; concédenos la gracia de que, siguiendo el ejemplo de tu vírgen y mártir santa Regina, cuya fiesta celebramos, podamos caminar á tí por medio de su imitacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 de la primera que escribió san Pablo á los Corintios.

Fratres: Videte vocationem vestram, quia non multi sapientes secundùm carnem, non multi potentes, non multi nobiles; sed quæ stulta sunt mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia: et ignobilia mundi, et contemptibilia elegit Deus, et ea quæ non sunt, ut ea quæ sunt, destrueret; ut non glorietur omnis caro in conspectu ejus. Ex ipso autem vos estis in Christo Jesu, qui factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio, et redemptio: ut quemadmodum scriptum est: Qui gloriatur, in Domino glorietur.

Hermanos: Considerad vuestra vocacion, porque no la hicieron muchos sabios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; antes bien Dios eligió las cosas estultas del mundo para confundir á los sabios: y las cosas débiles del mundo eligió Dios para confundir las fuertes: y las cosas bastas del mundo y despreciables eligió Dios, y aquellas que no son, para destruir las que son; á fin de que ningun viviente se gloríe en presencia suya. Vosotros empero sois de él en Cristo Jesus, el cual ha sido hecho por Dios sabiduría para nosotros, y justicia, y santificacion y redencion: por lo cual, segun lo que está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor.

NOTA.

« Muestra san Pablo en este capítulo que la sabi-
» duría ó la prudencia del mundo es reprobada, y
» que los sencillos son los escogidos, porque, consis-
» tiendo la salvacion en la muerte de Jesucristo, que
» reputó el mundo por locura, y reservándose la virtud
» y la sabiduría de Dios para los que creen en él, era
» consiguiente que escogiese á lo mas flaco, á lo mas
» vil y á lo mas contentible. »

REFLEXIONES.

Escogió Dios lo mas flaco del mundo para confundir á lo mas fuerte. Los caminos de Dios son esencialmente distintos de los nuestros. Nosotros pensamos, discurrimos y obramos como hombres; Dios piensa y obra como Dios. El hombre nunca obra con mayor prudencia en lo que emprende, que cuando halla conexion entre el fin que solicita, y los medios de que se vale. Dios nunca muestra mas lo que es, que cuando se sirve de unos medios totalmente contrarios al parecer para sus fines. Previniendo el Señor, dice san Agustin, que si convidara con su religion en primer lugar al senador, al poderoso, al orador, pudiera acaso decir: no me convida á mí, convida á mi dignidad, á mis riquezas, á mi elocuencia, dijo: Venid vosotros, pobres, porque vosotros nada sabeis, nada teneis, sois reputados en nada, y por lo mismo sois mas á propósito para que resplandezca mas en vosotros mi misericordia y mi poder, echando mano de vosotros para ganar á los grandes, para confundir á los sabios, y para convertir al mundo; ninguno me disputará la gloria de esta grande obra, ni se querrá levantar con ella. Parece que debia Dios hacer este milagro, ni tampoco podia hacer otro mayor ni mas visible. Doce pobres pescadores, y aun mas groseros

y mas idiotas que pobres, fueron enviados á Roma, á Jerusalen y á Atenas para convertir á los judíos, á los griegos, á los romanos, y con ellos á todos los pueblos, á todas las mas bárbaras naciones. ¿Pudiera haber empresa, pudiera haber proyecto mas extravagante, mas insensato, mas quimérico, segun aquello que se llama buen juicio, razon natural, sindéresis y alcances de la prudencia humana? Si esos pobres hombres, aunque tan despreciables por su nacimiento, por su figura y por su grosería, hubieran siquiera ido á predicar una nueva religion que en nada fuese superior á las luces de la razon natural, una doctrina acomodada al gusto de los sentidos, que lisonjease á la carne, y se aviniese bien con las pasiones y con el amor propio, adelante; aunque todavía no dejaria de parecer risible, y de tenerse por extravagante el intento de los doce infelices pescadores. ¿Quién no se reiria de que unos hombres de este carácter emprendiesen reformar al mundo, hacerle mudar de semblante, é introducir en él una nueva religion, fuese la que fuese? Así discurria la prudencia humana; pero son tan escasas sus luces como limitado su poder. Pues reconozcamos ya visiblemente el dedo de Dios en esta maravilla. Esos doce idiotas emprenden hacer adorar como único verdadero Dios á Jesucristo, que espiró en un afrentoso madero; emprenden hacer creer los incomprensibles misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Resurreccion, de la Eucaristía; y todo esto lo emprenden sin armas, sin riquezas, sin artificios, sin elocuencia y sin proteccion alguna, ni auxilio humano; antes bien, cuando todo el mundo se les opone, todos les contradicen, todos levantan el grito contra ellos, tratándolos de impostores, de locos y de hechiceros. Pero lo mejor es que lo emprenden y lo consiguen. El griego sujeta todo su ingenio y toda su sabiduría; el romano rinde su orgullo con toda s

supersticion; el judío depone sus preocupaciones; abátense á tierra los ídolos, trastórnanse los altares de los mentidos dioses, y comienza el madero de la cruz á ser el objeto de su culto. Conspiran en vano todas las potestades del infierno con todas las potencias de la tierra para ahogar el cristianismo en la sangre de los cristianos: ¡inútiles esfuerzos! nunca hizo la religion mayores progresos. Búrlanse unas doncellitas de quince años de los tormentos mas crueles, desafían á la barbaridad de los tiranos, y hacen triunfar la fe hasta en los últimos atrincheramientos de la idolatría. Licenciosos, que tanto haceis para sofocar esta misma fe dentro de vuestro corazon, atribuid, atribuid ahora estas maravillas á los caprichos del acaso; impíos, que ya desterrásteis del vuestro enteramente á la fe, burlaos ahora de estas maravillas, y gloriaos de vuestra impía incredulidad, haciendo vanidad de ella. Negadlo todo, no creais nada, ó por lo menos ponedlo todo en duda, como lo haceis. Andad, andad que, por decirlo asi, vosotros seréis cristianos y católicos en el infierno por toda la eternidad. Poderosos de la tierra y ricos del mundo, no, no fuísteis vosotros los instrumentos de que se valió Dios para fundar su religion, fuísteis sí los estorbos, los impedimentos de que el mismo Señor hizo triunfar gloriosamente á unos pobres hombres sin letras y sin autoridad. ¡O buen Dios, y qué carácter de verdad tan notorio, tan impreso y tan señalado lleva consigo nuestra santa religion! En ningun otro milagro se hace tan visible, tan palpable la divinidad.

El evangelio es del capítulo 19 de san Mateo.

In illo tempore, accesserunt ad Jesum pharisæi tentantes eum, et dicentes: Si licet homini dimittere uxorem suam

En aquel tiempo, buscaron los fariseos á Jesus para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito al hombre repudiar por cualquier

quacumque ex causa? Qui respondens, ait eis: Non legistis quia qui fecit hominem ab initio, masculum et fœminam fecit eos? et dixit: Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una. Itaque jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet. Dicunt illi: Quid ergo Moises mandavit dare libellum repudii, et dimittere? Ait illis: Quoniam Moises ad duritiam cordis vestri permisit vobis dimittere uxores vestras: ab initio autem non fuit sic. Dico autem vobis, quia quicumque dimiserit uxorem suam, nisi ob fornicationem, et aliam duxerit, mœchatur; et qui dimissam duxerit, mœchatur. Dicunt ei discipuli ejus: Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere. Qui dixit illis: Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est. Sunt enim eunuchi qui de matris utero sic nati sunt; et sunt eunuchi, qui facti sunt ab hominibus; et sunt eunuchi, qui seipsos castraverunt propter regnum cœlorum. Qui potest capere, capiat.

motivo á su mujer? El cua respondiendo, les dijo: ¿No habeis leido vosotros como aquel que crió al hombre desde el principio, los hizo macho y hembra? y dijo: Por esto dejará el hombre al padre y á la madre, y se unirá con su mujer, y los dos serán una sola carne. Y así, ya no son dos carnes, sino una. Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. ¿Pues porqué, dijeron ellos, ordenó Moisés el dar libelo de repudio, y separarse? Respondióles: Por la dureza de vuestro corazon os permitió Moisés repudiar vuestras mujeres; pero no fué así al principio. Sin embargo, yo os digo: que cualquiera que repudie su mujer, sino por causa de adulterio, y tome otra, adultera; y cualquiera que tome á la repudiada, comete adulterio. Dijéronle sus discípulos: Si es tal la condicion del hombre en órden á la mujer, no tiene cuenta casarse. Y él les dijo: No todos entienden esta doctrina, sino aquellos á quienes es concedido. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de su madre; y hay eunucos que han sido hechos tales por los hombres; y los hay que se hicieron eunucos á sí mismos por amor del reino de los cielos. El que puede entender, entienda.

MEDITACION.

DE LA TENTACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la tentacion es prueba, y es peligro, por cuanto es un lazo que nos arma el enemigo de la salvacion. Siendo tan ingenioso como maligno, estudia nuestro humor, nuestro natural, y singularmente aquella particular propension que se tiene á lo malo, y á tal determinada especie de mal, es decir, nuestra pasion dominante. Luego que se descubre lo flaco de la plaza, comienza á embestirla atacando y destruyendo las obras exteriores; ejercicios espirituales, delicadeza de conciencia, exactitud en la observancia, fuga de ciertos objetos, devociones tiernas, modestia escrupulosa, fidelidad en las cosas pequeñas, temor de las mas lijeras faltas, penitencias y mortificaciones. Estas son las que se llaman obras exteriores, ó avanzadas y fortificaciones que cubren el cuerpo de la plaza. Una vez destruidas aquellas, no es posible que esta haga larga resistencia. El demonio, como enemigo fino, sagaz y vigilante, sabe tomar bien sus medidas, lograr el tiempo, y aprovechar las ocasiones de sorprenderla. Confiase siempre en cierta buena voluntad, en aquel antiguo horror á todo pecado grave, y se promete uno á sí mismo con seguridad una vigorosa resistencia. Pero ¿dejóse arruinar ó desmoronar lo que servia de dique contra la corriente? ¿familiarizóse uno con las faltas pequeñas? pues llegan de repente con ímpetu y de tumulto los pecados graves cuando menos se piensa. El demonio está perpetuamente en acecho, y en viendo al alma, por decirlo así, á descubierto, espera la presencia de cierto objeto, la vivacidad ó el crecimiento de la pasion, la favorable

disposicion del ánimo y de los humores. Entonces se presenta el enemigo, juega todas sus máquinas, pone en movimiento todos sus artificios, y descarga el golpe mortal antes que se piense en él. Mi Dios, ¡cuántas víctimas se degüellan, cuántos esclavos se hacen en un solo dia! Hay tentaciones que vienen con mucha bulla; son perniciosas á la verdad, pero sorprenden poco: haylas mudas, y no son estas las que menos se deben temer: haylas lisonjeras, cortesanas y cariñosas, estas son las que jamás yerran el golpe. Es la vida del hombre una perpetua guerra; en ella todo es emboscadas, todo peligros. Desdichado de aquel que no está continuamente con las armas en la mano: desdichado del que no está siempre alerta. ¿Cómo nos portamos en este punto? ¿cuál es nuestra vigilancia, nuestra atencion y nuestro trabajo? Velad y orad sin cesar, dice el Salvador, para que no os sorprenda el enemigo, que nunca se duerme. ¿No nos remorderá nada nuestra conciencia en este particular?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no siempre es el demonio autor de la tentacion: nosotros mismos somos muchas veces nuestros propios tentadores; nosotros nos armamos los lazos, y nos fabricamos los precipicios en que nos precipitamos miserablemente. Nuestros mayores y mas poderosos tentadores son nuestras mismas pasiones. Nosotros mismos nos divertimos y gustamos mucho de sustentar estas fieras, que nos despedazan y nos devoran. ¡Cuántas veces, cansados de nuestra tranquilidad, vamos á buscar el funesto orígen de nuestras mas peligrosas inquietudes! Y despues atribuimos al demonio las desgraciadas caidas de que fuimos nosotros los únicos autores. Vase á buscar la tentacion hasta en su mismo orígen; vanse á provocar imprudentemente aun aquellas ocasiones que, por

decirlo así, no se habian hecho para nosotros. Se gasta dinero para comprar los peligros de que por nuestro estado y por nuestra edad estábamos exentos. Por puro gusto se asiste á aquellas concurrencias donde están unidas todas las tentaciones; sin mas precision que la del antojo se concurre á aquellos espectáculos donde ya se sabe que están como convocados todos los artificios del enemigo. Estréchanse amistades y conversaciones en que no se ignora que se brinda el veneno sin disimulo y descubiertamente. Excítase muy de intento el fuego que ya estaba apagado, y despues que el alma se abrasó, se dice que el diablo causó el incendio. Díme, ¿qué fatal necesidad tenias de asistir á esos espectáculos, ni de beber, digámoslo así, por los ojos y por los oidos aquel mortal veneno? ¿no será cosa graciosa que atribuyas al demonio aquellas conversaciones tiernas, halagüeñas y peligrosas? Te expusiste por tu regalado gusto á un aire inficionado; y despues te quejas del estrago que hizo la peste en tu alma. Un anacoreta de profesion sale sin necesidad del desierto donde estaba bien defendida su inocencia; una persona religiosa quiere ver el mundo mas de cerca, y se derrama en conversaciones enteramente aseglaradas, en esparcimientos totalmente profanos, en discursos vanos y perniciosos; ¡y despues se queja de que siente poca devocion, de que padece distracciones de espíritu, y en fin, de sus descaminos y de sus funestas caidas! Confesemos, pues, que por lo comun nosotros mismos somos los artífices de nuestras mas lastimosas desgracias. No siempre es el tentador nuestro mayor enemigo; y así atribuyámonos á nosotros mismos nuestras propias desdichas.

¡Mi Dios, cuánta materia para reflexiones me ofrece mi propia malicia! ¡y cuánto me acusan estas mismas reflexiones! ¿Qué victoria me puedo prome-

ter de las tentaciones que yo mismo busco, y á que me expongo por mi antojo? Asistidme, Señor, con vuestra gracia contra las tentaciones; pero no permitais que yo sea el mayor tentador de mí mismo. Espero que en adelante no tendré mas de que acusarme en este particular.

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 8.
Bienaventurado aquel que siempre está temeroso.

Cum metu et tremore vestram salutem operamini.
Trabajemos en el negocio de nuestra salvacion con temor y temblor.

PROPOSITOS.

1. La mayor parte de las tentaciones nacen en nuestro propio terreno; todas encuentran inteligencia y apoyo en nosotros mismos. Por tanto, es menester estar siempre alerta contra nuestro propio corazon. En logrando la ocasion, nos hacen traicion todos nuestros sentidos á la menor señal; al menor ruido despiertan las pasiones que parecian mas dormidas y apagadas. Éntrase con seguridad en las ocasiones con el pretexto de que no hay peligro cuando el corazon está arreglado; pero apenas se entra en ellas cuando se amotina la pasion. Serán muy pocos aquellos á quienes no selo haya enseñado así una triste experiencia. Escarmienta en cabeza propia, ó á lo menos en la ajena. Huye de las lijeras ocasiones; no te fies de tu perseverancia, ni de tus victorias, ni de tus penitencias, ni de tu edad, ni de tu devocion. Nunca mueren nuestras pasiones antes que nosotros; nunca envejecen ni decaen. Evita, cuanto puedas, concurrencias, conversaciones y familiaridades con personas de diferente sexo. No asistas á espectáculos profanos, ni á aquellas diversiones en que reina el



LA NATIVIDAD

DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

espíritu del mundo. Es prudencia desconfiar de si en todo; el pretexto de piedad, de caridad, de obra de misericordia fué no pocas veces fatal escollo en que dió al través la mas austera virtud.

2. Aquella temporada de retiro á la casa de campo para gozar del buen tiempo es muy ocasionada, y favorece mucho al tentador; por lo que es menester hacer provision de grandes precauciones. No está exenta de tentaciones la soledad, ni aun el desierto. Imita á aquellas grandes almas, que todas las horas renuevan su vigilancia con algun acto interior, ó tambien con alguna breve oracion vocal. Sobre todo, guárdate mucho de ciertos esparcimientos de corazon; porque nunca es mas de temer la tentacion que en las alegrías excesivas.

DIA OCTAVO.

LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Hoy es el dia del nacimiento de la santísima Vírgen, canta la Iglesia : *Nativitas est hodiè sanctæ Mariæ virginis.* Celebremos este dichoso dia con toda la solemnidad posible : *Nativitatem hodiernam solemniter celebremus* : celebrémosle con la mayor alegría, *cum jucunditate.* Tu nacimiento, ó Vírgen madre de Dios, llenó de alegría á todo el universo : *Nativitas tua, Dei genitrix Virgo, gaudium annuntiavit universo mundo.* Hízonos el cielo en este dia un magnífico presente, un presente de inestimable valor, dice san Bernardo : *Pretiosum hodiè munus cœlum nobis largitum est.* Este fué propiamente el dia en el cual se comenzaron á disipar las espesas tinieblas en que por mas de cinco mil años yacia el mundo sepultado, rayando la

primera luz en el nacimiento de aquella brillante aurora, esperada por tantos siglos, y objeto tan largo tiempo de las ansias y de los deseos de tantos patriarcas y profetas. Celebremos todos el nacimiento de la Madre de Dios, dice san Juan Damasceno, por la cual fué como reintegrado todo el género humano, siendo ella la que convirtió en alegría la tristeza que nos causó nuestra primera madre Eva. *Dei Genitricis natalem complectamur, per quam mortalium genus redintegratum est; per quam primogeniæ matris Evæ mœror in lætitiam mutatus est* (1). Así como la aurora es el fin de la noche, dice el abad Ruperto, de la misma manera este nacimiento fué el fin de nuestros males, y el principio de nuestra dicha y de nuestro consuelo (2): *Sicut aurora finis præteritæ noctis est, sic nativitas Virginis finis dolorum, et consolationum fuit initium.* ¿Dónde hay alegría mas pura, mas santa ni mas llena que la que causa este dichoso dia á toda la Iglesia por el nacimiento de aquella que habian anunciado los oráculos de los profetas, como dice san Jerónimo (3): *Vaticinium prophetarum*; nacimiento que fué como prenda de las promesas de Dios en frase de san Juan Damasceno: *Pignus promissionis*; y como seguridad del futuro nacimiento de todo un Dios: *Genitale votum nascituri Dei?*

Parece, añade el mismo santo, que desde la creacion del mundo andaban en competencia los siglos sobre cuál de ellos habia de tener la gloria de honrarse con el nacimiento de la santísima Virgen: *Certabant sæcula quodnam ortu Virginis gloriaretur.* Llegó, en fin, aquel dichoso tiempo determinado desde la eternidad en los secretos de la divina Providencia, aquel tiempo tan esperado y tan suspirado despues de tantos siglos. El año cinco mil ciento ochenta y tres de la creacion del mundo; el año de dos mil novecientos

(1) Serm. de Natal. B. V. — (2) Lib. 6, in Cant. — (3) In Mich. 6.

cuarenta y uno del diluvio universal; y el año de mil novecientos noventa y nueve del nacimiento de Abrahan; y el año de mil cuatrocientos noventa y cuatro de la salida de Moisés y del pueblo de Israel del cautiverio de Egipto; y el año mil diez y seis despues que David fué ungido y consagrado por rey; hácia la semana sesenta y cinco, segun la profecía de Daniel, y en la olimpíada ciento y noventa; el año setecientos treinta y tres de la fundacion de Roma, y veinte y seis del imperio de Octaviano Augusto; en la sexta edad del mundo, aquella bienaventurada Niña, predestinada por los decretos eternos para ser madre del Verbo encarnado, habiendo sido concebida sin pecado por singular privilegio, á los nueve meses de su inmaculada concepcion nació en Nazareth, ciudad de Galilea, á treinta leguas de Jerusalen, el dia ocho de setiembre.

Hasta entonces no habia visto el mundo nacimiento mas recomendable, asi por la nobleza de la sangre y circunstancias de sus padres, como por la santidad y por el mérito de aquella tierna niña que nacia para consuelo de todo el universo, y para admiracion de toda la corte celestial. Su padre san Joaquin era de sangre real, hijo de Barpanther, y descendiente de David por Nathan. Esta rama de la familia real era originaria de Judea; pero habiendo decaido de su antiguo esplendor y sumídose en mucha pobreza de bienes de fortuna por singular disposicion de la divina Providencia, que queria fuesen los parientes mas cercanos del Salvador de la misma condicion que él, se habia como desnaturalizado de su propio pais, y arraigando su casa en Nazareth, estaba reputada por familia de Galilea. Su madre santa Ana era hija de Mathan, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví, y de la familia de Aaron, de manera que en la persona de su hija María se hallaban dichosamente unidas la sangre real y la familia sacerdotal, de la cual era

Aaron entre los judíos. No hubo dos esposos, dice san Juan Damasceno, mas nacidos el uno para el otro; la misma índole, las mismas inclinaciones y el mismo parecer en todo; acreditando así que era obra de Dios aquel dichoso matrimonio. Siendo Dios el único objeto de sus deseos, y dirigiéndose todos sus afectuosos suspiros á la venida del prometido Mesías, vivian casi siempre en dulce y sosegado retiro, pasando en oracion todo el tiempo que les quedaba libre. Eran, dice santa Brígida, dos astros resplandecientes, que, aunque encubiertos con las nubes de una vida oscura y abatida, no dejaban de deslumbrar con su claridad á los mismos ángeles, y á todo el cielo enamoraba su piedad y su pureza.

Hacia años que san Joaquin y santa Ana vivian con aquella paz, con aquella union, y entregados á aquellos devotos ejercicios que tanto edificaban á todos, cuando quiso el Señor que saliese aquel misterioso retoño de la vara de Jesé, de que habla el profeta Isaías; que amaneciese aquella aurora tan deseada, que habia de preceder por breve tiempo al divino sol, el suspirado Mesías. Es opinion comun que ya san Joaquin y santa Ana iban declinando á la vejez sin haber tenido sucesion, y sin esperanzas de tenerla; de suerte que aquella esterilidad considerada entonces como maldicion de Dios, y reputada por la mas ignominiosa desgracia que podia suceder á una familia, quitándole toda esperanza de tener alguna afinidad con el Mesías prometido, humillaba mucho tiempo habia á los dos santos esposos; y como por una parte su avanzada edad, y por otra su modo de vivir en perfecta continencia, segun afirma santa Brigida, los tenia destituidos de toda esperanza de sucesion, se contentaban con derramar su corazon en la presencia de Dios, pidiéndole solamente aquello que fuese de su mayor gloria. Créese generalmente que

reveló el Señor á los dos santos esposos que tendrian una hija, la cual habia de ser bendita entre todas las mujeres, y Dios se habia de valer de ella para la salvacion del pueblo de Israel; pero sea lo que fuere, lo cierto es que tuvieron á la santísima Vírgen, la cual nació milagrosamente, dice san Juan Damasceno, de una madre estéril; y librando á sus padres de la ignominia de la esterilidad, los trasformó en las dos personas mas dichosas y mas respetables de la tierra (1). *Quid autem est*, pregunta este santo, *cur Virgo mater ex sterili orta sit?* Pero ¿por qué razon fué conveniente que naciese de madre estéril esta Vírgen madre? Porque lo era, responde el mismo, que una cosa tan nueva y nunca vista debajo del sol viniese tambien por un camino extraordinario, y que naciese milagrosamente la que ella misma era el mayor milagro: *Quoniam scilicet oportebat, ut ad id quod solum novum sub sole erat, ac miraculorum omnium caput, via per miracula sterneretur.* Era muy puesto en razon que la naturaleza cediese á la gracia, no siendo aquella capaz de tanta gloria. *Natura gratiæ cedit, ac tremula stat, progredi non sustinens. Quoniam itaque futurum erat ut Dei Genitrix ac Virgo ex Anna oriretur, natura gratiæ fœtum anteire minimè ausa est: verùm tantisper exspectavit, dum gratia fructum suum produxisset.* Habiendo de nacer de santa Ana la Vírgen madre de Dios, no se atrevió la naturaleza á concurrir, digámoslo asi, por respeto á lo que habia de ser obra de la gracia; detúvose en cierta manera como para dar lugar á que la gracia produjese el fruto que le pertenecia.

Fácilmente se deja comprender el gozo de aquel afortunado padre y de aquella dichosa madre en el momento que nació aquella bienaventurada hija. Alumbrados con cierta luz sobrenatural, desde luego

(1) Serm. 1, de Nativ.

conocieron que Dios la habia criado únicamente para sí, y que ellos no eran mas que depositarios de aquel tesoro. El milagroso nacimiento de aquella niña fué para ellos presagio cierto de su mérito y de su excelencia. ¡O dichosos padres, exclama san Juan Damasceno, que disteis á luz una vírgen que será madre de Dios sin dejar de ser hija vuestra : *Virginem enim Dei matrem mundo peperistis !* ¡Dichoso el vientre, ó Vírgen santa, que te llevó, y dichosos los pechos que mamaste! Dense priesa todos los fieles, exclama el devoto Sergio de Hierápolis (1), por venir á saludar á la que acaba de nacer, porque antes de su nacimiento estaba predestinada para ser madre de Dios, y con ella renace y se renueva el mismo mundo. Venid, pueblos; venid, naciones, de cualquiera clima que seais; venid todos, de cualquiera edad y de cualquiera condicion que fuéreis, venid á celebrar el nacimiento de esta Vírgen, con la cual, por decirlo así, nació nuestra salvacion (2) : *Hodiè mundi salus inchoavit : jubilate Deo omnis terra ; cantate, et exultate et psallite.* Así exclama san Juan Damasceno. ¿Cuándo hubo motivo mas justo de regocijo? ¿en qué otro dia hemos de mostrar mas nuestro alborozo, puesto que en el nacimiento de la santísima Vírgen, como dice san Ildefonso, comenzó en cierta manera el nacimiento de Jesucristo (3)? *In nativitate Virginis, felix Christi est inchoata nativitas.* Hasta aquí solo habia mirado Dios la tierra como region de llanto, destinada para habitacion de miserables delincuentes; pero desde el mismo instante en que María se deja ver en el mundo, ya hay en él un objeto en que se complace mucho el mismo Dios, y ya no le puede mirar con ojos airados.

Algunos dias despues que santa Ana se levantó del

(1) Lib. 1, de Deipara. — (2) Orat. 1, de Nativ. — (3) Serm. 3, de Nativ.

parto, fué llevada al templo la santa Niña, donde precediendo las oraciones acostumbradas, se le impuso el nombre de María, asegurando san Ambrosio, san Bernardo y otros muchos santos padres, que este nombre le fué dado por el mismo cielo, revelándole el Señor á santa Ana y á san Joaquin como el mas propio para explicar la grandeza, la dignidad y la excelencia de aquella bendita Niña: *Dignitas Virginis annuntiatur ex nomine*, dice el Crisólogo.

Atorméntanse los ingenios, agótanse todos los artificios, todos los esfuerzos de la elocuencia para componer un genetlíaco, ó un panegírico magnífico y pomposo para celebrar el nacimiento de algun príncipe. Con efecto, ¿qué se puede decir de un niño que acaba de nacer? ¿ensalzar su nobleza? Esto no es elogiarle á él, sino á sus abuelos y ascendientes. No hay asunto mas estéril ni mas pobre que su persona en aquellos primeros dias. Por lo que toca á lo de adelante, todo lo que se puede asegurar con la mayor certeza es, que se verá sujeto á mil trabajos y miserias; pero se ignora si será bueno ó malo, discreto ó tonto; en una palabra, hasta ahora nada ha hecho, y se ignora lo que hará. No así en María: aunque acaba de nacer, es cierto que ya ha hecho mucho, y no podemos ignorar que ha de hacer aun mucho mas. Entra María en el mundo colmada de merecimientos, y sabemos que ha de colmar al mundo de felicidades y dichas.

No hay duda que el alma de la Vírgen fué la mas hermosa alma que Dios crió antes que fuese criada el alma de Jesucristo; pudiendose decir que esta fué la mas excelente obra que salió de las manos del Criador: *Opus quod solus opifex supergreditur*, dice san Pedro Damiano. A la hermosura de aquella bella alma correspondia la del cuerpo. Sabese que desde el mismo instante en que aquella purísima alma fué unida á

aquel hermosísimo cuerpo, fué tambien santificada, y el cuerpo concurrió con sus órganos á todas las funciones de la vida racional. Siendo María concebida sin pecado en el primer instante, recibió con la gracia el perfecto uso de la razon, y desde entonces fué ilustrado su entendimiento con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido con la cabal comprension de todas las verdades morales. Pero ¿ cuál fué la medida de aquella gracia que recibió, y cuál el primer empleo de aquella razon tan divinamente ilustrada? Fué tan abundante aquella gracia, dice san Vicente Ferrer, que excedió á la de todos los santos y á la de todos los espíritus celestiales. *Virgo sanctificata fuit in utero super omnes sanctos, et omnes angelos.* En aquel primer instante en que todos los hombres son objeto de horror á los ojos de Dios, María lo fué de admiracion á las celestiales inteligencias, y de complacencia á los cariños del mismo Dios.

Esta fué la santísima Vírgen desde el primer instante de su inmaculada concepcion; y habiéndose multiplicado en todos los instantes aquel inmenso caudal de gracias, de luces, de sabiduría y de virtudes, concibamos, si fuere posible, cuál seria el tesoro de merecimientos con que se hallaria enriquecida el dia de su nacimiento. ¿Pues qué asunto mas digno de nuestras admiraciones, de nuestros respetos, de nuestros elogios, y añadamos tambien, del culto de toda la Iglesia, que el nacimiento de esta santa Niña? Ya no nos debe causar admiracion que el ángel quince años despues la salude como llena de gracia; ni que los santos padres, hablando de la gracia con que se halló en el último momento de su vida, es decir, sesenta y dos años y nueve meses despues de su concepcion, se valgan de expresiones tan fuertes y tan significativas. Tuvo mucha razon san Epifanio para decir que fué inmensa aquella gracia;

san Agustin que fué inefable, y Dionisio Cartusiano que fué como infinita : *Mariæ sanctitas est infinita.* San Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de toda la gracia. San Jerónimo dice que toda se derramó en ella ; y san Bernardino de Sena se adelanta á asegurar que recibió toda la que es capaz de recibir una pura criatura : *Tanta gratia Virgini data est, quanta uni, et puræ creaturæ dari possibile est.*

Y à la verdad, si los pueblos acostumbran hacer tantos regocijos cuando nacen hijos á sus soberanos y á sus príncipes, porque tambien á ellos les nacen reyes y monarcas que los gobiernen y los manden, ¿qué mucho es que el nacimiento de María llenase de regocijo al cielo y á la tierra, como canta la Iglesia, pues en ella nació la Reina de los ángeles y de los hombres; nuestra única esperanza despues de Jesucristo, dice san Epifanio; nuestra fiadora con Dios, dice san Agustin; nuestra medianera con el Mediador, dice san Bernardo; el remedio de todos los males, dice san Buenaventura; nuestra paz, nuestra alegría, nuestra buena madre, dice san Efren; y en fin, nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra vida, como canta toda la Iglesia?

Descendió María de reyes y de patriarcas; pero lo que la engrandece mas á los ojos de Dios no es el esplendor de su dignidad, no su grandeza, no su poder, no el ruido de sus gloriosas hazañas; su santidad fué la que la hizo tan recomendable en su concepcion, y esta sola es la que constituye toda su dicha y toda su gloria en su alegre nacimiento. Nace, no rodeada de esplendor como los grandes del mundo; no entre el fausto, la pompa, la majestad como los reyes de la tierra : sin ese aparato, sin ese esplendor mundano es su nacimiento, aunque al parecer tan oscuro, con grandes ventajas, preferible al nacimiento de todos los grandes y de todos los mo-

narcas del mundo. Todos ellos fueron concebidos en pecado; todos nacieron en desgracia de Dios, hijos de ira y objetos de odio: sola María nace ya objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Esta es la verdadera grandeza, y así honra el rey de la gloria á la que quiere honrar.

Creced, santa Niña, creced así para mayor gloria del mismo Dios que os crió, como para mayor dicha de aquellos en cuyo favor y beneficio habeis nacido. Algun dia daréis vos su nacimiento al mismo Dios, de quien ahora le recibis. Creced, pues, para disponerle su digno tabernáculo. Cuando se encierre en vuestro purísimo seno, os conferirá el mas augusto carácter, elevándoos á su divina maternidad. Vivid y creced para dignidad tan eminente, y para el mayor y mas glorioso destino. Por medio de vos quiere venir á nosotros para libertarnos de la esclavitud. Vivid y creced para nuestra salvacion, y para que, naciendo de vos nuestro Salvador, quedeis constituida madre de todos los creyentes.

Nos admiraríamos justamente de que una fiesta tan santa y que tanto nos interesa no se celebrase en la Iglesia desde sus primeros siglos, si no se supiese la razon que tuvieron aquellos primitivos fieles, sin duda mas devotos de María y mas zelosos de su culto que nosotros, para no dar motivo de creer á los gentiles y á las naciones groseras, criadas por la mayor parte en la idolatría, que los cristianos adoraban como diosa á la madre de su Dios. Este era el motivo que en aquellos nebulosos tiempos tenian los verdaderos fieles para no manifestar su zelo por el culto de la santísima Vírgen en fiestas ruidosas y solemnes; contentándose con rendirle sus respetos reverentes con una tierna devocion y con un culto reservado.

Pero luego que gozó de paz la Iglesia del Señor, y pudieron los pastores instruir públicamente á su rebaño, floreció en todo el mundo cristiano el culto público y solemne de la santísima Vírgen; celebráronse con pompa y solemnidad sus principales misterios; solemnizáronse sus fiestas con magnificencia; convinieron griegos y latinos en este punto de religion, no obstante el desgraciado cisma; y el nacimiento de la santísima Vírgen fué una de las principales fiestas de los cristianos. *Ortum Virginis didici in Ecclesia*, dice san Bernardo, *et ab Ecclesia indubitanter haberi festivum atque sanctum; firmissimè cum Ecclesia sentiens, eam accepisse in utero ut sancta prodiret.* La Iglesia es la que me ha enseñado á celebrar la Natividad de la santísima Vírgen con toda la devocion y con toda la solemnidad posible. Creo firmemente con toda la Iglesia que, habiendo sido santificada en el vientre de su madre, es objeto único de nuestro culto desde el primer instante que nació.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Natividad de la bienaventurada y siempre Vírgen María, madre de Dios.

En Nicomedia, san Adriano, mártir, con otros veinte y tres, los cuales todos fueron martirizados el cuatro de marzo, despues de haberles roto las piernas. Sus reliquias, llevadas por los cristianos á Bizancio, fueron sepultadas con gran pompa. En lo sucesivo fué trasladado á Roma el cuerpo de san Adriano; pero su fiesta se celebra principalmente en este dia.

En Alejandría, san Amon, san Teófilo, san Neutero con otros veinte y dos mártires.

En Antioquía, san Timoteo y san Fausto, mártires.

En Gaza de Palestina, san Eusebio, san Nestato y

san Zenon, hermanos, mártires, quienes, en tiempo de Juliano apóstata, fueron desgarrados y muertos por una turba de paganos que se precipitaron sobre ellos.

En el mismo lugar, san Nestor, mártir, que bajo el mismo Juliano rindió el espíritu, siendo cruelmente atormentado por los mismos gentiles enfurecidos.

En Frisingen, san Corbiniano, primer obispo de dicha ciudad, que, habiendo sido ordenado por el papa Gregorio II, y enviado para predicar el Evangelio, hizo grandes conversiones en Francia y Alemania, muriendo por último en paz, ilustre por sus virtudes y milagros.

En Martres en la diócesis de Rieux en el Lenguadoc, san Vezianso, martirizado por los arrianos.

En el Maine, san Bertevino, venerado como mártir en el lugar de su nombre, cerca de Laval.

Junto á Langres, santa Bellina, vírgen, venerada como mártir en Maure, cerca de Troyes.

En Pebrac diócesis de Saint-Flour, san Pedro de Chavanon, fundador y primer preboste de los canónigos reglares de aquella abadía.

En Roma, el tránsito del santo papa Gelasio.

Allí mismo, el tránsito del bienaventurado papa Anastasio, segundo de este nombre.

En Etiopia, santa Panefisa, mártir.

En Castilla, san Gudilanes, arcediano de Toledo, amigo de san Julian de Toledo

La misa es del misterio, y la oracion la que sigue.

Famulis tuis, quæsumus, Domine, cœlestis gratiæ munus impertire; ut quibus beatæ Virginis partus extitit salutis exordium, Nativitatis ejus vo-

Suplicámoste, Señor, concedas á tus siervos el don de tu gracia celestial, para que así como el parto de la bienaventurada Vírgen fué el principio

tiva solemnitas pacis tribuat incrementum. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

de su salvacion, así reciban tambien mucho aumento de bendiciones en la fiesta de la Natividad. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 8 *del libro de los Proverbios.*

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio. Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret. Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant, necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar; adhuc terram non fecerat, et flumina, et cardines orbis terræ. Quando præparabat cœlos, aderam: quando certa lege, et gyro vallabat abyssos: quando æthera firmabat sursum, et librabat fontes aquarum: quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis ne transirent fines suos: quando appendebat fundamenta terræ. Cum eo eram cuncta componens: et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore; ludens in orbe terrarum: et deliciæ meæ esse cum filiis hominum. Nunc ergo, filii, audite me: Beati qui custodiunt vias meas. Audite disciplinam, et estote sapientes, et nolite abjicere eam. Beatus homo qui audit me,

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese hecha la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes habian sentado su pesada mole; antes que los collados estaba yo parida: todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines: cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fijaba al mar sus confines, é imponia ley á las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra estaba yo con él disponiendo todas las cosas; y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora,

et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei. Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem à Domino.

pues, ó hijos, oidme: Bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios; y no querais despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta. El que me hallare, hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

NOTA.

« Sacóse esta epístola del libro de los Proverbios de » Salomon; el cual es sin disputa la mejor y la mas » importante de todas sus obras. Es un rico tesoro » de verdades muy provechosas, dice san Jerónimo. » Lo que dice en este libro se entiende propiamente » de la Sabiduría eterna, Verbo del Padre, y segunda » persona de la santísima Trinidad; pero la Iglesia lo » aplica tambien en cierto sentido místico á la santí- » sima Vírgen, predestinada desde toda la eternidad » para ser madre de Dios, y objeto de su divina com- » placencia. »

REFLEXIONES.

El que me hallare, hallará la vida, y beberá la salvacion en la bondad del Señor: á lo que añade inmediatamente el Espíritu Santo: *Pero el que pecare contra mí, dañará su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte.* Esta es la mayor prueba de lo que dijeron constantemente unánimes todos los santos padres, que la mas visible señal de predestinacion es la devocion á la santísima Vírgen: como al contrario, la falta de ella lo que mas nos debe hacer dudar de nuestra salvacion. Aquel que sirviere dignamente á María, dice san Buenaventura, será

justificado y se salvará; pero el que no hiciere caso de servirla, morirá infelizmente en sus pecados. *Qui dignè coluerit Mariam, justificabitur; et qui neglexerit eam, morietur in peccatis suis.* Por eso dijo el sabio idiota, que el que encontró á María, encontró en ella todos los bienes; porque esta Señora ama á los que la aman; y lo que mas es, ella misma sirve mucho á sus fieles siervos. *Inventa Maria, invenietur omne bonum : ipsa namque diligit diligentes se ; imò sibi servientibus servit.* No por cierto, no hace María que encontremos nuestra salvacion en sus propios merecimientos; pero siendo la distribuidora, dicen los padres, de las gracias del Salvador, saca del tesoro de las misericordias del Redentor aquellas abundantes gracias que derrama, por decirlo así, en el corazon de los que la aman. Aparta de la cabeza de sus queridos hijos aquellos envenenados golpes que sin cesar descarga sobre ellos el enemigo de la salvacion : conjura las tempestades que amenazan á sus siervos : dispone que se libren de los lazos y de los peligros; y con estos importantes servicios, de que somos deudores á la poderosa ternura de esta amable Madre, recompensa ventajosamente el zelo que tenemos en servirla. La verdadera devocion á la santísima Vírgen es el carácter de todos los elegidos de Dios. No hubo santo que no la honrase, y no la amase como á su querida madre : ninguno que no le profesase aquel ardiente, aquel tierno y amoroso zelo que todo hijo bien nacido profesa á sus amados padres. Por el contrario, ningun enemigo ha tenido el Hijo que no lo fuese tambien de la Madre : de una misma raiz nace esta maligna hiel, esta impía amargura, y siempre tuvo tambien uno y otro objeto. Si se aborrece á María, no es imaginable mayor extravagancia que el creer se puede estar en gracia de su Hijo. De aquí nace aquel monstruoso desencadenamiento de

todos los herejes contra la devocion á la santísima Vírgen. En el tribunal del error todo devoto de María se declara por hombre de poco entendimiento : oraciones, rosarios, novenas, piadosas devociones, todo se trata de supersticion en el espíritu, en el dictámen y en el corazon de cuantos son rebeldes á la Iglesia. Regocijaos, Vírgen María, porque sola vos confundísteis, degollásteis, extinguísteis todas las herejias : *Gaude, Maria virgo, cunctas hæreses sola interemisti.* Aquella antigua serpiente hará, pero ¡ qué inutilmente! todos sus esfuerzos para morderos, y los inficionados de su veneno nunca cesarán de gritar contra vuestro culto, y desacreditar vuestra devocion; pero ¡qué en vano!

El evangelio es del cap. 1 de san Mateo.

Liber generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham. Abraham genuit Isaac. Isaac autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Judam : et fratres ejus. Judas autem genuit Phares, et Zaram de Thamar. Phares autem genuit Esron. Esron autem genuit Aram. Aram autem genuit Aminadab. Aminadab autem genuit Naasson. Naasson autem genuit Salmon. Salmon autem genuit Booz de Rahab. Booz autem genuit Obed ex Ruth. Obed autem genuit Jesse. Jesse autem genuit David regem. David autem rex genuit Salomonem ex ea, quæ fuit Uriæ. Salomon autem genuit Roboam. Roboam autem genuit Abiam. Abias autem ge-

Libro de la generacion de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró á Isaac. Isaac engendró á Jacob. Jacob engendró á Judas y sus hermanos. Judas engendró de Tamar á Fares y Zara. Fares engendró á Esron. Esron engendró á Aran. Aran engendró á Aminadab. Aminadab engendró á Naason. Naason engendró á Salmon. Salmon engendró de Rahab á Booz. Booz engendró de Ruth á Obed. Obed engendró á Jesé. Jesé engendró á David rey. David rey engendró á Salomon de aquella que habia sido (mujer) de Urías. Salomon engendró á Roboam. Roboam engendró á Abías. Abías engendro á Asa. Asa engendró á Josafat. Josafat

nuit Asa. Asa autem genuit Josaphat. Josaphat autem genuit Joram. Joram autem genuit Oziam. Ozias autem genuit Joatham. Joatham autem genuit Achaz. Achaz autem genuit Ezechiam. Ezechias autem genuit Manassen. Manasses autem genuit Amon. Amon autem genuit Josiam. Josias autem genuit Jechoniam, et fratres ejus in transmigratione Babylonis. Et post transmigrationem Babylonis, Jechonias genuit Salathiel. Salathiel autem genuit Zorobabel. Zorobabel autem genuit Abiud. Abiud autem genuit Eliacim. Eliacim autem genuit Azor. Azor autem genuit Sadoc. Sadoc autem genuit Achim. Achim autem genuit Eliud. Eliud autem genuit Eleazar. Eleazar autem genuit Mathan. Mathan autem genuit Jacob. Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus.

engendró á Joran. Joran engendró á Ozías. Ozías engendró á Joatan. Joatan engendró á Acaz. Acaz engendró á Ezequías. Ezequías engendró á Manasés. Manasés engendró á Amon. Amon engendró á Josías. Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos en la transmigracion de Babilonia. Y despues de la transmigracion de Babilonia, Jeconías engendró á Salatiel. Salatiel engendró á Zorobabel. Zorobabel engendró á Abiud. Abiud engendró á Eliazin. Eliazin engendró á Azor. Azor engendró á Sadoc. Sadoc engendró á Aquin. Aquin engendró á Eliud. Eliud engendró á Eleazar. Eleazar engendró á Matan. Matan engendró á Jacob. Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo.

MEDITACION.

SOBRE LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que basta saber que nace para ser madre de Dios esta bienaventurada niña que acaba de nacer, y cuyo nacimiento celebra hoy con tanta solemnidad la santa Iglesia. No son menester mas razones para comprender el justo motivo de esta fiesta, y para entrar en el espíritu de la Iglesia, solemnizando con

toda la devocion, con todo el gozo, y con toda la celebridad posible esta santa natividad. Nace la santísima Vírgen; y lo que distingue este nacimiento, lo que hace bienaventurada á la recien nacida, lo que desde el mismo instante en que vió la luz la constituye digna de nuestros respetos, y de nuestro comun alborozo, no es la gloria de sus antepasados, ni la nobleza de su orígen. Estimen en buen hora estas ventajosas circunstancias aquellos que están preocupados de las ideas del mundo. Descendeis sin duda, ó Vírgen santa, de los patriarcas y de reyes; pero lo que delante de Dios ensalza vuestro mérito, lo que excita nuestra alegría, nuestra veneracion, nuestra confianza y nuestro amor; no es, ni el esplendor de sus dignidades, ni su grandeza, ni su poder, ni sus memorables hazañas: aquella sola santidad que hizo dichosa vuestra concepcion, hace tambien feliz vuestro nacimiento. Ni tampoco puede nacer de otro principio nuestra dicha. Hácense grandes regocijos en el nacimiento de los grandes; pero á pesar de los aplausos que les tributan los hombres, á pesar de los honores que les rinden desde la misma cuna, como fueron concebidos en pecado, nacen en pecado, hijos de ira, dignos del odio de Dios, y expuestos á los mas rigurosos castigos de su justicia. Aunque les tributen los mayores honores y respetos, son incapaces de hacer por sí mismos en mucho tiempo la mas mínima gracia á sus cortesanos. Pero la santísima Vírgen ya cuando nace es objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Es tan grande su poder con Dios desde el mismo instante de su nacimiento, que ella sola nos puede hacer cuando nace mucho mas bien que todos los santos juntos en el curso de su vida, ni desde su bienaventurada morada

en la gloria. ¿Qué gracias no nos puede merecer aun en la misma cuna? ¿Y con qué bondad, con qué complacencia no recibe en ella nuestros reverentes cultos? Y si el nacimiento de María es motivo tan grande de alegría para nosotros, ¿porqué no lo será tambien para ella nuestra devocion, nuestra confianza y nuestro amor á esta soberana Señora? Los honores que se rinden á María en su nacimiento cautivan su corazon; y nuestra devocion en este dia no puede menos de agradar extremadamente á aquel divino Hijo que tiene tanto empeño en la honra de su santísima Madre. Mucho mas gratos, mucho mas aceptos le son á un príncipe los honores que se le tributan cuando se ve en un estado oscuro y abatido, que los que se le rinden en la majestad del trono, y rodeado de toda la magnificencia de su corte. ¡Pues con qué ojos, con qué gusto mirará y recibirá María la devocion de sus queridos siervos al misterio de su nacimiento, cuando, á pesar de aquel estado flaco, y al parecer abatido, es honrada con ansiosa reverencia, respetada por Señora soberana de todo el universo, y reconocida por poderosa medianera entre Dios y los hombres! Esta sola devocion basta para obligarla á derramar sus mas señalados favores en el corazon de sus devotos tan zelosos por su gloria.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el nacimiento de la santísima Vírgen es uno de los puntos para la meditacion de mayor consuelo que se nos pueden proponer; manantial inagotable de reflexiones á cual mas saludables y provechosas. Ninguna cosa excita mas nuestra confianza, nuestra ternura, nuestra devocion, nuestro respeto á la Madre de Dios, que las prerogativas de su glorioso nacimiento. Si consideramos á María en sí misma desde la propia cuna, su eleccion, sus gracias,

sus virtudes, su santidad, sus méritos, su gloria y sus privilegios, todo es objeto de admiracion á los mismos ángeles, todo les arrebata su veneracion y su amor. ¿Pues qué efecto no deben producir estas consideraciones en el entendimiento y en el corazon de los hombres? Si la consideramos por las correlaciones que tiene con nosotros, ella es nuestra reina, nuestra abogada, nuestra corredentora, nuestra buena madre y nuestra esperanza, como canta la Iglesia: ella es nuestra fiadora con Dios, como se explica san Agustin: nuestra medianera con el soberano Mediador, como la apellida san Bernardo: el remedio de todos nuestros males, como lo publica san Buenaventura: nuestra paz, nuestra alegría y nuestro consuelo, en la lengua y en la pluma de san Efren: ella, en fin, es nuestra gloria, nuestra corona y nuestra vida, como la misma Iglesia la llama. Pero todavía no es madre de Dios: no importa; eslo ya en los decretos eternos, en la idea divina, á la cual todas las cosas están presentes en toda la eternidad. Fué concebida sin mancha, y nació toda santa y toda pura para ser madre de Dios. Aunque el príncipe que nace todavía no sea rey, basta que lo haya de ser algun dia, ó que nazca para serlo, para que todos los pueblos le honren y le acaten desde luego. ¡Pues cuáles deben ser nuestros respetos á la todopoderosa, á la todo amable Madre de Dios, que, por decirlo así, nos es todas las cosas, y á quien parece tenemos en lugar de todas ellas! Entre todos los dias que componen la vida de los grandes, solo el de su nacimiento es el que todos los años se celebra con regocijos, con besamanos, con fiestas y con regalos: ni á la verdad hay otro dia que lo merezca mas. Esta antiquísima costumbre acredita el amor y el respeto que se profesa á un príncipe á quien se le honra desde su mismo nacimiento. Mucho mas justo es nuestro gozo,

nuestra veneracion y nuestro culto en el nacimiento de María, mucho mas bien fundados nuestros homenajes. Nace María al mundo colmada de merecimientos: sabemos que ha de colmar al mismo mundo de bendiciones y de dichas. Nace para ser madre de Dios, y por consiguiente para serlo de los hombres, su soberana señora, nuestra esperanza, nuestro asilo, nuestro refugio y nuestro consuelo. ¿Pues podrá un cristiano dejar de apresurarse á tributar su veneracion, sus rendimientos y su culto á esta soberana princesa desde el mismo instante que comienza á ver la luz? ¿Hemos de esperar para eso á verla casi espirar de dolor al pié de la cruz, ó á que entre triunfante en la gloria? No dejaron de tributarle vasallaje todas las inteligencias celestiales desde el mismo punto que se dejó ver en la tierra, reconociéndola por reina de todos los espíritus bienaventurados; ¿pues cuáles deberán ser nuestras ansias, nuestros regocijos, nuestros votos y nuestra ternura con esta dulcísima emperatriz en el dia de su alegre nacimiento? Y si los grandes celebran cada año el dia de su nacimiento como el de su mayor fiesta; si no saben negar gracia alguna que se les pida en semejante dia; si ese es el de sus gracias y de sus liberalidades, ¿podremos pensar que sea María menos franca, menos liberal en el dichoso dia de su feliz nacimiento?

No, Vírgen santísima, no lo pensamos así: seria un pensamiento indigno de vuestra augusta dignidad, de ese corazon tan benéfico, dudar del grande amor que nos teneis, particularmente en este solemnísimo dia. Resuelto estoy, con la gracia de mi Dios, á no hacerme indigno de vuestros favores en un dia tan precioso.

JACULATORIAS.

Nativitas tua, Dei genitrix virgo, gaudium annuntiavit universo mundo. Ecclesia.

Tu nacimiento, ó Vírgen madre de Dios, colmó de alegría á todo el universo.

Cum jucunditate Nativitatem beatæ Mariæ celebremus. Ecclesia.

Celebremos con el mayor regocijo el nacimiento de la santísima Vírgen María.

PROPOSITOS.

1. Fácil cosa es comprender cuánto nos importa conseguir la proteccion de la santísima Vírgen. Es cierto que ninguna gracia podemos lograr no siendo por su favor; y que, mediante su favor, no hay gracia que no podamos lograr. Aunque no hubiera sido escogida para ser madre del Todopoderoso; aunque su Hijo no hubiera puesto en sus manos todos sus tesoros; es visible que por los solos méritos de su vida seria su intercesion en cierta manera todopoderosa, y que una sola palabra de su boca podria mucho mas con Dios que si todos los santos juntos del cielo se unieran para pedirle algun favor; ¡pues cuánta será su autoridad, siendo madre de Dios, y como la tesorera general de todas sus gracias! Y con efecto, siendo tan buena, como lo es, para con todos los del mundo; estando incesantemente cerca de su querido Hijo, pidiéndole gracia y perdon para los mas insignes pecadores, ¿cómo pudiera olvidar á los que particularmente la honran? Basta muchas veces una breve oracion, un voto, una ofrenda, una novena, una devota romería para conseguir milagros por su intercesion; ¿pues qué no hará por un amor tierno y constante, por obsequios continuos y arre-

glados, por una devocion afectuosa y sólida? Coloca en ella toda tu confianza despues de Jesucristo, y no se te pase hora del dia sin recurrir á esta Señora.

2. Honra particularmente el dia de su nacimiento; y profesa toda la vida especial devocion á la Vírgen cuando niña, pero singularmente en aquel primer instante en que vino á la luz del mundo. Es muy agradable á la santísima Vírgen esta devocion. Tuviéronla muchos grandes santos, y por ella merecieron muy especiales favores. Imita tan bello ejemplo. Reza todos los sábados alguna oracion, aunque no sea mas que una *Ave María*, en reverencia de todos los misterios de la santísima Vírgen, sobre todo el de su inmaculada concepcion, de su natividad y de su asuncion á los cielos.

DIA NUEVE.

LA FIESTA DEL SANTO NOMBRE DE MARÍA.

Siempre fué el mayor recurso de los fieles en sus mayores necesidades la poderosa proteccion de la santísima Vírgen: ni se frustró jamás su confianza en esta Madre de misericordia cuando clamaron á ella en las mas apretadas tribulaciones y calamidades. Constantemente experimentó siempre la Iglesia su auxilio y su asistencia, sobre todo contra los mas formidables esfuerzos de los enemigos del nombre cristiano; y la institucion de esta fiesta será eterno monumento de su proteccion todopoderosa.

Orgullosos los turcos con los felices sucesos de sus armas contra los imperiales en la campaña de 1683, concibieron y formaron el soberbio intento de dilatar sus conquistas hasta mas allá de las márgenes

del Danubio y del mismo Rin, amenazando con fiereza á toda la cristiandad; y penetrando por ella con un ejército de doscientos mil combatientes, pusieron sitio á la imperial corte de Viena. Fué general la consternacion; y temiendo los pueblos caer en las bárbaras manos de los infieles, quedaron desiertas las ciudades, abandonándolas sus habitadores. Como el emperador no tenia fuerzas suficientes para hacer resistencia al ejército otomano, se vió precisado á retirarse de su corte en compañía de las dos emperatrices, de los archiduques y archiduquesas, tomando el camino de Lintz, mientras el príncipe Carlos de Lorena, temiendo ser cortado y envuelto por la muchedumbre, se iba retirando hasta cubrirse con el cañon de la plaza. El dia 14 de agosto abrieron los turcos las trincheras por el lado de la puerta Imperial, y se alojaron en ella á pesar del vivo fuego que hacian los sitiados. Apoderándose despues del Tabor, dejaron sitiada la ciudad por todas partes; y poniendo fuego al palacio de la Favorita, quemaron las casas de campo de los grandes en el arrabal de Leopolstad, y se llenaron de genízaros todos los puestos exteriores. Sucedió un funesto accidente, que, envalentonando á los sitiadores, desmayó á proporcion el aliento de los sitiados. Prendióse fuego en la iglesia de los escoceses: consumió en breve tiempo aquel soberbio edificio, y llegando las llamas al arsenal, donde estaban los almacenes de pólvora y de municiones, la ciudad iba ya á caer en manos de los turcos; cuando el mismo dia de la Asuncion, por una visible proteccion de la santísima Vírgen, se paró como de repente el fuego, dando tiempo á que se sacasen las municiones y la pólvora. En vista de tan notorio favor de la Madre de Dios, volvió á animarse el desmayado aliento del soldado y de los vecinos, encendiéndose mas la confianza en su poderosa pro-

tectora por mas que los turcos hicieron un terrible fuego el dia 22 contra el bastion del Danubio. Llovian dentro de la plaza balas, granadas y bombas que echaban á tierra las casas; mas no por eso se acobardaban los vecinos, implorando dia y noche en las iglesias la asistencia del cielo, ni los predicadores cesaban de exhortarlos á que, despues de Dios, pusiesen toda su confianza en aquella Señora, cuya soberana proteccion habian experimentado tantas veces. El dia 31 se adelantaron los trabajos de los sitiadores hasta la contraescarpa, acercándose tanto á los imperiales, que unos y otros peleaban ya dentro del foso con las estacas de la empalizada. Apenas era ya mas que un prodigioso cúmulo de tierra y piedras Viena, baluarte de la cristiandad, cuando el dia de la Natividad de la Vírgen, en que los cristianos redoblaron sus oraciones, su fervor, su devocion y sus votos, recibieron, como por milagro, aviso cierto de que les iba á llegar un pronto socorro, con cuya noticia revivió en sus corazones todo su espíritu y todo su valor. Con efecto, al amanecer el segundo dia de la octava de la Natividad se vió cubierta de tropas auxiliares toda la montaña de Kalemberg: vista acompañada del mayor consuelo, que, llenando los pechos de inexplicable alegría, calmó las inquietudes y los sobresaltos. Juan Sobieski, rey de Polonia, acudió el dia 12 de setiembre á la capilla de San Leopoldo con el príncipe Carlos de Lorena, donde los dos generales asistieron al santo sacrificio de la misa, la que quiso ayudar el mismo rey teniendo los brazos en cruz por toda ella, menos aquellos breves instantes que el sacerdote tenia necesidad de su ministerio. Despues de haber comulgado, poniéndose bajo la proteccion de la Madre de Dios, y recibida la bendicion, que se echó á todo el ejército, se levantó el monarca con denodado esfuerzo, y dijo en alta

voz: *Ahora ya podemos marchar, bajo la proteccion de la santísima Vírgen, con entera seguridad de que no nos negará su asistencia.* Bajó entonces de las montañas el ejército de los cristianos, y se fué avanzando al campo de los turcos, los cuales les hicieron cara y sostuvieron por algun tiempo el combate; pero luego se retiraron á la otra parte del Danubio con tanta precipitacion, que dejaron en el cuartel del gran visir el estandarte del imperio otomano y las colas de caballo, que son la insignia de su dignidad, tan inseparables de él, que le acompañan y le preceden aun en presencia de su Alteza. No hubo victoria que costase menos sangre, ni que fuese mas completa. Abandonaron los turcos todas sus tiendas, la mayor parte de su equipaje, todas las municiones de boca y guerra, toda su artillería, que ascendia á ciento y ochenta cañones ó morteros, y cien mil hombres muertos en el campo de batalla. No pudieron los dos generales seguir el alcance por estar fatigado el ejército cristiano. Veíanse los soldados entrar en la ciudad cargados de botin, y llevando delante de sí manadas enteras de bueyes que los turcos habian dejado en el campo, enriquecidos con sus propios despojos. Informado de la derrota de los turcos el emperador Leopoldo Ignacio, mas ilustre por su esclarecida piedad, que por su gran valor y celebrada prudencia, volvió á Viena el mismo dia, y mandó cantar el *Te Deum*... con toda la solemnidad posible; reconociendo que una victoria tan no esperada era efecto visible de la asistencia del cielo, y singularmente de la palpable proteccion de la santísima Vírgen. Mandó el religioso príncipe que se llevase á la iglesia mayor el estandarte del imperio otomano que se halló en la tienda del gran visir. Era de crines de caballo marino, trabajado á aguja, y bordado de flores á lo arabesco, la manzana de bronce dorado, y el palo todo

cubierto de hojas de oro. El estandarte de Mahoma, que siempre se enarbola en medio del campo junto á la tienda del gran visir, era de brocado de oro, fondo encarnado, y bordado todo de plata y verde; los flecos de brocado rojo y plateado, bordados de letras árabes. El asta del estandarte remataba en una manzana de cobre dorado con borlas de seda verde. Este estandarte se envió á Roma, donde fué presentado al pápa Inocencio XI, que, bien persuadido de que tan célebre victoria se debia singularmente á la proteccion de la santísima Vírgen, ordenó que la fiesta de su dulcísimo nombre, introducida mucho tiempo antes en varias provincias de la cristiandad, se celebrase de allí en adelante en toda la Iglesia universal, fijándola á la dominica infraoctava de la Natividad.

A la verdad, despues del santo nombre de Jesus, era muy justo que se celebrase tambien el nombre de María, el cual, siendo tan respetable á los mismos ángeles, no debia serlo menos á todos los hombres. Ni el cielo ni la tierra, ó bienaventurada Vírgen María (exclama san Francisco), conocen otro nombre despues del de tu querido Hijo, de quien reciban los fieles mayores gracias, en quien depositen mayor confianza, ni de quien reciban mayor dulzura que de tu santísimo nombre: *Post singulare illud dilecti filii tui, ò Maria, non aliud nomen cœlum, et terra nominat, unde tantum gratiæ, tantum spei, tantum suavitatis piæ mentes accipiant* (1). Dichoso aquel que respeta, que ama tu santo nombre, ó Vírgen santa (exclama san Buenaventura). Sostendrále tu favor en todos sus trabajos, y producirá en él copiosos frutos, regados con las vivas aguas de la gracia del Redentor. *Beatus qui diligit nomen tuum, Maria; gratia tua animam ejus confortabit, tanquam fontibus irrigatum, in eo fructum propagabit.* ¡O augusto

(1) In Psalt. Virg.

nombre de María! (añade el mismo santo), ¿cómo puede dejar de ser tu nombre gozosísimamente celebrado, pues no es posible pronunciarle sin grande utilidad del mismo que le pronuncia? *O celeberrimum nomen Mariæ! quomodo posset nomen tuum non esse celebre, quod etiam nominari non potest sine nominantis utilitate?* ¡Qué glorioso, qué admirable es este nombre, ó Virgen pura! pues los que le invocan con devocion y confianza, ni se asustan, ni dan lugar al temor en la hora de la muerte. *Gloriosum et admirabile est nomen tuum: qui illud retinent, non expavescunt in puncto mortis.* ¡Qué paz, qué abundancia de gracias disfrutan los que honran sin cesar tu santo nombre! *Pax multa observantibus nomen tuum, Mater Dei.*

Es de tanta virtud este nombre, dice el sabio idiota Raimundo Jordan, abad de Celles, es de tanta excelencia, que el cielo le aplaude, la tierra se regocija, y los ángeles saltan de gozo siempre que le pronuncian: *Tantæ virtutis et excellentiæ est hoc nomen, ut cœlum rideat, terra lætetur, angeli congaudeant cùm Maria nominatur.* Si por cierto (añade este venerable varon), toda la santísima Trinidad te dió este respetable nombre, para que al oirle doblen la rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y del infierno: *Dedit tibi, Maria, tota Trinitas nomen, ut in nomine hoc, omne genu flectatur cœlestium, terrestrium, et infernorum.* A la verdad, dice san Bernardo, ningun otro nombre podia convenir mejor á la Madre de Dios, que el de María; ni era posible hallar otro que mejor explicase su grandeza, su dignidad y su excelencia. *Nomen Virginis Mariæ, quod interpretatum maris stella dicitur, et matri Virgini convenienter aptatur* (1). Es María aquella hermosa y brillante estrella que alumbra elevada sobre el espacioso mar

(1) Hom. super Missus est.

del mundo : *Ipsa est præclara, et eximia stella, super hoc mare magnum, et spatiosum necessariò elevata.* Ella es la que guia á los que navegan engolfados en este proceloso mar. Lo mismo es perder de vista esta estrella, que exponerse á la funesta necesidad de desviar del rumbo, dar en escollos, y correr á un lastimoso naufragio : *Ne avertas oculos à fulgore hujus sideris, si non vis obrui procellis.* Son frecuentes en este inquieto mar las tempestades; está sembrado de escollos; no hay puerto donde se pueda ancorar al abrigo de los vientos; ninguno que no esté expuesto á furiosos uracanes; si quieres librarte del naufragio, *respice stellam, voca Mariam*; mira á esta estrella, invoca sin cesar el nombre de María. Si las desgracias te atropellan, si las adversidades te combaten y medio te derriban; si los adversos acasos de esta vida van como á sumergirte y ahogarte, mira á esa estrella, invoca el santo nombre de María. *Si adversitatès tribulationum te jactent, et superantes te, quasi prosternant, invoca Mariam* (1). El nombre de María, decia san Antonio de Padua, llena de gozo y de consuelo á cuantos le pronuncian con devocion y con respeto. Es mas dulce al paladar que la miel; mas grato al oido que la mas armoniosa melodía; mas delicioso al corazon que el júbilo mas exquisito. *Nomen virginis Mariæ, mel in ore, melos in aure, jubilus in corde.* Despues del dulcísimo nombre de Jesus, dice el célebre Alano de Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de Paris, ¿qué otro nombre debe ser mas frecuente en la boca de los fieles que el de María? Por tanto, con mucha mas razon se compara á un suavísimo oleo derramado, cuya fragancia se difunde por todas partes. *Cujus nomen præconizatur in mundo, nisi Virginis hujus? Cujus laus celebratur in ore populi fidelis, nisi*

(1) In cap. 1, Luc.

virginis Mariæ? Unde eleganter fama et gloria nominis ejus oleo effuso comparatur. Aun adelanta mas san Anselmo la veneracion de este santo nombre. Muchas veces, dice, se consigue la gracia y la misericordia con mas prontitud invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesus: *Velocior est non-nunquam salus, memorato nomine Mariæ, quàm invocato nomine Jesu* (1). Luego que se pronuncia el nombre de María, dice el sabio Pedro Blesense, hinca la Iglesia la rodilla, y lo mismo es pronunciarle, que renovarse en los pueblos la devocion. *Ecclesia, audito nomine Mariæ, genua terræ infigit, quia præ nominis reverentia quasi mare confragosum sonant vota populorum.*

Desde el principio de la religion cristiana, desde los primeros tiempos de la Iglesia se acostumbraron piadosamente los fieles á no separar los augustos nombres de Jesus y de María, no invocando el uno sin el otro desde aquellos felices siglos del primitivo fervor. Nunca envejeció en la Iglesia la religion. Así como los verdaderos cristianos de nuestros tiempos profesan al Hijo el mismo amor y el mismo respeto, así tambien profesan á la Madre la misma ternura y la misma veneracion. Por eso andan juntos de ordinario estos dos santísimos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos. Por eso con alguna proporcion se puede decir de María lo que dice san Pablo del Verbo encarnado en sus entrañas, que María es tanto mas superior á las celestiales inteligencias, cuanto el nombre que se le concedió en señal de su grandeza es para nosotros prueba concluyente de su mayor distincion: *Tantò melior angelis, quanto differentius præ illis nomen hæreditavit.* Dice san Pedro Crisólogo que el nombre de *María* significa en latin *señora*: *Maria latinè domina nuncupatur.* Por ser la Soberana

(1) Lib de excellent. Virg.

de los ángeles y de los hombres, se llama por excelencia *nuestra Señora*, siendo esta prerogativa especial suya, de suerte que así la apellida la Iglesia y todas las naciones. En todas ellas retiene este nombre el mismo carácter de grandeza y de soberanía, pues en todas significa *nuestra Soberana*, así como, hablando de su Hijo, significa *nuestro Soberano* el nombre de nuestro Señor.

San Bernardo, que no malogra ocasion de manifestar los ardores y los tiernos afectos de su corazon para con esta Madre de bondad y de misericordia, aludiendo al sonido y significado de su nombre, como tambien á lo mucho que sirve á los navegantes la estrella que llaman del Norte, siendo ella la que dirige sus rumbos, explica elocuentemente lo mucho que debemos esperar de la asistencia de María, profesando tierna y afectuosa devocion á su santo nombre. *Et nomen virginis, Maria.* ¡Oh, y qué admirablemente conviene este santo nombre á la santísima Vírgen María! Este nombre, dice, además de significar reina, señora y soberana, significa tambien estrella del mar: *Quod interpretatum, maris stella dicitur* (1). Es María aquella resplandeciente, aquella brillante, aquella célebre estrella de Jacob, cuya luz baña á todo el mundo, cuyo resplandor se eleva hasta el mismo cielo, penetra los abismos, y derramando sus benignas influencias sobre toda la tierra, calienta los corazones mas que los cuerpos, fomenta las virtudes, y deseca el vicio hasta dejarle sin vida. No puedes ignorar, seas quien fueres (continúa el mismo santo) que, mientras vives en este mundo, navegas en un borrascoso mar, combatido perpetuamente de las tempestades, llevándote á todas partes la violencia de las olas: *Ne avertas oculos à fulgore hujus sideris, si non vis obrui procellis*: No desvies los ojos de este resplandeciente

(1) Hom. 2 super Missusest.

astro, si no quieres ser sumergido en las borrascas: *Si insurgant venti tentationum*, si soplaren furiosos los vientos de las tentaciones : *Si incurras scopulos tribulationum*, si fueres ya como á estrellarte contra los escollos de las tribulaciones y de las adversidades, levanta los ojos á esta estrella, invoca el nombre de María : *Respice stellam, voca Mariam.* Si te consume el fuego de la cólera : si el maligno espíritu de la avaricia te devora : si el orgullo excita en tu corazon peligrosas tempestades : si la concupiscencia te pone á riesgo de padecer triste y miserable naufragio : *Si jactaris superbiæ undis, si carnis illecebra naviculam concusserit mentis*, recurre á María, *respice ad Mariam.* Si te conturba el horror de tus pecados : si tu conciencia se estremece á vista de su gravedad y de su número : si el temor de los terribles juicios de Dios te induce á desesperacion, y á vista de él desmaya en tu corazon la confianza, *cogita Mariam*, pon la consideracion en María : este santo nombre sosegará tus sobresaltos, y dispertará tu confianza y tu amor, *in periculis, in angustiis, in rebus dubiis.* En todos los peligros de la vida, en todos los tropiezos de esta peligrosa carrera, en los negocios espinosos, en los mas azarosos accidentes, *Mariam cogita, Mariam invoca*, acude á María, invoca á María : no se caiga de tus labios este santo nombre, y esté perpetuamente grabado en el centro de tu corazon : *Non recedat ab ore, non recedat à corde.* Ten por cierto que, mientras no pierdas de vista á María, no te descaminarás : *Ipsam cogitans, non erras* : mientras estés debajo de su proteccion, no tienes de que temer. *Ipsa protegente, non metuis*; y una dichosa experiencia te enseñará que con mucha razon tiene el nombre de María, es decir, de Madre de misericordia, de estrella del mar, de Señora y refugio de pecadores : *Et sic in temetipso experieris quàm meritò dictum sic : et nomen virginis Maria.*

Llenad, ó divina María, llenad toda la extension de este magnífico nombre. Seais honrada en el cielo, reverenciada en la tierra, y respetuosamente temida en el infierno. Reinad despues de Dios sobre todo lo que está debajo de Dios: pero sobre todo reinad en mi corazon. Vos seréis mi consuelo en mis trabajos, mi fortaleza en mis desmayos, mi consejera en mis dudas. Solo con pronunciar el nombre de María se animará toda mi confianza, y se encenderá todo mi amor. ¡Ojala pudiera yo grabar profundamente este santo nombre en todos los corazones! ¡Oh si le pudiera grabar en la boca de todos los mortales, moviéndolos á todos á que me ayudasen á celebrarle! *María*: ¡ó nombre con cuya dulce invocacion ninguno debe desesperar! *María*: ¡ó nombre tantas veces combatido, pero siempre victorioso, siempre triunfante! *María*: ¡ó nombre siempre grato, siempre dulce, siempre saludable á mi alma! nombre que me serena en mis temores, que me anima en mis desalientos, que me sostiene en mis empresas. Pronunciaréle todos los dias de mi vida, y siempre que le pronuncie, irá acompañado con el sagrado nombre de Jesus. El Hijo me recordará á la Madre, y la Madre me recordará el Hijo. *Jesus, María*; esto es lo que mi boca repetirá mil veces en la hora de la muerte. *Jesus, María*; esto es lo que no dejará de repetir interiormente mi corazon cuando no puedan los labios pronunciarlo. Me repetirán hasta mi último suspiro este nombre de Jesus y este nombre de María; y hasta el último suspiro serán para mí dos nombres de confianza, de ternura, de bendicion y de salvacion eterna. Así sea.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, el suplicio de san Doroteo y de san Gorgon, mártires, quienes, disfrutando de los mayores honores cerca del emperador Diocleciano, manifesta-

ron el mayor horror á la persecucion que ejercia contra los cristianos: fueron desde luego colgados en el aire en su presencia, y despedazados á azotes. Luego sus entrañas desolladas fueron salmorreadas, y asadas en unas parrillas, y por último los acabaron de matar ahorcándolos. Con el tiempo el cuerpo de san Gorgon fué llevado á Roma, depositado en la via Latina, y de allí trasladado á la basílica de San Pedro.

En el país de los Sabinos, á treinta millas de Roma, san Jacinto, san Alejandro y san Tiburcio, mártires.

En Sebaste, san Severiano, soldado del emperador Licinio, el cual, visitando á menudo los cuarenta mártires encarcelados, fué por órden del presidente Lisias colgado en el aire con una piedra atada á los piés, azotado y muerto en medio de los mayores tormentos.

Dicho dia, el suplicio de san Straton, quien consumó su martirio atado á dos árboles y descuartizado por Jesucristo.

Tambien en este dia, san Rufino y san Rufiniano su hermano recibieron la palma inmortal.

En Roma, san Sergio, papa y confesor.

En tierra de Teruena, san Omer, obispo.

En Irlanda, san Kiaran, abad.

En Vence, san Veranio, obispo, hijo de san Euquerio de Leon.

En los confines del Perche y del Maine, entre Montmirail y La Ferte-Bernard, san Ulfacio, solitario.

En la diócesis de San Malo, san Oneino, monje de Saint-Mein.

Entre los Griegos, san Teófanes, confesor.

En la misma nacion, el martirio de san Artemidoro, quemado por Jesucristo.

En Staffort en Inglaterra, san Bertomo, penitente.

En dicho reino, santa Vulfilda, vírgen, abadesa.

La misa es en reverencia del santo nombre de María, y la oracion la que se sigue.

Concede, quæsumus, omnipotens Deus, ut fideles tui qui sub sanctissimæ Virginis Mariæ nomine et protectione lætantur, ejus pia intercessione à cunctis malis liberentur in terris, et ad gaudia æterna pervenire mereantur in cœlis. Per Dominum nostrum.

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, concedas á todos vuestros fieles siervos, que ponen con alegría su confianza en el nombre y en la proteccion de la santísima Vírgen María, que por su intercesion sean libres de todos los males tan frecuentes en la tierra, y que merezcan despues llegar á la alegría eterna que se goza en el cielo. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 24 de la Sabiduría.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhuc esurient: et qui bibunt me, adhuc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor; y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen, tendrán todavía hambre; y los que me beben, tendrán todavía sed. El que me escucha, no será confundido; y aquellos que obran por mí, no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

NOTA.

« Todas las plantas que especifica en este lugar la
» sagrada Escritura producen frutos exquisitos, y
» tienen virtudes maravillosas; por lo que son sím-
» bolos de las diferentes virtudes que resplandecen
» en la santísima Vírgen en sublime grado de perfec-
» cion, siendo esta misteriosa alegoría su verdadero
» retrato. »

REFLEXIONES.

La memoria de mi nombre se comunicará á todos los siglos. No se dirá lo mismo de esos nombres pomposos, magníficos, que hacen tanto ruido en el mundo, y de los cuales se hace tanta vanidad. ¿Qué es lo que dejan despues de sí esos grandes nombres, sino la memoria de un palacio, de un empleo que se arruinó ó se perdió con el tiempo, ó el de una posesion que quizá en cada siglo mude muchas veces de dueño? Es cierto que muchos quedaron ilustrados con las hazañas de esos héroes que tanto se preconizan; pero ¿qué veneracion se tributa á esos nombres grandes, ni qué virtud tienen estos en la boca de los hombres? ¡Ah, que la mayor parte de esos magníficos nombres no hacen hoy mas efecto en los fastos de la historia que el que hacen otros igualmente majestuosos en el país de la fábula. Despues de todo, ¿qué mérito comunica un nombre grande á quien no tiene virtud? No sucede así con el santo nombre de María; por mas de mil y ochocientos años pasó su memoria hasta nuestro siglo, y correrá igualmente respetable por todos los futuros hasta el fin del mundo, tan digno de la veneracion de los fieles como el primer dia que se le impuso. Nombre siempre igualmente significativo, igualmente expresivo del mérito lleno, y casi infinito en la persona que le tiene; siempre tan eficaz para excitar nuestra confianza en la santísima

Virgen, como el sagrado nombre de Jesus para encender nuestro amor y nuestra esperanza en nuestro dulce Salvador. Todos esos pomposos nombres de familias, de estados y posesiones son bien vanos y verdaderamente vacíos; son títulos, son documentos de nobleza; pero no son méritos ni virtudes. El santo nombre de María nos presenta una idea harto mas noble y harto mas llena de consuelo; tráenos á la memoria que esta bienaventurada criatura, bendita entre todas las mujeres, recibió la plenitud de gracias; que por singular, por único privilegio, en el primer instante de su concepcion fué mas pura, mas santa, mas inmaculada, mas agradable á Dios que todos los ángeles y todos los santos juntos lo son actualmente en la gloria. Dícenos este santo nombre que la que le tiene es madre de Dios, reina del cielo y de la tierra, nuestra medianera con el mismo Dios; dícenos que es nuestra poderosa protectora, nuestra abogada, nuestro último recurso con el soberano Juez, nuestro consuelo, nuestra grande esperanza, como la llama san Agustin; nuestra vida, como canta la Iglesia; que es madre de gracia, madre de misericordia, y nuestra querida madre; y que el amarla con una filial ternura, con una devocion religiosa y verdadera es señal de predestinacion. Bien se puede decir de este santo nombre con la debida proporcion lo que dice san Pablo del sagrado nombre de Jesus : *Nomen quod est super omne nomen.* Nombre augusto, nombre respetable, nombre que bajó del cielo, y que es superior á todo nombre. Pues la memoria de este santo nombre es la que pasará por la sucesion de todos los siglos.

El evangelio es del cap. 1 de san Lucas.

In illo tempore : Missus est angelus Gabriel à Deo in civitatem Galilææ, cui nomen Na-

En aquel tiempo : Fué enviado por Dios el ángel Gabriel á una ciudad de Galilea, lla-

zareth, ad virginem desponsatam viro, cui nomen erat Joseph, de domo David, et nomen virginis Maria. Et ingressus Angelus ad eam, dixit: Ave, gratia plena, Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus. Quæ cùm audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio. Et ait Angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum: ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et Filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus: et regnabit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis. Dixit autem Maria ad Angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? Et respondens Angelus, dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei. Et ecce Elisabeth, cognata tua, et ipsa concepit filium in senectute sua: et hic mensis sextus est illi, quæ vocatur sterilis; quia non erit impossibile apud Deum omne verbum. Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundùm verbum tuum.

mada Nazareth, á una vírgen desposada con un varon, por nombre José, de la casa de David, y el nombre de la vírgen era María. Y habiendo entrado el Angel á su presencia, le dijo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres: lo cual oyendo ella, se turbó á sus palabras, y pensaba qué suerte de salutacion fuese esta. Y el Angel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia delante de Dios. Mira, concebirás, y parirás un hijo, y le pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y se llamará el Hijo del Altísimo: y le dará el Señor Dios la silla de su padre David: y reinará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin. Dijo María al Angel: ¿Cómo se ha de hacer esto si yo no conozco varon? Y respondiendo el Angel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra. Y por esto tambien lo que ha de nacer de tí, que será santo, se llamará Hijo de Dios. Y mira, Isabel tu parienta tambien ha concebido en su vejez un hijo, y está ya en el sexto mes la que se decia estéril; porque para Dios nada será imposible. Dijo, pues, María: Hé aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION AL SANTO NOMBRE DE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no ha habido santo que no haya profesado singular devocion al santo nombre de María, y que no haya experimentado los saludables efectos de esta dulce devocion: ¡Oh, qué dichoso seré yo, decia san Gregorio Nazianzeno, si merezco morir con el santo nombre de María en la boca! Abriráseme sin dilacion la puerta del cielo como se abrió la puerta del arca á la paloma cuando se presentó delante de ella con el ramo de oliva en el pico. Mas para tener este santo nombre en la boca en la hora de la muerte es menester traerle grabado en el corazon durante el tiempo de la vida. Esta es muy de ordinario la última palabra que pronuncia un moribundo, y tambien la última que se le oye. ¡Qué consuelo causa este santo nombre en aquella hora al que por espacio de una larga vida tomó el gusto á toda su dulzura! *Jesus, María;* estos son los sagrados nombres que, por decirlo asi, han ser nuestro santo y seña para penetrar en el celestial alcázar, para la eternidad. Con estos nombres, respetables á los ángeles, y formidables á los demonios, no hay que temer que seamos mal recibidos del soberano Juez. Mucho importa que se nos hagan muy familiares en vida para que nos sirvan de gozo, de confianza y de consuelo en la hora de la muerte. Los enemigos de nuestra salvacion, las potestades de las tinieblas braman al oir los nombres de Jesus y de María; no los pueden oir sin ponerse en precipitada fuga. Comprende esto muy bien la santa Iglesia cuando exhorta á sus ministros á que los repitan sin cesar al oido de los cristianos moribundos, es decir en aquellos momentos críticos y decisivos de

la suerte eterna, en aquellos momentos en que todas las potestades del infierno hacen los últimos esfuerzos para atemorizar, para tentar y para inducir á desesperacion á los fieles. ¡Oh, y qué confianza tiene en aquella hora un verdadero siervo de María en la poderosa proteccion de esta buena madre! ¡con que gusto pronuncia entonces un nombre que tanto ahuyenta y y desvía á los enemigos formidables de la salvacion, aquietando al mismo tiempo una conciencia siempre sobresaltada! El nombre solo que la santísima Vírgen recibió en su nacimiento nos da á conocer lo que ella es, y lo que debemos esperar por medio de ella. Llámase María, y este misterioso nombre en sus diferentes significaciones explica sus grandezas y alienta nuestra esperanza. Declaranos que tendrá un soberano poder en el cielo y en la tierra, y que es reina de los ángeles y de los hombres. A ninguna mejor que á vos puede convenir este augusto título, ó Vírgen santa, ni tampoco mas justamente que á vos; pues en calidad de madre de Dios no solo se sujetó á vos todo el mundo, sino que el mismo dueño del mundo os estuvo sujeto, segun la expresion del Evangelio. Haced que experimente yo los dulces efectos de este santo nombre, el que deseo tener grabado en mi corazon aun mas que en mi boca; y espero que le tendré continuamente en la boca, precisamente porque le tendré profunda y eternamente grabado en el corazon.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, que despues del nombre de Jesus, el nombre mas augusto, mas santo y mas venerable de todos los nombres es el nombre de María. Por eso se observa que todos los santos padres usaron casi de los mismos términos cuando hablaban del nombre del Hijo y del nombre de la Madre. Atribuyéronles las mismas ventajas, y les concedieron casi las mismas

virtudes. Los fieles de los primeros siglos profesaron á estos dos santos nombres tan profundo respeto, tan afectuosa devocion, que fácilmente se reconocia eran movidos por un mismo principio. Sabian por su misma dichosa experiencia que el nombre de María, á semejanza del nombre de Jesus, es el horror del infierno y la alegría del cielo; que sosiega las tempestades, calma el mar y disipa las tormentas; que en las aflicciones nos consuela; que en las adversidades nos fortalece; que en las enfermedades nos alivia, que es un dique, por decirlo asi, contra las mas fuertes oleadas de las pasiones; que tiene virtud para conjurar las tentaciones mas violentas, y producir en el alma la mas dulce paz; que, en fin, este augusto nombre es como el compendio de los títulos y de las grandezas de la Madre de Dios. De aquí nace que desde los primeros tiempos de la Iglesia se acostumbraron los fieles á no separar los dos augustos nombres de Jesus y de María, siendo constante que en aquellos primeros siglos no se pronunciaba el uno sin el otro, ó por la recíproca ternura del Hijo y de la Madre, de quienes eran estos nombres los símbolos mas naturales, ó por la virtud que ellos tenian en sí y por los auxilios eficaces de que eran seguras prendas. Con efecto, ¿cómo es posible pronunciar el santo nombre de María sin acordarse que es madre de Dios, y que despues de él todo lo puede; que es madre de los hombres, amándolos á todos con ternura; que es refugio y abogada de pecadores, deseando ardientemente su salvacion? Es verdad que ningun consuelo encuentran en el nombre de María aquellos pecadores empedernidos que quieren perseverar en sus culpas. Pero es un manantial inagotable de dulzura y de consuelo para un pobre pecador, que á la verdad por el desbarate de su vida incurrió en la desgracia de Dios; pero movido de un sincero arrepentimiento desea

romper los lazos y enderezar sus descaminos. ¡Qué afectos tan vivos de sentimiento, de dolor, de arrepentimiento y de confianza siente un tal pecador al pronunciar con devocion y con respeto el santo nombre de María! A este solo nombre despiertan la religion y la fe en un pecador penitente. A este dulce nombre se enciende toda la piedad en una alma justa. *María*; al pronunciar este nombre, me acuerdo que es la madre de Dios y la mia: *María*; al pronunciar este nombre, me acuerdo que tengo en ella una abogada con mi Salvador, una medianera con mi divino Mediador, una protectora todopoderosa con mi soberano Juez. *María*; al pronunciar este nombre, se excita toda la ternura de un hijo para con su querida madre, se enciende toda la devocion, se inflama toda la caridad, y se aumenta toda nuestra esperanza. *María*; ¡ah y con qué suavidad, con qué consuelo se pronuncia en la hora de la muerte el santo nombre de María cuando se tuvo grabado en el corazon toda la vida!

Llénese, ó divina María, llénese toda la extension de vuestro augusto nombre. Sed honrada en el cielo, reverenciada en la tierra, y temida en el infierno. Reinad despues de Dios en todo lo que está debajo de Dios; pero sobre todo reinad en mi corazon. Desde hoy en adelante vos seréis todo mi consuelo en mis trabajos, toda mi fortaleza en mis flaquezas, y mi única consejera en todas mis dudas. Oh, si pudiera yo grabarle profundamente en todas las almas! ¡oh, si le pudiera poner en la boca de todos los hombres, obligándolos á celebrarle conmigo! No cesaré de hacerlo ningun dia de mi vida; le pronunciaré, le respetaré, y le honraré mientras viva para pronunciarle con mayor confianza en la hora de la muerte.

JACULATORIAS.

Gloriabuntur in te omnes qui diligunt nomen tuum, quoniam tu benedices justo. Salm. 5.

Colmarás de gloria y de bendiciones, ó Vírgen santa, á todos los que aman y honran tu santo nombre.

Quàm admirabile est nomen tuum in universa terra! Salm. 8.

¡O dulce Vírgen María, y qué admirable es tu santo nombre en todo el universo!

PROPOSITOS.

1. El nombre de María alegra á los ángeles, consuela á los hombres y ahuyenta á los demonios. Despues del nombre de Jesus no hay otro ni mas dulce, ni mas poderoso, ni mas saludable que el nombre de María. Tenle sin cesar en la boca, dice san Bernardo; pero tenle mas profundamente grabado en el corazon. Pronúnciale muchas veces al dia: pero guárdate de que la costumbre disminuya el respeto que debes profesar á nombre tan respetable. Da principio al dia pronunciando con devocion los santos nombres de Jesus y de María despues de haberte persignado con la señal de la cruz, y pon fin á él de la misma manera. Habiendo de ser estas las últimas palabras que te sugerirán en la hora de la muerte, háztelas familiares mientras te durare la vida. Es ya como una especie de inclinacion ó instinto natural en todos los cristianos pronunciar los santos nombres de *Jesus* y *María* en todos los acaecimientos repentinos y funestos accidentes. La misma religion fué la que inspiró estas dos voces, *Jesus, María,* desde el principio de la Iglesia como un afecto de admiracion, ó como una exclamacion apasionada, en lugar de tantas interjecciones que desaprobó y condenó. Pronúncialas siempre con religiosa piedad.

2. La misma Iglesia te enseña con su ejemplo esta santa costumbre. Despues de la señal de la cruz, da principio á todas las horas canónicas con el *Pater noster* y el *Ave, María;* y quiere que todos sus ministros en las funciones sagradas, hasta en el santo sacrificio de la misa, en señal de reverencia á este santo nombre, hagan una inclinacion con la cabeza siempre que le pronuncian. Los primeros nombres que se deben enseñar á los niños son los sagrados nombres de Jesus y de María, y estos son los que han de oir á sus padres con la mayor frecuencia.

DIA DIEZ.

SAN NICOLÁS DE TOLENTINO, CONFESOR.

San Nicolás, llamado de Tolentino por la ciudad donde hizo mas larga residencia, y en que dió fin á su santa vida, nació en el pueblo de San Ángelo, cerca de Fermo, ciudad de la Marca de Ancona. Salió á la luz del mundo por los años 1239, de padres honrados y de mediana condicion, poco abundantes en bienes de fortuna, pero señalados por su vida ejemplar, y ricos en cristianas virtudes. No habian tenido hijos; y su madre, que tenia por nombre Amada, se hallaba ya en edad que no le prometia sucesion. Rezando un dia sus devociones se halló interiormente movida á ir en peregrinacion á san Nicolás, obispo de Mira, esperando conseguir por su intercesion un hijo que fuese fiel imitador de sus virtudes, y á su ejemplo un gran santo en la Iglesia del Señor. Comunicó su pensamiento á su marido, llamado Compañon, y ambos de comun acuerdo resolvieron hacer juntos aquella devota romería. Habiendo llegado á Bari, pasaron inmediatamente á hacer oracion á la iglesia



S. NICOLÁS

DE TOLENTINO.

de San Nicolás, y fatigados del camino, se quedaron dormidos en la misma iglesia. Aparecióseles en sueños el santo vestido de pontifical, y les aseguró tendrian un hijo, á quien impondrian su mismo nombre, que se haria célebre por la pureza de sus costumbres y por la santidad de su vida.

Muy luego el efecto verificó la vision. Nueve meses despues dió Amada á luz un hijo, á quien se puso el nombre de Nicolás en el bautismo, y desde entonces fué todo el objeto de su ternura y de sus desvelos aquel hijo de sus oraciones. Ya parecia merecerlo bien el mismo niño Nicolás desde los arrullos de la cuna por su apacible natural y por su inclinacion á la virtud, que se dejó notar desde el mismo nacimiento.

Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien adelantando en cordura, siendo la oracion el único ejercicio que le divertia. No era menester mas para alegrarle, que decirle iban á llevarle á la iglesia; y como tenia continuamente á la vista los ejemplos de virtud que le daban en todo sus virtuosos padres, y no oia de ellos otra cosa que lecciones y máximas de religiosa piedad, hizo en tan buena escuela progresos muy superiores al corto número de sus años. Habiendo oido decir que san Nicolás, siendo todavia muy niño, ayunaba tres veces en la semana, quiso él hacer lo mismo, y desde los siete años de su edad hasta su muerte observó inviolablemente esta santa costumbre. Hízose admirar desde luego su compostura en el templo y su tierna devocion sobre todo á la santísima Vírgen. Cuando oia misa, les parecia á todos estar viendo un ángel al pié de los altares. Al elevarse la sagrada hostia, era tal la inflamacion del semblante, su respeto, su devocion y sus lágrimas, que todos los circunstantes se persuadian estaba viendo con los ojos corporales á Jesucristo en la divina Eucaristía.

Pero lo que singularmente se dejaba observar con mucha admiracion era su particular amor á la pureza. En medio de su tierna edad no solo huia los cariños, sino aun la vista de las mujeres. Pasaba en oracion horas enteras con tanta intension y aplicacion como pudieran las personas mas ejercitadas en la vida espiritual. Su hambre por oir la palabra de Dios era verdaderamente asombrosa; escuchábala con toda la modestia y con todo el recogimiento de los hombres mas maduros. Desde su infancia miró á los pobres con particular ternura: llevábalos él mismo á la casa de sus padres, y repartía con ellos la comida que le daban.

Tenia excelente ingenio, y en breve tiempo hizo maravillosos progresos en el estudio; pero el estudio nunca le sirvió de ocasion ó de pretexto para aflojar ni para interrumpir sus ejercicios de virtud ni su fervor. Tantas bellas prendas le merecieron un canonicato en la iglesia de San Salvador del Burgo de San Angel; eleccion con que al parecer se podia dar por satisfecha la inclinacion al estado eclesiástico, á los oficios divinos y á todos los actos de virtud que habia manifestado siempre desde la cuna; pero como la prebenda le fijaba en el siglo, no se pudo resolver á conservarla. Hallaba especial atractivo en el retiro, y le pareció no debia abrazar otro partido que el estado religioso. Andaba deliberando sobre la eleccion entre tantos diferentes institutos, cuando oyó un sermon sobre el menosprecio del mundo, que predicó un religioso de la órden de los ermitaños de san Agustin. Quedó tan edificado del zelo del predicador, como convencido de la verdad del asunto; y apenas bajó del púlpito el buen religioso, cuando el jóven canónigo se llegó á él, descubrióle su corazon, manifestóle sus intentos, y le rogó que le facilitase ser recibido en su sagrada religion. Fácilmente reconoció el padre que andaba el espíritu de Dios en aquella

generosa resolucion, y que una vocacion tan señalada no necesitaba de mas pruebas. Desde allí mismo le llevó á la casa de sus padres para que se despidiese de ellos, los cuales, llenos de religion y de piedad, no dieron oidos ni á las voces del interés, ni á los gritos de la carne y sangre, y consintieron con gusto en el partido que su hijo iba á abrazar. Inmediatamente se dirigieron al convento, y Nicolás fué recibido entre los novicios, donde muy desde luego se dejaron admirar de todos su devocion, su mortificacion y su fervor.

Aun no tenia doce años cumplidos el novicio, y ya le proponian por modelo á los mas antiguos de la casa. Convenian todos en que mas habian recibido á un ángel que á un hombre; y hallaron en él tanta inocencia, tanto juicio y tantas virtudes, que, aunque le faltaba la edad necesaria para hacer la profesion, se pidió y se consiguió dispensa para que la hiciese. Empeñado ya con tan solemne obligacion, se persuadió el tierno religioso que no debia poner límites á su fervor y á su zelo. Nunca se vió humildad mas sincera ni mas profunda que la de nuestro santo. Consideraba como superior suyo al mas mínimo religioso del convento; ningun oficio le parecia bastantemente humilde ni penoso; y era dicho comun en la comunidad, que para aliviar á fray Nicolás de sus laboriosos ejercicios, y para darle un gusto verdaderamente exquisito, no habia medio mas eficaz que disponerle alguna humillacion.

Conserváronse siempre en un eminente grado de perfeccion su candor y su pureza. Nunca se marchitó en su alma esta delicada virtud, y todos estaban tan persuadidos de que ella era su verdadero carácter, que despues de muerto resolvieron pintarle siempre con una azucena en la mano. Era su grande mortificacion como el alimento ordinario con que sustentaba su virginidad. Al ayuno del miércoles, viernes y

sábado, que observaba muy rigorosamente todas las semanas, añadió despues el del lunes. Prohibióse para siempre el uso de la carne, y desde la edad de quince años fué nuestro santo un prodigio de mortificacion y de penitencia. Traia continuamente á raiz de las carnes un áspero cilicio sembrado de agudas puntas de hierro que le rodeaba toda la cintura, y como si no bastasen estas inocentes crueldades para saciar el ardiente deseo que tenia de macerar su carne, despedazaba todos los dias su delicado cuerpo con crueles disciplinas de hierro.

Viéndole tan extenuado un pariente suyo, superior de un monasterio de cierta órden mitigada, hizo cuanto pudo para persuadirle que mudase de religion y se pasase á su convento. Sobresaltóse al oir semejante proposicion, y le respondió que no habia entrado religioso para vivir con regalo; y que, habiéndole llamado Dios á la religion que profesaba, esperaba con su gracia vivir y morir en ella. Despues de esta conversacion, tuvo una vision de los ángeles que le consoló maravillosamente, y en ella le dió á entender el Señor lo mucho que le habia agradado tan generosa perseverancia.

Considerando los superiores el mucho bien que resultaria á la religion de sus grandes ejemplos, determinaron mudarle con frecuencia de un convento á otro para que toda la órden participase de tan santo dechado de perfeccion. Enviáronle primero á Reccanati, cerca de Nuestra Señora de Loreto; poco despues á Macerata; despues á san Genés; de allí á Cingola; de Cingola al desierto de Valmane cerca de Pésaro; y en fin, á otros muchos conventos de la religion, hasta que finalmente fijaron su residencia en Tolentino, ciudad episcopal en la Marca de Ancona. Cuando estaba en Cingola, fué ordenado de sacerdote por el obispo Osimo.

No parecia posible que admitiese incremento su virtud segun lo perfecta que ella era. Con todo eso, mostró bien el sacerdocio lo mucho que puede la gracia del sacramento en una alma bien dispuesta. Siendo ya tan santo el nuevo sacerdote, luego que se dejó ver en el altar, recibió su virtud nuevo esplendor, y su fervor nuevos ardores. Siempre parecia un ángel; pero en el altar era serafin. El divino fuego que abrasaba su corazon le salia á los ojos con las dulces lágrimas que derramaba, y se manifestaban en el semblante por los ardores que le encendian. Concurria el pueblo á oir la misa del santo, considerándola como especial sacrificio de propiciacion por todos los asistentes; experimentaban sensiblemente sus efectos, y se comunicaba su particular virtud á las ánimas encarceladas en el purgatorio.

Treinta años residió en el convento de Tolentino, y por todo este espacio de tiempo hizo maravilloso fruto el ardiente zelo que tenia por la salvacion de las almas. Predicaba casi todos los dias, y todos los dias se señalaban sus sermones por alguna ruidosa conversion. Ora enseñase públicamente al pueblo la doctrina, ora instruyese privadamente en la conversacion, tanto en el púlpito como en el confesonario en todas partes se hallaba en él un apóstol. Todo el tiempo que le quedaba libre de estos sagrados ministerios le empleaba en la oracion y en la contemplacion de las cosas celestiales; y en estas íntimas comunicaciones con Dios parecia que gozaba ya su alma las delicias de la bienaventuranza.

Probó Dios largo tiempo su paciencia con frecuentes enfermedades, que jamás alteraron la serenidad, dulzura y apacibilidad que le ganaba los corazones. Nunca estaba mas íntimamente unido con Dios que en estas prolijas enfermedades; nunca mas fervoroso el espíritu que cuando mas debilitado el cuerpo. El

remedio mas soberano para todos sus males era la meditacion de la pasion del Salvador; no aflojó un punto en su abstinencia durante todo aquel tiempo. Reducido un dia á la extremidad, le mandaron los superiores con precepto de santa obediencia comer carne por consejo de los médicos; fuéle preciso obedecer despues de haber representado, suplicado é instado inútilmente; tomó un solo sorbo de caldo, pareciéndole bastante para cumplir con la obediencia, y estrechó tanto á los superiores para que le permitiesen no hacer novedad en sus acostumbradas mortificaciones, que le dejaron vivir y morir en la grande abstinencia que habia profesado.

Muchas veces, pero siempre sin fruto, habia trabajado hasta entonces el demonio en turbar la tranquilidad de su espíritu, ya con visiones espantosas, ya con violentos estremecimientos del lugar donde estaba haciendo oracion, ya tambien con crueles golpes que parecia habian de acabarle, y ya en fin con otros mil artificios. Como nada de esto le salió como deseaba, hizo nuevos esfuerzos para enredarle en sus lazos, armándole uno que tenia un semblante muy especioso. Sugirióle malignamente con la mayor viveza que todo el tenor de su vida era efecto de cierta secreta vanidad, y que aquella porfiada abstinencia de carne, de leche y de pescado que usaba toda la comunidad era en suma una singularidad orgullosa. Sobresaltó extrañamente á nuestro santo este vivísimo temor; pero habiéndosele aparecido Jesucristo, le tranquilizó enteramente, descubriéndole los enredos del enemigo comun. Enseñado así, y como aguerrido y acostumbrado, Nicolás aumentó las penitencias en su misma vejez, mezclando con la amargura del acibar el pan y las yerbas, á que se reducia todo su alimento.

Hallándose extraordinariamente debilitado en una grave enfermedad, creyó que era ya llegada su úl-

tima hora, y de repente se sintió enteramente conturbado y estremecido con el temor de los espantosos juicios de Dios. Era siempre su grande y acostumbrado recurso á la Madre del mismo Dios; y apareciéndosele esta Señora, sosegó enteramente su ánimo, dejándole en una dulce paz, que en lo sucesivo jamás sufrió la mas mínima alteracion. Dícese que la misma Madre de misericordia le mandó hiciese traer unos bocados de pan, los que bendijo la Señora, y comiéndolos Nicolás, quedó perfectamente sano; y en memoria de esta maravilla todos los años se bendicen el dia de su fiesta en las iglesias de su órden los panecillos que llaman de san Nicolás, con ciertas oraciones aprobadas por el papa Eugenio IV, comunicando Dios á estos panecillos benditos maravillosa virtud contra todo género de enfermedades. Refiérese un prodigioso número de milagros que obraba el Señor todos los dias para acreditar y autorizar su caridad. Pidiendo un dia limosna por la ciudad, una pobre mujer le dió un solo pan que tenia, asegurándole ingénuamente que no le quedaba ni mas pan, ni mas trigo, ni mas harina. Movido el santo de tan heróica caridad, rogó al Señor que se la premiase largamente. Fué oida su oracion; porque, volviendo á su casa aquella buena mujer, encontró en ella tanta cantidad de harina, que tuvo con que mantener por largo tiempo á su familia.

Queriendo, en fin, el Señor premiar la inocencia, la devocion y la penitencia de su fervoroso siervo, le favoreció con la vista y con la música armoniosa de los ángeles en los seis últimos meses de su vida. Apareciéronsele muchas veces la santísima Vírgen y san Agustin, dándole á gustar con anticipacion las dulzuras celestiales durante los postreros dias que estuvo vivo en la tierra. En fin, habiendo recibido con nuevo y extraordinario fervor los santos sacramentos, rindió

su inocente alma al Criador el dia 10 de setiembre del año 1309, á los 70 de su edad.

Fué enterrado su cuerpo en la misma capilla donde acostumbraba celebrar el santo sacrificio de la misa, y desde luego se hizo glorioso su sepulcro por los milagros que obró Dios por su intercesion. Canonizóle el papa Eugenio IV el año de 1446. Cierto religioso aleman, movido de un indiscreto amor á su país, abrió de noche la caja donde estaba el santo cuerpo, y hurtando los dos brazos, escapó para Alemania. Caminó á su parecer aceleradamente toda la noche; pero viniendo la mañana, se quedó asombrado cuando se halló á la puerta de su mismo convento. Esta maravilla le obligó á confesar el piadoso hurto, lo que fué causa para que se guardase aquel precioso tesoro en una arca fuerte de tres llaves, de las cuales tiene una el convento, otra el magistrado de la ciudad, y la tercera la ilustre casa Mauriciana.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tolentino, en la Marca de Ancona, la muerte de san Nicolás, confesor, del órden de los eremitas de san Agustin.

En Africa, la fiesta de san Nemesiano, san Félix, san Lucio, tambien otro san Félix, san Liteo, san Poliano, san Víctor, san Yadero, san Dativo y otros, todos obispos, quienes bajo Valeriano y Galiano, cuando comenzó con rabia la persecucion, confesaron al punto á Jesucristo, y fueron cruelmente apaleados, luego cargados de cadenas y condenados á las minas, donde consumaron el combate de su gloriosa confesion de la fe.

En Calcedonia, san Sosteno y san Víctor, mártires, quienes, durante la persecucion de Diocleciano bajo Prisco procónsul de Asia, fueron quemados, despues de haber superado los tormentos de los grilletes y las

fieras. Estos santos se despidieron con el ósculo santo, y puestos en oracion, entregaron el alma á Dios.

En Bitinia, santa Menodora, santa Metrodora y santa Ninfodora, vírgenes, hermanas las tres, quienes, bajo el emperador Maximiano y el presidente Fronton, volaron á la mansion celeste, coronadas por el martirio.

En el mismo lugar, san Apeles, san Lucas y san Clemente, mártires.

En Lieja ciudad de Bélgica, san Teodardo, obispo y mártir, quien dió la vida en defensa de la fe, brillando en milagros despues de muerto.

En Roma, san Hilario, papa y confesor.

En Compostela, san Pedro, obispo, que resplandeció por sus muchas virtudes y milagros.

En la ciudad de Albi, san Salvio, obispo y confesor.

En Novara, san Agapo, obispo.

En Constantinopla, santa Pulqueria, emperatriz y vírgen, ilustre por sus sentimientos de religion y de piedad.

Dicho dia, san Auberto, obispo de Avranches, enterrado en la iglesia del monte San Miguel, que él habia mandado edificar.

En Noyon, san Eunucio, obispo.

En dicha ciudad, san Guillermo, obispo, venerado en Laon.

En Alejandría, los santos mártires Nemeso, Amon, Orion y otros muchos.

En Oriente, san Baripsabas, anacoreta, venerado como mártir en San Atanasio de Roma.

En Nola, san Paulino el mozo, obispo.

En Egipto, santa Carmondica, solitaria.

En Etiopia, san Isaac Badaseo.

En Irlanda, san Finan, obispo de Magbile.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Nicolai, confessoris tui solemnitate deferimus; ut, qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oye, Señor, benignamente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor san Nicolás, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos asistidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 4 de la primera del apòstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros necios por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros, sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Reprende san Pablo en este capítulo á los Corin-
» tios, porque se gloriaban de los ministros que les
» habian predicado el Evangelio, y sobre todo de los
» dones que habian recibido, como si se los debiesen
» á sí mismos; por lo que estaban llenos de propia
» estimacion, y menospreciaban á los apóstoles, de
» los cuales hace san Pablo un retrato muy parecido,
» refiriendo en compendio sus trabajos apostólicos. »

REFLEXIONES.

Unos hombres destinados á la muerte, expuestos al furor de las irritadas fieras para diversion de un numeroso pueblo que concurria á este espectáculo: esta es la idea que formaba el apóstol san Pablo de los varones apostólicos, gloriándose él mismo de este tropel de persecuciones, de ultrajes y de malos tratamientos. Los monstruos con que habian de combatir eran el error, la idolatría y las pasiones; los ángeles y los hombres espectadores de este glorioso combate, y el mismo Señor presente á él para sostener y para animar á sus generosos atletas. El mundo, que solo pretendia insultarlos, fué convertido en premio del combate, y su conquista efecto inmediato de la victoria. Este solo milagro vale por todos cuantos se han obrado para probar la verdad de nuestra religion; y con efecto, esta es la mayor demostracion de que es verdaderamente divina. En vista de este retrato formado de los trabajos y humillaciones del Apóstol, no debemos estar menos penetrados de reconocimiento que de admiracion. Si san Pablo y los demás apóstoles padecieron tanto, fué precisamente por anunciar la fe á aquellos de quienes nosotros la recibimos. Pero ¿dónde está la promesa que hizo Cristo á sus apóstoles de que nada les fal-

taria? Faltóles todo, á excepcion de los abatimientos, las cruces y los trabajos. Digámoslo mejor, nada faltó á los apóstoles desde el mismo punto que tuvieron valor para sufrir los trabajos del apostolado, y para sacrificarlo todo á los intereses de su divino Maestro. Sirviendo el Apóstol al altar, se sustenta con el trabajo de sus manos. ¡O buen Dios, y qué reprension para aquellos ministros ociosos, que algunas veces quisieran sostenerse del altar sin servirle y sin trabajar por él! Enriquece la piedad de los fieles á los ministros del Señor, para que desembarazados de los cuidados temporales, puedan dedicarse enteramente á trabajar en la salvacion de las almas. Pero ¡cuántas veces son estas mismas riquezas para algunos de ellos fatal ocasion de una vergonzosa ociosidad, y no pocas de una muy culpable negligencia! No son menos conocidos los discípulos de Jesucristo por los ultrajes y por las maldiciones que reciben de los impíos y de los libertinos, que por las bendiciones que derrama Dios sobre las fatigas de su zelo, y por los beneficios que ellos mismos retribuyen á los que los tratan peor. Corresponder al mal con bien es una gloriosa victoria, que se consigue tanto de sí mismo como del enemigo : es un secreto encanto, que le desarma, ó en caso de que se le resista, es la mas sensible venganza que se puede tomar de su malignidad. Solo aquel Señor que formó el corazon del hombre puede mudar de esta manera los mas naturales movimientos, enseñándonos á vengar las injurias con bendiciones y con beneficios. Esto es sin duda lo que mas contribuyó al establecimiento de la fe. Mas fácil era resistirse á los milagros de los fieles, que dejar de rendirse á los ejemplos de su paciencia : *Non ut confundam vos, hæc scribo.* El pastor caritativo, que solo reprende para corregir, siempre se acuerda que es padre; y templando oportunamente la autoridad de

superior con la bondad paternal, rectifica con el amor aquella excesiva dósis de temor servil que se puede mezclar en el castigo; y este temor así rectificado hace mas eficaz el amor que inspira en el corazon de los súbditos.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quò fur non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

DE LA INCERTIDUMBRE DEL ESTADO EN QUE NOS HALLAMOS

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa nos debe estremecer mas que la incertidumbre del estado en que se halla actualmente nuestra alma, y del estado en que se hallará por toda la eternidad. Solo podrá aquietarnos y sufocar nuestros justos sobresaltos una fe medio apagada, una deplorable ceguedad. No sabemos si estamos en gracia ó en pecado. Por ajustada que sea nuestra vida, por irreprensible que nos parezca, *nemo scit*, no sabemos si nos conservamos en la amistad de Dios, ó vivimos en desgracia suya. *Nomen habes quòd vivas*, decia el ángel al obispo de Sardis: la apariencia es de vivo, pero en la realidad estás muerto. Aunque se haya pasado la vida en el mas

horroroso desierto, aunque se haya envejecido en los rigores de la mas aústera penitencia, aunque se hayan hecho á Dios los mayores sacrificios, todavía no se puede asegurar que esté el alma en su gracia, *nemo scit*. Los Antonios, los Pablos, los Hilariones vivieron con esta congojosa incertidumbre; temieron hasta el mismo punto de la muerte; y unos hombres llenos de maldades, unos hombres rodeados de escollos en que peligra la inocencia, unos hombres entregados á los pasatiempos, unos hombres sacrificados á la delicadeza y al regalo, ¡viven muy tranquilos sobre el estado de su eterna suerte! De buena fe, ¿en qué fundarán esta tranquilidad? Y si el pensamiento de la eternidad nos estremece, ¿en qué consistirá que produzca en nosotros tan poca enmienda? Se vive con una triste incertidumbre de la salvacion, ¡y todavía se va adelante con las diversiones! ¡y todavía se vive con tibieza! ¡y todavía se pasan los dias en una indolencia lastimosa! ¿Comprendemos bien este misterio de iniquidad? Todo nos espanta en la hora de la muerte; la vista sola de un crucifijo, el nombre solo de extremauncion, el solo nombre de viático. La triste incertidumbre de nuestro estado y de nuestra suerte, es la que nos causa estos crueles sobresaltos; ¡y se pasa la vida en un eterno olvido de Dios! ¡y se hace todo lo que se puede para que sean mas inciertas esta suerte y esta salvacion! Puede ser que á fuerza de no pensar en eso, como lo hacen los cristianos flojos; puede ser que á fuerza de aturdirse voluntariamente, y de atolondrarse sobre lo que está por venir, como lo hacen los disolutos; puede ser que desviando con todo cuidado el pensamiento de nuestra conciencia; puede ser que todo esto conduzca para que temamos menos. Pero ¿nos atreveremos á decir seriamente que lo creemos así? *Nemo scit.* ¡Cruel incertidumbre! Y aunque estuviéramos en

estado de gracia, ¿ sabemos si perseveraremos? ¡pues cuánta razon tenemos para trabajar en el negocio de nuestra salvacion con temor y con temblor, como dice el Apóstol, sabiendo que no hay estado, ni virtud, ni santidad que nos pueda librar de esta espantosa incertidumbre! Con todo eso, ¡pasamos los dias de la vida en delicias, en delicadezas y en diversiones! Comprende, si puedes, la iniquidad, y aun la irregularidad de esta miserable conducta.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que mientras estamos en esta vida todas las cosas conspiran á mantenernos en esta incertidumbre, en este saludable temor. Los impedimentos exteriores de nuestra salvacion, las tentaciones, los ejemplos y las ocasiones : los estorbos que nacen de nosotros mismos, nuestras pasiones, nuestras inclinaciones y nuestras malas costumbres : el secreto impenetrable de nuestra perseverancia y de nuestra predestinacion, todos son poderosos motivos para confundir nuestra presuncion, para vencer nuestra cobardia, y para despreciar nuestra delicadeza. Quiso Dios dejarnos toda la vida en esta espantosa incertidumbre : quiso Dios que fuese para nosotros impenetrable el secreto de la predestinacion para obligarnos á trabajar incesantemente y con fervor en el negocio de nuestra salvacion. Pero, ¡ah! que con toda esta formidable incertidumbre, con todos estos motivos de temer y de temblar, no por eso dejamos de abalanzarnos á los peligros, de hacernos esclavos de las pasiones : no por eso dejamos de vivir abandonados al desórden y á la disolucion. ¿Pues qué seria si se tuviera seguridad de nuestra suerte? ¿qué seria si se nos revelase nuestra predestinacion? ¿qué precauciones se tomarian entonces para librarnos del contagio? ¿qué violencia se haria para no dejarse arrebatar de

la corriente? ¿qué medios se aplicarian para domar las pasiones, ni qué cuidado se pondria en llevar una vida cristiana? ¿habria entonces valor para vencerse? ¡ajustaríase la vida á la regla de las costumbres? ¿qué esfuerzos se harian en ese caso para vivir segun las máximas del Evangelio? Sé ciertamente, diria un libertino, que me he de condenar; pues quiero entregarme á todas las disoluciones. Sé ciertamente, diria un cristiano imperfecto y tibio, que me he de salvar; ¿pues qué necesidad tengo de mortificarme, ni de hacerme tanta violencia? ¿á qué fin dedicarme á buenas obras? ¿á qué fin vencerme en nada? Sé ciertamente cuál ha de ser mi suerte; pues en vano resistiré á mis inclinaciones, ni perderé el tiempo en reprimir mis malas costumbres. ¡O buen Dios, y qué desórdenes en el universo, qué disolucion de costumbres, qué confusion en la misma religion! Admirémonos, y adoremos la sabiduría divina en la incertidumbre de nuestra suerte; y sírvanos para trabajar incesantemente en nuestra salvacion con temor y con temblor.

Esto es, Señor, lo que voy á hacer con la asistencia de vuestra divina gracia. Grandes motivos tengo para temer mi salvacion; pero mayores me asisten para esperarla de vuestra infinita misericordia. Fundado en ella, igualará por lo menos mi confianza á mi temor.

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 8.

Bienaventurado el hombre que vive siempre temeroso.

Delicta quis intelligit? Ab occultis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo. Salm. 18.

¡Ah Señor! ¿y quién puede conocer perfectamente los pecados que le hacen reo delante de Dios? Puri-

ficad mi alma de los pecados ocultos, y librad á vuestro siervo de que con su mal ejemplo haga propios los pecados ajenos.

PROPOSITOS.

1. Nunca te olvides de esta bella leccion que nos da á todos san Pablo escribiendo á los Filipenses: *Hermanos mios, trabajad en vuestra salvacion con temor y temblor*. Este fué el fin que tuvo Dios en querernos dejar inciertos de nuestra suerte. Pero guárdate mucho de dar en un exceso de temor que inspira el demonio, y siempre degenera en desconfianza y en desesperacion. Debemos temer, sí; pero con un temor dulce, tranquilo y filial; acordándonos continuamente que la reprobacion siempre es obra verdadera de nuestras manos. No sabemos si Dios nos ha perdonado nuestros pecados; pero sabemos con toda certeza que infaliblemente perdona todos aquellos de que estamos verdaderamente arrepentidos; y es señal casi segura de que ciertamente nos los ha perdonado cuando se muda de vida. La mejor prueba de este perdon es la conversion y la perseverancia en ella. No obstante la incertidumbre de si te hallas ó no en estado de gracia, en tu mano está tener una moral seguridad de que estás en ella, convirtiéndote perfectamente desde este mismo dia.

2. Para asegurarte contra esta incertidumbre es menester lo primero, que en tu temor huyas generosamente de todo lo que te puede perder, y de todo lo que te puede servir de ocasion para pecar. Es menester lo segundo, resistir valerosamente á los enemigos domésticos de tu salvacion; pero con especialidad al mas formidable de todos, que es la pasion dominante. Es menester lo tercero, tener una gran confianza en la bondad y en la misericordia de un Dios que murió por nosotros, y tiene tanto en el alma nuestra eterna

salvacion. Es menester finalmente, pedirle todos los dias, y muchas veces al dia, con especialidad al elevarse la sagrada hostia, el don y la gracia de la perseverancia. Pon en práctica estos cuatro puntos.

DIA ONCE.

SAN PACIENTE, ARZOBISPO DE LEON.

San Paciente, cuya fiesta celebra hoy la santa Iglesia, nació hacia el principio del quinto siglo. Es probable que fué natural de Leon, como tambien su grande amigo el célebre Sidonio Apolinar; ambos de familia distinguida por su calidad, pero mucho mas por sus buenos procederes y por los opulentos bienes que poseia. Nada cierto se sabe de sus primeros años, ni de los empleos que obtuvo en el mundo; solo es cierto que, siendo su familia una de las mas considerables de la provincia, hacia largo tiempo que estaba condecorada con las primeras dignidades; por lo que prudentemente creemos que su educacion seria muy correspondiente á su nacimiento y á la religion que profesaba. Las primeras noticias de su vida que nos comunica la historia son representárnosle incorporado en el clero como eclesiástico muy ejemplar y de los mas sabios de su tiempo.

Pero la prueba mas concluyente del mérito de nuestro santo, es su eleccion para el gobierno de una iglesia tan grande, tan respetable por su antigüedad y por el gran número de hombres ilustres en doctrina y en santidad que ha dado á la Iglesia de Dios aquella silla primacial. Fué san Paciente obispo de Leon hácia el fin del pontificado de san Hilario papa, ó á principios del de san Simplicio, esto es, por los años de 467.

Luego que san Paciente se vió colocado en la silla episcopal, se dedicó á adquirir todas las virtudes que el apóstol san Pablo consideraba necesarias á un obispo, y todas las poseyó en grado eminente. Correspondieron perfectamente á su alta dignidad su piedad, su caridad y su zelo. Su pastoral solicitud no reconocia otros límites que los de su diócesis; pero su dilatada caridad ninguno reconocia; y así fué esta virtud una parte de su carácter. Era su rico patrimonio el patrimonio de todos los necesitados, así como las rentas de su obispado eran las rentas de los pobres. Era su zelo tan grande como su caridad; por lo que muy en breve mudó de semblante la diócesis de Leon. No habia resistencia á las prácticas instrucciones del santo pastor, sostenidas con sus piadosas limosnas y con sus ejemplos.

Hácia el año de 470 consagró, como metropolitano, á Juan, obispo de Chalons, asistiendo á esta sagrada ceremonia san Eufronio, obispo de Autun, y los demás sufragáneos de aquella santa primada iglesia. San Sidonio Apolinar, diocesano suyo, y despues obispo de Clermont, nunca acierta á hablar de nuestro santo sin magníficos elogios, testificándonos no haberle faltado ninguna de las virtudes que forman los grandes y los santos prelados. Su gran caridad fué la admiracion de todo el pueblo. Siguióse una cruel hambre á los estragos que los Godos acababan de hacer en toda la Francia, particularmente en las provincias meridionales y en el Leonés. No se habia conocido semejante desolacion. Todo estaba cubierto de cadáveres ó de moribundos por la falta general de lo necesario para la vida. Movido vivamente nuestro santo de la pública calamidad, no perdonó á medio alguno para el alivio de tantos afligidos y miserables. Hizo venir á gran coste cantidad de granos de todos los países extranjeros, y los mandó distribuir entre

todos los pobres. Con su vigilancia y con su penetracion descubria las miserias mas sepultadas en el fondo de las provincias: y como á su piadoso corazon no le compadecian menos las necesidades, la vergüenza y el silencio de los pobres ausentes, que los clamores y las lástimas de los que tenia á la vista; no se dedicaba menos á enjugar las lágrimas de los que no veia, que á consolar las de aquellos que tenia delante de los ojos. Dispuso pósitos ó paneras públicas en las orillas del rio Saona y del Ródano, hasta las provincias mas distantes; y por medio de esta heróica caridad salvó las ciudades de Arlés, Oranje, Viviers, Valencia y San Pablo de los tres Castillos, Aviñon y Riez, que le veneraban como á otro segundo José, aclamándole el libertador de todas aquellas provincias. Tambien experimentaron los efectos de su liberalidad la Auvernia y la Aquitania; de suerte que no se dudó se multiplicaba el trigo en sus manos por un insigne y continuado milagro.

No resplandecia menos en todas las demás acciones de su vida la sólida y la grande virtud de nuestro santo. Siempre dulce, siempre afable, siempre liberal con todo el mundo, solo era severo y riguroso consigo mismo. Para todos estaba abierto el palacio del santo prelado: á todos franqueaba su mesa servida con esplendidez, y de aquí nació que, hallándose entonces la corte en Leon, al mismo tiempo que el rey Gondebaldo celebraba las comidas del arzobispo, la reina publicaba con admiracion su sobriedad y sus ayunos. Con tan universal y tan generosa caridad se hacia inmediatamente dueño de los corazones de todos, procurando ganarlos para Dios, y apenas habia quien se pudiese resistir á los piadosos artificios de su zelo. En sus manos todo crecia, y todo florecia en la casa del Señor: solo se disminuia visiblemente cada dia el número de los herejes por su zelo y por su aplicacion

á convertirlos con la milagrosa fuerza de sus sermones y con la virtud de sus ejemplos. Con su dulzura, con su afabilidad, con su modestia y con sus gratisimos modales domesticó el genio feroz y cruel de Evarin, rey de los Godos. Era arriano este príncipe, y habia llenado toda la Francia de desolacion y de carnicería. Supo nuestro santo ablandarle, suavizarle y ganarle tanto, que le hizo mudar enteramente de conducta, lo que todos reputaron por milagro. Las rentas que sobraban del sustento de los pobres se destinaban á fundar nuevas iglesias, ó á reparar las antiguas. Fruto son de su magnificencia la mayor parte de las de Leon. Sobre todas alaba Sidonio un magnífico templo que mandó edificar nuestro santo, y se cree fuese el de San Justo ó el de San Ireneo. Pero lo que hace formar idea mas cabal y concepto mas elevado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del santo prelado, es la célebre carta que Sidonio le escribió en nombre de los estados de Lenguadoc y de Auvernia.

« Ninguna cosa nos acerca mas á la virtud de los bienaventurados en el cielo que la caridad con los pobres y con los miserables en la tierra. Preguntarásme á qué propósito viene esta proposicion. A tí te la dirijo, gran prelado: tú, á quien no basta procurar el alivio á la pobreza que tienes delante, sino que vas á buscar hasta en las extremidades de las Galias á todos los infelices y necesitados: tú eres el que socorres las necesidades sin dársete nada por conocer las personas. No es menester que los pobres se presenten á tu puerta: tú mismo los vas á buscar á los lugares mas desconocidos. Extiéndese tu vigilancia pastoral hasta las provincias extrañas. Bástate saber que hay necesitados para no esperar á que lleguen á tus oidos sus clamores; y si tanto bien haces á los extraños, ¿qué no harás todos los dias con tus propias ovejas? Con

tus piadosas limosnas destierras de tu ciudad la pobreza; y tu dulzura cada dia añade nuevas victorias á tu gran zelo. El rey admira el gran número de pobres que sustentas, y la reina no acaba de ponderar tu abstinencia y tus ayunos. Paso en silencio los magníficios ornamentos con que has enriquecido la iglesia que tienes á tu cuidado. No se sabe cuál se ha de admirar mas, ó los templos que has edificado de nuevo, á los que has reparado. No hay hereje que no se rinda á tu zelo. Buena prueba son las conversiones de los arrianos, de los focinianos. Algunas de estas grandes virtudes pueden serte comunes con otros santos prelados; pero tu caridad se puede decir que es sin ejemplo. Mas paises has salvado tú que han arruinado los Godos. Tú solo llenaste las paneras por todo el curso del Saona y del Ródano: ¡cuántas ciudades, cuántos vastos países, cuántas provincias te reconocen por su libertador, por su pastor y por su padre! Y como de otro José, se puede decir que tú solo salvaste el reino.»

El año de 475 asistió san Paciente al concilio de Arlés, donde se dejó admirar su ingenio, su sabiduría, y sobre todo su eminente santidad. En todas partes era venerado como santo, y en ninguna era conocido por otro nombre que por el modelo de perfectos prelados y ornamento de la Iglesia. En fin, lleno de dias y de merecimientos, murió con la muerte de los justos en Leon el dia 11 de setiembre del año 491; y es fácil discurrir cuál seria el sentimiento de toda la provincia en la pérdida de su santo pastor. Las lágrimas de los pobres fueron singularmente el mejor y el mas noble ornamento de sus magníficos funerales. Dióse sepultura á su cuerpo en la iglesia de San Justo, donde mucho tiempo despues fueron halladas sus preciosas reliquias, y se conservaron religiosamente en ella hasta el siglo décimosexto, en que fueron

dispersadas con otras muchas por las turbulencias de los hugonotes, que arruinaron entre muchas otras la iglesia de San Justo.

SAN PROTO Y SAN JACINTO, MÁRTIRES.

Estos dos santos ocupan un lugar distinguido entre los cristianos que sellaron en Roma con su sangre la fe durante las persecuciones. Segun su epitafio, que hace parte de las obras de san Dàmaso, eran hermanos; Jacinto combatió el primero; mas Proto fué coronado antes que su hermano. Léese en las actas de santa Eugenia, venerada el dia 25 de diciembre, haber sido ambos eunucos de aquella virtuosa matrona, y padecido los tres bajo Valeriano en 257. Mas esta data no parece cierta; pues nos dice el calendario de Liberio, que santa Basilla, que probablemente fué compañera de santa Eugenia, recibió la corona del martirio en 22 de setiembre de 304, en la persecucion de Diocleciano, y que fué enterrada en la via Salaria. San Avito de Viena, Fortunato y otros ponen á esta segunda santa entre las célebres vírgenes que murieron en defensa del cristianismo. La festividad de san Proto y de san Jacinto se halla señalada el dia 11 de setiembre en el calendario de Liberio, donde se añade que se celebraba en su sepulcro en la antigua via Salaria en el cementerio de Basilla ó Basilia. Este comenterio hizo despues parte del de santa Priscila, enterrada á corta distancia de la nueva via Salaria.

En los mas antiguos martirologios se hace mencion de la festividad de san Proto y de san Jacinto. En 366 mandó el papa Dámaso quitar la tierra que cubria el sepulcro de estos santos. Hácia el mismo tiempo, un presbítero, llamado Teodoro, edificó una iglesia sobre

el sepulcro, como se ve por un antiguo epitafio publicado por Baronio. Anastasio refiere que el papa Símaco enriqueció despues aquella iglesia de ornamentos y vasos sagrados. En 1592 trasladó Clemente VIII las reliquias de ambos santos á la ciudad de Roma, y las depositó en la iglesia de San Juan Bautista, pertenencia de los Florentinos. La historia de esta traslacion se encuentra en las notas que Sarazanio, testigo ocular, ha hecho sobre los poemas de san Dámaso.

Inútilmente se buscarian expresiones bastante enérgicas para alabar dignamente el invencible valor de estos mártires. Arrostraban el furor de los tiranos cuyas armas habian vencido todo el mundo, y cuyo poder temian reyes y pueblos. Pues bien, solos y desarmados comparecian impávidos delante de aquellos soberbios conquistadores, que pretendian deber humillarse todos bajo su yugo. Animados con el socorro de la gracia, triunfaban de todo el poderío del mundo y del infierno; sin que las fieras, el acero y las llamas pudiesen resfriar en lo mas mínimo su ardimiento. Alegres y denodados en medio del aparato de los mas horrorosos suplicios, daban al traste con sus enemigos, y quedaban victoriosos de hombres y demonios. ¡Qué gloria la de tamaño espíritu! y teniendo á la vista semejantes dechados, ¿tendremos todavía la cobardía de desalentarnos en las tentaciones, y manifestar desconsuelo en las pruebas mas comunes de la vida?

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, en la via Salaria, la fiesta de san Proto y de san Jacinto, su hermano, mártires, eunucos de santa Eugenia, que, reconocidos por cristianos en tiempo del emperador Galiano, fueron instados para que sacrificasen á los ídolos; mas no habiendo querido

consentir en ello, fueron primero cruelmente azotados, y luego decapitados.

En Laodicea de Siria, el suplicio de san Diodoro, san Diómedes y san Didimo.

En Leon de España, san Vicente, abad y mártir.

En Egipto, san Pafnucio, obispo, uno de aquellos confesores que, bajo el poder del emperador Galerio Maximiano, fueron condenados á las minas, despues de haberles sacado el ojo derecho, y cortado la pantorrilla izquierda. En lo sucesivo en tiempo del Gran Constantino combatió nuestro santo enérgicamente contra los arrianos por la fe católica, y murió por último en paz despues de haber ganado muchas coronas.

En Leon de Francia, el tránsito de san Paciente, obispo.

En Verceil, san Emiliano, obispo.

En Alejandría, santa Teodora, la cual, habiendo cometido un pecado de imprudencia, hizo penitencia toda su vida, quedando desconocida hasta la muerte bajo el hábito religioso, y admirable por su paciencia y abstinencia.

Entre Gres y el rio de Braie en el Maine, san Almer, confesor.

Cerca de Ceauce en el mismo país, san Alneo, solitario.

En Luxeu, san Adelfo, abad de Remiremont.

En Toul en Lorena, san Bodon, obispo.

En el país de los Abisinos, san Dégana, presbitero.

En la diócesis de Constanza en la orilla del Rin, san Martedon, monje, muerto por unos forajidos.

En la isla Palmaria cerca de Porto-Veneré, el tránsito de san Venero, solitario.

Cerca de Palma, en la diócesis de Melito en Calabria, san Elías de Galatra.

En Cingoli en la Marca de Ancona, santa Esperanda, religiosa del órden de san Benito.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Patientis, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus; et qui tibi dignè meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolve peccatis. Per Dominum nostrum...

Oye, Señor, las súplicas que te hacemos en la festividad de tu confesor y pontífice san Paciente; y pues te sirvió tan dignamente, líbranos de todos nuestros pecados en atencion á sus merecimientos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 13 de la primera del apóstol san Pablo á los Corintios.

Fratres: Charitas patiens est, benigna est: charitas non æmulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur.

Hermanos: La caridad es paciente, es benigna: la caridad no tiene zelos, no obra mal; no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca su propio interés, no se irrita.

NOTA.

« Despues de haber hecho el Apóstol la enumera-
» cion de los dones del Espíritu Santo, enseña á los
» Corintios que no abusen de ellos en perjuicio de la
» caridad que deben tener unos con otros. Muéstrales
» la excelencia de esta virtud, descubriendo sus
» principales efectos. »

REFLEXIONES.

La caridad es paciente. Da principio el Apóstol al retrato de la caridad, y le concluye en dos rasgos. Con efecto, á la paciencia en sufrir á nuestros hermanos, al cuidado en no darles á ellos que sufrir, y á la atencion de procurarles todo el bien que se pueda, se reduce en el fondo toda la dulzura, todo el espíritu, y casi todo el ejercicio de la caridad. Es cierto

grandeza de alma, que tiene algo de heroismo, saber sobrellevar el humor, el natural y hasta los mismos defectos de las personas con quienes vivimos. La paciencia con que se sufre á nuestros hermanos es muy superior á una virtud ordinaria, así como no hay mejor prueba de poca virtud que el poco sufrimiento. Ninguno deja de tener sus defectos que le sufran los demás; ¿pues porqué no sufriremos los suyos á los otros? El mejor elogio, el mas noble retrato de una alma generosa, heróica y verdaderamente cristiana, es aquella bondad siempre compasiva y siempre benéfica, que la inclina muchas veces á sentir mas las miserias ajenas que las propias, no teniendo mayor gusto que aliviar á los desgraciados. Es señal de una bella alma compadecerse sinceramente de los afligidos, á diferencia de aquella maligna compasion que nace del orgullo, cuando algunas veces nos lastimamos de los trabajos de nuestros enemigos, dándoles á entender nuestra compasion precisamente para manifestarles nuestra superioridad ó nuestra mejor fortuna. La verdadera compasion no consiste solo en ternuras exteriores ni en lágrimas inútiles; pide tambien socorros efectivos; y cuando la limosna se acompaña con la compasion, es mas estimable que la limosna misma. Es la caridad aquel único amor que sabe juntar el juicio y la prudencia con el ardor y con la vivacidad. Todo otro amor es ciego cuando es ardiente, y no reconoce otra guia que el capricho, la indiscrecion, la temeridad, y algunas veces la locura. Para amar al prójimo como se debe, es menester sentir bajamente de sí mismo. El orgullo inspira desprecio de los demás; ¿pues cómo es posible amar á quien se desprecia, ni despreciar á quien se ama? Acaso es mas dificultoso sufrir sin emulacion las prendas sobresalientes de los sugetos con quienes se vive, que llevar con paciencia sus defectos; pero la caridad

no conoce esta maligna envidia, que al mismo tiempo es el tormento y el rubor del amor propio. ¡Cosa extraña! Ninguna cosa debiera ser mas comun entre los fieles que la caridad, pues ninguna nos recomienda tanto Jesucristo. Ella es la virtud propia y característica de los cristianos : *In hoc cognoscent omnes*. Con todo eso, es hoy entre ellos una virtud harto rara la caridad. Segun eso, ¿tendrá hoy Jesucristo muchos discípulos verdaderos?

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio : sed supra candelabrum, ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit : si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Ninguno enciende una antorcha y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemin ; sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado ; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

DE LA CARIDAD CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera de qué importancia es el primer mandamiento de la ley : *Amarás á tu Señor Dios de todo tu corazon y con toda tu alma.* Pues el segundo, que

manda amar al prójimo como á sí mismo, es semejante al primero. Ellos son dos mandamientos; mas por decirlo así, casi es una sola cosa la que mandan ambos, pues el amor con que recíprocamente se aman los cristianos se puede decir que es una misma virtud y un mismo amor que aquel con que el mismo Dios quiere ser amado. Ora amemos á Dios, ora amemos á nuestros hermanos por esta cristiana caridad, siempre es una misma cosa la que amamos; porque amamos á Dios en nuestros hermanos, y amamos á nuestros hermanos por Dios. ¡Cuánta es la bondad de Dios en haber unido tan estrechamente estos dos preceptos!

Este es mi mandamiento, dice el Salvador, *que os ameis unos á otros, como yo os amo. Este es el mandamiento de vuestro divino Maestro*, dice san Juan; *si le observamos, observamos toda la ley. La señal por donde se conocerá que sois mis discípulos*, dice el Hijo de Dios, *será si os amáreis unos á otros.* ¡Oh, qué motivo tan excelente para obligarnos á amar á nuestros hermanos! ¿Será menester por ventura proponernos otro? Este es el percepto favorecido de Jesucristo; esta es la señal por donde han de ser conocidos sus discípulos; esto es lo mas grato, lo mas aceptable á Jesucristo que podemos hacer.

Grande error es imaginar que se ama á Dios cuando no se ama al prójimo. En vano nos lisonjearíamos de amar á Dios, si hubiera en el mundo una sola persona á quien no amásemos como á nosotros mismos. Es devocion falsa, es imaginario amor de Dios, cuando hay en el corazon la menor emulacion, el menor encono, la mas mínima aversion. ¿Pues cuál será la suerte de los que retienen injustamente el bien ajeno, y de los que se complacen en denigrar la reputacion de sus hermanos? ¿qué podrán esperar aquellos malignos corazones, aquellos genios avinagrados, que por venganza, por envidia ó por alguna otra pasion

pretenden persuadir que solo aborrecen en los otros sus defectos, y quieren hacer mérito, deseando que se tenga por virtud toda la malignidad de su falso zelo?

La caridad cristiana ignora estos artificios. Es propiedad de los insectos, de los gusanos ponzoñosos, pegarse solo á las llagas; la caridad solo nota en los hermanos las virtudes, excusando ó interpretando benignamente los defectos.

¡Ah Señor, y qué poco me caracteriza á mí la señal que caracteriza á vuestros hijos! ¡y qué visiblemente prueba el poco amor que os he tenido á vos la poca caridad que he tenido hasta ahora con mi prójimo!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios está tan estrechamente ligado con el amor del prójimo, que no puede subsistir sin esta fraterna caridad: *Si alguno dice que ama á Dios, y no ama á su hermano* (dice el amado discípulo), *mendax est*, miente. Pero ¿cuál ha de ser la medida, el modelo, por decirlo así, de este amor? El amor de nosotros mismos. ¡Ah Señor, segun eso qué pocos hay en el mundo que tengan este amor y esta caridad!

Consideremos todas las propiedades de nuestro amor propio. ¡Qué atencion á solicitar cada cual sus conveniencias, y á desviar todo lo que puede incomodarle, entristecerle ó perjudicarle! ¡qué ingeniosos somos todos en ocultar, en disimular nuestros defectos! ¡con qué ardor se aplica cada uno á defender sus intereses, á promover sus adelantamientos! No hay lisonjero que iguale al amor propio: excusa hasta nuestras mas groseras imperfecciones, y aprueba todo lo que nos lisonjea. ¿Conocerás por estos rasgos el amor que tienes á tus hermanos? ¿te portas con ellos con el mismo afecto, con la misma sensibilidad,

con la misma blandura y con la misma indulgencia? Esas negras envidiuelas, esa desdeñosa frialdad, esas malignas interpretaciones, esos desapiadados juicios, esas mordaces censuras, esa dureza y ese sacudimiento, ¿son pruebas de que amamos al prójimo como á nosotros mismos? Pero en medio de eso, este es uno de los puntos esenciales de la religion, esta es como la base de toda la moral cristiana (1). *In hoc cognoscent omnes.* Por esta señal se conocen los discípulos de Cristo; este es el precepto especial y el distintivo del Salvador. No guardarle es estar en desgracia suya (2) : *Manet in morte.* Sin embargo de eso, ¿hay precepto generalmente menos observado, ni que se atropelle con mayor tranquilidad?

Admiramos toda la cristiana caridad de un san Paciente : convenimos todos en que esta virtud brilló, sobresalió en todos los santos; que fué la virtud favorecida de todos los predestinados; que sin ella no hay derecho para entrar en los gozos del Señor; que ella sola arregla la sentencia que hace á las almas bienaventuradas. Bien; ¿y es el dia de hoy la virtud general de todos los fieles? ¡O mi Dios, qué fondo de reflexiones, de justos sobresaltos, de crueles remordimientos!

Señor, ¡en qué miserable error he vivido hasta aquí, lisonjeándome vanamente de que os amaba á vos, cuando amaba tan poco á mis hermanos! Mi conducta, con la asistencia de vuestra divina gracia, probará en adelante cuánto detesto desde ahora tan lastimoso descamino.

JACULATORIAS.

Testis mihi est Deus, quomodò cupiam omnes vos in visceribus Jesu Christi. Ad Philip. 1.

Pongo por testigo al mismo Dios de que os amo á to-

(1) Joan. 13. — (2) I. Joan. 13.

dos vosotros, hermanos mios, en las entrañas de mi Señor Jesucristo.

Si diligamus invicem, Deus in nobis manet. I. Joan. 4. Si nos amamos unos á otros, señal de que Dios está con nosotros.

PROPOSITOS.

1. Muy de temer es que la falta de caridad haga inútiles y aun execrables á los ojos de Dios muchos ayunos, muchas oraciones, muchas penitencias y muchos trabajos padecidos al parecer por amor de Jesucristo, pero que se quedaron estériles y secos por haberles faltado el riego de la caridad cristiana. ¡Cuántas personas, al parecer muy devotas, despues de innumerables ejercicios espirituales, despues de haber pasado muchos años en la soledad, despues de haber gastado sus bienes y consumido su vida en servicio del prójimo, se hallarán en la hora de la muerte, sino con las manos vacias, á lo menos no tan llenas de méritos como presumian, por haber tenido poco cuidado de perfeccionarse en la cristiana caridad! ¿De qué sirve extenuar el cuerpo con penitencias, atormentarse á sí mismo con tanta crueldad como los tiranos atormentaron á los santos mártires, si no se pueden llevar en paciencia las imperfecciones, ni aun las perfecciones de nuestros hermanos? Llevo todos mis trabajos con invencible constancia: no hay persecucion tan grande que haga titubear mi firmeza: estoy lleno de gozo en medio de las adversidades; pero me aflige la prosperidad ajena, me causan sentimiento los felices progresos de mi prójimo; pues nada soy, *nihil sum*. Toda mi aparente virtud, toda mi postiza paciencia es como nada. Tengo especial gusto en hacer con los pobres los mas humildes oficios: me humillo y me desprecio á mí mismo sin que me cueste trabajo; pero siento no sé qué secreta com-

placencia en ver humillados á los otros : pues *nihil sum*. Todas estas exterioridades son engañosas, todo es falsa apariencia de virtud, todo es hiprocresía. Nunca midas tu virtud sino por la regla de la caridad. Desde este mismo punto has de tomar una firme resolucion de sobresalir, mediante la divina gracia, en el ejercicio de la caridad cristiana, esto es, no solo de visitar, asistir y honrar á los pobres como á hermanos tuyos, sino de usar en adelante con todo el mundo de unos modales dulces, gratos, atentos y cortesanos. Destierra de tí desde luego esos modales altaneros, esos términos injuriosos, esas voces desentonadas y esos desdenes despreciativos, duros y picantes. Trata de ser sumamente delicado en todo lo que interesa á la estimacion, al honor y á la reputacion ajena. Excusa siempre los defectos del prójimo : compadécete de sus desgracias : alégrate de sus prosperidades : ten con todo el mundo una caridad benéfica, constante y universal. En fin, sea tu amor propio, por decirlo así, la regla de tu caridad, amando al prójimo como á tí mismo.

2. Sea siempre uno de los principales puntos de tu exámen este precepto tan preciso de la caridad. Acordándote del extraordinario zelo y de la inmensa caridad de san Paciente, pide al santo que te alcance de Dios esta virtud tan importante. Fué su carácter la caridad pura, infatigable, benéfica y universal : pídesela al Señor por intercesion del santo.

DIA DOCE.

SAN GUIDO ó GUIDON, CONFESOR.

San Guido ó Guidon, por otro nombre *el pobre de Anderlecht*, nació al mundo hácia el fin del siglo undécimo en una aldea de Bravante, de padres muy pobres, pero temerosos de Dios, los que, no pudiendo darle otra educacion superior á la humildad de su nacimiento, se dedicaron á criarle en el temor santo del Señor, inspirándole desde la cuna un grande horror al pecado, y una tierna devocion á la santísima Vírgen. El bello natural del niño Guido excusó muchos cuidados á los que tenian el de su educacion, porque nunca se le observaron inclinaciones que no fuesen muy cristianas. Consolábale mucho la humildad de su baja condicion aun antes de tener edad para conocer lo que valia; sintiendo siempre especial gusto en aquella humillacion que era inseparable del estado vil y pobre en que habia nacido. Por el grande amor que cobró á la pobreza, luego que entendió que Jesucristo y los apóstoles habian hecho profesion de ella, amó tiernamente á los pobres, sin que su propia necesidad le sirviese de estorbo para socorrerlos en el modo que podia, repartiendo siempre con ellos lo que apenas le bastaba para su escaso sustento, y destinando para los mismos todo cuanto podia conseguir de su pobre padre.

Siendo todavia niño, se notó en él una maravillosa inclinacion al ejercicio santo de la oracion, apartándose solo de la presencia de sus padres para retirarse á alguna iglesia. Su dulzura, su docilidad, su modestia, y cierta madurez anticipada en una edad

que hace excusables las vivezas y las inocentes intrepideces de los niños, eran ya presagios de aquella eminente santidad que con el tiempo fué su distintivo y su carácter. La frecuencia y la devota inmobilidad con que se le veia en el templo, tan contraria al natural inquieto y bullicioso de los niños, se dejaban admirar de cuantos le observaban, y no se le conocia por otro nombre que por el del Angel del pueblo.

Ninguna cosa podia ser mas grata á sus virtuosos padres, los cuales no podian dejar á su hijo otra herencia que un buen fondo de virtud, dándole una cristiana educacion. Estando un dia el niño Guido en la aldea de Lacke, á media legua corta de Bruselas, entró en la iglesia que habia allí y estaba dedicada á la santísima Vírgen, para hacer en ella oracion. Reparó el cura en aquel niño que hacia mas de una hora estaba de rodillas delante del altar; y movido de la modestia, de la gravedad, respeto y compostura con que estaba encomendándose á Dios, le llamó, y tuvo con él un rato de conversacion. Admirado mucho mas de sus razones, que todas respiraban piedad y un juicio muy superior á sus años, se informó de sus feligreses, y entendiendo de ellos que su virtud correspondia perfectamente á su capacidad, le propuso si se queria quedar para servir en aquella iglesia. No le podia proponer cosa mas de su gusto, pues solo suspiraba por dedicarse al servicio de algun templo, y así admitió luego el partido con indecible consuelo. Aunque solo contaba Guido á la sazon doce ó catorce años, le hizo el cura guarda de la iglesia de Nuestra Señora de Lacke, oficio que corresponde al de mozos de sacristía, que sirven bajo las órdenes de los sacristanes y mayordomos de iglesia, y en algunas parroquias se suelen llamar monaguillos. Era su obligacion barrer la iglesia, preparar los altares, plegar los ornamentos, cuidar de la ropa blanca de la sacristía,

como tambien de los otros muebles pertenecientes á ella, tocar las campanas, llevar el acetre y la cruz cuando se lleva el viático á los enfermos, y ayudar á misa.

Por el aseo, el buen órden y la puntualidad en todos estos ministerios exteriores se conocia fácilmente la pureza de su alma, y el concierto de sus arregladas costumbres. Deciase comunmente que el monaguillo daba á todos cuando menos tan buen ejemplo como los mismos clérigos. El tiempo que le dejaba libre su empleo le destinaba á la oracion, y al pié de algun altar descansaba de sus ocupaciones exteriores, pasando por lo comun en oracion todas las noches; y cuando el sueño le rendia, su cama era siempre el pavimento de la iglesia. Retratada vivamente su devocion en su semblante, la inspiraba á cuantos le veian. Aquella cara siempre risueña y apacible; sus ojos humildemente bajos, sin mirar jamás el rostro á mujer alguna; cierta religiosa modestia que se notaba en él, y parecia mas que natural; un recogimiento interior en medio de las ocupaciones le hacia tan respetado del pueblo, como admirado de los mismos sacerdotes que servian aquella iglesia.

Era muy moderado el salario que le daban por su empleo; pero en medio de eso bastaba para las limosnas que hacia diariamente, porque ahorraba para ellas á costa de su continuo ayuno y de sus grandes abstinencias. A la verdad no parecia imaginable vida mas inocente que la de nuestro Guido, ni al mismo tiempo mas penitente y mas austera. Fuera de las vigilias, que eran casi continuas, maceraba su cuerpo con ásperas penitencias que le sugeria su amor á Jesucristo crucificado, ingenioso siempre en inventar arbitrios para mortificar los sentidos. Como á la delicadeza de conciencia se juntaba aquella grande penetracion de su despejado entendimiento, descubria en

sí las mas mínimas imperfecciones, y todas las castigaba con el último rigor, borrándolas con un torrente de lágrimas. Veíasele muchas veces postrado delante del altar de la santísima Vírgen, implorando su poderosa proteccion para conseguir el perdon de sus pecados. Pero esta penitente vida nunca se mezcló con la menor grosería, rusticidad, ni aspereza en el trato con los demás; antes bien enamoraba el modo dulce, apacible, atento y aun cortesano con que trataba á todo el mundo; y él mismo fué buena prueba de que la virtud domestica, cultiva, y aun pule los espíritus mas groseros.

Pero ninguna cosa igualaba á la caridad que mostraba con los pobres, en cuyo servicio empleaba ordinariamente todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones. Cierto mercader de Bruselas, enamorado de las admirables virtudes de Guido, y notando sobre todo su ardiente zelo por el alivio de los pobres, le armó un lazo en que cayó incautamente. Despues de manifestarle lo mucho que estimaba su virtud y la buena voluntad que profesaba á su persona: « Quiero, le dijo, fomentar tu caritativa intencion, y ponerte en estado en que tengas con que satisfacer esa generosa caridad que te merecen los necesitados. No te ha dado Dios tanta inclinacion á la limosna para que los socorras solo con un triste bocado de pan. Cuantos mas bienes tengas con que socorrerlos, mas limosnas les harás; pero mientras tú seas tan pobre como ellos, todo ese tu caritativo zelo será tan ocioso como inútil. El oficio que has tomado se acomoda mal con la caridad que te abrasa: si me crees, presto tendrás con que sacar de miseria á tus padres, y con que hacer gruesas limosnas á los pobres. Deja esos trapos de mendigo: toma este paño para hacerte un vestido mas decente con que no darás en rostro á la gente honrada y

limpia : vente á mi casa, y entrarás de asociado en mi comercio. »

Como el pretexto era tan especioso y tan conforme á la piadosa inclinacion de Guido, no pudo oir la proposicion con indiferencia. Quizá seria buena la intencion del mercader; pero el pensamiento era un artificioso lazo del enemigo, en que cayó el incauto Guido no sin sobrada lijereza. Dejó un poco precipitadamente el oficio de guarda de la iglesia, y se fué á Bruselas en seguimiento de su bienhechor; pero como Dios le habia permitido este desacierto solo para instruirle á costa suya, y para enseñarle que el espíritu propio es mala guia en los caminos del cielo, no le dejó largo tiempo en aquella ilusion con que habian sorprendido su inocente sencillez. Abrió presto los ojos para conocer el engaño, así por el mal suceso del negocio, como por el accidente que le sucedió, y fué como el principio de la larga penitencia que hizo para satisfacer á Dios por aquel desacierto. Bajando pocos dias despues por el rio en un barco cargado de su cuenta y de la de su amo el mercader, encalló tan fuertemente en un banco de arena, que estuvo en gran peligro de abrirse el buque. Hizo Guido tantos esfuerzos con una percha para salir de aquel riesgo, que se le tronchó el palo entre las manos, y se le introdujo tan profundamente un astillon por el brazo, que no fué posible extraerle. Abrió los ojos en vista de aquel desgraciado accidente; y conociendo toda la malignidad de su engaño, sin deliberar un punto salió de Bruselas, y se restituyó á Lacke, donde volvió á su antiguo oficio, no pensando ya en otra cosa que en borrar su pecado con lágrimas, con oracion, con ayunos y con las mas rigurosas penitencias. Pero como la herida podia ser estorbo á los ejercicios de su empleo, pidió con tanto fervor á la santísima Virgen que le sanase, y acompañó su oracion con tantas lágrimas, que se compadeció de él la Madre

de misericordia; y antes que acabase la oracion salió por sí mismo el astillon sin causarle dolor alguno, quedando perfectamente sano.

Con la corta experiencia que habia comenzado á tener del bullicio del mundo, creció tanto su fervor, que, cuando volvió á Lacke, pareció todavía mas santo de lo que era antes de su partida. Entre tanto no se agotaba el manantial de sus lágrimas; y el concepto que formó de la enormidad de una falta que á cualquiera otro hubiera parecido muy lijera, hizo tanta impresion en su espíritu, que le pareció no podia satisfacer á la divina justicia, si, para acabar la penitencia que deseaba hacer, no emprendia la penosa peregrinacion á Roma y á la Tierra Santa. Habiéndose despedido del sacerdote que servia aquella parroquia, tomó el camino de Roma, haciéndole á pié y mendigando todo el viaje. Despues de haber visitado en Roma el sepulcro de los santos apóstoles, partió á Jerusalen donde visitó aquellos santos lugares, añadiendo penitencias voluntarias á las excesivas fatigas del camino, expuesto sin alivio á todos los rigores de la estacion, y nunca interrumpiendo su ayuno. Gastó siete años en estas trabajosas peregrinaciones; y volviendo á Roma, encontró en ella á Vondulfo, dean de la iglesia de Anderlecht, que, acompañado de algunos amigos suyos, iba á emprender el viaje de la Tierra Santa. Era Vondulfo un eclesiástico de extraordinaria virtud; y reconociendo la de nuestro santo, le persuadió con sus instancias á que hiciese segunda vez en su compañía el viaje de Jerusalen : y Guido se rindió por pura caridad. Luego que los nuevos peregrinos cumplieron con su devocion, visitando los santos lugares, se sintieron acometidos de una enfermedad contagiosa. El primero que murió fué el santo dean, siguiéndole inmediatamente todos sus compañeros; y es indecible el cuidado y la caridad con que Guido los asistió en

aquella última enfermedad. Estando el dean para morir, despues de haber dado á Guido muchas gracias por los grandes actos de caridad que habia ejercido con todos, le declaró era la voluntad de Dios que se volviese á Flandes. Concluidos todos los deberes religiosos con los difuntos, partió para Anderlecht, donde dió noticia de la muerte del dean. El vice-dean le detuvo en su casa por el consuelo de hospedar á un santo y para aprovecharse de sus ejemplos. No fué larga la mansion que hizo en ella; porque el Señor le dió á entender que le queria ya recompensar sus trabajos y premiar su penitencia. Preparóse para morir con sensible renovacion de su fervor, y con aumentar sus austeridades y rigores; hasta que, hallándose una noche en oracion dentro de su cuarto, de repente quedó este iluminado con una luz celestial, que le dejó mas claro que el mediodía, y al mismo tiempo se oyó una voz celestial que decia : *Ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo del Señor que quiere ser tu recompensa*; y en el propio punto espiró á los 12 de setiembre del año de 1112.

Concurrió inmenso pueblo movido de la general opinion de su santidad; y los canónigos le hicieron un entierro con toda la pompa que merecia un santo, cuya gloria manifestaba Dios con gran número de milagros. Algunos años despues se edificó una magnífica iglesia en honor suyo, trasladándose á ella con mucha solemnidad el santo cuerpo, donde es venerado el dia de hoy con grande y continuo concurso del pueblo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Guidonis confessoris tui so-

Oye, Señor, benignamente las humildes súplicas que te hacemos en la solemnidad de

lemnitate deferimus; ut, qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit, precibus adjuvemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum.

tu bienaventurado confesor san Guido, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos asistidos por los merecimientos de aquel que tuvo la dicha de agradaros. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Paulus, apostolus Jesu Christi per voluntatem Dei, et Timotheus frater, Ecclesiæ Dei, quæ est Corinthi, cum omnibus sanctis, qui sunt in universa Achaia. Gratia vobis, et pax à Deo Patre nostro, et Domino Jesu Christo. Benedictus Deus, et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem qua exhortamur et ipsi à Deo.

Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo á la Iglesia de Dios que está en Corinto, y á todos los santos que están en toda la Acaya: Gracia á vosotros, y paz de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo. Bendito Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolacion, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion: para que nosotros podamos tambien consolar á aquellos que se hallan en alguna angustia por medio de la consolacion con que nosotros somos tambien consolados por Dios.

NOTA.

« Desde el principio de esta epístola declara el
» Apóstol los muchos trabajos de que le libró el Señor
» en sus viajes, emprendidos por la caridad, para
» que mejor pudiese alentar y consolar á los que se
» hallasen en iguales peligros, en semejantes trabajos
» y adversidades.»

REFLEXIONES.

No hay consuelo mayor para un cristiano que estar bien seguro de que se arregla á la divina voluntad en todas las carreras que emprende. Es cierto que así lo suponemos por poco que las carreras ó los empleos se conformen con nuestro gusto, ó hallemos en ellos nuestro interés; pero ¿será posible que no nos engañemos alguna vez en esta voluntaria suposicion? ¿será posible que en esos empleos preferidos por nuestros deseos y nuestro amor no tenga tal vez alguna parte la inclinacion, el amor propio, y acaso tambien la pasion? En esas elecciones de estado, de condicion, de género de vida, para las cuales solo se consulta con la carne y sangre, la voluntad de Dios no entra mas que como un motivo exterior y forastero, que sirve únicamente para serenar la conciencia siempre sobresaltada, y con razon, por las consecuencias de un estado cuya eleccion por lo comun fué precisamente á consulta y á resolucion del amor propio. Admirámonos algunas veces de aquellos funestos acaecimientos, de aquellos tristes y desesperados accidentes, de aquellas repentinas revoluciones y trastornos de fortuna, de aquellas desgracias de familia, que nos hacen tan oscuros y tan lóbregos los dias de la vida. Pero si no fué Dios el que te puso en el estado en que te hallas: si no fué la divina Providencia la que te colocó en este empleo: si por seguir tu pasion, tu interés ó tu ambicion, te entrometiste en el sagrado ministerio: si quisiste ser tú solo, por decirlo así, el artífice de tu fortuna y de tu suerte; ¿qué novedad te deben hacer todos esos contratiempos? Turbóse el órden de una providencia particular: desconcertóse aquella economía tan sabia, tan arreglada que nos podia conducir á nuestro último fin por aquellos medios fáciles y seguros que nos tenia

preparados; ¡qué maravilla si despues todo es descamino! Y si en este extravío se dan tantos traspieses, ¡qué maravilla que todo sea peligros, todo lazos y todo precipicios! Solo damos oidos al espíritu del mundo: solo consultamos con nuestro gusto y con nuestro interés todo aquello que emprendemos. ¿Era de este parecer san Pablo, cuando en todo el curso de su apostolado solo hallaba trabajos que padecer y contradicciones que sufrir? Hasta en la devocion se introduce el engaño y la ilusion. En no pocos todo el fondo de sus piadosos ejercicios nace el dia de hoy de una devocion puramente natural ó demasiadamente humana. Considera qué valor, ni qué mérito tendrá. Hay pocos estados en la vida que no estén sujetos á la ilusion. Ninguna mascarilla toma el amor propio, ni con mas facilidad, ni con mayor gusto que la máscara de la piedad y de la virtud: á favor de ella reinan las pasiones sin sobresalto y sin temor. De aquí nace tanta delicadeza, tanta sensibilidad, tantas imperfecciones sutilizadas de esos que se llaman devotos. Nunca son mas vivas las pasiones que cuando están disfrazadas. Y sino, ¿cuál es el orígen de esa preferencia que se tiene á ciertas buenas obras? ¿de ese obstinado apego al lugar, á las personas y á los empleos? Cuando se obra por puro zelo, cuando solo Dios anima todas nuestras acciones, cuando es el único objeto y fin de nuestra conducta; ya el corazon no es esclavo de sus deseos, y la mortificacion es el verdadero carácter de la persona; pero en admitiendo otra guia que Dios, cada paso es un descamino.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas, y el mismo que el dia X, pág. 272.

MEDITACION.

QUE Á TODOS ES NECESARIO EL ESPÍRITU DE RECOGIMIENTO Y DE RETIRO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el espíritu de disipacion, aquel derramarse hácia afuera, aquel disgusto tan natural y tan universal que se tiene al recogimiento y al retiro, al mismo tiempo que es uno de los mas perniciosos lazos que nos arma el demonio, es tambien el que menos se precave, y del que menos se desconfía. Sabiendo muy bien el enemigo de la salvacion lo muy necesario que es este espíritu de recogimiento para conservarse y para perseverar en el ejercicio de la virtud, no omite medio alguno para desviar de él á todo el mundo. Sabe que en el retiro y en el recogimiento se discurre cristianamente, se hacen saludables reflexiones, las que sufoca en su mismo nacimiento, ó las destierra de un corazon cristiano el espíritu de disipacion y derramamiento exterior. Por eso aplica el mayor cuidado á inspirar en todos una idea ingrata y tediosa de este espíritu de retiro. El retrato con que le pinta á los ojos de la imaginacion alborota los sentidos, representándole siempre desfigurado con tan impropios como sombríos colores este dulce reposo del alma. Apodérase del corazon la melancolía á solo el nombre de retiro, y apenas se conoce diferencia entre un hombre retirado y un hombre muerto. Sin embargo, el espíritu de retiro es muy diferente de lo que se concibe. Es, un estado dulce, tranquilo, á cubierto del alboroto, del tumulto y del estrépito de las pasiones: es una sosegada situacion del alma, siempre en calma, de un ánimo sereno y siempre en disposicion de examinarse y de conocerse; cuando por el con-

trario, estando disipada, anda como fugitiva de sí misma. ¿Pues qué maravilla es que haya en el mundo tan pocas conversiones, habiendo tantos con necesidad de convertirse? Desvíalos de este pensamiento el mismo tumulto, y la misma disipacion; y así no pueden conocer la necesidad. Solo en el retiro se oye bien la voz de Dios, y se perciben los gritos de la conciencia. En aquella calma se descubren las manchas, que la distraccion no permite distinguir; y en aquella paz interior se reflexiona y se discurre; de modo que por estos discursos y por estas reflexiones se va tomando gusto á las verdades eternas de la religion. Una alma disipada es como aquellos enfermos abrasados de una ardiente calentura, que están en una perpetua agitacion, y aunque cercanos á la muerte no conocen la gravedad del mal hasta que, templándose la fiebre, y mas sosegado el enfermo, siente todo el peso de la enfermedad. En el mundo, mientras se vive en aquel esparcimiento universal, en aquel exterior derramamiento, apenas se reconoce culpa alguna ¿Pues qué mal hago yo? dice aquel mundano, aquel hombre continuamente derramado, aquella persona religiosa disipada y esparcida. ¿Qué mal hago yo? Retírate un poco; entra dentro de ti mismo; dedícate algunos dias á un poco de recogimiento, y entonces conocerás el mal que haces, lo palparás sensiblemente. En cualquiera estado corre gran peligro la salvacion sin el recogimiento.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que quizá no hay cosa mas importante para la salvacion que el espíritu de retiro. Sin este espíritu las buenas obras, de cualquiera especie que sean, pueden ser útiles al prójimo, pueden ser frutos provechosos á otros, pero consumen el árbol que los produce, y muy presto se secará. Sin este espíritu, el

mas ardiente y el mas fructuoso zelo pára en un zelo puramente natural. Por cierto, ninguno tiene mayor necesidad de este espíritu de recogimiento que los varones apostólicos. En el retiro bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles; y no sin misterio el mismo Jesucristo se retiraba frecuentemente á la soledad: lo que no hizo porque él lo necesitase, sino para dejarnos este ejemplo. ¡Admirable leccion para todos aquellos que están dedicados á la salvacion de los prójimos! No hay devocion sólida ni verdadera sin este espíritu, que es y siempre ha sido como el alma de la piedad cristiana. Corazon distraido nunca fué por mucho tiempo devoto. El retiro sustenta la devocion, y el recogimiento es como la muralla que defiende la inocencia. Una alma distraida, un espíritu disipado, un corazon derramado hácia afuera, es una plaza sin fortificaciones exteriores, abierta á los tiros del enemigo, y expuesta á ser asaltada. De aquí nacen aquellas funestas caidas que hacen tanto ruido, y causan tanta admiracion: de aqui aquellas devociones tan secas y sin progresos: de aquí aquellas direcciones tan estériles y sin fruto. Se frecuentan los sacramentos, se ponen en práctica todos los buenos consejos que se oyen, se ejercita todo género de buenas obras, se asiste á los sermones, se tiene oracion, y se hacen otras mil devociones; pero sin embargo cada dia está el alma mas imperfecta. Dirás que te faltan auxilios. ¡Oh! Dios sabe muy bien, que sin su gracia nada podemos; y Dios anhela mas nuestra perfeccion, que nosotros mismos. ¿Pues de dónde proviene esa aridez y esa esterilidad? de la falta de recogimiento interior. Se reciben gracias; pero se exhalan, por decirlo así, con la disipacion del corazon: el recogimiento interior es como el único secreto que las detiene, y hace que produzcan todo el fruto que les corresponde. El cuerpo se debi-

lita con la disipacion de los espíritus vitales; y cuando es grande la disipacion, siempre es mortal. Del mismo modo debemos discurrir de la disipacion interior: siempre es principio de nuestros desmayos espirituales, de nuestros disgustos, de nuestras flaquezas, y por consiguiente de nuestras caidas. El espíritu de retiro, aquel espíritu interior, aquel recogimiento siempre inseparable de la modestia, de la paz interior, del espíritu de oracion, del freno de las pasiones, es el alma de la devocion. Así, pues, estemos firmemente persuadidos de que el demonio no deja piedra por mover para destruir esta muralla de la virtud, estas fortificaciones exteriores, que alejan de la plaza al enemigo. Gran desgracia será para una alma devota caer en este lazo y estrellarse contra este escollo.

Dadme, Señor, este espíritu de recogimiento interior, que me habeis hecho conocer ser tan necesario para mi salvacion. Conozco muy bien que á mi disipacion debo atribuir mi indevocion y mis recaidas; pero confío que con la asistencia de vuestra divina gracia venceré este estorbo de mi eterna felicidad.

JACULATORIAS.

Dirige in conspectu tuo viam meam. Salm. 5.

Dírígeme, Señor, en tu divina presencia, y guíame segun tu divino Espíritu.

Ecce elongavi fugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.

¡O Señor, y como conozco que no hay seguridad sino en el retiro y en el recogimiento! Por eso abracé yo este partido huyendo del tumulto, y retirándome á la soledad.

PROPOSITOS.

1. *Anda siempre en mi presencia*, dice Dios, *y serás perfecto.* Esta continua presencia de Dios es la mas

importante entre todas las virtudes: sin ella todas las demás son de poco provecho. Dedícate á este recogimiento: la voz de Dios no se percibe entre el bullicio: *non in commotione Dominus.* Un corazon abierto á todos los objetos, una alma continuamente derramada á lo exterior, y ocupada sin cesar en mil cuidados superfluos, en mil pensamientos inútiles, no está en disposicion de oir la voz de aquel Señor que solo habla al corazon recogido. Aplícate á adquirir esta paz interior: reprime esos ímpetus del natural, esa precipitacion en el hablar, aunque sea en las ocasiones mas santas, y sobre las cosas mas espirituales. Muchas veces lo que se llama zelo, no es otra cosa que humor y genio. Evita cuanto puedas esa multitud de ocupaciones, que solo sirven para distraerte. No conviene estarte ocioso, y mano sobre mano; sino que siempre has de estar sosegado, y muy dueño de ti mismo.

2. Nunca te entregues tanto á lo exterior, que sea en perjuicio de tu recogimiento. Debes prestarte, pero no entregarte á los negocios exteriores. Todas las mañanas has de hacer propósito de andar continuamente en la presencia de Dios, y sin otra diligencia serás modesto y recogido. Habla poco, y procede en todo como un hombre que nunca pierde de vista á Dios. Cuando dé la hora, recógete dentro de tí mismo; y vuélvete á Dios con alguna breve jaculatoria. Antes de dar principio al estudio, al trabajo, á la oracion, recógete por algunos momentos; este silencio es maravilloso medio para hacer á una alma interior y espiritual: no dejes de practicarle.



S. PEDRO ARBUÉS, M.

SAN PEDRO ARBUÉS, MÁRTIR.

El glorioso martirio de este santo reune en si dos cualidades de suma complacencia y consuelo para los que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, y el suficiente talento para meditar las ventajas que le resultan de semejante ventura. Entre las pruebas que quiso Dios dar de la autenticidad y santidad del Evangelio, no es de las menores, en fuerza y persuasion, la de tantos mártires que testificaron con su sangre que la religion por que morian, tenia todos los caractéres de verdadera y divina. El amor que cada uno tiene á su propia existencia hace concebir que solo un motivo sobrenatural fué el que pudo mover á los mártires para dar gustosos su vida en defensa de las verdades que les habian enseñado. Así se autorizó en los principios una religion que combate directamente todos los dictámenes de la carne y sangre, y así recíprocamente fué ensalzado el mérito de aquellos que la autorizaban. La misma conducta ha observado nuestros Dios con los defensores de la religion, y de su inmaculada pureza, que practicó en los principios con sus primeros maestros y promulgadores. Quiso que el martirio autorizase el oficio sagrado de inquisidor, y al mismo tiempo que este santo empleo fuese materia para la sublime gracia del martirio. Todo se verificó en san Pedro de Arbués, cuya vida es la siguiente:

Por los años del Señor de 1442, sobre año mas ó menos, fué el nacimiento feliz de Pedro para ilustre ornamento de su esclarecida familia, y gloria inmortal de la inquisicion de España. Epila, poblacion no muy distante de la ciudad de Zaragoza, en el reino de Aragon, tuvo la gloria de ser la patria de este por-

tento de santidad, y columna de la fe. Sus padres Antonio Arbués y Sancha Ruiz eran de una de las mas ilustres familias del reino de Aragon, como que estaban emparentados con los condes de Aranda, y con otras casas de no inferior gerarquía. Pero la nobleza de la sangre merecia para con ellos menos estimacion que el timbre de la piedad cristiana que testificaban con sus obras. Por esta causa los primeros esmeros de su cuidado en órden á su hijo se emplearon en sugerirle las mas sólidas y sublimes ideas de la santa religion que habia profesado en el bautismo. Luego que Pedro fué capaz de recibir mayores instrucciones, le entregaron al cuidado de maestros hábiles y virtuosos, que formasen su corazon, no solo con las máximas que dictaba el honor, y eran propias del esplendor de su nobleza, sino tambien enseñándole el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría. Estaban los maestros en su casa; y por tanto, el cuidado que estos ponian en la educacion de Pedro se acrecentaba con la vigilancia de sus padres, quienes procuraron, ante todas cosas, cimentar en su corazon un ardentísimo amor á Jesucristo crucificado, y una grande inclinacion á las cosas devotas y sagradas. El niño Pedro era la materia mas bien dispuesta para recibir las saludables impresiones de tan santa educacion. Su natural era dócil, su alma buena, su entendimiento despejado, su voluntad pronta á obedecer á las mas mínimas insinuaciones, y por una constitucion dichosa con que le habia enriquecido el cielo, aborrecia naturalmente cuanto tènia apariencias de relajacion ó de vicio. Estas prendas amables le hicieron de un candor de costumbres tan apreciables, y de un modo de proceder tan racional y juicioso, que, siendo todavía niño, era respetado como un anciano. El santo sabia granjearse este concepto, porque todo el tiempo que le dejaba libre el

estudio de la gramática y letras humanas, le empleaba gustoso ya en rezos devotos, ya en asistir á los templos á recrear su inocente alma en la celebracion de los misterios sagrados.

Instruido perfectamente en la latinidad é imbuido en las máximas de la religion, y adornado de aquellas brillantes prendas, que dan tanto realce á la nobleza de la sangre, siendo ya de edad competente para los estudios mayores, determinaron sus padres enviarle á Italia para que los emprendiese. Estaban persuadidos de que la educacion de los hijos no sale perfecta cuando estos se crian con encogimiento, y sin otros conocimientos del mundo que los que pueden adquirir en la casa paterna. El cuidado con que desde los primeros años habian plantado las sacrosantas verdades de la fe, las máximas de piedad cristiana y los sentimientos de honor, les daba suficiente seguridad de que, en cualquiera parte que se estableciese su hijo, jamás llegaria á desmentir la noble educacion que sus padres le habian dado. Con esta confianza, sabiendo que en Bolonia florecian las letras, y que eran enseñadas por los mas hábiles maestros que entonces tenia la Europa, no tuvieron dificultad en enviar allá su hijo. La libertad que con este motivo consiguió Pedro viéndose enteramente apartado de la vista de sus padres, y dueño absoluto de todas sus acciones, no la empleó como otros jóvenes en diversiones propias de la edad, ni en disipar su espíritu con la relajacion y la holgazanería: aplicóse al estudio con actividad tan asombrosa, que en breve tiempo mereció por sus progresos ser la gloria de sus maestros, la admiracion de sus condiscípulos, y el jóven mas celebrado de toda la ciudad de Bolonia. Es verdad que estos admirables efectos se debian, menos á la aplicacion con que estudiaba la filosofía, que á la integridad de sus costumbres. Sin embargo

de exponer mucho aquella ciencia, segun entonces se estudiaba, á hacer perder la tranquilidad del alma por sus reñidas disputas, siempre veian en Pedro tal moderacion en sus argumentos, y tal serenidad en su semblante, que, al paso que se veian precisados á confesar la viveza de su ingenio, les causaba no menos admiracion la paz constante que reinaba en su alma, y la dulce armonía que conservaba con todos. Hecho dueño de los conocimientos filosóficos, recibió la láurea de maestro con increible aplauso, sin que este nuevo grado sirviese para hinchar su corazon con la soberbia, sino mas bien para formar de él un medio con que ejercitarse en la humildad cristiana. Habia fundado en Bolonia Egidio Alboruoz, arzobispo de Toledo y cardenal de la santa iglesia de Roma, un insigne colegio, en el cual estableció dos plazas para estudiantes aragoneses, y habiendo vacado una de ellas, entró á su goce el santo en el año de 1468. Ya anteriormente habia comenzado á estudiar la teología; y como en esta ciencia encontraba conocimientos mas análogos á las piadosas disposiciones de su corazon, habia hecho en ella maravillosos progresos. Aumentáronse estos notablemente, ya con las sabias disposiciones y estatutos que prescribia el colegio para los ejercicios literarios, ya tambien con el trato continuo con los doctos colegiales. Cinco años estuvo el santo en el colegio, en cuyo tiempo llenó su alma de los mas sublimes conocimientos de la sagrada teología. El estudio de las santas Escrituras era el objeto principal á que se dirigian sus miras; porque en ellas encontraba unas palabras de vida, que, al mismo tiempo que ilustran el entendimiento con sus luces, inflaman la voluntad con celestiales verdades. Al mismo tiempo que Pedro se ocupaba en estudiar la teología, no echaba en olvido que la principal ciencia del cristiano es el amor y temor santo

de Dios y el ejercicio de las virtudes para la santificacion de su alma. Su esmero en esto era tal, que le adquirió fama de virtuoso, tanto en su colegio como en toda la ciudad. El testimonio que dió de ello la universidad al tiempo de registar en sus libros el grado de doctor que recibió en el dia 17 de diciembre de 1473, es una prueba de que en las almas de los Bolonienses habian hecho mas impresion las grandes virtudes de nuestro santo, que sus grandes adelantamientos en la ciencia de la teología. *Los multiplicados dones de virtudes*, dice el libro, *con que el Altísimo engrandeció la persona del maestro en artes y en filosofía Pedro de Arbués*, etc. Esta expresion recomienda sumamente el mérito de san Pedro, no tanto por la multiplicidad de sus palabras, como por haberla usado solamente en la anotacion de su grado.

Entre tanto la fama de sus heróicas virtudes no se limitaba á Bolonia, sino que cundia por España, divulgándose por toda la península no solamente la extension y solidez de su sabiduría, sino el suavísimo olor de sus santas costumbres. Desearon por tanto los canónigos de la santa iglesia metropolitana de San Salvador de Zaragoza tenerle en el número de sus individuos, y así le eligieron para una prebenda el dia 30 de setiembre del año de 1474. Era á la sazon aquel cabildo compuesto de canónigos reglares de la órden de san Agustin, y presidia en aquella silla Juan de Aragon, hijo del rey Juan II. Esta eleccion se adaptó mucho a los pensamientos desinteresados y tenor de santa vida que tenia Pedro, pues en la profesion de una regla tan santa como la de san Agustin, se pronosticaban muchas medras para su alma. Aceptó el santo la eleccion; y habiendo tomado el hábito de canónigo reglar, de tal manera manifestó con sus santos ejemplos lo acertada que habia sido, que, pasado el tiempo de la probacion, hizo profesion solemne en

manos del doctor Miguel Ferrer, prior de aquella santa iglesia, en el año de 1476. En este nuevo estado se consideró el santo como en un puerto seguro, que le libertaba de las borrascas del mundo, y le proporcionaba medios ciertos de arribar algun dia á la patria celestial, adonde se dirigian todos sus anhelos. Los santos ejercicios en que hasta entonces se habia ocupado por particular tendencia de su alma, los consideraba ya como obligaciones de un estado perfecto. Afligia su cuerpo con ayunos continuos, maceraciones y disciplinas que le sujetaban á la razon. La fervorosa contemplacion de las grandezas de Dios y de los soberanos misterios de nuestra redencion era el alimento con que se recreaba su alma, adquiriendo de dia en dia nuevos grados de perfeccion. Todas sus acciones se presentaban como un espejo de la vida evangélica, y en ellas encontraba el tibio reprension, y nuevos estímulos el fervoroso. Su fe era viva, firme y al mismo tiempo fecunda en santas obras. Los conocimientos que habia adquirido de las verdades reveladas, lejos de cebar una curiosidad vana y criminal, le servian para cimentar en su alma la fe libre de los engaños de la supersticion. De aqui nacia una esperanza firme en la divina misericordia, en la cual, y no en sus propios méritos, confiaba que le habia de conceder las eternas promesas. Por esto despreciaba con generosidad todos los bienes temporales, juzgándolos por despreciable basura en comparacion de ganar á Jesucristo. Ningun trabajo, por penoso que fuese, le era duro de llevar; con igual ánimo sufria las enfermedades y persecuciones, dando fuerza á su espíritu la grande virtud de la esperanza. Pero en lo que mas sobresalió este grande varon fué en lo que debia sobresalir, esto es, en la caridad, que es la reina de las virtudes. Amaba á Dios con tanta ternura, que no hallaba reposo en cosa ninguna criada, sino sola-

mente en lo que pertenecia al honor del Criador de todas ellas. Oraba frecuentemente, y era tal el amor que tenia á Jesucristo, y tanto lo que se engolfaba en la contemplacion de sus divinas obras, que apenas le merecian la mas leve atencion las cosas del mundo. Solo se acordaba de él para atender al socorro de sus prójimos. Los pobres y necesitados encontraban en Pedro un padre benéfico y un amigo fiel, que los consolaba en sus aflicciones y los socorria en sus necesidades. Pero las que mas cuidado le merecian eran las espirituales: y así no omitia diligencia alguna para sacar del estado del pecado á los que veia mal entretenidos, llenando en esto todos los oficios de un verdadero cristiano, y todas las obligaciones de un digno sacerdote. En la observancia regular era exactísimo, siendo el primero en todas por pequeñas que fuesen, y excitando con su puntualidad la desidia ó indiferencia de los que eran menos fervorosos.

Deseaba Pedro disfrutar á su salvo y tranquilamente del sosiego de que entonces gozaba, para emplearse sin reserva, apartado de los ojos de los hombres, en todo género de virtudes. Pero estas en cierta manera le hicieron traicion; pues, no pudiendo ocultarse por el brillante resplandor que despedian, hicieron tan grande su fama, que llegó á oidos de los reyes católicos, quienes desde luego le destinaron para uno de los empleos en que mas se interesaba la religion de Jesucristo. Empleaban á la sazon sus esmeros estos piadosos reyes en arrancar de España la secta de los mahometanos que la habian inundado, y la perfidia de los judios que la tenian sojuzgada por medio del comercio. Todas las personas piadosas miraban con sumo dolor á la religion prostituida por aquellos sacrílegos; pues constaba que recibian el bautismo para cumplir exteriormente con las leyes civiles, permaneciendo obstinadamente en la profesion de sus ritos

respectivos. Para precaver tan grandes males solicitaron los reyes de Sixto IV, y despues de Inocencio VIII, sumos pontífices, que se erigiese en España el santo tribunal de la Inquisicion, por cuyo medio se atajase la perfidia de aquellos rebeldes, y se constituyese á los cristianos en un estado de seguridad contra sus asechanzas. Solicitud tan justa tuvo bien pronto todo el efecto deseado. Nombróse por inquisidor general al reverendo padre fray Tomás de Torrequemada, varon adornado de todas las prendas que requeria tan grande empleo. Pero se necesitaban otros muchos varones virtuosos que tuviesen el zelo necesario para descubrir á los reos, y una invencible fortaleza para aplicarles el debido castigo, sin tener miedo ni á su multitud, ni á sus riquezas. Desde luego pusieron los ojos en san Pedro de Arbués, cuya fama le acreditaba por uno de los sujetos sensatos que entonces tenia España. Hecha en él la eleccion, le hicieron saber cuán del agrado de Dios y de los reyes seria el que tomase sobre sí el cargo de inquisidor del reino de Aragon, y cuánto beneficio resultaria á la Iglesia de los oficios que en este empleo se prometian de su vigilancia y rectitud. Lo que para un ambicioso hubiera sido de suma complacencia por el extendido campo que se le ofrecia de ejercer su autoridad, fué para Pedro motivo de lágrimas y de una profunda consternacion. La verdadera virtud siempre está acompañada de una gran desconfianza de las propias fuerzas. Al paso que brillaban en Pedro todas las virtudes que requeria un empleo tan augusto, y que cuantos le conocian estaban bien persuadidos de esta verdad, el humildísimo santo tenia formado de sí mismo tan bajo concepto, que se reputaba por absolutamente inepto para el oficio de inquisidor. Su humildad verdadera no hallaba en su persona ni la ciencia necesaria para juzgar en las ar-

duas materias que pertenecian á la fe, ni las indispensables virtudes para poner en ejecucion sus sentencias y juicios. Excusóse cuanto pudo con los reyes; hizo humildes representaciones de su insuficiencia, solicitando le relevasen de un cargo en que peligraba la salvacion de su alma; pero los prudentes monarcas, que tenian anticipadamente noticias muy seguras de su grande suficiencia, y que sabian además que tanto es un sugeto mas digno para un empleo, cuanto mas se manifiesta exento del vicio de la ambicion, se empeñaron en que fuese inquisidor nuestro santo, quien tuvo que ceder á tan soberanos empeños.

Si en los estados anteriores de su preciosa vida habia manifestado ser un vivo dechado de todas las virtudes, mucho mas lo dió à conocer en el oficio de inquisidor. Sin aflojar un punto en el ejercicio de las virtudes privadas en que antes resplandecia con tan lucientes brillos, comenzó este grande varon á ejercer todas aquellas que eran necesarias para el desempeño de un cargo sumamente delicado por las materias que trata, y peligroso en las circunstancias de aquellos tiempos. Era prudentísimo al tiempo de oir las delaciones, suspendiendo su juicio hasta tanto que las pruebas acreditasen de reos ó sospechosos à los sugetos delatados. Conocia que la perversidad humana llega hasta el punto de prostituir la santa religion á los privados intereses, y hacer víctimas de la venganza ó del resentimiento la conducta mas inocente, y el honor mas terso y puro. Examinaba, velaba é inquiria con la mayor escrupulosidad todos los hechos y circunstancias de los delitos hasta tanto que se dejaba ver la verdad en todo su esplendor. Entonces colocaba á la justicia en medio del tribunal, y ella era la que dictaba sus decisiones. Jamás pudo contrastar su entereza ninguno de tantos medios como emplea el poder y la astucia, ó para paliar

los crímenes, ó para libertarlos del debido castigo. Su alma se mostraba igualmente inflexible á las lágrimas de los abatidos, que á las amenazas de los soberbios y poderosos. La ley era para él una deidad que debia respetarse en todas las circunstancias, haciéndole sacrificio de los naturales movimientos del corazon. Por esta causa, luego que se llegaba á probar completamente el delito, daba y hacia ejecutar la sentencia sin que las lágrimas de los que habian de padecer el último suplicio fuesen bastantes para ablandar su severidad, ni la desolacion que resultaba en las familias pudiese jamás hacerle ser injusto. Con la misma entereza oia las súplicas y empeños de los poderosos, y escuchaba las amenazas que tocaban á su propia vida. Fiel dispensador de la ley, prudente en todas las inquisiciones y diligencias previas á la sustanciacion de las causas, fuerte é invencible en las resoluciones justas, nunca perdia de vista el honor y gloria de Dios, la pureza de la religion santa, la extirpacion de los errores, el escarmiento de los contumaces y rebeldes, y el que se conservase pura, hermosa y sin mancha la esposa de Jesucristo.

Este zelo y entereza de nuestro santo produjo algunos castigos, principalmente de judíos ricos, que, abusando de la libertad de un bautismo simulado, cometian todo género de abominaciones. Inmediatamente comenzaron á temblar aquellos á quienes acusaban sus conciencias de iguales delitos, y el temor les hizo adoptar todos los medios de destruir en sus principios un tribunal santo que les amenazaba con su ruina. Juntáronse en concilio muchos hebreos, y sacrificando gran suma de dinero, enviaron á Córdoba sus procuradores para que presentasen á los reyes inicuos informes que habia forjado su malicia. En ellos se contenia que el nuevo tribunal procedia con un rigor desmesurado; que cometia atentados contra

las personas y familias; que privaba al reino de muchos vasallos útiles y laboriosos; y últimamente, que el nuevo establecimiento era capaz de producir alborotos, y un trastorno y subversion universal en los católicos dominios. Pero los reyes, que se preciaban mas del título de católicos que les habia concedido la silla apostólica por premio debido á la ereccion del santo tribunal, que del de conquistadores que habian conseguido por el valor de sus armas, despreciaron semejantes pretensiones, bien persuadidos de que nunca fueron las leyes ni la justicia de la aceptacion de los delincuentes. Esta resolucion dió nuevo vigor al tribunal, y empeñó mas vigorosamente á los inquisidores en el cumplimiento de sus funciones respectivas. San Pedro prosiguió con mayor actividad el descubrimiento de los que estaban manchados de judaismo ó mahometismo, y á ejecutar en ellos la debida justicia. Habia muerto á últimos de enero del año de 1485 fray Gaspar Inglario, dominicano, que ejercia el oficio de inquisidor juntamente con san Pedro. Su muerte habia hecho recaer en este todo el trabajo y funciones del tribunal, y al mismo tiempo le habia cargado de toda la odiosidad que llevaba consigo aquel ejercicio para con los enemigos de la religion. Juntándose estos en privados conventículos, trataron los medios de quitar de sobre sí la intolerable carga de un tribunal que sus delitos y malignidad les hacia intolerable. Los consejos de los malignos y perversos siempre juntan con la circunstancia de injustos la cualidad de crueles. Pensaron que, quitando la vida á san Pedro, darian por el pié a la existencia del tribunal, y se libertarian de los horrorosos suplicios con que diariamente los amenazaba, persuadiéndose neciamente de que la existencia del tribunal consistia en su vida, y de que la religion católica careceria de espíritus esforzados que osasen verter su sangre

en defensa de la fe. Este horroroso consejo fué apro bado y confirmado en varias juntas, y solo les faltab un asesino que le pusiese en ejecucion. Todo lo facilit aquel metal encantador á que sacrifican los hom bres su sosiego, y con que compran sus delicias y su delitos. Habia un hombre facineroso, llamado Jua de Labadía, acostumbrado á manchar sus manos co sangre humana en los frecuentes homicidios que había cometido. A este perverso ofrecieron los judíos una cantidad de oro considerable con condicion de que quitase la vida violentamente al santo inquisidor Pedro de Arbués.

Una proposicion tan sanguinaria, y expuesta á la mas funestas resultas contra su propia vida, hubiera intimidado al hombre mas temerario; pero en este perverso se disiparon los temores con la fuerza del interés, cooperando un amargo resentimiento de que tenia su corazon poseido. Hacia poco que el santo tribunal habia hecho un ejemplar castigo en una hermana suya, rea de delitos atroces y vergonzosos, condenándola al último suplicio, que sufrió con horror y espanto de los que se sentian cómplices en su conciencia. Deseaba vengar la muerte de su hermana que él tenia por injusta; y presentándole la ocasion la satisfaccion de sus deseos, vestida de los atractivos del interés, no tuvo dificultad en encargarse del asesinato proyectado, y de allí en adelante buscaba ocasion oportuna de verificarlo. No pudieron los judíos tomar estas determinaciones tan secretamente, que no se trasluciesen algun tanto. Noticiosos de ellas algunos amigos de san Pedro, que conocian cuánto importaba su vida á la religion, y el inminente riesgo en que estaba, se fueron á encontrar al santo, le dieron cuenta de todo, é intentaron persuadirle á que cuidase mas de sí mismo. Propusiéronle para esto que mitigase algun tanto el zelo con que hacia inquisicion de los rebeldes, y la

severidad con que ejecutaba en ellos todo el rigor de la justicia; advirtiéndole que, si no lo hacia así, amenazaba muy pronto y sangriento fin á su vida. En un pecho menos fortalecido de la virtud que el de nuestro santo, hubieran hecho impresion unos avisos que tanto interesaban á la conservacion de su vida; pero esta era materia muy despreciable en la consideracion de Pedro, respecto de ejercer su ministerio con todo vigor y severidad. Prosiguió haciendo pesquisas y castigos como antes, y á los amigos que le amonestaron de su peligro, les respondió con mucha serenidad: *Que se cuidaba muy poco de cuantas maquinaciones pudiese intentar la perfidia de los apóstatas contra su vida; que nada tenia mas impreso en el corazon que el honor de Dios y la pureza de la doctrina de la Iglesia; y que si últimamente Dios le hacia tanta misericordia, que hubiese de ser la victima que se sacrificase al odio de los infieles en defensa de la fe, suplicaba á su Señor Jesucristo que de un mal sacerdote que era se dignase hacerle un buen mártir, que era lo que él deseaba.*

Las obras confirmaron esta respuesta digna de la fortaleza de un pecho cristiano, porque de allí en adelante se ocupaba con mas actividad en las funciones de su oficio, y solo pedia á Dios que abriese los ojos á los que maquinaban contra su vida, haciéndoles conocer las verdades adorables de la religion cristiana. Aunque se habia resignado perfectamente en las manos de Dios, en cuya confianza proseguia en la severa ejecucion de castigar á los apóstatas, su corazon no dejaba de anunciarle que estaba su fin muy cercano. Dispúsose con oraciones fervorosas, doblados ayunos y penitencias á esperar el término de su vida, y con una fortaleza invencible ejercia sin miedo ni temor los oficios de inquisidor. El perverso Juan de Labadía, encargado de asesinar á san Pedro, para asegurar

mejor el golpe, partió la ejecucion de su encargo y la suma de oro que habia recibido por precio de su delito con otros dos facinerosos como él, llamados Juan Esperán y Vital Durán. Estos inicuos hombres, despechados y resueltos á poner en ejecucion su maldad execrable, buscaban con ansia lugar y ocasion oportuna para verificarlo. La misma virtud de Pedro se la presentó muy cómoda, pues, teniendo precision por su empleo de vivir separado de los demás canónigos que habitaban cerca de la iglesia, acostumbraba pasar á ella en varias horas del dia para adorar al Santísimo Sacramento, y dirigirle sus fervorosas oraciones. Consumia en esto todo el tiempo que le dejaban libre los precisos negocios de su oficio; de manera que á pesar de estos era uno de los canónigos mas asistentes al coro, tanto de dia como de noche. Advirtiéronlo los asesinos, y que no habia noche, por tempestuosa que fuese, que dejase de ir á cantar maitines en la iglesia; y así eligieron esta hora para verificar su atentado. El dia 14 de setiembre por la noche del año de 1485 fué el elegido para satisfacer la furia judáica. En esta noche se introdujeron los asesinos sin ser vistos de nadie en la iglesia mayor, y se escondieron en lugares oportunos. Poco despues llegó el santo adornado con los sagrados vestidos con que asisten los canónigos al coro, y antes de entrar en él, fué á ponerse de rodillas delante del altar mayor, haciendo breve oracion al Santísimo Sacramento. Apenas habia comenzado á invocar el favor divino, dobladas las rodillas, y levantados los ojos al cielo, cuando salieron de sus escondrijos los judíos malvados, y acometiendo al santo primero Durán, y Esperan despues, le dieron tantos golpes y heridas con las espadas, que le dejaron por muerto. Al tiempo de ejecutar este delito tan atroz, estaba el santo pronunciando aquellas palabras de la salutacion angélica :

Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre Jesus: Y en el coro cantaban aquel versículo del invitatorio: *Quadraginta annis,* etc. en que reprende la Iglesia diariamente la pertinacia judáica. Al tiempo de caer en tierra herido mortalmente, cuidando menos de su propia vida que del beneficio espiritual que le habia hecho la divina misericordia, prorumpió en estas palabras: *Alabado sea Jesucristo, pues muero por su santa fe.* Los sacrílegos asesinos, habiendo cometido el crímen detestable, quedaron tan aturdidos y horrorizados de su propio delito, que no hubieran podido huir, si no los hubiera favorecido una tropa de cómplices que á empellones los echaron de la iglesia y los pusieron en salvo. Pero buscados despues con diligencia por la justicia eclesiástica y secular, fueron presos y ajusticiados con todo el rigor que merecia su horroroso delito.

Los canónigos que estaban en el coro, conmovidos por el ruido que habian hecho los que huian, acudieron y encontraron al santo, que, revolcado en su sangre, cuidaba mas de dar á Dios gracias por haberle concedido el favor de hacerle sacrificio de su vida, que de su vida misma. Llevaronle á su casa, y manifestándole con lágrimas el grande dolor que les causaba su trágica y temprana muerte, el santo lleno de tranquilidad los consolaba á todos, diciéndoles que no sintiesen el fin de su vida, que era inevitable, sino que llorasen el horroroso delito de los enemigos de la fe, y mucho mas su rebeldía y pertinacia. Dos dias permaneció el santo inquisidor en su cama, unas veces consolando á los que le rodeaban, y otras pidiendo á Dios perdon para sus enemigos. Recibió los santos sacramentos con increible fervor y devocion de su alma, y anegado en los sentimientos de la fe, esperanza y caridad, murió con la santidad que habia vivido, el dia 17 de setiembre del referido año. Su

muerte fué sentida de la iglesia de Zaragoza con la expresiones del dolor mas intenso. Por espacio de tres dias no se celebraron los divinos oficios, y se cubrieron de negro los altares hasta que se purificó el templo de la violacion que habia padecido. Por espacio de un año siguieron iguales demostraciones de dolor, diciéndose el oficio divino con un canto fúnebre, al cual precedia el rezo del *Miserere* y algunas preces, puestos los canónigos de rodillas y acompañando la cruz, los ministros cubiertos los rostros con velos negros; y reconciliada la iglesia, se trasladó á ella el santo cadáver para darle honorífica sepultura. A esta sazon quiso Dios manifestar la santidad de su siervo con un suceso portentoso. La sangre que se habia extendido por el pavimento de la iglesia al caer herido el mártir de Jesucristo se habia secado de de manera que, refregándola con lienzos ó papel blanco, de ningun modo quedaban teñidos de la mas mínima señal; pero apenas entró el santo cadáver en el templo, cuando inmediatamente aparecio toda la sangre liquida, hirviendo y tan caliente comó i en aquel instante hubiera sido vertida. Conmovióse el numeroso pueblo en vista del milagro; el capítulo cuidó de autenticarle por medio de notarios, y todos empaparon pañuelos en aquella preciosa sangre, guardándola por reliquia. La santidad de que habia tenido fama toda su vida, se hizo mas gloriosa y probada con el martirio. Los reyes católicos Fernando é Isabel le erigieron un suntuoso sepulcro de mármol, adonde se trasladó su cuerpo. Aumentándose despues por una parte la adoracion de los fieles, y por otra los milagros que Dios obraba en testimonio de su santidad, fué beatificado por Alejandro VII en el dia 17 de abril de 1664.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría, la fiesta de san Hierómides, san Leoncio, san Serapion, san Seleso, san Valeriano y san Estraton, mártires, quienes bajo el emperador Maximino fueron arrojados al mar por haber confesado el nombre de Jesucristo.

En Bitinia, san Autónomo, obispo y mártir, quien, huyendo de la persecucion de Diocleciano, se fué desde Italia á aquella ciudad; donde, habiendo convertido mucha gente á la fe, fué inmolado en el altar por unos paganos furiosos, mientras estaba celebrando misa, pasando así á ser víctima cruenta con la incruenta de Jesucristo.

En Mira de Frigia, el suplicio de san Macedono, san Teódulo y san Taciano, quienes, despues de haber padecido bajo Juliano apóstata diferentes tormentos, fueron de órden del presidente Alémaco puestos sobre unas parrillas candentes, sobre las cuales consumaron alegres su martirio.

En Icona de Liaconia, san Curonota, obispo, quien recibió la corona del martirio, siendo decapitado bajo el presidente Perenio.

En Pavia, san Juvencio, obispo, de quien se hace mencion el dia seis de febrero. Este santo fué conducido á dicha ciudad con san Ciro por san Hermágoras, discípulo de san Marcos evangelista. Estos dos santos predicaron allí el Evangelio de Jesucristo, brillando con sus grandes virtudes y milagros, é iluminando tambien á las ciudades comarcanas con sus obras, acabando sus dias en paz con fin dichoso en la carrera episcopal.

En Leon de Francia, el tránsito de san Serdoto, obispo.

En Verona, san Silvino, obispo.

En Andrelecht, san Guy, confesor.

En Poitou, san Maximino, obispo de Tréveris; quien hospedó á san Atanasio durante su destierro.

En Autun, san Evento, obispo.

En Noatra en Turena, san Reverensio, presbítero, oriundo de Bayeux.

En Angers, el venerable Juan Miguel, obispo.

En la Pulla, san Anastasio, confesor.

En el país de Momonia en Irlanda, san Elve, obispo de Emeley, en el condado de Tirperary.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Pedro el anacoreta.

En Treviso, santa Bona, vírgen.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri martiris tui fidem congrua devotione sectemur, qui pro ejusdem fidei defensione martyrii palmam meruit obtinere. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que sigamos con la debida devocion la fe de tu bienaventurado mártir Pedro, el cual mereció conseguir la palma del martirio por la confesion de la misma fe. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* 11, *pág.* 51.

REFLEXIONES.

Cuando se miran las palabras de la divina Sabiduría con los ojos de la carne y de la sangre, se representan como paradojas absurdas, á que rehusa su aprobacion el entendimiento del hombre, enfermo por la corrupcion del pecado, y debilitado por la escasez de luces sobrenaturales. Encuentra en ellas unas máximas tan distintas de las que tiene adoptadas el mundo, que desde luego se queda sorprendido; pero todo esto consiste en lo que queda dicho, esto es, en que mira las sentencias con los ojos de la carne y de la sangre.

Porque no podemos dudar que es verdad eterna lo que dice en los Proverbios el mismo Dios (1): *Todas mis palabras*, dice, *todas mis sentencias son justas, nada malo, nada perverso se encuentra en ellas; son derechas y arregladas para aquellos que las entienden, y comparecen llenas de justicia para los que llegaron á encontrar la sabiduría*. El Sabio cristiano, instruido en estas verdades, conoce el mérito de lo que dice el Espíritu Santo en la epístola de este dia, y sabe recibirlo en su verdadero sentido. En ellas se asegura, hablando del santo mártir á quien se aplican, que Dios le guardó de sus enemigos, y le libertó de los que intentaban seducirle, concediéndole la gracia de vencer en la terrible lucha que le proporcionó, para que así supiese que no hay cosa mas poderosa que la sabiduría.

Estas palabras aplicadas á san Pedro parece quieren decir que el Señor le libertó de la muerte que le dieron sus enemigos, y que, luchando con ellos, quedó vencedor nuestro santo. Así se presenta el sentido material de estas palabras; pero escrito está que la letra mata y el espíritu vivifica. Siempre que no acertemos á levantar nuestra consideracion de las cosas terrenas, encontraremos semejantes dificultades en las divinas Escrituras. Dios es espíritu, y sus palabras deben ser de consiguiente pertenecientes al espíritu. En esta materia, esto es, en sentido sobrenatural, se verifica el triunfo de nuestro santo como el de todos los mártires que dieron su sangre por Jesucristo. El principal objeto de los que excitaron persecuciones contra la Iglesia no era precisamente lo material y visible que tiene sobre la tierra. No solicitaban de los mártires aprisionar sus cuerpos y despedazarlos. Las fuerzas de los defensores de la fe eran muy débiles en este sentido para entrar en lucha con los tiranos.

(1) Cap. 8.

Sin la menor oposicion hubieran logrado estos desde el principio lo que ejecutaban finalmente, que era despojar á los santos de la vida. Su fin principal era disuadirlos de la santa religion que profesaban. Su persecucion era contra las máximas del Evangelio, y contra las verdades reveladas de la fe, y así se verificaba la guerra y batalla entre el impío, solicitando del cristianismo el abandono de las verdades de la religion, amenazándole con la muerte en odio de la ley de Jesucristo, y el mártir por otra parte despreciando sus amenazas, sufriendo los tormentos, y padeciendo la muerte en defensa de las sacrosantas verdades reveladas. De esta manera salieron vencedores los mártires, libertándolos Dios por su infinita misericordia de caer en las tentaciones impías del tirano. En este sentido, dice la sagrada Escritura que la victoria con que se vence al mundo es nuestra fe. Semejantes reflexiones nos dan idea de la verdad con que nos habla la divina Sabiduría, y al mismo tiempo del heróico esfuerzo que tuvieron los santos mártires, para que procuremos imitarlos.

El evangelio es del cap. 10 *de san Mateo.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere; sed potiùs timete eum, qui potest et animam et corpus perdere in gehennam. Nonne duo passeres asse veneunt, et

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse; ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á oscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos pájaros

unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

por la menor moneda, y ninguno de ellos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabellos de la cabeza. No temâis, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos pájaros. Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

SOBRE EL CUIDADO Y ESMERO CON QUE SE DEBE CONSERVÀR LA RELIGION CRISTIANA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la fe es una prenda de tan exquisito valor, y su falta un daño de tan funestas consecuencias, que ningun cuidado, ninguna diligencia que empleen los magistrados en conservarla es superflua para conseguir este efecto, sino que siempre serán de mas precio las ventajas que provengan, que cuantos trabajos se empleen en procurar estas ventajas.

Esta consideracion interesa igualmente á los jueces y superiores que gobiernan los grandes estados que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, que á los felices individuos de estos mismos estados que son por ellos dirigidos. Una simple ojeada, echada sobre el teatro del mundo, basta para hacernos conocer que todo él seria un confuso desórden si llegase á faltarle el freno de las leyes. ¿Qué estrago, pues, no deberá producir la inobservancia de una ley divina en donde tienen todas las demás su orígen, y de donde reciben su estabilidad, su apoyo y su justicia? Esta ley manda que debemos creer á la palabra

de Dios; que no le es lícito al hombre el escudriñar sus divinos secretos, ni poner límites á sus soberanas obras; y últimamente, que toda la humana ciencia, todas las luces del entendimiento deben humillarse á la voz de los milagros. Toda esta autoridad tiene la religion cristiana, toda esta recomendacion tienen sus leyes: querer cerrar los ojos para no conocerlo es la mayor obstinacion y protervia que puede caber en el corazon humano. De tan funesto principio solamente pueden nacer las investigaciones sobre la religion, el exámen curioso que se hace de sus máximas y preceptos, y el horroroso atentado de querer introducir novedades. Los superiores á quienes toca velar sobre este punto deben tener entendido que ningun esmero estará por demás en el cumplimiento de esta delicada obligacion, ni podrán hacer al estado un servicio de donde les resulten mas considerables ventajas.

La mas leve condescendencia en esta materia es criminal en el juez, y perjudicialísima á la tranquilidad pública. De ella han nacido los horrorosos trastornos de reinos enteros en que florecia el cristianismo, y han adornado la Iglesia con doctores sabios, ilustres mártires y fervorosos confesores. Tantos países lastimosamente sumergidos en los errores de la herejía, y apartados del cuerpo místico de la Iglesia, bastan para causar horror al mas indiferente, y para despertar la atencion mas dormida. Pero se debe advertir que los extravíos del entendimiento humano y las revoluciones religiosas son siempre un manantial seguro de robos, de muertes y de todas cuantas calamidades pueden afligir al género humano. Al punto mismo que ha comenzado en un país cualquiera mutacion en órden á la religion cristiana, ha comenzado á faltar la paz entre sus individuos, la subordinacion á las potestades legítimas, y el respeto á los sagrados

vínculos que unen entre sí á los ciudadanos. No hay desórden, no hay desdicha, no hay crueldad que no se padezca en donde se padece daño en la fe. Por tanto, aquellos ministros que cuidan de su integridad, aquellos superiores á quienes ha encargado Dios el cuidado de su Iglesia, y aun aquellos magistrados que son responsables de la tranquilidad pública deben velar atentamente sobre la pureza de la religion, y no permitir la mas leve novedad en palabras ni en escritos. La mas mínima condescendencia en esta materia es un delito horroroso, porque sus consecuencias pueden ser nada menos que la pérdida de la religion y la subversion de un imperio. Esto mismo debe dar fortaleza á los ministros para que no se dejen doblar ni del empeño del poderoso, ni de las lágrimas del afligido, sino conservar á la justicia todos los privilegios de su severa rectitud.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que cuantos esmeros pongan los magistrados en la conservacion de la fe serán inútiles siempre que todos los cristianos no vivan alerta para no dejarse seducir de los caprichos de la novedad, de la curiosidad y de la soberbia de los que se atreven á examinar la profundidad de los divinos misterios.

El entendimiento humano, á proporcion que son cortas sus luces, padece una enfermedad peligrosa que se reduce á querer dilatar la esfera de sus conocimientos; y como esta pretension excede la virtud de sus facultades naturales, de aquí resulta que viene á precipitarse en una ceguedad tenebrosa cuando piensa dar extension á sus conocimientos. El hombre debe conocerse á sí mismo, y persuadirse de lo limitado de sus luces, para lo cual bastan unas lijeras reflexiones sobre los entes mas despreciables de la

naturaleza. Todas las observaciones de la mas curiosa filosofía no han podido hasta ahora averiguar la formacion del mas mínimo insecto. Nadie sabe la colocacion y estructura que debe tener una rosa para despedir un aroma que la diferencie del clavel. Si extiendes tu atencion á las obras magníficas que encierra en sí la redondez de la tierra, la vasta extension de los mares, y mucho mas el ordenado y admirable conjunto de planetas y de luces que se advierten en los cielos, crece la admiracion y se abisma el entendimiento humano. Pues todo esto no es comparable con la grandeza de cualquier misterio de nuestra augusta religion. Hay la misma diferencia que entre lo eterno y caduco, y la que tiene la naturaleza respecto de lo sobrenatural y divino.

Esta persuasion es tan clara, que se haria injusticia á cualquier cristiano en juzgarle incapaz de percibir con claridad toda la fuerza del raciocinio que la produce. Siendo esto así, ¿cómo hay cristianos que dejen seducirse hasta el punto de arrancar de su alma las santas verdades que plantó en ella la religion, y sustituir en su lugar unas novedades que no son otra cosa que bachillerías vanas? ¿cómo hay cristianos que puedan deslumbrarse con los falsos brillos de unos discursos tan llenos de artificio como faltos de solidez? ¿cómo se da tanto crédito y se leen con tanto entusiasmo unos libros de doctrina corrompida, tan propios para pervertir la religion, como para causar un total estrago de las costumbres? ¡O hombre redimido con la sangre del Crucificado, y á quien ha cabido la dicha de nacer en un país católico, ponte alerta sobre ti mismo, porque ningun cuidado te será superfluo en los tiempos calamitosos en que vivimos para precaver los daños que la pureza de la religion puede padecer en tu alma! La religion cristiana católica, y la Iglesia sacrosanta que fundó Jesu-

cristo sobre una piedra firme y duradera es cierto que nunca jamás podrán faltar. El Hijo de Dios tiene empeñada su palabra en favor de su existencia, y esta palabra es mas consistente que la estructura de la tierra y de los cielos. Pero aunque la Iglesia no puede faltar, puede mudarse la fe de un pueblo ó de un reino entero, sucediendo en su lugar el cisma ó la herejía. El mismo Hijo de Dios amenazó á la pérfida sinagoga con este tremendo castigo en pena de sus delitos. La parábola de la viña es la que nos enseña esta terrible doctrina. Persuádete, pues, ó cristiano, de que debes velar continuamente para no permitir que lleguen á contaminar la pureza de tu fe los hálitos venenosos y pestíferos de los espíritus impíos é irreligiosos.

JACULATORIAS.

Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Matth. cap. 8.

Gracias te doy, ó Padre celestial, porque has escondido las verdades profundas de tus soberanos misterios á los sabios y prudentes del mundo, que las investigan con curiosidad soberbia; y te dignaste revelarlas á los humildes.

Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus. Paul. 1 ad Corinth. cap. 1.

Así debia ser, Señor; pues los consejos vuestros, que parecen á los ojos de los hombres estar llenos de necedad, son en la realidad mas sabios y asombrosos que todo cuanto puede imaginar la sabiduría humana.

PROPOSITOS.

Habiendo considerado cuánto importa á la paz y tranquilidad de los imperios la conservacion de la fe católica, y cuánto provecho resulta á los particulares

individuos, debes sacar en este dia un fruto correspondiente á tus consideraciones. Donde quiera que habites, sea el que fuese el empleo de tu vida, nunca te encontrarás tan seguro, que no lleguen á tus oidos las asechanzas y lazos con que procurarán contrastar la firmeza de tu fe. Unas veces oirás declamar contra la oscuridad de sus misterios; otras oirás atribuir su propagacion á la ignorancia de los hombres, á su debilidad ó al acaso; otras encontrarás con hombres tan atrevidos, que se atreven á hacer mofa de las ceremonias mas sagradas: tal vez pretenderán sorprenderte con la injusticia de atribuir á la religion los vicios de sus ministros y sacerdotes; y últimamente, oirás quejas amargas contra aquel santo tribunal que persigue á los impíos, y conserva la fe en toda su pureza. Ten presentes en estos casos aquellas palabras de san Pablo (1) en que avisa á sus amados discípulos, *que la palabra de Dios no tiene su firmeza en la persuasion de la humana sabiduría, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud.* Acuérdate de aquella sentencia de san Agustin, que dice, *que al paladar enfermo causa hastío el manjar mas sabroso y regalado, y que á los ojos que no están sanos es odiosa la luz tan amable para los que están puros.* Acuérdate finalmente, que el facineroso siempre acusa la ley que castiga sus delitos, y que el perro rabioso muerde con desesperacion la espada que pone término á su furia. En la vida de san Pedro de Arbués y en su gloriosa muerte tienes un ejemplo manifiesto, que confirma todas estas verdades. En ella has visto con qué mortal odio miraron los judíos su vida solo porque se empleaba en perseguir con tanto teson sus apostasías. De aquí debes inferir que aquel que habla con poca reverencia del santo tribunal de la Inquisicion y de la conducta de sus ministros, sin duda le

(1) I ad Corinth. cap. 2.

acusa su conciencia de delitos, cuyo castigo pertenece á este tribunal. Debes huir su trato y comunicacion, y no solamente esto, sino tener zelo y fortaleza para denunciar sus impiedades adonde las corrijan, y pongan freno á las funestas resultas que se pueden seguir. La religion cristiana y la pureza de la fe deben tener en tu estimacion mas peso que todos los bienes de la fortuna; porque, ¿de qué le sirve al hombre llegar á poseer todo el mundo, si padece de cualquiera manera algun detrimento en su alma?

DIA TRECE.

SAN MAURILLO, OBISPO DE ANGERS.

Hácia la mitad del cuarto siglo quiso Dios dar á todo el mundo cristiano un ejemplo nuevo de virtud en la persona de san Maurillo. Nació en Italia, siendo su patria una pequeña ciudad del Milanés, y nació de padres cristianos, mas respetables por su sólida piedad, que por su nobleza y por el papel que hacian en el imperio. Fué su primer cuidado dar á su hijo una cristiana educacion. Tuvo Maurillo la fortuna de ser instruido en la religion, y educado en la virtud por san Martin, que, al volver de la Panonia, donde dichosamente habia sacado á su madre de las tinieblas de la idolatría, haciendo otras muchas, grandes y ruidosas conversiones, se detuvo cerca de la ciudad de Milan, donde comenzó á hacer vida monástica, y á criar la juventud en el temor santo de Dios y en el ejercicio de las virtudes cristianas.

En la escuela de tan hábil maestro aprendió Maurillo los primeros principios de aquella eminente santidad á que el cielo le llamaba; pero no la pudo disfrutar por largo tiempo. Era obispo de Milan Auxen-

cio, arriano de profesion; y habiendo desterrado del Milanés á san Martin, siguió Maurillo sus estudios en el monasterio, hasta que san Ambrosio le sacó de aquel retiro para hacerle lector de su iglesia, persuadido de que no podia hacer servicio mas importante á toda la clerecía. Muy desde luego fué el ejemplo y la admiracion de todos el nuevo y jóven lector por su modestia, por su juicio y por su virtud; pero le tenia destinado para otra parte la divina Providencia.

Muerto su padre, que era gobernador de la provincia, y no proponiéndose Maurillo otra regla que lo mas perfecto del Evangelio, le pareció debia seguir el consejo del Salvador de abandonar por su amor los parientes, los bienes, y todo cuanto mas amaba en su patria. Con esta idea lo abandonó todo; y noticioso de que san Martin era ya obispo de Tours, y que habia edificado un monasterio, el cual era como un seminario de santos, pasó á buscar á su antiguo maestro para aumentar el número de sus discípulos. Correspondieron perfectamente á las grandes esperanzas que san Martin y san Ambrosio habian concebido los progresos que hizo Maurillo en los caminos del Señor. En vista de su abrasado amor á Jesucristo, de su tierna devocion á la santísima Vírgen, de una suma puntualidad en todas las funciones de la vida monástica, de una asombrosa mortificacion de todos sus sentidos, de una caridad universal con sus hermanos, de una profunda humildad, de un inmutable fervor sin distincion de tiempos ni de empleos, juzgó el santo obispo de Tours que un sugeto tan excelente, dotado de tan relevantes prendas, no debia estar como sepultado dentro de las estrechas paredes de una humilde celda. Promovióle á los sagrados órdenes, conformándose con el dictámen y con el pensamiento de san Ambrosio cuando le ordenó de lector; y sin dar oidos á las ingeniosas evasiones que

discurrió su humildad, le elevó á la dignidad del sacerdocio.

Un carácter tan augusto, como respetable á los mismos ángeles, renovó en Maurillo todos sus fervorosos deseos de aspirar á la mas encumbrada perfeccion. Aumentó los ejercicios espirituales, y añadió nuevos rigores á la austeridad de su penitente vida; y el fuego del divino amor que abrasaba su corazon, no solo se dejó conocer en el sagrado silencio del altar, sino que se hizo sobre todo experimentar en los ardores y en los maravillosos efectos de su infatigable zelo.

Era la provincia de Anjou un país en que los abusos y el desenfreno reinaban entre los mismos cristianos; una tierra en fin inculta, silvestre y por desmontar. Fué enviado á ella san Maurillo, y la cultivó tan dichosamente, que en breve tiempo se vió en toda ella una general y asombresa mudanza de costumbres, correspondiendo anundantemente el fruto al trabajo del cultivo, tanto, que en pocos dias fué Maurillo un verdadero apóstol. Informado de que en una aldea de las cercanías de Angers se conservaba un templo antiguo dedicado á los dioses falsos, y que todavía concurrian á él los pueblos á ofrecer votos y quemar incienso á los ídolos, vivamente conmovido de que triunfase aun aquel resto del gentilismo en medio de la cristiandad, se transfirió á él sin otras armas que las de su fe, las de su cobfianza en Dios, y las poderosas de la oracion. Hubiera sido ociosa diligencia valerse de medios humanos para echar por tierra el sacrílego edificio, y así recurrió á los divinos. Púsose en oracion á vista del templo, levantó las manos y los ojos al cielo con resolucion de importunar constantemente al Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo hasta conseguir la milagrosa destruction de habitacion tan infame. Poco tiempo tuvo que

esperar esta gracia. Hallábase el cielo muy sereno, y sin embargo se vió descender de él un torbellino de fuego que en un instante redujo á cenizas los ídolos y el templo. Atónitos los gentiles en vista de tan estupenda maravilla, quedaron dispuestos sus ánimos para convertirse; y despues de haberlos instruido san Maurillo, los incorporó en el rebaño de Jesucristo. Edificó una iglesia al verdadero Dios sobre las ruinas del templo que habian consumido las llamas: sirvióla por espacio de doce años, ilustrando su santa vida y sus apostólicos trabajos con prodigiosa multitud de milagros.

Cierto pobre hombre, llamado Saturno, habia nacido con las dos manos tan descarnadas y tan secas, que jamás habia sentido en ellas el mas mínimo movimiento. Estando una noche durmiendo, le pareció oir una voz que le decia : *Vé á buscar al siervo de Dios Maurillo; ruégale que te haga sobre las manos la señal de la cruz, y al mismo tiempo cobrarás el uso de ellas.* No esperó á que se lo mandasen segunda vez. Luego que amaneció se fué á echar á los piés del santo, refirióle el sueño, y le suplicó que hiciese el milagro. Conociendo san Maurillo que Dios queria autorizar su mision con aquel prodigio, hizo primero oracion, despues hizo la señal de la cruz sobre las dos manos, y en el mismo punto quedaron tan perfectamente sanas, que los que no las habian visto antes no podian creer que jamás hubiesen estado enfermas.

Trajéronle una mujer ciega, y poseida de un demonio tan furioso, que era preciso tenerla siempre fuertemente maniatada. Compadecióse de ella el santo, y con una especie de prodigio pocas veces visto, solo con poner en ella los ojos quedó libre del demonio; y haciendo despues la señal de la cruz sobre los de la ciega, le restituyó la vista. Fueron á decirle que los gentiles de los países circunvecinos,

atemorizados del milagroso incendio que habia consumido el templo de Calona, habian juntado todos sus ídolos, y colocándolos en cierto lugar subterráneo, concurrian continuamente á él, y les rendian culto abominable. No fué menester mas para encender todo su zelo. Pasó inmediatamente Maurillo á aquel profano sitio, y con sola su presencia espantó á todos los demonios, oyéndoseles gritar con horribles ahullidos: *Maurillo, ¿porqué nos persigues en todas partes? ¿tambien nos vienes á arrojar de este último atrincheramiento? ¿es posible que no nos has de conceder paz ni tregua?* Mas animado el santo con sus quejas, hizo la señal de la cruz, y en nombre de Jesucristo les mandó que no volviesen á parecer mas. Al instante se conoció que huian los espíritus malignos, dando bramidos espantosos. Victorioso Maurillo de todo el infierno, mandó que juntasen todos los ídolos en un monte, él mismo les puso fuego, y quedaron reducidos á ceniza. Pasmados los idólatras de aquella maravilla, se convirtieron todos á la fe de Jesucristo; y aprovechándose el santo de su primer fervor, edificó allí mismo un célebre monasterio, que muy en breve se llenó de santos religiosos, cuyas virtudes santificaron con su buen olor todo aquel contorno.

Al restituirse á la iglesia encontró en el pueblo una tropa de mercaderes, que hacian infame tráfico, mal tolerado en aquel tiempo, y pasaban á España á vender esclavos de uno y otro sexo. Uno de ellos se escapó y se refugió en la iglesia de nuestro santo, donde postrado á sus piés le suplicó que le librase de la esclavitud. Enternecióle la vista de tan lastimoso espectáculo; y pasando á la posada del mercader, le rogó que diese libertad á aquel pobre hombre, puesto que habia sido cogido por sorpresa. No moviéndose la dureza del mercader con las razones mas fuertes y

mas eficaces que el santo le pudo decir, no hubo forma de recabar de él diese libertad al esclavo. Acudió entonces san Maurillo á su ordinario refugio, que era el Señor. Encerróse en su iglesia : pasó toda la noche en oracion á los piés de Jesucristo, y por la mañana tuvo noticia de que estaba agonizando aquel duro mercader. Con efecto, pocas horas despues espiró, dejando preocupados á sus compañeros de un espantoso temor. Con el miedo de que viniese sobre ellos otra semejante desgracia, se arrojaron á los piés del santo, deshaciéndose en lágrimas; y bien persuadidos de lo mucho que podia con Dios, le suplicaron que tuviese piedad de ellos y del difunto, alcanzándole á este tiempo y vida para conocer su culpa, y para hacer penitencia de ella. Dejóse vencer san Maurillo : volvió á su oracion, resucitó el difunto; y lo primero que este hizo fué pedir perdon de su codiciosa dureza, y dar libertad á su esclavo: ejemplo que imitaron los demás, y todos aquellos infelices cobraron la libertad, dando palabra de que usarian bien de ella.

Hízose famoso el nombre de Maurillo con tantas maravillas; y muerto el obispo de Angers, que, segun se cree, era Próspero, no hubo en que deliberar para elegir á Maurillo por obispo; pero hubo mucho que trabajar para vencer la aversion que le inspiraba su humildad á todo género de dignidades. Fué preciso sacarle á viva fuerza de su iglesia parroquial, y conducirle á Angers con la misma violencia : ni se pudo obtener de él que consintiese voluntariamente en su consagracion, hasta que un milagro le obligó á prestar el consentimiento. Al mismo tiempo que entraba en la iglesia catedral en compañía de san Martin, su metropolitano, que habia tenido gran parte en aquella promocion, se dejó ver sobre su cabeza una paloma de extraordinaria blancura, la cual se mantuvo en ella

hasta que se acabó la sagrada ceremonia de la consagracion. Esta la hizo san Martin, quien aseguró que, además del Espíritu Santo, visiblemente descubierto en figura de paloma, habia tambien asistido á la consagracion una multitud de espíritus angélicos. La noche siguiente la pasó toda en su iglesia el nuevo obispo, pidiendo al Señor el verdadero espíritu del apostolado; y por las maravillas que obró despues en todas las funciones, se conoció bien que habia recibido toda la plenitud. En nada se dispensó de sus primeras austeridades por las fatigas apostólicas del pontificado; antes bien las aumentó para que su zelo, como decia él mismo, fuese mas eficaz.

Pero no fueron bastantes todas las bendiciones que derramaba el cielo sobre su solicitud pastoral para desvanecer la repugnancia que sentia en verse ocupar una silla tan ilustre como elevada; disgusto que se renovó con motivo de haber muerto un niño sin el sacramento de la confirmacion, no obstante de haber sucedido sin culpa del santo prelado. Añadiéndose á todo esto el deseo de vivir desconocido, tomó en fin la resolucion de dejar el obispado, y desterrarse de Francia para pasar en la soledad el resto de sus dias. Salió, pues, secretamente de la ciudad, y encaminándose al primer puerto, encontró un navío pronto para hacerse á la vela, en el cual se embarcó, y se fué á Inglaterra. Ya estaba en alta mar cuando se acordó que, sin advertirlo, se llevaba consigo las llaves de las reliquias de su iglesia; y como las tuviese en la mano, pensando en el modo de enviarlas, entró una ola en el barco, bamboleóse este impensadamente, y las llaves cayeron en el agua. Apesadumbrado del caso, levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Esto se acabó; no volveré á la tierra que dejé hasta que parezcan estas llaves.* Luego que desembarcó, tomó un vestido pobre; y deseando vivir desconocido, se aco-

modó por jardinero en casa de un señor, que luego se prendó de su afabilidad y de su modestia. Echando Dios la bendicion á su pequeño y deslucido trabajo, se enamoraron todos de la virtud del jardinero extranjero, y cada uno le hacia su particular elogio.

Entre tanto, luego que el clero y el pueblo de Angers llegó á entender la fuga de su santo pastor, fué general el desconsuelo en todo el obispado. Tomaron la resolucion de buscarle en cualquiera parte del mundo donde estuviese, y para este fin fueron nombrados cuatro diocesanos, que por espacio de siete años anduvieron corriendo toda la Europa, pero siempre inútilmente. En fin, estaban esperando á que aparejase un navío que partia para Inglaterra con ánimo de embarcarse en él, cuando en la orilla del mar encontraron una piedra donde estaban grabadas estas palabras : *Por aquí pasó Maurillo obispo de Angers, tal dia y tal año.* Con este milagroso descubrimiento se animaron mas á buscarle. Embarcáronse, pues, y cuando iban navegando á toda vela, de repente brincó del mar al navío un abultado pez, cuyo extraño suceso los dejó altamente sorprendidos; pero lo quedaron mucho mas cuando abriéndole encontraron en el vientre las llaves de sus reliquias. Al principio creyeron todos que sin duda se habia ahogado el santo obispo; pero la noche siguiente tuvieron todos cuatro separadamente una vision que les desvaneció este pensamiento, asegurándoles que encontrarian á Maurillo. Con efecto, luego que desembarcaron en Inglaterra, tuvieron noticia de que en casa de un señor inglés habia un extranjero, que con el nombre y oficio de jardinero ocultaba un raro mérito y una virtud extraordinaria. No les fué difícil dar con él; y habiéndole encontrado en su jardin, se arrojaron á sus piés, suplicándole con lágrimas y con ruegos que se volviese con ellos á cuidar de sus

ovejas. Enternecióse el siervo de Dios; pero les dijo que habia hecho propósito de no volver á su país hasta que pareciesen las llaves de las reliquias. Mostráronselas al punto los diocesanos, y le refirieron el suceso. Conociendo entonces el santo obispo la voluntad de Dios tan declarada con aquella maravilla, se rindió á sus instancias, y consintió en restituirse á su iglesia. Es fácil concebir la admiracion y la veneracion que causaria este enlace de prodigios á los que los supieron y vieron al santo en Inglaterra; pero no es tan fácil imaginar la alegría y el respeto con que fué recibido en Angers de todo su amante pueblo. El historiador de su vida, que al parecer de Surio fué Fortunato, obispo de Poitiers, asegura que antes de partir de Inglaterra habia tenido una vision en que se le apareció un ángel, declarándole ser voluntad de Dios que volviese á su iglesia, y que para mayor favor le concederia la resurreccion de aquel niño que habia muerto sin confirmacion, sirviendo este acaso de pretexto á su inspirada fuga. Añade el mismo historiador que, apenas llegó san Maurillo á Angers, cuando se fué á la sepultura del niño, la mandó abrir, y animado de una viva confianza en el Señor, hizo oracion, gimió por largo tiempo derritiéndose en lágrimas, y el fruto de su oracion fué la resurreccion del difunto, á quien administró inmediatamente el sacramento de la confirmacion, llamándole Renato, en memoria del segundo nacimiento; tomó de su cuenta su particular educacion, formóle en la virtud, y Renato hizo en ella tantos progresos, que mereció con el tiempo ser sucesor del mismo san Maurillo. Hasta aquí el referido historiador. Este hecho, aunque se representa increible, tiene por garantes al santo obispo de Poitiers, que vivió en el siguiente siglo; á san Gregorio, obispo de Tours, que floreció en tiempo aun mas inmediato al milagro, y á la anti-

gua tradicion de la iglesia de Angers, bien probada en la sabia disertacion que dieron á luz los canónigos de aquella catedral.

Lo restante de la vida de nuestro santo fué una serie continuada de milagros, de admirables ejemplos de virtudes, y un dechado cabal de la vida apostólica. Nada aflojó en su primer fervor, antes bien aumentó sus penitencias. En la cuaresma no comia otra cosa que una sopa de agua y sal, y esto una sola vez de tercer en tercer dia, durmiendo siempre sobre la dura tierra. Pero el que era tan áspero consigo, jamás lo fué con los otros; antes hacia una parte de su carácter la blandura y la mansedumbre de Jesucristo. Siempre se le encontraba de alegre y risueño semblante, ganándole los corazones de todos aquellos sus modales tan gratos como apacibles; y era dicho comun, que jamás se habia visto hombre por una parte mas mortificado, y por otra que hiciese mas amable la virtud. Con sola su presencia corregia los abusos, y así se vió mudar de semblante toda la diócesis en el gobierno de tan santo pastor. Abolió una fiesta enteramente pagana, que duraba por espacio de siete dias, pasándose todos en danzas y en banquetes, la cual se celebraba sobre la cima de una enorme peña en las cercanías de Angers; y para santificar un lugar profanado hasta entonces por la disolucion, edificó en el mismo sitio una iglesia en honor de la santísima Vírgen. En fin, lleno de dias y de merecimientos, acabó su santa vida con la muerte de los santos el año 437, casi á los 90 de su edad, el dia 13 de setiembre. Fué enterrado en una sepultura que él mismo habia mandado hacer en una especie de cementerio cerca de Angers, y el Señor la hizo gloriosa con multitud de milagros.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Alejandría, la fiesta de san Filipo, padre de santa Eugenia, virgen. Abandonó este santo la dignidad de prefecto de Egipto por recibir la gracia del bautismo. Su sucesor el prefecto Terencio le mandó traspasarle la garganta con una espada, mientras el siervo de Dios estaba en oracion.

En la misma ciudad, san Macrobio y san Julian, mártires, los cuales padecieron bajo Licinio.

Dicho dia, san Ligorio, mártir, quien fué muerto en su ermita por unos paganos en odio de Jesucristo.

En Alejandría, san Eulogio, célebre por su saber y virtud.

En Angers de Francia, san Maurillo, obispo, que resplandeció con innumerables milagros.

En Sens, san Ama, obispo y confesor.

En el mismo dia, san Venero, confesor, varon de admirable santidad, que vivió como ermitaño en la isla Palmaria.

En el monasterio de Remiremont en Francia, san Ameto, presbítero y abad, esclarecido por su abstinencia y don de milagros.

En Tours, san Lidorio, obispo, predecesor de san Martin.

En Autun, san Nectario, obispo, quien eligió á san German con el tiempo obispo de París, para abad de San Sinforiano de Autun.

En Cluni, el venerable Teuton, abad de San Mauro cerca de París, varon de gran santidad.

En Egipto, santa Heraclia.

El propio dia, san Barsanor, abad.

En Placencia, san Mauro, obispo, cuyo cuerpo es venerado en San Savino de dicha ciudad.

En Armento de la Basilicata, san Lucas, monje, del órden de san Basilio.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Maurilli, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnípotente, que en la venerable solemnidad de tu confesor y pontífice san Maurillo, se aumente en nosotros el espíritu de piedad y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es de la segunda que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios, cap. 5.

Fratres: Charitas Christi urget nos: æstimantes hoc, quoniam si unus pro omnibus mortuus est, ergo omnes mortui sunt; et pro omnibus mortuus est Christus: ut, et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. Itaque nos ex hoc neminem novimus secundùm carnem. Et si cognovimus secundùm carnem Christum; sed nunc jam non novimus.

Hermanos: la caridad de Cristo nos estrecha, considerando esto, que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió Cristo, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos, y resucitó; y así nosotros no conocimos á ninguno por esto segun la carne. Y si conocimos á Cristo segun la carne, ahora ya no le conocemos.

NOTA.

« Queriendo san Pablo en el capítulo quinto, de » donde se sacó esta epístola, mover á todos los hom- » bres al amor de Jesucristo, les da por razon la » muerte del mismo Jesucristo por todos los hom- » bres. Todos estaban muertos á la gracia por el pe- » cado del primer hombre; y así por todos murió » Jesucristo, sin que ni uno solo quedase excluido » del beneficio de la redencion. »

REFLEXIONES.

Que toda la tierra esté regada con sangre de Jesucristo, efecto es de su ardiente caridad; pero de-

cidme, ministros del Evangelio, que toda la tierra esté cubierta de pecadores, ¿no lo imputará el Salvador á la frialdad de la vuestra? Vino á pegar su divino fuego á toda la tierra; no desea otra cosa sino que se encienda; ¿á quien se atribuirá que no prenda este celestial fuego por falta de quien le sople y le avive? Para interesarse con ardor y con verdadero zelo en la salvacion de los prójimos, es menester persuadirse y pensar con el apóstol san Pablo, que de tantas almas como corren ciegas á la perdicion ni una sola hay á quien Dios no quiera sinceramente salvar. Limitar al corto número de elegidos el beneficio de la redencion, es privar á los ministros zelosos de aquella confianza que los sostiene cuando aseguran que no trabajan en balde, ni á lo que saliere, sino arreglándose á la intencion y á la voluntad de Jesucristo. Ninguna cosa acobardaria ni extinguiria mas aquel su abrasado zelo que este funesto, este pernicioso error. ¿A qué fin atravesar tantos mares, consumirse vanamente en inútiles trabajos, para hacer entrar en el redil un casi infinito número de gentes, que ni oyeron la voz del pastor, ni fueron jamás, ni jamás podrán tampoco ser ovejas de su rebaño? ¿qué consideracion podrá animar este zelo, una vez que se dé lugar á la herética opinion de que hay en el mundo una inmensa multitud de almas, por las cuales no murió Jesucristo? ¿ni quién podrá excitar, fomentar y mantener en los mismos fieles la debida confianza, una vez que estén persuadidos de que por mas que hagan, ni tuvieron, ni pueden ya tener parte en los méritos y en la muerte del Salvador? No hay herejía mas propia para introducir en el mundo la corrupcion de las costumbres. La duda sola de si Jesucristo murió por todos los hombres quita el aliento á los pecadores, y apaga la confianza á los justos. ¿A qué fin mortificarme, ni estarme haciendo toda la vida

una cruel y penosísima violencia? Si Dios no murió por mí, todos mis esfuerzos y todas mis victorias son inútiles: el mortificarme es perder tiempo. Y si este divino Salvador se dignó morir por la salvacion de mi alma, aunque persevere hasta la muerte en los mayores desórdenes, ninguno me quitará morir con la muerte de los santos. ¿Puede imaginarse error mas pernicioso? Así, pues, no hay hereje de esta especie que no tenga costumbres muy estragadas bajo la máscara de una aparente piedad. ¡O Señor, y qué poco conocidas son las consecuencias de vuestra preciosísima muerte! A quien no las penetra, fácil cosa le es decir que no pedis tan alta perfeccion á todos aquellos á quienes quereis salvar. Pero el que considera que, habiendo muerto por todos los hombres, á todos les impusisteis la estrecha obligacion de vivir única y precisamente para vos, de arreglar su vida á los preceptos y á las máximas del Evangelio, con dificultad descubre qué temperamento se podrá aplicar á la vida mas austera, ni qué diferencia puede haber entre una vida que enteramente debe estar consagrada á Dios y una total abnegacion. Ni hay que decir que no se descubre culpa, ni cosa que parezca reprensible en el apego que se conserva á ciertos objetos: en oliendo este apego á cosa de la carne, y en siendo segun su inclinacion y sus deseos, ya no se puede componer con un estado en que solo nos debe ocupar lo que se refiere á Dios. Ahora juzga tú si el espíritu y las máximas del mundo pueden convenir á unos hombres que están indispensablemente obligados á vivir segun el espíritu y las máximas de Jesucristo.

El evangelio es del cap. 11 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Venite ad me omnes, qui laboratis, et one-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Venid á mí todos los que estais fatigados y

rati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

cargados, que yo os refrigeraré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon; y encontraréis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y la carga mia lijera.

MEDITACION.

DE LA VIDA DEL SIGLO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida del siglo es una vida tumultuosa, poco cristiana, llena de inquietudes, de disgustos, y siempre acompañada de crueles remordimientos. Por mas que los mundanos se esfuercen á hacernos las mas risueñas pinturas de ella; por mas que nos la pinten con términos pomposos y falaces; por mas brillantes que sean los colores con que intenten retratarla, ni su simulacion, ni sus artificios alteran un punto la naturaleza del estado. Con todas esas afeitadas mascarillas, con todas esas floridas exterioridades, con todas esas risueñas apariencias, la vida del siglo es una dura esclavitud, es la region de los trabajos y de los lamentos. Aquellos mismos que mas claman contra esta verdad experimental, esos son los que interiormente la conocen, y la palpan mejor que todos los otros. Mientras descaradamente afectan cierto aire artificioso de libertad; al mismo tiempo que ponderan tanto sus diversiones y sus gustos; cuando están haciendo ostentacion de su quimérica felicidad, allá dentro de su corazon están confesando que ni hay, ni hubo jamás condicion mas esclava, mas penosa ni mas infeliz que la suya. ¡Qué opresion mas molesta, buen Dios, que aquella con que se vive en el siglo! Es preciso sufrir á unos,

contemplar á otros, y depender de todos. No se ignoran las mañosas artes de un rival, la mala voluntad de un enemigo oculto, los lazos y los artificios de la emulacion; con todo eso, es menester disimularlo todo, tragárselo todo, sin descuidarse en impedir que salga á lo exterior la menor señal de desconfianza. Es menester estar siempre muy sobre aviso, al mismo tiempo que hácia afuera se hacen las mas vivas, pero las mas engañosas demostraciones de amistad, las que en suma no son otra cosa que un mero cumplimiento; porque no hay que buscar en el mundo amistad sincera y verdadera. En él todo se gobierna á gusto de las pasiones, las cuales dominan como tiranas, y su tiranía es servilmente aplaudida. ¡Ah, mi Dios! ¿cuándo hubo violencia mas universal, esclavitud mas insufrible, vida mas abundante de disgustos y de amarguras? ¿qué dia amanece sereno en esa vida mundana? ¿qué dia sin turbacion, sin borrasca, sin algun accidente enfadoso y desgraciado? Represéntase la vida arreglada como una vida que causa horror; créese que el claustro es una honrada, pero espantosa prision; considérase el estado religioso como el de una esclavitud. ¡Ah! que los seglares en solo un mes tienen que hacerse mas violencia, tienen que padecer mas enfados, tienen que tragar mas pesadumbres, tienen que sacrificar mas su libertad, y tienen que vencerse mas que los mas austeros, los mas estrechos religiosos en el largo espacio de la vida. Hasta las diversiones de los seglares están llenas de amarguras. Mucho tumulto y mucho ruido en todas ellas; ¿cuándo hubo nunca ni una sola dulce, sosegada y tranquila? ¿á qué diversion, á qué juego, convite y fiesta mundana no se siguieron siempre disgustos y desazones? No siempre es el gasto lo mas que se siente. La envidia, la murmuracion, la ingratitud y otros mil sentimientos suelen ser el fruto de estas

locas aventuras. ¡Ah Señor, no hay suerte mas infeliz que la de aquellos que sirven á otro dueño que á solo vos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, entre todos los que llevan una vida verdaderamente mundana, ni uno solo hay que no pueda decir, y que no diga efectivamente: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.* Toda la noche estuvimos remando y trabajando, y al cabo nada cogimos: esta es en una palabra la vida del mundo. Noche sombría y oscura, vida que toda se pasa en lóbregas tinieblas por la falta de fe y de consideracion de las verdades eternas; por el embarazo y tumulto de los negocios que sufocan el espíritu; por el ardor de las pasiones, que no solo debilitan las máximas de la religion, sino aun las mismas luces de la razon natural; y en fin, por un amor impetuoso y ciego á las cosas sensibles, á los deleites, y á todo lo que halaga y lisonjea á los sentidos. De aquí nace aquella insensibilidad, y aun aquel tedio con que se mira todo lo que toca á la religion; aquella lastimosa ceguera, que es casi comun á la mayor parte de los que traen una vida tan poco cristiana: *Non est qui recogitet corde.* Compadezcámonos de todos los que pasan sus dias en tan espesas tinieblas, y rindamos gracias á la misericordia del Señor porque se dignó sacarnos de ellas. Pero estas tinieblas no son tranquilas ni descansadas, *laborantes*; se trabaja, se padece, se fatiga, se gasta la salud y la vida, se está uno haciéndose á sí mismo continua violencia; y todo, ¿para qué? para nada; para hallarse al cabo con las manos vacías: *nihil cepimus.* Nada para el cielo y para la eternidad; porque, ¿de qué sirven para la otra vida todos esos trabajos emprendidos y devorados en servicio del mundo y con el espíritu del mismo mundo? ¿de qué sirven esas eternas inquietudes, esos

zelos devoradores, todos esos disgustos, único salario de un amo ingrato, duro y cruel? ¿ni de qué sirven tampoco esos estériles enfados y aun arrepentimientos, frutos naturales de una vida mundana? De buena fe; aquellos que viven segun las máximas y el espíritu del mundo, ¿creen seriamente que llevan una vida cristiana? ¿y no seria burlarse de la religion, si se creyese que para ser cristiano bastaba tener la fe del bautismo? Porque por lo comun, ¿qué otra cosa mas tienen de cristianos esos enemigos de las máximas y del espíritu de Jesucristo, esos hombres que huyen de los sacramentos, y no tienen mas parte en el convite del Señor, que cuando, casi á su pesar, les llevan el viático? ¿se puede decir que es cristiano el que solamente lo es cuando recibe el bautismo, y solamente lo parece poco antes de morir? Pues tal es la vida de la mayor parte de los hombres del siglo. Pocos de ellos harán esta meditacion; mas no por eso es menos lastimosa su conducta, porque no por eso es menos culpable. Los que la hicieren no podrán menos de confesar, ó á lo menos de conocer la solidez y la verdad de todas estas reflexiones. Dichosos de ellos si se quieren rendir á las saludables solicitaciones de la gracia.

JACULATORIAS.

Scimus quoniam ex Deo sumus, et mundus totus in maligno positus est. Joan. I. 5.

Sí, mi Dios; todos sabemos que somos hijos vuestros, y no ignoramos tampoco que el espíritu maligno se ha apoderado de todo el mundo.

Vidi iniquitatem, et contradictionem in civitate... et labor in medio ejus, et injustitia. Salm. 54.

Sí, mi Dios y mi Señor; en el mundo no encontraré mas que maldades y contradicciones; y sobre esto muchos trabajos, muchas fatigas y muchos pecados.

PROPOSITOS.

1. El espíritu del mundo en todo se introduce, y donde está introducido reina la iniquidad, la turbacion y la afliccion de espíritu. Aun esos lugares santos, apartados del tumulto, que eran hasta aquí el asilo de la tranquilidad y de la inocencia, los ha forzado, por decirlo así, este enemigo de la salvacion. Penetró el contagio hasta los claustros religiosos, y con él penetraron tambien aquellos desórdenes, que se creia no poderse encontrar sino en el siglo. El espíritu de ociosidad, de tibieza, de inmortificacion, de relajacion, de delicadeza y de regalo se insinuó hasta en el mismo desierto : mézclase alguna vez el demonio entre los mismos hijos de Dios, y de aqui nacen aquellos tristes ejemplos. Examina hoy si acaso estás tocado de este contagioso mal : mira s te anima el espíritu de observancia, de mortificacion y de devocion. En caso de encontrar alguna relajacion en tu conducta, alguna alteracion en tus antiguas máximas, algun desmayo, tibieza ó disgusto en tu corazon, acude sin dilacion al remedio; y destierra de tu corazon y de tu espíritu todo lo que tenga el carácter de este espíritu maligno, volviendo á una vida fervorosa, mortificada, observante, y enteramente opuesta á la vida del mundo.

2. En todas tus empresas, en todo tu proceder y en todas tus acciones examina bien el espíritu que las anima, y presto te descubrirán tus mismas obras y tus propias máximas. Mira con horror la profanidad, la glotonería, las diversiones puramente mundanas, el juego, los espectáculos, y todo lo que caracteriza á los hombres del mundo. Sé cristiano hasta en las mismas diversiones; y en todo sea la piedad, la modestia y la mortificacion tu verdadero carácter.

DIA CATORCE.

La Exaltacion de la santa Cruz.

Instituyóse la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz para celebrar la memoria de aquel dia en que el sagrado madero, sobre el cual el Salvador del mundo Jesucristo consumó la grande obra de la redencion, fué solemnemente restituido por el emperador Heraclio á Jerusalen, de donde catorce años antes le habia sacado Cosroas, rey de Persia. Atenta siempre la Iglesia, y siempre solícita en rendir á este precioso instrumento todo el culto que por tantos títulos se le debe, instituyó esta fiesta en reverencia de la santa Cruz, celebrando todos los años las maravillas que obró en semejante dia, el cual con razon se puede llamar el dia de su triunfo.

Cosroas II, hijo de Hormisdas, rey de Persia, subió al trono el año 591, y fué tan inhumano, que mandó quitar la vida á su propio padre á garrotazos, para que fuese mas cruel y mas ignominioso el género de muerte. Este detestable parricidio le hizo tan odioso á sus vasallos, que se vió precisado á buscar su seguridad en la fuga. Refugióse en Constantinopla bajo la proteccion del emperador Mauricio, que le recibió con excesiva bondad, y le restableció en su trono. Pero Focas, que de simple centurion habia ascendido á los primeros empleos del ejército, se hizo proclamar emperador el año de 601; y persiguiendo á Mauricio hasta las cercanías de Calcedonia, primero mandó quitar la vida á cuatro hijos suyos delante del desgraciado padre, y despues hizo cortar la cabeza al mismo Mauricio. Resuelto Cosroas á vengar la muerte de su insigne bienhechor, declaró la guerra á Focas,

entró en la Siria, apoderóse de la Palestina, de la Armenia y de la Capadocia, talando, quemando y ensangrentando todo el Oriente, hasta las mismas puertas de Constantinopla. Heraclio, hijo del gobernador de Africa, animado con los clamores de los pueblos, que ya no podian sufrir las violencias del tirano, dió fondo con una escuadra en el puerto de Constantinopla, y derrotadas las tropas de Focas, lo hizo prisionero, y le mandó cortar la cabeza. Fué Heraclio proclamado emperador el año de 610, y no perdonó diligencia alguna para hacer la paz con el rey de Persia; pero orgulloso este con la prosperidad de sus primeras conquistas, despreció todas las proposiciones del emperador, y volvió á comenzar sus irrupciones en las tierras del imperio. Entró en la Palestina, puso sitio á Jerusalen el año de 615, tomóla, y se llevó á Persia el tesoro mas precioso que tenian los cristianos en el Oriente, es decir, la Cruz en que habia muerto Jesucristo por la salvacion de todos los hombres; y apoderándose tambien de todos los vasos sagrados, se llevó igualmente á Persia un gran número de cristianos esclavos, entre los cuales fué el patriarca de Jerusalen Zacarías, que nunca perdió de vista el sagrado madero de la Cruz. Lleváronla como en triunfo los infieles á la ciudad de Cresifon en la orilla del Tígris, intentando erigir en ella un trofeo á su idolatría; pero la Cruz, aunque al parecer cautiva en medio de sus enemigos, se hizo respetar de ellos, no de otra manera que en otros tiempos el arca del Señor en medio de los filisteos. Ningun persa tuvo atrevimiento para tocar aquella preciosa prenda de nuestra redencion, conservándose siempre dentro de la caja ó del estuche de plata en que la habia mandado cerrar santa Elena, sin que toda la codicia de Cosroas se atreviese nunca á aprovecharse de ella por respeto á aquella inestimable reliquia. Segunda

vez le pidió Heraclio la paz, sujetándose á las mas indecentes condiciones; pero el soberbio Persa, hinchado con sus victorias, especialmente desde que el general Sarbazara, uno de los mas acreditados de sus tropas, se habia apoderado de Calcedonia, cuya plaza se consideraba como arrabal de Constantinopla, respondió á los embajadores de Heraclio que le concederia la paz, con la precisa condicion de que el emperador y todos sus vasallos cristianos habian de renunciar á Jesucristo, y no habian de reconocer ni adorar otro Dios que al sol, único dios de los Persas. Horrorizándose los cristianos al oir tan impía proposicion, y animado de una justa indignacion el emperador Heraclio, declaró en presencia de todos sus oficiales que estaba pronto á derramar hasta la última gota de su sangre para vengar tan sacrílega como bárbara insolencia. El clero secular, los monasterios y todos los cristianos ofrecieron al emperador bizarramente sus bienes para una guerra tan justa, considerándola ya como guerra de religion; y ajustando Heraclio la paz con el kan de los Avaros, que le atacaba por un lado de la Tracia, se puso al frente de sus tropas y marchó derecho á Persia. Estando ya á la vista del ejército enemigo, tomó en la mano una milagrosa imágen del Hijo de Dios, corrió con ella las líneas, recordando á sus soldados que iban á pelear por Jesucristo, y que así debian poner su confianza en el poderoso auxilio del Señor Dios de los ejércitos. No los engañó esta confianza: dióse la batalla; y los Persas, aunque muy superiores en número, y tan acostumbrados á vencer, fueron enteramente derrotados. La campaña siguiente aun fué mucho mas gloriosa á los cristianos; batió el emperador á los Persas en muchas ocasiones, y obligó á Cosroas á abandonar la ciudad de Gazac, donde estaba el célebre templo del Fuego. Habiendo entrado Heraclio en

la ciudad, halló en el palacio la estatua de Cosroas sentado debajo de una especie de media naranja que representaba el cielo. Al rededor de la estatua se descubrian el sol, la luna y las estrellas, como tambien algunos ángeles que estaban en pié con cetros de oro en las manos. Mandó el emperador poner fuego al tal palacio, al templo y á toda la ciudad; de donde prosiguiendo en sus conquistas, entró en la Albania, y allí, movido de compasion, dió libertad á cincuenta mil prisioneros que llevaba consigo, y en breve tiempo se apoderó de muchas provincias.

Mientras Heráclio adelantaba sus conquistas en el país enemigo, estaba sitiada Constantinopla por los Ávaros que habian roto la paz, y por los Persas que se mantenian en Calcedonia; pero acudiendo los sitiados en aquellos apuros á la santísima Vírgen, fueron oidas sus oraciones. El ejército de los bárbaros pereció, introduciéndose en él una especie de contagio; y fatigados por otra parte con las continuas y vigorosas salidas de la guarnicion, levantaron el sitio. Viendo el emperador que el cielo se declaraba visiblemente en su favor, marchó á buscar á Cosroas aunque fuese en el mismo centro de la Persia. Tardó muy poco en encontrarle: al principio pareció que se acobardaron los cristianos á vista de la superioridad del ejército enemigo; pero Heraclio los animó, llevando siempre en la mano la imágen de Jesucristo: *Ea, hijos*, les dijo en breves razones, *por Dios combatimos; cada uno de vosotros vencerá á mil.* Con efecto, llegaron á las manos los dos ejércitos, Cosroas fué enteramente derrotado, sus tropas hechas pedazos, todos sus oficiales prisioneros, y él mismo obligado á salvar la vida con la fuga. Hízose tan odioso el bárbaro rey á todos sus vasallos, que le abandonaron; y aunque habia intentado desheredar á Syroes, su hijo primogénito, para colocar en el trono

al segundo, fué proclamado rey, y mandó quitar la vida inhumanamente á su padre dentro de la prision, disponiendo que le hiciesen morir á saetazos: le hizo atormentar así por espacio de cinco dias, para que su muerte fuese mas cruel. Pidió despues la paz á Heraclio, dejando á su arbitrio las condiciones, y siendo la principal que restituiria la preciosa Cruz del Salvador, que hacia catorce años estaba en poder de los Persas dentro de la ciudad de Cresifon, y que pondria en libertad al patriarca Zacarías con todos los demás cautivos cristianos. Aceptó Syroes todas estas condiciones, y el sagrado tesoro fué primero llevado en triunfo á Constantinopla, saliendo á recibirle todo el pueblo con ramos de olivas y velas encendidas, entonando himnos y cánticos. Salió del poder de los Persas la Cruz del Salvador el año de 628.

El siguiente 629 se embarcó el emperador Heraclio para restituirla á Jerusalen, y dar gracias al Señor por sus victorias. Fácilmente se puede imaginar el concurso y el gozo de los fieles cuando vieron que volvia á Jerusalen aquel sagrado madero, trono adorable de las misericordias del Salvador del mundo. Concurrieron á la santa ciudad de todas partes. El clero y el pueblo le salieron al encuentro, ansiosos y apresurados todos por honrar el triunfo de la verdadera Cruz que, por decirlo así, acababa de triunfar de los mas mortales enemigos del cristianismo. Quiso el mismo emperador llevar hasta el Calvario aquella sagrada carga, vestido de las mas ricas y mas magníficas galas imperiales. Precedido del clero, acompañado del patriarca, rodeado de los grandes de su corte, y en medio de una inmensa multitud de pueblo, cargó sobre sus hombros la sagrada Cruz; pero llegando á la puerta que sale al Calvario, quedó extrañamente atónito, sintiéndose inmoble; y viendo que no podia dar un paso, asombráronse todos en vista

de aquel portento; pero el patriarca descubrió luego la verdadera causa. *Considera, Señor,* dijo con respeto al emperador, *si quizá esa púrpura imperial y esas pomposas galas que os adornan son menos conformes al pobre y abatido traje con que Jesucristo llevó esa misma Cruz, y salió por esta misma puerta para subir al monte Calvario.* Penetró inmediatamente el emperador el verdadero significado de aquellas palabras, y movido de su peso, se desnudó al punto de sus vestidos imperiales, se descalzó, y cubierto de una humilde túnica, descubierta la cabeza y despojado de toda insignia imperial, caminó sin dificultad hasta el Calvario, colocó en su lugar el sagrado madero, y rogó al patriarca que, sacándole del estuche, le mostrase á todo el pueblo. Reconoció el patriarca los sellos que estaban intactos y enteros; abrió el estuche de plata con la llave que se guardaba en el tesoro; y habiéndola adorado, dió con ella la bendicion á los fieles; volvióla á cerrar y á colocarla en el mismo sitio de donde catorce años antes la habian sacado los Persas. Quiso Dios exaltar la gloria de este precioso instrumento de nuestra redencion con pompa tan augusta, acompañada de muchos milagros, en el dia 14 de setiembre del año de 629. Regaló despues el emperador á la iglesia de Jerusalen dones preciosísimos para borrar hasta la memoria de las calamidades pasadas; reparó los santos lugares; restituyó en sus dignidades al patriarca y á los demás ministros de la Iglesia, dejando en todas partes ilustres monumentos de su insigne piedad.

Con el tiempo se ordenó que todos los años se celebrase una solemne fiesta en memoria de esta gloriosa restitucion, la que fué muy célebre, con especialidad en el Oriente, y aquel dia concurrian peregrinos á Jerusalen de todas las partes del mundo.

Pero se debe advertir que mucho tiempo antes de

este suceso, así en la iglesia griega como en la latina se celebraba una fiesta con el nombre de la *Exaltacion de la santa Cruz* en el mismo dia 14 de setiembre, y era en memoria de aquellas palabras de Cristo hablando de su muerte : Cuando sea exaltado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas : *Cùm exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum* (1). Luego que levantáreis al Hijo del hombre, conoceréis quién soy yo : *Cùm exaltaveritis Filium hominis, tunc cognoscetis quia ego sum* (2). El cardenal Baronio dice que fué exaltada la Cruz en tiempo del emperador Constantino el Grande cuando se dió libertad á los cristianos para predicar el Evangelio y para erigir iglesias públicas. Tambien se llamó la Exaltacion de la santa Cruz aquella solemnidad que con tanta magnificencia y con tanto aparato se celebró en Jerusalen cuando la emperatriz santa Elena encontró el verdadero leño de nuestra redencion, y le mandó colocar en la magnífica iglesia que á su costa se edificó en el Calvario, celebrando desde entonces la iglesia griega y latina una solemne fiesta en el dia 14 de setiembre con el título de Exaltacion de la Cruz. Hace mencion de esta fiesta el Sacramentario de san Gregorio; y el P. Canisio cita las palabras con que la anuncia el Menelogio de los Griegos : *Exaltatio pretiosæ et vivificæ Crucis sub imperatore Constantino Magno.* La exaltacion de la preciosa y vivífica Cruz en tiempo del emperador Constantino el Grande. El autor de la vida de san Eutiques, patriarca de Constantinopla, que fué su contemporáneo, refiere que mucho tiempo antes del emperador Heraclio volviendo el santo patriarca de su destierro por órden de los emperadores Justino y Tiberio, pasó por un monasterio donde el dia 14 de setiembre celebró con mucha solemnidad la fiesta de la Exaltacion de la

(1) Joann. 12. — (2) Joann. 8.

santa Cruz : *Postquàm salutiferam Crucis memoriam die quartadecima mensis septembris splendidè celebravimus, monasterio benedixit.* Leoncio, obispo de Nápoles, en la isla de Chipre, escribiendo la vida de san Simeon, por sobrenombre Salus, habla de la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz, la cual se celebraba con grande solemnidad y mucho concurso de fieles, como cosa establecida largo tiempo antes del imperio de Heraclio : *Tempore Justiniani*, dice, *cùm accederent ii qui Christi erant amantes, et pro more sancta Christi loca cupiebant adorare, quæ sunt in sancta civitate, in Exaltatione pretiosæ et vivificæ Crucis : norunt autem omnes, qui illìc adesse consuevere in hoc sancto, et omnibus laudibus celebrando festo, quòd ex universo orbe terrarum multitudo populorum, quæ Crucem et Christum diligit*, etc. Asi, pues, parece muy probable que el emperador Heraclio muy de intento escogió el dia 14 de setiembre para restituir la santa Cruz al mismo lugar de donde catorce años antes la habian sacado los Persas como dia consagrado ya muy de antemano á la Exaltacion de la santa Cruz; y que por la devocion y por la grande confianza que siempre tuvo en ella el emperador Constantino, se determinaron los sumos pontífices á instituir esta fiesta particular.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La Exaltation de la santa Cruz, cuando el emperador Heraclio despues de haber vencido al rey Cosroas, la llevó de Persia á Jerusalen.

En Roma, en la via Apia, san Cornelio, papa y mártir, quien en la persecucion de Decio, además de la pena del destierro fué acardenalado con cuerdas emplomadas, y al fin decapitado con otras veinte y una personas de ambos sexos. El mismo dia lo fueron igualmente el soldado Cereol y su esposa Salustia, á quienes el mismo Cornelio habia instruido en la fe.

En Africa, el martirio de san Cipriano, obispo de Cartago, celebérrimo por su santidad y letras, quien despues de un destierro cruel fué decapitado, recibiendo la corona del martirio á seis millas de Cartago á la orilla del mar, en tiempo de los emperadores Valeriano y Galiano.

En el mismo lugar, los santos mártires Crescenciano, Víctor, Rósulo y General.

En Roma, san Crescencio, infante, hijo de san Eutimo, que fué pasado á cuchillo en la via Salaria, bajo el juez Turpilio en la persecucion de Diocleciano.

En Tréveris, san Matermo, obispo, discípulo del apóstol san Pedro, quien convirtió á la fe de Jesucristo á los moradores del país de Tongres, de Colonia y de Tréveris, y á los pueblos comarcanos.

El propio dia, la fiesta de san Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla; quien, desterrado por la faccion de sus enemigos, y levantado su destierro por un decreto del papa Inocencio I, habiendo sufrido muchos trabajos de parte de los soldados que le escoltaban en su viaje, entregó su alma á Dios. Con todo, se celebra su fiesta el 26 de febrero, en cuyo dia Teodosio el jóven mandó trasladar su cuerpo á Constantinopla.

En Tongres, el martirio de san Evergiflo, obispo de Colonia, cuyo cuerpo se guarda en la iglesia de Santa Cecilia de Colonia.

En Meou cerca de Mezieres en Champaña, san Ly, pastor.

En Egipto, el tránsito de san Dionisio de Alejandría, ilustre por su saber y escritos.

En Etiopia, san Eudoxio, presbitero.

En San Marcos de Calabria, santa Domniata, martirizada con su hijo san Casiodoro y otros dos de sus hijos.

La misa es en honor de la santa Cruz, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos hodierna die Exaltatione sanctæ Crucis solemnitate lætificas; præsta, quæsumus, ut cujus mysterium in terra cognovimus, ejus redemptionis præmia in cœlo mereamur. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año en este dia nos renuevas el motivo de alegría en la solemnidad de la Exaltacion de la santa Cruz; suplicámoste nos concedas que así como hemos conocido el misterio en la tierra, así tambien recibamos en el cielo el premio y los frutos de la redencion que vuestro hijo Jesucristo obró en ella. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo...

La epístola es del cap. 2 del apóstol san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu, qui cùm in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genu flectatur cœlestium, terrestrium, et infernorum, et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

Hermanos: Tened entre vosotros los mismos sentimientos que (fueron) en Cristo Jesus, el cual, siendo Dios en la substancia, no juzgó usurpacion el que su ser fuese igual á Dios, sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hombres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

NOTA.

« Hallándose san Pablo en Filipos, colonia romana,
» desde luego convirtió á muchos á la fe de Jesu-
» cristo. Prendiéronle los magistrados á él y á Silas, y
» á entrambos los mandaron azotar con varas. Suce-
» dió la noche siguiente un terremoto con que se
» estremeció toda la ciudad, y los magistrados los
» pusieron en libertad. El Apóstol conservó siempre
» particular amor á los de Filipos; y estando en Roma,
» les escribió esta admirable carta dándoles gracias
» por las limosnas que le habian enviado. »

REFLEXIONES.

Seguid las mismas máximas que Jesucristo siguió. ¿Estas palabras del Apóstol hablan por ventura solamente con los Filipenses? ¿y qué razon habrá para que el resto de los cristianos se consideren exentos de tan saludable leccion? ¿somos acaso nosotros menos discipulos del Salvador que aquellos á quienes se dirigió esta epístola? Pero si pretendemos salvarnos, si deseamos ser verdaderamente cristianos, ¿podemos ni debemos pensar de otra manera que como Cristo pensó? ¿podemos ni debemos admitir otras máximas ni otros principios? Sobre dos solos principios gira toda nuestra religion, sobre la moral y sobre el dogma, es decir, sobre lo que debemos creer, y sobre lo que debemos obrar. Es preciso creer todas las verdades de la fe; pero es indispensable vivir constantemente segun todas las reglas de la moral cristiana. Seguir la moral de Jesucristo sin tener fe es una quimera. Creer todo lo que la fe nos enseña, y no vivir segun las máximas del Evangelio, es una insigne locura, acompañada de una irreligiosa impiedad. Porque á la verdad, si se cree todo lo que nos enseña la religion : amor de un Dios infinito, que infinitamente nos ama, que nos

previene con un amor infinitamente tierno, benéfico, incomprensible; la Encarnacion del Verbo, misterio en que se confunde y se pierde todo entendimiento criado; vida de un Hombre Dios, pobre, desconocido; trabajos extremos, muerte dolorosa y afrentosa de Jesucristo; redencion sobreabundante de todos los hombres, sin que ni uno solo fuese excluido de ella; feliz y bienaventurada eternidad, patria celestial, centro de todos los bienes, única herencia nuestra; milagro continuo del extremado amor de Jesucristo y de su presencia real en la Eucaristía, nuestro dulce consuelo y manantial inagotable de nuestra confianza; juicio terrible sobre la conformidad de nuestra vida con la regla suprema de las costumbres, y con la inalterable verdad del Evangelio; dificultades multiplicadas en el único negocio que tenemos, que es el de nuestra salvacion; máximas del mundo esencialmente opuestas á la única regla de las costumbres; espíritu del mundo extremamente contrario al espíritu de Jesucristo; vida mortificada, vida penosa, vida pura, vida penitente para que pueda ser y se pueda llamar vida cristiana; este es el compendio de nuestra fe. Dudar de un solo artículo en esta materia es ser infiel. Máximas del Evangelio, moral inalterable de Jesucristo; tener otra regla de vida, es condenarse, es ser réprobo, es ser desdichado, y enteramente perderse. Estas son las máximas de Jesucristo; pero ¿son estas las nuestras? Esos grandes del mundo, esos hombres de negocios, esas almas enteramente carnales, esas mujeres terca y obstinadamente mundanas, ¿entran en estas máximas? ¿estudian esta soberana, esta única regla de costumbres? ¿y son verdaderamente fieles todos los que el dia de hoy tienen el nombre de cristianos? Esas personas esclavas de sus pasiones, tristes víctimas del mundo; esos idólatras de los placeres, que pasan toda la vida

en la enemistad de Dios y en su desgracia; esos cristianos de nombre, oprobio del cristianismo; porque *muchos*, como decia san Pablo á los Filipenses (1), y con mas razon lo podemos decir el dia de hoy, *muchos siguen otro camino muy diferente que el camino del Evangelio. Y estos son aquellos mismos de quienes os decia antes, y lo repito ahora con las lágrimas en los ojos, que son enemigos de la cruz de Jesucristo, cuyo fin es la muerte eterna, cuyo Dios es su vientre, que hacen vanidad de lo mismo que los deshonra, y que solo toman gusto á las cosas de la tierra.* Todos aquellos que son originales de este retrato (¡y cuántos lo son, santo Dios!), ¿se gobiernan por las máximas del Evangelio? y estos tales ¿tendrán buenos fundamentos para esperar un dichoso fin? ¡O mi Dios, y qué prueba tan palpable es la conducta de la mayor parte de los hombres de que es muy corto el número de los elegidos!

El evangelio es del cap. 12 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis judæorum: Nunc judicium est mundi: Nunc princeps hujus mundi ejicietur foràs. Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum. (Hoc autem dicebat, significans qua morte esset moriturus.) Respondit ei turba: Nos audivimus ex lege, quia Christus manet in æternum: et quomodo, tu dicis. Oportet exaltari Filium hominis? Quis est iste Filius hominis? Dixit ergo eis Jesus: Adhuc modicum lumen in nobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas de los judíos: Ahora se hace el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levantado de la tierra, lo traeré todo á mí. (Y esto lo decia para significar de qué muerte habia de morir.) Respondióle la turba: Nosotros hemos entendide de la ley que el Cristo vive eternamente: ¿cómo dices tú, pues, conviene que el Hijo del hombre sea levantado de la tierra? ¿Quién es este Hijo del hombre? Jesus, pues, les dijo: Todavía está

(1) Cap. 3.

non vos tenebræ comprehendant: et qui ambulat in tenebris, nescit quò vadat. Dum lucem habetis, credite in lucem, ut filii lucis sitis.

con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz para que no os sorprendan las tinieblas; y el que camina en tinieblas no sabe adonde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz.

MEDITACION.

DEL AMOR DE LOS TRABAJOS Y CRUCES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es bien digno de admiracion el poco amor que se tiene á las cruces y á los trabajos, despues de habernos enseñado Jesucristo los graves tesoros que se encierran en ellos. Bien se puede decir que son aquella piedra preciosa que por comprarla y poseerla vende todo cuanto tiene el que conoce lo que vale. Es un tesoro escondido que hace ricos y felices á los que tienen la dicha de encontrarle. Bienaventurados los que lloran, dichosos los que padecen, felices los que pasan la vida entre contradicciones y adversidades, dice el Salvador del mundo. No se engañó el Hijo de Dios cuando nos dió estas lecciones, cuando pronunció estos oráculos. Lleno está el Evangelio de estas verdades; todo nos predica lo que vale la cruz, la necesidad de las cruces, la incomprensible dulzura de los frutos de la cruz; además del ejemplo de Jesucristo tenemos tambien el de los santos. Todos amaron las cruces: muchos dieron ó abandonaron todos sus bienes por encontrar este campo fértil en abrojos y todo cubierto de espinas. A no pocos se vió pedir á Dios la gracia de morir ó padecer, deseando la vida precisamente para tener mas que sufrir. A otros se les oyó exclamar: Alargadnos, Señor, la vida, pero pro-

longad los trabajos. En fin, no faltaron algunos que, no contentos con estos, pidieron al Señor que se los sazonase con los abatimientos y con los desprecios: *Pati et contemni pro te.* Este fué el sentir de los santos en órden á las cruces. ¡Cuánta diferencia hay, buen Dios, de su opinion á la nuestra! Se tienen por desgracias las adversidades, se hace cuanto se puede por evitarlas, y se huye de ellas como de infortunios y de contratiempos. Pero ¿de dónde nace este disgusto y aun este horror con que se miran las cruces? No de otro principio que de nuestra poca fe, de nuestro poco amor de Dios y del imperio que tiene el amor propio sobre nuestros corazones. Tiénese una fe vacilante, una fe lánguida, una fe muerta ó moribunda: esto nos impide comprender bien los oráculos de Jesucristo, y penetrar todo su misterio. Ámase á Dios especulativamente, y de aquí nace el poco valor para imitarle y para seguirle. Cada cual se ama á sí mismo; es vil esclavo de sus pasiones, nada mas que un hombre enteramente carnal; hace poco papel, puede muy poco la religion tanto en nuestro entendimiento, como en nuestro corazon; solo se defiere al dictámen de los sentidos, solo se consulta al amor propio. Esta es toda la razon porque no se aman las cruces. Pero si la cruz es el único camino que guia derecho al cielo; si fué conveniente que el mismo Salvador padeciese para entrar en la gloria, ¿sus verdaderos siervos y los que se precian de discípulos suyos entran en ella por otro camino?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que solamente dejan de amar la cruz aquellos que no han gustado sus frutos. El nombre solo de cruz espanta; pero ¿á quiénes? á los hombres del mundo, criados y sumergidos en los gustos y diversiones; á los esclavos de las pasiones y de los

sentidos; á esas gentes enteramente entregadas á la delicadeza y al regalo. Estos son los que claman contra las cruces; los que se estremecen solo con oir hablar de ellas. Pero *gustate et videte*, dice el Profeta; gustad primero los frutos, y despues podréis hacer juicio de si os debeis gobernar por la corteza; entonces veréis si es verdad que en las adversidades solo se encuentra dolor, tristeza y amargura. Aquellos que los gustaron, saben por una dichosa experiencia que esas aparentes amarguras están sazonadas de dulcísimos consuelos. Es verdad que los sentidos, por decirlo así, están en desgracia; que el natural gime oprimido; que el amor propio padece extraños suplicios; pero qué, ¿no se toma en cuenta aquella virtud omnipotente, aquella suavísima uncion de la divina gracia, en fuerza de la cual se encuentra un exquisito consuelo, un gusto particular en todo aquello que sujeta el amor propio y mortifica los sentidos? ¿no se toma en cuenta aquel suavísimo gozo que se experimenta en vestir la librea de Jesucristo, en ser tratado como hijo de la casa, y no como esclavo? ¿no se toma en cuenta aquella seguridad que se tiene de morir con alegría cuando se vivió con aflicciones, y se tuvo cuidado de santificar las cruces y los trabajos? Bien se puede decir que en el penoso ejercicio de estos se experimenta una cosa muy parecida á lo que se notaba en el martirio de aquellos héroes cristianos, cuya memoria nos merece tanta veneracion. ¿Te persuades por ventura que los dejó Dios abandonados á toda la viveza del dolor, á todo el rigor de los tormentos, á toda la rabia y á todo el furor de los tiranos? Pero ¿quién jamás hubiera podido naturalmente resistir á aquella infinita multitud de crueldades inauditas que inventó el infierno para atormentar á los cristianos? Aquel gran Dios, que permitia que sus fieles y queridos siervos fuesen

tan atormentados, sabia muy bien recompensarlos, endulzándoles sus tormentos y sus penas. Veíanse muchas personas jóvenes, tiernas y delicadas hacer burla de los tormentos y rebosar de alegría en medio de los mas bárbaros suplicios. Veíanse hombres, mujeres y viejos triunfar de gozo, y sentir en lo interior de sus almas un consuelo que, por decirlo así, encantaba toda la vivacidad de los suplicios que se ejecutaban en sus cuerpos. Los mismos paganos que ignoraban el misterio estaban aturdidos, y atribuian a encantamiento lo que era efecto de la gracia del Redentor y de la omnipotencia de nuestro Dios. Es verdad que tambien la gracia tiene sus encantos, pero muy diferentes de los que estila el demonio. Pues esto mismo, poco mas ó menos, sucede tambien hoy con los que viven entre trabajos y cruces. Cuida Dios de alijerar el peso, de endulzar la amargura y de embotar las puntas. Con razon se puede decir que las adversidades, las cruces, las aflicciones, la pobreza y las desgracias sucedieron en el cristianismo à las persecuciones de los tiranos. Es cierta especie de martirio sordo la vida de los que viven en cruz; pero no por eso obra Dios menos milagros en ellos, no se oponen menos á la naturaleza y á los sentidos los trabajos y las adversidades, que las hogueras y cadalsos; pero tampoco es menor el cuidado y la bondad de Dios con los atribulados de nuestros dias, que con los mártires de otros tiempos. Amemos las cruces, y en las cruces hallaremos nuestras delicias.

Haced, Señor, que yo comprenda bien este misterio, y que haga por mí mismo la experiencia. Dadme este amor santo de la cruz, y tendré infaliblemente el vuestro. Nunca podré amar la cruz sin amar al que estuvo enclavado en ella.

JACULATORIAS.

Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Gal. 6.

No permita Dios que me gloríe en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.

Placeo mihi in infirmitatibus, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. 2. Cor. 12.

Sí, Señor, toda mi alegría la coloco en las aflicciones, en los oprobios, en las miserias, en las persecuciones y en los disgustos que padezco por amor de Jesucristo.

PROPOSITOS.

1. Muchos halla Jesus el dia de hoy, dice el autor del libro de la Imitacion de Cristo, que suspiran por su reino celestial; pero muy pocos que quieran llevar su cruz. Muchos desean los consuelos; pero á pocos agradan los trabajos. Muchos desean tener parte en sus gozos; pero pocos son tan generosos que quieran participar de sus tormentos. Muchos le siguen á la mesa hasta partir el pan; pero pocos hasta beber el cáliz de su pasion. Muchos le aman cuando están contentos, y cuando derrama sobre ellos sus bendiciones; pero por poco que los aflija, se dejan llevar del abatimiento y de la tristeza. No seas tú de esos siervos cobardes é interesados. No puedes amar á Cristo crucificado, si no amas tambien la cruz. Nunca pongas los ojos en tu crucifijo sin oir la exhortacion que te hace á que le imites en sus tormentos. En todas partes se tiene á la vista el crucifijo, en el oratorio, enfrente de la cama, en el altar; y con todo eso, este sagrado objeto hace poca impresion en los que le miran. Sea en adelante el crucifijo tu director y tu maestro. Ama la cruz, y amarás á Jesucristo crucificado.

2. En todas partes nacen las cruces, hasta en el

mismo trono. No pretendas arrancarlas, sino hacerlas meritorias. Acuérdate que siempre son efecto de la misericordia y de la bondad de tu Dios. En sucediéndote algun trabajo, no dejes de darle gracias inmediatamente con alguna breve oracion, aunque no sea mas que con un *Gloria Patri*. Nunca tengas otro lenguaje con tus amigos, con tus hijos y con tus criados. Inspira á todos el amor á las cruces, singularmente con tu mismo ejemplo.

DOMINICA III DE SETIEMBRE.

LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Una de las cualidades que mas ennoblecen á España, y que ensalzan su mérito entre las mas grandes naciones del mundo es, además de su catolicismo, la tierna devocion que siempre ha manifestado á la Reina de los ángeles. La feliz situacion de que goza, esta península, la fecundidad de su terreno, la amenidad de sus valles, la frescura de sus montes y la riqueza de sus minas, que en tantas ocasiones han sido el objeto de la avaricia de las naciones guerreras, todo es menos que el tener en su seno unas criaturas racionales, que, reconocidas á su Criador, adoran sus sabias disposiciones, profesan el Evangelio que predicaron los apóstoles, y ponen sus mayores esmeros en celebrar las grandezas de aquella Vírgen dichosa que tuvo en su vientre al unigénito de Dios. España, como las demás naciones, ha celebrado siempre los misterios de la santa Vírgen, adelantándose á muchas de ellas á proporcion que ha sido mayor la santidad de los prelados que la han gobernado, y mayores las causas que la Reina de los ángeles les ha dado para manifestarse agradecidos.

Cuando no tuviese multiplicados testimonios de esta verdad en todas las iglesias, bastaria un san Ildefonso, arzobispo de Toledo, para autorizarla; sus obras manifiestan el grado de devocion y de ternura que tenia este santo prelado á la santa Vírgen; y asimismo manifiesta la historia de su vida cuán bien se lo pagó la Señora, dignándose bajar del cielo á ponerle con sus manos una sagrada vestidura.

Sin embargo de la multiplicidad de fiestas que tiene la iglesia de España dedicadas á la Madre de Dios, con la circunstancia de haber tenido muchas de ellas en esta region su principio, sin embargo de la solemnidad y pompa con que se celebran infinitos octavarios á todos sus misterios; sin embargo, en fin, de que no hay ciudad, pueblo ni aldea en que no haya alguna imágen dolorosa de la Reina de los ángeles que sea venerada con especial devocion; con todo eso, parece que el espíritu de esta nacion piadosa, reunido en el corazon de sus católicos monarcas, no encontraba todavía todo el desahogo que requeria su amor y su devocion fervorosa. Consideraban los Españoles los dolores de la Vírgen en el tiempo en que toda la Iglesia estaba anegada en lágrimas por la representacion de los de su santísimo Hijo. Deseaba por tanto, queriéndose entregar únicamente á la contemplacion de las acerbísimas penas que traspasaron el corazon de María al tiempo que los pérfidos judíos consumaron el mas atroz de sus delitos en el Calvario, que los dolores de María tuviesen una festividad particular en tiempo mas desocupado. El animoso rey Felipe V, que reunia á un mismo tiempo todas las cualidades de un valeroso soldado con las de un cristiano piadoso, se encargó de solicitar de la silla apostólica la consecucion de esta gracia. Propúsose por modelo el fervor de la religion de los siervos de María, cuya devocion en celebrar los dolores de esta soberana reina

es bien notoria por todo el mundo cristiano. Sus preces tuvieron todo el efecto deseado; pues habiendo precedido el parecer favorable de la sagrada Congregacion de Ritos, dado á 17 de setiembre de 1735, nuestro santísimo padre Clemente XII concedió el dia 20 del mismo mes y año este consuelo á toda la iglesia de España. En consecuencia deben ocuparse los fieles este dia en la devota consideracion de los dolores de la Reina de los ángeles, teniendo presentes los testimonios de la santa Escritura que los comprueban, los dichos de los santos padres que los testifican, y las consideraciones de los varones piadosos que los ponderan.

En dos distintos lugares de las sagradas Escrituras se hace mencion de las acerbas penas que afligieron el inocente corazon de la santa Vírgen. El primero en el capítulo segundo de san Lucas, y el segundo en el diez y nueve de san Juan. El primero contiene una profecía del santo anciano Simeon, en que le certificaba que su alma habia de ser traspasada con un cuchillo de dolor; y en este instante la santa Vírgen, que sabia muy bien las Escrituras, vió de una ojeada los terribles tormentos que habia de padecer su Hijo, y las acerbas penas que habian de ocasionar en su corazon. En aquel punto se le representaron las pinturas horrorosas que hace Isaías de Jesucristo paciente. Ya le veia humillado, escupido, y abofeteado sin figura de hombre: otras veces se le representaba como un manso cordero que sin abrir su boca iba á ser sacrificado por los pecados del mundo. En aquel instante pudo exclamar con Jeremías: Ved, Señor, la tribulacion que padezco: mi corazon se ha atribulado dentro del pecho, porque estoy llena de amargura. Pero todo esto era inferior al dolor que padeció despues en la pasion sangrienta de su Hijo, cuanto va de la imaginacion á la verdad. Así los dolores de

María, asistiendo á la cruz de su Hijo paciente, tienen el aspecto mas terrible que pueden tener, y así nos la representó san Juan. Este sagrado evangelista, exactísimo en referir las menudencias de la pasion de su Maestro, llega á hablar del tormento que al mismo tiempo padecia su madre, y se contenta con decir solamente, que al tiempo de morir su hijo estaba junto á la cruz. Pero en esto mismo se contiene tanta materia para considerar la intension de los dolores de María, que apenas ha habido escritor piadoso que haya podido apurar en sus escritos todo el amargo cáliz que bebió entonces la Señora. Sin duda sus dolores en esta ocasion exceden la comprension del entendimiento humano, y solamente se pueden llegar á percibir con algunas consideraciones piadosas.

Aunque no fijemos, pues, la consideracion en aquel encuentro doloroso, que consideran los contemplativos, y afirma algun otro padre; aunque no meditemos sobre el terrible dolor que penetró el corazon virginal cuando vió entre inmensas tropas de gentes al bendito Jesus llevar sobre sus hombros, hecho un Isaac verdadero, el leño donde habia de ser sacrificado; aunque apartemos los ojos del quebranto que padeció cuando, cumpliéndose una profecía, vió al sol de justicia cubierto de negras sombras, y convertida en sangre la luna llena de gracia y de amargura; solamente con mirarla en la cima del monte sagrado y verdadero collado de María, basta para conocer el mar de penas, la tempestad furiosa que combate su espíritu, y casi la sumerge en el profundo. Discúrrase una por una por cuantas penas sufrieron los mártires; considérense la espada de un Pablo, los leones de un Ignacio, las parrillas de un Lorenzo, las ruedas, los potros, las cruces, la escarnificacion y muerte de un Vicente, de una Eulalia, de un Justo y Pástor, y se hallará que todos sus tormentos son en compa-

racion de los de Maria lo que una hoja en un monte, una gota de agua en el mar, una arena en la tierra, y un átomo pequeño comparado con el inmenso espacio del globo celeste. Aquella magnanimidad y fortaleza con que quiere ver morir á su Ismael, no debajo del árbol, sino pendiente de él ante los ojos del universo, despedazan sus entrañas con instrumentos mas crueles que el fuego, el potro y el cuchillo. Su misma fortaleza la hace penetrar á todo riesgo la guardia de los soldados hasta llegar al funesto teatro donde se representó la mas horrible tragedia que imaginaron jamás la crueldad, la envidia, la ingratitud y el despecho. En esta situacion pudiera reconvenírsela á la Señora con aquellas palabras del real Profeta que dicen : *Acordaos de que el hombre enemigo ha desafiado con osadia á su Señor, y ha determinado á fuerza de improperios irritar su santo nombre; pero el amor de Maria es magnánimo y mas poderoso que la misma muerte.* Ninguna reconvencion será capaz de hacer que perdone dolor alguno á su inocente corazon. Puesta en el monte de mirra, prueba y apura todo el cáliz y amargura que le está preparado. No rehusa los dolores, antes bien padece con su Hijo para beneficio del género humano.

Ya ve con sus mismos ojos á unas manos atrevidas, que, asiendo de las ropas teñidas en sangre, despojan al inocente Jesus : ya ve que con una rabiosa furia le quitan la túnica inconsútil, obra de sus manos virginales, y que, renovando las llegas de su sagrado cuerpo y cabeza, comienzan á correr de nuevo arroyos de sangre por su divino rostro : ya en fin aparece Jesucristo desnudo, sin mas auxilio para la decencia que la que tiene el hombre por sí mismo cuando acaba de salir de las manos de la naturaleza, como dice san Ambrosio. Y la madre de honestidad y de pureza, cuyos ojos castísimos infundian decencia,

penetrando sus miradas los secretos senos de las almas: aquella que entre todas las mujeres fué la primera que dió á la virginidad un precio inestimable y casi infinito, ¡cómo tendria su corazon, viendo á su Hijo vírgen de los vírgenes en una desnudez tan afrentosa, y á la vista de tan innumerable multitud de gentes! Si el temor de la desnudez pudo tanto en unos pechos virginales, aunque gentiles, que él solo bastó para contener los horrendos suicidios que maquinaba la furia de un frenesí en las doncellas de Samos, ¿cuánto sentimiento causaria en el espíritu de la Vírgen purísima ver á su Hijo desnudo, y que este oprobio era celebrado con risas desmesuradas, y baldonado con improperios y blasfemias? Clavados sus hermosos ojos en el endurecido cielo, estaria suspenso su espíritu, admirando los inescrutables designios y adorables fines de la justicia del Eterno Padre. ¡Suspension dichosa, si la furia de los hombres permitiera continuarla! Pero ya oye el ruido de los martillos, y percibe como están clavando á su Hijo en el madero de la cruz. Suenan en sus oidos los chasquidos con que crugen los huesos del pecho sacratísimo al tiempo que entre inefables dolores se descoyuntan. Ya ve que, conmoviéndose el pueblo, y alzándose una extraña gritería, levantaban en alto la cruz para dejarla fija en el suelo. ¡Qué dolor tan agudo el de la benditísima Vírgen en este punto! ¡qué tormento el suyo cuando vió que, clavado Jesus al madero, y moviéndose del uno al otro lado, se desgarraban mas y mas las sangrientas heridas! ¡qué sentimiento al ver caer hilo á hilo la sangre divina sobre las piedras del Calvario, y aun sobre los mismos que le crucificaban, cuyos pecados estaba lavando con ella! ¡qué angustia en fin la de aquel inocentísimo corazon cuando vió ya á Jesus cubierto de oprobios, y hecho el varon de dolores, como tenia profetizado Isaías! Su corazon quedó

trastornado de dolor : la espada de su Hijo le atravesaba el alma en lo exterior, y dentro de su espíritu estaba la imágen de la misma muerte. *Subversum est cor meum in memetipsa, quoniam amaritudine plena sum; foris interficit gladius, et domi mors similis est.*

Nada hay ya en toda la naturaleza que pueda dar consolacion á la afligida Señora. Si fija los ojos en la tierra, ve los copiosos arroyos de sangre que manan de las heridas del Crucificado : si quiere levantarlos al cielo, se estrellan inmediatamente con su lastimado Hijo : si mira á la multitud de chusma que puebla el Calvario, sus risas y sus blasfemias atormentan los ojos y los oidos; y si se para á contemplar, se le ofrecen uno por uno los miembros dilacerados de Jesus, en que no ve mas que salivas asquerosas, palidez, cardenales, heridas, sangre, horror y muerte. Su alma misma le sirve de tirano, porque la memoria le recuerda los inmensos beneficios que pagan ahora los ingratos hombres con una afrentosa muerte : su entendimiento le representa la suma inocencia de Jesucristo, y la infinita injusticia con que los hombres le han condenado : le hace conocer que es verdadero Dios, que descendió del Eterno Padre, con quien es una substancia, y la misma santidad por esencia. Y ve que este inocente, este bienhechor, este Rey de reyes, este Señor de todo lo visible é invisible, este Dios omnipotente, eterno é inmortal es tratado como loco, embaucador, revoltoso, tirano, y mas facineroso que los mas depravados hijos de las tinieblas. Ve el resplandor de la luz eterna trocado en negras sombras de oprobios. Ve la Sabiduría infinita tratada de necedad é ignorancia; la comida de los ángeles convertida en hieles y mirra; el poderoso que se ciñe la espada de su virtud sobre su muslo, abatido y derrocado á los piés de la hez del pueblo; el Esposo todo hermosísimo sobre los hijos de los hombres,

amabilísimo sobre el amor mas encendido y abrasado, y dulcísimo mas que el panal de miel formado en el monte de los Líbanos, afeado, despreciado, escupido, y hecho el oprobio y la fábula de la malignidad y del desprecio. Y esto ¡con qué inhumanidad! ¡con qué afrenta! ¡con qué escándalo de los cielos y de la tierra! hasta dejar el cuerpo de Jesucristo sin sanidad y sin figura de hombre : hasta hartar una hambre infinita de padecer, y hacer rebosar los oprobios, segun la frase de un oráculo divino : *Saturabitur opprobriis.*

Todos estos tormentos, todos estos dolores los padecia María en calidad de madre, y madre la mas tierna y sensible que puede imaginarse. Esta cualidad hace sus dolores de una esfera tan superior, que apenas cabe en el humano entendimiento, porque constituye el amor por uno de los principales agentes de su pena y amargura. El mismo Dios caracteriza en las santas Escrituras el amor maternal por superior á todos los amores, segun la expresion del Espíritu Santo : es la hipérbole del dolor el que padece una madre por la muerte de su hijo unigénito ; y de esta verdad hay testimonios repetidos en las sagradas y profanas historias. Jacob llora sin consuelo á su desgraciado José : Resfa no puede ver perecer delante de sus ojos el fruto de sus entrañas : David puebla los aires de voces lastímeras y gemidos por su hijo Absalon : Pompeya Tiburnia ve las ropas de su hijo teñidas de sangre, y le acompaña en el eterno sueño de la muerte : Emilia, hija de Valerio Torcuato, oye que su hijo andaba entre las espadas enemigas, y le cuesta la vida este peligro. Estos ejemplos de amor maternal pueden dar alguna idea de la sensacion que causaria en la Madre de Dios ver la muerte de su Hijo; pero siempre es necesario advertir la gran diferencia que hay de hijos y de madres. El hijo de María

es amable sobre todos los bienes : es digno con dignidad infinita sobre todo lo visible é invisible: es la misma inocencia, todo amoroso, todo dulce, todo bueno, todo apacible. María es semejante en todo á su Hijo : su corazon es el centro de la compasion y misericordia ; su genio es la misma apacibilidad y dulzura ; su alma, la mas amable, la mas blanda, la mas tierna y sensible, es la materia mejor dispuesta para padecer. La consideracion de que su Hijo es Dios, abre las puertas al sentimiento : el sumo amor que como á tal le profesa, forma un raudal inmenso; las gracias casi infinitas que por la dignidad de Madre de Dios ha derramado el espíritu divino sobre su alma, se emplean sin intermision en ensanchar las orillas á este torrente; y la afrenta é inhumanidad con que ve padecer á su Hijo, forman un profundo abismo de aguas amargas de tribulacion y de desconsuelo : ve que pierde un Hijo infinitamente mas amable que todos los hijos de los hombres; un Hijo á quien ama, no solamente con el amor natural de madre, sino con él que le debia tener por haberle concebido sin mas intervencion que la del Espíritu Santo. Pierde un Hijo que es todo suyo, que así como fué eternamente engendrado sin madre, lo habia sido tambien en tiempo sin padre, de solas sus virginales entrañas; y á este Hijo tan amado le oye en aquel triste *sitio*, tengo sed, y no le puede dar una sola gota de agua : ve que no tiene donde reclinar la cabeza, y no le puede servir de reclinatorio : le ve morir, finalmente, y no le puede dar amparo.

Parece que los dolores de María no podian ya llegar á mayor extremo; sin embargo, veia á su santísimo Hijo todavía vivo, y una vida tan preciosa, aunque llena de tanta humillacion, no podia menos de dar algun consuelo á su alma. Iba ya Jesus á espirar, cuando advirtió la Señora que el hijo fijaba la vista

sobre ella como para decirle alguna cosa; y cuando pudiera esperar que con algun tierno y dulcísimo coloquio fortaleciese su angustiado corazon, vió [illegible] señalando á san Juan evangelista, decia con de[illegible] yada voz estas palabras: *Mujer, ve ahí, ese es tu h[illegible]* Los santos no acaban de ponderar lo acerbo del dol[illegible] que ocasionaron estas palabras en María, que quedó toda absorta y sorprendida al oirse llamar mujer en lugar de madre, y que le daba por hijo á un puro hombre, en lugar del unigénito de Dios. Pero por grandes que fuesen sus amarguras en este punto, se doblaron todas cuando advirtió que el rostro sacratísimo de Jesus, mas hermoso que los de todos los hombres, se cubria de la palidez y sombra de la muerte, que se apagaban aquellos ojos que eran el resplandor de la luz eterna, y que, desmayando poco á poco el aliento, iba á dar el último suspiro; y cuando finalmente vió que, demudado todo, y clamando con una gran voz á su Eterno Padre exhaló su santísima alma, consumando la grande obra de la redencion del mundo, aquí fué el último desconsuelo de María: aquí se acabó de enlutar su corazon; y aquí se verificó lo que dice el abad Ruperto, esto es, que fué mas que mártir. Y san Bernardino de Sena llegó á decir: *Que fué tan extremado su dolor, que, si se llegase á dividir entre todas las criaturas sensibles, todas perecerian al momento.* ¡Oh desconsolada Señora! ¿adónde volveréis ya vuestros ojos que no encuentren motivos de sentimiento? Vuestros amigos os han desamparado, y se han convertido en vuestros mas crueles enemigos. La tierra os asusta con temblores espantosos; el aire os atormenta con los ecos de las blasfemias; el cielo se os oculta con negras y espesas tinieblas; el sol oscurecido niega sus alegres luces, y hasta el Eterno Padre se hace sordo á los suspiros de vuestro corazon, y os deja con vuestro Hijo sumergida en

las olas furiosas del mas triste desamparo. Tanta multitud de dolores mueve á exclamar con san Buenaventura: *Oh corazon suavísimo, centro de amor, ¿porqué te has convertido en corazon de dolor? Mira tu corazon, ó madre amabilísima, y ya no es corazon sino amarga hiel, y corazon de ajenjos.*

La misa es propia de la festividad, y la oracion la que sigue.

Deus, in cujus passione secundùm Simeonis prophetiam, dulcissimam animam gloriosæ Virginis et matris Mariæ doloris gladius pertransivit: concede propitius, ut qui transfixionem ejus et passionem venerando recolimus, gloriosis meritis et precibus omnium sanctorum cruci fideliter adstantium intercedentibus, passionis tuæ effectum felicem consequantur. Qui vivis et regnas...

O Dios, en cuya pasion la espada del dolor atravesó la dulcísima alma de tu gloriosa Vírgen y madre María, como Simeon habia profetizado: concédenos, piadoso Señor, que los que renovamos la memoria de sus dolores para ofrecer nuestros cultos, lleguemos á conseguir el venturoso efecto de tu pasion por la intercesion y méritos de todos aquellos santos que asistieron con fidelidad al Redentor en la cruz. Tú que vives y reinas...

La epístola es del cap. 13 del libro de Judith.

Benedixit te Dominus in virtute sua, qui per te ad nihilum redegit inimicos nostros. Benedicta es tu à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram. Benedictus Dominus, qui creavit cœlum et terram, qui te direxit in vulnera capitis principis inimicorum nostrorum: quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum, qui memores fue-

El Señor te bendijo comunicándote su poder, y por tu medio ha reducido nuestros enemigos á la nada. Bendita eres tú, ó hija del Señor Dios altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra. Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra, y dirigió tu mano para que cortase la cabeza del principal de nuestros enemigos: porque de tal manera ha engrandecido hoy tu nombre, que

rint virtutis Domini in æternum, pro quibus non pepercisti animæ tuæ propter angustias et tribulationes generis tui, sed subvenisti ruinæ ante conspectum Dei nostri.

tus alabanzas no faltarán jamás de la boca de los hombres que se acordaren en lo sucesivo de los portentos del Señor, por amor de los cuales no temiste exponer tu vida viendo las angustias y tribulacion de tu gente, sino que socorriste á la ruina que amenazaba en presencia de nuestro Dios.

REFLEXIONES.

Al aplicar nuestra madre la Iglesia á los dolores de María santísima una epístola como la referida, que está sacada del libro de Judith, y contiene parte de los cánticos con que celebró el pueblo de Israel la magnanimidad de aquella heroína, presenta á los ojos de los fieles dos cosas igualmente notables, y que merecen su reflexion. La primera es atribuir á María la redencion del mundo en compañía de su hijo Jesucristo, padeciendo juntamente con él todas sus penas y tormentos, y hasta la misma muerte. La segunda es reconocer en su corazon una fortaleza y constancia superior á la que manifestó Judith en la accion gloriosa y arriesgada de entrarse en un ejército enemigo con el designio de cortar la cabeza á su general, el cual llevó á debido efecto con toda la felicidad que podia prometerse. En órden á lo primero, las insinuaciones de nuestra madre la Iglesia deben tener para con nosotros tal recomendacion de razonables y verdaderas, que seria un delito el negarles nuestra veneracion y nuestro asenso. Pero los dolores de María tienen además la comprobacion de los padres de la Iglesia, que los reputan por un martirio. San Jerónimo dice : *Que los demás mártires lo fueron muriendo por Cristo ; pero que María lo fué muriendo juntamente con Cristo.* San Ambrosio en el

libro que escribió para instruccion de las vírgenes (1), representa á María santísima al pié de la cruz repasando con sus ojos las sangrientas heridas de su Hijo, por medio de las cuales sabia que lograba el mundo su redencion: Y *estaba la piadosa madre*, dice, *con un ánimo nada indigno del sangriento espectáculo que miraba, pues no temia á los homicidas. Pendía en la cruz el Hijo, y la madre se ofrecia á los perseguidores, esperando si acaso con su muerte se podria añadir algo al público sacrificio; pero la pasion de Cristo no necesitó de quien la ayudase ó aumentase.* Estas palabras de san Ambrosio justifican el piadoso título que se suele dar á la Vírgen de Corredentora del género humano, y son análogas á las insinuaciones de la Iglesia.

Con igual razon le atribuye esta una constancia y fortaleza en los trabajos, superior no solamente á la que manifestó Judith en su gloriosa empresa, sino tambien á la de todos los mártires, por lo cual la ensalza con el epiteto de Reina de los mártires: san Jerónimo mide la grandeza de sus dolores y tormentos por la grandeza de su amor; y de aquí infiere que, habiendo amado María á su hijo Jesucristo mas que todos los mártires, debió padecer al pié de la cruz mas dolor que todos ellos. Por tanto, no duda san Anselmo decir en un sermon de la Asuncion, que cuanto padecieron los mártires en sus cuerpos por la crueldad de los tiranos, fué poco ó nada en comparacion de lo que padeció María. Sin embargo, vemos á esta Señora al pié de la cruz, donde está espirando su Hijo, con una fortaleza portentosa. Lejos de ella los lamentos, lejos las acciones descompasadas con que manifiestan el exceso de su dolor las mujeres vulgares, siente lo que no es capaz de sentir una pura criatura; pero al mismo tiempo se manifiesta en su semblante la invicta fortaleza que sostiene su

(1) Cap. 7.

corazon. Su voluntad está perfectamente resignada en las disposiciones del Eterno Padre, y así como su Hijo le obedece hasta sufrir la muerte de cruz, así tambien María junta su obediencia con la del Salvador del mundo, sufriendo su penoso martirio con una constancia digna de la Madre de Dios. Por eso dice san Ambrosio en la oracion fúnebre del emperador Valente: *Leo que María estaba de pié junto á la cruz de su Hijo, mas no leo que llorase.* Estas reflexiones son un motivo poderoso para que el cristiano adore la mano de Dios en todos sus trabajos, y los lleve con ánimo invencible.

El evangelio es del cap. 19 de san Juan.

In illo tempore: Stabant juxta crucem Jesu mater ejus, et soror matris ejus Maria Cleophæ, et Maria Magdalene. Cùm vidisset ergo Jesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suæ: Mulier: Ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.

En aquel tiempo: Estaban junto á la cruz de Jesus su madre, y la hermana de su madre, María Cleofas, y María Magdalena. Habiendo, pues, visto Jesus á su madre, y al discípulo que amaba, que estaba de pié, dijo á su madre: Mujer, hé ahí tu hijo. Despues dijo al discípulo hé ahí tu madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.

MEDITACION.

SOBRE LOS FRUTOS QUE DEBEN CAUSAR EN EL CRISTIANO LOS DOLORES DE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la contemplacion de los dolores de María es un antídoto sumamente provechoso contra todas las aflicciones que se padecen en esta vida, y al mismo tiempo un motivo para esperar con mayor confianza en la divina misericordia.

Los dolores de María santísima bien considerados deben fortalecer el alma del cristiano, y llenarle de soberanos consuelos por mas que las aguas amargas de la tribulacion le hayan sumergido hasta el hondo. Porque, ¿qué trabajos pueden ser los tuyos, ó cristiano, que merezcan compararse con los de aquella Señora? ¿Te han usurpado la hacienda? á María santísima le quitaron su Hijo en donde estaban encerrados todos los inmensos tesoros de las riquezas divinas. ¿Han vulnerado tu honor, afeándole con imposturas. y ennegreciéndole con calumnias afrentosas? María santísima tiene á su Hijo, que es la misma inocencia, crucificado por revoltoso, por embaucador, por un hombre tan malo, que queria levantarse por rey; y llegó á tanto el vilipendio, que llegaron á posponerle al facineroso Barrabás. ¿Te han privado de tu pariente, de tu esposo, ó de tu hijo? María santísima se ve viuda, porque Jesucristo es el esposo de las vírgenes: le han quitado un hijo Dios de quien era verdadera madre, y con él le han quitado todos los bienes imaginables, pues todos se contienen en la naturaleza divina. ¿Padeces enfermedades, tienes tu cuerpo cubierto de llagas, te afligen la hambre, la sed, la pobreza y todos los dolores? María santísima se ve despreciada de todos, sin tener modo de aliviar la sed de su Hijo, ni darle sepultura, y su bendita alma está hecha el teatro mas lastimoso de cuantos inventó la crueldad, y del mas triste desamparo. Sin embargo de eso, María es inocentísima, y se conforma perfectamente con la voluntad de su Dios. ¿Quién eres tú, pues, que pretendes tener mejor suerte, y mayores privilegios que esta Señora? ¿qué temeridad es la tuya cuando pretendes eximirte de los trabajos de esta vida con una conducta llena de delitos? ¿No será mas razonable pensamiento el llenar tu corazon de una santa tranquilidad y consuelo,

considerando en los trabajos que Dios te trata como trató á su misma Madre? A mas de que, en esto mismo puedes asegurar una dulce esperanza de las eternas recompensas. El mismo Dios tiene dicho, *que no será coronado sino el que hubiese peleado con fortaleza.* El sufrimiento de los trabajos de esta vida es la lucha á que está prometida la palma y la victoria. Por otra parte, el haber padecido tanto la Madre de tu Dios, te asegura de que en sus dolores tienes un caudal con que pagar tus deudas, y un repuesto de merecimientos en que afianzar tus esperanzas. María inocentísima, y sin la mas leve mancha de pecado, á imitacion de su Hijo, no padeció para sí, sino para beneficio del linaje humano. Ensancha, pues, ese corazon, y conoce que en los dolores de María tienes todo tu consuelo, y en donde colocar la esperanza de conseguir la vida eterna.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el Espíritu Santo mismo aconseja la continuacion en contemplar los dolores de María, proponiendo al mismo tiempo los grandes provechos de que serán participantes los que se empleen en tan santo ejercicio.

En la sagrada Escritura se dice: *No olvides los gemidos y dolores de tu madre, para que se perfeccione en ti la gracia y la bendicion.* Esta continuacion en las buenas obras es poco menos que esencial para percibir todo el fruto que ofrecen ellas por sí mismas; pero en los dolores de María se hace enteramente necesaria. Porque, ¿de qué servirá ver padecer á esta Señora en lo mas íntimo de su alma, y que su dolor excite nuestra compasion, si á manera del vuelo de las aves, y del curso del bajel, apenas deja en nuestro corazon unas pequeñas señales de haber existido? ¿de qué sirve traer á la memoria en un dia

del año que María, aquella Señora inocentísima, que es madre de Dios, aquella Señora que estaba llena de dones del Espíritu Santo, y jamás admitió en su alma la mas lijera mancha, padece por nosotros los mas graves dolores que pueden ser padecidos por pura criatura? ¿qué provecho sacaremos de los oportunos intentos de la Iglesia, que celebra los dolores con el fin de que nos acordemos tambien de los de Jesucristo? Se hace, pues, indispensable la continuacion en contemplar una materia de donde nos debe resultar tanto provecho. Porque, no hemos de pensar que el aconsejarnos el Espíritu Santo la continuacion y constancia en contemplar las penas de nuestra madre dolorosa, tenga por objeto que estemos siempre tristes y llorosos, exhalando ayes y suspiros. No hemos de creer que es para que nos sequemos de amargura, ni nos ocupen mas afectos que el llanto y el dolor. Mayores provechos nos advierte, para mayores intereses nos excita: para que se perfeccione en nosotros, dice, la propiciacion, la misericordia y perdon de Dios, y tenga en nosotros entero cumplimiento la bendicion y la gracia.

¡De qué utilidades tan grandes y ciertas será poseedor el que siguiere contemplando los dolores de nuestra madre y reina María santísima! Todos cuantos buenos pensamientos haya causado en el alma, todos se conservarán con facilidad: le servirá de un antídoto seguro, dice san Bernardino de Sena, y de un preservativo casi cierto para no pecar: esta contemplacion hará un prodigioso aumento en él de todas las virtudes, dice san Anselmo: *El flaco cobrará alientos, el afligido consuelo, favor el menesteroso, ayuda el desvalido, el fuerte mas gracia, el santo mas justicia, y el perfecto gloria.* Viendo á María padecer, ¿quién rehusará los ejercicios penosos de la vida cristiana? ¿quién no tendrá los ayunos por hartura,

las penitencias por alivio, las enfermedades por regalo. los trabajos de la vida humana por beneficios, las lágrimas por consuelo, y la abstraccion y mortificacion por gusto, dulzura y contento? Viendo padecer á María, ¿quién habrá que retraiga el hombro de la cruz de Jesucristo? ¿quién no estará contento con su suerte y su estado por penoso que sea? ¿quién no adorará una mano invisible en sus infortunios? ¿quién no abrirá el pecho para que se derramen en él los cálices amargos de las tribulaciones con que prueba Dios á sus elegidos? Amas de que, María santísima lo agradece, y no es como nosotros, que dejamos el agradecimiento en mera pasion del alma, sino que le explica con muchos y muy singulares beneficios, y cuida de que su santísimo Hijo nos mire con especial cariño. La contemplacion, en fin, de los dolores de aquella dulce Señora, nos preserva del pecado, conserva la gracia, y nos asegura la bienaventuranza eterna.

JACULATORIAS.

Cui comparabo te, virgo filia Sion? Cui assimilabo te? Thren. cap. 2.

¿A quién te compararé, ó Virgen hija de Sion? ¿En quién podré encontrar tormento que iguale á tus dolores?

Magna est velut mare contritio tua. Thren. cap. 2.

Tus penas y angustias han llegado á una grandeza tan excesiva, que se me representan mayores que el mar.

PROPOSITOS.

Una de las consideraciones mas frecuentes que nos propone nuestra madre la Iglesia es la de los dolores de María santísima. En todas las iglesias se hacen devotos novenarios con este fin piadoso: los sagrados oradores se esfuerzan en sus discursos en proponer los dolores de María pintados con los mas vivos colo-

res que les pueden sugerir su zelo y su destreza oratoria. Están sumamente multiplicadas las sagradas imágenes que representan á esta Señora con todo el extremo de angustia que penetró su inocente corazon. Pero todo esto no suele producir en los fieles otro efecto que un sentimiento pasajero, que no los reforma en sus costumbres. La contemplacion de los dolores de María debe producir en el alma del cristiano una compasion filial, un movimiento serio y tierno del corazon, que acabe con una enmienda verdadera de los delitos que estragan sus costumbres. Al ponerles delante de los ojos una tragedia tan lastimosa, no se deben contentar con prorumpir en algunos sentidos ayes, con destilar algunas lágrimas, cual si estuvieran en un teatro, ó dar á entender de otra cualquier manera que hace mella en sus almas la desgracia ajena; porque esto, sin un asenso á la divina gracia, que llama por ese medio, sin una conversion perfecta al bien inconmutable, se queda en un efecto necesario de la misma naturaleza. Es una explicacion indeliberada de lo vivo y sensible que tiene nuestra carne: es un material sentimiento causado por el sonido de las palabras que solemos conceder al mas desconocido, y al malhechor mas facineroso. Aun las mismas fábulas y ficciones trágicas, producidas por un ingenio vivo lleno de entusiasmo, suelen sacar las lágrimas de nuestros ojos; pero las lágrimas así vertidas no son otra cosa que humor y jugo que faltan al alma para que quede mas dura: nos testifican hombres, pero no nos acreditan cristianos. La compasion que debemos sacar de los dolores de María debe terminarse en un verdadero dolor de contricion, por el cual detestemos nuestras culpas pasadas, y hagamos un firme propósito de precaver las venideras. Esto es lo que desea de nosotros la afligida Señora, y á este fin nos propone la contem-

-placion de sus dolores nuestra madre la Iglesia. Debemos considerar aquella sentencia asombrosa que dijo Jesucristo á las hijas de Jerusalen cuando caminaba al Calvario, llevando sobre sus hombros todo el peso de los pecados del mundo. *Llorad*, les dijo, *sobre vosotras, y sobre vuestros hijos, porque si esto se hace en el leño verde, ¡qué se hará en el seco!* Si María santísima, siendo Madre de Dios, concebida sin pecado, llena de todas las gracias, y la mas pura é inocente que hubo ni habrá en los cielos ni en la tierra, padece tan terribles dolores, que no duda llamarlos la Escritura lazos de muerte, y dolores de infierno; ¿qué pueden esperar los cristianos cargados de iniquidades y sumergidos en el profundo cieno de todos los vicios? Temamos, pues, el rigor de la divina justicia, y sea este saludable temor el dichoso fruto que produzca en nosotros la consideracion de los dolores de María.

DIA QUINCE.

SAN AICHARDO, ABAD DE JUMIEGES.

San Aichardo, á quien mas comunmente se le llama san Achardo, fué de una de las mas nobles familias del Poitou. Su padre Anscario se distinguió mucho en los ejércitos en tiempo del rey Clotario; y su madre Ermena aun era mucho mas distinguida por su sobresaliente piedad entre las señoras de aquella provincia. Tomó á su cargo dar á su hijo una cristiana educacion, y este cuidado tuvo el suceso que se podia desear. Halló en Aichardo un natural tan feliz, un corazon tan inclinado á todo lo bueno, y un genio tan suave, tan apacible y tan dócil, que dejaron poco que hacer á la educacion estas bellas inclinaciones naturales. Luego que tuvo edad para comenzar sus estudios, se le puso

á pupilo en el monasterio de San Hilario de Poitiers bajo la disciplina de un santo monje llamado Ausfrido, aun mas acreditado por su virtud que por su sabiduría. Hizo en breve tiempo tantos progresos en la escuela de aquel célebre maestro, que su padre le sacó de ella á impulsos de su espíritu guerrero, para que se ejercitase desde luego en el manejo de las armas, destinándole al servicio del rey, con seguridad de que se haria digno de los mayores empleos. Pero eran muy diferentes los pensamientos de la virtuosa madre sobre la fortuna de su hijo. Todo su deseo era verle santo, y no cesaba de representar á su marido que, si querian bien á su hijo, no debian solicitarle otra fortuna. Estando en esta piadosa contienda, llamaron á Aichardo, que á la sazon contaba solos diez y seis años: y declarándole su padre con toda resolucion que le tenia destinado para la carrera de las armas, sin consultar su inclinacion; le respondió el hijo con respetuosa sumision, que siempre le encontraria rendido á su voluntad, no teniendo mayor satisfaccion que ejercitarse en obedecerle con el mayor rendimiento; pero que le habia de permitir hacerle presente con el mas profundo respeto, que tenia por cierto no era la voluntad de Dios que se quedase en el mundo; pues habiendo entendido á los siete años de su edad que su madre le habia consagrado con voto al servicio del Señor, hallándose en peligro de muerte al tiempo de darle á luz, él mismo habia ratificado tambien el voto de su madre, prometiendo á Dios no servir á otro rey que á su Majestad. Movido el padre de un discurso tan juicioso como cristiano, no pudo contener las lágrimas; y mudando de tono, le dijo: *No puedo, hijo mio, oponerme al partido que has tomado, siendo tan bueno. Bien merece Dios ser preferido á todos los monarcas de la tierra; y puesto que has determinado consagrarte absolutamente*

á su servicio, tienes para eso no solo mi consentimiento, sino tambien mi bendicion.

Obtenida esta, solo pensó Aichardo en poner en ejecucion sus piadosos intentos. Ya desde los diez años hacia una vida enteramente religiosa. Su piedad, su frecuente retiro á la oracion, su tierna devocion á la santísima Vírgen y sus penitencias eran superiores á la edad; y así nunca perdió el candor de la primera inocencia. Por la fama que tenia á la sazon el monasterio de San Jovin en las extremidades del Poitou, se resolvió á entrar en él, y muy desde luego se dejó admirar tanto de todos su virtud, que los monjes mas ancianos, al ver los maravillosos progresos que hacia en el noviciado, pronosticaron que seria con el tiempo una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Hallándose sus padres sin herederos, pasaron al monasterio, y le hicieron donacion de todos sus bienes; pero nuestro santo, que todos los habia abandonado cuando volvió las espaldas al mundo, les dejó libre la disposicion de todos; en cuya virtud los devotos padres fundaron un monasterio en una de sus posesiones, llamada Quinzay, á legua y media de Poitiers, poniéndole bajo la disciplina de san Filberto, abad de Jumieges, el cual, huyendo de la persecucion de Ebroin, mayordomo del palacio, celebró mucho encontrar aquel asilo. Luego que se acabó la fábrica del monasterio, noticioso san Filberto del mérito y de las prendas de Aichardo, le nombró por su primer abad; y á pesar de la resistencia que hizo su humildad á tan acertada eleccion, le fué preciso obedecer, siendo en breve tiempo el nuevo monasterio de Quinzay modelo de observancia á los demás monasterios de todo el reino.

Pero como Ebroin nunca quisiese permitir que san Filberto volviese á Jumieges, fué preciso pensar en

otro abad para este monasterio, cuyos monjes, movidos de la reputacion de nuestro santo, le pidieron por superior. Pareció expediente dictado del cielo; porque san Filberto estaba libre para suceder en Quinzay á san Aichardo, mientras san Aichardo sucederia en Jumieges á san Filberto. Solo faltaba vencer la resistencia de Ansoaldo, obispo de Poitiers, á quien costó mucho trabajo reducir á que consintiese en que nuestro santo saliese de su obispado. Pero san Filberto, que consideraba el monasterio de Jumieges como la principal y la mas perfecta de todas sus funciones, nunca se pudo resolver á ceder su gobierno á otro que á san Aichardo, cuya virtud tenia tan conocida. Contentóse, pues, con quedarse de monje particular en San Quinzay; y renunciando la abadía de Jumieges en favor de san Aichardo, se vió este precisado á mudar de monasterio. Pasó á Ruan para recibir la bendicion de su arzobispo san Oven, y desde allí partió á Jumieges, donde encontró novecientos monjes, que se consolaron muy en breve por la pérdida de su primer abad san Filberto, conociendo la santidad y el mérito de su digno sucesor.

No les hizo á los principios otra exhortacion que la de sus ejemplos; mudas, pero á la verdad eficacísimas lecciones. Los monjes, viendo su frecuente trato con Dios en la oracion, su compostura, su modestia, su grande suavidad y su penitente vida, deseaban con ansia oir hablar al que veian obrar con tanta edificacion. Hízoles, pues, unas pláticas espirituales tan eficaces y tan fervorosas; exhortólos al amor de Dios y de la santísima Vírgen con tanta elocuencia y con tanta mocion; hablóles de la abnegacion de sí mismos, del olvido del mundo y de todo lo criado con tanta energía, que visiblemente se reconoció tan aumentado el fervor y el ejercicio de todas las virtudes en aquella numerosa comunidad, que

entre mas de novecientos monjes que se contaban en ella, habia pocos que no hiciesen milagros.

Al santo abad le habia concedido el cielo este don muchos años antes. Estando un dia en oracion dentro de su celda, vió al demonio que con una hacha estaba dando por el pié á un árbol muy corpulento, debajo del cual estaban trabajando los monjes, para que al golpe de él quedasen muertos algunos. Pasó al punto al mismo sitio, hizo la señal de la cruz, ahuyentó de allí al enemigo, y mostró á los religiosos el árbol quemado y medio cortado por el pié, que despedia de sí un olor de azufre intolerable. Propusieron al santo abad si queria que le acabasen de cortar para quitar el enemigo aquella ocasion de hacerles daño. No, hermanos mios, respondió el santo; dejémosle así para monumento del beneficio que os hizo el Señor librándoos de la malicia del enemigo de la salvacion. Siempre que le veais, servirá para renovar vuestro reconocimiento, y para advertiros que debeis estar continuamente prevenidos contra los artificios del espíritu maligno.

Acostumbraba el santo, despues que los monjes se habian recogido en sus celdas, visitar todos los dormitorios con la cruz y el agua bendita, para expeler de ellos al espíritu de las tinieblas, que está siempre armando lazos á los siervos de Dios, pero con especialidad durante el sueño de la noche. Tuvo en esta piadosa funcion muchas visiones, de las cuales se valia oportuna y provechosamente para conservar aquel prodigioso número de religiosos en el fervor, en la mas exacta observancia y en el candor de la inocencia, á pesar de los esfuerzos que hacia el infierno para inducirlos á la relajacion. Conociendo en un éxtasis que ya solo le restaban algunos meses de vida, aumentó la oracion, las devociones y las penitencias.

Hallábase un dia en oracion con todos los monjes,

y de repente sintió traspasado su corazon de un vivísimo dolor con el temor que entonces le asaltó de que despues de su muerte aquellos hijos suyos, que con tanto desvelo habia criado en el ejercicio de las mas heróicas virtudes, no viniesen poco á poco á relajarse, decayendo de aquella elevada perfeccion á que habian ascendido, con las gracias que les habian conseguido del cielo sus exhortaciones, sus cuidados y sus ejemplos. Vivamente preocupado de esta aprehension, se sintió movido á pedir fervorosamente al Señor que antes de su muerte fuese servido de llamar á sí á todos aquellos que despues de ella corrian peligro de relajarse y de perderse. Fué oida su oracion; la noche siguiente, estando el santo abad en el coro con todos los monjes, vió un ángel vestido de blanco, rodeado de una luz resplandeciente, con una varilla en la mano, y que iba tocando con ella á muchos religiosos. A otro lado vió un espantoso demonio arrojando fuego y llamas por los ojos, lleno de rabia y de furor, que hacia horribles contorsiones. Asombrado con esta vision, y pensando lo que podia significar, oyó al ángel que estaba reprendiendo severamente al demonio porque tenia atrevimiento de parecer en tan santo lugar, y en medio de aquel crecido número de verdaderos siervos de Dios, que por su perfecta obediencia á la menor insinuacion del superior, por su profunda humildad, por su exacta observancia y por los continuos rigores de su penitencia, se habian conservado en una gran pureza de costumbres, y cuyos nombres tenian la dicha de estar todos escritos en el libro de la vida. Acercándose despues al santo abad, le dijo: *El Señor ha oido tu oracion: advierte á todos los que toqué con la vara que se dispongan á parecer dentro de cuatro dias ante el tribunal de Dios, y á los otros que les han de sobrevivir, que cada dia vayan creciendo en fervor para conservar su inocencia.*

Concluido el oficio, juntó el abad á todos los religiosos, refirióles su vision, y sin nombrar á ninguno de ellos en particular, exhortó á todos á disponerse para acabar dichosamente su carrera. Fácil es de discurrir cuál seria la alegría de aquella predestinada tropa de fervorosos siervos del Señor, y con qué fervor, con qué devocion se dispondrian todos para morir dentro de cuatro dias con la muerte de los justos. Pasáronlos todos en el ejercicio de las virtudes mas perfectas; confesáronse como para morir, y la noche que precedió al dia cuarto la pasaron toda en la iglesia. Al amanecer el dia siguiente recibieron todos la sagrada Eucaristía; mandó el santo abad que se cantasen algunos salmos, y estando todos en oracion, cerca de ochenta monjes pasaron tranquilamente al descanso del Señor : poco tiempo despues espiraron otros muchos con la misma tranquilidad; de manera que en aquel dia murieron con la muerte de los santos ciento y cincuenta monjes; pero con la circunstancia de que no se reconoció su muerte sino por una especie de relámpago ó de resplandor que bañaba de luz los cadáveres. Los que quedaron vivos, llenos de una santa envidia á los que habian logrado tan dichosa suerte, doblaron su fervor de manera, que ya se consideraba el monasterio de Jumieges como una casa de ángeles humanos. Fué enterrada con la mayor devocion toda aquella tropa de bienaventurados que habian muerto con la muerte del Señor. No les sobrevivió mucho nuestro santo. Teniendo revelacion del dia en que habia de seguir á sus hijos, empleó los siete que le quedaban de vida en instruir á todos sus religiosos en todo aquello que podia adelantar ó retardar su perfeccion; en enseñarles los medios de prevenirse y de armarse contra el tentador, y en exhortarlos á una perfecta caridad, á una continua mortificacion, á una exacta obser-

vancia, á una delicadeza de conciencia cada dia mayor, á una amorosa y tierna confianza en Jesucristo y en la santísima Virgen, bajo cuya especial proteccion habia puesto el monasterio, y al constante ejercicio de todas las virtudes. El mismo dia de su muerte, aunque ya casi sin fuerzas, y extremamente debilitado por las violentas accesiones de una ardiente calentura, que habia disimulado hasta entonces, juntó á todos los monjes, y haciendo el último esfuerzo, les habló de esta manera: *Amados hijos mios, tened siempre en la memoria mis últimos consejos, y como el testamento de vuestro moribundo padre. En nombre de nuestro divino Salvador Jesucristo os amonesto y os conjuro que os ameis unos á otros, sin dar jamás entrada en vuestro corazon á la mas mínima cosa que pueda enfriar ni alterar aquella perfecta caridad que es en parte el carácter de los elegidos. En vano habriais pasado vuestros largos dias en el ejercicio de las mas heróicas virtudes; en vano os habrian salido las canas bajo el pesado yugo de la mas rigurosa penitencia; bastaria tener aversion al mas mínimo de vuestros hermanos para irritar contra vosotros el corazon de Dios. Ni aun el martirio mismo seria suficiente para haceros agradables á sus divinos ojos si no amárais de corazon á vuestros hermanos. Conservad siempre entre vosotros esta fraterna caridad, que es como el alma de todas las comunidades.* Al pronunciar estas últimas palabras levantó los ojos y las manos al cielo, y murió con la muerte de los justos el dia 15 de setiembre del año del Señor de 680, cerca de los 63 de su edad. En vida habia sido muy célebre por sus milagros, pero lo fué mucho mas despues de su muerte por la multitud de los que obró el Señor en su sepultura. Edificóse en Jumieges una iglesia dedicada á su nombre; pero en la irrupcion que hicieron los bárbaros en el país fueron llevadas sus reliquias á Hapres, entre Cambray y

Valencenas, las que despues pasaron á poder de los monjes de Wast en Arras.

SAN NICOMEDES, MÁRTIR.

El nombre de san Nicomedes ha sido muy recomendable desde el primer siglo de la Iglesia, y muy célebre en Roma entre los que dieron testimonio de la fe de Jesucristo, tanto por su constante confesion, como por el sacrificio de su sangre. Las noticias que tenemos del orígen, vida y progresos de este ilustre mártir, aunque están complicadas con las de otros héroes del cristianismo en términos que no se pueden asegurar individualmente, con todo nos dan una idea de su gran sabiduría, de sus irreprensibles costumbres, y de su sobresaliente zelo por la religion cristiana, en la que fortificaba á los creyentes, al paso que reducia á la fe á muchos paganos.

La paz que habia sucedido á la persecucion de Neron, que subsistió por espacio de catorce años en los reinados de Galva, Oton, Vitelio, Vespasiano y Tito, favoreció en gran manera á los fieles para reparar el horroroso estrago que habian sufrido antes, y reemplazar con la frecuente conversion de muchos infieles la pérdida de una multitud de creyentes que fallecieron en aquella desgracia. En el año 81 de nuestra era, sucedió en el imperio Domiciano, monstruo horrible, *Porcion de Neron*, como le llama Tertuliano, no menos formidable que aquella fiera, ni menos tirano, quien, para hacerse mas temible á los hombres, quiso que se le diese el nombre de Dios en todos los escritos que se le presentaban. No se expresan las causas que movieron á este inicuo príncipe para emplear su saña contra los inocentes cris-

tianos, de quienes no podia esperar el efecto de aquellas aprehensiones que habia concebido contra el Senado : bien que se cree que, siendo como era, adicto como el que mas á las supersticiones paganas, advirtiendo la multitud de idólatras que desertaban de ellas para alistarse bajo las banderas de Jesucristo, condenando la antigua religion de los Romanos, encendido en un furor extraordinario, protestó acabar, como decia, con la casa de David, y destruir el edificio espiritual de la Iglesia. Animado de esta impía intencion, expidió cruelísimos edictos á fin de exterminar, si pudiese, el nombre cristiano, en virtud de los cuales se llenaron las cárceles de Roma de personas de todas edades, sexos, y condiciones, y en todas partes se oian los clamores de una infinidad de santos maltratados, afligidos, atormentados y crucificados. En esta situacion lamentable se distinguió consideralblemente el zelo de san Nicomedes, presbítero de la iglesia Romana, cuyo ministerio le ofrecia muchas ocasiones para hacer grandes servicios á la Iglesia, socorriendo y alentando á los cristianos que eran perseguidos. En esto empleaba toda su autoridad, sus fatigas y sus trabajos. Animaba con sus exhortaciones, y socorria con limosnas á los cōnfesores de Jesucristo, de que estaban llenos los calabozos; mantenia á muchos que titubeaban en los tormentos, y fortificaba á no pocos que desmayaban á la vista de los suplicios. Era el apóstol de los confesores y de los mártires, y si parecia que en cierta manera exponia las vidas de los inumerables que envió al cielo delante de sí, seguramente no fué por perdonar la suya, pues se hallaba encendido en vivísimos deseos de ser partícipe de aquella dicha, que efectivamente era por la que suspiraba. Extendíase su caridad, despues de los gloriosos combates de los mártires, á procurarles los últimos deberes de la se-

pultura, á pesar de la vigilancia de los ministros paganos, que impedian se distinguiesen los venerables cadáveres de los malvados que morian en pena de sus enormes delitos.

Fué arrojado el cuerpo de santa Felícula vírgen á las cloacas despues de su glorioso martirio, que fué el premio de la constancia con que sostuvo la fe, y defensa de su virginal pureza contra los mas violentos ataques del conde Flaco, ciegamente apasionado de su belleza, como lo habia estado antes de santa Petronilla, á quien asistió el mismo santo en su última enfermedad, suministrándole todos los sacramentos y auxilios para su feliz tránsito. Supo el conde que Nicomedes, en uso de su piadoso cuidado, habia extraido secretamente el cadáver de Felícula, y que lo habia sepultado en una pequeña posesion que tenia no muy distante de Roma. Hízole prender como á transgresor de los edictos imperiales; sobre cuya culpa, y la principal de la religion cristiana le fulminó causa. Quiso compelerle á que prestase adoracion á los ídolos; y como el santo habia sido preceptor de tantos gloriosos confesores, que por su instruccion supieron refutar los discursos de los paganos, en una proposicion concisa respondió al tirano: *Yo no sacrifico sino á Dios Omnipotente que reina en los cielos, no á los dioses falsos de piedras labradas, que se custodian en los templos como reclusos en las cárceles.* Por esta confesion fué sentenciado á que muriese apaleado, logrando en este castigo, que ejecutaron los verdugos con una crueldad inhumana, la apetecida corona del martirio en el dia 15 de setiembre. Aunque no nos consta con certeza el año puntual de su feliz tránsito, sabemos que fué en tiempo de la persecucion de Domiciano.

Se dice que, habiendo sido arrojado el cuerpo al Tiber, le extrajo de él cierto clérigo, llamado Justo,

y le sepultó en el camino de Numento. Con el tiempo se erigió despues una iglesia en honor del santo, que fué uno de los títulos presbiterales de los de la ciudad, segun aparece por los concilios Romanos, en los que se leen las suscripciones á Ginés y Sebastian, presbiteros del título de San Nicomedes. Bajo este nombre hubo tambien en Roma un cementerio, que fué acabado hácia el año 620 por el papa Bonifacio V.

MARTIROLOGIO ROMANO

La octava de la Natividad de la bienaventurada Vírgen María, Madre de Dios.

En Roma, en la via Nomentana, la fiesta de san Nicomedes, presbitero y mártir, quien, diciendo á los que pretendian obligarle á sacrificar á los dioses falsos: «Yo no sacrifico mas que al Dios todopoderoso que reina en los cielos,» fué desgarrado con cuerdas emplomadas hasta que rindió el alma á Dios.

En tierra de Chalons, san Valeriano, mártir, á quien el presidente Prico mandó colgar en el aire y escarnificar con uñas de hierro; mas viéndole imperturbable en la confesion de Jesucristo, continuando cantando sus loores, le hizo degollar.

En Murcianopla de Tracia, santa Melitina, mártir, la cual, conducida dos veces, bajo el emperador Antonino y el presidente Antioco, á los templos de los paganos, cuyos idolos caian á la presencia de la santa, fué colgada en el aire, hecha trizas y al fin decapitada.

En Andrinópolis, san Máximo, san Teodoro y san Asclepiadota, mártires, quienes recibieron su corona bajo el emperador Maximiano.

En la misma ciudad, san Porfirio, comediante, quien, habiendo recibido el bautismo por escarnio en presencia de Juliano apóstata, mudado de repente por la gracia divina, declaró hacerse cristiano. Al punto recibió la corona del martirio, pues el tirano mandó cortarle la cabeza con la hacha.

Dicho dia, san Nicetas, godo de nacion, á quien el rey Atanarico mandó quemar por la fe católica.

En Córdoba, san Emilio, diácono, y san Jeremías, mártires, que en la persecucion de los Árabes, despues de los padecimientos de una larga cárcel, consumaron su martirio, siendo decapitados por la fe de Jesucristo.

En Toul de Francia, san Evro, obispo.

En el mismo lugar, san Lubino, obispo de Chartres.

En Leon de Francia, san Albino, obispo.

Dicho dia, el tránsito de san Acarto, abad.

En Francia, santa Eutropia, viuda.

En el país de Ponthieu, san Riberto, corepíscopo, que fué de las islas Británicas á predicar á Flandes, y de aquí á un distrito de Normandía.

En Auvernia, san Bravy, abad.

En Etiopia, san Anoreo, confesor.

En el mismo lugar, Santiago el Asceta.

Entre los Griegos, san Filoteo, oriundo de la Mírmica.

En Essen en el condado de la Mark, san Alfrido, obispo de Hildesheim, quien asistió al concilio de Pistes en Normandía.

En Cleves, san Lutardo, conde.

La misa es de la octava de la Natividad de la Virgen, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Aichardi abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que la intercesion del bienaventurado Aichardo abad nos haga gratos á vuestra Majestad, para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 8 *de los Proverbios, y la misma que el dia* VIII, *pág.* 213.

NOTA.

« Algunos judíos creyeron que Salomon habia compuesto el Cantar de los cantares siendo todavía jóven, fundados en que solo se nombra en ellos Salomon sin otro aditamento; que los Proverbios los compuso en edad ya madura; y que la última obra fué el Eclesiastés. Lo mas verisímil es que compuso los Proverbios cuando estaba mas lleno de aquel espíritu de sabiduría, y de aquellas vivísimas superiores luces que le merecieron el renombre del mas sabio de los reyes, pues él mismo habla de sus Proverbios en el libro del Eclesiastés. »

REFLEXIONES.

El Señor me poseyó al principio de sus caminos. Por toda la eternidad fué la santísima Vírgen objeto digno de las complacencias de Dios por haber estado en gracia todos los instantes de su vida á favor de un privilegio verdaderamente singular; y por consiguiente haber sido siempre agradable á los ojos del Señor, y mirada siempre como hija querida del Padre, como verdadera madre del Hijo, y como esposa sin mancha del Espíritu Santo. *Por los caminos de Dios* se pueden entender aquellas obras ú operaciones divinas que se llaman *ad extra*, esto es, exteriores ó extrínsecas al mismo Dios, como la creacion de los ángeles y de los hombres, el inefable misterio de la Encarnacion, y aquellas maravillas ordinarias, por las cuales se manifiesta Dios á nosotros y nos habla. Poseyó, pues, Dios á María, amó Dios á María de un modo singular al principio de sus caminos; porque la tuvo presente en todas sus divinas operaciones, en todos sus misterios. Siendo el misterio de la Encarnacion como el último rasgo de la bondad, de la misericordia, y de todo el poder de Dios, y habiendo

de tener María tanta parte en este admirable misterio, no podia dejar de estar presente á sus divinos ojos, como la mas cumplida, la mas perfecta, la mas noble, la mas santa y la mas respetable de todas las puras criaturas. No hubo instante alguno de su santísima vida en que Dios no dijese de ella : *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en tí la menor mancha. Esto es lo que Dios ama, lo que Dios celebra, lo que Dios estima, y con esto mismo premia el Señor sus propios dones. Solo ama y solo aprecia Dios la inocencia. Aunque estuvieras dotado de las prendas mas brillantes; aunque Dios te hubiera colmado de sus mas preciosos dones, estimaria Dios estos mismos dones; pero cuando no es pura y santa la persona en quien los derrama, desprecia y aborrece á esa persona. Salomon estaba dotado de eminente sabiduría; Judas habia recibido el don de hacer milagros; pero Salomon y Judas mancharon su alma con la culpa, y en el mismo punto se hicieron execrables á los ojos de Dios, objeto infeliz de su mas terrible cólera. Mas ¿qué caso se hace, mi Dios, en el mundo de este preciosísimo tesoro, de esta inestimable prenda de la inocencia? Se la expone sin temor, se la sacrifica sin dolor, y se deja perder sin remordimiento. Sin embargo, ¿qué prenda merece estimacion sin este precioso lustre? ¿qué verdadero mérito puede haber sin inocencia? y sin la inocencia ¿dónde se hallará virtud? El que está en desgracia de Dios ¿debe gloriarse mucho de tener á su favor la estimacion y los aplausos de los hombres? ¿de qué servir n los favores de los grandes á quien es objeto de horror á los ojos de Dios?

El evangelio es del cap. 1 de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, *pág.* 216.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

PUNTO PRIMERO.

Considera que solamente los herejes dejan de amar á la santisima Vírgen, y solos ellos desaprueban el culto que se le rinde. Siendo enemigos del Hijo, era preciso que lo fuesen de la Madre. Por eso, no sin razon canta la Iglesia cada dia que esta Señora sola exterminó todas las herejias : *cunctas hæreses sola interemisti.* Siempre nace el error con cierta secreta aversion contra la Madre de Dios, y necesariamente va derramando la herejía este veneno en el corazon de sus secuaces. Es cosa rara; por mas que los herejes se esfuercen en disimular su odio contra la santísima Vírgen, siempre asoma la cara por entre los mismos elogios que algunas veces afectan tributarle. Son unas alabanzas secas y descarnadas, enteramente especulativas, que solo sirven para sufocar aquel culto interior, aquella devocion pura y práctica, aquel sincero y real amor que se le debe. Muy diferente es la conducta de nuestra religion. Todos los elogios que tributa á la Madre de Dios se dirigen á establecer su culto, y á inspirar en el corazon de todos los fieles una tierna devocion á esta Madre de los elegidos. No hay fiel, no hay cristiano verdadero que no tenga y que no sienta esta tierna devocion á la santísima Vírgen. Se puede decir que todos los santos nacieron con esta confianza y con este amor. Ni esta verdadera devocion se reduce á meros elogios ó á expresiones puramente especulativas. Nace del sumo aprecio, de la profunda veneracion, del singular respeto y del tierno amor que nos inspira la religion á la Madre de Dios; y de aquí proviene aquel culto particular, que, siendo á la verdad inferior al que se rinde á Dios,

criador y dueño soberano de todas las criaturas, es de órden superior al que se tributa á los santos y á todos los espíritus bienaventurados, cuya reina es esta Señora. Y este es el orígen de aquella ternura que todos los verdaderos fieles deben profesar á esta buena madre, refugio de pecadores, su consuelo, su abogada, medianera con el Salvador y su asilo; de aquella confianza en la que es madre de misericordia, cuya proteccion y cuyo poder estamos experimentando todos los dias; de aquel zelo por honrarla y por dilatar su culto. Todas estas señales tiene la verdadera devocion á la santísima Vírgen, y por todos estos rasgos se la ha de conocer. Es ilusion persuadirse que para ser devoto de la Madre de Dios basta tener una devocion ordinaria, celebrar sus fiestas, y hacerle, por decirlo así, un poco la corte. La verdadera devocion se acredita con demostraciones menos equívocas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para ser verdadero devoto de la santísima Vírgen es menester huir todo género de culpas; es preciso vivir inocente y cristianamente. Siendo María la mas pura de todas las criaturas, ¿cómo pudiera amar á una alma inficionada y apestada con la horrible hediondez del pecado? ¿qué ternura podria sentir respecto de una persona rebelde, desobediente á su querido Hijo, y su enemigo declarado? Siendo reina de los santos, solo ama á los que lo son, y á los pecadores que arrepentidos acuden á ella para serlo.

Es grande error imaginar que, con solo rezarle regular y diariamente ciertas oraciones, con alistarse en alguna de sus congregaciones ó cofradías, con manifestar y con tener zelo por su culto, se puede contar en el número de sus hijos, aunque se viva

dias y mas dias en pecado. ¿Cómo es posible estar á un mismo tiempo en desgracia del Hijo y en gracia de la Madre? ¡Necísima extravagancia! Fuera de lo dicho, para ser verdadero devoto de esta divina Madre, es menester tributarle todos los dias algun culto particular, adcuir á ella en todas nuestras necesidades, dirigirle regular y diariamente alguna fervorosa oracion. Esta exactitud es una señal poco equívoca de la estimacion, del respeto, del amor y de la confianza que tenemos en esta Señora. Tener devocion á la santísima Vírgen no mas que á tiempos, con intervalos y en ciertas ocasiones, es devocion superficial, de humor y de capricho. La verdadera devocion es habitual y permanente, es de todos tiempos, en todos se acredita con las obras, y en todos da pruebas de su virtud. Uno de los principales efectos de esta ardiente y sincera devocion á la santísima Vírgen es aplicarse á estudiar, meditar y copiar sus acciones, sus virtudes y su santísima vida. El vivo y eficaz deseo de meditar su pureza, su humildad, su caridad, su dulzura y su modestia es la prueba mas visible de la verdadera devocion. Si queremos ser verdaderamente devotos de la Madre de Dios, vivamos con una extremada pureza; hemos de tener una humildad sin artificio, una caridad sin acepcion de personas, una dulzura independiente de casualidades, una modestia inalterable, y entonces poseeremos aquellas virtudes que caracterizan los verdaderos devotos de María, y nos pondrán á cubierto de las ilusiones que frecuentemente se insinúan en la devocion.

Alcanzadme, Vírgen santa, estas virtudes, sin las cuales nunca mereceré ser contado en el número de vuestros devotos. Bien sabeis, Señora, la sinceridad con que os las pido, puesto que las deseo con todo el corazon. Dignaos conseguírmelas por vuestra gran bondad.

JACULATORIAS.

Fac me sicut unum de mercenariis tuis. Luc. 15.
Haced, Señora, que yo sea uno de vuestros verdaderos siervos.

Servus tuus sum ego. Salm. 118.
Siervo tuyo soy, ó Vírgen santa, y en serlo toda la vida colocaré yo mi mayor gloria.

PROPOSITOS.

1. Bien se puede decir que son muchos los devotos de la santísima Vírgen; pero que hay poca devocion en muchos de estos devotos aparentes. Falsamente se usurpa este glorioso título cuando faltan las precisas calidades que requiere y en que se funda. Es la pureza como la base de la devocion á la santísima Vírgen. ¿Cómo es posible que se le agrade sin esta hermosa virtud? Y sin agradarle, ¿cómo se puede ser devoto suyo? Sea, pues, esta inestimable virtud como el cimiento de tu devocion á la Madre de Dios. Ella es madre de la pureza; cáusale horror un corazon impuro; aplícate á vivir constantemente con la mayor inocencia, y en conservarte en una pureza de alma y cuerpo á prueba de todos los accidentes y de todas las tentaciones.

2. No te apliques menos á imitar las demás virtudes de la santísima Vírgen. La humildad fué siempre su virtud favorecida; la modestia constituyó en parte su carácter. Sé humilde, sé modesto si quieres ser devoto de la Madre de Dios. Es excelente medio para conseguir esta modestia y esta humildad pedírsela á Dios, alegando este mismo motivo de ser así mas devoto de la santísima Vírgen. Aplícate desde hoy á conseguir esta humildad y esta modestia, aprovechando todas las ocasiones que suelen ser frecuentes;

y cuando practicas los actos de humildad, de circunspeccion y de modestia, hazlo por imitar á aquella Señora á quien amas y á quien sirves.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN CORNELIO, PAPA, Y SAN CIPRIANO, OBISPO, MÁRTIRES.

Sucedió san Cornelio á san Fabian mártir el año del Señor de 251, en tiempo que la persecucion de Decio contra la Iglesia era tan violenta, que se pasaron diez y seis meses desde el martirio de san Fabian sin poderse juntar los fieles para proceder á la eleccion de papa. Pero mitigándose un poco dentro de Roma el fuego de la persecucion, despues de la revolucion de Julio Valente, se congregó el clero romano, compuesto á la sazon de cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta y dos exorcistas, lectores y ostiarios; todos los cuales, de unánime consentimiento, eligieron por papa á san Cornelio, que á la sazon era presbítero de la iglesia romana. Este unánime consentimiento, aplaudido universalmente de todos los fieles, cuyo número dentro de la misma Roma era á la sazon prodigioso y celebrado de todos los obispos de la cristiandad en las críticas circunstancias de aquel tiempo, es el mayor elogio de nuestro santo, y hace formar el mas elevado concepto de su eminente virtud y de su mérito, el que no se reconoce menos por lo que de él nos dejó escrito san Cipriano. «Despues de haber sido elevado á la dignidad episcopal, dice este grande hombre, sin cohechos, sin artificios y sin violencia, puramente por la voluntad de

Dios, á quien únicamente pertenece hacer y elegir obispos, ¡cuánta fe, cuánta virtud y cuánta resolucion mostró en el valor con que se sentó en la cátedra episcopal á tiempo que un tirano, enemigo de los obispos de Dios, sufriria de mejor gana un competidor al trono, que un obispo de Roma! En vista de esto, ¿no nos vemos todos obligados á celebrar igualmente su magnífica resolucion que su heróica fe? ¿no debemos contar en el número de los confesores y de los mártires al que estuvo sentado tanto tiempo esperando cada dia á sus verdugos, y á que viniesen los ministros del tirano á vengar en él con la espada, con las cruces, con el fuego ó con algun otro extraordinario género de suplicios el generoso desprecio que hacia de sus detestables edictos, de sus amenazas y de sus tormentos? Así, pues, aunque la bondad y el poder de Dios protegió al obispo que el mismo Señor habia elegido, bien se puede decir que Cornelio padeció por su zelo y por su teson todo lo que podia padecer, y que venció al tirano con sus virtudes episcopales antes que fuese vencido de él por la fuerza de sus armas.»

Por estas sus grandes virtudes, por el singular mérito de nuestro santo, por su eminente sabiduría, de que en muchas ocasiones habia dado ilustres pruebas contra los herejes, y por su piedad sobresaliente era ya llamado desde mucho tiempo antes *el santo presbítero*, no menos que por aquella modestia y aquella humildad, único estorbo que fué preciso vencer para que consintiese en su consagracion, y en fin, por aquella dulzura y por aquella caridad que le mereció el renombre de padre de los pobres.

Luego que se vió sublimado á la silla de san Pedro, dió las mas gloriosas pruebas de su virtud, de su zelo y de la intrepidez de su fe. Novato, presbítero africano, insigne facineroso, y hombre verdadera-

mente malvado, que por evitar su condenacion en Cartago habia ido á refugiarse y á esconderse en Roma, temiendo todo cuanto habia que temer así de la firmeza y de la santidad del nuevo papa, como de su estrecha union y buena inteligencia con san Cipriano, puso en movimiento todos sus artificios para huir el cuerpo á las censuras; y viendo que no le salian como deseaba, resolvió formar un cisma; trabó amistad con Novaciano, presbítero de la iglesia de Roma, hombre tan perdido como él, y determinó elevarle al pontificado en lugar de san Cornelio. Comenzó publicando atroces calumnias contra el santo papa; y habiendo engañado á tres obispos extranjeros, tan sencillos como ignorantes, despues de haberles dado un gran convite, los obligó á que consagrasen á Novaciano por obispo de Roma; y este fué el primer cisma de la iglesia romana. No podia haber consagracion mas irregular ni por la forma, ni por el sujeto. Los dos cismáticos añadieron á la division del cisma el error de la herejía, defendiendo que no se debia recibir á penitencia al que despues del bautismo cayese en alguna culpa grave. A estos errores agregaron otros sus discípulos, que desde luego se comenzaron á llamar los novacianos, sosteniendo que los pecadores debian ser rebautizados, y condenando las segundas nupcias. Celebró san Cornelio un concilio en Roma el año de 251, en el cual fueron condenados los novacianos, y proscriptos sus errores, singularmente el de que no fuesen recibidos á penitencia los que se llaman *lapsos* ó *caidos*, esto es, aquellos que en la persecucion habian abandonado la fe por temor de los tormentos. Mucho tuvo que sufrir san Cornelio por parte de los heresiarcas y de sus secuaces; pero esto mismo cedió en mayor lustre de su virtud y de su zelo. No se pueden explicar los trabajos que le fué preciso padecer para pre-

servar del contagio á su rebaño, extendiéndose á todo el mundo cristiano su vigilancia y su solicitud pastoral; admirando y ensalzando todos la divina Providencia por haber dado tan santo papa á su Iglesia en tiempos tan nebulosos.

Entre tanto, habiéndose mitigado un poco la persecucion hácia el fin del imperio de Decio, se volvió á encender en tiempo de Galo su sucesor. No se habia olvidado de los fieles nuestro santo pontífice mientras duró la calma; por lo que la nueva persecucion los halló bien prevenidos contra todos los peligros. El pastor precedió en todo al rebaño con el ejemplo. Fué arrestado el primero de todos; y confesó la fe de Jesucristo en medio de los tormentos con tanto valor y con tanta intrepidez, que espantó á los jueces y cansó á los verdugos. En vista de su constancia en medio de los mayores suplicios, temieron los gentiles que su ejemplo no hiciese inmobles en la religion á los cristianos, que á la primera noticia de la prision de su santo pastor corrieron valerosamente al campo de la batalla, prontos á defender la causa de Jesucristo á costa de su sangre. Movidos de esto los ministros del emperador, le condenaron á muerte; y el dia 14 de setiembre del año 252 coronó este gran santo su vida con un glorioso martirio. Muchos creen que le padeció en Civitavequia, donde al principio habia sido desterrado; pero san Jerónimo asegura que le padeció en Roma: y como sucedió en el mismo dia en que la Iglesia celebra la Exaltacion de la santa Cruz, se trasladó su fiesta al dia 16.

En el mismo dia celebra la santa Iglesia el glorioso martirio de san Cipriano, obispo de Cartago, grande ornamento del órden episcopal, y una de las mas resplandecientes antorchas de su siglo. Nació en Africa, y aun algunos son de sentir que en la misma

Cartago, de familia senatoria tan distinguida por sus opulentos bienes como por su antigua nobleza. Ignóranse los sucesos de su juventud : solo se sabe que fué instruido en las artes liberales ; y que, como tenia un ingenio vivo, pronto, perspicaz, sublime y brillante, hizo tan extraordinarios progresos en las bellas letras, que, siguiendo su natural inclinacion, enseñó retórica en la misma Cartago. Acreditan bien sus escritos que sabia con perfeccion todos los primores de este arte. Pero tenia la desgracia de no ser cristiano, desdicha que le precipitó en todos los desórdenes de una licenciosa juventud. Casóse, y tuvo hijos, á tiempo que la divina Providencia, que lo tenia escogido para inmortal honor de su Iglesia, le deparó un santo presbítero, llamado Cecilio, el cual, descubriendo las grandes prendas de entendimiento y de corazon de que el Señor le habia dotado, se lastimó mucho de lo mal que usaba de ellos. Trabó amistad con él, y en sus santas y frecuentes conversaciones le fué poco á poco enseñando la ciencia de la salvacion que ignoraba hasta entonces. Abrióle los ojos la gracia , y al mismo tiempo abrasó su corazon. Resolvió convertirse; y luego que se declaró catecúmeno, tomó la resolucion de vivir en continencia, y persuadió la misma virtud á su mujer. Recibido el bautismo, cedió á sus hijos una parte de sus bienes, y distribuyó el resto entre los pobres.

Hízose santo desde que se hizo cristiano. En ninguna cosa fué mediano un hombre que en todo era grande. En memoria y en reconocimiento al presbítero Cecilio, que le habia convertido, tomó en su bautismo el sobrenombre de Cecilio. El mismo dia que se bautizó, precediendo el consentimiento de su mujer, se retiró á una especie de vida solitaria, dedicándose únicamente al estudio de las sagradas letras y de la importante ciencia de la salvacion. Hizo en

ambas facultades tan asombrosos progresos, que en menos de cinco años era ya tenido por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. En atencion á esto, siendo todavía neófito, es decir, recien bautizado, por aclamacion de todo el clero y de todo el pueblo fué elevado á la dignidad sacerdotal. Apenas se ordenó de presbítero cuando se atrajo la universal veneracion y el general concepto, mirándole todos como modelo de perfeccion de todo el clero, y como al mayor ornamento de la iglesia africana. Por eso, inmediatamente que vacó la silla episcopal de Cartago, no se deliberó ni un solo momento en colocarle en ella. Murió Donato, obispo de Cartago, el año de 248, y en el mismo punto el clero y el pueblo pidieron á una voz por obispo suyo á san Cipriano. Escondióse inútilmente, fué descubierto, fué conducido á la iglesia, y fué consagrado por obispo en medio de las aclamaciones y en presencia de gran número de prelados.

Elevado á la primera silla de la iglesia africana, no hizo novedad ni aflojó un punto en su vida humilde, modesta y penitente. Sus rentas no eran para él, sino para los pobres. Bastaron los ejemplos para reformar las costumbres y para corregir los abusos que se habian introducido aun en los mismos clérigos; mostrando siempre tan generoso zelo como firme y constante teson en mantener la disciplina eclesiástica. Su caridad era inmensa y universal, extendiéndose á todo el mundo, y aunque tuvo que sufrir deshechas y furiosas tempestades, jamás dejó de atender á su rebaño con todo el cuidado posible. El vivo deseo que ardia siempre en el corazon de nuestro santo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo le incitaba continuamente á ir él mismo á desafiar á los suplicios, presentándose el primero al furor de los tiranos; pero

le representaron el peligro en que dejaria á su grey, no menos que el dolor y la desolacion de todo su querido rebaño, si sucediese la precipitada muerte de su adorado pastor. Por esta sola consideracion se escondió, y mas estando bien informado de que los gentiles solamente buscaban al obispo, firmemente persuadidos de que, pereciendo el pastor, presto se esparramarian las ovejas : en el anfiteatro no se oian mas que gritos y clamores de los idólatras que pedian á Cipriano para lograr el gusto y la diversion de verle espirar en medio de los suplicios. Salió, pues, de Cartago, despues de haber declarado á los fieles el motivo que tenia para retirarse, y se quedó escondido en un paraje no distante de la ciudad, desde donde velaba siempre sobre sus ovejas, dando providencias para asistirlas en sus necesidades. No es fácil explicar los desvelos y los trabajos que padeció por su querido rebaño, ni su solicitud pastoral en mantener á los fuertes, en animar á los flacos, y en sostener á todos en aquellos dias de persecucion. Desde su retiro escribió muchas epistolas á su pueblo, á su clero, á los confesores y al clero de Roma, cuya apostólica silla estaba á la sazon vacante. Llamaba á lugares escondidos y á sitios retirados, ya á unos, ya á otros, para alentarlos y fortalecerlos en la fe. Dió providencia para que enterrasen de noche los cuerpos de los santos mártires, para que se procurasen todos los alivios posibles á los que eran atormentados, para que les curasen las heridas, y nada faltase á los santos confesores.

Ofrecióle nueva ocasion de manifestar su infatigable zelo pastoral una furiosa peste, que por el mismo tiempo asoló aquella grande y populosa ciudad. Proveyó eficazmente á las necesidades espirituales y corporales de los enfermos abandonados. Extendióse su inmensa caridad hasta los mismos gentiles, asistió y

convirtió un crecido número de ellos, y supo hacer conquistas para Jesucristo en medio de la misma persecucion.

De tiempo en tiempo padecia algunos remordimientos sobre su retiro, representándosele flaqueza, pusilanimidad y cobardía. Consultó sus escrúpulos con Roma, que le tranquilizó, aprobando su conducta. Entre tanto, á pesar de los trabajos y de los frutos de su zelo, muchos cristianos de Cartago padecieron la flaqueza de apostatar de la fe por temor de los tormentos: unos en secreto, consiguiendo de los magistrados á fuerza de dinero billetes ó certificaciones falsas de haber idolatrado; y otros públicamente ofreciendo incienso á los ídolos, ó comiendo viandas sacrificadas á ellos. Lloró y gimió san Cipriano sin perdonar diligencia alguna para excitarlos al dolor y penitencia de su apostasía. Muchos se avergonzaron y se arrepintieron con resolucion de volverse al rebaño de los fieles; pero atemorizados con el rigor de las penitencias que imponian los cánones á este delito, recurrieron á los confesores y á los mártires que estaban en las cárceles, como á poderosos intercesores, y alcanzaron de ellos otros billetes ó cédulas de reconciliacion, en las cuales pedian los santos mártires que aquellos apóstatas arrepentidos fuesen admitidos á la comunion de los fieles, y se les moderase la penitencia. Como la Iglesia hacia tanto y tan justo aprecio de aquellos generosos confesores de Jesucristo, les concedia esta indulgencia; pero presto abusaron de ella los que habian apostatado; y hallando por otra parte ministros demasiadamente indulgentes, eran reconciliados sin imponérseles penitencia alguna. No pocos de los mismos apóstatas comerciaban sacrilegamente con los billetes de reconciliacion, vendiéndolos á otros que por su escandalosa vida no los habian podido conseguir. Clamó

toda la Iglesia contra este desórden. Escribió el clero de Roma á san Cipriano, que desde el fondo de su retiro gritaba mas que todos contra estos libeláticos. Aprovechóse de esta ocasion el presbítero Felicísimo, hombre vano, de malas costumbres, y que nunca habia podido llevar en paciencia la virtud, el mérito y la universal estimacion de nuestro santo, poniendo en movimiento cuantos medios pudo para desacreditarle y para formar un cisma en la iglesia de Cartago. Logrólo; porque, agregándose cinco obispos que habian apostatado durante la persecucion, hizo consagrar por obispo de Cartago al presbítero Fortunato. Sin embargo de ser tan irregular como violenta y abominable esta consagracion, no dejó de tener parciales y defensores que hicieron cuanto pudieron para sorprender la religion del papa san Cornelio; pero no les fué posible conseguirlo. Descubrió el santo pontífice toda la malignidad del partido, y condenó sus enredos, embustes y manejos.

Murió entre tanto el tirano, sucedió la calma á la persecucion, y san Cipriano se restituyó á su iglesia. El año de 251 convocó un concilio provincial en que se arregló la penitencia de los que en la persecucion habian apostatado. Fueron excluidos para siempre del cuerpo del clero los eclesiásticos que habian caido en la idolatría, y admitidos á reconciliacion los libeláticos, excepto los que hubiesen apostatado públicamente. A estos solo se les debia dar la absolucion en caso de grave y peligrosa enfermedad, con tal que hubiesen comenzado á hacer penitencia en buena salud. El presbítero Felicísimo y todos los demás que persistian en el cisma fueron condenados. Como los novacianos que se hallaron en Roma no pudieron preocupar el ánimo del papa san Cornelio contra nuestro santo, para vengarse de él procuraron que fuese elegido un cierto Máximo por obispo de Car-

tago; pero tuvo la misma suerte que Fortunato, y los cismáticos no pudieron conseguir con todos sus manejos que el santo obispo en muy breve tiempo no restituyese á todo su primitivo vigor la disciplina eclesiástica en la capital de su obispado.

Habiendo vuelto á encenderse el fuego de la persecucion en el imperio de Galo, y habiendo recibido en ella la palma del martirio el papa san Cornelio el año de 252, como queda dicho, le sucedió no menos en el martirio que en la silla el pontífice san Lucio, en cuyo lugar fué colocado san Estéban el año de 254, y en su pontificado se excitó entre él y san Cipriano la célebre disputa sobre la validez del bautismo conferido por los herejes.

Los montanistas, que en el Oriente se llamaban catafrigas, dieron en la extravagancia de rebautizar á todos los católicos que se pasaban á su secta, solo por manifestar con esta demostracion el desprecio que hacian de la Iglesia; sugeridos probablemente de Tertuliano, que al principio del tercer siglo se habia separado de la Iglesia católica por adherir infelizmente á sus errores. Irritados los obispos católicos, quisieron despicarse por los mismos términos, rebautizando á los montanistas que se convertian. Fundábanse en que, creyendo estos herejes que Montano era el Espíritu Santo, parece que bautizaban en el nombre de Montano; pero en el concilio nacional de Sinada ó de Iconia se pasó mas adelante, pues se determinó que indiferentemente fuesen rebautizados todos los bautizados por los herejes de cualquiera secta; siendo esta con toda propiedad la verdadera época del rebautismo por los herejes. Toda la Iglesia habia seguido la práctica contraria por espacio de dos siglos. Sin embargo, algunos obispos africanos se declararon por la primera opinion, y sobre todo Agripino, que por aquel tiempo fué hecho obispo de

Cartago. Cuarenta y ocho ó cincuenta años despues entró á gobernar la misma iglesia san Cipriano, y como ya encontró introducida en ella esta costumbre, no quiso innovarla. Consultado por algunos obispos de Numidia sobre este punto, convocó en Cartago un concilio en que se hallaron 32 obispos, y en él se declaró por absolutamente nulo el bautismo administrado por los herejes. Escribió san Cipriano á un amigo suyo esta determinacion del concilio, y noticioso de que con ella se turbaban los ánimos en las provincias, convocó segundo concilio en la misma ciudad de Cartago, al que concurrieron 71 obispos, los cuales confirmaron la decision del primero, y encargaron á san Cipriano que la hiciese saber al papa. Ejecutólo el santo; pero san Estéban le respondió que no se debia innovar sino seguir la tradicion, y no rebautizar á aquellos en cuyo bautismo no hubiese intervenido otro defecto, que precisamente el haber sido administrado por herejes. Desagradó mucho esta respuesta á san Cipriano; y escribiendo acerca de ella á su amigo Pompeyo, obispo de Sabrata, se explicó en términos que muestran bien que los mayores santos no dejaron de parecer hombres en algunas ocasiones. Para el dia primero de setiembre de aquel mismo año convocó Cipriano el tercer concilio en la misma ciudad de Cartago, llamando á él todos los obispos de su jurisdiccion, que era muy dilatada. Concurrieron 58 obispos en persona, y dos por sus procuradores. Dióse libertad á cada uno para que dijese francamente su parecer; pero aunque era tan numeroso el concilio, como no presidia en él la cabeza de la Iglesia, tampoco le presidió el Espíritu Santo; y fué confirmado el error como en los dos concilios precedentes. Nombráronse diputados que pasasen á Roma á dar noticia al papa de lo que habia decidido el concilio de África: pero san Estéban ni

siquiera quiso admitirlos á su audiencia. Interpuso sus buenos oficios con el papa san Dionisio de Alejandría para que no excomulgase á los obispos de África y de Capadocia, que perseveraban en el error, como les habia amenazado; y poco despues condenó toda la Iglesia el error de los rebautizantes en el célebre concilio ecuménico de Nicea. San Jerónimo es de sentir que san Cipriano se retractó, y á san Agustin le parece esto muy verisímil. *Aunque no se halle*, dice el santo, *que san Cipriano se hubiese retractado, es muy probable que lo hizo; y no es imposible que suprimiesen su retractacion aquellos que no gustaban de ella.*

Permitió Dios, añade el mismo san Agustin, que san Cipriano se descaminase para que conociésemos que el entendimiento humano es limitado, y que los mayores ingenios se han de fiar muy poco en sus luces. La infalibilidad no es privilegio de los particulares, ni aun de los mas esclarecidos doctores; solo nos pone á cubierto del error un rendimiento total y sin reserva á las decisiones de la Iglesia. Si Cipriano se hubiera separado de esta, si hubiera combatido contra la fe, seguramente no le hubiera salvado el martirio; pero habiendo derramado su sangre por la Iglesia y dentro del seno de la Iglesia misma, lavó las faltas en que le hizo caer la excesiva adhesion á la disciplina de su iglesia particular, y el demasiado y no muy respetuoso teson contra la cabeza visible de la Iglesia universal. Sea lo que fuere, continúa el mismo santo, si se levantó un vaporcillo de la humana fragilidad que oscureciese algun tanto aquella alma, por otra parte tan iluminada, presto le disipó el glorioso resplandor de su sangre derramada por Jesucristo, compensándose de esta manera la falta de luz en materia del bautismo administrado por los herejes, con la abundancia de su caridad y de su penitencia : *Ut si qua nebula in ejus lucidam mentem ex*

humana conditione irrepserat, gloriosa serenitate fulgentis sanguinis fugaretur. Aun aquellos mismos que dan mas abundantes frutos de caridad pueden todavía conservar tal cual pua ó vástago silvestre, que tarde ó temprano arrancará el diestro labrador : *Qui fructu prævalent charitatis, possunt tamen aliquid habere purgandum, quod incultum agricola non relinquit.* Por tanto, si este hombre verdaderamente santo se engañó en la doctrina del bautismo conferido por los herejes, purgó bien este error, así con la abundancia de su caridad, como con la gloriosa muerte del martirio. *Quod verò ille vir sanctus, de baptismo aliter sentiens, quàm se res habebat, et charitatis ubertate compensatum est, et passionis falce purgatum.*

Asegúrase que calmó esta disputa viviendo aun el mismo santo, y que los obispos de África retractaron su error, lo que confirma la opinion de que el mismo san Cipriano le habia retractado.

Pero habiéndose renovado la persecucion contra los cristianos hácia el fin del año de 256 en tiempo del emperador Valerio, se volvió tambien á encender en el pecho de san Cipriano el ardiente deseo del martirio. Para lograrle, dió principio fortaleciendo á los cristianos con la elocuencia de sus sermones, con el fervor de sus conversaciones privadas y familiares, y publicando un escrito compuesto todo de sentencias y de palabras de la sagrada Escritura. Se tiene por cierto que tuvo revelacion de su martirio, y que por eso no se quiso esconder, aunque sus amigos le persuadian y le apretaban para que se pusiese á cubierto de la tempestad. Fué, pues, arrestado por órden del procónsul Aspasio Paterno; y habiendo confesado delante de él á Jesucristo con heróica magnanimidad, fué desterrado á Curubio, ciudad distante diez ó doce leguas de Cartago. Los once meses que estuvo en ella los empleó en animar, con-

solar y esforzar á su pueblo con sus escritos, y con los desvelos de una solicitud verdaderamente pastoral. Volvióle á llamar Galerio Máximo con órden de que no entrase en Cartago, y se quedase en una quinta que tenia cerca de la ciudad. En fin, el dia 14 de setiembre del año de 258 mandó el procónsul que compareciese en su tribunal; preguntóle por su fe, por su condicion y por su generoso zelo que mostraba en favor de los cristianos, á cuyas preguntas solo le respondió estas preciosas palabras: *Soy cristiano, y me glorio de serlo.* Confesó la fe de Jesucristo en presencia de un crecido concurso con tanta elocuencia y con tan heróica resolucion, que, temeroso el procónsul de la impresion que podia hacer en los ánimos, mandó que en el mismo dia le cortasen la cabeza. Ejecutóse en un paraje llamado Sextil, pegado á los muros de Cartago, y el santo cuerpo estuvo expuesto por algun tiempo en el mismo sitio, hasta que los cristianos le enterraron en un lugar de las posesiones del procurador Cándido, donde con el tiempo se edificó en honor suyo una suntuosa iglesia. Despues fué trasladado á Arlés en tiempo de Carlo Magno; de Arlés á Leon, hasta que Carlos el Calvo le mandó llevar á Compiegne. Tenemos de san Cipriano ochenta y una epístolas, con otros muchos tratados, y en todas sus obras se deja admirar su singular elocuencia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Calcedonia, el natalicio de santa Eufemia, vírgen y mártir, que bajo el emperador Diocleciano y el presidente Prisco sufrió victoriosamente por Jesucristo los tormentos, las prisiones, los azotes, las ruedas aceradas, la pesadez de las piedras, las fieras, los varazos, las sierras y las planchas candentes. Llevada otra vez al teatro para volver á ser

echada á las fieras, apenas hubo hecho oracion al Señor para que recibiese su alma, cuando una fiera le mordió, mientras las otras le lamian los piés, entregando así su alma pura y santa en manos de Dios.

En Roma, santa Lucia, señora distinguida, y san Geminiano, á quienes Diocleciano mandó decapitar, despues que hubieron logrado el mérito de triunfar de los crueles tormentos que este emperador les habia hecho sufrir.

Tambien en Roma, en la via Flaminia, los santos mártires Abondo, presbítero, y Abundancio, diácono, á quienes el emperador Diocleciano hizo cortar la cabeza, á diez millas de la ciudad, como tambien á Marciano, señor de calidad, y á Juan, su hijo, que estos dos santos habian resucitado.

En Heraclea de Tracia, santa Sebastiana, mártir, que, habiendo sido convertida por el apóstol san Pablo, fué decapitada bajo el emperador Domiciano y el presidente Sergio, quien habia ensayado antes diferentes medios para hacerla renunciar la fe de Jesucristo.

En Córdoba, los santos mártires Rogelio y Serviodeo, á quienes cortaron los piés, las manos y la cabeza.

En Escocia, san Niniano, obispo y confesor.

En Inglaterra, santa Edita, virgen, hija de Edgardo, rey de los Ingleses, la cual, habiendo sido consagrada á Dios en un monasterio desde la mas tierna edad. mas bien ignoró el mundo que le dejó.

En el Mans, san Principio, obispo.

En Estrasburgo, santa Eimbeta, virgen.

Cerca de Mirepoix, santa Camela, vírgen cisterciense, martirizada por los Albigenses.

En Salon-de-Crau, en Provenza, el bienaventurado Luis de Allemand, arzobispo de Arlés, cardenal del título de Santa Cecilia.

En Rímini, santa Inocencia, vírgen y mártir, protectora de aquella ciudad.

En el patrimonio de San Pedro, santa Dulcísima, venerada en Sutri como vírgen y mártir.

En el Quersoneso de Precops, el tránsito de san Martin, papa.

En Braga de Portugal, san Víctor, obispo.

En Bourg-Saint-Donin, en los estados de los Palavicinis, san Gilmer, uno de los patronos de aquel pueblo.

En Praga de Bohemia, santa Luzmila, viuda de un duque de Bohemia, abuela de san Venceslao, asesinada en odio del cristianismo, de órden de la princesa Drahomina, y así es venerada como mártir.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la que sigue.

Beatorum martyrum pariterque pontificum Cornelii et Cypriani nos, quæsumus, Domine, festa tueantur; et eorum commendet oratio veneranda. Per Dominum nostrum...

Asístenos, Señor, con tu proteccion en la festividad de los bienaventurados mártires y pontífices Cornelio y Cipriano, haciéndonos gratos á vuestra divina Majestad su respetable intercesion. Por nuestro Señor.

La epístola es del cap. 3 del libro de la Sabiduría.

Justorum animæ in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis. Visi sunt oculis insipientium mori, et æstimata est afflictio exitus illorum: et quod à nobis est iter, exterminium: illi autem sunt in pace. Et si coram hominibus tormenta passi sunt, spes illorum immortalitate plena est. In paucis vexati, in multis benè disponentur;

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no llegará á ellos el tormento de la muerte. Pareció á los ojos de los necios que morian, y se juzgó ser una afliccion el que saliesen de este mundo, y una entera ruina el separarse de nosotros; pero ellos están en paz; y si han sufrido tormentos en presencia de los hombres, su esperanza está llena de in-

quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se. Tanquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos, et in tempore erit respectus illorum. Fulgebunt justi, et tanquam scintillæ in arundineto discurrent. Judicabunt nationes, et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum.

mortalidad. Habiendo padecido lijeros males, recibirán grandes bienes; porque Dios los tentó, y los halló dignos de sí. Probólos como al oro en la hornilla, y recibiólos como á una hostia de holocausto, y á su tiempo los mirará con estimacion. Resplandecerán los justos, y correrán como centellas por entre las cañas. Juzgarán á las naciones, y dominarán á los pueblos, y su Señor reinará eternamente.

NOTA.

« Sacóse esta epistola del libro intitulado *la Sabiduría*, y en este capítulo describe Salomon con divina elocuencia la felicidad de los justos en medio de las aflicciones de esta vida, y entre los mas crueles tormentos, en los cuales llena Dios de indecibles consuelos el alma de sus siervos, mientras sus cuerpos están entregados á la mas horrible y mas bárbara tiranía. »

REFLEXIONES.

Probólos Dios. Una vez que se haya gustado de Dios, parece que ninguna prueba puede poner en peligro la virtud. Experimentadas una vez las dulzuras de esta, ¿quién no dirá que está muy asegurada la fidelidad en el servicio de Dios? Sin embargo, una fatal experiencia nos está probando cada dia todo lo contrario. ¡Cuántos hay que vuelven las espaldas á Dios despues de haberle servido con fidelidad por algun tiempo! ¿y no se están viendo todos los dias muchos hombres que, como dice el Apóstol, *comienzan por el espíritu, y acaban por la carne?* Es

cierto que cuesta dificultad el comprender cómo pueda seguirse un gran desórden á una virtud ejemplar: ni cómo es posible que el que fué verdaderamente virtuoso pase á ser disoluto de profesion. ¿Cómo es posible que aquellas resplandecientes antorchas que mostraban á tan hermosa luz toda la piedad de la religion se apaguen de repente, y ni siquiera conozcan que perdieron la vista, y que se hicieron ciegos? ¿cómo se puede perder el gusto á la virtud hasta tener horror de ella, sin que por lo menos conozca el alma que está enferma? Y despues de haber servido á Dios muchos años con fervor y á cara descubierta, ¿cómo se podrá abandonar su servicio sin remordimiento y sin escándalo? La corrupcion del corazon pasa presto al entendimiento. En comenzando á vivir mal, se deja de discurrir bien. En perdiendo el gusto á las grandes verdades de la religion, luego se las pierde de vista. Nunca se descamina poco el que, sabiendo el camino real, se desvía de él por tedio. ¡Cuánta diferencia hay de un hombre en su juicio cabal á este mismo hombre en un delirio! Mudóle tanto la enfermedad, que no se le conoce. ¡Qué discursos tan desconcertados! ¡qué proyectos tan sin piés ni cabeza! ¡qué extravagancias! ¡qué locuras! ¡Y esto un hombre que pocos dias ha discurria con tanto acierto, obraba con tanta cordura, se gobernaba con tanta prudencia! No hay que extrañarlo: trastornósele la cabeza; amigos y enemigos, parientes y extraños á todos los confunde. Vete á ponerle en razon y á darle lecciones; tanto caso hace del padre como del director. Turbóle el frenesí la razon, y el único que no conoce su enfermedad es el mismo enfermo. Él se rie, él se divierte, él canta cuando lloran todos los que se interesan en su salud, y todos los que le conocieron antes de la enfermedad; no se le puede dejar solo por el peligro de que se

precipite. Esta es una viva imágen de aquel y de aquella que dejaron el servicio de Dios y la devocion despues de haber sido devotos. Es perfecta la analogía. Los mismos efectos causa el desórden de las costumbres que el desórden de los órganos. ¡Cuánta diferencia va de un hombre en otro tiempo virtuoso, á este mismo hombre perdido ahora y disoluto! Parece otro entendimiento, otro natural, y que mudó de religion con la mudanza de costumbres. En otro tiempo prudente, atento, dócil, modesto, amigo de hacer bien, moderado, sin preocupaciones, el corazon sano y recto; así era cuando vivia arreglado; no podia comprender cómo era dable que el hombre de bien se diferenciase del hombre cristiano, pareciéndole que solamente la virtud era digno objeto de un corazon verdaderamente grande. Ninguna otra alegría le gustaba sino la que era efecto de una conciencia pura; ninguna diversion que no fuese muy conforme á la ley santa de Dios; no juzgaba digno de su atencion otro negocio que el de la salvacion, ni encontraba otra verdadera grandeza que la de servir á Dios y de agradarle. Pero abandonó el partido de la virtud, entregóse á la disolucion; ya parece otro hombre. Sufocó á la religion el desórden de su vida. Solamente le oyen burlarse insulsamente de sí mismo por lo que fué, y hacer insulsa rechifla de la misma religion. ¡Oh, y qué digno de lástima es un hombre que volvió las espaldas á Dios?

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Cùm audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primùm hæc fieri, sed nondùm statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será todavía el fin. Entonces les decia: Se levantará una

adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cœlo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

NO HAY OTRO VERDADERO MAL EN LA TIERRA QUE EL PECADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay otro verdadero mal en la tierra que aquel que nunca se puede considerar como bien, el cual solo nos priva de todo bien, y de la fuente de todos los bienes; tal es el pecado. Míresele

por donde se le mirare, el pecado siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga; eternamente será el pecado objeto de su odio y de su cólera; eternamente será materia de nuestro dolor. ¿Pues cómo lo puede ser ahora de nuestras ansias y de nuestra complacencia?

Todos los que llamamos males en la tierra, en tanto lo son, en cuanto son efectos del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de desdichas; él es el que encendió las llamas del infierno: él solo es el que hace á los hombres desgraciados; donde reina la inocencia, allí reinan la tranquilidad y la alegría. Siendo Dios bien infinito, y siendo él mismo todo bien, no es capaz de comunicar otra cosa. El pecado solo es causa de todo mal, privándonos de este bien. Pero ¿es esta la idea que se forma del pecado? mas ¿dejará el pecado de ser menos mal y de ser menos pecado, porque formemos nosotros otra idea?

Ese asistir á ciertos entretenimientos de donde está siempre desterrada la inocencia; esas diversiones siempre ocasionadas, esos espectáculos, esos regocijos profanos, origen fatal de tantos desórdenes, ¿prueban por ventura que miramos con grande horror al pecado? Y aun aquellas personas que no se abandonan tanto al desórden, ¿viven siempre muy inocentes? Familiarizámonos con el pecado; pero ¿nos acostumbramos igualmente á los tormentos que se siguen á él?

Ah Señor, ¡y qué poco he conocido el pecado hasta aquí! pero ¡cuánto le detesto ahora! Aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO

Considera que no tenemos razon para llamar males á aquellas cosas que nos pueden ser útiles para nuestra felicidad. A una alma fervorosa todo le puede servir de provecho menos el pecado.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, hasta la misma muerte, todo nos puede servir para ser felices, pues todo nos puede ayudar para ser santos.

Pocos santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecuciones, á las adversidades, á los trabajos algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas no por eso seréis desgraciados: toda la malicia y todo la rabia de los mas crueles tiranos no será capaz de arrancaros un solo cabello de la cabeza. El que está en gracia de Dios y es querido suyo, ¿qué tiene que temer? Es grande error reputar por mal el odio del mundo, cuando el mundo aborrece á uno porque ama á Dios, y porque sirve á Dios. ¡Cuántos favores, cuántas conveniencias ofreció el mundo á san Cipriano para pervertirle! ¡Con qué crueles suplicios no le amenazó si se negaba á sus engañosas promesas! Pero ¡con qué valor menospreció el santo no menos las caricias que los tormentos del tirano! ó por mejor decir, no hubo para él mayor tormento que las caricias. Antes perdió la vida que la amistad de su Dios. ¿Cuándo pensaremos nosotros de la misma manera? ¿cuándo discurriremos sobre los mismos principios? ¿tiénese hoy al pecado por el mayor mal de todos los males? ¿míranle siquiera como mal aquellas personas que se divierten, que hacen vanidad de cometerle? Llámase mal una pérdida de bienes temporales, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que, segun los fines de la divina Providencia, suelen ser orígen de muchas bendiciones; pero ¿se tiene al pecado por gran mal, cuando se le considera como medio para hacer fortuna?

Mi Dios, ¡en qué ceguedad he vivido yo hasta aquí!

Perdonadme mis maldades, y dignaos oir mi humilde súplica. Padezca yo, Señor, todos los tormentos, padezca todos los males de esta vida antes que cometer un solo pecado.

JACULATORIAS.

Væ vobis, viri impii, qui dereliquistis legem Domini Dei! Eccl. 41.

¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la ley santa de vuestro Dios y Señor!

Horrendum est incidere in manus Dei viventis. Hebr. 10.

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, y ser objeto de su indignacion.

PROPOSITOS.

1. Concibe tanto horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serias si estuvieras en otra disposicion. Pero como de nada sirven los mejores dictámenes especulativos, si no se ponen en práctica, toma desde ahora la santa costumbre de decirte á tí mismo siempre que á tí ó á otros suceda alguna desgracia : No hay otro mal sino el pecado; consolémonos, que esta pérdida de los bienes ó de la salud puede ser para mayor provecho nuestro. Líbrame, Señor, de todo pecado; pues no temo otro mal.

2. Toma ocasion de todos los adversos acasos de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tus criados que ningun otro mal se debe temer sino el pecado. Sea este como tu refran ó como una ordinaria sentencia. Repítesela continuamente á tus hijos, y dítela á tí mismo cien veces al dia. No te descuides ni en las mas leves mentiras oficiosas, ni en las restricciones mentales que son verdaderas mentiras disfrazadas,



IMPRESION DE LAS LLAGAS

DE S. FRANCISCO.

ni en la menor impaciencia. Has de tener por enteramente prohibido para ti todo cuanto pueda alterar aun lijerísimamente la caridad. La demasiada indulgencia consigo mismo, y la poca con los demás, es por lo comun orígen de muchas faltas. Débete causar horror todo cuanto puede causar el mas leve daño al prójimo, y todo lo que tenga apariencia ó sombra solo de pecado. La vista solo de un monstruo asusta y sobresalta. Repite muchas veces aquellas bellas palabras : *Malo mori quàm fœdare animam meam :* mas quiero morir que manchar mi alma. No te contentes con tener horror al pecado; ten el mismo á las ocasiones de pecar, y huye de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se tiene horror á la ocasion.

DIA DIEZ Y SIETE.

LA MILAGROSA IMPRESION DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO.

Admirable es Dios en todos sus santos; pero con todo eso hay algunos á quienes distinguió con tan especiales favores, que parece le hacen mas admirable las singulares maravillas que obró en ellos. En este número se debe contar al gran san Francisco de Asís. Fué su vida una continuada serie de favores tan señalados y de sucesos tan maravillosos, que igualmente acreditaron las grandes misericordias del Señor, que la eminente santidad de aquel hombre verdaderamente extraordinario. Pero el milagroso suceso, cuya memoria quiso consagrar la Iglesia con fiesta particular en este dia, fué sin duda de los mas sobresalientes. Apenas haremos mas que trasladar casi palabra por palabra lo que nos dejó escrito san Buenaventura.

El año de 1224 renunció san Francisco el generalato en manos del bienaventurado fray Pedro de Catánea; y habiendo mostrado al mundo el poder de Dios en muchas ocasiones, tanto con sus sermones como con sus milagros, se retiró al monte Alverna para pasar en él su cuaresma de san Miguel, es decir, para entregarse á la soledad y al ayuno por espacio de cuarenta dias, desde la Asuncion de la Virgen, hasta el último de setiembre. Está situado este monte en los confines de la Toscana, y es una parte del Apenino que pertenecia á un señor del país llamado Orlando Catáneo, y en el año de 1213 le habia concedido á san Francisco, fabricando en él una iglesia pequeña para el santo, y algunas celdas para sus frailes. Retirado, pues, el santo patriarca á dicho monte, y hallándose un dia en lo mas fervoroso de su oracion, sintió una fuerte inspiracion de abrir el libro del evangelio, persuadido que habia de encontrar en él lo que Dios queria que hiciese. Prosiguió un rato en su oracion, y tomando despues el libro del altar, mandó á fray Leon que le abriese. Era fray Leon el único compañero que habia llevado consigo á la soledad. Abrióle por tres veces, y en todas salió la pasion de nuestro Señor Jesucristo, por donde entendió san Francisco que lo que Dios queria de él era que cada dia se hiciese mas semejantee á Cristo crucificado, aumentando el rigor de la mortificacion y de la penitencia.

Una mañana, hácia la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz, que es el dia 14 de setiembre, hallándose en oracion, se sintió tan abrasado en incendios del divino amor, y con tan inflamados deseos de ser semejante á Cristo crucificado, que no le parecian bastantes para satisfacerle todas las penitencias del mundo, ni aun el martirio mismo, cuando de repente vió bajar de lo mas alto del cielo á un serafin, que en

rapidísimo vuelo venia como á dispararse sobre él. Tenia seis alas encendidas y resplandecientes; dos se elevaban sobre la cabeza, otras dos estaban extendidas como en ademan de volar, y las otras dos cubrian todo su cuerpo. Pero lo mas portentoso era que el serafin parecia estar crucificado, teniendo las manos y los piés clavados en una cruz. Cada uno podrá imaginar cuánta seria la admiracion y el pasmo; qué afectos de amor, de gozo y de compuncion excitaria en el corazon de nuestro santo la vista de aquel prodigio. Comprendió entonces, dice san Buenaventura, que su transformacion en imágen de Cristo crucificado no habia de ser por el martirio corporal, sino por la inflamacion del espíritu, y por el abrasado encendimiento del divino amor. Duró algun tiempo la vision; y habiendo desaparecido, dejó en su corazon una impresion maravillosa, y al mismo tiempo otra mas portentosa en su cuerpo; porque inmediatamente se comenzaron á manifestar en sus manos y en sus piés las señales de los clavos, ni mas ni menos como las habia visto en la imágen del serafin crucificado; esto es, las manos y los piés parecian haber sido clavados por en medio, descubriéndose las cabezas de los clavos en la parte interior de las manos, y en la exterior ó superior de los piés, y las puntas remachadas á la parte opuesta de estos y de aquellas. En el costado derecho se manifestaba una cicatriz roja como de herida de lanza, saliendo de ella muchas veces tanta abundancia de sangre, que se humedecian la túnica y los paños interiores. Y estas son aquellas cicatrices que desde entonces se comenzaron á llamar las llagas.

Hallóse en grande afliccion el humilde santo, viendo por una parte que no era posible ocultar largo tiempo á sus mas familiares compañeros estas visibles y maravillosas señales de la particular bondad del Señor, y temiendo por otra publicar sus secretos. Llamó,

pues, algunos frailes de los que tenia por mas espirituales, y proponiéndoles la dificultad en términos generales, les pidió consejo. Uno de ellos, muy versado en los caminos de Dios, haciendo juicio por el aire y por las palabras de san Francisco que habia visto alguna maravilla, y que por humildad la queria ocultar, le dijo : *Hermano, sábete que Dios no te descubre algunas veces sus secretos para ti solo, sino tambien para los demás; por eso debes temer que algun dia seas reprendido por haber enterrado y escondido el talento.* Movido san Francisco de estas palabras, se rindió al parecer de sus frailes, y les contó ingenuamente todo lo que habia visto, añadiendo que el que se le apareció le habia descubierto cosas que nunca revelaria él á persona viviente. A san Buenaventura le parece que nuestro santo, como otro san Pablo, vió entonces cosas llenas de misterios, de los cuales á ningun hombre es lícito hablar. Acabados los cuarenta dias, bajó del monte como otro Moisés, inflamado el rostro; y por mas cuidado que puso en ocultar á todos, aun á aquellos hijos mas amados y mas familiares suyos, las permanentes señales de tan insigne favor, cuidó el mismo Señor de manifestarlas por medio de varios milagros.

Habíase extendido por toda la provincia de Rieti una efermedad contagiosa entre el ganado, de la cual morian muchas reses, tanto ovejunas como vacunas, sin acertarse con el remedio; y estando durmiendo un gran siervo de Dios, tuvo un sueño en que se le avisó que fuese á la ermita de los frailes menores donde se hallaba san Francisco á la sazon, y rociase todo el ganado con el agua en que el santo se hubiese lavado las manos y los piés. Luego que amaneció, se puso en camino el santo varon para la ermita, y pidiendo secretamente la tal agua, roció con ella á todas las reses enfermas que estaban tendidas por el suelo. Apenas les tocó la primera gota, cuando se

levantaron vigorosas y corrieron hambrientas á los pastos, cesando de esta manera toda la enfermedad. El mismo san Buenaventura refiere esta maravilla. Tambien es hecho constante, añade el mismo santo, que, antes que san Francisco recibiese del cielo esta gracia especial, todos los años se levantaba al rededor del monte Alverna una maligna nube, que, deshaciéndose en granizo, arruinaba los frutos y desolaba todo el país; pero desde que el santo recibió las sagradas llagas no se volvieron á ver aquellas malignas nubes, y toda aquella comarca lo reconoció por milagro.

A pesar del gran cuidado que ponia el siervo de Dios en ocultar aquellas impresiones y señales de sus sagradas llagas que el Señor habia estampado en su cuerpo, no pudo estorbar que se viesen las de las manos y los piés, aunque despues de aquel tiempo andaba siempre calzado, y casi siempre tenia cubiertas las manos. Vieron las llagas muchos religiosos suyos, que, sin embargo de ser dignísimos de todo crédito, por su eminente santidad, lo aseguraron despues con juramento para quitar el pretexto á toda duda. Tambien las vieron mas de una vez algunos cardenales, amigos particulares del santo, y muchos las celebraron en verso y en prosa, como lo afirma el mismo san Buenaventura, el cual añade que, asistiendo á un sermon del papa Alejandro IV, aseguró públicamente el papa que en vida del santo habia visto las sagradas llagas con sus mismos ojos: *Summus etiam pontifex Alexander, cùm populo prædicaret, coram multis fratribus affirmavit se, dùm sanctus viveret, stigmata illa sacra suis oculis conspexisse.* En la muerte del santo mas de cincuenta frailes, santa Clara con todas sus hijas y una multitud innumerable de seglares de todas condiciones, satisfacieron su piadosa curiosidad, viendo con sus ojos, y tocando muy despacio con sus manos las

sagradas llagas impresas en el santo cuerpo, como lo dice tambien el mismo seráfico doctor.

En cuanto á la llaga del costado, la ocultó el santo con tanto cuidado miéntras vivió, que ninguno se la pudo ver sino cogiéndole por sorpresa. Un hermano que le asistia, y se llamaba fray Juan de Lodi, se valió para esto de un piadoso artificio, persuadiendo al santo que se quitase la túnica interior para limpiarla; con cuya ocasion no solo vió dicha llaga, sino que, metiendo en ella los dedos, le causó un vivísimo dolor. Otros dos religiosos contentaron su devota curiosidad con semejante artificio; y cuando faltaran otras pruebas de la certidumbre de este hecho, seria evidente testimonio de él la sangre de que estaba teñida la túnica y los paños interiores. Pero muerto el santo, tambien fué vista muy á satisfaccion esta milagrosa llaga por muchas personas; de manera que en las vidas de los santos se encontrarán pocos sucesos mas bien averiguados y comprobados que el de las llagas de san Francisco. San Buenaventura, que escribió la vida del santo treinta ó treinta y cinco años despues de su muerte, dice que todos los que vieron y tocaron estas llagas reconocieron que los clavos se habian formado milagrosamente de la carne, y tan adherentes á ella, que, cuando los movian ó los apretaban por un lado, se descubrian mas por el opuesto á manera de nervios endurecidos, compuestos de una sola pieza. Los clavos eran negros como de hierro; pero la llaga del costado se conservaba siempre roja y rasgada en figura redonda, como una especie de rosa. Cierto caballero, llamado Jerónimo, hombre de mucha capacidad, y de una grande reputacion, dificultando el ascenso á esta maravilla, la examinó en presencia de muchos con mayor indagacion que todos los demás: movió los clavos, tocó con sus propias manos los piés, las manos y el costado del santo cuerpo, y quedó

tan convencido de la verdad, que despues fué uno de los testigos, y la depuso auténticamente con solemne juramento. Pero cuando no fuese bastante este cúmulo de pruebas y de testigos, lo seria el haberlo asegurado en sus bulas dos grandes pontífices, y el que la Iglesia haya establecido una fiesta particular, que se celebra hoy en todo el mundo cristiano, para eternizar la memoria de esta maravilla.

MARTIROLOGIO ROMANO.

Conmemoracion de las sagradas llagas cuya impresion recibió en sus piés, manos y costado san Francisco, fundador de la órden de los hermanos Menores, hallándose en el monte Alverna en Toscana.

En Roma, camino de Tívoli, el natalicio de san Justino, presbítero y mártir, que confesó gloriosamente á Jesucristo durante la persecucion de Valeriano y Galiano. Él fué quien dió sepultura al papa Sixto II, á san Lorenzo, á san Hipólito y á otros muchos santos. Coronó tantas y tan bellas acciones con el martirio que padeció bajo el poder de Claudio.

En la misma Roma, san Narciso y san Crescenciano.

En Frigia, santa Ariadne, mártir bajo el emperador Adriano.

En la Gran Bretaña, san Sócrates y san Estéban, mártires.

En Nyon, san Valeriano, san Megrino y san Gordiano, mártires.

En Autun, san Floselo, tierno infante, el cual, despues de haber padecido mucho, fué despedazado por las fieras á las que le echaron en tiempo del emperador Antonino y del presidente Valeriano.

En Lieja, san Lamberto, obispo de Maestrict, el cual, habiendo manifestado su ardiente zelo contra los desórdenes de la real casa, fué, aunque inocente,

muerto por los malos, entrando así en el reino de los cielos para vivir en ellos eternamente.

El propio dia, santa Agatoclia, criada de una aldeana, la que, despues de haber aguantado mucho tiempo golpes, latigazos y otros malos tratamientos de su ama, fué por último presentada al juez, que la hizo azotar hasta que las carnes se caian á pedazos; mas como siempre siguiese confesando la fe, le mandó arrancar la lengua, y echar á la santa al fuego.

En Córdoba, santa Colomba, vírgen y mártir.

En Milan, el tránsito de san Sátiro, cuyos relevantes méritos fueron enumerados por san Ambrosio.

En Roma, santa Teodona, señora ilustre, que se empleaba, durante la persecucion de Diocleciano, únicamente en asistir á los santos mártires.

En Bingen, diócesis de Maguncia, santa Hildegarda, virgen.

En las fronteras de la antigua Champaña y de la Lorena, san Roino, monje de Doley, primer abad de Beaulieu en Argona.

En Jerusalen, san Tobías, quinto obispo de aquella ciudad.

En Chipre, san Heráclida, obispo de Tamasa y mártir.

En los confines del Egipto y de la Etiopia, santa Medilama, vírgen y mártir.

En Toscana, el bienaventurado Simon, eremita camaldulense.

En Zaragoza, el bienaventurado Arbués, inquisidor, muerto de las heridas que le hicieron los judíos en la noche del dia 14 al 15 de este mes, al empezarse los maitines en la iglesia de San Salvador, de la que era canónigo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Domine Jesu Christe, qui, frigescente mundo, ad inflam-

Señor Jesucristo, que, deseando abrasar nuestros cora-

mandum corda nostra tui amoris igne, in carne beatissimi Francisci passionis tuæ sacra stigmata renovasti : concede propitius, ut ejus meritis et precibus crucem jugiter feramus, et dignos fructus pœnitentiæ faciamus. Qui vivis et regnas...

zones con el fuego de vuestro amor, cuando el mundo estaba resfriado en él, renovásteis en la carne del bienaventurado Francisco las llagas de vuestro pasion ; concedednos propicio por sus merecimientos y por su intercesion la gracia de que llevemos incesantemente la cruz, y que hagamos frutos dignos de penitencia. Tú que vives y reinas...

La epistola es del cap. 6 de la que escribió san Pablo á los de Galacia.

Fratres : Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi : per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet, neque præputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. De cætero nemo mihi molestus sit : ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi, cum spiritu vestro, fratres. Amen.

Hermanos : Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

NOTA.

« El asunto principal de esta epístola á los Gálatas, » de donde se sacó la presente, es impugnar á los » falsos profetas que les predicaban el judaismo puro, » y particularmente la necesidad de la circuncision. »

REFLEXIONES.

Yo llevo en mi cuerpo las señales del Señor Jesus. Estas señales son las gloriosas cicatrices que el Salvador quiso conservar en su adorable cuerpo aun despues de su resurreccion, y que por toda la eternidad serán la admiracion y el gozo de los bienaventurados en la gloria. ¿Hay hoy dia muchos cristianos, que puedan decir con el Apóstol que están marcados con este divino sello, y que la cruz de Jesucristo es parte de su carácter? Sin embargo, la mortificacion es necesaria para amar verdaderamente á Jesucristo. Esta es la primera leccion que da el mismo Jesucristo á los que quieren ser discípulos suyos: sin ella no hay que esperar serlo jamás. *El que quisiere venir en pos de mí*, dice este amable Salvador, *niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. El que no tomare su cruz, y no se aborreciere á sí mismo, no puede ser mi discípulo, ni es digno de mí.* Por eso ninguna señal mas segura dieron los santos de una sólida virtud que la mortificacion. ¿Cuándo hemos de ser nosotros del mismo parecer, y cuándo tendremos las mismas ideas? Hay dos suertes de mortificaciones: una exterior, que consiste en la maceracion del cuerpo; otra interior, que es propiamente la mortificacion del corazon y del espíritu. Aquella doma la sensualidad, esta las pasiones: ambas son necesarias para arribar á la perfeccion, y sin las dos apenas se puede conseguir la salvacion. Los ayunos, las vigilias, los cilicios y otras mortificaciones semejantes, son poderosos medios para hacernos hombres espirituales. Es verdad que la virtud no consiste en las penitencias exteriores, y que estas no son incompatibles con la hipocresía. No sucede lo mismo con la mortificacion interior, que siempre es señal cierta de verdadera virtud; por eso es mas necesaria que la exterior, y ninguno puede

excusarse de ella. Esta es aquella continua violencia que es necesario hacerse para entrar en el reino de los cielos. No todos podrán ayunar, ni usar de rallos y de cilicios; pero ninguno tiene impedimento para mortificar sus deseos, su natural y sus pasiones. Vanamente nos lisonjearemos de que amamos á Jesucristo, si no somos hombres mortificados. Es preciso resolverse á una generosa y constante mortificacion, si se desea domar y destruir este amor propio de que se alimentan todas las pasiones: es necesario resolverse á llevar cada uno su cruz. En la cruz está nuestra salud, nuestra vida y nuestra seguridad, dice el autor de la Imitacion de Cristo: en vano se busca fuera de la cruz la salvacion del alma y el camino de la gloria. Toma, pues, tu cruz, sigue á Jesus, y llegarás finalmente á la vida eterna.

El evangelio es del cap. 3 de san Juan.

In illo tempore: Erat homo ex pharisæis, Nicodemus nomine, princeps Judæorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti magister, nemo enim potest hæc signa facere, quæ tu facis, nisi fuerit Deus cum eo. Respondit Jesus, et dixit ei: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuò, non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomodò potest homo nasci, cùm sit senex? nunquid potest in ventrem matris suæ iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest

En aquel tiempo: Habia un hombre de la secta de los fariseos llamado Nicodemus, de los principales entre los judíos. Este vino á Jesus de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus, y le dijo: De verdad, de verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reino de Dios. Díjole Nicodemus: ¿Cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿Por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre y volver á nacer? Respondió Jesus:

introire in regnum Dei. Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi: Oportet vos nasci denuò, spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis unde veniat, aut quò vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodò possunt hæc fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es Magister in Israel, et hæc ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur, et quod vidimus testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodò, si dixero vobis cœlestia, credetis? Et nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis, qui est in cœlo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam.

De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne: y lo que es engendrado de espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho es menester que vosotros volvais á nacer: el espíritu inspira donde quiere, y oyes la voz, pero no sabes de dónde venga, ni adónde vaya: así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesus, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos; y testificamos lo que hemos visto, y vosotros no recibis nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creeis, ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.

MEDITACION.

DE LA PENITENCIA NECESARIA Á TODOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el cielo se conquista con violencia. Renunciar la penitencia y la mortificacion es renunciar el cielo. Es menester renunciar el mundo y sus placeres : es menester llevar su cruz, vencer las inclinaciones, resistir á las pasiones, domar el amor propio : es menester amar á los enemigos, aborrecerse y perseguirse á sí mismo : este es el camino derecho que guia al cielo : él está sembrado de espinas ; pero no hay otro, y es menester seguir este si queremos llegar allá. Cualquiera otro camino, cualquiera otra senda desvía de aquel término. ¿Y es esta la que nosotros seguimos? ¿No marchamos por un camino enteramente opuesto? Y en este caso, ¿cuál será nuestro paradero? Es indispensable seguir este camino real. Somos pecadores, preciso es hacer penitencia : somos cristianos, es preciso seguir á Jesucristo : fuimos criados para el cielo, preciso es llegar allá, cueste lo que costare. No nos parezca que estas razones se hicieron para los demás, y que no hablan con nosotros. Pero segun se vive y se discurre el dia de hoy, parece que se reputan estas grandes verdades como verdades de antaño, que ya no rigen. Esa penitencia indispensable á todos los pecadores, ¿es por ventura en estos tiempos la virtud de las gentes del mundo? Esa penitencia indispensable á los mismos justos, ¿es por ventura en nuestros dias la virtud familiar á todos los cristianos? Pero este camino sembrado de cruces y de espinas solo es áspero á los que tímidos y cobardes no se atreven á entrar por él : mas una vez que le emprendan con resolucion, una vez que comiencen á caminar con fervor, todo se les allana : no solo se les hace suave, sido gustoso. Las

flores de que al parecer está sembrado el camino de los malos, muchas veces se convierten en espinas; ¿pues porqué las espinas, de que parece sembrado el camino de los buenos, no se convertirán tambien en flores muchas veces? La virtud que se ejercita, la gracia de Dios que nos sostiene, la esperanza tan bien fundada de llegar al dichoso término de la carrera quitan á la penitencia todo lo áspero, todo lo duro, todo lo amargo que tiene. Aunque nos parezca intransitable este camino, acordémonos de que los santos anduvieron por él con alegría, animándolos el ejemplo de Jesucristo. Sigámoslos con valor y con fidelidad, y experimentaremos las mismas dulzuras, los mismos consuelos, la misma facilidad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la necesidad que todos tenemos, no solo de amar la penitencia, sino de hacer frutos dignos de penitencia. Frecuentemente recaemos en las mismas faltas; en todas las confesiones nos acusamos siempre de los mismos pecados, porque no nos aplicamos á descubrir el origen de ellos, á fondear nuestro corazon, á poner en ejecucion los medios eficaces para corregirnos. Acusámonos de las distracciones, de las negligencias ordinarias en el servicio de Dios, de las imperfecciones acostumbradas, y no pensamos en sofocar ese espíritu de orgullo y de vanidad de que estamos poseidos; esas secretas aversiones, esas emulaciones malignas, ese desordenado amor de nosotros mismos, inficionadas fuentes de todos nuestros pecados. Cortamos las ramas, pero dejamos intacto el tronco que rompe luego en nuevos retoños. ¿Queremos lograr el intento? pues cortemos hasta las mas pequeñas raices. Recaemos con frecuencia en las mismas faltas, porque antes de confesarnos paramos poco la consideracion en la gravedad y en las conse-

cuencias del pecado. Recaemos en ellas, porque nos falta la contricion necesaria, la sincera y la eficaz resolucion que debiéramos tener. Nos avergonzaríamos si faltásemos à la palabra dada á un hombre de consideracion. Pídenos Dios que tengamos con su Majestad este mismo miramiento: ¿sera esto pedirnos demasiado? Pídenos que nuestra penitencia, cuya indispensable necesidad tenemos tan conocida, dé en fin algunos frutos, ya que hasta aquí solo ha dado hojas y flores; y que estos frutos lleguen á madurar, que sean dignos de presentársele, que sean en fin frutos dignos de penitencia. Comencémoslos á hacer desde hoy mismo hasta la muerte. Destruyamos en nosotros el reino del pecado; huyamos con presteza todas las ocasiones de cometerle; ejercitémonos continuamente en las buenas obras que correspoden á nuestro estado; satisfagamos á la justicia divina con perpetua penitencia; tengamos siempre un corazon contrito y humillado con verdadero deseo de satisfacer á la divina justicia, aceptando por lo menos con amor y sin quejarnos los trabajos de esta vida debidos á nuestros pecados.

Esta es, Señor, la gracia que os pido para hacer aquella penitencia saludable, de que no están dispensados aun los mismos justos.

JACULATORIAS.

Tibi soli peccavi, et malum coram te feci. Salm. 50.

Confieso, Señor, que pequé muchas veces contra tí, siendo tú solo testigo de mis maldades: sedlo tambien de mi amarga penitencia.

Ipse me reprehendo, et ago pœnitentiam in favilla, et cinere. Job 42.

Acúsome, Señor, y repréndome á mí mismo de mis pecados, y desde este mismo punto voy á hacer penitencia de ellos deshaciéndome como pavesa y ceniza.

PROPOSITOS.

1. El ejercicio de la mortificacion interior es una especie de penitencia de que ninguno tiene razon ni derecho para dispensarse. Fué comun á todos los santos, y es muy conocida de cuantos verdaderamente desean ser perfectos. No es menester mas que atender bien al espíritu de Dios: es tan ingenioso el amor de Jesucristo, que aun á las personas mas groseras les inspira desde luego industrias y medios para mortificarse muy superiores al ingenio de los hombres mas sabios; y en este género se pueden tener por una especie de milagros. Todo les sirve de ocasion para vencer sus inclinaciones; no hay tiempo ni lugar que no les parezca muy oportuno para mortificarse, todo sin traspasar las reglas de la prudencia y del buen juicio. Por ejemplo: bástales tener una gran gana de ver ó de hablar para bajar los ojos y para coserse la boca. La curiosidad de oir noticias, el deseo de saber lo que pasa, lo que se dice ó lo que se hace; la gana de ver á una persona, de contar una novedad, de saber el fin de un negocio que interesa á muchos; en una palabra, toda ansia es materia de mortificacion no satisfaciéndola, tanto mas meritoria, cuanto es mas frecuente y menos pública, pues solo tiene á Dios por testigo. Imita este excelente ejercicio.

2. No hay materia mas fecunda que la que todos tenemos para ejercitarnos en la mortificacion interior. Descendamos á casos particulares, que es la mejor instruccion. Una palabrita dicha á tiempo, una zumba ingeniosa, una discrecion, una agudeza puede acreditar mucho en una conversacion, pero tambien puede ser materia de un precioso sacrificio. Apenas hay hora en el dia en que no se nos ofrezca motivo para alguna mortificacion. Esté uno en pié, ó esté sentado, siempre podrá encontrar alguna postura incómoda,

T. 9. P. 433.



S.to TOMÁS

DE VILLANUEVA, ARZOB.

sin que se conozca hácia afuera. Hállase en alguna ocupacion muy seria: interrúmpenle cien veces; pues cien veces se deja interrumpir en su tarea con tanta mansedumbre y con tanta urbanidad como si en nada estuviera ocupado. El mal humor de un sugeto con quien se vive, los descuidos y las faltas de un criado, la ingratitud de una persona á quien se sirvió en algo; todo esto puede ejercitar bien la paciencia de un hombre sólidamente virtuoso. En fin, las incomodidades del tiempo, de la estacion y de las personas, que se padecen sin dar á entender nada, son á la verdad pequeñas ocasiones de mortificarse; pero la mortificacion en estas pequeñas cosas no es pequeña, y bien se puede decir que las mayores gracias suelen ser frutos de estas cortas mortificaciones. Tampoco es pequeña mortificacion el no dispensarse en la mas mínima obligacion, costumbre ó acto de comunidad; el conformarse en todo con la vida comun, sin respeto á su inclinacion, á sus empleos, ni á sus años. Este es el manantial mas fecundo de gracias extraordinarias, y por decirlo así, de la misma santidad.

DIA DIEZ Y OCHO.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA,

ARZOBISPO DE VALENCIA.

Santo Tomás de Villanueva, ornamento de la iglesia de España, nació en Fuenllana, lugar pequeño de la Mancha, el año de 1488; pero se crió en Villanueva de los Infantes á tres leguas de dicho lugar, por serlo de su padre, y de él tomó el sobrenombre de Villanueva. No era ilustre su familia; pero era

muy limpia y muy honrada, con bastantes bienes de fortuna para vivir honradamente segun su condicion. Sobre todo eran muy conocidos sus padres por la ejemplar caridad que tenian con los pobres. Se habian impuesto á sí mismos la ley de no amontonar dinero, sino de repartir en limosnas todo lo que les sobraba de su hacienda. No vendian los granos ni los demás frutos en los mercados, como lo hacian los otros labradores: separaban lo que habian menester para el gasto de la casa, y todo lo demás lo distribuian entre los pobres que acudian á ellos con toda confianza, como á bienhechores suyos. Esta virtud de la misericordia y de la limosna fué la mas preciosa herencia que dejaron á su hijo y heredero, inspirándosela desde la cuna. No perdonó medio alguno Alfonso García, padre de nuestro santo, para darle una cristiana educacion; y su madre Lucía Martinez, mujer de gran virtud, dedicó al mismo fin todos sus maternales desvelos, tardando poco en reconocer que la gracia ayudaba á su piadoso trabajo, aun mas eficazmente que ella. Contaba Tomás solo siete años cuando dió grandes muestras de su compasivo amor á los pobres con mil industrias, que solo podian ser sugeridas por el espíritu de Dios. Cada dia salia con alguna nueva invencion en favor de los necesitados. Unas veces dejaba la comida para darla de limosna; otras se desnudaba de sus vestidos para cubrir con ellos á algun niño desnudito. Todo cuanto podia encontrar en casa que fuese de algun alivio á los pobres, todo lo atrapaba y lo distribuia entre los muchos mendigos que á todas horas concurrian á su puerta. Trigo, legumbres, viandas y pan eran la materia ordinaria de sus piadosos hurtos, y sus caritativos padres, en lugar de reprenderle, eran los primeros que lo celebraban.

Sobre todo, la virtuosa madre tenia especial gusto en ver las industrias de que se valia para tener siempre

que dar á los pobres que le pedian limosna. Hiciéronle un vestido nuevo, y el primer dia que le estrenó le dió al primer pobre que encontró al salir de casa, y él se volvió á vestir el viejo. Sorprendida la madre, le preguntó qué habia hecho del vestido nuevo, y el santo niño le respondió que, como estaba acostumbrado al viejo, se acomodaba mas bien con él, y el otro le pareció que era mejor para los pobres.

Otro dia estaba solo en casa, y no teniendo la llave de la despensa para dar pan á seis pobres que llegaron á la puerta, se acordó de que habia en el corral una gallina con seis pollos; dió á cada uno un pollo, y los despidió. Cuando volvió la madre y echó menos sus pollos, el santo niño con su natural candor le confesó lo que habia hecho, añadiendo con igual ingenuidad que, si hubiera venido otro pobre mas, pensaba darle la gallina.

A esta virtud de la caridad acompañaban todas las demás que son ordinarias en los santos. Hechizaba á cuantos le trataban la dulzura y la apacibilidad de su genio. No conocia Tomás ni aun aquellas mentirillas que son tan comunes en los niños. Su ingenuidad era seguro indicio del candor y de la pureza de su alma; delicada virtud, que nunca se ajó en él, ni aun con el mas leve vapor; tanto, que hasta su aire, sus conversaciones y sus modales la inspiraban en los jóvenes mas libres; y su devocion se pegaba á todos los que observaban el respeto y la compostura con que estaba horas enteras en las iglesias.

Las primeras palabras que sus padres le enseñaron á pronunciar fueron los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Por eso era tan tierna su devocion á la Madre de Dios, que comunmente le llamaban el hijo de la Virgen, habiéndose reparado que los sucesos particulares de su vida fueron en alguna festividad de esta Señora. El dia de la Presentacion tomó el há-

bito de religioso, en el de la Asuncion le hicieron obispo, y en el de la Natividad de la Virgen fué su dichosa muerte.

Habiendo estudiado en su patria las primeras letras, en las cuales por su ingenio y por su aplicacion adelantó mucho en poco tiempo, le enviaron sus padres, siendo de edad de quince años, á la universidad de Alcalá, que acababa de fundar el cardenal Jimenez. Luego se hizo muy señalado en ella por su ingenio, y mucho mas por su virtud; y lo que suele ser escollo en que naufraga la inocencia de los jóvenes, solo sirvió para añadir nuevo lustre á la de nuestro Tomás. Lejos de dejarse arrastrar por los malos ejemplos de otros jóvenes de su edad, él los traia al amor de la virtud con los buenos que les daba á ellos. No se sabia lo que mas se habia de admirar en el santo mancebo, ó los asombrosos progresos que hacia en las ciencias, ó lo que adelantaba cada dia en la virtud. Anticipóse su reputacion á la madurez de la edad. Aun no tenia veinte años, y ya le buscaban para árbitro de las diferencias. Por mas que su modestia se esforzaba á ocultar sus raros talentos, se descubria su extraordinario mérito á pesar de su humildad; y así, habiendo recibido el grado de maestro en artes á los veinte y seis años, fue nombrado por catedrático de filosofía. Extendida su fama por España, al cabo de dos años fué llamado á la universidad de Salamanca, adonde fué muy gustoso, porque ya se le hacian insoportables los honores que le tributaban en Alcalá; pero como á todas partes llevaba consigo su mérito y su virtud, en todas daba mucho que padecer á su humildad la admiracion, el concepto y el aplauso de los hombres.

Hacia mucho tiempo que Tomás suspiraba ansiosamente por la soledad; y los mismos aplausos del mundo avivaban mas y mas en su humilde espíritu

estos ansiosos deseos. Aunque su vida era recogida y austera y retirada, siendo su principal estudio el de la salvacion, se le hacia intolerable el preciso trato con las gentes de que no podia excusarse; y habiendo llegado á su noticia que así en Alcalá como en Salamanca se pensaba seriamente en fijarle en la universidad para elevarle á las primeras dignidades eclesiásticas, se determinó á tratar eficazmente de su retiro. Duró poco la deliberacion. Despues de examinado el espíritu y los estatutos de muchas sagradas religiones, le pareció que le llamaba Dios á la de los ermitaños de san Agustin. Apenas descubrió su ánimo, cuando fué recibido con extraordinario gozo de toda la órden. Entró en ella el año de 1518 en el mismo dia en que el desgraciado Lutero la habia abandonado, como se notó con el tiempo: como que la divina Providencia queria consolar á la religion en el justo dolor que le causaba la desercion de un apóstata, recompensándola de esta pérdida con la admision de un gran santo.

Muy desde luego se reconoció que en lugar de un novicio habia sido recibido un gran maestro de la vida espiritual. Para él eran alivios los ejercicios mas penosos de la religion, recreo las mas rígidas austeridades. Acostumbrado desde la edad de diez años á los ayunos, á las mas dolorosas mortificaciones del cuerpo, y á la perfecta abnegacion de la propia voluntad, todos los rigores de la religion se le representaban lenitivos y temperantes. Por eso, aunque su mortificacion llegaba á ser excesiva, solia decir que desde que habia entrado religioso ya no hacia penitencia. No hubo novicio mas exacto en el cumplimiento de todas las obligaciones, ni religioso mas rendido ni mas humilde. Al ver la santa simplicidad con que se portaba en todo, se podia juzgar que enteramente estaba olvidado de que habia sido catedrá-

tico en las universidades mas célebres de España. Por la constante uniformidad de su conducta se llegó á creer, ó que habia nacido sin pasiones, ó que por privilegio particular se las habia Dios extinguido en su inocente alma. A su fervor y á su inocencia correspondia su tierna devocion. Por eso, apenas acabó el año de noviciado cuando le ordenaron de sacerdote; y añadiendo el sacerdocio nuevo lustre á su virtud, en el mismo año le mandaron los superiores que repartiese al pueblo el pan de la palabra de Dios: lo que hizo con tanta dignidad y con tanto fruto, que desde allí en adelante solo era conocido por el renombre del apóstol de España.

Con este empleo volvió á reproducir su caridad con los pobres, que habia estado como suspensa durante el retiro del noviciado; de suerte que al mismo tiempo era el predicador de la palabra de Dios, enfermero, mayordomo de los pobres, y el recurso universal de todos los necesitados. Hicieron escrúpulo los superiores de que esta grande antorcha estuviese mas largo tiempo escondida debajo del celemin, y le mandaron enseñar la teología en el convento de Salamanca. Desempeñó el nuevo empleo con universal aplauso, sin aflojar por eso ni en su fervor ni en su zelo. Toda la ciudad concurria á sus lecciones movida de su gran reputacion, y en ellas aprendia al mismo tiempo la ciencia de las escuelas, la de la religion y la de la salvacion eterna. Por el singular talento de predicador, de que le habia dotado el cielo, le pidieron las mas principales y populosas ciudades de España para que predicase en ellas. Hízolo con maravilloso fruto en Burgos y en Valladolid, donde toda la corte concurria á oirle con un ansia verdaderamente asombrosa. Ninguno asistia con mas frecuencia á sus sermones que el mismo emperador Carlos V, el cual le nombró por su teólogo, y por su predicador

ordinario. Preguntado en cierta ocasion de donde sacaba unos pensamientos tan sólidos, unos conceptos tan elevados, una elocuencia tan dulce, tan pegajosa y tan enérgica, acompañada de tanta mocion, respondió con su acostumbrada humildad, que el crucifijo era el gran maestro de los predicadores, y que la oracion debia ser su principal escuela. Es verdad que recibia en ella unas luces tan soberanas, que solo Dios se las podia comunicar, y que muchas veces fué visto arrebatado en éxtasis.

Como los religiosos de su órden le trataban mas de cerca que los seglares, tenian tambien mejor conocidos sus extraordinarios talentos y su raro mérito; en cuya consideracion les pareció debian dispensar con él una constitucion de la órden, que prohibe sean promovidos à superiores los que no tengan siete años de profesion. Solo tenia dos de profeso cuando le hicieron prior del convento de Salamanca, despues del de Burgos, en tercer lugar del de Valladolid, dos veces provincial de Andalucía y una de Castilla. Desempeñó estos cargos con tanta dignidad y con tanta satisfaccion de todos sus súbditos, que en él se verificó lo que escribe san Pablo á Timoteo: La virtud sirve para todo, y los santos sobresalen en todo lo que les encarga la obediencia. En vista de lo que iba creciendo cada dia la santidad y el mérito de nuestro Tomás, no se puede explicar la general veneracion que se mereció en toda España. Habia condenado á muerte el emperador Carlos V á ciertos caballeros, reos de lesa majestad; intercedieron por ellos los grandes de España, y entre otros el almirante, el condestable, el arzobispo de Toledo, y hasta su mismo hijo el príncipe de Asturias don Felipe: estuvo inexorable el emperador; pero no se pudo resistir á la súplica que hizo en favor de ellos nuestro santo; y como vió que toda la corte se admiraba mucho de

esta preferencia, dijo públicamente: *Habeis de tener entendido que los ruegos del prior de los agustinos de Valladolid son para mí como preceptos de Dios: justo es que se concedan algunas gracias de la tierra á un varon santo y tan amigo de Dios, á quien debemos recurrir para que nos consiga las del cielo.*

Andaba nuestro santo visitando los conventos de su provincia cuando tuvo noticia de que el emperador le habia nombrado para el arzobispado de Granada, y que habia mandado expedirle la cédula. Sobresaltóse extrañamente su profunda humildad, sugeriéndole tantas razones para renunciar aquella dignidad, y representólas al emperador con tanta elocuencia, que se vió este precisado á rendirse, y á admitirle la renuncia. Pero vacando despues el arzobispado de Valencia por dimision de don Jorge de Austria, promovido al obispado de Lieja por el papa Paulo III, y hallándose en Flandes el emperador muy arrepentido ya de la facilidad con que habia condescendido la primera vez con la humildad de fray Tomás, le nombró para este arzobispado. Recibió el santo la cédula imperial sin asustarse mucho, pareciéndole que la segunda renuncia seria tan eficaz como la primera; pero se engañó. Conspiraron contra su resolucion uno y otro poder, el temporal y el espiritual, mandándole sus superiores, bajo pena de excomunion, que se rindiese á la voluntad de Dios tan descubierta. No tuvo otro remedio que obedecer. Consagróle en Valladolid el arzobispo de Toledo el año de 1544, y al punto partió para su iglesia sin otra comitiva ni familia que un religioso, que era su socio, y dos criados del convento de donde venia. Hizo el viaje á pié, con su hábito raido, y un sombrero que le habia servido ya veinte y seis años, y le sirvió despues en todos sus viajes. Tuvo pensamiento de ir á ver á su madre, que, habiendo cedido su casa al hospital, se habia

consagrado al servicio de los pobres, y le habia escrito que pasase por Villanueva para darle este consuelo antes de morir. Al principio le pareció cosa muy justa; pero consultándolo con Dios, halló que la carne y sangre tenian mucha parte en aquella condescendencia, y así por pura virtud se privó de aquel consuelo.

Hizo la entrada pública en su iglesia el primer dia del año de 1545; y viendo los canónigos su pobreza, le regalaron cuatro mil ducados. Admitiólos el santo con el mayor agradecimiento; pero en su misma presencia mandó que los llevasen luego al hospital para alivio de los pobres diciendo que, no siendo incompatible la pobreza con la dignidad episcopal, estaba determinado á vivir en la misma conformidad que siempre habia vivido. Con efecto, su vestido era el de un pobre y mero religioso, y su mesa la misma que en el convento; siendo de dictámen que el obispo solo se habia de distinguir por la virtud y por las buenas obras, no por la preciosidad de los muebles, ni por la magnificencia y suntuosidad de las carrozas. Siempre consideró sus rentas como patrimonio de los pobres, en que él solo tenia la incumbencia de distribuírselas; y así los mismos pobres llamaban públicamente su casa al palacio arzobispal Raro dia se dejaba de dar limosna á mas de cuatrocientos, sin las secretas que se hacian á todas las familias vergonzantes. No habia personas nobles tan ingeniosas en ocultar sus necesidades, como era industriosa la caridad del arzobispo en descubrirlas, y su liberalidad en socorrerlas. Nunca tuvo cruz arzobispal propia, ni oratorio, ni ornamento; todo lo tenia prestado de la catedral. La vajilla de su mesa era de barro, y toda su plata se reducia á unas cucharas para los huéspedes ó convidados. Observó toda la vida los ayunos de la órden y los de la Iglesia á pan y agua.

A su penitente vida correspondia el zelo por la salvacion de sus ovejas. Ningun pastor le excedió en el cuidado de su rebaño. No solo visitaba todos los años el arzobispado, sino que predicaba todos los dias, y algunos mas de una vez. Bastaba verle para moverse, y oirle para convertirse; por lo que en brevísimo tiempo mudó de semblante toda la diócesis. Ocupaba el dia en visitar los pobres enfermos, en instruir á los ignorantes, en convertir los pecadores y en arreglar las diferencias: las dos partes de la noche las pasaba en devociones. Extendíase particularmente su solicitud pastoral á las doncellas pobres, á los niños expósitos, á los encarcelados y á los huérfanos. Todos estos encontraban en el santo prelado socorro, consuelo, poderosa proteccion y asilo.

Convocó el papa Paulo III un concilio general en Trento; y viéndose imposibilitado el santo prelado de concurrir á él por la debilidad de su salud, consumida al rigor de sus penitencias y de sus grandes trabajos, nombró en su lugar al obispo de Huesca. Casi todos los prelados de España que concurrieron al concilio pasaron por Valencia para tomar parecer de nuestro santo, venerado como oráculo en la Iglesia; y se asegura que, hallándose en el mar estos obispos muy en peligro de padecer naufragio, imploraron la intercesion de santo Tomás, que se les apareció vestido de pontifical, los tranquilizó, y al punto se sosegó la tormenta. Así lo afirmaron en Trento los mismos prelados.

Entre tanto, el alto concepto que formaba el santo arzobispo de las obligaciones de un buen pastor, y el bajísimo que hacia de sí por su profunda humildad, le tenia en un continuo sobresalto, temiendo la terrible cuenta que habia de dar á Dios. Este temor le congojaba dia y noche, obligándole á solicitar muchas veces que se le admitiese la renuncia del arzo-

bispado; y no queriendo darle oidos en España, acudió á Roma. Pero viendo cerradas todas las puertas, se volvió al Señor, pidiéndole con muchas lágrimas que librase á su iglesia de tan indigno prelado. Oyóle su Majestad, y le sacó luego de este mundo, no para librar á su iglesia de un prelado indigno, sino para darle un poderoso protector en el cielo, y para premiar con la gloria eterna su eminente virtud.

Hallándose en oracion el dia de la Purificacion de la santisima Vírgen el año de 1555, y creciendo en su corazon el ansioso deseo de gozar cuanto antes de su Dios, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: *Tomás, no te aflijas : ten un poco de paciencia : el dia de la natividad de mi Madre recibirás el premio de tus trabajos.* Desde aquel instante vivió el santo arzobispo en una especie de continua contemplacion, siendo su vida un continuado ejercicio de penitencia, de oracion y de obras de caridad. En fin, el dia 29 de agosto se sintió acometido de una esquinencia acompañada de violenta calentura. Conocieron todos que se acercaba su última hora por la extraordinaria alegría que manifestó en su semblante. Quiso recibir con tiempo los santos sacramentos. Tres dias antes de su muerte, deseando que le acompañase hasta la sepultura la caridad con los pobres, que, por decirlo así, habia nacido con él, mandó traer delante de sí cinco mil ducados, los únicos que le habian quedado, y dió órden de que se distribuyesen entre los pobres de todas las parroquias de la ciudad, sin que se reservase ni un solo maravedí. El dia antes de su muerte, diciéndole que, despues de haber socorrido largamente á todos los pobres de la ciudad, habian sobrado mil y doscientos escudos, exclamó : *Por amor de Dios os ruego que en esta misma noche y antes que amanezca el dia de mañana repartais todo ese dinero entre los pobres : este es el mayor servicio que me podeis hacer.*

A la media noche fué preciso obedecerle; y diciéndole la mañana siguiente que estaba obedecido en todo lo que habia mandado: *Gracias os doy, Señor* (exclamó), *por la merced que me haceis de morir pobre. Encargásteisme la administracion de vuestros bienes, y ya los he repartido segun vuestra divina voluntad.* Entró un instante despues el tesorero de la iglesia, y le dijo que le acababa de traer un poco de dinero: *Pues id prontamente* (le respondió el santo), *y distribuidle entre los pobres, llevando luego luego todos los muebles de mi cuarto al rector del colegio que fundé.* Acordándose despues que la pobre camilla en que moria era suya, tuvo algun escrúpulo, y viendo en su cuarto al alcaide de la cárcel eclesiástica, le dijo: *amigo, doyte desde luego esta cama en que estoy: solo te pido de gracia y por amor de Jesucristo, que me la dejes prestada hasta que espire.* Deshacíanse en lágrimas todos los presentes, y el santo mandó que le administrasen la extremauncion. Despues hizo que le dijesen misa en su cuarto; y al acabarse el santo sacrificio, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María, rindió dulcemente el alma en manos de su Salvador el dia 8 de setiembre del año 1555, á los 67 de su edad, y el onceno de su obispado. Los funerales fueron de los mas magníficos; pero ninguna cosa los honró tanto como los clamores y las lágrimas de mas de ocho mil y quinientos pobres que lloraban la pérdida de un buen padre, y no se podian consolar en ella. El mismo dia de su muerte manifestó Dios su alta santidad con gran número de milagros. Treinta y tres años despues se halló entero el santo cuerpo; y en el de 618 fué solemnemente beatificado por el papa Paulo V, que mandó que en todos sus retratos se le pintase con una bolsa en la mano, y rodeado de pobres. En fin, el primer dia de noviembre de 1658 fué solemnemente canonizado por

el papa Alejandro VII, quien mandó se rezase de él en la Iglesia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Valencia de España, santo Tomás de Villanueva, arzobispo de aquella ciudad, de la órden de los Eremitas de san Agustin, llamado el Limosnero por su gran caridad con los pobres: la celebridad que le granjearon sus milagros movieron al papa Alejandro VII á canonizarle. Aunque murió el dia ocho de este mes, se trasladó su fiesta á este dia por órden del soberano pontífice.

Este mismo dia, la fiesta de san Metodo, obispo de Olimpa en Licia, y luego de Tiro, á quien hicieron célebre su elocuencia y saber. San Jerónimo dice que fué coronado con el martirio en la isla de Negroponto de Grecia al fin de la última persecucion.

En tierra de Viena, san Ferreol, mártir, que siendo tribuno fué arrestado por órden del impío presidente Crispino; y cruelísimamente azotado desde luego, fué en seguida aherrojado en una cárcel cargado de grillos y cadenas. Rompiéronse estas, abriéronse las puertas de la prision, y ya se iba; mas luego le persiguieron y alcanzaron, y le coronaron con el martirio cortándole la cabeza.

Dicho dia, santa Sofía y santa Irene, mártires.

En Milan, san Eustorgio I, obispo, célebre por el testimonio de san Ambrosio en su favor.

En Gortina, en la isla de Candía, san Eumenes, obispo y confesor.

En Avranches, san Sinier, obispo.

En Andelaha en Holsacia, santa Ricarda, virgen, reina de Francia é imperatriz, repudiada por Carlos el Craso.

En Egipto, san Tiberio, que pasa por uno de los setenta y dos discipulos de nuestro Señor.

Este mismo dia, santa Trofina, mártir.

Cerca de Amalfi, santa Estefanía; además san Oceano, mártir.

En el marquesado de Saluces, san Constancio.

En Italia, san Isidoro de Bolonia, obispo de otra silla.

En Etiopia, san Mateo el Asceta.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Thomam pontificem insignis in pauperes misericordiæ virtute decorasti; quæsumus, ut ejus intercessione, in omnes qui te deprecantur, divitias misericordiæ tuæ benignus effundas. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que dotaste al bienaventurado Tomás de una insigne caridad con los pobres; suplicámoste que por su intercesion derrames liberalmente las riquezas de la misericordia en todos los que te invocan. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu suum; et dedit illi coronam

Hé aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia á los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna,

gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum in odorem suavitatis.

y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

« Sacóse esta epístola del libro del Eclesiástico, » tomando de él la santa Iglesia muchas cosas, que » habiéndose dicho de los patriarcas antiguos, ella » las aplica á los santos obispos que cumplieron » dignamente con su sagrado ministerio, por haber » imitado las virtudes de todos aquellos primeros » santos. »

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios. ¿Cuándo acabará de formar el mundo un concepto cabal de la verdadera grandeza? ¿cuándo dejará de colocarla en un poco de humo, que se desvanece luego que se levanta? No ve Dios en los hombres cosa alguna que se pueda llamar grande, sino el cuidado de agradarle y de servirle. ¡Cosa rara! Casi siempre la ambicion de la gloria y el ansia de la distincion son la causa de que se consuman vanamente las rentas, y la causa principal de los gastos mas superfluos y mas locos. Muy caro se compra á la verdad un poco de polvo para echarle en los ojos de los hombres. No hay duda que los puestos elevados le colocan á uno en sitio alto, pero el que es pequeño de suyo, por elevado que esté, no por eso es mas grande. Esas magnificencias enteramente mundanas, prodigalidades sin qué ni para qué, esas profusiones en regalos, en mesas y en festines, ¿añadirán mucho honor á un hombre destituido de todo mérito? mientras que un vaso de agua,

dado por caridad, tiene por recompensa el mismo cielo. ¿Qué soberbio tren, qué magníficas carrozas dieron jamás tanta honra como una tropa de pobres que te rodean, y te miran como su padre? Inútilmente te quieres aturdir haciendo pública profesion de mundano: cristiano eres, y la luz de la religion se abre camino por entre las densas tinieblas. Óyese una voz en medio del mayor estruendo. Conócese muy bien que ninguna cosa hace mas respetable á un grande, á un hombre rico que la caridad cristiana. Descúbrese en esta liberalidad cierta grandeza de alma, cierto fondo de nobleza, cierta elevacion de entendimiento, que descuella mucho sobre esos títulos secos, estériles, infructuosos, fundados en posesiones que no comunican mérito, y en unos antepasados que ya no existen. Un mal corazon, un espíritu apocado, una alma baja y vulgar nunca fuerom muy caritativos. Es la caridad la virtud de las almas nobles; y la liberalidad con los pobres el carácter mas distintivo de un corazon verdaderamente cristiano. Admirámonos de ver tantas mudanzas en la fortuna de las casas y de los hombres. Nunca se han visto en el teatro tantas mutaciones de escenas. Un mismo hombre representa en su vida muchos papeles: las mismas posesiones, los mismos cargos, los mismos muebles mudan de manos y de amos á cada paso. Por lo menos pocos hijos se encuentran que hereden la buena fortuna de sus padres. Nunca se aleja mucho la pobreza de la puerta de los ricos. Presto se sigue la necesidad á la magnificencia que hace mas ruido, y se ven pocas familias opulentas que traspasen la abundancia á sus herederos. Atribúyese esta inconstancia de la prosperidad á mil accidentes, que ciertamente no tienen parte en ella. La dureza de los ricos con los pobres y con los necesitados es la causa mas comun de esas revoluciones de fortuna. Niéganse á Dios los intereses,

por explicarme así; pues no hay que admirarse de que retire el principal. Si el padre administró mal el fondo, no es mucho que el dueño quite á los hijos la administracion: *aliis locabit agricolis*. ¿Quieres fijar esa fortuna brillante? ¿quieres adquirir una verdadera grandeza? ¿quieres que el capital y los réditos se conserven largo tiempo hereditarios en tu familia? ¿quieres asegurar la abundancia en la posteridad de tu casa? pues sé rico en caridad, sé liberal, sé magnífico en limosnas y en obras pias. No tiene la prosperidad titulo de posesion mas bien fundado que el sustento de los pobres.

El evangelio es del cap. 25 *de san Mateo, y el mismo que el dia* v, *pág.* 150.

MEDITACION.

DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por obras de misericordia se entienden aquellas obras, aquellas acciones de caridad, que dirigidas por la fe son propias de los verdaderos fieles, y que hacen en parte el carácter de los verdaderos discípulos de Cristo, por las cuales hasta los mismos gentiles discernian los cristianos, distinguiéndolos de los demás hombres: aquellas virtudes que, siendo sobrenaturales, solo nacen dentro del cristianismo, y que siempre fueron el mayor elogio de nuestra santa religion. Tuvo gran cuidado el Hijo de Dios de enseñarnos estas obras de misericordia, y de hacernos comprender su indispensable necesidad para la salvacion, queriendo tuviésemos entendido que en ellas se habian de fundar los titulos para el premio; y poniéndose el mismo Señor en lugar de

los mismos pobres, á quienes se hace la limosna por su amor, dice á sus elegidos: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la creacion del mundo; porque tuve hambre, y me dísteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y me hospedásteis: estaba desnudo, y me cubristeis: estaba enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y me fuisteis á ver. Porque de verdad os digo: que todas las veces que hicisteis todas estas cosas con el mas mínimo de mis hermanos, á mí me las hicisteis.* En vista de esto, ¿serán menester muchos discursos para probar que todas estas buenas obras no siempre son de puro consejo, sino que muchas veces son necesarias para la salvacion? No te hizo Dios rico, no te dió tantas conveniencias, no te concedió tantos bienes para tí solo; si solo hubiera pensado en tí, te hubiera dado menos. Esos bienes temporales, esas conveniencias humanas, esa salud, ese crédito y esa autoridad son beneficios que se te dispensaron en favor de los demás. En el repartimiento de las condiciones, de los beneficios temporales, y de los bienes de esta vida, habria al parecer no sé qué dureza, y no sé qué cosa contraria á la general bondad y á la universal providencia de Dios, si á los pobres y á los necesitados los hubiera dejado sin socorro y sin alivio, al mismo tiempo que colmaba de bienes á tanto número de indevotos y de ingratos. Pero el Señor solo da los bienes á los hombres á título oneroso. Dáselos á los ricos para que socorran á los pobres en sus necesidades. Los poderosos, los grandes del mundo, los hombres acomodados, segun la intencion de la divina Providencia, son propiamente tutores de los pobres y de los desvalidos. ¡Buen Dios, qué material de reflexiones para todo género de gentes!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la sentencia de reprobacion se fundará precisamente en el desprecio, ó por lo menos en haberse negado al ejercicio de estas obras de misericordia. *Apartaos de mi al fuego eterno que está preparado para el diablo, y para sus ángeles,* dirá el soberano Juez, *porque tuve hambre, y no me disteis de comer: tuve sed, y no me disteis de beber: no tenia donde recogerme, y no me hospedásteis: estaba desnudo, y no me vestisteis: estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis.* En esto se fundará aquella terrible sentencia. Deja Dios todos los demás motivos, y solo hace mencion de estos, para darnos á entender que sin la virtud de la misericordia todas las demás son defectuosas. Aunque hayas tenido la pureza mas acrisolada; aunque hayas macerado tu carne con las mas rigurosas penitencias, de nada de eso hará caso, si te faltaron las obras de misericordia. El distintivo de todos los elegidos ha de ser el amor del prójimo; pero un amor práctico, benéfico y compasivo. La edad, el estado y la condicion pueden tal vez dispensarte de trabajar, de macerar tu cuerpo, de ayunar, y de otras penitencias; pero nunca te pueden dispensar de compadecerte de las miserias y necesidades de tus hermanos. Es la misericordia cierta sensibilidad tierna del alma en vista de las miserias ajenas, acompañada de un sincero deseo de remediarlas: ¿quién se podrá tener por dispensado en esta virtud? Esto es lo que movió á tantos reyes y á tantas reinas; y esto es lo que el dia de hoy mueve á tantas personas cristianas á santificar su estado, su condicion, y todo el tiempo que tienen libre, con el ejercicio de obras de misericordia. Conocieron la importancia, y aun la necesidad de ejercitarse en ellas para salvarse. ¿Tenemos nosotros la misma fe?

¿somos del mismo dictámen? Si hoy ó mañana hubiéramos de comparecer ante el tribunal del supremo Juez, árbitro decisivo de nuestra eterna suerte, la sentencia de nuestro eterno destino ¿se fundaria en esta virtud de la caridad?

¡O mi Dios, y cuánto debo temer, si los dias que me faltan de vida son tan estériles en buenas obras como los que he vivido hasta aquí! Dignaos, Señor, hacer con vuestra gracia, que mi vida sea mas fértil, mas fecunda en adelante. Abrasad mi corazon con el encendido fuego de la caridad; y pues me habeis dado á conocer la necesidad de esta virtud, haced que la ponga en práctica.

JACULATORIAS.

Beati misericordes : quoniam ipsi misericordiam consequentur. Matth. 5.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos conseguiran misericordia.

Jucundus homo qui miseretur et commodat. Salm. 111.

¡Qué consuelo tiene el hombre cuando se compadece y cuando socorre las necesidades ajenas!

PROPOSITOS.

1. Es la misericordia una compasion, una caridad con el prójimo, que nos mueve á socorrerle en sus miserias. Divide la Iglesia las obras de misericordia en siete espirituales, y siete corporales. Las siete espirituales son estas. Primera enseñar al que no sabe. Segunda corregir con prudencia y con caridad al que yerra. Tercera dar buen consejo al que le ha menester Cuarta consolar al triste. Quinta sufrir con paciencia las flaquezas y contradicciones del prójimo. Sexta perdonar sinceramente las injurias. Séptima rogar á Dios por los que nos persiguen, y por los vivos y los muertos.

Las siete corporales son estas: Primera dar de comer al hambriento. Segunda dar de beber al sediento. Tercera hospedar al peregrino. Cuarta vestir al desnudo. Quinta visitar los enfermos. Sexta rescatar al cautivo. Séptima enterrar á los muertos. Ninguno hay que no se pueda ejercitar en alguna de estas obras: dedícate á llenar todas las obligaciones de la caridad segun tu estado. Alguna de estas obras se proporciona á todas las condiciones, y á todas las personas. Si no puedes enterrar los muertos, puedes dar con que amortajarlos, puedes mandar decir misas y hacer sufragios por aquellas almas desamparadas, que ni los dejaron, ni hay quien se acuerde de ellas para aliviarlas en el otro mundo. Si no puedes hospedar en tu casa á los pobres peregrinos, dales con que se recojan en otra; y está cierto que Dios te premiará esta buena obra.

2. No tienes con que dar de comer al hambriento, ni con que vestir al desnudo: no puedes visitar en los hospitales y en las cárceles al enfermo ni al encarcelado; pero puedes sufrir con paciencia las injurias y los defectos del prójimo: no hay estado que te lo embarace. Puedes perdonar con buen corazon las ofensas: obras de misericordia que á cada paso se ofrecen, y de que hay abundante cosecha en todos los estados. En fin, no te hallas en estado de visitar los pobres enfermos de la parroquia; bien que pocos habrá que no lo puedan hacer, especialmente cuando se gasta tanto tiempo en visitas inútiles y demasiado frecuentes: pero ¿quién dirá racionalmente que no puede enseñar á sus hijos y á sus criados? Conoce ahora lo mal que has hecho, y lo mucho que has perdido, y haz firme propósito de que no se pase dia sin ejercitar alguna obra de misericordia de las espirituales ó de las corporales. De aquí depende, por decirlo así, toda la economía y todo el secreto de la predestinacion.

DIA DIEZ Y NUEVE.

SAN JENARO Ó JANUARIO, OBISPO Y MÁRTIR, Y SUS COMPAÑEROS.

Fué san Januario natural de Benevento, de una de las mas antiguas familias del país, como descendiente de aquellos antiguos samnitas que tuvieron guerra con los Romanos, cuando aquellos eran dueños del ducado de Benevento, de la tierra de Labor, de la Capitanata y del Abruzo. No se sabe cosa segura de los primeros años de nuestro santo; solo es cierto que su familia era mas ilustre por la pública profesion que hacia del cristianismo, que por el esplendor de su antiquísima nobleza, al mismo tiempo que los emperadores tenian declarada la mas cruel guerra á los cristianos. Es muy probable que la educacion correspondió á su religion y á su nacimiento. Lo que no admite duda es, que Januario era venerado como el eclesiástico mas santo y mas sabio de todo el clero cuando sucedió la vacante de la silla episcopal de Benevento. Dejaron poco que deliberar á la eleccion su virtud y su sabiduría; por lo que unánimemente le aclamaron por obispo los votos uniformes del pueblo y clero. La dificultad estuvo en vencer su humildad y su modestia, siendo preciso un expreso precepto del sumo pontífice, que á la sazon lo era san Cayo ó san Marcelino, para rendirle á prestar su consentimiento.

Apenas se sentó Januario en la silla episcopal, cuando toda la diócesis conoció el particular cuidado que tenia la divina Providencia de su pueblo, dándole en tiempos tan críticos un pastor tan digno y tan

benemérito. A esfuerzos de su inmensa caridad, de su infatigable zelo y de su solicitud pastoral se desterró luego la indigencia, quedaron consolados los afligidos, y socorridos todos los necesitados. Iba el santo prelado á buscar en lo mas retirado de los bosques á los que por la cruel persecucion huian de las poblaciones, resplandeciendo tanto su abrasada caridad, que la admiraban hasta los mismos gentiles; y hechizados de su prudencia, de su generosidad y de su mansedumbre, tenian particular gusto en conversar con él, descubriéndole con franqueza sus necesidades. Aprovechóse tan oportunamente su zelo de la estimacion y de la confianza con que le trataban los idólatras, que convirtió un gran número de ellos.

Encendido el fuego de la persecucion en todos los estados del imperio por los edictos que los emperadores Diocleciano y Maximiano habian publicado contra los cristianos, tuvo nuestro santo muchas y bellas ocasiones de señalar su zelo y su valor, no solo en los términos de su diócesis, sino en todas las ciudades comarcanas, que continuamente andaba visitando, ya para socorrer á los fieles despojados de sus bienes por la codicia de los ministros, ya para alentar á los expuestos á la crueldad de los tiranos, ya para ejercer sus funciones pastorales. Andando en estas excursiones, verdaderamente apostólicas, encontró en Misena un jóven diácono, llamado Sosio, que estaba en servicio de aquella iglesia, y era un mozo de extraordinario mérito, con quien estrechó grande amistad. Leyendo un dia el santo diácono el evangelio delante de todo el pueblo, vió nuestro santo revolotear una resplandeciente llama al rededor de su cabeza, y en vista de este presagio dijo desde luego que seria coronado con la corona del martirio, lo que se verificó muy presto. Pocos dias despues fué denunciado Sosio por cristiano ante el tribunal de Draconcio,

gobernador de la Campania, que le mandó prender. Examinóle acerca de su religion, y quedó tan prendado de su aire, de su entendimiento y de su modestia, que no perdonó promesas ni amenazas para pervertirle; pero viendo su invencible constancia en confesar á Jesucristo, y su heróica fe, superior á toda prueba, le mandó azotar cruelmente, y aplicar á la cuestion, hasta que, cansado con la experiencia de la burla y de la risa que hacia de sus tormentos, ordenó que le llevasen á las cárceles de Puzzol con ánimo de sustanciar su causa, y sentenciarla en la primera audiencia. Luego que se supo en la ciudad que el santo mártir habia llegado á ella, pasaron á visitarle todos los fieles, especialmente el diácono Próculo, y dos ciudadanos llamados Eutiques y Acucio. Informado Draconcio de la generosa caridad de los tres últimos, los mandó traer delante de sí, juntamente con san Sosio; y habiéndolos hecho despedazar á azotes con la mayor crueldad, dió órden para que todos cuatro fuesen encerrados en la cárcel para quitarles la vida el primer dia que se abriese el tribunal.

Noticioso san Januario de que el diácono Sosio estaba preso, y de que habia confesado la fe en medio de los tormentos como verdadero héroe cristiano, partió á Puzzol, no solo para alentarle á él y á sus compañeros á que despreciasen todos los tormentos por amor de Jesucristo, sino tambien para asistirlos en sus necesidades con heróica caridad. Presto logró el precio de ella. Retirado Draconcio del gobierno, le sucedió en él Timoteo. Hallándose en Nola el nuevo gobernador, recibió varias delaciones contra los cristianos, y le dieron noticia de que un hombre de Benevento, llamado Januario, hacia muchos viajes á Puzzol para asistir á los que su predecesor tenia en las cárceles por causa de religion; y no contento con confirmarlos en la fe, encantaba de tal manera con sus

hechizos á los mismos gentiles, que habia persuadido á muchos á abrazar el cristianismo. Encendido en cólera Timoteo con esta deposicion, dio órden de que prendiesen á Januario, y se le trajesen atado de piés y manos. Mandóle el gobernador que luego sacrificase á los dioses; y como el santo se horrorizase de semejante proposicion, dió órden de que al instante le arrojasen en un horno encendido. Ejecutóse la órden sin dilacion; pero quiso Dios renovar en favor de nuestro santo el milagro de los tres niños de que se habla en la Escritura. En lugar del fuego abrasador halló Januario en las llamas refrigerio, saliendo de ellas sin la mas mínima lesion de sus vestidos, y sin que le faltase un solo cabello de la cabeza.

Sorprendió á todos los asistentes esta maravilla, y hasta el mismo tirano quedó como cortado y aturdido; pero atribuyéndola á arte mágica, que era el recurso comun de los gentiles para despreciar los prodigios que observaban en los cristianos, se enfureció mucho mas: y mandando que tendiesen al santo en el potro, le hizo arrancar los nervios, y ordenó que le llevasen á la cárcel con resolucion de hacerle padecer mas crueles suplicios.

Sobresaltáronse los fieles de Benevento con la noticia de lo que habia sucedido á su santo obispo; y al punto partieron á visitarle y asistirle en nombre de toda su iglesia el diácono Festo y el lector Desiderio. Pero Timoteo los mandó prender luego que tuvo noticia de su arribo; y haciéndolos comparecer en su tribunal, les preguntó sobre su estado, su religion, y el motivo de su viaje. Respondiéronle con igual modestia que constancia, que eran cristianos, ministros del santo prelado, que habian venido para asistirle en la prision, y esperaban que Dios les hiciese la gracia de que fuesen tambien sus compañeros en los suplicios. Confrontólos el tirano con san Januario, que ni

temió reconocerlos, ni se detuvo en declarar que eran dos individuos de su clero En virtud de esta declaracion mandó que les pusiesen grillos, y los obligó á que caminasen delante de su carroza hasta Puzzol para ser echados á las fieras con los demás que habia sentenciado. Asombraba á los paganos la alegría que manifestaba toda aquella gloriosa tropa de mártires. Luego que llegaron nuestros santos, los sacraron al anfiteatro, y volviéndose entonces san Januario á sus compañeros, les dijo: *Animo, hermanos míos, este es el dia de nuestro triunfo: combatamos generosamente por la fe de Jesucristo, y derramemos con valor nuestra sangre por aquel Señor á quien debemos la vida. Este Señor me ha enviado aquí para que el pastor no estuviese sin su rebaño, y para que el obispo no ofreciese el sacrificio de su vida sin sus ministros. No hagan impresion en nuestros corazones las promesas ni las amenazas: guardemos á nuestro divino Maestro una inviolable fidelidad: pongamos en él toda nuestra confianza; y con su ayuda no temamos los tormentos, ni la misma muerte.* No bien habia acabado de hablar el santo mártir, cuando soltaron todas las fieras contra ellos en presencia de una prodigiosa multitud de gente que habia concurrido al espectáculo. Corrieron furiosos hácia los santos mártires los leones, los tigres y los leopardos, á los cuales no habian dado de comer en muchos dias; pero en vez de despedazarlos se postraron á sus piés, comenzaron á lamérselos como por respeto, haciéndoles muchas fiestas con la cola, sin que ni uno solo se atreviese á tocarlos. Quedó atónita la muchedumbre en vista de aquella maravilla, y se oyó un sordo murmullo en todo el anfiteatro, diciendo que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, no siendo posible que tan palpable milagro fuese efecto del arte mágico, puesto que ningun sacerdote de los ídolos con todos sus encantamientos

habia sabido hacer jamás cosa que se le pareciese. Oyó el gobernador este murmullo; y temiendo que se levantase contra él alguna sedicion, mandó que sin perder tiempo sacasen del anfiteatro á todos los mártires, y que, conducidos á la plaza pública, los degollasen á todos. Al tiempo de conducirlos, como Januario pasase delante del gobernador, pidió á Dios que quitase al tirano la vista corporal para confundir su obstinacion. En el mismo punto quedó ciego Timoteo, y aturdido con aquel milagroso castigo, comenzó á hacer las reflexiones que habia ahogado á vista de tantos otros prodigios. Reconoció el poder de Jesucristo : suspendió la ejecucion de la sentencia que habia pronunciado contra ellos, y mandando traer á su presencia á nuestro santo, le dijo en tono humilde y lastimoso : *Januario, tú que adoras al Dios todopoderoso, haz oracion por mí, y pídele que me restituya la vista de que me ha privado en castigo de mis culpas.*

Queriendo el santo mostrar el poder del verdadero Dios por otro nuevo milagro, hizo segunda oracion en favor del gobernador, y fué tan eficaz como la primera. En el mismo instante recobró Timoteo la vista, cuya maravilla convirtió á cinco mil gentiles. Pero son pocos los corazones ambiciosos que se convierten con los milagros. Temiendo Timoteo perder la gracia del emperador si perdonaba á los santos mártires, dió secreta órden á sus oficiales para que sin dilacion ejecutasen la sentencia.

Cuando llevaban al santo á la plaza Vulcana para ser degollado, un buen viejo cristiano de profesion se arrojó á sus piés, y deshaciéndose en lágrimas, le suplicó que le diese alguna alhajuela de su uso para guardarla en su casa como preciosa reliquia. Movido el santo de la devocion del buen viejo, le dijo : *No tengo otra cosa que darte sino mi pañuelo, que me hace*

falta para vendarme los ojos; pero no te desconsueles, yo te empeño mi palabra de dártele despues de muerto, y fiate de mí. Luego que llegó el santo á la plaza pública con sus amados compañeros, se vendó él mismo los ojos con su pañuelo, y pronunciando en voz alta aquellas palabras del Salmo 30. *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*: en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, le cortaron la cabeza como á todos los demás, que fueron los santos Sosio, Fausto y Próculo, diáconos; Desiderio, lector; Eutiques y Acudio, ciudadanos; sucediendo su martirio el dia 19 de setiembre hácia el fin del tercer siglo.

Inmediatamente enviaron por los cuerpos de los santos mártires los cristianos de las ciudades de donde eran naturales. Los de los santos Próculo, Eutiques y Acucio se quedaron en Puzzol: los de san Fausto y san Desiderio fueron llevados á Benevento: el de san Sosio á Misena: el de san Januario por entonces fué conducido á Benevento, despues al monasterio de Mon-Vírgen, y con el tiempo en el pontificado de Alejandro IV fué trasladado á Nápoles, y colocado en la iglesia catedral, donde es reverenciado con gran devocion, habiéndole tomado la ciudad por uno de sus patronos, y continuando Dios en honrarle todos los dias con gran número de milagros, especialmente con la proteccion que se experimenta contra los furiosos incendios del monte Vesuvio. Dista este monte solas dos leguas y media de la ciudad de Nápoles, y arroja rios de fuego que muchas veces hacen grandes y lastimosos estragos. Antes del imperio de Augusto se habian experimentado cinco avenidas de lava, y el año 81 de Cristo rompió una que aruinó dos ciudades enteras, abrasando y talando una muy dilatada extension de terreno; y segun se dice, llegaron las cenizas agitadas por el viento hasta el Africa, la Siria y el Egipto. Repitiéronse despues muchas veces

estas inundaciones de fuego, y una de ellas especialmente fué tan violenta, que se temió quedase reducida á pavesas toda la ciudad de Nápoles. Acudieron los Napolitanos á la proteccion de su patrono, llevaron procesionalmente sus preciosas reliquias, y las pusieron delante de las llamas que amenazaban estragos á la ciudad. Apenas se acercaron á aquellos torbellinos de fuego, cuando de repente se los vió detenerse como por respeto, y retrocediendo despues hácia la boca del volcan, se apagaron sobe el monte, cubriéndole de un humo denso, que se desvaneció pocas horas despues. Otras muchas veces ha vomitado el Vesuvio cantidad de llamas envueltas en gruesas nubes de ceniza que llenan de terror á todo el país; pero desde que la ciudad de Nápoles posee el cuerpo de san Januario, se considera con viva confianza libre de estos incendios.

Auméntase el culto que se tributa á san Januario en la iglesia de Nápoles con el perpetuo milagro que se renueva siempre que su santa cabeza se pone cerca de una ampolla llena de su preciosa sangre, porque, estando esta coagulada y como formando una especie de argamasa con la tierra de que está mezclada, apenas se coloca junto á la cabeza, cuando comienza á calentarse, á liquidarse y á hervir á la vista de todo el pueblo como si fuera sangre viva.

La fiesta de san Januario y de sus compañeros no solo se celebra en la iglesia latina, es tambien muy solemne en la iglesia griega; y en todas partes se ven templos muy antiguos dedicados á Dios en honor de san Januario.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« Deja pendiente el padre Croiset la palabra de nues-
» tro santo al buen viejo que le pidió en vida alguna
» reliquia suya; pero en la leyenda de la iglesia de
» Benevento se dice que la cumplió inmediatamente

» que espiró, apareciéndose al devoto cristiano, y
» entregándole el pañuelo que le habia ofrecido.»

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Puzoles en Campania, san Januario, obispo de Benevento; san Festo, su diácono; san Didier, lector; san Sosia, diácono de Misena; san Próculo, diácono de Puzoles; san Eutiques y san Acucio, mártires, quienes, despues de haber sufrido cárceles y cadenas, fueron decapitados bajo el emperador Diocleciano. El cuerpo de san Januario fué llevado á Nápoles, y enterrado honoríficamente en una iglesia, donde se guarda todavía sangre del bienaventurado mártir en una redoma. Cuando la ponen en presencia de la cabeza del santo, se liquida y hierve como si acabara de correr.

En Nocera, la fiesta de san Félix y de santa Constancia, mártires, que padecieron en tiempo de Neron.

En Palestina, san Peleo, san Nel y san Elias, obispos de Egipto, mártires, que en tiempo de la persecucion de Diocleciano fueron quemados por la fe de Jesucristo con muchos clérigos.

Dicho dia, san Trófimo, san Sabacio y Dorimedon, mártires bajo el emperador Probo. San Sabacio fué azotado en la ciudad de Antioquía por órden del presidente Atico hasta que espiró. San Trófimo, enviado á Synnade al presidente Perenio, despues de haber padecido muchos tormentos, consumó su martirio siendo decapitado con el senador san Dorimedon.

En Cordóba, santa Pomposa, vírgen y mártir en la persecucion arábiga.

En Cantorbery, san Teodoro, obispo, el cual, enviado á Inglaterra por el papa Vitaliano, brilló por su doctrina y santidad.

En Tours, san Eustoquio, obispo, varon de eminente virtud.

En tierra de Langres, san Sena, presbítero y confesor.

En Tréveris, san Mileto, obispo.

En la diócesis de Leon en Bretaña, san Sernis, confesor.

En Metz, san Gury, obispo, patrono de las canonesas de Epinal.

En Roma, san Arnau, obispo de Gap, que habia sido religioso de la Trinidad de Vandoma.

En Aquileya, el martirio de santa Erasma y de sus compañeras.

En Eleuterópolis en Palestina, el tránsito de santa Susana, que disfrazó su sexo con el nombre de Juan.

En Egipto, san Cótolas, hermano del venerable Acsui.

Allí mismo, san Julio de Acfahase.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos annua sanctorum martyrum tuorum Januarii, et sociorum ejus solemnitate lætificas: concede propitius, ut quorum gaudemus meritis, accendamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras en la festividad de tus santos mártires Januario y sus compañeros; concédenos benignamente que así como sus merecimientos nos regocijan, así tambien nos enfervoricen sus ejemplos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum: et in altero quidem, opprobriis et tribulationibus spectaculum facti: in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et

Hermanos: Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que, habiendo sido iluminados, sufristeis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que

vinclis compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est veniet et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

se hallaban en tal estado. Porque tuvísteis compasion de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros teniais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios, poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

« Esta epístola á los Hebreos es uno de los mas » bellos y mas preciosos monumentos que posee la » Iglesia cristiana. En toda ella se sostiene la gran» deza de las cosas, y la importancia de las materias, » con la nobleza de las expresiones y con la elevacion » del estilo. »

REFLEXIONES.

Traed á la memoria aquellos primeros tiempos, etc. Acordémonos de aquellos dias de inocencia y de fervor, en que, desembarazada la razon de las nieblas que levantan las pasiones, y exento el corazon de la corrupcion que causa el vicio, recibian con docilidad y con alegría las luces de la fe y las impresiones de la gracia. Volvamos la consideracion hácia aquellos dias tranquilos y serenos en que gustábamos de Dios con sosegada dulzura, y desocupada el alma de las preocupaciones que oscurecen la razon debilitando la fe, experimentaba un exquisito placer, penetrando

aquellas grandes verdades que ponen tanto tedio á las ilusiones del mundo. Embebidos entonces en las importantes máximas de la religion, ¡qué saludables reflexiones se hacian sobre el capricho y sobre las extravagantes inquietudes del corazon humano! ¡sobre la vida inútil de tantas gentes! ¡sobre las falsas ideas de felicidad! ¡sobre las perniciosas máximas del mundo¡ Compadecidos de la flaqueza de los que se dejan llevar de la corriente, ¡cuántas veces no. lamentamos de su desgraciada suerte! ¡cuántas nos indignamos contra la falsa seguridad de los mundanos, y movidos de esta santa indignacion declamamos contra su escandalosa licencia! Aquel jóven, cuya circunspeccion, cuya madurez y cuya virtud le hacian respetable aun á los mismos disolutos, ¿hacia entonces mucho caso de sus juicios? ¿solicitaba con mucha ansia merecer su aprobacion? ¿dábasele mucho por sus censuras? ¿avergonzábase del Evangelio? ¡Con qué horror miraba en aquel tiempo esas licenciosas fiestas, esas diversiones, de las cuales siempre sale la inocencia con alguna pérdida! ¡con qué cuidado huia de aquellos espectáculos que prohibe la religion á los cristianos! ¡cuánto le disgustaban todos los divertimientos de ruido y de tumulto! ¡con qué generosidad, con qué constancia se divorciaba de todo lo que podia lastimar la conciencia! Dulce, humilde, atento, cortesano (porque todo esto es el que es verdaderamente virtuoso), ¡qué peso en todos sus pensamientos! ¡qué solidez en todos sus discursos! ¡qué prudencia en todos sus consejos! ¡que perseverancia en sus devociones! Porque, desengañémonos, la rectitud, la afabilidad y el buen juicio son inseparables de la virtud cristiana. Aquella otra señora, intimamente imbuida en las grandes verdades de la religion, en nada hallaba verdadero consuelo sino en los ejercicios de una solida devocion: esti-

mada, aplaudida y respetada del mundo, precisamente porque no se conformaba con sus máximas. La misma regularidad de sus costumbres daba nuevo lustre á todas las demás prendas suyas naturales. Hasta la misma envidia respetaba á su virtud. El mundo mismo la proponia por modelo de una señora cristiana, distinguiéndose mas por su modestia que por su elevada calidad. Su devocion era la mejor prueba de su fe, y su conducta su mayor elogio. Pero consiguió desgraciadamente marchitar aquel lustre el contagioso aire del mundo y de las malas compañías; echóse á pechos aquella ponzoña, aquel veneno preparado con que brinda el mundo, ponderándole continuamente como una bebida muy exquisita. ¡Cobró tedio á aquella vida igual, cristiana y regular, volviendo las espaldas al partido de la virtud! ¡Buen Dios, y qué espantosa mudanza se observa en el entendimiento, en el corazon, y hasta en los modales exteriores de la misma persona! ¡Cotejemos lo que somos con lo que fuimos. ¡Oh qué retratos tan desemejantes! Pero aprovechémonos de esta desemejanza; y trayendo á la memoria aquellos primeros años en que era tan arreglada nuestra conducta, preguntémonos si lo es igualmente despues que abandonamos el partido de la virtud.

El evangelio es del capítulo 24 de san Mateo.

In illo tempore: Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secretò, dicentes: Dic nobis, quando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis sæculi? Et respondens Jesus, dixit eis: Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes: Ego sum Chris-

En aquel tiempo: Estando Jesus sentado encima del monte Olivete, se llegaron á él sus discípulos en secreto, y le dijeron: Dinos á nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, les dijo: Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos en

tus: et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opiniones præliorum. Videte ne turbemini: oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiæ, et fames, et terræmotus per loca. Hæc autem omnia, initia sunt dolorum. Tum tradent vos in tribulationem, et occident vos: et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetæ surgent, et seducent multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

mi nombre, diciendo: yo soy Cristo, y seducirán á muchos. Oiréis, pues, hablar de guerras y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulacion, y os harán morir: y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mutuamente; y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

DE LA PERSEVERANCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la suprema felicidad del hombre es la perseverancia final, puesto que le pone en posesion del soberano bien. La única felicidad del hombre durante esta vida mortal es vivir santamente en gracia y amistad de Dios; cualquiera otro bien, cualquiera otro gusto es mera ilusion, es vano entendimiento;

pero la perseverancia en la gracia final es lo que se llama, respecto de nosotros, perfecta y cumplida felicidad. Aunque haya sido muy fervorosa nuestra conversion, de nada nos servirá sin el don de la perseverancia: este don es propiamente el que da valor á nuestras buenas obras: sin la perseverancia de nada sirve la mas perfecta inocencia, la mas heróica virtud, ni la penitencia mas rigurosa y mas austera. Habia Dios escogido á Saul con especial predileccion: habia sido Salomon el oráculo y la admiracion del mundo por su sabiduría y por su virtud: fué Judas uno de los apóstoles del Savador, y aun habia hecho milagros: hizo Orígenes todo cuanto pudo para derramar la sangre por amor de Jesucristo: por bastante tiempo fué Tertuliano un gran padre de la Iglesia: todos estos grandes hombres comenzaron bien, y aun por algunos años perseveraron en la inocencia, en el fervor y en los caminos de la justicia. Honraron la religion mientras se mantuvieron en gracia; pero faltando en fin, y desmintiendo aquel exacto arreglo de costumbres, cansados de andar por los caminos del Señor, dejándose arrastar del torrente de las pasiones y del mal ejemplo, ¡qué fin tuvieron tan triste! ¡qué desgraciada fué su eterna suerte! La gracia final, la final perseverancia en esta gracia es la que pone el sello á todo. Sin este sello nada es admitido en la otra vida: limosnas, penitencias, buenas obras y devocion, todo es perdido si no está marcado con el sello de la perseverancia. Habian perseverado en la pureza aquellas vírgenes descuidadas y poco prevenidas, no se habia marchitado en ellas aquella delicada virtud, muchas buenas obras habian hecho en el anterior espacio de su vida; pero tuvieron la desgracia de dormirse hácia el fin del dia, no perseveraron en el fervoroso zelo que tenian de su salvacion, en aquella vigilancia que es siempre tan nece-

saria : llega el Esposo cuando estaban dormidas, no las encuentra en vela como á las otras ; no perseveraron en el fervor, y se perdieron, ¡Buen Dios! ¿es posible que estas razones, estas lecciones y estos ejemplos hagan tan poca impresion en tantos corazones que se hallan en el mismo caso?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque la perseverancia en la gracia es puro don de Dios, la falta de ella es puramente obra nuestra. La vida de la gracia que nos adquiere la penitencia, por su naturaleza es tan inmortal y tan incorruptible, como lo es la misma alma en quien se recibe. Si perdemos esta gracia contra el intento de Dios, á nosotros y no á ella debemos imputarlo; y en esto consiste nuestro desórden. Estamos bien instruidos de la necesidad que tenemos de esta perseverancia final ; ¿pues porqué no trabajamos para conseguirla? Debiéramos emplear toda la vida en continuas y ansiosas diligencias para alcanzar este precioso don : debiera ser incesantemente la perseverancia final el objeto de nuestros deseos, el fin de nuestras obras, y por decirlo así, el motivo de todas nuestras oraciones. Por mas que hayamos adquirido inmensos tesoros de gracias y de merecimientos, si por nuestra desdicha no perseveramos en la vida de la gracia hasta el último momento ; si por nuestra infeliz suerte morimos en desgracia de Dios y en pecado mortal, por mas que hubiésemos vivido inocentes, fervorosos y penitentes hasta el momento que precede al último ; si en él perdemos la gracia decisiva, perdiéronse tambien para toda la eternidad todos aquellos tesoros. Ningun caso hará Dios de todas nuestras buenas obras pasadas. Confundidos con los impíos y con los réprobos, seremos eternamente condenados sin redencion y sin recurso. ¿Y en vista de esto, no se

pide á Dios todos los dias esta perseverancia! ¡no se aplican todos los medios para conseguir este don! ¡Se teme tanto cualquiera otro mal, sea el que fuere, como el faltar á la perseverancia! No, mi Dios, no será asi: solo este mal, sola esta desdicha temeré yo en adelante; ni cesaré jamás de pediros el don de la perseverancia. No perdonaré á lágrimas ni á suspiros para mover, para inclinar vuestra misericordia, y procuraré, siendo fiel á vuestra divina gracia, no hacerme indigno de este don sobre todo don.

JACULATORIAS.

Perfice gressus meos in semitis tuis: ut non moveantur vestigia mea. Salm. 16.

Afirmad, Señor, mis pasos en el camino que guia á vos, no sea que me descamine y me pierda.

Justificationem meam quam cœpi tenere, non deseram. Job. 27.

Resuelto estoy, Señor, mediante vuestra divina gracia, á no separarme del camino de vuestra justicia que he comenzado á seguir.

PROPOSITOS.

1. Aunque no podemos merecer la perseverancia y la gracia final, podemos no hacernos indignos de este precioso don. Persevera en la fuga del pecado, en el ejercicio de la virtud, en guardar la inocencia, y ten una firme confianza de que Dios coronará una inocente vida con una santa muerte. Mira con un santo horror todo lo que puede hacerte perder la vida de la gracia. Huye todas las ocasiones de pecar; frecuenta los sacramentos, y si por tu desgracia caiste en algun pecado, nunca dejes pasar el dia sin acudir al sacramento de la penitencia. No lo dilates para el primer dia de fiesta, para cuando estés desocupado, para cuando tengas comodidad. Esas dilaciones fue-



S. EUSTAQUIO

Y COMPAÑEROS, MRS.

ron funesta causa de reprobacion á muchos, cuya prudente vida prometia mejor fin. Todos los dias has de hacer alguna oracion á Dios pidiéndole la gracia final. El tiempo mas propio para pedir y para alcanzar este gran don es el del santo sacrificio de la misa á la elevacion de la sagrada hostia. Interesa en esto á la santísima Vírgen, ofreciéndole tambien todos los dias alguna oracion para conseguir por su poderosa intercesion la final perseverancia. Infaliblemente la consigue para aquellos que son verdaderos devotos suyos.

2. Cada uno de los dias le has de considerar como si fuera el último de tu vida, viviendo en él como si efectivamente lo fuese. Este es el medio mas eficaz para conseguir el don de la perseverancia. Dirige á este mismo fin todas tus obras. Tambien es medio excelente para perseverar en la vida de la gracia un dia de retiro cada mes. Manda decir de cuando en cuando algunas misas por este importante suceso. Ningun negocio nos importa mas. La salvacion es nuestro único negocio, y de la perseverancia final depende la salvacion.

DIA VEINTE.

SAN EUSTAQUIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

La historia de la vida de san Eustaquio, de su mujer Teopista, y de sus dos hijos Agapito y Teopisto, está llena de sucesos tan maravillosos y tan raros, que pudiera parecer una maravillosa novela, á no saber que Dios, por decirlo así, se complace de cuando en cuando en descubrir á los hombres, lo que sucedia particularmente en aquellos primeros tiempos de la Iglesia, los inmensos tesoros de su providencia y de su misericordia, enseñando á los fieles por medio

de acontecimientos tan instructivos como extraordinarios; y así lo vamos ya á ver en la vida de san Eustaquio.

Llamábase Plácido antes de su conversion, y fué, segun lo conjetura el cardenal Baronio, aquel mismo Plácido de quien hace mencion Josefo en sus libros de la guerra de los judíos, el que, siendo uno de los primeros oficiales del ejército, se señaló con mil valerosas hazañas en el famoso sitio de Jerusalen, haciendo importantes servicios al emperador Vespasiano y á su hijo Tito. Era Plácido gentil; pero apenas lo parecia en sus costumbres. Enemigo de toda disolucion, no habia oficial mas circunspecto, de mayor urbanidad, ni mas moderado. No se duda que fué de casa tan distinguida por su calificada nobleza, como por sus empleos militares. Su aire, sus modales, el puesto que ocupaba en el ejército, el mucho lugar que se hacia en él, sus grandes bienes, y la multitud de sus esclavos, todas eran pruebas de su ilustre nacimiento, no menos que de los servicios de sus gloriosos antepasados. Haciánle mucho mas respetable sus nobles prendas personales. Era dulce, afable, enemigo de violencias, benéfico, liberal y aun pródigo con los soldados y con los pobres; lo que le granjeaba una indecible general estimacion, tanto en el ejército como en la corte. Concluida felizmente la guerra contra los judíos, tan gloriosa para los Romanos, se retiró á Roma nuestro Plácido. Salió un dia á caza, presentósele un ciervo, siguióle, y cuando le iba mas estrechamente acosando, quedó extrañamente sorprendido viendo que la fiera se paró de repente al pisar cierto terreno; y vuelta la cara hacia él, descubrió entre las dos astas la imágen de Cristo crucificado. Al mismo tiempo oyó una milagrosa voz, que, como á otro Saulo, le reprendió su ceguedad en materia de religion: le intimó que no persiguiese mas á

Jesucristo en la persona de sus fieles : le mandó que renunciase el paganismo; y que, buscando en Roma al sacerdote de los cristianos, recibiese el bautismo y abrazase la verdadera fe, despues de lo cual, añadió la voz, vuelve á este mismo sitio, y yo te diré lo que debes hacer.

Aturdido Plácido en vista de un suceso tan singular como inopinado, sintió enteramente mudado su corazon en aquella misma hora. Entró la gracia á alumbrar su entendimiento, y abrasado igualmente el corazon, concibió el mayor horror contra los ídolos, conoció toda la ridiculez y toda la impiedad de la idolatría, sintiéndose inflamado en fervorosos deseos de abrazar el cristianismo. Luego que llegó á su casa, su mujer, llamada Taciana, de genio y de inclinaciones muy parecidas á las de su marido, le refirió cierto sueño que habia tenido; y hallándose enteramente conforme con lo mismo que Plácido habia visto y oido, no se detuvieron un punto en ejecutar las órdenes del cielo. Instruyólos á ellos y á sus dos hijos un santo presbítero llamado Juan; y para borrar hasta las reliquias del hombre viejo dió á Placido el nombre de Eustaquio ó de Eustatio; el de Teopista á su mujer Taciana, llamando Agapito y Teopisto á sus dos hijos. Nunca se experimentaron mas prontos los efectos del bautismo que en nuestros dichosos neófitos : desde los primeros dias de su conversion parecian ya unos fieles muy antiguos, nacidos y criados en las mas perfectas máximas del cristianismo. No bien se vió Eustaquio felizmente hecho cristiano, cuando, impaciente por saber de la misma boca del Salvador su divina voluntad, se encaminó apresurado al sitio donde se habia obrado la primera maravilla. Llegó á él, y postrado en tierra, el semblante contra el polvo, animado de una viva fe y lleno de confianza, exclamó de esta manera · « Aquí teneis,

Señor, á esta oveja perdida, que vuestra piedad acaba de retirar del abismo para introducirla en vuestro rebaño. Pues vuestra infinita misericordia no se desdeñó hasta aquí de mi suma indignidad, espero que menos se desdeñará ahora cuando vengo á vuestra presencia con el augusto carácter de hijo vuestro, y que os dignaréis acabar la obra que vos mismo comenzásteis. Pronto estoy á obedeceros: hablad, Señor, que yo os prometo ejecutar sin réplica vuestra divina voluntad. Ninguna cosa del mundo será jamás poderosa para hacerme titubear en la fe, y por lo mismo espero me daréis gracia para seguir todas vuestras máximas con inviolable fidelidad. » Apenas acabó Eustaquio su oracion cuando se le apareció el Salvador; y despues de haberle animado y manifestado la elevada santidad á que le tenia destinado, añadió : « Conviene, hijo mio, que te prepares para grandes pruebas. El demonio no dejará piedra por mover para derribarte. Quitaránte todos los bienes, te despojarán de tus empleos, perderás á tu mujer y á tus hijos, tú mismo te verás reducido á la última miseria. Pero valor, y no te desanimes: mi gracia te sostendrá en todos esos desgraciados accidentes, y yo sabré resarcírtelos con el cien doblado. Sé fiel hasta la muerte, y coronarás tu vida con un glorioso martirio. »

Experimentaba Eustaquio sensiblemente mas y mas fortalecido su espíritu, creciendo mas su valor cuanto mayores eran los trabajos que el cielo le pronosticaba; y su respuesta fué la que correspondia á un héroe cristiano, y á un siervo fiel y fervoroso. Vuelto á su casa refirió sencillamente á su mujer todo lo que le habia sucedido, y encontró en Teopista unos pensamientos tan cristianos y tan generosos como los suyos, mostrando una santa impaciencia por dar á Jesucristo finas y verdaderas pruebas de su fidelidad

y de su constancia. No tardó mucho la ocasion. Consistia el nervio principal de su hacienda en esclavos y en ganado: pereció este, y murieron aquellos á violencia de una enfermedad contagiosa que todo se lo arrebató. Asombró la conformidad con que nuestros santos llevaron este primer golpe á todos aquellos que ignoraban los motivos de su resignacion. Súposo pocos dias despues que el emperador habia reformado á todos los oficiales que no se hallaban actualmente empleados en el ejército. Ni por eso se disminuyó su constancia en esta segunda desgracia; antes bien se hizo mas visible su alegria. Abandonados en fin nuestros santos de todos sus amigos, que lo eran solo de su fortuna y no de sus personas, y casi reducidos á la mendicidad, resolvieron dejar á Roma, y cargados con sus dos tiernos hijos, únicos bienes que les habia dejado la divina Providencia, se encaminaron al puerto de Ostia, donde hallaron un navío que hacia vela al Oriente, y embarcándose en él, partieron para Egipto.

No es fácil explicar el gozo de san Eustaquio y de santa Teopista cuando se vieron despojados de todos sus bienes, sin otro título ni dictado que el de pobres de Jesucristo, y como desterrados de Italia, donde tantas veces habian resonado las aclamaciones por las victorias que el general Plácido habia conseguido. Pero se turbaron presto los interiores consuelos que derramaba el cielo en aquellos cristianos corazones por el mas cruel y mas doloroso contratiempo que podia suceder á aquellas dos grandes almas. Enamoróse ciegamente el patron del navío de la casta Teopista; y resuelto á apoderarse de ella luego que tocó en la costa de Africa, sin dar oidos á ruegos, lágrimas ni á promesas, hizo echar en tierra por fuerza á Eustaquio y á sus dos hijos, y levantando el áncora, tomó el rumbo de la Siria.

Fué extrema y recíproca la afliccion de los dos consortes. Recibióla Eustaquio con rendida resignacion; y adorando el modo con que Dios le gobernaba, se abandonó á la divina Providencia. Cargó sobre las espaldas á sus dos pequeños hijos, y caminando dia y noche por aquellos desiertos horrorosos, llegó á las orillas de un rio. Era la madre ancha y peligrosa, y no le parecia posible pasarla á nado con una carga tan pesada. En esta perplejidad levantó el santo los ojos al cielo, suplicó al Señor que se compadeciese de aquellos dos tiernos inocentes, y tomó la resolucion de dejar á uno de los dos niños en la orilla para volver por él despues de haber pasado el rio cargado con el otro. Llegó dichosamente con su pequeña carga á la orilla opuesta, dejó al niño sobre la blanda yerba, y volvió á pasar el rio á nado para conducir el otro. Pero Dios, que cada dia es mas y mas admirable en sus santos, permitió que, estando Eustaquio en medio del rio, viese arrebatar á susdos hijos, al uno por un leon y al otro por una loba. En lance tan doloroso y tan extraño, despues que dió libertad á su afligido corazon para desahogarse por los ojos, exclamó levantándolos al cielo: *Vos, Señor, me los disteis, y vos me los quitásteis: cúmplase vuestra santísima voluntad. Adoro humildemente vuestra divina Providencia, y no cesaré de bendecir vuestro santo nombre. Vos permitisteis que perdiese á la madre y á los hijos: disponed ahora del padre segun vuestro divino beneplácito.*

Viéndose ya solo Eustaquio, no pensó mas en el viaje de Egipto, y quedándose en la primera aldea que encontró, llamada Badisa, se acomodó con un labrador rico para ayudarle á cultivar la tierra. Aprovechóse de un estado tan penoso y tan diferente del que habia tenido hasta entonces para hacerse cada dia mas fervoroso cristiano. Cautivó á su amo

con su apacibilidad inalterable, y le ganó el corazon con su infatigable laboriosidad. Las labores de la labranza no inmutaron su virtud. Tenia continuamente á la vista la imágen de Jesucristo crucificado, y este divino modelo endulzaba sus fatigas. Derramó el cielo tantas bendiciones sobre las posesiones y haciendas de su amo los catorce años que Eustaquio estuvo en su servicio, que solia decir el labrador, que en aquel criado habia encontrado un verdadero tesoro. Entre tanto no se olvidó la divina Providencia de sus hijos ni de su mujer. El piloto que se apoderó de ella, viéndola continuamente deshacerse en un mar de lágrimas, la respetó; y queriendo Dios castigar la violencia del rapto, dos dias despues le quitó la vida, sin que hubiese tenido atrevimiento para tocar á la santa, que, viéndose libre, desembarcó en el primer puerto, y se puso á servir.

No fué menos dichosa la suerte de los dos hijos. Viendo á las dos fieras los paisanos y los labradores, corrieron á ellas, y les hicieron soltar la presa, sin que los niños hubiesen recibido ni la mas leve lesion; y compadecidos de tan extraña aventura, los tomaron á su cargo, y los criaron con caridad; pero aunque el padre y los hijos vivian poco distantes, se pasaron los referidos catorce años sin tener noticia unos de otros. Despues de tan dura y tan larga prueba, en que el santo se portó con una paciencia que mereció las atenciones del cielo, quiso premiar el Señor aquella heróica virtud restituyéndole todo lo que habia perdido, y poniendo en su cabeza la corona del martirio.

Hicieron una irrupcion en las tierras de los Romanos algunas bárbaras naciones, y amenazaban á todo el imperio. El año de 98 habia sucedido á Nerva el emperador Trajano, el cual, habiendo conocido el valor de Eustaquio, entonces Plácido, en la guerra

contra los judios, noticioso de que este hábil general habia desaparecido despues de catorce ó de quince años, mandó que le buscasen por todas las partes del mundo, prometiendo grandes premios á cualquiera que le diese noticias ciertas de él. Pasaron dos oficiales por la aldea donde vivia Eustaquio en el humilde oficio de mozo de labranza, y se alojaron en casa de su amo. Como uno y otro habian servido bajo las órdenes de nuestro santo, él los conoció luego; pero ellos no le conocieron á él. A poco rato se tocó la conversacion de Plácido, y de las diligencias que de órden del emperador se hacian en todo el imperio para encontrarle. Al mismo tiempo que hicieron un grande elogio del mérito de aquel general, no se olvidaron de celebrar las bellas prendas de su mujer Taciana. Este discurso renovó toda la ternura del disfrazado esposo; y representándosele entonces vivamente á la imaginacion la funesta aventura de su amada mujer y de sus queridos hijos, le hicieron traicion las lágrimas, que no pudo ocultar á los dos huéspedes. Notólas mas particularmente uno de los dos, y observándole cuidadosamente mas de cerca, le pareció descubrir ciertas señales que habia medio borrado su presente constitucion, y acercándose al oido de su compañero, le dijo que aquel labrador se parecia á Plácido. Repararon en cierta cicatriz que tenia en el cuello, y luego se acordaron de una herida que habia recibido en la misma parte en una batalla. Esta señal les hizo abrir los ojos para reconocer todas las demás; y no dudando ya que Eustaquio fuese su antiguo general, le echaron los brazos al cuello, y le obligaron á confesar que era el mismo Plácido. Sin embargo se quiso resistir; pero al cabo le fué preciso ceder á sus instancias y á las órdenes expresas del emperador; especialmente despues que tuvo una revelacion, habiendo pasado en oracion toda la

noche, en que Dios le dió á entender era su voluntad que hiciese todavía al imperio este servicio.

Llegado á Roma, fué recibido del emperador con todas las demostraciones de benevolencia que eran tan debidas á su valor; y restituyéndole todas las insignias de su primera dignidad, le declaró por general del ejército. Púsose Eustaquio á su frente; marchó en busca del enemigo, encontróle, atacóle, derrotóle, y consiguió una de las mas señaladas victorias contra los enemigos del imperio romano. Habíase obligado á todas las aldeas del Oriente á que contribuyesen con dos soldados para esta guerra, y con esta ocasion se hallaron en el ejército del emperador Agapito y Teopisto. Viólos el general, y haciendo su oficio la sangre, como acostumbra, sin saber porque, sintió en sí cierta especial inclinacion hácia aquellos dos soldados. Hacíalos ir muchas veces á su tienda; y hablando un dia con uno de ellos, le preguntó de dónde era, cómo se llamaban sus padres, y cuáles habian sido los sucesos de su vida. Como no se conocian los dos hermanos, apenas refirió este lo que le habia sucedido siendo niño, cuando el otro, que se hallaba presente, se arrojó á él, echándole los brazos, y reconociéndole por hermano suyo. Díjole que él era el mismo á quien su padre habia dejado en la orilla opuesta; y que, habiéndole libertado los paisanos como á él, tambien le habian criado hasta que tomó partido en las tropas. Oia todo esto Eustaquio sin hablar palabra; pero no lo escuchaba indiferente, porque, enternecido vivamente su corazon, se explicaba sobradamente por los ojos; y en fin, no pudiendo contener mas su gozo, ni siendo ya dueño de los movimientos que excitaba en su corazon la ternura paternal, echando á los dos los brazos, les dijo: *Aquí teneis, queridos hijos mios, á vuestro padre: adoremos la amable pro-*

videncia de nuestro Dios, que nos separó para volvernos á juntar en la tierra y en el cielo despues de tan larga prueba. Seamos fieles : no desconfio de hallar tambien á vuestra querida madre, para que todos cuatro logremos el consuelo de derramar juntos nuestra sangre por amor de Jesucristo.

Presto acreditó el suceso lo bien fundado de esta esperanza. Como no se hablaba en todo el ejército de otra cosa que de la dichosa y extraordinaria aventura del general, ciertos oficiales que estaban alojados en la aldea y en la casa donde servia Teopista diez y seis años habia, haciendo oficio de ama de llaves, refirieron en la mesa un suceso tan raro como asombroso. Por las particularidades y circunstancias que especificaron, no pudo dudar que aquellos dos soldados eran sus hijos, ni que el general fuese su marido. Con este pensamiento suplicó Teopista á los oficiales que le facilitasen una audiencia del general, á quien tenia que pedir cierta gracia. Pusiéronla en su presencia, y con las lágrimas en los ojos, dijo : *Compadeceos, Señor, de una mujer afligida. Yo soy una noble matrona romana, que por una tristísima aventura habrá como diez y seis años perdí en un mismo dia á mi dulce esposo y á mis dos queridos hijos, sin que en todo este tiempo haya podido adquirir la menor noticia de los hijos ni del padre. Permitid, Señor, que se hagan algunas diligencias en el ejército por si acaso tomaron partido en las tropas : el uno se llama Agapito y el otro Teopisto, siendo el mayor de veinte y dos años, y el menor de veinte y uno.*

Mientras hablaba Teopista, Eustaquio la consideraba atentamente, sintiendo en su corazon, y reconociendo por sus mismos ojos que era su mujer la que hablaba; pero interrumpiéndola un poco, le preguntó : *¿Con qué ocasion ó por qué extraño acaecimiento perdisteis á vuestro esposo y á vuestros hijos?*

Refirió entonces Teopista, deshaciéndose en lágrimas, su violento rapto por el piloto sobre las costas de Africa, y todo lo que despues habia sucedido. No pudiendo ya dudar nuestro santo por la individual relacion de todas las circunstancias que el cielo le habia restituido á su querida esposa, hizo llamar á su tienda á los dos hijos, y señalando á Teopista, les dijo: *Ahi teneis, hijos mios, á vuestra madre*; y á esta, abrazándola tiernamente: *Aqui tienes, amada compañera mia, á tu fiel esposo Eustaquio: rindamos todos gracias al Señor por un suceso tan maravilloso.* Llenos de admiracion, de reconocimiento y de gozo, rindieron gracias á Dios por un milagro tan claro y tan ilustre de la divina Providencia; y concluida la oracion, se contaron uno á otro toda la historia de tantos sucesos igualmente extraordinarios que portentosos. Celebráronse por muchos dias en todo el ejército con grandes regocijos; y en fin, adelantándose Eustaquio, Teopista y sus hijos, marcharon á Roma, donde el emperador Adriano, sucesor de Trajano, habia llamado al general para decretarle los honores del triunfo. Fué recibido con toda la estimacion y con todo el reconocimiento que merecia el importante servicio que acababa de hacer al imperio; y concluidas las fiestas públicas, mandó el emperador que se hiciese un solemne sacrificio á los dioses en accion de gracias por aquella gran victoria. No pareció en él Eustaquio; y habiéndole llamado el emperador, declaró que era cristiano, y que no debia dar gracias á otro que al verdadero Dios, á quien solo era deudor de aquel dichoso suceso. Era Adriano uno de los mas crueles enemigos del nombre cristiano, y furiosamente irritado con esta respuesta, da órden para que al punto sea despojado de todas las insígnias de la dignidad, y sea conducido á la cárcel con su mujer y sus dos hijos. Conmovióse toda la ciudad de

Roma; y toda ella se empeñó en persuadir á Eustaquio que renunciase su religion, y hasta el mismo emperador no perdonó promesas ni amenazas para resolverle. Su constancia en la fe apuró toda la barbaridad del tirano. Viendo que ni aun le podia hacer titubear, le condenó á ser arrojado á las fieras con sus dos hijos y con su mujer. No hubo en el munda alegría mas pura ni menos reprimida que la que causó á los santos aquella cruel sentencia. Vió Roma caminar en camisa, cargado de prisiones, y entrar en la arena para ser despedazado de las fieras con su mujer y sus dos hijos al mismo que dos dias antes habia visto lucir por sus calles en un carro triunfal, seguido de las aclamaciones y de los vivas de toda la ciudad. El gozo que rebosaban sus semblantes mostraba bien que apreciaban mas el honor de morir por Jesucristo, que el de entrar triunfantes en la capital del imperio. Soltaron contra ellos algunos leones hambrientos y furiosos, que corrieron veloces á los santos; mas ¿para qué? Para arrojarse á sus piés, para lamérselos, y para halagarlos blandamente con las colas. Asombró este milagro á todos los asistentes: solo el emperador entró en mayor furor; y como era naturalmente cruel, resolvió atemorizar á todos los cristianos con un ejemplar de crueldad, que hasta entonces no habia tenido semejante. Habia en Roma un toro de bronce de enorme corpulencia; y mandando meter á los santos mártires dentro de aquella espantosa máquina, dió órden que se encendiese al rededor de ella un voracísimo fuego, en cuyo tormento acabaron su vida nuestros santos por un glorioso martirio el dia 20 de setiembre del año de 130, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta con solemnidad. Hay en Roma un magnífico templo en honor do san Eustaquio y de sus compañeros, y la mayor parroquia de París está dedicada á su nombre. Parte de sus

reliquias, traidas por el abad Sugerio, se veneran en el real monasterio de San Dionisio, y otra porcion de ellas se guarda en la parroquia de San Eustaquio.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La vigilia de san Mateo, apóstol y evangelista.

En Roma, el suplicio de san Eustaquio y de santa Teopista, su esposa, con sus dos hijos Agapito y Teopisto, mártires, quienes, condenados á las fieras bajo el emperador Adriano sin recibir la menor lesion con la ayuda divina, murieron mártires encerrados en un toro de bronce candente.

En Cizico en la Propóntide, la fiesta de santa Fausta, vírgen, y san Evilaso, mártires bajo el emperador Maximiano. A Fausta despues de haberle rasurado ridículamente la cabeza Evilaso, sacerdote de los ídolos, la colgó en el aire y la atormentó: en seguida queria abrirla de arriba abajo; y como los verdugos no pudiesen ejecutarlo por mas que lo intentaban, admirado Evilaso del prodigio, creyó en Jesucristo; y mientras que él tambien era atormentado cruelmente por órden del emperador, agujerearon á Fausta la cabeza con un instrumento, llenándole el cuerpo de clavos, y metiéndola en una caldera ardiendo. Al instante se oyó una voz celestial que la llamaba, y voló al cielo acompañada del mismo Evilaso.

En Frigia los mártires san Dionisio y san Privato, y tambien san Prisco, que, acribillado primero con la punta de un puñal, murió cortada la cabeza.

En Perga de Pamfilia, san Teodoro y su madre santa Felipa, y otros compañeros mártires bajo el emperador Antonino.

En Cartago, santa Cándida, vírgen y mártir, que recibió la corona bajo el emperador Antonino, habiendo tenido todo el cuerpo desgarrado y cubierto de heridas. Tambien santa Susana, hija de Artemio, sacerdote de los ídolos, y santa Marta, mártires.

Dicho dia, san Agapito, papa, cuya santidad es testificada por san Gregorio Magno.

En Milan, san Glicerio, obispo y confesor.

En Saint-Vulfran d'Abbeville, san Montan, venerado allí como mártir.

En la diócesis de Quimper, el bienaventurado Mauricio, abad de Kernoet, del órden Cisterciense.

Cerca de Rennes, el venerable Ives Mayeu, obispo de Rennes, dominicano.

Este mismo dia, el martirio de san Juan Egipciaco y de otros cuarenta con él bajo Maximino Daza.

En Asia, el martirio de san Bonoso y de san Maximiliano, soldados de la compañía de los Herculianos, decapitados por órden del conde Julian, tio de Juliano apóstata, por haberse negado á borrar la cifra de su Lábaro, *bandera*, donde estaban representadas enlazadas las dos primeras letras griegas del nombre de Nuestro Señor.

En Etiopia, san Eunobio, confesor.

La oracion de la misa de este dia es la siguiente.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Eustachii et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que nos haces la gracia de que celebremos la fiesta de tus santos mártires Eustaquio y sus compañeros; concédenos que logremos la dicha de gozar con ellos la alegría y la felicidad eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5 de la Sabiduria.

Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideò accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reino de la belleza, y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su

teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Inducet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum: sumet scutum inexpugnabile æquitatem.

diestra les cubrirá y defenderá con su santo brazo. El (Señor) tomará la armadura de su zelo, armará la criatura para vengarse de los enemigos: vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado; y por escudo inexpugnable la equidad.

NOTA.

« Los judíos modernos no reconocen por canónico » al libro de la Sabiduría por estar lleno de máximas » cristianas, que prueban concluyentemente la ver- » dad de nuestra religion. Pero su voto nunca fué de » grande peso en la Iglesia por la maligna y declarada » aversion con que la miran. Bástanos que le hubie- » sen citado los apóstoles, poniéndole en manos de » los fieles, y que estos nos le hubiesen conservado. »

REFLEXIONES.

Los justos vivirán eternamente. Asombro es ver hasta dónde se extienden las miras de la ambicion. No hay cosa que ponga límites, ni á los deseos, ni á los orgullosos proyectos de un corazon ambicioso. Cuanto mas se eleva, mas inquieto está; siempre descontento con su empleo mientras vea otro mas elevado. El hambre de la gloria crece mas cuanto mas se apacienta. Es la ambicion una enfermedad, en la cual cuanto mas se bebe, mas sed se padece. ¿Qué no hace un ambicioso para inmortalizarse ¿No hay trabajo que no devore. no hay dificultad que le acobarde, que no intente superar para conseguir sus ideas, para llegar á sus fines. Trabajos insoportables en la guerra, artificios, lisonjas, bajezas en la corte, deudas que exceden á las rentas, gastos que hacen insolubles las deudas, nada se perdona, en nada se repara, en nada se

tropieza para adquirir nombre, para sobresalir entre los iguales, y para elevarse sobre los que están mas altos. ¿Logróse algun empleo? Inmediatamente se procura añadirle esplendor, aumentarle estimacion, y dar á la persona algun relieve con la magnificencia del tren, y con el inmenso gasto de una mesa esplén dida. ¿Consiguióse alguna primera dignidad en una iglesia? Se juzgaria abatir el beneficio y la dignidad si no se empeñase en gastos muy superiores á la renta. Luego se piensa en brillar en muebles, en carroza, en todo menos en virtudes y en buenas obras. Pero ¿quién pagará? Esto es lo que de ordinario inquieta y embaraza poco al ambicioso: todo su cuidado es encontrar con algunos hombres simples que sean el juguete de su ambicion. El gran móvil de una conducta tan poco cristiana es el amor de la gloria. Ámase la gloria, búscase la gloria; pero ¿cuándo se la buscará donde verdaderamente se halla? ¿cuándo se dejará de buscarla y de cansarse vanamente en descubrirla donde realmente no está, ni donde jamás se la encontrará? Todo aquello que perece cuando se acerca la muerte; todo aquello que se desvanece en el sepulcro; todo aquello que solo deja un eterno dolor y un amargo arrepentimiento, es ciertamente bien frívolo y bien vano. Corazones ambiciosos, ¿quereis inmortalizaros? Pues acabad ya de entender que solamente los justòs viven eternamente. Revolved en hora buena esos sepulcros de los grandes: si no fueron santos, solo encontraréis en ellos un puñado de polvo hediondo que causa horror. Solamente las reliquias se hacen respetables. ¿Qué gloria es la que resta á los que ocupan mucho lugar en la historia si no fueron santos? ¿qué gloria es la de aquellos fastuosos y magníficos eclesiásticos, cuya memoria están maldiciendo los acreedores despues de su muerte? ¡Buen Dios, y qué gloria seria ahora la suya, si hubieran

muerto pobres por haber enriquecido á muchos miserables! Seria su memoria bendita por los siglos de los siglos. Señor, ¿cuándo ha de llegar el caso en que una verdad que hace fuerza á todo hombre cristiano y medianamente racional, haga impresion en un corazon y en un ánimo cristiano?

El evangelio es del cap. 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judæa, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse, elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cùm vos oderint homines, et cùm separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate: ecce enim merces vestra multa est in cœlo.

En aquel tiempo: Bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discípulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalen y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oirle y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud y curaba á todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discípulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.

MEDITACION.

QUÉ OPUESTAS SON LAS MÁXIMAS DE CRISTO Á LAS MÁXIMAS DEL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas opuesta, no la hay mas contraria que las máximas de Cristo y las máximas del mundo. Es necedad, es locura pretender acordarlas.

El mundo coloca toda la felicidad en la alegría y en la abundancia. Esta es la idea que se forma de un hombre feliz. Cristo juzga todo lo contrario : segun su doctrina se debe preferir la pobreza á la abundancia mas deliciosa. Es aquella un título que nos da derecho al reino de los cielos, y la hartura de los bienaventurados en la gloria es fruto de la necesidad que padecieron en la tierra. La única causa que parece señala Jesucristo de aquel torrente de gozo en que están inundados los escogidos, son las lágrimas que derramaron en esta vida. *Bienaventurados los que ahora llorais, porque en algun tiempo reiréis.* ¿Acomódase el mundo con esta máxima? y porque el mundo no se acomode con ella, ¿dejará por eso de ser máxima de Jesucristo?

El espíritu del mundo quiere que sea especie de mérito y de honor el ser bien admitido en todas las compañías. A este fin es el vestirse, el componerse, el afectar modales airosos, gratos, risueños, agradables, haciéndose todo á todos : ¡ y qué dolor, buen Dios, para una persona cuando conoce que no es del gusto de los mundanos!

Todo esto lo reprueba Jesucristo : *Seréis bienaventurados*, nos dice, *cuando por mi amor os aborrecieren los hombres*. El mundo os enseña que, para ser dichosos

en él, es menester agradarle; y yo os digo que no seréis dichosos en el mundo sino cuando por amor de mí le desagradáreis á él; antes bien no es posible agradarle á él sin desagradarme á mí: ahora escoged entre estos dos partidos. ¡Ah, buen Dios, y qué pocos hay que siquiera deliberen! Casi siempre se lleva el mundo la preferencia. Y sino, pregunto: ¿da mucho cuidado á los mundanos el no agradar mas á Dios? ¡O mi dulce Jesus, y qué copioso manantial de dolor y de indignacion contra mí mismo me ofrecen estas reflexiones! ¡Cómo he podido yo componer seguir al mundo, y hacer profesion de creeros! Suplícoos, Señor, que presteis alguna atencion á mi dolor y á mi arrepentimiento, efecto de vuestra gracia y de vuestra misericordia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay oposicion mas viva ni mas patente que la que se encuentra entre el espíritu del mundo y el espíritu de Cristo.

En el mundo se reputa por un estado muy digno de compasion el ser pobre, por infamia el ser maltratado, y por deshonor el ser la fábula de los mundanos y el objeto de sus burlas. ¡Qué mortificacion el ser excluido de sus diversiones, ó separado de sus festivas concurrencias! Esto es lo que se llama en el mundo adversidad, poca fortuna, desgracia. Pues oigamos ahora como se explica Jesucristo en este punto.

Vosotros, hijos mios, seréis bienaventurados y dichosos cuando no fuéreis del gusto de los hombres del mundo: dichosos, cuando vuestra modestia, vuestro recogimiento y vuestro porte regular sea el asunto de sus burlas: dichosos, cuando los que viven segun el espíritu del mundo tengan lástima de vosotros, cuando oigan vuestro nombre con horror,

cuando os excluyan de sus funciones y de sus concurrencias, cuando os cargaren de oprobios. Entonces regocijaos mucho, dad grandes muestras de alegría, y teneos por los mas felices y los mas bien librados del mundo. Vamos claros : ¿dirige Jesucristo estos oráculos á todos los cristianos? ¿hemos creido hasta aquí, ó creemos ahora que hablan con todos los oráculos de Jesucristo?

Noble y muy noble era san Eustaquio : hízole el emperador general de sus ejércitos : llegó á ser su favorecido; pero era cristiano, y como tal nunca se tuvo por mas dichoso que cuando se vió despojado de todos sus bienes, privado de sus empleos, desgraciado y expuesto en fin al martirio por amor de Jesucristo. Estas fueron las máximas de los santos; nunca tuvieron otras : ¿corresponde nuestra conducta á estas máximas? Al considerar la de los santos y la nuestra, ¿se dirá que profesamos una misma religion? pero ¿podrémos acaso esperar la misma recompensa?

No permitais, Señor, que algun dia me condenen estas mismas reflexiones que vos me inspirais para convertirme. Vuestras máximas son santas y verdaderas : yo os prometo no seguir jamás otras : ellas serán de aquí en adelante la regla de mi conducta, como son el objeto de mi fe.

JACULATORIAS.

Si quid patimini propter justitiam, beati. I Petr. 3.
Si padeciéreis algo por la justicia, seréis bienaventurados.

Quæ autem conventio Christi ad Belial? Aut quæ societas lucis ad tenebras? II Cor. 6.
¿Cómo se puede componer Jesucristo con Belial, ni la luz con las tinieblas?

PROPOSITOS.

1. No te contentes con detestar las máximas del mundo: siempre se convierte el entendimiento primero que el corazon. Imponte una como ley, no solo de no defenderlas nunca en las conversaciones familiares, sino de renunciar efectivamente su practica y su ejercicio. Para eso, has de hacer una firme resolucion de no concurrir jamás á aquellas diversiones profanas, de las cuales está siempre desterrado el espíritu del cristianismo: de no parecer jamás en espectáculos ni en bailes; y cuando la urbanidad ó la obligacion te precisen á dejarte ver en las funciones y concursos del mundo, estar y portarte en ellos como verdadero cristiano.

2. Todas las adversidades de la vida, y todos los contratiempos que suceden en el comercio del mundo, los has de mirar á la misma luz á que Jesucristo quiere que se miren y no á otra, ni con diferentes colores. Si te contradicen, si te sientes ofendido ó maltratado, acude luego con la boca y con el corazon á este oráculo (1): *Non sunt condignœ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quœ revelabitur in nobis.* Ninguna proporcion tienen con la gloria que nos espera en la otra vida las aflicciones que padecemos en esta. O aquellas otras admirables palabras del apóstol san Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati.* Son bienaventurados todos los que padecen algo por amor de Dios.

Tambien es un ejercicio muy agradable al Señor decir alguna breve oracion, aunque no sea mas que un *Gloria Patri*, siempre que nos sucede algun trabajo ó alguna humillacion. En esos reveses de fortuna, en esos sucesos desgraciados, en esa degradacion ó despojo de tu empleo, en esa humillacion que te

(1) Rom. 8.

cogió tan de repente, dí con el Profeta : *Bonum mihi quia humiliasti me.* ¡O Señor, y qué dichoso soy en que me hayais mortificado, afligido y humillado. Este es el espíritu del cristianismo, este el lenguaje que debe tener todo verdadero cristiano : nunca ha de gastar otro en las humillaciones y en los abatimientos. Pocos conocen lo mucho que estos valen. No hay atajo mas seguro ni mas breve; ninguno mas eficaz para ser santo.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA.

Queríanos persuadir el Salvador del mundo, que habia venido á él singularmente para salvar á los pecadores, y que no habia en el mundo estado ó condicion alguna tan distante del camino de la salvacion en que no se pudiese esperar tener parte en sus misericordias. Por eso se dignó escoger por uno de sus apóstoles á un hombre que parecia el mas indigno de tan gran favor.

Este fué san Mateo, galileo de nacion, judio de religion; pero de una profesion odiosa á toda la nacion hebrea, porque era publicano, esto es, recaudador ó administrador de los pechos y tributos que los Romanos imponian á todas la provincias sujetas á su dominacion. Nacia este odio ó esta particular aversion de los judíos á los publicanos ó administradores de estar persuadidos de que como israelistas y pueblo escogido de Dios estaban exentos de pagar tributo y contribucion á las naciones extranjeras. Tenia Mateo otro nombre, por el cual era menos conocido : llamábase Leví, hijo de Alfeo, y con este nombre le



S. MATEO, APÓSTOL

Y EVANGELISTA.

apellidan comunmente los otros evangelistas, por tener menos conexion con su odioso empleo de publicano ó de recaudador; pero él en su evangelio no se anda con estos reparos, ni disimula su nombre ordinario ni el de su ministerio, llamándose siempre Mateo, por el cual era únicamente conocido en toda la Judea como publicano. Los judios tenian á los de este oficio por pecadores públicos y de profesion; por hombres sin religion y sin conciencia, que tiranizaban á todo el género humano. Este era el empleo de nuestro santo antes que el hijo de Dios le llamase, mandándole que le siguiese. Era Cafarnaum la ciudad de mayor comercio que habia en el país sobre la costa del mar de Tiberíades, y por eso la escogió nuestro publicano para residir en ella. Tenia su oficina fuera de la ciudad en un paraje inmediato al mar de Galilea; y como Jesucristo estuviese predicando en aquella provincia hacia mas de un año, pasando en cierta ocasion muy cerca de la oficina de Mateo, se paró, miróle fijamente á la cara, y le dijo que lo dejase todo y le siguiese. En ninguna ocasion se mostró mas poderosa la gracia del Salvador. Cualquiera otro que el Hijo de Dios hubiera tenido necesidad de muchas y muy fuertes razones para persuadir á un hombre codicioso de los bienes de la tierra, y de tan poca religion, á que abandonase un empleo tan conforme á su amor propio, y que tanto acomodaba á su interesada inclinacion. Sin embargo, luego que Jesucristo le miró, y luego que le dijo *sigueme*, le movió tan poderosamente el corazon, que ni un solo momento deliberó, ni en dejarlo todo, ni en seguirle. En el mismo punto se levantó Mateo de su mesa, y se declaró abiertamente por discípulo de Cristo. Para hacer mas pública su resolucion, y para que ninguno dudase del amor que le profesaba, le convidó á un gran banquete, en que no perdonó medio alguno

para manifestarle su perfecta adhesion y su profundo reconocimiento.

Era grande el número de los convidados, compuesto por la mayor parte de publicanos, y de otra gente libre y desacreditada, que el Salvador gustaba de admitir junto á sí para tener ocasion de corregirlos y moverlos al dolor y á la penitencia. Esta benignidad del Señor, y sobre todo, la benevolencia particular con que trataba á Mateo, desagradó mucho á los escribas y fariseos, que, no haciendo diferencia entre el pecado y el pecador, aborrecian tanto al uno como al otro. Comenzaron á murmurar descubiertamente del Salvador porque comia con los pecadores; pero la respuesta que dió á estas inconsideradas quejas debia cerrarles la boca para siempre. Díjoles que no tenian razon para censurarle porque favorecia á los pecadores; pues su proceder en este particular se conformaba con el verdadero sentido de lo que Dios tenia dicho por el profeta Oseas, de que le agradaba mas la caridad compasiva de las miserias del prójimo, y el caritativo cuidado de librarle de ellas, que todos los sacrificios del mundo : que si la asistencia del médico no era necesaria á los sanos, sino á los enfermos, no debia parecer extraño que él socorriese particularmente á aquellos cuyas almas estaban en mayor peligro de perecer : y en fin, que, aunque habia venido al mundo para salvar generalmente á todos los hombres, tanto pecadores como justos, su principal intencion era trabajar en la conversion de los pecadores para reducirlos suavemente al cumplimiento de su obligacion, inspirándoles el horror al vicio y el amor á la virtud. Cautivó á Mateo este discurso, y la particular conversacion que con él tuvo el Salvador le ganó tan del todo el corazon, que se declaró por discípulo de Jesucristo, y sin querer siquiera volver á su telonio ú oficina, fué desde

entonces compañero inseparable en todas sus sagradas excursiones de un maestro tan bueno y tan compasivo.

Hizo grande ruido una conversion tan milagrosa como no esperada. Conocieron todos que la palabra de Dios tenia una divina virtud, capaz por sí sola de mudar prontamente los corazones; y la misma perseverancia de Mateo se tuvo por uno de los mayores milagros de esta divina palabra. No se volvió á apartar del lado del Salvador este querido discípulo: acompañóle á todas las ciudades, pueblos y lugares donde fué á anunciar el reino de los cielos, y estaba tan lejos de avergonzarse por haberlo abandonado todo, haciéndose pobre por su amor, que su mayor gusto era dejarse ver en aquel estado humilde, mortificado y abatido en la misma ciudad de Cafarnaum donde pocos dias antes habia hecho tan diferente y tan brillante figura. Como el ardiente amor, y la apasionada adhesion que profesaba á su divino Maestro no le permitian separarse un instante de su lado, ninguno de los discípulos del Hijo de Dios fué, ni oyente mas continuo de todos sus sermones, ni testigo mas ocular de todas sus maravillas.

Poco despues que san Mateo se agregó al número de los discípulos que seguian á Jesucristo, se hizo la eleccion de los apóstoles, á cuya honra y dignidad le elevó la bondad del Salvador. San Marcos y san Lucas le nombran el séptimo entre ellos; pero san Mateo se cuenta á sí mismo el octavo despues de santo Tomé, y siempre se nombra Mateo el publicano por humildad y por agradecimiento. Desde este tiempo hasta despues de la resurreccion del Señor no hallamos en el Evangelio particularidad alguna que toque á la persona de este fiel apóstol.

Acabada la grande obra de nuestra redencion, quiso el Salvador del mundo quedarse en él otros cuarenta

dias en compañía de los apóstoles para instruirlos en todos los misterios de nuestra religion. Despues de su gloriosa ascension á los cielos y la venida del Espíritu Santo predicó san Mateo la fe con los demás apóstoles en Judea, donde se detuvo aun cerca de tres años; y antes de salir á predicarla á otras naciones, le inspiró Dios y le rogaron los judíos convertidos que les dejase una historia, ó como compendio de todo lo que habia visto y oido en las conversaciones, conferencias y viajes en compañía del Salvador. Acaso tambien los mismos apóstoles se lo pedirian, juntando sus ruegos á las instancias de los otros fieles por considerarle el sugeto mas hábil para este desempeño. Antes, pues, que los apóstoles saliesen de Jerusalen, y se separasen para predicar en otras provincias, escribió san Mateo aquel divino libro, al cual puso por título *Evangelio*, que quiere decir *buena y alegre nueva*. Con efecto, no es mas que una explicacion de la grande y dichosa nueva que los ángeles anunciaron á los pastores en el nacimiento del Salvador; ni contiene otra cosa que lo que el mismo Jesucristo llamó *Evangelio*, esto es, su doctrina pura, y su predicacion acompañada de sus milagros, de los que san Mateo habia sido fiel testigo. Y para completar una historia regular de su vida, añadió el Evangelista lo que habia oido á la santísima Vírgen tocante á su nacimiento, con todo lo que despues sucedió hasta su bautismo. Inspirado san Mateo del Espíritu Santo, dice san Agustin, fué su principal intento en este evangelio referirnos la vida humana que Jesucristo hizo entre los hombres; así como san Juan parece que solo tiró á manifestarnos la divinidad del Hijo de Dios. Por eso, el evangelio de san Mateo parece el mas propio para el comun de los fieles, porque se redujo á historiar aquellas acciones y aquellas instrucciones en que Jesucristo, por decirlo así, templó

su infinita sabiduría y su divina majestad para hacernos mas imitable y mas proporcionado á nuestra flaqueza el ejemplo de su vida, aplicándose singularmente á lo que toca á las costumbres. El primero que escribió el evangelio fué san Mateo; y como le compuso particularmente para los judíos convertidos, á cuya instancia le habia trabajado, lo hizo en su lengua hebrea, esto es, en una lengua mezclada de la siriaca y caldea, que era entonces la vulgar de los judíos que vivian en la Palestina.

Luego que este evangelio llegó á manos de los judíos se sacaron muchas copias; y algunos apóstoles quisieron llevar consigo un ejemplar al separarse para partir cada uno á su mision. Desde entonces mismo fué tambien traducido en griego para el uso de los fieles que estaban en las provincias, y no sabian otra lengua, siendo tan autorizada esta version como el mismo original.

Cuando se descubrió el cuerpo de san Bernabé en la isla de Chipre por los años de 488, se halló sobre su pecho el evangelio de san Mateo que el mismo san Bernabé habia copiado de su propia mano. Estaba escrito en madera de ciprés, que entonces era muy rara; y el emperador Zenon, que reinaba en aquel tiempo, quiso tenerle: besóle con respeto, enriqueciόle, y guarneciόle de oro, mandándole guardar en sus archivos. Refiere Eusebio que, cuando san Panteno fué á predicar á la India, encontró en ella el evangelio de san Mateo escrito en caractéres hebreos, que san Bartolomé habia dejado á los indios; y añade san Jerónimo, que san Panteno trajo este ejemplar á la ciudad de Alejandría. Créese que el original del evangelio de san Mateo, escrito en hebreo, fué conservado por los cristianos de la nacion judía, que estaban en Jerusalen, y que le llevaron consigo á Pella, adonde se retiraron antes que se pusiese el sitio á

aquella ciudad. La mayor parte de los judíos convertidos retuvieron muchas cosas del judaismo, y formaron la secta llamada de los nazareos, que con el tiempo degeneró en la de los ebionitas. Guardaron los nazareos el original del evangelio de san Mateo; pero añadieron muchas historias apócrifas, por lo que se desestimó aquel texto original, y solo se conservó la version griega, que nunca sufrió alteracion.

No se sabe con certeza á qué país fué san Mateo á predicar la fe de Jesucristo despues que salió de la Judea. Algunos son de opinion que fué á la Persia, y que predicó especialmente á los Partos, á los Medos, y á los de Carmania; pero la opinion mas comun es que evangelizó en la Etiopia. Lo que no admite duda, segun san Clemente Alejandrino, que floreció no muy distante de los tiempos apostólicos, es que hacia un vida muy penitente. Manteníase de raices, lechugas y legumbres, negándose para siempre el uso de toda carne y de todo pescado. Dícese que, habiendo llegado nuestro santo á la ciudad de Nadabar en Etiopia, fué recibido en ella con mucho gozo por aquel eunuco de la reina Candace, que habia bautizado san Felipe; y que, encontrando en la misma ciudad lós famosos magos, llamados Zaroes y Arfaxat, los cuales tenian engañados con sus prestigios á aquellos pobres idólatras, causándoles enfermedades aparentes, que curaban despues con sus encantamientos adquiriendo mucha reputacion con estos milagros supuestos, san Mateo descubrió al pueblo los sortilegios de aquellos embusteros; y que estos para vengarse del santo hicieron venir con su arte mágica dos espantosos dragones que llenaron de terror á toda la ciudad; mas san Mateo, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, los amansó como si fueran dos corderos, y los envió despues á sus cavernas; con cuyo milagro

se tranquilizaron los habitadores, y formaron un alto concepto de la religion cristiana.

Acabáronse de convertir con otro milagro mas considerable. Habiendo muerto una de las hijas del rey, llamada Egipa, llamó luego el príncipe á los dos magos para que la resucitasen. Valiéronse de todos los secretos de su arte; pero muy inútilmente: los demonios, á quienes invocaban sin cesar, no tenian poder para restituirla á la vida. Fué llamado san Mateo, y luego que invocó el nombre de Jesucristo, comenzó á moverse el cadáver, y se puso en pié la infanta viva y sana. En vista de tan estupendo prodigio se convirtió el rey con toda su familia real; y á esta conversion se siguió la de toda la corte y la de casi todo el pueblo. Lo que mas consoló al santo apóstol fué la resolucion de la princesa Ifigenia, hija primogénita del rey, que consagró á Dios su virginidad de resultas de un sermon que oyó á san Mateo sobre la excelencia de las vírgenes. Imitaron el ejemplo de la princesa otras muchas doncellas; y muy en breve se vió una comunidad de esposas de Jesucristo en el corazon de una ciudad que habia sido hasta entonces el centro de la idolatría. Pero esta maravilla costó la vida á nuestro santo. Muerto el rey, se apoderó del reino su hermano Hirtaco, quien para asegurar la corona creyó era preciso casarse con su sobrina Ifigenia, legítima heredera de ella. Era la princesa una de las mas hermosas damas de su tiempo, y como habia hecho voto de no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo, oyó con horror la proposicion de su tio. Irritóse mas la pasion del usurpador con la resistencia de Ifigenia; y pareciéndole que ninguno podia mas con la princesa que el santo apóstol, le mandó llamar, y quiso que en su misma presencia persuadiese á la princesa á que consintiese en aquel matrimonio; pero el santo apóstol la confirmó en su

primer propósito. Irritado Hirtaco, se retiró á su cuarto, mandando que al punto quitasen la vida á nuestro santo. Los soldados á quienes dió órden le encontraron en el altar acabando de celebrar el divino sacrificio, y en el mismo altar fué consagrada á su Dios aquella preciosa victima, coronando á hachazos su glorioso martirio. San Hipólito llama á san Mateo hostia y víctima de la virginidad, y protector de las vírgenes. Habia veinte y tres años que san Mateo predicaba la fe de Jesucristo en Etiopia, donde habia convertido un prodigioso número de idólatras, y fundado muchas iglesias.

En las constituciones que se atribuyen á san Clemente se lee que san Mateo fué el que introdujo entre los fieles el uso del agua bendita; pero es probable que lo mismo hicieron lo demás apóstoles en los países donde predicaron. El cuerpo del santo apóstol se conservó largo tiempo en la ciudad de Nadabar, donde padeció martirio, hasta el año de 1080, que fué trasladado á Salerno en el reino de Nápoles, de donde su santa cabeza fué llevada á Francia, y se conserva con grande veneracion en la catedral de Beauvais. Tambien se adoran algunas reliquias suyas en la de Chartres.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Mateo, apóstol y evangelista, quien, predicando en Etiopia, padeció martirio. Su evangelio escrito en hebreo, fué hallado por revelacion suya, como tambien el cuerpo de san Bernabé, apóstol, en tiempo del emperador Zenon.

En tierra de Saar, san Jonás, profeta, que fué enterrado en Geth.

En Roma, san Pámfilo, mártir; y en la via Claudiana á veinte millas de la ciudad, el martirio de san Alejandro, obispo, que, habiendo superado en tiempo del emperador Antonino las cadenas, los palos, el

caballete, las lámparas ardientes, el desgarro de las uñas aceradas, las fieras y las llamas de un horno, entró por último en la vida feliz, perdiendo la cabeza de un tajo. Su cuerpo fué con el tiempo llevado á Roma por disposicion del papa san Dámaso en 26 de noviembre, en cuyo dia fijó la fiesta.

En Fenicia, san Eusebio, mártir, que, yendo espontáneamente á presentarse al prefecto declarándose cristiano, fué de su órden atormentado de muchos modos, y luego decapitado.

En Chipre, san Isacio, obispo y mártir.

En el mismo lugar, san Melecio, obispo y confesor.

En Etiopia, santa Ifigenia, virgen, que fué bautizada y consagrada á Dios por el apóstol san Mateo, y acabó con una santa muerte.

En Apt de Provenza, san Castor, obispo.

En Clesse cerca de Mortaña en el Poitou, san Francario, confesor.

En Normandía, el tránsito de san Lo, obispo de Coutances.

En Troyes, santa Maura, virgen.

En Claudiópolis, en Asia, el martirio de san Marcos, pastor.

En Magnesia, san Cuadrato, varon apostólico.

En Cracovia de Polonia, el bienaventurado Pandroto, obispo.

En España, la bienaventurada Bernardina, de la órden tercera de san Francisco.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Beati apostoli et evangelistæ Matthæi, Domine, precibus adjuvemur: ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Asistidnos, Señor, por los merecimientos de vuestro apóstol y evangelista san Mateo, para alcanzar por su intercesion las gracias que por nosotros no podemos conseguir. Por nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del cap. 1 de Ezequiel.

Similitudo vultus quatuor animalium: facies hominis, et facies leonis à dextris ipsorum quatuor: facies autem bovis, à sinistris ipsorum quatuor, et facies aquilæ desuper ipsorum quatuor. Facies eorum, et pennæ eorum extentæ desuper: duæ pennæ singulorum jungebantur, et duæ tegebant corpora eorum: et unumquodque eorum coram facie sua ambulabat: ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur, nec revertebantur cùm ambularent. Et similitudo animalium, aspectus eorum quasi carbonum ignis ardentium, et quasi aspectus lampadarum. Hæc erat visio discurrens in medio animalium, splendor ignis, et de igne fulgur egrediens. Et animalia ibant et revertebantur in similitudinem fulguris coruscantis.

La figura del semblante de los cuatro animales: tenian cara de hombre, y cara de leon tenian todos cuatro por su parte derecha: y cara de buey tenian todos cuatro por la parte izquierda sobre los mismos cuatro semblantes de águila. Sus caras y sus alas se extendian hácia arriba: dos alas de cada uno de ellos se juntaban, y dos cubrian sus cuerpos. Y cada uno de ellos se movia segun la direccion de su semblante: adonde les llevaba el ímpetu del espíritu, allí iban, y cuando andaban no se volvian atrás. Y la figura de los animales se presentaba á la vista como carbones ardientes de fuego, y como lámparas encendidas. Veíase discurrir por entre medias de los animales un resplandor de fuego, y salir de este rayos. Y los animales iban y venian á manera de rayos resplandecientes.

NOTA.

« Ezequiel fué hijo de Brusi, de la raza sacerdotal, » y natural de Sarena. Fué llevado cautivo á Babilonia con Jeconías, rey de Judá. Cuando salió de su » país no era reconocido por profeta, ni Dios le comunicó el don de profecía hasta que entró en la » Mesopotamia, enviado por Nabucodonosor. El principal fin de sus profecías fué consolar á sus hermanos y compañeros en el cautiverio. »

REFLEXIONES.

Iban adonde los llevaba el ímpetu del espíritu, y no volvian atrás cuando caminaban. El que pone mano al arado, y mira atrás (dice el Salvador) *no es á propósito para el reino de los cielos.* El mismo pararse en el camino de la virtud es volver atrás; y el que retrocede, está mas atrasado que cuando comenzó á caminar. Es como un cuerpo macizo y pesado, que á fuerza de brazos con mucha fatiga y sudor le suben á algun lugar eminente; pero rompiéndose las cuerdas y las maromas, ó soltándose la polea, su misma gravedad le precipita con mayor violencia. Al principio no baja con grande ímpetu, y son tardos los primeros movimientos; pero luego que estos se multiplican, es verdaderamente espantosa la velocidad; nada le detiene, deja muy atrás el término de donde partió, ni se para hasta llegar al precipicio. Esta es una terrible, pero verdadera imágen de los que, comenzando á caminar bien, se cansan, y se detienen en el camino de la virtud. No es larga la detencion porque vuelven atrás impetuosamente. Siempre es mas peligrosa la recaida que la enfermedad. Hasta llegar al precipicio no sabe parar el ímpetu del desórden. Son pocos los que aciertan á ser verdaderamente devotos la segunda vez. En cansándose de vivir siempre al lado del mejor padre de todos; en amando la propia libertad, luego se deja el pais, y nunca se desvia poco, el que se descamina con toda deliberacion. Cuando el corazon está desordenado, cansa y fastidia la vida arreglada: ciegan las pasiones al paso que la luz de la gracia se va debilitando, y presto se cansa de servir el que no gusta de su amo. Luego que se comienza á volver atrás, se enfada uno de sí mismo, y aun hace cuanto puede para olvidarse de lo que fué. De aquí nacen aquellas pueriles lijerezas aun en

personas de madura edad, aquel retoño de las pasiones que se siente haber domado y contenido largo tiempo; de aquí aquellas lastimosas zumbas de la virtud y de la religion, que irritan aun á los mas disolutos, causando compasion á los que tienen una leve tintura de religion y de mediano juicio. En materia de costumbres toda recaida lleva consigo cierto carácter de infamia. Rara vez sucede que el que es impío dos veces, no lo sea siempre.

El evangelio es del cap. 9 de san Mateo.

In illo tempore: Vidit Jesus hominem sedentem in telonio, Matthæum nomine. Et ait illi: Sequere me. Et surgens, secutus est eum. Et factum est, discumbente eo in domo, ecce multi publicani, et peccatores venientes, discumbebant cum Jesu, et discipulis. Et videntes pharisæi, dicebant discipulis ejus: Quare cum publicanis, et peccatoribus manducat Magister vester? At Jesus audiens, ait: Non est opus valentibus medicus, sed malè habentibus. Euntes autem discite quid est: misericordiam volo, et non sacrificium. Non enim veni vocare justos, sed peccatores.

En aquel tiempo: Vió Jesus á un hombre que estaba sentado al mostrador, por nombre Mateo. Y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. Y sucedió que estando sentado á la mesa en casa, he aquí, que habiendo venido muchos publicanos y pecadores, se pusieron á la mesa con Jesus y con sus discípulos. Y viéndolo los fariseos, decian á sus discípulos: ¿Porqué vuestro Maestro come con los publicanos, y con los pecadores? Pero Jesus oyéndolo dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Pero id y aprended lo que es: yo quiero mas la misericordia, que el sacrificio, porque yo no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

DE LA FIDELIDAD Á LA GRACIA DE LA VOCACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo poco que se conoce cuánto vale la gracia de la vocacion cuando hay tantos hombres que son fieles á esta preciosa gracia. Sin embargo, de aqui depende en cierta manera toda la economía de nuestra salvacion. Todos los estados, todas las condiciones son muy á propósito para conseguirla : á ninguno llama Dios para condicion ó para estado particular que no le proporcione los auxilios y medios necesarios en aquel estado para llegar al término de su eterna felicidad. Habiendo distribuido Dios todos los estados y condiciones del mundo desde la eternidad, destinó á cada uno de los mortales para que ocupase en ellos su lugar. Nada sucede en el mundo por casualidad : todo se dispone en él segun el órden de su infinita sabiduría y de su divina Providencia. Es, pues, la gracia de la vocacion aquel destino ó aquella eleccion que hace Dios de cada uno de nosotros para cada estado, y aquella serie de gracias y de auxilios que nos prepara en él. Con este mismo fin nos distribuye los talentos proporcionados siempre para conseguirle. Conoce muy bien nuestro fondo, nuestro temperamento, nuestro natural, nuestras pasiones, y los peligros del estado á que nos destina. Es evidente que un hombre que vive en el mundo, necesita de otros auxilios naturales y sobrenaturales que el que vive en una religion; y aun en estas, segun su variedad, son necesarios tambien diversos auxilios, gracias y talentos. Por la misma razon, las distintas condiciones que hay dentro del mismo mundo piden distintos medios y auxilios. Todo lo tiene arre-

glado la divina Providencia. ¡Pues cuánto importará conservar esta gracia de la vocacion! ¡Y con qué fidelidad se debe corresponder á esta gracia! Si se llega á faltar á ella; si se abraza un estado á que no nos llama Dios; si se tiene la desgracia de vivir con disgusto en este estado; si se cae en la tentacion de abandonarle, ¡qué cadena de desdichas no acompaña al desconcierto de este órden, que tenia como enlazado la divina Providencia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera las funestas consecuencias de este desconcierto. Habiendo nacido con el natural, con los talentos, con las inclinaciones proporcionadas al estado á que Dios te tenia destinado, ¿lograrás la misma facilidad, los mismos medios en esa otra condicion á que no te llamaba la divina Providencia? ¿qué derecho tendrás para esperar de la bondad del Señor esas gracias en un estado que escogiste por tu propia eleccion? Un miembro dislocado no es maravilla qué cause vivos dolores no estando en su lugar. La obra que no está en el sitio que le corresponde, precisamente ha de parecer inútil. Ninguna cosa solicita con mayor empeño el tentador que alucinar en la eleccion de estado, sabiendo muy bien que es casi segura la reprobacion cuando se desacierta en la vocacion. En todo hay malos pasos, en todo lazos, en todo escollos, y en todo precipicios. ¿Quién caminará con seguridad faltándole la luz y los auxilios que Dios no está obligado á concederle? No te hubieran faltado estos si estuvieras en aquel estado á que te destinaba el mismo Dios; pero voluntariamente quisiste ir á un país extranjero, pues no hay que extrañar que te suceda lo que al hijo pródigo. No obstante, este tuvo la fortuna de volverse á la casa de su padre. Mas ¿hay muchos que vuelven á entrar en el estado que

una vez cobardemente abandonaron? ¿y hay muchos que, permaneciendo en el descaminado que escogieron, resistan á las terribles tentaciones que son tan frecuentes en él? Si el clima, el aire y el pais en que naciste es contrario á tu salud, ¿lo pasarás bien en él? ¿gozarás en él de una salud muy robusta? Aquellas personas que sin legítima vocacion se empeñan en algun estado: aquellas que abandonan el estado á que Dios las habia llamado: las que, por decirlo así, se salen de sus aires naturales, ¿qué esperanza pueden tener de lograr un fin dichoso? No hay razon sólida que pueda disculpar delante de Dios esta especie de apostasía espiritual. La falta de salud, la de devocion, la de ingenio, la de talentos, todas son razones frívolas. Pues qué, ¿se abraza el estado religioso para lucir en él, para granjearse estimacion, y para ocupar los primeros puestos? Una salud débil y quebrantada amenaza ruina; promete corta vida: enhorabuena; pero ¿qué mejor razon para vivir en un estado en que en la hora de la muerte todos quisieran morir? ¡Mi Dios, y qué cruel dolor, qué amargo arrepentimiento se siente en aquella hora cuando no se fué fiel á la gracia de la vocacion, cuando voluntariamente se descaminó el alma! Mas, ¡y qué desesperacion es no conocer este descamino, sino cuando ya no hay tiempo de remediarlo!

Libradme, Señor, de esta desgracia. No permitais que me desvíe jamás del camino que me mostrásteis; y haced que viva y muera santamente en aquel estado á que me quisísteis llamar.

JACULATORIAS.

Beati omnes qui timent Dominum, qui ambulant in viis ejus. Salm. 127.

Bienaventurados aquellos que temen al Señor, y andan por los caminos en que él mismo los puso.

Notam fac mihi viam in qua ambulem. Salm. 142.
Mostradme, Señor, el camino que debo seguir para llegar á vos.

PROPOSITOS.

1. Bien se puede decir que la predestinacion tiene grande conexion con el estado á que nos llama Dios. Aquella serie de gracias, aquella admirable economía de la divina Providencia en órden á nuestra eterna bienaventuranza hace una admirable consonancia con nuestra vocacion. Debemos, pues, abrazar aquel estado de vida á que Dios nos ha destinado. Seguir otro rumbo, es arrojarse á evidente peligro de perderse. Hase de elegir estado; pero ¡qué reflexiones, cuánta consideracion, cuántas oraciones son menester para no errar en la eleccion! Es cierto que se suelen tomar todas estas precauciones cuando se trata de abrazar el estado religioso, sin embargo de ser el mas santo, y el que facilita mas la salvacion; pero ¿se toman las mismas cuando se habla de engolfarse en el mundo? Y con todo eso, todos convienen en que el mundo es un mar famoso por los naufragios, donde todo es peligro, todo escollos. Determina un jóven retirarse á la seguridad de un claustro religioso: ¡buen Dios, cuántos estorbos tiene que vencer de sus padres, de sus amigos, y aun de las personas indiferentes! Todos se interesan, todos se empeñan en disuadírselo. ¡Cuánto tiempo quieren que tome para pensarlo bien! ¡con qué elocuencia le pintan las dificultades, el rigor, las obligaciones de un estado tan santo! Pero ¿se hace lo mismo cuando se trata de contraer algun empeño con el mundo? Entonces ninguno se para á preguntar si se ha pensado bien. Se desazonarian los parientes y los amigos solo con saber que se queria tomar tiempo para deliberar un partido tan peligroso.

Comprende ahora la irregularidad y la injusticia de esta conducta. Si has de tomar estado, piénsalo antes con mucha seriedad; sobre todo, si te sientes inclinado á quedarte en el mundo, aunque sea en el estado eclesiástico, en que no son menores los peligros para muchos.

2. Pero ya te hallas en un estado fijo y determinado despues de haberlo pensado bien, de haberlo consultado con el Señor, y de haber tomado todos los consejos y precauciones necesarias. Pues no pienses mas que en santificarte en él y en cumplir con todas tus obligaciones como verdadero cristiano. Ten por tentaciones todas las dudas que te sugiere el demonio: persuádete que te hallas en el estado en que Dios quiere que estés. Desprecia todas las dudas, todas las inquietudes, que por lo comun son artificios del enemigo de tu salvacion para estorbarte el cumplimiento de tus obligaciones, turbándote la tranquilidad, sobre todo si te hallas ligado al estado con algunos votos. Estudia cada dia todas tus obligaciones, y cúmplelas exactamente. Despues de estar ligado á un género de vida, ya no es tiempo de examinar si Dios te llama á ella: estas reflexiones siempre se han de hacer antes de la eleccion de estado.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

El martirio de san Mauricio y de sus compañeros fué tan glorioso para toda la santa Iglesia, que no han sido bastantes mas de catorce siglos para borrar su memoria, ni para disminuir la veneracion que todas las naciones profesan á estos grandes santos.

Por tanto, se puede asegurar que no hubo suceso ni mas glorioso para la religion, ni que hiciese mas honor á Jesucristo que el martirio de este gran santo, acompañado de toda la legion Tebea, que, en sentir de san Eustaquio, se componia de seis mil seiscientos sesenta y un hombres.

Era san Mauricio primer cabo ó general de un cuerpo de tropas, que se llamaba legion y se componia entonces del número de soldados que acabamos de decir. Llamábase la legion Tebea, lo que da á entender que se habia levantado en la Tebáida, ó que solo se componia de gente de aquel país. Se habia merecido tanta reputacion en todo el imperio romano por el valor de los oficiales y por la intrepidez de los soldados, que no habia en todo el ejército romano cuerpo mas formidable á los enemigos, ni mas estimado en el mismo ejército. Esta legion tenia su cuartel en el Oriente, es decir, en la Siria y en la Palestina. Los principales oficiales, despues del general, eran Exuperio, que hacia las funciones de mayor, ó de teniente coronel, y Cándido, senador del ejército, esto es, intendente de la legion.

Estando san Mauricio de cuartel de invierno con su legion en Jerusalen y en sus cercanías, tuvo ocasion de conocer y de tratar á Zambdal, obispo de la misma ciudad; y como Mauricio era un hombre despejado y de capacidad, luego que el obispo, en una conversacion que se ofreció, le habló de la excelencia y de la santidad de la religion cristiana, haciéndole visibles los absurdos del gentilismo, deshecho en lágrimas en vista de la miserable ceguedad en que habia vivido hasta entonces, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia, abriéndole los ojos; y abrazando al obispo con respeto y con ternura, le rogó encarecidamente que le dispusiese para recibir el santo bautismo.

Esta conquista consoló maravillosamente al prelado y á todos los cristianos, siendo inexplicable el gozo de todos los fieles, el que creció mucho mas cuando se supo que Mauricio inmediatamente despues de haber salido de la conversacion del obispo se fué derecho á buscar los principales oficiales de su legion, y les habló con tanta energía y con tanta elocuencia acerca de la verdad de la religion cristiana, que todos concurrieron al instante deseosos de ser bautizados.

Luego que Mauricio y su teniente Exuperio se hicieron cristianos, se convirtieron en zelosos misioneros de toda la legion; y el Señor echó la bendicion sobre su zelo y su amor á Jesucristo, de manera que en muy breve tiempo se hizo tambien cristiana toda ella.

Habia ya cerca de dos años que era Diocleciano emperador, cuando en el de 286, queriendo remediar los alborotos que excitaba en las Galias la sublevacion de los Baugadas, pueblos del campo, que tenian por cabezas de la sedicion á Amando y á Eliano, resolvió asociarse un cólega con quien repartir la pesada carga del imperio. Escogió, pues, á Maximiano Herculeo, hombre cruel y enemigo mortal de los cristianos. Asocióle, y descargó en él la guerra que era preciso hacer en las Galias. No teniendo bastantes fuerzas el ejército que debia mandar Maximiano, y temiendo Diocleciano que el nuevo emperador quedase desairado en aquella primera expedicion, determinó fortificarle con la legion Tebea, reputada por el mejor cuerpo de tropas del imperio. Ordenó, pues, al general Mauricio que marchase á Italia con toda su legion y que se juntase con el ejército destinado para hacer la guerra en las Galias. Inmediatamente se pusieron en marcha para Italia Mauricio y sus soldados, tan prontos á obedecer las

órdenes del emperador, como fieles á la religion. El zelo de los oficiales correspondia á su fe, y la fe de los soldados al zelo de los oficiales. No se descubria en ellos otra emulacion que la de la virtud y la competencia en la devocion cristiana. Mostraban en todo su fidelidad y su constancia, tanto en lo que debian á Dios y á su religion, como en lo que eran deudores á los príncipes á quienes servian y al estado; sabiendo enlazar dichosamente el ejercicio de las armas con la práctica de los consejos y de las máximas del Evangelio.

Luego que san Mauricio llegó á Roma con su legion, fué su primera diligencia visitar al papa san Marcelino, quien de tal manera supo confirmar á todos en su zelo por la fe, que todos á una voz le prometieron perder antes la vida que dejar de ser fieles á Jesucristo, ni avergonzarse de su sagrada doctrina. Recibieron las órdenes del emperador, y marcharon á incorporarse con el ejército. Alcanzaron á Maximiano, y pasaron los Alpes por el Milanés. Fatigado el emperador de la marcha, hizo alto en Octodura, ciudad de Veragres, que se cree ser Martinach ó Martiñy en el Valais, y dispuso que las tropas que le seguian acampasen en una gran llanura. Era el emperador tan supersticioso como cruel, y mandó que todo el ejército ofreciese sacrificios á los dioses para implorar su asistencia contra los enemigos del imperio. Horrorizáronse san Mauricio, san Exuperio, san Cándido y todos sus soldados; y pasando á la otra parte del Octodura, fueron á acampar tres leguas ma[s] allá, cerca de una aldehuela llamada Ternat, entr[e] las montañas y el rio Ródano, á doce ó quince legua[s] de Ginebra, y muy cerca de la punta oriental de[l] Lago, entre el pais de Valais, la Saboya y el canton de Berna. Informado Maximiano de esta novedad, envió á preguntarles la razon de aquella retirada.

Quedó extrañamente sorprendido cuando entendió que era por motivo de religion, y que así Mauricio como toda su legion eran cristianos. Sucediendo prontamente la cólera á la admiracion, y á la cólera el furor, zeloso de su autoridad, sobre todo á los principios de su reinado, mandó que al punto le obedeciesen, ó que fuese diezmada toda la legion. Apenas se les intimó á los soldados el bárbaro decreto, cuando todos á porfía se presentaron para ser diezmados. Púsose el decreto en ejecucion: sorteóse de cada diez uno, y al punto se quitó la vida á los que cayeron en suerte, y fueron á recibir la corona del martirio. Fácilmente podian los demás defender á sus compañeros, poniéndolos en este estado su valor, y la ventaja del campo les proporcionaba medio de hacer resistencia á todo el ejército; pero á ninguno le pasó esto por la imaginacion. Lejos de oponerse, tanto el oficial como el soldado, miraban con una santa envidia á los que tocaba la suerte de dar la vida por Jesucristo, y no hubo siquiera uno que no deseara estar en su lugar. Pero luego se les cumplieron sus deseos. Noticioso el tirano de la constancia y de la alegría con que aquellos soldados habian padecido la muerte por su Dios, y de la envidia que les tenian los que quedaron vivos, los cuales inmediatamente despues de la ejecucion protestaron de nuevo que no obedecerian á persona alguna que los quisiese obligar á cometer sacrilegios; y que siendo cristianos no podian tener parte en los sacrílegos sacrificios de los gentiles; estando, en fin, determinados y resueltos á padecer todos los tormentos antes que faltar en la mas mínima cosa á la fe que habian abrazado, informado el tirano de todo esto, redoblándosele la rabia y el furor, mandó que en aquel mismo dia se volviese á diezmar de nuevo la legion. Luego que llegó al campo esta noticia, no se oian en él mas que gritos de alegría, plácemes,

regocijos y enhorabuenas, lisonjeándose cada uno con la esperanza de que le tocaria la gloria y la dicha del martirio. Aprovechóse Mauricio de la ocasion, y como general les habló entonces con tanta energía, animándolos á tan gloriosa victoria, que todos suspiraban por aquella dicha. Acabada la ejecucion, volvió Mauricio á juntar á sus soldados, y les habló de esta manera: « Admiro vuestra virtud, amados compañeros mios, y bendigo cien veces al Señor por esa magnanimidad que os comunicó, superior á todo humano valor. Vuestro amor á Jesucristo es mas poderoso para llenaros de esfuerzo, que la crueldad del César para intimidaros. Veo la santa envidia con que mirais la suerte de vuestros camaradas, deseoso cada uno de que el número feliz le hubiese tocado á él. A la virtud superior de la divina gracia debeis esos generosos sentimientos; ella os ata valerosamente las manos para no hacer resistencia. ¿Qué cosa mas fácil para vosotros que estorbar tan bárbara carnicería, estando con las armas en las manos, y siendo tan valientes como sois? pero ¿qué lograríais con eso? Impedir á vuestros compañeros el ser mártires, y privaros vosotros de serlo tambien. Hasta ahora solamente sabiamos por las actas adónde habia llegado la intrepidez de los primeros mártires de Cristo; pero ya se nos entran por nuestros mismos ojos aquellos grandes ejemplos. Rodeado me veo de sus sagrados cuerpos: salpicado está mi semblante, y palpo teñidos mis vestidos de su gloriosa sangre: en vista de tal ejemplo, ¿cómo es posible temer el dar la vida por Jesucristo? Alabamos todos su constancia, señal cierta de que todos deseamos merecer que se alabe tambien la nuestra. Ya sabeis, amigos mios, que en otro tiempo todos hicimos juramento de defender la república á riesgo de nuestra sangre: esto prometimos á los emperadores cuando tomamos

las armas en su servicio, sin embargo de que entonces no teniamos el menor conocimiento del reino de los cielos, y nuestro propio honor nos empeñó en ser pródigos de nuestra vida, sin esperanza de otro premio. ¿Será posible que hemos de ser menos fieles á Jesucristo cuando este nos promete una gloria inmortal por recompensa? Ofrecímosle nuestra fe cuando recibimos el bautismo; y al venir aquí, le renovamos en Roma esta promesa en manos de su vicario; ¿cómo tendriamos atrevimiento para faltarle á esta palabra? Paréceme que ya estoy viendo en el cielo á nuestros compañeros, que en medio de su triunfo nos están convidando á que vayamos á participar de su corona. Pocos momentos ha estaban con nosotros, y vedlos ya en posesion de una eterna dicha, de que no los podrán privar todos los príncipes de la tierra. Vamos, pues, amados compañeros, vamos; y á su imitacion ofrezcámonos al martirio generosamente. Sigamos el camino que ellos nos abrieron. Compañeros nuestros fueron en todas las empresas militares: imitémoslos en la constancia de su fe para ser compañeros suyos en la gloria. Sea intrépido nuestro valor en la defensa de la religion: sea inalterable nuestra fe en medio de los tormentos, y muéstrese invencible nuestra constancia. A estos soldados que van á dar cuenta al emperador de su expedicion, roguémosles le declaren en nombre de toda la legion, que no hay en toda ella ni un hombre solo que no se glorie de ser cristiano, y que no esté pronto á derramar hasta la última gota de su sangre por amor de Jesucristo antes que tener parte en unos sacrilegios á que se da el nombre de sacrificios.»

Apenas acabó de hablar san Mauricio, cuando oficiales y soldados gritaron á una voz: *Cristianos somos; y antes derramaremos nuestra sangre hasta la última gota, que hacer la mas mínima cosa contraria*

á la ley de Jesucristo. Dieron parte á Maximiano de esta generosa protestacion los mismos verdugos que habian sido testigos de ella; y entrando en nuevo furor, mandó que se hiciese otra tercera decimacion en el mismo dia. Llegó la noticia al campo, renovóse el gozo de todos; y esperando cada uno que le tocase la suerte, todos se dispusieron para recibir el martirio. Quitóse, pues, la vida á los que salieron diezmados, y hasta los mismos verdugos se enternecieron viendo las lágrimas y la afliccion de los que quedaban vivos por no haberles caido la suerte que anhelaban. Encendido entonces san Exuperio, uno de los oficiales generales, en nuevo zelo de la religion, y dirigiendo sus palabras á los soldados que habian quedado : *Amigos,* les dijo con resolucion y con firmeza, *si me veis venir á vosotros con la bandera de la legion en la mano, tened entendido que no es para que tomeis las armas. Vengo á animaros á otra suerte de combate, en que nos vence el amor, y solo triunfa la paciencia. Nuestros hermanos derramaron su sangre por Jesucristo : espero en este divino Salvador que no se desdeñará de aceptar tambien la nuestra. Supliquemos á estos soldados, ejecutores de las órdenes del emperador, que en nuestro nombre le presenten un humilde memorial del tenor siguiente* :

« Señor : Soldados vuestros somos; pero al mismo tiempo somos siervos del verdadero Dios, y asi lo confesamos con toda libertad. A vos os debemos el servicio militar, y á él el homenaje de un corazon puro y fiel. De vos recibimos la paga, y de él tenemos la vida. No podemos obedecer vuestras órdenes mientras sean contrarias á las suyas. Él es nuestro primer soberano, y tambien vuestro, aunque no querais : siempre que nos mandeis cosa que no le desagrade, nos encontraréis tan rendidos y tan obedientes, como nos habeis experimentado en todas

ocasiones; pero cuando el emperador nos manda lo que Dios nos prohibe, juzgad vos mismo, Señor, á quién debemos dar la preferencia. Fácil nos hubiera sido vengar la muerte de nuestros compañeros; pero no lo hicimos. Voluntariamente nos desarmamos todos para mostraros que queremos morir, y no queremos pelear, amando mas perder la vida sin faltar á nuestra fe, que sobrevivir á nuestros camaradas, sacrificando indigna y cobardemente á vuestros sacrílegos ídolos. No nos atemorizan los suplicios. Enviad verdugos que nos sacrifiquen á nuestro Dios, con la seguridad de que encontrarán pronlas las víctimas. Quitándonos una vida de corta duracion, nos proporcionarán otra que se perpetuará por toda la eternidad. En una palabra, cristianos somos, y ninguna cosa será bastante para desquiciar nuestra fe ni para doblar nuestra constancia. »

Es probable que esta generosa resolucion fué presentada por escrito al emperador. Como quiera que sea, desesperanzado Maximiano de vencer jamás aquella firmeza, sostenida por una como conspiracion general, resolvió que pereciese toda la legion, y mandó marchar á todo el ejército contra los Tebeos con órden de hacerlos pedazos á todos. Considerándose entonces nuestros generosos mártires como víctimas que iban á ser sacrificadas al verdadero Dios, quisieron imitar al Salvador, que se dejó sacrificar como un manso cordero, sin abrir la boca. Dejaron todos las armas á ejemplo de su jefe. Presentóse al frente san Mauricio, como caudillo de aquella gloriosa legion de mártires, y fué la primera víctima. Cayeron despues á sus dos lados san Exuperio y san Cándido. En un instante se cubrió todo el campo de cadáveres; inundaban todo aquel terreno los arroyos de la inocente sangre: nunca se vió semejante carnicería sin combate, sin gritos y sin quejas. Habia

concedido el emperador á los soldados gentiles el despojo de los santos mártires; y mientras se ocupaban en él, llegó al campo un soldado veterano, dor nombre Victor, que quedó asombrado al ver aquella horrible carniceria. Informado de su motivo, exclamó sin poderse contener: *¡Desgraciado de mí! que si hubiera llegado una hora antes tendria parte en su triunfo.* Conocieron todos por estas palabras que era cristiano; confesólo sin detenerse, y en el mismo punto fué sacrificado como todos los demás. Consiguieron la palma del martirio estos seis mil seiscientos y sesenta y un soldados de Jesucristo el dia 22 de setiembre del año 286, en un sitio que entonces se llamaba Agauna por los peñascos que le rodean, y despues del martirio de estos santos se hizo tan célebre en la Iglesia con el nombre de San Mauricio, en cuyo honor Sigismundo, rey de Borgoña, edificó un magnífico monasterio.

Fueron enterrados los cuerpos de los santos mártires por los paisanos del contorno en el mismo sitio de su martirio, abriendo para eso grandes y profundos fosos, donde estuvieron hasta el tiempo de los emperadores Graciano y Teodosio en que se hizo su descubrimiento á san Teodaro, obispo de Octodura, á cuya diócesis perteneció Agauna. Con los milagros que obró Dios cuando se descubrieron aquellas santas reliquias, se aumentó la devocion á los gloriosos mártires, y solicitaron sus reliquias las mas de las iglesias. San Martin hizo expresamente un viaje á Agauna para lograr algunas, y enriquecer con ellas su catedral. Asegúrase que, habiendo sido arrojada en el Ródano la cabeza de san Mauricio, aportó milagrosamente á Viena del Delfinado, donde fué recibida con grande veneracion, y colocada en la iglesia mayor, que entonces se llamaba de los santos Macabeos. Despues se dedicó á san Mauricio la catedral

de aquella metrópoli, tomándole la ciudad por su patrono.

Hasta las armas de san Mauricio se conservaron con grande veneracion. Carlos Martel quiso servirse de su lanza y de su morrion cuando dió batalla á los sarracenos. Los duques de Saboya llevan siempre el anillo del santo, recibiéndole por mano del abad de San Mauricio, y le dejan sucesivamente los unos á los otros como la mas preciosa señal de su soberanía. Habiéndose retirado al priorato de Ripaille el año de 1434 Amadeo VIII, por sobrenombre el Pacífico, primer duque de Saboya, fundó la órden militar de San Mauricio por la devocion particular que profesaba á este gran santo, patrono y protector de Saboya. Los caballeros de la órden llevan una cruz blanca, cuyos extremos representan la planta llamada trébol: y se dice la cruz de San Mauricio. Carlos Manuel agregó á la órden de san Mauricio la de san Lázaro, que era mas antigua; y estando ya como extinguida la órden de San Mauricio, solicitó y logró el zelo de Manuel Filiberto, duque de Saboya, y muy devoto del santo, que fuese restablecida por una bula del papa Gregorio XIII el año de 1572, declarándose el duque por gran maestre: lo confirmó el papa Clemente VIII el año de 1603.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Valencia de España, la fiesta de santo Tomás de Villanueva, arzobispo y confesor, cuya fiesta se celebra en este dia, bien que de él hayamos hablado el 18 de este mes.

En Sion en la Galia, en el lugar llamado Agauna, la fiesta de san Mauricio, san Exuperio, san Cándido, san Víctor, san Inocencio y san Vital, mártires de la legion Tebana con sus compañeros, soldados de la misma legion, que, entregados á la muerte por la fe

de Jesucristo, bajo el emperador Maximiano, edificaron al mundo con su glorioso martirio.

En Roma, el suplicio de santa Digna y de santa Emirita, vírgenes y mártires bajo Valeriano y Galiano: sus reliquias se guardan en la iglesia de san Marcelo.

En el país de Chartres, hoy Arpajon, san Yon, presbítero y mártir, que, habiendo ido á Francia con san Dionisio, fué azotado de órden del prefecto Juliano, consumando su martirio á filos de la espada.

En Ratisbona, en la Baviera, san Emeran, obispo y mártir, quien, por libertar á otros, padeció resignado una muerte muy cruel por Jesucristo.

En Antinoe de Egipto, santa Iraida, vírgen de Alejandría y sus compañeros, mártires. Habiendo la santa ido por agua á una fuente vecina, avistó un bajel cargado de confesores de Jesucristo; y dejando el cántaro, se reunió al punto con ellos, fué conducida tambien con ellos á la ciudad, y despues de muchos suplicios fué decapitada la primera. Con el mismo género de muerte perecieron en seguida los sacerdotes, los diáconos y las vírgenes con todos los demás.

En la ciudad de Meaux, san Santino, obispo, discípulo de san Dionisio Areopagita, que, habiendo sido ordenado por él obispo de aquella ciudad, fué el primero que en ella predicó el Evangelio.

En el término de Coutances, san Lo, obispo.

En país del Poitou, san Florente, presbítero.

En tierra de Bourges, san Silvano, confesor.

En Laon, santa Salaberga, abadesa.

En Sens, san Serótino, venerado como diácono y mártir en Saint-Pierre-le-Vif.

En la diócesis de Chalons en Champaña, santa Lindría, virgen.

Dicho dia, santa Drozela, martirizada con otros cinco.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Annue, quæsumus, omnipotens Deus, ut sanctorum martyrum tuorum Mauritii et sociorum ejus nos lætificet festiva solemnitas; ut quorum suffragiis nitimur, eorum natalitiis gloriemur. Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, la gracia de que nos alegremos en la festividad de tus santos mártires Mauricio y sus compañeros: para que nos gloriemos en el nacimiento de aquellos, en cuya proteccion confiamos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 7 del Apocalipsis de san Juan.

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Et dixi illi: Domine mi, tu scis. Et dixit mihi: Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni. Ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus: qui sedet in throno habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius, nec cadet super illos sol, neque ullus æstus, quoniam Agnus, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

En aquellos dias me dijo uno de los ancianos: Estos, que están vestidos con estolas blancas, ¿quiénes son, y de dónde vinieron? Yo le respondí: Señor, tú lo sabes: y él me dijo: Estos son los que vinieron aquí despues de haber pasado por grandes tribulaciones, y que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven de dia y de noche en su templo; y el que está sentado en el trono los cubrirá con pabellon. Ellos no tendrán mas hambre ni sed, ni el sol ni el calor los incomodará mas. Porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor, y los conducirá á las fuentes de las aguas vivas, y Dios enjugará todas lágrimas de sus ojos.

NOTA.

« El libro del Apocalípsis significa revelacion. El
» mismo san Juan da este título á su profecía, co-
» menzándola de esta manera : *La revelacion de*
» *Jesucristo.* Todo es misterioso en este libro, y no
» es menos admirable que oscuro. Sus palabras son
» otros tantos misterios, dice san Jerónimo. Añade
» san Agustin, que el Apocalípsis es una profecía de
» todos los sucesos que han de acaecer en la santa
» Iglesia desde la ascension de Cristo hasta su se-
» gundo advenimiento. »

REFLEXIONES.

Enjugará Dios todas las lágrimas de sus ojos. Así lo sabe hacer el Señor, y siempre lo hace como Dios. Seguramente que el salario excede mucho al trabajo, y el premio hace grandes ventajas al mérito. ¡Oh, y qué gozo causan en el cielo todas las desgracias y todas las adversidades de esta vida! ¡Con qué gusto, con qué dulce complacencia se miran entonces aquellas congojosas aflicciones, aquellas pesadas cruces, aquellos amargos tragos que tanto horror nos ponian en este mundo! En la dulce estancia de los bienaventurados, ¡cómo se convierten en honor, en riquezas, en consuelo y aun en delicias los desprecios, la pobreza, las enfermedades, y hasta los suplicios padecidos por Jesucristo! Una cruz de oro, un nombramiento de coronel, una pension tiene virtud, no solo para consolarnos, sino para complacernos á vista de un brazo cortado, de una disforme cicatriz que nos afea, de una salud enteramente estragada : ¡pues con qué ojos se mirará en el cielo todo aquello que se padeció por amor de Dios! *Non sunt condignæ passiones hujus temporis.* Entonces sí que se exclama con seguridad : Bien cierto estoy de que las aflicciones de la tierra

no tienen proporcion alguna con la gloria presente. Entonces sí que se conoce cuánta es la dicha de los santos del cielo. Entonces sí que se comprende ser tanta esta dicha, que no hay voces para explicarla, ni obras capaces de merecerla. No hay cosa en este mundo que nos pueda dar idea justa de los inmensos bienes que gozan los santos en la gloria; pero sobradamente conocemos los innumerables males de que están exentos. ¿Quieres tener alguna luz de la bienaventuranza de la otra vida? pues considérala libre de todas las miserias de esta. Dolores, tristezas, temores, inquietudes, disgustos, pesadumbres, todo está desterrado de la feliz mansion de los bienaventurados. No se acerca á aquella santa ciudad cosa alguna que enfade, que moleste, ni que lijeramente mortifique. Reina en la Jerusalen celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, y qué hombre de la tierra podrá comprender las inefables dulzuras que gustan los elegidos en el cielo! No solo poseen en él todo lo que desean, sino todo lo que necesitan para no desear mas. El corazon está lleno, el alma saciada y satisfecha. Es un torrente, es un océano de purísimas delicias el que inunda á los bienaventurados. Aquella su incomprensible felicidad ya no se compone de todos los bienes juntos, sino de la misma fuente de todos los bienes, de la omnipotencia de Dios, de la posesion del mismo Dios. No es ya la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos. Seria espacio muy estrecho, seria muy limitado para que gustasen aquel torrente de delicias: el alma de los santos es la que entra, la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, con la alegría del Señor; y siempre son muy débiles nuestros mayores deseos por esta desmedida felicidad.

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas, y el mismo que el dia XVI, *pág. 412.*

MEDITACION.

QUE NO HAY EN LA TIERRA OTRO VERDADERO MAL SINO EL PECADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal, sino el que nunca puede reputarse como bien, el único que nos priva del verdadero bien y de la fuente de todos los bienes : tal es el pecado.

Míresele por donde se le mirare, siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será objeto de su odio y de su cólera : eternamente lo será de nuestra amargura y de nuestro arrepentimiento: ¿pues cómo lo puede ser ahora de nuestras ansias y de nuestra complacencia?

Todos los que en el mundo llamamos males, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de tantas calamidades : él encendió las llamas del infierno : el pecado es el que hace en el mundo tantos infelices; reina la alegría y la tranquilidad donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, y siendo él mismo todo bien, no puede comunicar otra cosa. ¿Y esta es la idea que se tiene del pecado? Pero ¿será el pecado menos mal, será menos pecado porque se tenga de él otra idea?

Esas diversiones, de donde siempre está desterrada la inocencia, esos pasatiempos mundanos siempre peligrosos, esos espectáculos, esas fiestas profanas, orígen fatal de tantos desórdenes, ¿son por ventura buenas pruebas de que se profesa al pecado grande horror? Y aun las personas que no viven tan desordenadamente, ¿viven siempre con la mayor inocencia? Familiarízanse los hombres con el pecado; pero ¿se familiarizarán igualmente con los tormentos que le

corresponden? ¡Ah Señor, y que mal he conocido el pecado hasta aquí! ¡Pero cuánto le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que sin razon llamamos males á aquellas cosas que pueden contribuir á nuestro bien. Todo puede aprovechar á una alma fervorosa, menos el pecado.

Las desgracias, las enfermedades, las persecuciones, la pobreza, y hasta la misma muerte; todo esto puede contribuir para hacernos felices, puesto que todo puede servir para hacernos santos.

Pocos santos hay que, por decirlo así, no debiesen á las persecuciones, á las adversidades y á los trabajos por lo menos algun grado de su elevacion en la gloria. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas no por eso seréis mas desgraciados. Toda la rabia, ni toda la malicia de los mas crueles tiranos será capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. El que está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene que temer? Es grande error tener por mal y por desgracia el aborrecimiento del mundo, cuando el mundo nos aborrece porque amamos á Dios, y porque servimos á Dios. ¿Qué favores no ofreció el mundo á san Mauricio? ¿con qué ventajosos partidos no le brindó para pervertirle? Y despues que se negó á sus engañosas promesas, ¡con qué suplicios no le amenazó! pero ¡con qué valor despreció el santo así las caricias como los tormentos del tirano! Perdió la vida antes que perder la amistad de Dios. ¿Cuándo discurriremos nosotros así? ¿cuándo raciocinaremos sobre estos mismos principios? ¿Se estima hoy al pecado por el mayor de todos los males? ¿pasa siquiera por mal

entre aquellas personas que tienen gusto, que hacen vanidad de cometerlo? Llámase mal la pérdida de un poco de hacienda, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que tal vez son orígen de mil celestiales bendiciones, segun los designios de la divina Providencia. Pero ¿se tiene al pecado por gran mal cuando se le considera medio proporcionado para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad, mi Dios, he vivido yo hasta aquí! Perdonadme mis inquietudes, y oid benigno mis ruegos, Haced, Señor, que padezca todos los tormentos, haced que sufra todos los males de esta vida antes que cometa jamás un solo pecado.

JACULATORIAS.

Væ vobis, viri impii, qui dereliquistis legem Domini Dei! Eccl. 41.

¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonásteis la ley de vuestro Dios!

Horrendum est incidere in manus Dei viventis. Hebr. 10.

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, siendo víctimas de su cólera.

PROPOSITOS.

1. Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serias, si te halláras en otra disposicion. Pero como de nada sirven las mejores máximas si no se reducen á práctica, siempre que á tí ó á otros suceda algun contratiempo, toma la santa costumbre de decirte á tí mismo: No hay otro mal sino el pecado; consolémonos con que esta pérdida de los bienes ó de salud nos puede ser provechosa: libradme, Señor, de todo pecado, pues no temo cualquiera otro mal.

T. 9. P. 5.



S. LINO, PAPA Y M.

2. Aprovéchate de todos los accidentes que te suceden en el discurso de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tu familia, que solo un mal se debe temer en el mundo, y que este mal es el pecado. Sea este como tu comun proverbio. Repítele sin cesar á tus hijos, y dítele á tí mismo cien veces al dia. No te perdones ni las mas leves mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impaciencias: todo lo que puede lastimar aun lijerísimamente la caridad, debe ser vedado para tí. La demasiada indulgencia contigo mismo, y la poca con los demás, es de ordinario orígen de muchas faltas. Debe causarte horror todo lo que pueda ofender al prójimo por leve que sea, y todo lo que tenga sombra de pecado. La imágen sola de un monstruo espanta y atemoriza. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori, quàm fœdare animam meam*: Mas quiero morir que manchar mi alma con la culpa. No te contentes con tener horror al pecado, ten el mismo á todas las ocasiones de pecar, y huye de ellas como del pecado mismo. No se detesta el pecado cuando no se aborrece la ocasion.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN LINO, PAPA Y MÁRTIR.

San Lino fué el primer obispo de Roma inmediatamente despues de san Pedro, á quien sucedió el año de 66 de nuestro Señor despues que el santo apóstol recibió la corona del martirio.

Este santo, de quien hace mencion el apóstol san Pablo en aquellas palabras de la epístola á Timoteo: *Eubulo, Pudente, Lino, Claudio, y todos los hermanos te saludan*, fué italiano, natural de Volterra en la

Toscana, de familia noble y distinguida, tanto por su calidad y por sus grandes bienes de fortuna, como por los primeros cargos que habian dignamente ejercido en el país sus ilustres antepasados. Su padre fué un señor, por nombre Herculano, y su madre aquella misma Claudia, cuyo elogio hace el apostol san Pablo escribiendo á Timoteo desde la prision nueve ó diez meses antes de su muerte; lo que da motivo á creer que toda aquella ilustre familia habia abrazado el cristianismo durante las apostólicas excursiones que san Pedro y san Pablo habian hecho por toda Italia.

Desde luego reconoció san Pedro en san Lino un natural tan bello, una piedad tan pura, tan sólida y tan sobresaliente, un fondo de capacidad y de prudencia tan grande y un zelo tan generoso y tan á prueba de todo, en un tiempo en que la tierna y recien nacida Iglesia tenia tanta necesidad de buenos y fieles ministros, que tomó con particular empeño el cuidado de formarle por su mano; y dedicándose á instruirle con mayor aplicacion, sacó uno de los mas beneméritos y mas dignos sucesores de los apóstoles.

Gozó la Iglesia de bastante tranquilidad en todo el tiempo del emperador Claudio, y los diez primeros años del imperio de Neron; y queriendo san Pedro aprovecharse de aquella calma para asistir al concilio de Jerusalen hácia el año 48 de Cristo, y para hacer muchas excursiones apostólicas en diferentes provincias, se tiene por cierto que, por no dejar sin pastor á su querido rebaño, ordenó de obispo á nuestro santo y le hizo vicario suyo en Roma, junto con san Clemente, durante el tiempo de su ausencia. Reconoció á su vuelta que no se habia equivocado en el concepto del mérito, del zelo y de las grandes virtudes de san Lino, admirando su solicitud pastoral,

su prudencia, su gran caridad y las demás admirables prendas que le habian hecho dueño de los corazones y merecido la estimacion de todos los fieles.

Como la pastoral solicitud del santo apóstol le tenia continuamente desvelado y siempre atento á todas las necesidades de la Iglesia universal, envió á san Lino á las Galias para que llevase á ellas la luz de la fe. y desmontase aquellas tierras incultas. Lleno nuestró santo del mismo espíritu que animaba á los apóstoles, atravesó los Alpes, entró en aquellas vastas regiones en que reinaba la idolatria, y conducido por el Espíritu Santo, que le guiaba, buscaba ansioso en todas partes ocasion oportuna para descubrir el tesoro oculto que llevaba á los pueblos y naciones. Llegó á Besanzon, ciudad célebre en las orillas del Doubs, capital del Franco Condado, y de la cual se hace mencion en los comentarios de César. Como á algunos centenares de pasos de la ciudad encontró el santo á un oficial llamado Onosio, que era tribuno de la plebe, es decir, el primero y principal magistrado establecido para defender al pueblo contra la opresion de los grandes, y para libertarle de las violencias de los cónsules, resistiendo tambien á las injusticias del senado; miró Onosio con atencion á aquel extranjero, y movido de su aire, pero mas que todo de su singular modestia, le preguntó de dónde era, qué religion profesaba, y á qué fin se dirigia su viaje. Aprovechando san Lino aquella ocasion de anunciar á Jesucristo: « Yo adoro (le respondió) al único y solo Dios verdadero, todopoderoso y eterno, criador de todas las cosas, á quien ruego que te sea propicio. Este solo verdadero Dios tiene un Hijo único, tan eterno y tan poderoso como él; y este su Hijo único, movido de la ceguedad y de las miserias de los hombres, se hizo hombre por la salud de los

mismos hombres: se llama Jesucristo, y quiso morir en una cruz por nuestros pecados. Es verdad que para mostrar que era tambien Dios resucitó por su propia virtud al tercero dia despues de su muerte. Ahora vive en el cielo, y vivirá eternamente en él en compañía de los que abrazaren su religion, guardaren sus mandamientos, y murieren en su gracia.» Oyendo esto Onosio, ya fuese por lijereza ó por burla, se echó á reir; pero como ya habia oido hablar antes de Jesucristo crucificado, le picó la curiosidad; y deseoso de saber á fondo toda la historia, brindó á nuestro santo con su casa. Aceptó san Lino el hospedaje, y á pocos dias se hizo dueño de todo el corazon y de toda la estimacion del tribuno por su modestia, por su dulzura y por su singularísima santidad; tanto, que luego que oyó hablar sosegada y fundamentalmente de la santidad de nuestra religion, y de las impías extravagancias de los gentiles, tocado de la gracia del Redentor, pidió con instancia el bautismo. Desde el mismo punto que se hizo cristiano se declaró por uno de los mas ardientes y mas fervorosos defensores de la fe. Cedió una casa á nuestro santo, que al instante la convirtió en una pequeña iglesia, con el título de la Resurreccion del Salvador, y en honra de la Madre de Dios y de san Estéban. Crecia cada dia el número de los fieles por la conversion de los gentiles, y estaba ya para hacerse cristiana toda la ciudad de Besanzon, cuando el enemigo comun puso en movimiento todos sus artificios para detener tan rápidos como gloriosos progresos.

Tenian los paganos que celebrar una fiesta muy solemne en reverencia de sus dioses, y se disponian para ofrecerles gran número de sacrificios. No pudo mirar sin horror todas aquellas prevenciones el corazon de nuestro santo inflamado en el zelo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Partió á la plaza

donde estaba reunido todo el pueblo: hallóle como amontonado frente por frente del templo destinado á celebrar la solemnidad; y levantando la voz, le habló de esta manera: «¿Qué vais á hacer, engañados y miserables hijos mios? Vais á ofrecer sacrificios; pero ¿á quiénes? A unos ídolos que no valen el incienso que quemais, y son inferiores á las víctimas que les ofreceis. ¿Qué señales de divinidad encontrais en unos troncos inanimados, ó en unas piedras insensibles que deben todo el ser de dioses á la azuela, al escoplo y al martillo, siendo incapaces de defenderse á sí mismos de los estragos del fuego, y de ponerse á cubierto contra los golpes destructores? Cesad, cesad de rendir adoraciones á tan viles criaturas. No hay ni puede haber otro dios, que el único y solo Dios, criador del cielo y de la tierra, que yo os anuncio y os predico: el único que merece nuestro amor, que es digno de nuestros respetos, y á quien se deben ofrecer todos nuestros sacrificios. Dejad, pues, de ser insensatos y ciegos, para lo que no hay otro medio que comenzar á ser cristianos.» Estas palabras pronunciadas con apostólico zelo y con encendido fervor, fueron á manera de un rayo fulminado de las nubes, que, echando por tierra una de las columnas del templo, redujo á menudo polvo el ídolo que sostenia. A vista de aquel prodigio quedó todo el pueblo tan atemorizado y aturdido, que ya iban todos á abrir dichosamente los ojos á las luces de la fe, cuando los sacerdotes de los ídolos, viéndose como á punto de ser abandonados, comenzaron á gritar con todas sus fuerzas, que irritados los dioses iban ya á abismar á toda la ciudad si sobre el mismo hecho y sin dar lugar á dilaciones no se vengaba el insulto y desacato sacrílego que con sus sortilegios y encantos les acababa de hacer aquel insigne hechicero. Mudóse de repente el terror del pueblo en descompuesto furor; y arrojándose sobre

el santo, le molieron á golpes y le echaron de la ciudad. Como el Señor tenia destinado á san Lino para sucesor de san Pedro, se contentó por entonces con que el santo echase los primeros cimientos de aquella ilustre iglesia, una de las mas célebres de las Galias; y en atencion á esto reconoció y veneró siempre la iglesia de Besanzon á san Lino como á su primer obispo y á su apóstol, de quien recibió las primeras luces de la fe.

Precisado san Lino á abandonar su primer rebaño, se sintió como inspirado de retirarse á Roma, donde le estaba esperando san Pedro para confiarle el suyo; y con efecto, luego que llegó á aquella ciudad terminó el príncipe de los apóstoles su gloriosa carrera con la corona del martirio por los años de 68. Poco tiempo estuvo sin pastor el rebaño de aquella capital del mundo y de la Iglesia universal, siendo elegido nuestro santo por unánime consentimiento, como el mas benemérito de todo el clero romano para sucesor de san Pedro, vicario de Jesucristo y cabeza visible de su Iglesia. Los grandes talentos que tenia para gobernarla, su experiencia, su eminente santidad, su zelo y su valor hicieron desde luego conocer que la eleccion habia sido del Espíritu Santo, acreditándole por uno de los mas dignos sucesores de san Pedro el ardiente zelo en que se abrasaba por la propagacion de la fe de Jesucristo, la continua aplicacion á mantenerla en toda su pureza, la caridad universal que le constituia padre de los pobres, refugio de los miserables, consuelo de los afligidos, y asilo general de cuantos se hallaban atribulados con trabajos y con adversidades.

No obstante la calma que gozaba la recien nacida Iglesia en aquellos primeros dias, siempre tenia mucho que trabajar un sucesor inmediato de san Pedro para hacer perfectos cristianos á tantos neófitos como

se contaban entonces, particularmente en aquella capital. A todos proveyó la vigilancia de san Lino. Iba de casa en casa instruyendo á los catecúmenos, esforzando á los confesores, y animando á todos los fieles con sus palabras, con sus limosnas y con sus ejemplos. Como crecia la miés, era menester multiplicar los obreros. Consagró muchos obispos, y ordenó muchos ministros del altar. Al zelo por la propagacion de la fe correspondia el que tuvo por la disciplina eclesiástica. Ordenó, como ya lo habia hecho san Pedro, que las mujeres no entrasen en la iglesia con la cabeza descubierta; conformándose tambien con esto la doctrina de san Pablo, que no quiere aparezcan en ella sin la decencia y la honestidad del velo. En medio de tan continuas y tan importantes ocupaciones en que le tenia empleado la solicitud de toda la Iglesia, hizo lugar para dejarnos escrita la historia de todo lo que sucedió entre el apóstol san Pedro y Simon mago. Escribió tambien dos libros sobre el martirio de los apóstoles san Pedro y san Pablo, de que él mismo habia sido testigo ocular. Los que nos restan en la biblioteca de los padres son poco conformes al original, y es verisímil que fueron alterados por los herejes.

Llenaba á Roma del esplendor de sus virtudes y de sus milagros este gran pontífice, no menos distinguido por su fe y por su santidad, que por la suprema elevacion de su silla. Acaso no tuvo jamás enemigo mas formidable todo el infierno junto. A la invocacion de su solo nombre enmudecian los demonios, y con la señal de la cruz les compelia á dejar libres los cuerpos en cuya posesion habian estado por largos años. Hasta la misma muerte obedecia á su voz, siendo muchos los muertos que revocó á la vida durante el curso de su pontificado á los ojos de toda la ciudad. Ni los mismos paganos se eximian de tributar res-

peto y veneracion á su eminente virtud, recurriendo al santo papa para el alivio ó para la curacion de sus dolencias. Entre otros, Saturnino, varon consular, que mandaba en Roma bajo las órdenes de los emperadores, viendo á su hija poseida del demonio, acudió á nuestro santo, que con la señal de la cruz é invocando sobre ella el nombre de Jesucristo, la dejó libre de aquel infernal huésped. Esperaban todos que en vista de tan insigne milagro se convertiria el comandante; pero los sacerdotes de los ídolos, enemigos implacables del nombre cristiano, le infundieron tanto miedo amenazándole con la indignacion y con la desgracia de los emperadores, que, por no incurrir en ella, mandó cortar la cabeza al santo pontífice. Así se ejecutó; y se cree que san Lino recibió la corona del martirio por los años de 78 de Jesucristo. Enterraron los cristianos su cuerpo en el Vaticano cerca del apóstol san Pedro.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Lino, papa y mártir, quien gobernó la Iglesia inmediatamente despues de san Pedro; y habiendo sido coronado con el martirio, fué enterrado en el Vaticano al lado del mismo apóstol.

En Icona de Licaonia, santa Tecla, vírgen y mártir, que, ganada para la fe por el apóstol san Pablo, venció las llamas y las fieras confesando á Jesucristo bajo el emperador Neron; y despues de haber quedado victoriosa en muchas discusiones con provecho de muchos, partió para Seleucia donde murió en paz. Los santos padres la han celebrado con grandes encomios.

En Campania, la Conmemoracion de san Sosia, diácono de Misena, de quien san Januario predijo el martirio, al ver que una llama se levantaba sobre su cabeza mientras estaba cantando el evangelio en la

iglesia. En efecto algun tiempo despues, siendo de edad de treinta años, padeció el martirio con el mismo obispo, pues les cortaron á ambos la cabeza.

En África, san Andrés, san Juan, san Pedro y san Antonio, mártires.

En tierra de Coutances, san Paterno, obispo y mártir.

En Ancona, san Constancio, misionero, ilustro por el don de milagros.

En España, santa Jantipa y santa Polixena, mujeres piadosas, discípulas de los apóstoles.

Este mismo dia, san Paxencio, venerado con el titulo de mártir en París.

En Chelles cerca de Paris, la venerable Heresvida, religiosa, viuda de un rey de Estangla, mencionada por el venerable Beda.

En Imola, san Proyecto, obispo, uno de los protectores de aquella ciudad; alabado por san Pedro Crisólogo, quien la habia consagrado.

En Escocia, el venerable Adamnan, abad de Hy, el cual ha escrito tres libros sobre los santos Lugares, como lo refiere el obispo Arculfo que habia vivido tres meses en Jerusalen.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Lini, martiris tui atque pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tu mártir y pontifice el bienaventurado san Lino; concédenos por tu bondad que experimentemos los efectos de su proteccion en la tierra cuando reverentes festejamos su nacimiento á la gloria. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem: quoniam cùm probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cùm tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque verò tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deinde concupiscentia cùm conceperit, parit peccatum; peccatum vero cùm consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum, et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere examinado recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas: pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia, habiendo concebido, pare el pecado; y el pecado despues, siendo consumado, engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

NOTA.

« Santiago, obispo de Jerusalen y apóstol, dirige » su epístola á todos los fieles convertidos del ju- » daismo que estaban dispersos por todas las partes » del mundo. Tiénese por cierto que la escribió en » griego, así porque cita en ella la version de los » Setenta, como porque la lengua griega era entonces » la mas comun en todo el Oriente desde el reinado » de Alejandro Magno. »

REFLEXIONES.

A cada uno le tienta el atractivo de su propia concupiscencia. Hablando con propiedad, nosotros mismos somos nuestro mayor tentador. No hay que atribuir al demonio lo que es cosecha de nuestro propio terreno. Nuestro amor propio, nuestra concupiscencia, nuestro propio corazon, son aquel fino, aquel artificioso enemigo que nos arma tantos lazos, que nos hace caer en las redes que nos tiende. La primera acometida suele ser la de la pasion dominante; gana primero el entendimiento, y despues rinde el corazon: conquistados estos dos fuertes, reina con imperio la concupiscencia. En vano quiere resistirse la fe: en vano hace sus protestas: hasta los esfuerzos de la razon son desmayados y débiles: la concupiscencia los deslumbra todos; y es tanto el ruido que mete, que no se dejan percibir las voces de la conciencia. Embótase la punta de los remordimientos contra la dureza del corazon, que comienza en estragado y acaba en insensible. En apoderándose la concupiscencia del corazon humano, todo es tumulto, todo confusion, y tal es el origen de las tentaciones. Siempre se logran algunos intervalos de fe y de razon; pero su desmayada luz entre tantas y tan espesas tinieblas solo sirve como para entrever de cuando en cuando el lastimoso estado en que uno se halla; al modo que al pasajero resplandor de los relámpagos se descubre de vez en cuando el precipicio que nos ocultaba la tenebrosa oscuridad. En este infeliz estado se viene á caer cuando no se acude con tiempo á impedir que tome fuerzas la concupiscencia, cuando desde los principios no se ataja, no se sujeta, no se doma la pasion dominante. Foméntase por todos los medios el amor propio, ¡y nos quejamos despues de los estragos que hace! Lisonjéase en todo á la pasion

dominante, ¡y despues hay grandes quejas por los alborotos que excita! Atribúyese á la malicia del demonio una ocasion próxima que se buscó muy de propósito, un mal pensamiento que nació en nuestro corazon; pero le engendró una vista voluntaria y muy deliberada, la lectura de un libro que se solicitó con el mayor cuidado, una larga, tierna y amorosa conversacion en que se derramó el corazon, y fué á buscarse muy de intento. Es cierto que las pasiones son tentaciones continuas; pero estas pasiones nos deben á nosotros mismos toda su fuerza y toda su malicia. Algunas veces despiertan hasta en la soledad y en el desierto: ni los rigores de la penitencia bastan siempre para *contenerlas*: en medio de ellos se amotinan y conspiran para nuestra pérdida. Pero es preciso confesar que en ninguna parte son tan temibles como entre los placeres, entre las diversiones, en la libertad que se concede á un corazon inmortificado, en la disipacion, en la indevocion, y en medio de ese gran tráfago del mundo. No demos lugar á la tentacion: estemos siempre alerta contra los asaltos de las pasiones, y poseamos nuestra alma con el recogimiento y con la modestia. Mortifíquese el corazon, reprímanse, arréglense los sentidos, y á buen seguro que hará pocos progresos la tentacion.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus.

En aquel tiempo, dijo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién

Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non priùs sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat ad perficiendum : ne posteaquàm posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes : Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens priùs cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longè agente, legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey, debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, cuando está aun muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

DEL FIN DEL HOMBRE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no estamos en este mundo por casualidad. Algun fin se propuso Dios cuando nos sacó de la nada, y este fin no puede ser otro que el de su gloria, habiéndonos criado para conocerle, para amarle y para servirle. Glorificamos á Dios conociéndole y amándole : le damos testimonio de este amor sirviéndole; y le servimos guardando sus mandamientos. Bien pudo Dios no criarnos; pero nunca pudo criarnos para otro fin.

El desórden de las costumbres podrá muy bien hacernos olvidar nuestro deber; pero nunca podrá mudar nuestro último fin: y por desarregladamente

que vivamos, siempre será verdad que no estamos en este mundo para amontonar riquezas, para adquirir honras, para gozar de muchos placeres, y para labrar en él una gran fortuna. Solo estamos en él para servir á Dios, para amarle y para glorificarle con nuestro amor.

Los reyes y los pueblos, los ricos y los pobres, los mozos y los viejos solo están en el mundo para este único fin. Que los hombres sean de diferentes clases y condiciones; que haya subordinacion entre ellos; que unos nazcan para ser señores y otros para ser vasallos, todos nacieron para el mismo último fin, y todos convienen en este punto capital, que todos nacimos para conocer á Dios, para amarle y para servirle.

Que se pase la vida sin pensar siquiera à qué fin estamos en este mundo; que llegue la muerte sin haber pensado jamás en él, siempre subsistirá esta verdad en todos sus principios y en todas sus consecuencias. Siempre será verdad que aquel libertino que vive como si no estuviera en este mundo mas que para entregarse á los deleites y á los placeres; que aquella persona mundana que tiene tan poca religion; que aquel hombre del mundo dedicado únicamente á hacer fortuna en él; siempre invariablemente será verdad que todas estas personas solo están en la tierra para amar á Dios, para servir á Dios y para agradarle. No fué mas criado el fuego para calentar, ni el sol para alumbrar, que el hombre para servir á Dios y para glorificarle. ¡Qué reflexiones se ofrecen sobre esta verdad! ¡qué sobresaltos, qué remordimientos deben producir estas reflexiones!

Pero ¿subsiste el dia de hoy entre los mundanos esta verdad fundamental de nuestra religion, esta basa en que estriba todo su edificio? Pues qué, ¿en esta risueña estacion del año, que brinda á todos con unas diversiones tan poco cristianas, no hay cristiano

que no esté obligado á amar á Dios, á servir á Dios, á glorificar á Dios, del mismo modo que en los dias destinados á la penitencia? Pero ¿qué será de aquellas personas que tanto se oponen á esta indubitable doctrina? ¿Viven segun el fin para que están en este mundo? ¿Y cuál será el término de un camino que no va á dar en nuestro último fin?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que no hay verdad en el cristianismo, que mas presto se aprenda que la del fin del hombre; pero tampoco la hay en que menos se piense, ni que menos fuerza nos haga cuando se piensa en ella. Acaso nunca se ha penetrado bien su sentido, y mucho menos sus consecuencias. Porque si es verdad que solo estoy en este mundo para servir á Dios, no debiera haber en mi vida ni una sola accion que no se refiriese á Dios, y quizá no encontraré en toda la mia ni una sola que haya hecho únicamente por Dios.

Si se consideran precisamente nuestras costumbres, nuestras máximas y nuestra conducta, ¿se dirá que es Dios nuestro último fin? Cada cual tiene sus fines; pero si no es Dios este fin, ¿cuál será nuestro término? Cada cual tiene sus fines; pero ¿qué fines son estos? Aquella conveniencia, aquel empleo, aquella ganancia, aquella diversion, y muchas veces aquel pecado; este es el objeto de mi concupiscencia, de mi ambicion, de mi pasion dominante. Este es propiamente el fin de aquellas negociaciones, de aquellos desvelos, de aquellas solicitudes, de tantos pasos, de tantos movimientos, de aquella vida dura, aplicada, bulliciosa y atropellada de tantas gentes; y en esas fatigas, en esa aplicacion, en ese estudio ingrato y laborioso ¿se mira muchas veces á Dios? ¿se consulta su divina ley? ¿se toman medidas justas para lograr el último fin? Ciertamente en la mayor parte

de las empresas y de los grandes negocios del mundo para nada se cuenta con Dios.

¿Búscase á Dios en esas profanas diversiones, en ese juego, en esas concurrencias en que la profanidad saca á luz todo su aparato? ¿búscase á Dios en esos proyectos ambiciosos, en esos suntuosos equipajes y en esos espléndidos banquetes? ¿búscase á Dios en esas devociones de ruido, de moda y de capricho? Despues que la vanidad y el amor propio se levantan, por decirlo así, con lo mejor de nuestras acciones, ¿restará en ella mucho donde Dios pueda usar de su derecho?

¿Será posible que llegue á tanto nuestro atolondramiento, que miremos serenos nuestro descamino y nos complazcamos en él? Yo no estoy en este mundo sino para reconocer, para amar y para servir á Dios; pero ¿conozco bien á este Dios, cuyas leyes atropello, y cuyas santas máximas hace tanto tiempo que estoy menospreciando? ¿Amo á este Dios á quien desagrado sin reparo, á quien ofendo sin remordimiento, y á quien deshonro con mi vida? ¿sirvo á este Dios cuando no reconozco otro dueño que al mundo y á mis pasiones?

Hombres ingratos, exclama el Profeta, ¿aun no estais contentos con vuestra herencia de tener á Dios por vuestro último fin? ¿Pues porqué os quereis dividir entre Dios y el mundo? ¿Qué se debe inferir de aquí? ¿y cuál será el efecto de los terribles cargos que me hace mi conciencia?

Qué, mi Dios, ¿será posible que solo estoy en este mundo para amaros y para serviros, y acaso se habrá pasado la mejor y la mas bella parte de mi vida sin haberos servido ocho dias, y aun quizá ni un solo dia?

Callo, Dios mio, y sello mis labios, cubierto de confusion. Yo he vivido, yo he envejecido en la disolucion y en el desórden; pero vos, Señor, que vais á buscar la oveja perdida, no desecharéis la que con

vuestra divina gracia acude á postrarse á vuestros piés, protestando que no quiere ya servir á otro dueño que á vos solo.

JACULATORIAS.

Notum fac mihi, Domine, finem meum : ut sciam quid desit mihi. Salm. 38.

Hacedme, Señor, la gracia de que reconozca mi fin, para dedicarme en adelante á él de otra manera que lo he hecho hasta aquí.

Tuus sum ego. Salm. 118.

Todo soy vuestro, Dios mio, y lo soy por muchos títulos; no quiero vivir en adelante sino para vos.

PROPOSITOS.

1. El fruto es del dueño á quien pertenece el árbol. Todos somos de Dios por muchos motivos; y así deben ser de Dios todas nuestras acciones. Cualquiera de ellas que tenga otro fin, es sin mérito. ¡Oh y cuántas obras son perdidas para la eternidad! Interesamos, pues, mucho en evitar esta pérdida. No hagas cosa alguna sino con el fin de agradar á Dios; propongámonos en todas su mayor gloria, y encontraremos siempre la nuestra. Bien se puede decir que nuestros intereses son inseparables de los suyos. Pero es muy fácil equivocarnos en esta concurrencia de motivos; y no pocas veces nos buscamos á nosotros mismos, aun cuando nos lisonjeamos de buscar únicamente la mayor gloria de Dios.

2. *La caridad* (dice el Apóstol) *es paciente, es benigna, no entiende de zelillos, ni de emulaciones.* Todo zelo amargo, inquieto y agrio; todo zelo acompañado de cierta secreta emulacion no es zelo. El carácter del verdadero zelo, es decir, de aquel zelo que tiene á Dios por primer móvil, es curar las llagas con óleo y con vino, como el caritativo Samaritano :

es corregir las faltas con dulzura, esperar el efecto de los remedios con paciencia, alegrarse verdaderamente del fruto que hace el Señor en las almas por los trabajos de otros. Aquella maligna tristeza que se experimenta al ver que otros hacen mas fruto que nosotros con los ministerios, es prueba evidente de que en nuestras buenas obras buscamos alguna otra cosa que no es Dios. *Si tu zelo es amargo* (dice el apóstol Santiago) *y tu espíritu contencioso, no te glories en tus trabajos : esa sabiduría no es la que viene de arriba, es una sabiduría terrestre, diabólica y animal.* Por tanto, donde hay envidia, hay desórden y acciones perversas de toda especie. Si tienes que corregir á tus hijos, ó que reprender á tus criados, guárdate bien de hacerlo con altivez, con cólera, ni con destemplado ardor : la caridad es dulce y nunca se descompone. Son pruebas de una intencion recta y pura trabajar sin turbacion, sin inquietud y sin atropellamiento : trabajar con tanta aplicacion y con tanto zelo en secreto, como en público; en empleos deslucidos, como en los mas brillantes; en una rústica aldea, como en las mas cultivadas y mas numerosas poblaciones; con los pobres y desvalidos, como con los ricos y poderosos; á la vista de todo el mundo, como en un rincon sin testigos : trabajar como si no hubiera en el mundo mas que Dios, y alegrándonos de que los demás trabajen todavía mas que nosotros : no inquietarnos cuando nos interrumpen el trabajo, y cumplir tan exactamente con las menores obligaciones, como con las mayores. Aquellas personas religiosas que hacen poco caso de las reglas menudas, con pretexto de que son menudencias, seguramente no buscan puramente á Dios en la observancia de las mayores. El que únicamente aspira á dar gusto al dueño á quien sirve, igualmente le complace en todo lo que le agrada.



NUESTRA SEÑORA

DE LAS MERCEDES.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

En aquel tiempo que el imperio romano iba declinando de su majestad y de su poder, entraron en España los Godos, los Vándalos, los Suevos, los Alanos y los Silingos: estableciéronse en ella, y la repartieron entre sí; pero al cabo quedaron dueños los Godos de todas sus provincias, y despues de Alarico, Ataulfo y Sigerico, el año de 416, fijó Walia su trono en aquella region, como rey de toda la monarquía. Roderico ó Rodrigo, último rey de los Visigodos, auxiliado de su hermano Cosa, atacó á Witiza, derrotóle, mandóle sacar los ojos, y se apoderó del reino de España. Era Rodrigo un príncipe cruel, de costumbres estragadas, cuyo duro y tiránico gobierno tenia enconados contra sí todos los ánimos; y arrastrado de las pasiones que le tiranizaban, violó el honor de una dama principal, hija del conde don Julian, uno de los primeros señores de España, tan acreditado en la corte como en el ejército. Era el conde gobernador de Ceuta, capital de un gobierno de los Godos en España, situada en la costa de África, no lejos de Gibraltar, donde los Godos poseian algunas plazas. Ofendido, y vivamente irritado de la afrenta que el rey habia hecho á su sangre y á su estimacion en la persona de su hija, disimuló por algun tiempo su resentimiento y su deshonor; pero noticioso de que los Árabes juntaban en el África un poderoso ejército, se valió de este pretexto y pidió licencia al rey para retirarse á su gobierno. Tomó la

vuelta de Ceuta, llevándose consigo lo mas precioso que tenia; y fingiendo despues en su mujer una dolencia mortal que la tenia sin esperanzas de vida, escribió al rey, suplicándole permitiese á su hija que acudiese apresurada á recibir la bendicion y los últimos suspiros de su moribunda madre. Luego que el conde don Julian vió en seguridad á su hija, puso en ejecucion los medios que ya tenia discurridos para saciar su venganza, y comunicó su sentimiento y su dolor á Muza, general del ejército del califa de Damasco, que se hallaba á la sazon en Berbería. No solo le ofreció entregarle todas las plazas que estaban en la jurisdiccion de su gobierno, sino hacerle tambien dueño de toda la monarquía española, como le quisiese dar un número de tropas suficiente para salir con la empresa. Por entonces solo le quiso dar Muza doce mil hombres para que conquistase con ellos una parte de la España; y abierta esta á los Moros ó á los Árabes, en breve tiempo la sujetaron toda á la obediencia del califa. El año 713 perdió el rey Rodrigo la vida y la corona en una sangrienta batalla que ganaron los infieles, viéndose obligados los Españoles á refugiarse en las montañas de Leon, de Asturias y de Galicia. Eran aquellos infieles mahometanos, por cuya razon tambien se apellidaban sarracenos; y multiplicados prodigiosamente en España, se extendieron á la otra parte de los Pirineos, ocuparon las provincias del Lenguadoc y causaron muchos estragos en Francia. El año de 732 los deshizo en aquel reino Carlos Martel, y el de 778 los desbarató en España Carlo Magno, con cuyos golpes quedó abatido su orgullo; y saliendo los Españoles poco á poco de sus escarpados montes (1), fueron con el

(1) Mas de cincuenta años antes que los Franceses pasasen los Pirineos para pelear con los Moros, habian salido ya los Españoles de sus escarpados montes.

tiempo reconquistando una parte de las provincias perdidas, y formaron de ellas muchos reinos, encerrando á los sarracenos en la parte de España donde, por ser dueños de los puertos, podian recibir los socorros que les venian del África, y á beneficio de ellos se mantuvieron hasta el reinado de Fernando, rey de Aragon, y de Castilla por su mujer la reina doña Isabel. En todo este tiempo continuaron los Moros sin cesar de hacer la guerra á los cristianos, declarando esclavos ó cautivos á todos los que hacian prisioneros.

Era durísimo el cautiverio, no habiendo barbaridad que no experimentasen los infelices que le sufrian. A muchos los desollaban vivos, á otros los empalaban, á no pocos les quemaban las plantas de los piés á fuego lento; otros espiraban á violencia de crueles palos, y todos eran peor tratados que los mas viles animales de carga; siendo mayor la desgracia de muchos que, rendidos al miedo de tan crueles tratamientos, renunciaban la fe y abrazaban el mahometismo.

La Madre de misericordia, de quien los Españoles fueron siempre tan devotos, y que, estando aun en vida, habia tomado á España debajo de su proteccion, cuando apareciéndose al apóstol Santiago sobre el pilar que hasta el dia de hoy se venera en Zaragoza, segun la antigua tradicion del país, le mandó edificar en el mismo sitio una capilla dedicada á su nombre, prometiéndole ser especial protectora de una nacion que habia de ser devotísima suya hasta el fin de los siglos; la Madre de misericordia, vuelvo á decir, compadecida de tantas miserias como afligian á los pobres cristianos cautivos, quiso dar al mundo un ilustre testimonio de su maternal bondad, fundando milagrosamente una religion, cuyo instituto fuese solicitar el alivio y la redencion de los cautivos cris-

tianos que gemian bajo la cruel esclavitud de los Moros. Escogió para esta grande obra á uno de sus mas santos y fervorosos siervos, cual fué san Pedro Nolasco, natural del Lenguadoc, siendo su familia de las mas nobles del país, habiendo nacido el año de 1189 en un lugar del obispado de san Papoul, llamado Mas de las santas Doncellas, á una legua de Castelnaudari. Este gran siervo de Dios, no menos distinguido por su ilustre nacimiento que por sus grandes riquezas y sobresalientes prendas, renunciando generosamente las mas halagüeñas y mas tentadoras esperanzas con que el mundo le brindaba, resolvió dedicarse todo á Dios, empleando en su servicio sus bienes y sus talentos.

Sobresalian en él, descollando entre todas las demás virtudes, la tierna devocion á la santísima Vírgen, y una ardiente caridad por los cautivos cristianos que arrastraban las cadenas en poder de los sarracenos. Parecian como nacidas en él la singularísima ternura hácia la Madre de Dios, y la compasion con los miserables cautivos, tanto que no pudo sosegar hasta que vendió todos sus bienes para redimirlos de aquella esclavitud. Ya dijimos en su vida que, animado con los felices sucesos que experimentó en los primeros ensayos de aquella abrasada caridad, no contento con añadir á sus propios bienes las muchas limosnas que pudo recoger de sus amigos, persuadió á muchos caballeros de conocida piedad, que se juntasen con él para formar una piadosa congregacion ó cofradía, dirigida á solicitar la redencion de cautivos cristianos, bajo el título y la particular proteccion de la santísima Vírgen.

Sufrió este piadosísimo proyecto la misma suerte que experimentan por lo comun todas las obras grandes y santas, las que el demonio procura siempre arruinar en su mismo principio, ó por lo menos desacredi-

tarlas con contradicciones, detracciones y calumnias. Pero el mismo rey don Jayme, los grandes del reino y todos los hombres de juicio y de virtud, tocando con las manos la utilidad de aquella buena obra, taparon la boca á la maledicencia y disiparon aquella tempestad.

Comenzaba la piadosa congregacion á experimentar los efectos de su caritativo zelo en favor de los cristianos cautivos, cuando la Reina de los cielos quiso dar á toda la Iglesia otra nueva, pero muy insigne prueba de la atencion que le merecen nuestras necesidades, y de la maternal compasion con que mira las aflicciones y los trabajos de los fieles. Aparecióse á san Pedro Nolasco la noche del primer dia de agosto del año de 1218, á tiempo que estaba el santo en oracion derritiéndose en lágrimas con la consideracion del duro cautiverio de tantos pobres cristianos, que con peligro de su eterna salvacion gemian bajo la tiranía de los bárbaros infieles. Llenó la Señora de celestiales consuelos á su fidelísimo siervo, y le dijo que no podia hacer cosa mas agradable á su santísimo Hijo y á ella, que fundar otra nueva congregacion con el título de Nuestra Señora de la Merced, para la redencion de los cristianos cautivos bajo el dominio de los Moros.

Asombrado san Pedro Nolasco con aquella milagrosa vision, exclamó postrado en tierra: ¿Y quién sois vos, que teneis tan penetrados los secretos de Dios? Pero, ¿y quién soy yo, miserable pecador, para encargarme de tamaña empresa? Yo soy María, madre de Dios, respondió la Vírgen, que traje en mis entrañas y dí á la luz del mundo el soberano Redentor de todos los hombres, y deseo haya en la Iglesia una nueva familia que haga singular profesion de redimir á los cautivos. Anda y funda esta religion, que tomo desde luego debajo de mi proteccion. Yo te

facilitaré los medios y allanaré todos los estorbos. Desapareció la Vírgen, y Nolasco se reconoció animado de nueva caridad y de mas encendido zelo. Persuadido ya de la voluntad del Señor, tan descubierta por una vision en que no podia poner duda, nada tuvo que discurrir sino en proporcionar los medios para la ejecucion de empresa tan importante. Pero no atreviéndose á dar paso alguno sin consultarle primero con su confesor, que lo era san Raymundo de Peñafort, se encaminó á buscarle, y le refirió sencillamente todo lo que le habia sucedido en la oracion. Habia revelado lo mismo la santísima Vírgen á san Raymundo, y este le declaró que habia tenido la propia vision. Confirmados uno y otro en que era de Dios el pensamiento, se fueron directamente á palacio para comunicar al rey lo que intentaban, y confiarle al mismo tiempo la noticia del duplicado milagro. Pero quedaron gustosamente sorprendidos, cuando, luego que el rey los vió en su cuarto, se anticipó á contarles una vision que habia tenido, y era enteramente conforme á la de los dos; porque no queriendo la Vírgen que se pusiese en duda un milagro tan grande de su misericordia y de su bondad con los cautivos cristianos, dispuso que se confirmase con tres testimonios tan auténticos. Desdo aquel punto solo se pensó en disponer todo lo necesario para la fundacion de una órden que se puede llamar milagrosa, habiendo debido su nacimiento á tan insigne milagro.

El dia de san Lorenzo del mismo año, el rey, acompañado de toda su corte y de los magistrados de Barcelona, pasó á la catedral, llamada Santa Cruz de Jerusalen, donde subió al púlpito san Raymundo, y publicó en presencia de todo el pueblo la vision que á un mismo tiempo habian tenido el rey, Pedro Nolasco y el mismo santo, con lo que la Madre de

misericordia les habia revelado tocante á la fundacion de una órden religiosa, con el título de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. Acabado el ofertorio, el rey don Jayme y san Raymundo tomaron de la mano á Pedro Nolasco, y le presentaron á Berenguer de la Palu, obispo de Barcelona, quien le vistió el hábito blanco y el escapulario de la órden; y poco antes de la comunion hizo el nuevo fundador los tres votos acostumbrados de religion, y añadió el cuarto, por el cual así él como todos los que abrazasen el nuevo instituto, se obligaban no solo á pedir limosna para rescatar á los cristianos cautivos, sino á quedarse ellos mismos en rehenes y por rescate siempre que lo pidiese la necesidad. Al mismo tiempo hicieron tambien la profesion otros dos caballeros, y el rey cedió al santo fundador la mayor parte de su palacio de Barcelona para que fabricase el primer convento de la órden, y quiso que los religiosos llevasen sobre el escapulario las armas de Aragon, á las que añadió el santo, con beneplácito del rey, las de la catedral.

Tal fué el nacimiento de esta sagrada religion, tan respetable por su milagroso instituto, y tan célebre por los grandes hombres que ha dado para la redencion y para el consuelo de tantos cautivos cristianos. Confirmóla el papa Gregorio IX, y honróla con crecido número de grandes privilegios la santa silla apostólica, en reconocimiento de tan insigne y tan heróica caridad. Hace mencion el martirologio romano de esta milagrosa aparicion el dia 10 de agosto con estos términos: *En España la aparicion de la santísima Virgen María á san Pedro Nolasco, á san Raymundo de Peñafort, y á Jayme, rey de Aragon, inspirándoles el pensamiento de fundar la religion de la Merced, redencion de cautivos.* Y la Iglesia, mas y mas atenta á honrar siempre á la Madre de Dios, zelosa de aumen-

tar en el corazon de todos los fieles el culto, la devocion y la confianza en esta Madre de misericordia, instituyó el dia de hoy una fiesta particular para perpetuar la memoria de tan grande beneficio, y en accion de gracias por la fundacion de una órden que ella misma es un milagro de la mas heróica caridad cristiana.

Pocos siglos se hallarán en que no haya cuidado la divina Providencia de persuadir á los fieles por medio de algun suceso milagroso, que la proteccion que debemos esperar de la Madre de Dios, sublimada a la diestra de su Hijo, es al mismo tiempo la mas poderosa y la mas segura que nos debemos prometer si nos esforzamos á merecerla. Por tanto, debemos hacer todos los esfuerzos posibles para merecer esta proteccion con nuestra confianza, con nuestras oraciones y con nuestro zelo en obsequiarla y servirla. Mas ¿y qué no deberemos hacer nosotros por esta Señora en vista de lo que ella hace por nosotros? Habiendo dado al mundo el mediador que nos reconcilió con su Eterno Padre, cooperó despues ella misma en cierta manera á la obra de nuestra redencion, ofreciendo á su mismo Hijo, y sacrificándole en alguno modo por la salvacion de los hombres. De aqui podemos inferir qué impreso tiene en el alma el deseo de nuestra salvacion.

Admirámonos algunas veces de lo poco que nos dice el nuevo Testamento acerca de las grandezas de la santísima Vírgen, y hasta los mas tibios devotos de esta Señora desearan que el Evangelio se hubiese extendido mas en sus alabanzas. Pero esto es puntualmente, dicen los padres de la Iglesia, lo que debe hacernos formar mayor y mas sublime concepto de esta Señora. El Espíritu Santo, dicen, que no ignoraba el fundamento en que debia cimentarse la grandeza de su esposa, juzgó que solo el título de *Madre*

de Dios, bien explicado, supliria con ventajas todos los demás elogios; y una vez que hiciese conocer la divinidad del Hijo por una larga relacion de milagros indubitables, no era posible despues dejar de tributar las mayores honras á la madre de tal hijo. Con efecto, estas dos solas palabras, *Madre de Dios*, bastan para contentar el mayor zelo por la gloria de la Virgen. Quien penetrare bien todo su sentido, descubrirá un insondable fondo, por decirlo así, de méritos, de grandeza y de confianza en su poderosa intercesion. Solamente los herejes no han podido jamás tomar gusto á una devocion tan justa, tan sólida, tan racional, y que es una de las señales menos dudosas de predestinacion.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Autun, la fiesta de san Andoquio, presbítero, san Tirso, diácono, y san Felix, mártires, que traidos de Oriente por san Policarpo, obispo de Esmirna para predicar en Francia, fueron allí azotados largo tiempo, colgados en el aire todo un dia con las manos atadas atrás; fueron despues arrojados al fuego que no los quemó, y en fin los mataron á garrotazos sobre el cuello, y ganaron así gloriosamente su corona.

En Egipto, el suplicio de san Pafnucio y sus compañeros, mártires. Este santo, que vivia en una soledad, habiendo sabido que muchos cristianos estaban aherrojados, impelido por un espíritu sobrenatural, fué á ofrecerse voluntariamente al prefecto y confesó libremente la religion cristiana. El prefecto le mandó encadenar y atormentar largo tiempo en el potro. Luego le envió con otros muchos á Diocleciano, quien dió órden de atarle á una palmera: los demás fueron pasados á cuchillo.

En Calcedonia, cuarenta y nueve mártires, quienes, despues del martirio de santa Eufemia fueron con-

denados á las fieras por el emperador Diocleciano, y habiendo sido milagrosamente preservados, fueron al fin acuchillados y volaron al cielo.

En Hungría, san Gerardo, obispo y mártir, llamado el apóstol de los Húngaros; Patricio de Venecia, el primero que ilustró á su patria con un noble martirio.

En Clermont de Auvernia, la muerte de san Rústico, obispo y confesor.

En tierra de Beauvais, san Germer, abad.

En Marsella, san Ysarne, abad de San Víctor.

En Gerona, el venerable Dalmace-Moner, del órden de santo Domingo, que habia sido educado en Montpeller.

En Jerusalen, el anuncio de la concepcion de san Juan Bautista, hecho á Zacarías por el arcángel san Gabriel.

Este mismo dia, san Gargilo, mártir.

En Pisaura, san Terencio, mártir, patrono de dicha ciudad.

En Arezzo, santa Antilla, vírgen y mártir.

Entre los Griegos, san Copro, confesor.

La misa es en honra de la santísima Vírgen, y la oracion la que sigue.

Deus, qui per gloriosissimam filii tui matrem, ad liberandos Christi fideles à potestate paganorum, nova Ecclesiam tuam prole amplificare dignatus es: præsta, quæsumus, ut quam piè veneramur tanti operis Institutricem, ejus pariter meritis et intercessione, à peccatis omnibus et captivitate dæmonis liberemur. Per eumdem Dominum...

O Dios, que, para librar los cristianos de la potestad de los infieles, os dignásteis aumentar en vuestra Iglesia una nueva familia por medio de la gloriosísima madre de vuestro precioso hijo, os suplicamos nos concedais la gracia de que nos libremos de todos los pecados y del cautiverio del demonio por medio y por la intercesion de la que veneramos con devocion como fundadora de este sagrado instituto. Por el mismo Señor...

La epistola es del cap. 24 del libro de la Sabiduría.

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi. Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea. Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hæreditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y existiré por todo el siglo futuro, y ejercité mi ministerio en el tabernáculo santo delante del Señor. Así yo tuve en Sion estabilidad, y tambien la ciudad santa fué lugar de mi reposo, y en Jerusalen tuve mi palacio. Y eché raíces en un pueblo glorioso, y en la porcion de mi Dios, que es su heredad, y mi habitacion fué en la plenitud de los santos.

NOTA.

« Solo con leer esta epístola y todo el capítulo de » donde se extractó, se reconoce que el Espíritu » Santo quiso hacer en él un abreviado retrato de la » santísima Vírgen. *Criada desde el principio*: quiere » decir, que como Dios tuvo en su divina mente » desde la eternidad, y antes de todas las criaturas, » al Verbo encarnado, tuvo tambien antes de todas » ellas á la que habia de ser madre inmaculada del » mismo Verbo hecho hombre; y así de lo demás. »

REFLEXIONES.

Establecióse mi poder en Jerusalen, y me arraigué en aquel pueblo que el Señor honró con especial benevolencia y con bondad particular. Esta es una de las razones de aquella piadosa inclinacion que todos los verdaderos fieles tienen á la devocion, al culto y á la confianza en la santísima Vírgen. Nació esta tierna devocion con la misma Iglesia, y es inseparable del espíritu de nuestra religion. No hay santo

en el cielo que no hubiese sido ardiente y zeloso siervo de la Madre de Dios; reina y reinará siempre María en el corazon de todos los elegidos: *In electis meis mitte radices.* Cuando Dios escogió á María para madre de su hijo, la hizo soberana protectora y madre de todos los verdaderos fieles. De aquí nace sin duda aquella indiferencia, aquella frialdad, aquella aversion de todos los réprobos, de todos los enemigos de la religion contra la Madre de Dios. Deslúmbralos su resplandor, y no pueden sufrir su luz los ojos débiles y achacosos. Las almas rastreras no pueden levantarse á mirar su elevacion y su grandeza. Pero los verdaderos fieles, á imitacion de las celestiales inteligencias, no cesan de publicar sus alabanzas, reconociendo todos que, despues de Jesucristo, toda nuestra devocion, toda nuestra veneracion y toda nuestra confianza debe colocarse en María. Cuando Aaron con el incensario en la mano se arroja en medio del pueblo para que el fuego del cielo no le reduzca á cenizas, entonces se deja Dios aplacar por el incienso, dice un gran siervo del Señor. Aun el mismo Señor, cuando en el furor de su ira parece resuelto á exterminar á su pueblo en castigo de sus maldades, busca un solo hombre justo que aplaque su indignacion, y se queja de que no pueda encontrarle: *Quæsivi de eis unum qui interponeret sepem, et staret oppositus contra me pro terra, ne dissiparem eam; et non inveni.* No me admiro, no, ó Padre de las misericordias. Aun no habia nacido María en aquellos desgraciados tiempos; aun no habiais concedido al mundo tan poderosa medianera; pero despues que tuvimos la dicha de lograrla, ¡cuántas veces aplacó vuestra justa indignacion! ¡cuántas detuvo vuestro brazo vengador! ¡cuántas se puso entre vos y el pecador, presentándoos las lágrimas que nos hacia derramar el arrepentimiento, consiguiendo el perdon de nues-

tras culpas, y forzando, por decirlo así, vuestra providencia á explicarse en milagros y en prodigios para darnos la salvacion! Dichosa, pues, el alma que colocó en María su confianza; dichosa la que, venerando profundamente al Hijo, aprendió desde su infancia á implorar la proteccion de la Madre; la que nunca separó en su corazon al uno de la otra, ni movida de cierto engañoso zelo, se privó miserablemente de uno de los mas poderosos y mas eficaces medios que tenemos para salvarnos.

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore: Loquente Jesu ad turbas, extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

LOS BIENES QUE LA SANTÍSIMA VÍRGEN PROCURA Á SUS VERDADEROS DEVOTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que dice san Antonino acerca de la devocion á la santísima Vírgen. Aplícale este gran siervo suyo lo que dice Salomon de la sabiduría, símbolo de la misma Señora, segun el Espíritu Santo: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius*: viniéronme con ella todos cuantos bienes podia desear; fueron sin número las honras y las gracias de que me llenó. Esto mismo pueden decir los verdaderos devotos de la Vírgen.

Los bienes temporales solo se llaman bienes por analogía; son bienes aparentes, superficiales, caducos y siempre insuficientes. Ninguno es capaz de llenar nuestro corazon, y ninguno hay que no le altere. Los verdaderos bienes del hombre son los espirituales, bienes que satisfacen, bienes sólidos, bienes que verdaderamente lo son para el tiempo y para la eternidad. Tales son las gracias del Redentor, todas de infinito precio; la inocencia, la devocion, las virtudes, el vencimiento de las pasiones y de las tentaciones, los actos de virtud, el perdon de los pecados, la perseverancia en el bien y la gracia final. Estos son los bienes que se deben estimar, los que merecen llamarse bienes del hombre, los únicos que son dignos de nuestros deseos, y objeto noble de nuestra cristiana ambicion. Estos son tambien los que nos granjea la verdadera devocion á la santísima Vírgen, tesorera y distribuidora de las gracias del Redendor, como la llaman los santos. ¿En quién los derramará esta Madre de misericordia sino en sus queridos hijos, en sus fervorosos y fieles siervos? ¿quiénes se podrán lisonjear de tener mas parte en ellos sino los que la aman con ternura, los que la honran con zelo, y los que se dedican á servirla con amor y con fidelidad? Así como el pecado enfria y apaga la devocion á la Vírgen, así la gracia y la inocencia la vigorizan y la fomentan. No admite María en su servicio sino almas verdaderamente puras; y por eso la verdadera devocion á la Vírgen se reputó siempre por una señal poco dudosa de una vida verdaderamente cristiana; siendo esta misma vida fruto de la misma devocion, y efecto de la especial proteccion de la Madre de Dios: *Non sic timent hostes visibiles hostium multitudinem copiosam,* dice san Bernardo, *sicut aereæ potestates Mariæ vocabulum et patrocinium.* No temen tanto los hombres á un numeroso ejército de enemigos, como las potes-

tades del infierno á solo el nombre y la proteccion de María. Todo devoto de esta Señora tiene derecho para lisonjearse de esta proteccion; ninguno deja de experimentar su poder cuando se ofrece la ocasion. ¡O buen Dios, y qué auxilio tan poderoso es contra todas las tentaciones la devocion á la santísima Vírgen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la santísima Vírgen es el refugio de los pecadores, y como á tales les alcanza el perdon de los pecados. Una de dos: ó se deja de ser pecador, ó se deja de ser devoto de María. Esta amable Madre de misericordia aborrece al pecado; pero ama con ardiente caridad á los pecadores, y les obtiene su conversion. A ella deben aquellas gracias prevenientes, aquellas gracias eficaces que los mueven á convertirse. Pudiéndolo todo con su querido Hijo, en nada emplea con mas gusto su poder que en favor de estas almas descaminadas. Gran consuelo es para los pecadores hallar en María no solo asilo seguro contra los rayos de la justa cólera de Dios, sino tambien una abogada poderosa. De aquí nacen todas aquellas gracias que acompañan á la verdadera devocion; de aquí aquellos prodigios de conversion que no quieren creer los enemigos de María, y experimentan en sí sus fieles siervos. Pero siendo tan favorable y tan benéfica con los pecadores, ¿qué no hace con los justos? ¿qué gracias, qué favores no les alcanza del cielo? ¿qué maravilla es en vista de esto que los mayores santos de la Iglesia hubiesen profesado tan tierna y tan encendida devocion á la santísima Vírgen, ni cómo podian dejar de ser tan grandes santos profesándole tan encendida y tan tierna devocion? *Ego diligentes me diligo.* Ama la Vírgen á los que la aman, segun la expresion de la Escritura, que aplica la Iglesia á la Madre de Dios. ¿Qué gracias, qué

proteccion, qué favores no deben esperar de esta fuente de bondad? ¿qué auxilios en la vida, y qué amparo en la hora de la muerte? Aquella gracia final que nunca se puede merecer, y es como el sello de nuestra predestinacion; aquella última gracia de que depende la eterna felicidad, es el mas precioso don que la Vírgen alcanza de Jesucristo en beneficio de sus fieles y fervorosos siervos. Por esta razon le hace la Iglesia, y nos exhorta á nosotros que sin cesar le hagamos esta oracion: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte: *Sancta Maria Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostræ. Amen.*

Hacedlo así, Vírgen santísima, rogad por mí; y sobre todo, alcanzadme la gracia de que os ame, de que os honre y de que os sirva sin aflojar y sin entibiarme todos los dias de mi vida, para conseguir por vuestra intercesion la perseverancia final en la hora de la muerte.

JACULATORIAS.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata. Eccl.

Dignaos, ó Vírgen santísima, alcanzarme gracia para amaros, y para cantar vuestras alabanzas por todos los dias de mi vida.

Sancta Maria, succurre miseris, juva pusillanimes, refove flebiles, ora pro populo, interveni pro clero, intercede pro devoto femineo sexu: sentiant omnes tuum juvamen, quicumque celebrant tuam sanctam commemorationem.

Santa María, socorre á los afligidos, alienta á los pusilánimes, enjuga las lágrimas de los que lloran, ruega por el pueblo, empéñate por el clero, intercede por el devoto sexo femenino. Sientan, en fin, los efectos de tu proteccion todos aquellos que cantan sin cesar tus alabanzas.

PROPOSITOS.

1. Si la Iglesia encontró en el título de *Madre de Dios* un objeto tan digno de veneracion que proponer al respeto de todos los fieles, en el mismo título halló tambien otra cosa de mayor consuelo y de mayor edificacion para todos nosotros. En él descubrió aquellos inmensos tesoros de gracias que ofrece á todos sus hijos. En él halló una medianera que lo puede todo, un asilo que franquea á todos los pecadores, una madre llena de ternura, como ya hemos dicho, para con todos los hombres. Teniendo siempre á la vista estos motivos de devocion y de confianza, no solo debes recurrir á la Vírgen en todas ocasiones, sino dar pruebas prácticas de tu zelo por su culto; de tu devocion y de tu amor en todas las horas del dia. Es devocion muy provechosa y muy familiar á sus verdaderos siervos rezar *el Ave María* siempre que da la hora. Toma desde luego esta devocion, que sin duda es muy agradable á la Madre de Dios, y de grande utilidad espiritual para los fieles.

2. Excita en tu corazon algun zelo por la redencion de los cristianos cautivos. Cosa extraña es que los fieles mas afligidos sean los mas olvidados. Entre los infieles de Berbería no tienen que esperar alivio ni consuelo. Son cautivos precisamente porque son cristianos: el lastimoso estado en que se hallan es capaz de enternecer los corazones mas duros; peor alojados y peor tratados que los animales mas viles; todo el dia tirando del carreton ó trabajando en las obras públicas de mayor fatiga, y tratados como perros, sin otro sustento, por lo comun, que el que sobra del que se da á estos animales domésticos. Solo les es lícito padecer, sin concedérseles la libertad de quejarse. Cada instante en peligro de apostatar, pues se los maltrata para obligarlos á renunciar la fe y aban-

donar la religion, y todo sin consuelo y sin alivio. Los pobres y los miserables que viven dentro de las poblaciones cristianas, vienen por sí mismos á exponernos sus necesidades; pero nuestros hermanos cautivos carecen de este consuelo. Es gran dureza olvidarlos porque no pueden venir á representarnos su miseria. Ten mucha compasion de aquellos pobres abandonados. No puedes hacer limosna mas cristiana ni mas grata á Dios y á la santísima Vírgen. Haz esfuerzos de caridad para socorrerlos. En todos los pueblos hay cepos y cajas para la redencion, echa en ellas largamente toda la limosna que pudieres; algun dia sabrás que con ella conservaste la vida y la fe de algun miserable cautivo. Acaso no hay obra de misericordia que sea mas agradable á los ojos de Dios. «Las piadosas leyes de España anulan los testamentos en que no se deje alguna limosna para la redencion y para la casa santa de Jerusalen, que tambien se debe considerar en cierta especie de cautiverio. Con ninguna otra necesidad se practica semejante demostracion; señal cierta de que nuestros religiosos legisladores reputaron esta por la mayor y por la mas urgente. No te contentes, como lo hacen tantos, con dejar señalada una misma cantidad para cumplir con la corteza de la ley; esto en rigor mas es eludirla que observarla. Confórmate con su espíritu mas que con su letra, y cuando estés para comparecer delante de tu Redentor, acredita en tu última disposicion que quieres imitarle seriamente en el oficio de tal.»

DIA VEINTE Y CINCO.

SAN FERMIN, OBISPO Y MÁRTIR.

Fué san Fermin natural de Pamplona, y su familia una de las mas nobles del pais. Obtenia su padre Firmo uno de los primeros cargos en el gobierno de la ciudad y del senado; ni era de menos ilustre nacimiento su madre Eugenia; pero ambos tenian la desgracia de ser idólatras como todo el resto de la ciudad, en la cual aun no se habia anunciado el Evangelio. Iban un dia juntos al templo de Júpiter para ofrecerle sacrificio en compañía de los demás ciudadanos, y en el camino, por dichosa disposicion de la divina Providencia, encontraron á un sacerdote de Jesucristo, llamado Honesto, que estaba predicando al pueblo el Evangelio de la salvacion. Detúvolos la curiosidad de oir al extranjero, cuya gravedad, cuya dulzura y cuya modestia les llevó desde luego toda la atencion; pero mucho mas los arrebataron las nuevas, pero grandes verdades que le estaban escuchando. Acabado el sermon, le suplicaron se sirviese ir á su casa para explicarles á ellos mas despacio y mas en particular lo mismo que en general y rápidamente le habian oido anunciar á la muchedumbre. Condescendió gustoso san Honesto; pasó á casa de Firmo, y este le preguntó quién era, de dónde venia, y con qué autoridad intentaba exterminar la antigua religion que todos profesaban para introducir otra nueva. Respondió á todo generosamente que era cristiano, que venia de Tolosa, que con mucha honra suya era capellan del santo obispo Saturnino, quien le habia enviado para disipar las tinieblas del error en que vivian, y para descubrirles

el camino de la vida eterna. Encantado el senador de su santa conversacion, le manifestó el gusto que tendria en conocer y en tratar al obispo Saturnino, y le dió esperanzas de que recibiria el bautismo. Prometióle Honesto que le cumpliria ese gusto, y que solicitaria que le fuese á ver el obispo. Con efecto, siete dias despues entró en Pamplona san Saturnino. Luego que predicó públicamente á Jesucristo, se convirtieron á la fe cuarenta mil personas á ejemplo de Firmo, Fausto, Fortunato, todos tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Edificóse una iglesia, que á pocos dias fué necesario hacer mas capaz, y en breve tiempo abrazó la religion cristiana toda la ciudad de Pamplona. Restituyéndose san Saturnino á Tolosa, dejó á cargo de Honesto el cuidado de aquel rebaño, cuyo principal ornamento era Firmo y toda su familia por el zelo y por la piedad que resplandecia en toda ella.

Tenia Firmo un hijo llamado Fermin, que á la sazon solo contaba diez años de edad, y deseando asegurarle una santa educacion, le entregó á la enseñanza del santo presbítero Honesto, de cuyas manos habia recibido el bautismo el mismo niño Fermin. A favor de tan noble maestro, de su excelente ingenio y de su bello natural, hizo Fermin en breve tiempo rápidos y maravillosos progresos. Descubrió muy desde luego una como natural inclinacion á todo lo bueno; tanto, que por su virtud, por su tierna devocion y por su amor á la pureza reconocieron todos tenerle destinado Dios para ser con el tiempo digno ornamento de la santa Iglesia. Fué admitido en el clero á la misma entrada de su florida juventud, y á los diez y ocho años de su edad ya predicaba con admiracion del público, cuando la avanzada edad y los achaques no permitian á san Honesto ejercer este ministerio. Creciendo con los años la virtud, y mani-

festándose cada dia mas y mas sus singulares talentos, determinaron sus padres enviarle á Tolosa para que bajo la disciplina de Honorato, obispo de aquella ciudad y sucesor de san Saturnino, se perfeccionase en el estado eclesiástico. Edificado el obispo de Tolosa así de la virtud como del extraordinario mérito del discípulo de san Honesto, y conociendo sus raras prendas, resolvió elevarle á los sagrados órdenes; y despreciando la resistencia de su profunda humildad, le ordenó primero de presbítero, y despues le consagró obispo de Pamplona. Envióle á cuidar de su rebaño, y al despedirle le dijo: *Alégrate, carísimo hermano, porque Dios te ha escogido para vaso de eleccion. Siendo ya pastor de las almas por la gracia del Señor, ve inmediatamente á cuidar de tu grey, y desempeña con fidelidad el sagrado ministerio que Dios te confió en tu consagracion.*

No se pueden explicar las demostraciones de alegría con que fué recibido de su pueblo. Comenzó luego á desempeñar las funciones de su estado, y desde que se dejó ver en el púlpito conocieron todos que Dios les habia dado por pastor á un nuevo apóstol. Recorrió luego toda la diócesis, haciéndose todo á todos por ganarlos á todos para Jesucristo. La misma idolatría, que estaba como atrincherada en aquellas faldas de los Pirineos, parecia que iba huyendo delante de san Fermin. Arruinó muchos templos, hizo pedazos los ídolos, y fué tanto el número de las conversiones, que en muy breve espacio de tiempo se llenó todo el pais de fervorosos cristianos.

Animado su zelo con tan felices sucesos, juzgó ser estrecho campo toda la Navarra para satisfacer los incendios de su amor. Ordenó suficiente número de presbíteros para que cuidasen de aquella nueva cristiandad, y penetrado su corazon con las palabras de

Cristo : *Id, y enseñad á todas las naciones*, resolvió partir á llevar la luz de la fe á los gentiles, esperando hallar entre ellos la corona del martirio. Entró en las Galias, donde estaba furiosamente encendida la persecucion contra los cristianos; y llegando á la ciudad de Agen, se encontró con un santo presbítero, llamado Eustaquio, que le detuvo algun tiempo para confirmar los fieles en la fe, y disponerlos para la persecucion que, á manera de un fuego violento y arrebatado, se iba extendiendo por todas las Galias. Salió de Agen y pasó á la Auvernia, desafiando los peligros, predicando la fe de Jesucristo con una intrepidez que admiraba á los mismos paganos, y atacando la idolatría hasta en aquellas fortalezas en que reinaba con mayor imperio.

Hallándose en una ciudad de Auvernia, tuvo una célebre disputa con dos gentiles de los mas considerables y de los mas obstinados, que se llamaban Arcadio y Rómulo. Mostróles san Fermin tan clara y tan evidentemente la locura y los errores del paganismo, haciéndoles al mismo tiempo tan palpable evidencia de la verdad y de la santidad de nuestra religion, que los convirtió; y habiéndolos instruido, les confirió el bautismo : conquista que ganó para Jesucristo la mayor parte de los pueblos de aquella nacion. Animado el santo apóstol á emprender nuevos trabajos con estas conquistas, se transfirió á Angers, donde en quince meses de residencia consiguió grandes victorias de la idolatría, haciendo entrar en el rebaño de Jesucristo inmenso número de ovejas escogidas. Como ningun estorbo era capaz de detener ni de moderar la actividad de su zelo, apenas ganaba un pueblo para Jesucristo cuando corria á otros para plantar en ellos el estandarte de la fe. No es fácil explicar lo mucho que padeció en estas excursiones apostólicas. Privado de todo humano consuelo, opri-

mido de fatigas, agobiado del peso de los trabajos, perseguido y maltratado de los paganos, y en continuo peligro de la vida, nada fué bastante para poner límites á su fervor y a su zelo. De la provincia de Anjou pasó á la de Normandía, donde esparció por todas partes las luces de la fe, haciendo tan prodigiosa multitud de conversiones, que con razon se le puede apellidar el apóstol de aquella provincia, como de otras muchas.

Creciendo en Fermin cada dia mas y mas el fervoroso deseo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, noticioso de que el presidente Valerio, enemigo mortal del nombre cristiano, perseguia á los fieles en Beauvais con extraordinaria crueldad, voló allá inmediatamente, no dudando encontrar con la suspirada corona del martirio. Con efecto, luego que llegó fué reconocido por cristiano; y habiendo sido denunciado como tal en el tribunal del presidente, fué encerrado de su órden en una horrosa cárcel. Pero no bastaron á satisfacer la insaciable sed que tenia de padecer, ni las incomodidades de la prision, ni los tormentos que le hicieron sufrir en ella. Perseveró preso y encadenado hasta la muerte del presidente Sergio, sucesor de Valerio, con cuya ocasion le pusieron en libertad los mismos ciudadanos. Aprovechándose de ella san Fermin, predicó públicamente la fe de Jesucristo en Beauvais con tanta bendicion, y con tan felices sucesos, que se edificaron muchas iglesias. Corrió despues toda la Picardía, y una parte de los Países Bajos con el mismo zelo y con igual fruto en todas partes, hasta que en fin entró en Amiens, teatro destinado por la divina Providencia para dichoso término de sus apostólicas fatigas.

Luego que llegó, juntó un rebaño de que él mismo fué el primer pastor. En los tres primeros dias que

predicó, convirtió tres mil personas. No contribuian poco á tan admirables sucesos los milagros que acompañaban á su predicacion. No habia resistencia á las palabras del apóstol. Los ídolos caian y se hacian pedazos á sus piés : los demonios dejaban los cuerpos que poseian solo con ponerse delante de san Fermin : no habia enfermedad que al instante no curase invocando el nombre de la santísima Trinidad; y era tan crecido el número de los prodigios, que los gentiles le tenian por algun Dios, como en otro tiempo lo hicieron con san Pablo y san Bernabé. Resonaban en toda la ciudad el nombre y las maravillas del santo obispo. Llegó á noticia del gobernador de la provincia, á quien algunos llaman Juliano, lo que pasaba en Amiens, y mandó arrestar á nuestro santo. Teniéndole en su presencia, le preguntó en nombre de quién hacia los milagros; á que respondió Fermin con santa intrepidez, que en nombre de Jesucristo, único Dios verdadero, y Redentor de todos los hombres. Tomando despues ocasion para hablarle á fondo de nuestra sagrada religion, lo hizo con tanta valentía, con tanta elocuencia y con tanta majestad, que enamorado el mismo gobernador de lo que oia, mandó que le dejasen ir libre. Pero apenas salió del pretorio, cuando en la misma plaza de palacio comenzó á predicar la religion; de lo que informado el gobernador, encendido y atizado por los señores gentiles que estaban cerca de su persona, ordenó que le echasen mano, y que le encerrasen en un calabozo, donde consoló Dios maravillosamente á nuestro santo, revelándole que presto recibiria el premio de sus trabajos con la corona del martirio. Así sucedió; porque al dia siguiente el gobernador, temiendo alguna sedicion, le mandó cortar la cabeza en la misma cárcel, lo que aconteció el dia 25 de setiembre, en que se celebra su fiesta.

Cierto señor, por nombre Faustino, á quien el santo habia convertido, halló medio para apoderarse del cuerpo, que mandó enterrar en una de sus heredades, de donde poco tiempo despues fué trasladado á una iglesia que el mismo san Fermin habia dedicado à nuestra Señora. Por muchos siglos permaneció desconocido el santo cuerpo en aquel lugar. En fin, despues de una larga serie de años, no sabiendo ya los cristianos dónde paraba aquel precioso tesoro, Salvio, obispo de Amiens, hombre de eminente virtud, resolvió descubrirle, y para este fin recurrió á la oracion. Convocó al clero y al pueblo, intimó un ayuno general por espacio de tres dias, y exhortó á todos á rogar incesantemente al Señor que les descubriese el cuerpo de su santo apóstol, resolviendo él mismo no salir de la iglesia durante los tres dias, pasándolos dia y noche en oracion delante del Señor. Oyó Dios sus piadosos deseos, porque al tercero dia antes de amanecer vió bajar de la bóveda del presbiterio un rayo de luz que caia perpendicularmente detrás del altar mayor, y allí se apagaba; por donde hizo juicio de que en aquel lugar debia estar la santa reliquia. Con efecto, habiendo mandado cavar en él, reconoció que al paso que se iba profundizando en el hoyo, exhalaba un maravilloso olor, que llenó toda la iglesia de una suavísima fragrancia, la cual crecia conforme se iba acercando el descubrimiento del santo cuerpo, que se encontró en fin en el mismo sitio donde habia sido escondido seis siglos antes. Asegúrase que quiso el Señor acreditar la realidad de la sagrada reliquia con un estupendo prodigio. Es antigua tradicion de la iglesia de Amiens que, habiéndose hecho el descubrimiento del santo cuerpo en el corazon del invierno, no obstante reverdeció de repente todo el campo, y los árboles aparecieron todos cubiertos de hojas. La iglesia donde se halló la santa

reliquia fué la de San Acheul, y desde ella se ordenó una procesion general para conducirla á la catedral. Nunca vió Amiens triunfo igual, ni mas cristiana magnificencia, haciendo Dios mas célebre la piadosa pompa con la multitud de milagros que obró por intercesion del santo mártir.

NOTA DEL TRADUCTOR.

« No debe hacer dificultad al lector que san Saturnino hubiese convertido en su primer sermon dentro de la ciudad de Pamplona no menos que cuarenta mil personas. Hoy es ciudad reducida; pero consta de todos nuestros historiadores, que entonces era una de las mayores poblaciones de España, estando tan reciente su fundacion por Pompeyo, que solo contaba un poco mas de dos siglos. »

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Firmini martyris tui, atque Pontificis, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos das nuevo motivo de alegría en la solemnidad de tu mártir y pontífice el bienaventurado Fermin; concédenos la gracia de que, cuando festejamos su nacimiento en el cielo, gocemos de su proteccion en la tierra. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Omnis enim quicumque invocaverit nomen Domini, salvus erit. Quomodo ergo invocabunt, in quem non crediderunt? Aut quomodo credent ei, quem non audierunt? Quomodo autem audient

Hermanos: Todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo. Mas ¿cómo invocarán á aquel en quien no creyeron? ¿ó cómo creerán á aquel de quien nada han oido? ¿y cómo oirán sin que haya quien

sine prædicante? Quomodo verò prædicabunt nisi mittantur? sicut scriptum est: Quàm speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!	predique? ¿y cómo predicarán si no son enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los piés de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan la bienaventuranza!

NOTA.

« Habiendo supuesto san Pablo y declarado expre-
» samente que Jesucristo murió por todos los hom-
» bres, sin exceptuar uno solo, desde Adan hasta
» el último de los mortales, y que Dios quiere sal-
» varlos á todos, se hace á sí mismo esta objecion: Si
» para salvarse es necesario creer en Jesucristo,
» ¿cómo se podrán salvar aquellos á quienes nunca
» se predicó? Responde que la fe se predicó en todo
» el mundo; pero segun Isaías no todo el mundo se
» mostró dócil á la voz del predicador. »

REFLEXIONES.

Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Atribúyese aquí la salvacion á la oracion, porque la oracion es la que comunmente nos consigue la salvacion. Ella es el primer fruto de la fe, el instrumento ordinario de que se sirve la esperanza, y como el principio connatural que produce á la caridad. Por eso es el ejercicio casi continuo de la religion. Al mismo tiempo que honra al Señor rindiendo homenaje á su bondad y á su poder, humilla tambien al hombre, siendo como un práctico reconocimiento y una sencilla confesion de su insuficiencia y de sus miserias, y le alcanza presto los auxilios de que tiene necesidad.

¿Cómo oirán, si no hay quien les predique? Estas palabras produjeron en todos los siglos dentro de la Iglesia católica zelosos misioneros que se arrancaron

del seno de su patria para llevar la luz del Evangelio á diferentes naciones, acreditando despues su valor y la felicidad de sus empresas, que eran enviados del mismo Dios, y que el mismo Señor que los enviaba, disponia el terreno donde queria que sembrasen el grano de la divina palabra. ¡Oh, y qué diferencia hay entre los ministros de Jesucristo, y los de aquellas sectas que formó el error! Todas aquellas que se caracterizan y se distinguen por el espíritu del error y de la parcialidad, no muestran otro zelo que el de engrosar su partido y seducir á los hijos de la Iglesia. Dígannos, sino, ¿qué zelo han manifestado de atravesar los mares para buscar entre los montes y entre los salvajes tantas pobres reses descaminadas como andan errantes fuera del redil? Siempre muy solícitos por esparcir sus errores en aquellos países donde se encuentran todas las comodidades de la vida, y donde ellos hallan abundantemente cuanto han menester para satisfacer sus conveniencias personales; nunca fueron objeto de su zelo, ni los iroqueses, ni el Japon, ni el Canadá. Sin duda que, para tranquilizar su falta de caridad cristiana en este particular, se quiso persuadir la mayor parte de los herejes que Jesucristo no habia muerto por la salvacion de todos los hombres, y consiguientemente que seria ocioso fatigarse en ir á predicar á los bárbaros la fe de Jesucristo. Pero los apóstoles, todos los hombres apostólicos y todos los verdaderos hijos de la Iglesia, persuadidos de que Jesucristo redimió con su preciosa sangre las almas de todos los hombres, no hicieron distincion entre el judío y el gentil, entre el europeo y el africano, entre el escita y el cafre. Ni la barbaridad de los pueblos, ni las horrorosas incomodidades del país, ni la falta universal de todas las conveniencias de la vida, fueron bastantes para entibiar el zelo animado del espíritu de Dios. Esta fué

siempre la caridad de los verdaderos hijos de la Iglesia. El falso zelo, ó, por mejor decir, la pasion de todos los herejes, nunca se explicó sino en morder, en desacreditar y en perseguir á todos los que no siguen su partido. La indiferencia con que todas las sectas estuvieron viendo al bárbaro y al idólatra vivir y morir en sus tinieblas, es una prueba de que ninguna de ellas fué aquella verdadera Iglesia universal, única esposa de Jesucristo.

¡ Qué hermosos son los pasos de los que anuncian la paz! Parecen tan bellos á los ojos de Jesucristo, dice Orígenes, los piés de los hombres apostólicos, que él mismo los quiso lavar. La pureza que conservan caminando entre la inmundicia del siglo, las continuas fatigas de sus zelosas excursiones, la velocidad con que corren las provincias y regiones mas distantes; esto es lo que forma aquella hermosura de que hablan el Profeta y el Apóstol. Esos enviados del Señor, esos ángeles de la tierra parece con efecto tienen alas en los piés como aquellos ángeles que vió Ezequiel delante del trono de Dios. Pero ni los trabajos, ni los peligros del apostolado son lo que mas aflige á los hombres apostólicos; su mayor dolor es la dureza y la obstinacion del pecador, y de esto únicamente se quejan á Dios. *Non omnes obediunt Evangelio.* Así como hay muchos cristianos que no obedecen al Evangelio despues de haberle creido, asi tambien hay muchos idólatras que se mantienen incrédulos despues de haberle oido.

El evangelio es del cap. 16 *de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Amen, amen dico vobis, quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit : vos autem contris-

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : De verdad, de verdad os digo que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se alegrará . vosotros os con•

tabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier cùm parit, tristitiam habet, quia venit hora ejus: cùm autem pepererit puerum, jam non meminit pressuræ propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterùm autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

tristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer cuando pare tiene tristeza, porque llegó su hora; pero cuando ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de la angustia á causa de la alegría que concibe porque ha nacido al mundo un hombre. Vosotros, pues, teneis tambien ahora tristeza; pero volveré á veros segunda vez, y se alegrará vuestro corazon, y ninguno os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

DE LAS CONCURRENCIAS MUNDANAS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que acaso no hay lugar en el mundo mas funesto para la inocencia, que aquellas concurrencias ó funciones en que, por decirlo así, desenvuelve, ostenta y desarrolla el mismo mundo todo lo que tiene mas atractivo y engañoso; donde todo es tentacion, todo veneno, todo escollo, todo peligro. Son estas concurrencias ó funciones el gran teatro de la profanidad donde sale á lucirlo todo aquello que verdaderamente se llama mundanidad. Cada uno hace en ellas su papel, y entre los que asisten, pocos dejan de ser asunto á la burla de los demás. Alguno se imagina ser la admiracion de todos, y es la lastima y la diversion del concurso. Allí la disimulacion se llama buena crianza á favor de aquella afectada urbanidad de que todos se precian; y estas concurrencias son una verdadera comedia de la cual sale cada uno muy satisfecho de si mismo, y muy poco de los demás. En ellas reina cierta esmerada profanidad que cada dia

se hace mas contagiosa: cierto refinamiento de diversiones muy acomodado al gusto del mundo; cierta delicadeza de vida autorizada con el ejemplo, y un aire de esparcimiento que engaña con su aparente alegría. En ellas reinan las máximas del mundo tan contrarias á las máximas de Jesucristo; y en ellas se insinúan dulcemente todas las pasiones en el corazon, le estragan y le corrompen. ¡Buen Dios, qué virtud se escapará de tantos lazos! ¡qué inocencia se librará en medio de tantos peligros! Si el mundo es un mar tempestuoso infestado de borrascas, bien se puede decir que las concurrencias mundanas son los mas peligrosos escollos. No se navega con desconfianza porque todo se presenta risueño, todo tranquilo. Pero hay tempestades mudas, ni se perece solo á violencia de un recio temporal. Los naufragios que se padecen en una insidiosa calma son los mas funestos: es inevitable la ruina cuando no se puede prevenir el peligro, cuando se perece sin estruendo. ¡Con todo eso ninguno desconfía de semejantes concurrencias! En ellas preside el espíritu del mundo, y en ellas intima todas sus máximas como otras tantas leyes. Por mas que sean duras, por mas que aprisionen la libertad, por mas que sean impías, no es lícito contradecirlas. Parece que es el mundo como el ídolo de todo aquel concurso. A este ídolo van cada dia algunas cristianas á sacrificar sus inocentes hijas: á esta escuela las llevan ellas mismas para que aprendan lo mas refinado de la vanidad, lo mas maligno del espíritu del mundo, y lo mas sensual de todas las pasiones: ¡y despues nos admiraremos de que haya tan poca piedad, tan poca religion en medio del cristianismo! A estas concurrencias mundanas se debe el que se perpetúe el espíritu del mundo, la relajacion y la impiedad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esas funciones de diversion, esas concurrencias mundanas son manantial de muchos desórdenes, y, digámoslo así, la escuela de la reprobacion. Admirámonos de que haya el dia de hoy tan pocas virtudes cristianas en el mundo; que en todo reine la ostentacion, la profanidad y una general corrupcion de costumbres; pero ¿qué otra cosa se puede aprender en la escuela de la vanidad, donde no se oyen otras lecciones, y donde se ven tan pocos buenos ejemplos? Una confesion hecha de buena fe y con dolor, la lectura de un buen libro, una santa conversacion, una exhortacion eficaz y convincente, un accidente no esperado, un piadoso impulso de la gracia habian abierto los ojos á esa persona mundana que tenia necesidad de convertirse. Comenzaba á descubrir con provechoso arrepentimiento la inutilidad y el peligro de aquellos pasatiempos à que antes habia tomado tanto gusto. Atemorizada, desengañada y movida miraba con horror sus descaminos, y estaba resuelta á reformarse, cuando, fiándose demasiadamente de su corazon, se volvió á meter de nuevo en el peligro. Luego que volvió á dejarse ver en aquellas insidiosas concurrencias, volvió tambien á ganar el mundo todo lo que habia perdido. Presto volvieron á apoderarse del alma los sentidos de acuerdo con el corazon: en un momento se desvanecieron todas aquellas bellas esperanzas, y volvieron á estrecharse mas aquellos fatales grillos que se habian hecho pedazos con tanta facilidad. Entró en ellas casi del todo convertida, salió con cierta especie de enfado contra sí misma por haber pensado en su conversion: siente haberse dejado mover, y agradece muy poco á su corazon el haber sido tan dócil á las impresiones de la gracia. Este es el ordinario efecto de aquellas fun-

ciones, de aquellas visitas y de aquellas conversaciones de las cuales nunca se sale tan inocente como se entró. Fórmanse por lo comun estas juntas de diversion en las quintas ó casas de campo durante la apacible estacion del otoño, donde ya se sabe que se vive con mas libertad ó con menos sujecion: pero esta misma libertad degenera presto en licencia y disolucion. ¡Buen Dios, qué tristes ocasiones de recaidas y de desórdenes son estas visitas de bulla, de confianza y de buena amistad; esos juegos para pasar el tiempo, y esos paseos libres, alegres, nada circunspectos!

¡O Dios, que por vuestra infinita misericordia me dísteis luz y tiempo para hacer unas reflexiones tan verdaderas y tan sólidas, dadme gracia para que me sean igualmente provechosas! A muchos hace llorar ahora en el infierno la funesta experiencia de todos estos peligros: no permitais sea yo del número de estos infelices, y haced que en adelante evite los mismos riesgos.

JACULATORIAS.

Protexisti me à conventu malignantium. Salm. 63.

Librásteme, Señor, muchas veces de estas peligrosas concurrencias: continuadme vuestra proteccion para librarme siempre de ellas.

Odivi ecclesiam malignantium: et cum impiis non sedebo. Salm. 25.

Aborrecí las concurrencias de los mundanos, y propuse firmemente no asistir jamás á ellas.

PROPOSITOS.

1. No hay cosa mas engañosa que las concurrencias mundanas: en ellas todo brilla, todo halaga y todo se presenta risueño. Reina en ellas la cortesanía, y cierta urbanidad culta y refinada gana el corazon: los gratos, airosos y atentos modales, que afectan

todos á competencia, sufocan y aun previenen los mas justos remordimientos. No se hace en ellos estudio de parecer devoto, es verdad; pero se pone el mayor cuidado en observar las mas severas reglas, las obligaciones mas estrechas de la decencia. Y este especioso pretexto es puntualmente el que hace caer en el lazo á tantos y tantos, que por otra parte presumen de buenos cristianos, y aun de escrupulosos. Evita en adelante este escollo si quieres evitar un funesto naufragio. Si deseas vivir cristianamente, niégate en adelante á esas concurrencias puramente mundanas. No se pretende prohibirte todo género de visitas; haylas de caridad, de obligacion y de buena crianza. Cumple con estas, pero siempre con circunspeccion cristiana: la modestia en el traje, la gravedad en las palabras, y el piadoso decoro en posturas y modales deben ser tu distintivo en todas ocasiones. Gasta poco tiempo en las visitas, y mucho menos en aquellas concurrencias brillantes á que te precisan á asistir tu estado ó la atencion.

2. Está siempre alerta, y vive con la mayor reserva contra las sorpresas de los sentidos y contra el artificio de las pasiones en la diversion del campo y de la quinta. Desahóguese en buen hora el ánimo; pero el corazon nunca debe ser presa del amor propio. Si no vela uno continuamente sobre sí mismo, presto degenera el desahogo en relajacion, y la relajacion en licencia de costumbres. Las personas que hacen profesion de virtuosas, quedan muchas veces burladas por confiar demasiado en su virtud. El aire del campo no siempre inspira inclinacion al retiro: son pocas las personas virtuosas que no se relajen con él. Huye de todo lo que puede contribuir á tu relajacion. Evita el juego largo y demasiadamente continuado, las visitas prolijas, ciertas diversiones, que nunca carecen de peligro; y lejos de omitir alguno de tus

ejercicios espirituales ni devociones, aumenta, si es posible, estos deberes de cristiano : y ya que en este tiempo interrumpes las otras ocupaciones serias de tu estado, no por eso se ha de debiitar tu devocion entregándote á una peligrosa ociosidad.

SANTA MARÍA DE CERVELLON, VÍRGEN.

En la nobilísima ciudad de Barcelona, cabeza del grande y valeroso principado de Cataluña, nació santa María para lustre de su linaje, inmortal gloria de aquella ciudad, y ejemplar de la sublimidad y grandeza de la religion cristiana. Fueron sus padres don Bernardo Guillen de Cervellon, hijo segundo de don Guillen de Cervellon, señor de muchos castillos y lugares, y de doña María, cuyo apellido se ignora; ro se debe suponer de igual nobleza á la de su consorte. Estos nobles esposos habian recibido del cielo abundancia de bienes de fortuna; pero sin embargo, vivian desconsolados porque les negaba el consuelo de ver asegur da su posteridad en algun fruto de bendicion. Hacian plegarias y promesas á los santos, principalmente la devóta matrona, quien con su inocente vida juntaba un fervor maravilloso para ablandar las entrañas de la divina misericordia. Visitaba los santuarios mas nombrados, mandaba ofrecer á Dios sacrificios, y solicitaba la intercesion de aquellas personas que mas resplandecian en virtud. Vivia á la sazon san Pedro Nolasco, fundador del sagrado órden de Nuestra Señora de la Merced, y trataba mucho á los padres de Santa María, ya por la conformidad que tenian en las costumbres, y ya porque, además de dar al santo copiosas limosnas para la redencion de cautivos, tenian hecho testamento, en que dejaban toda su hacienda para este piadoso fin

en caso de morir sin sucesion. Habia rogado muchas veces al santo patriarca que fuese medianero con Dios para lograr sus pretensiones, hasta que un dia llegó á tanto su fervor, que, postrándose á sus piés con lágrimas en los ojos, le dijo : *Padre, no me levantaré de aquí hasta tanto que me prometais de parte de Dios el logro de mis justos deseos.* No pudo resistirse Nolasco; hizo oracion, y en breve tiempo conoció con evidencia la señora la eficacia de sus ruegos. El dia primero de diciembre de 1230 tuvieron los padres y deudos de María la gran complacencia de ver su dichoso nacimiento acompañado de circunstancias tan felices, que desde luego les hizo concebir grandes esperanzas de su santidad futura. Crióse con el cuidado y esmero correspondientes á la nobleza de su linaje, y en los primeros años de su infancia se dejaban ver las copiosas bendiciones con que el cielo la habia prevenido. No gustaba de otros entretenimientos que oir hablar de Dios y de los misterios de la redencion, en lo cual tenia todas sus delicias. Por esta causa aprendió muy en breve los rudimentos de la doctrina cristiana, y en lugar de los juguetes con que suele divertirse la pueril inocencia, pedia con santa simplicidad á su madre y á las criadas que le hablasen cosas de Dios.

Todo esto era un feliz anuncio de las sobresalientes virtudes en que habia de imitar á su esposo Jesucristo. Como este Señor se habia hecho pobre para enriquecer con sus gracias á todo el género humano, fijaba la santa niña su afecto en los que le representaban por su miseria. Apenas tenia edad para distinguir las impresiones que en su tierno corazon hacian los objetos, cuando ya preferia las que tocaban á la compasion y misericordia de sus prójimos. Poco mas de cinco años tenia cuando san Pedro Nolasco entró en Barcelona con ciento noventa y dos cautivos que habia sacado

de las mazmorras de Africa. Como sabia el santo cuán bien recibidos eran estos huéspedes en la casa de los Cervellones, envió allá un buen número de ellos á hospedarse. Luego que los vió la santa niña, se llenó de júbilo su alma, y llena de compasion no se cansaba de mirarlos, y mucho menos de regalarlos y servirlos. Con tan felices disposiciones fué creciendo la santa, y al mismo tiempo que la naturaleza iba facilitándole el uso de la razon, la gracia de Dios por su parte dirigia sus acciones y pensamientos con soberanas influencias. Comenzó á ejercitarse en algunas tiernas devociones en que manifestaba su encendido amor al Esposo de las vírgenes y á su santísima Madre. Acompañaba á la suya cuando iba al templo, y con una devocion admirable frecuentaba el sacramento de la penitencia, llorando con sentidas lágrimas unos delitos imaginarios, que al espíritu menos fervoroso pudieran pasar por virtudes. Llegó el tiempo en que su padre espiritual juzgó que tenia todos los conocimientos necesarios, y edad oportuna para llegar á la sagrada mesa á participar del pan de los ángeles; y habiéndole dado permiso para comulgar, fueron tantos los ejercicios piadosos con que se preparó, que desde luego pudieron pronosticarse fácilmente los copiosos frutos que habia de producir en ella el celestial manjar. Uno de ellos, y no el menos admirable, fué un afecto tan delicado á la santa virginidad, que desde aquel punto comenzó á estimarla como una joya preciosa que la hacia semejante á los ángeles. Era correspondiente á la estimacion que de ella hacia, el esmero que ponia en conservarla. Guardaba dentro de su casa un exacto retiro, no permitiendo que la viesen ojos humanos, ni fijando jamás los suyos en objeto que pudiese despertar en su alma el deseo menos impuro. Su recato era ciertamente extremado. Yendo un dia á la iglesia con su

madre, no pudo esta excusar que la acompañasen algunos caballeros de la primera nobleza de Barcelona. Aplaudian en la santa doncella, no menos las prendas naturales con que la habia adornado el cielo, que la modestia y virtud con que ella las realzaba. Tan absorto iba su espíritu en Dios y sus ojos tan recatados, que, notando su madre que tocaba en grosería su indiferencia, se lo advirtió, diciendo: *Advierte, hija, la cortesía que te hacen estos caballeros.* A lo cual respondió la santa: *Madre, cuando voy al templo no acierto á pensar en otra cosa que en Dios.* Despues, con un semblante lleno de modestia y pudor virginal, se volvió á los caballeros, y les dijo: *Señores, suplico á Vds. que me perdonen el descuido, que no ha estado en mi mano.*

La continua lectura de libros espirituales era como una lluvia benéfica que causaba admirables aumentos en sus santas disposiciones. Leia con sumo gusto las vidas de los santos, y en sus ejemplos hallaba una escuela en donde aprender el arreglo y direccion de su vida. Habia compuesto san Pedro Nolasco un compendio de la de santa Isabel, reina de Hungría, á la cual tenia el santo particular devocion. Este libro llegó á manos de María, y se engolfó tanto en su lectura y en la contemplacion de las virtudes en que habia resplandecido aquella gran princesa, que se encendió en deseos de imitarla. De su leccion procedió aquella particular delicia con que se empleaba en la oracion, gastando en ella todo el tiempo que le permitian las precisas ocupaciones de su casa, y la debida obediencia á lo que le mandaba su madre. De la lectura y oracion resultó tal desprecio del mundo, que se negaba aun á las visitas de sus parientes. Supliálas con otras mas propias de la caridad cristiana; pues cada semana asistia tres veces en compañía de su madre á los hospitales para ejercita en

ellos todos los oficios de la caridad. Consideraba en los pobres unos hermanos suyos, que por pobres y enfermos representaban mas bien la persona de Jesucristo; y así los asistia con indecible esmero, sirviéndoles la comida por su mano, haciéndoles las camas, y ocupándose en otros ministerios aun mas humildes y asquerosos. Estos mismos oficios practicaba con sus parientes, haciendo la caridad que fuese ella misma en persona á sus casas á servirlos cuando estaban enfermos, siendo así que no recibia sus visitas cuando estaban sanos. El tiempo que le quedaba libre de tan santos ejercicios le empleaba en obras de manos, trabajando para el aseo y ornato de los templos, ó para la comodidad y limpieza de los pobres que estaban en los hospitales. A estos ejercicios añadia otros de mortificacion con que hacia pagar á su inocente cuerpo delitos que no habia cometido. Sus ayunos eran mas rigurosos y frecuentes de lo que permitian la delicadeza de su constitucion y la debilidad de sus fuerzas; pero como son las del espíritu, y no las corporales, las que se necesitan para semejantes ejercicios, al rigor de los ayunos añadia la aspereza del cilicio y el castigo de frecuentes disciplinas. Este fervor necesitaba de un talento bien experimentado en materias espirituales para que no padeciese algun peligroso extravío en su carrera. Conoció la santa esta necesidad, y acudió á Dios con fervorosas lágrimas, doblando los ayunos y penitencias, pidiéndole con ansia se dignase señalarle por su propia mano un varon igualmente docto que virtuoso á quien confiar la direccion de su espíritu para caminar con seguridad tranquila por las sendas de la virtud. Una peticion tan justa no podia menos de encontrar un benigno acogimiento en las entrañas de la divina misericordia. Parece que de antemano se habia esmerado Dios en formar con su gracia un varon á propósito para tan

delicado empleo; pues por aquel tiempo florecia en el Real convento de Santa Eulalia el venerable padre fray Bernardo de Corbera con opinion no menos ilustre en materia de letras que en asuntos de virtud. Confesóse la santa con él, y á pocas veces que notó el celestial espíritu que animaba sus consejos, llegó á persuadirse que Dios habia oido su súplica, y le habia destinado aquel santo padre para maestro de su conciencia.

Las multiplicadas virtudes de la santa doncella, juntamente con las grandes prendas de nobleza y hermosura con que el cielo la habia adornado, eran un objeto que no podian menos de atraer las atenciones de aquellos que deseaban contraer matrimonio. Todos los jóvenes nobles de la ciudad de Barcelona concibieron una noble emulacion, adelantándose cada cual á poder merecer la mano de la santa jóven. Muchos de ellos hicieron repetidas instancias á los padres y deudos de la santa, proponiéndoles partidos ventajosos, y solicitando les concediesen la dicha de dársela por esposa. Los padres vacilaban entre el deseo de ver establecida á su hija con enlaces ventajosos á su familia, y entre el de no contradecir á las santas inclinaciones que admiraban en ella. Temian por tanto decirle cosa alguna, rezelándose que la proposicion del casamiento no podria menos de causarle disgusto. Tenia la santa un tio llamado don Gerardo Alemani de Cervellon, hombre de grandes prendas, en quien competian la destreza en dirigir los negocios mas dificiles, y la prudencia en ejecutarlos. Fuése un dia á casa de la santa con ánimo de proponerle un casamiento ventajosísimo; y habiéndola llamado al oratorio, le propuso todas las razones que podian moverla á elegir aquel estado para la comodidad propia y para el lustre de su familia. Oyóle la santa llena de una modestia virginal, y con

suma tranquilidad y reposo le respondió así : *Agradezco, señor tio, vuestro cuidado de mi felicidad, y los deseos que manifestais de que yo la disfrute en el estado que me habeis propuesto; pero esta es una materia que necesita consultarse mucho con Dios para no aventurar el acierto. Reconozco la debilidad de mis fuerzas para permanecer en el estado en que me hallo; pero sé que Dios favorece con su gracia los buenos deseos de los que quieren servirle. Yo encomendaré á Dios este negocio, y cuando fuere necesario, comunicaré á mis padres la resolucion que entendiere ser del agrado de su divina Majestad. Entre tanto, os suplico no volvais á hablarme en una materia tan opuesta á mis inclinaciones. Por lo demás, yo os venero como debo, y os doy muchas gracias por el interés que tomais en las conveniencias de mis padres y en las mias.* Quedó el tio admirado de tan prudente y ejemplar respuesta, y dejando en el oratorio á su sobrina, fué á dar cuenta á sus padres de su constante resolucion. Pareciéle á María que en esta accion habia alcanzado una completa victoria de sí misma, y de las vanas promesas con que convida el mundo á alistarse bajo de sus estandartes. Dió gracias á Dios como autor de todo bien, y comenzó á manifestarse agradecida con nuevo fervor en la ejecucion de la piedad cristiana. Duplicó sus ayunos, su oracion y sus penitencias : hizo mas riguroso su retiro, y entregóse sin reserva á los ejercicios de humildad y de caridad cristiana. A los criados y criadas de su casa los miraba con el mismo aprecio que si fuesen sus propios hermanos. Ayudábalos en su trabajo, les suministraba celestiales consuelos cuando los veia afligidos, y echaba el resto de su ardiente caridad cuando los veia enfermos. Ella los servia por sí misma, les hacia las camas, les administraba las medicinas, y parecia mas bien una tierna madre que una señora. Para tan fervorosos oficios era corta

33.

esfera su casa; y así se iba á los hospitales en compañía de su madre, en donde lograba su caridad perfecto desahogo. Vióse esto un dia en que, estando puesta de rodillas lavando las manos á una enferma, que, además de su dolencia y pobreza, exhalaba por todas partes un hedor asqueroso é intolerable, no pudo contener la especial complacencia que sentia en su alma. Arrebatada del entusiasmo de la caridad, dijo á su madre éstas notables palabras: *Ahora sí, madre mia, ahora sí que soy toda de Jesus, pues soy toda de los pobres.*

Corríase el comun enemigo de ver en una tierna doncella virtudes tan heróicas; y así intentó atajarle los pasos por todos los medios imaginables. Unas veces le sugeria las grandes comodidades que podria disfrutar en el mundo, y los inocentes deleites que podria tener en la compañía de un amable esposo. Otras veces hacia que formase escrúpulo sobre los bienes de que privaba á su casa y familia por la obstinada resolucion de mantenerse soltera. Otras, finalmente, ponia delante de su imaginacion los peligrosos escollos de que estaba sembrado el rumbo que seguia, por lo cual le seria imposible permanecer toda su vida sin que naufragase su constancia. Este combate adquirió nuevo vigor por la casualidad de haberse presentado en aquella sazon un jóven igualmente poderoso que ilustre, el cual pretendia su mano. Los padres y parientes de la santa la importunaron con ruegos, la molestaron con representaciones de lo ventajoso que era aquel enlace para el acrecentamiento de su casa; últimamente, no dejaron medio de que no se valiesen para doblar, si fuese posible, su entereza. A estos combates opuso la santa por su parte nuevos ayunos, nuevas penitencias y fervorosas oraciones, con que salió triunfante. Pero desde aquel momento deseaba con ansia ponerse en un estado en

que se cerrase del todo la puerta á semejantes contingencias. Dios, que estaba á la vista, satisfizo sus deseos, disponiendo que el dia 12 de diciembre predicase su confesor los elogios de santa Eulalia, patrona de la ciudad de Barcelona y de toda Cataluña. El sermon se redujo principalmente á formar un elogio de la sublime virtud de la virginidad, y á ponderar cuánto esmero se debia poner en evitar los lazos que el mundo opone á su conservacion. Hizo el venerable padre este discurso con tanta uncion y con palabras tan vivas y penetrantes, que, no pudiendo nuestra santa resistir sus efectos, sin reparar que estaba en el templo, se llegó á su madre, y con lágrimas en los ojos le tomó las manos, y le dijo: *Madre, ¿no veis cómo habla conmigo el predicador? ¿no veis cómo se dirigen á mí las razones y espíritu con que Dios mueve su lengua? ¿no bastará ya esto para enseñanza mia, y para que mis padres y mis deudos se desengañen?* Los suspiros interrumpieron sus razones; la madre enternecida procuró su consuelo, diciendo: *Sosiégate, y no llores, hija, que no se te hará violencia alguna; y puesto que Dios te llama para ser esposa suya, toda serás de Dios.* Volvió á su casa acabados los sagrados oficios, y encerrada en su aposento, quiso cortar de una vez todas las esperanzas que sobre ella podia tener el mundo. Abrazóse con un divino crucifijo, y regando con lágrimas sus sacratísimos piés, le consagró su virginidad con perpetuo voto. A esta resolucion añadió otra mas difícil, cual fué el cortarse el cabello que hasta entonces habia sido el incentivo que habian tenido para pretenderla los amadores del mundo. Despojóse igualmente de los vestidos de seda y de todo adorno precioso, vistiéndose en su lugar de una tosca saya de paño, con la cual se presentó á sus padres. La admiracion, el dolor y la sorpresa se apoderaron de sus corazones, y mucho mas cuando oyeron cer-

tificar á su hija que aquella mutacion era obra de una particular inspiracion de Dios que en sí habia sentido; que se dignasen de tenerlo á bien, ó que le diesen el castigo que fuese de su agrado. No sabiendo qué hacerse los padres, enviaron á llamar á su confesor el venerable padre fray Bernardo de Corbera. Este espiritual varon aquietó los ánimos, y los redujo á que se vistiese la santa jóven el hábito de beata de Nuestra Señora de la Merced. Este acto se hizo con la mayor solemnidad en la iglesia del convento de la Merced de Barcelona, yendo la santa vírgen acompañada de su madre y muchas señoras de la primera nobleza con tantas muestras de alegría, que se dejaba bien conocer que en aqeulla hora habia conseguida los deseos de su corazon.

Este hecho ruidoso hizo calmar todas las pretensiones de los amantes, y la santa jóven se vió con toda la libertad que deseaba para entregarse totalmente á los ejercicios del espíritu. Su abstraccion era portentosa; vivia retirada de los ojos del mundo en tanto grado, que apenas se dejaba ver aun de los mismos de su casa. Sola la caridad era capaz de mitigar este rigor, haciéndola conducirse ya á los hospitales, ya á los templos, en donde se entregaba unas veces á los excesos de su contemplacion, y otras al alivio y socorro de sus prójimos. La frecuencia de sacramentos, las continuas lágrimas vertidas por unas acciones que solo podian no parecer virtudes á un espíritu tan fervoroso como el suyo, la oracion continua y varios ejercicios de penitencia formaban en María un tenor de vida tan espiritual y religiosa, que excedia á la de los conventos mas observantes. Muchas señoras de la ciudad, enfervorizadas con su ejemplo, despreciaban las pompas del mundo, y asistiendo á su casa, recibian de ella santas instrucciones, y la acompañaban en sus ejercicios. Doce

años permaneció la santa en este tenor de vida, desde el diez y ocho, en que recibió el hábito de beata, hasta el treinta de su edad; pero en este tiempo quiso Dios comenzar á labrar esta piedra preciosa, que habia de servir de adorno al edificio de la celestial Jerusalen, por medio de trabajos. Uno de los mayores que en aquellas circunstancias le podian sobrevenir, era la muerte de sus padres. En efecto, habiendo enfermado su noble y virtuoso padre, fué Dios servido de llevársele para sí, dejando á la santa en un estado de lágrimas y de desconsuelo difícil de pintar. Aumentóse este cuando á pocos años vió enfermar á su madre amada, cuya compañía formaba su seguridad y sus delicias. La enfermedad fué larga y penosa, y en su duracion tuvo la santa materia abundante en que ejercitar el amor filial, la solicitud y la paciencia, hasta que fué Dios servido de llevarse para sí á su sierva á fin de darle la corona de sus trabajos.

Quedó la santa desembarazada de los lazos que hasta entonces le habian impedido la ejecucion de los deseos que habia tenido desde niña de hacerse religiosa. Dió á la muerte de su madre las lágrimas que debia una buena hija; pero fueron muchos mas los sufragios, ayunos, limosnas y otros ejercicios piadosos con que podia causarle refrigerio. Tranquilizada en esta parte, comunicó con su confesor sus piadosos intentos; y por la mucha autoridad que el venerable varon tenia en Barcelona, se dispuso en breve tiempo cuanto podia conducir á realizar un proyecto que para sugeto de menos virtud hubiera sido arduo. Varias señoras de la ciudad deseaban emprender el mismo tenor de vida, y se alistaron por otras tantas religiosas. Dispúsose casa con todas las oficinas proporcionadas á la observancia regular; y en el dia 25 de marzo del año de 1265 se dió feliz prin-

cipio al instituto de religiosas de Nuestra Señora de la Merced. Toda la nobleza de Barcelona é innumerable concurso de pueblo asistió á un acto tan religioso en el templo del convento de Mercenarios. Hizo la santa su profesion en manos del venerable padre fray Bernardo de Corbera, prior del convento, por estas palabras: *Yo sor María de Cervellon, prometo á Dios y á la bienaventurada siempre virgen María de la Merced ó Misericordia, pobreza, obediencia y virginidad, y trabajar por la redencion de los cautivos, por los cuales haré lo que de nuestro padre general fuere bien visto.* Con la misma fórmula se consagraron á Dios las compañeras de María, quien, repugnándolo su humildad, fué constituida prelada de todas ellas. En este arduo empleo se manejó desde luego con todas las virtudes necesarias á la superioridad, y con toda la delicadeza y miramiento tan necesarios en los principios de semejantes empresas para que se continúen con prosperidad. En todos los ejercicios de mortificacion, de humildad y de observancia precedia con el ejemplo la santa madre, siendo en esto tan exacta, que solia decir por axioma, *que mandar á un súbdito lo que no ejecuta el mismo que manda, es prevenirle las excusas para no obedecer.* Como la caridad era la que gobernaba sus acciones, y esta es paciente y benigna, como dice san Pablo, trataba á sus súbditas de una manera tan dulce, que mas que prelada parecia madre amorosa. Si tal vez se veia en la necesidad de reprender alguna falta, lo hacia con tal discrecion, que se echaba bien de ver que amaba tanto á sus hijas como aborrecia sus defectos. En las enfermedades las asistia de dia y de noche con indecible cariño, verificándose en ella que el amor la hacia enfermar con las enfermas. Deseosa de que aquel nuevo establecimiento fuese un jardin delicioso, en que pudiese tener sus complacencias el Esposo de las vírgenes, procuró plantar en

él todo género de virtudes. Hizo con especialidad que floreciese el ejercicio de la oracion, bien persuadida de que esta era la fuerza por donde entran todos los acrecentamientos espirituales del alma. Estaba constituida capitana y maestra de todas sus súbditas; y de consiguiente sabia que su ejemplo debia ser el modelo por donde arreglasen sus acciones. Esta persuasion produjo en ella un santo deseo de redoblar en si misma el ejercicio de todas las virtudes hasta llevarlas al grado mas sublime de perfeccion. Contemplaba los divinos misterios, y esta contemplacion avivaba su fe. De la misma manera se robustecia su esperanza con la consideracion de las divinas misericordias; pero la caridad, que tiene tan multiplicadas maneras de obrar, y que llevaba sus influjos hasta las acciones mas mínimas, era para María una virtud predilecta, en la cual hallaba un completo desahogo su alma. Amaba á Dios intensísimamente, y este amor le hacia mirar á las criaturas como hechuras suyas, á quienes debia sacrificar los mas solícitos esmeros. Recorria los hospitales, las casas de los pobres y las cárceles públicas, experimentando los infelices los copiosos efectos de su caridad benéfica. Si alguna vez se la veia en las casas de los poderosos, era por solicitar limosnas para redimir á los cautivos; y el tiempo que le sobraba de estos caritativos ejercicios y del exacto cumplimiento del cargo de prelada, le empleaba en su propia santificacion. Conseguíalo por medio de la oracion, que se puede decir con verdad que era continua; pues nunca apartaba la atencion de su Dios, y por medio de una mortificacion asombrosa con que sujetaba su virginal cuerpo al dominio de su espíritu, y conservaba fresca y lozana la delicada flor de la virtud llamada virginidad. Además del perpetuo ayuno que observaba con un alimento tan escaso, que era necesaria la milagrosa cooperacion

de Dios para subsistir, traia ceñida al cuerpo una gruesa cadena de hierro, y tomaba cada dia una disciplina con tanto rigor, que llegaba á bañarse en su propia sangre.

Sin embargo de esto, era tan grande el fervor de su espíritu, que se acongojaba al ver la precision que tenia de tomar algun sueño y de templar el rigor de las penitencias para no ser homicida de sí misma. Esta necesidad la afligia de manera que, hablando con su mismo cuerpo, y quejándose de su flaqueza, le decia: *¡Oh carne frágil y cárcel inhumana en que el alma se entorpece y ofusca con las feas tinieblas de la ignorancia! ¿Quién me librará de ti para que pueda yo gozar de aquellas dulzuras que son el regocijo de los cielos y la alegría de los ángeles?* Otras veces, fijando la consideracion en algunas leves faltas inseparables de la humana fragilidad, decia á Dios anegada en lágrimas de arrepentimiento: *No entres, Señor, en juicio con esta sierva tuya, que yo misma postrada ante tu misericordia me haré juez contra mis maldades, y las castigaré de modo que tu piedad se mueva á perdonar lo que esta indigna mujer se ha atrevido á ofenderte.* Todas estas virtudes las fortalecia en su alma, alimentándola con el celestial pan de los ángeles que recibia cada semana cinco veces con la mayor ternura y devocion. En medio de este riguroso tenor de vida y de tanta inocencia de costumbres, se reputaba por la mujer mas tibia y mas digna de desprecio. Los lugares mas abatidos y las ocupaciones mas humildes eran en donde se hallaba con mayor alegria, llegando su humildad hasta el extremo de atribuir á sus pecados los males y tribulaciones que sucedian en el mundo. Sintiendo de sí tan bajamente, se reputaba por indigna de disfrutar aquellos bienes y utensilios que tenian las demás religiosas. Por esta causa era suma su pobreza, y todas las alhajas de su celda estaban redu-

cidas á unas tablas desnudas que le servian de lecho, á una arquilla en que encerraba los cilicios y demás instrumentos de penitencia, á una cestilla en que tenia lo necesario para su labor, y últimamente, á unos cuantos libros de devocion y un santo crucifijo. A proporcion de su pobreza era tambien la obediencia que profesaba á sus superiores. Veneraba sus preceptos como si fuesen del mismo Dios; y aunque las cosas que le mandaban fuesen contrarias á su inclinacion, aun en materias espirituales, nunca oponia contra ellas razon *ni* excusa, siendo para ella la obediencia un conjunto de razones que acallaban cuantas podia producir su recta intencion y su delicado entendimiento.

Quiso Dios probar la fortaleza de su sierva y la solidez del amor que le tenia en la piedra de toque que son las tribulaciones y trabajos. Padeciólos la santa tan graves en una persecucion que se levantó contra ella, que el autor antiguo de su vida no tuvo por conveniente dejarlos escritos, juzgándolos tan superiores, que no solamente bastaban para acrisolar la paciencia de nuestra santa, sino para ocasionar disturbios en quien no estuviese tan cimentado como ella en la virtud. Pero Dios, que gustaba de ver á su esposa cargada con su cruz seguirle por el sangriento y penoso camino que dejó consagrado con sus plantas, la regalaba y fortalecia con inefables favores. Eran frecuentes los éxtasis que padecia, en los cuales gozaba unas veces del trato familiar de los soberanos espíritus, y otras de la divina presencia de Jesucristo y de su Madre santísima. Aconteciale esto con mas frecuencia cuando contemplaba en la pasion sangrienta de su Esposo, en la cual no podia meditar sin que quedase su espíritu arrobado y su cuerpo insensible aunque estuviese en presencia de gentes. Además de estas gracias, quiso darle tambien el don de profecía,

por el cual hablaba de las cosas futuras y de las que pasaban muy lejos como si se hicieran en su presencia; y la de hacer milagros, señalándose en favorecer á los que padecian naufragios ó deshechas borrascas luego que imploraban su intercesion y patrocinio. Los diferentes y auténticos hechos con que esto se verificó en el discurso de su vida le dieron el nombre de María de Socors, que quiere decir María de Socorro, acreditándose en esto mismo lo celebrada que era su santidad cuando todavía vivia en este mundo. Pero todos estos premios no eran correspondientes á la grandeza de sus virtudes, y así quiso su Esposo llevarla á su gloria para celebrar con ella las bodas eternas á que habia aspirado en el discurso de su preciosa vida. Dióle una peligrosa enfermedad; y conociendo la santa que se acercaba el fin de su destierro, se preparó con ejercicios de resignacion, de amor y de fe para aquel terrible trance. Recibió con indecible devocion y ternura los santos sacramentos de la Iglesia, deshaciéndose en lágrimas sus amadas hijas, que no podian hallar consuelo en la pérdida de tal madre. Exhortólas á la observancia religiosa y al ejercicio de las virtudes, y sintiendo que se le acababan las fuerzas, pidió que le diesen el sacramento de la Extremauncion, en cuya ceremonia respondia ella por sí misma al sacerdote que la administraba. Pidió la imágen de un crucifijo, y abrazándose con él, ordenó que le leyesen su pasion santísima, y fijando los ojos en su Esposo, exhaló un dulcísimo suspiro, y con él aquella alma bienaventurada, que recibió el Criador para coronarla de gloria. Sucedió su muerte en 19 de setiembre de 1290, teniendo la santa la edad de cincuenta y nueve años, nueve meses y diez y ocho dias.

Su muerte fué generalmente sentida de todos; pero con singularidad de sus religiosos y religiosas, que

veian que con ella les habia faltado una fiel amiga, una tierna madre y una ejemplar maestra de todas las virtudes. Su cuerpo quedó hermoso y flexible, y en lugar de aquel horror que inspiran los cadáveres de los demas difuntos, se vió que el rostro de santa María despedia de sí un admirable resplandor que movia á devocion y ternura á cuantos le miraban. Fué grande el concurso de los que fueron à venerarle movidos de la fama de su santidad, y tanto, que no hubieran podido darle sepultura si no se hubieran valido de autoridad superior. Desde luego fué venerada por santa, dispensando Dios su aprobacion á este juicio del pueblo con los continuos milagros que hacia su omnipotencia con los que se valian de la intercesion de su sierva. En tiempo del rey don Pedro de Aragon, el cuarto de este nombre, se abrió el arca en que estaba depositado su santo cuerpo, y se halló tan entero y natural, que parecia estar la santa dormida, lo cual visto por el obispo de Barcelona, y justificados los muchos milagros que habia hecho, mandó que se le diese pública veneracion y culto, y que se colocase su cuerpo en un lugar distinguido. Inocencio XII, á peticion del católico rey don Carlos II, declaró y aprobó el culto inmemorial que la santa habia tenido, confirmando de esta manera la antiquísima canonizacion que el pueblo habia hecho. Despues con el tiempo el excelentísimo señor marqués de Aytona, don Guillelmo de Moncada y de Cervellon, pariente de la santa, le hizo construir una suntuosa capilla en donde se venera su cuerpo en la caja antigua forrada de otra de plata, dispensando Dios por su intercesion infinitas maravillas á cuantos la invocan en sus necesidades.

SAN LOPE, OBISPO Y CONFESOR.

Aunque los escritores de las actas de san Lope, uno de los mas célebres solitarios de Francia, y uno de los mas brillantes ornamentos del órden episcopal, nada nos dicen de su patria, padres y nacimiento; por lo que algunos le atribuyen lo que el Apóstol á Melquisedec, sin padre, madre, ni genealogía, derivando su orígen de la eminencia de su virtud, y de la grandeza de su dignidad; otros infieren la nobleza de su prosapia por la íntima familiaridad que tuvo con san Segismundo, rey de Borgoña, quien por el conocimiento práctico de la justificada conducta de Lope, movido de un impulso superior, dicen que profetizó que no seria el santo jóven lobo devorador como denotaba su extraordinario nombre, de divina imposicion, y no de disposicion humana, sino un zeloso prelado que congregaria en el redil de la Iglesia muchas ovejas descarriadas del rebaño del Señor, surtiéndolas de los saludables pastos de doctrina celestial.

Aunque nada sabemos de su primera educacion, que se cree fué segun las máximas de la religion cristiana por los progresos posteriores de su virtud, se sabe que el santo pasó su juventud como otro Elías y Juan Bautista en la soledad del desierto, empleado en todos los ejercicios de una admirable vida solitaria, venerado como un prodigio de virtud por todos los que observaron la justificacion de su conducta. Algunos quieren que este célebre prelado fué otro de su nombre, monje de Lerins, despues obispo de Troyes; pero por varios monumentos auténticos sabemos que la soledad que sirvió de retiro á este siervo de Dios antes de ser elevado á la digni-

dad episcopal, no fué otra que la isla Bárbara, sita en el rio Saona, cerca de Leon de Francia, que en tiempo de Lope no fué otra cosa que un desierto donde habitaban varios solitarios en sus respectivas celdas, bajo un inspector de conocida prudencia y virtud, á quien se sometian en todos los oficios de la vida monástica, á manera de los de la Tebaida, y de la Nitria en el Oriente; por lo que algunos escritores le dan el nombre de monasterio á aquel célebre eremitorio.

Sabemos por la historia de la vida de san Lubin, obispo de Chartres, que fué Lope superior de aquellos solitarios, y que, difundida la fama de su eminente virtud por todo el país, habia llevado á Lubin á tomar lecciones de santidad de un prelado de tan edificativa observancia, y austeridad de vida; cuya opinion general contribuyó asimismo, para que, muerto el obispo de Leon, fuese promovido á aquella cátedra por aclamacion de todo el clero y pueblo, á pesar de los esfuerzos de su humilde resistencia para excusarse de la dignidad, que no hubiera aceptado, si una especie de fermentacion que se suscitó por su repugnancia no hubiera obligado al santo á mirar con preferencia á sus comodidades solitarias los derechos de la paz.

Como por aquel tiempo sucediese la muerte de san Segismundo, rey de Borgoña, á quien Godemar, que lo era de Orleans, hizo prisionero, y mandó arrojar en un pozo con su mujer y con sus hijos; las turbulencias que sucedieron con esta desgraciada muerte, pusieron en tal consternacion el país, que tuvo mucho que sufrir Lope en los increibles males que padecia aquella tierra, que era el teatro de la sangrienta guerra, y el objeto de las violencias de los Borgoñeses. Los continuos ruegos, y las oraciones fervorosas del afligido prelado movieron al cielo á proveer

de remedio en tan fatal coyuntura, disponiendo el Señor que cayese la ciudad de Leon bajo el imperio de los Franceses por la particion que hicieron del reino entre sí los reyes Childeberto y Clotario, despues que arrojaron de aquel trono á su último rey Godemar, con cuyo motivo tomaron las cosas políticas otro mas pacífico temperamento. Supo aprovecharle Lope para trabajar con infatigable zelo en la reformacion de las costumbres de su pueblo, que habian padecido una sensible relajacion en la irrupcion de los invasores.

Todos los escritores de las actas de este insigne prelado celebran su gran prudencia, y aquella sabia industria, con que, sabiendo conciliar la simplicidad de la paloma con la sagacidad de la serpiente, gobernó como un diestro piloto la nave de su iglesia, y asegurándola con la áncora de la fe, la libró de los furiosos vientos de aquellas turbulencias, y violentos insultos de los herejes; portándose con tanta justificacion en los deberes de su ministerio, que satisfizo sin la menor queja todas las recomendables obligaciones que exige el Apóstol en los prelados perfectos.

Echábanse menos algunas prácticas de regularidad en el Estado, y de exactitud en la disciplina; importantes objetos que merecian examinarse con toda circunspeccion, y establecer ciertas reglas que predefiniesen lo conveniente. Celebróse á este fin el tercer concilio de Orleans, al que concurrieron diez y nueve obispos, los cuales por medio de treinta y tres cánones arreglaron las medidas particulares que pedia la materia. Distinguióse en este negocio la gran sabiduría, la consumada prudencia, y el fervoroso zelo de Lope por el bien de la Iglesia, prendas que le merecieron los aplausos de sus cohermanos. No obstante de hallarse algunos metropolitanos en el concilio,

subscribió el santo el primero; por lo que se cree que fué el presidente de aquella célebre asamblea.

No se refieren las acciones particulares de este insigne prelado desde la disolucion del concilio hasta poco antes del año 542 en que murió lleno de merecimientos, segun se sabe por la memoria de los obispos de Leon, puesto que en este año ocupaba aquella silla Leoncio sucesor de Lope. Su venerable cuerpo fué sepultado en la iglesia de la isla Bárbara, lugar que le habia sido siempre tan amable, que no dejaba de pasar á él muchas veces despues de su elevacion al obispado, para conservar el espíritu de retiro, y aquella pobreza evangélica, humillacion y demás prendas religiosas que habia adquirido en tan recomendable soledad. La iglesia en que fué depositado, dedicada primeramente á san Andrés y demás apóstoles, reedificada despues por el emperador Carlo Magno, reconoció por sus patronos á san Martin y á san Lope; pero habiendo padecido la misma desgracia que las demás de Francia en el funesto estrago que hizo el furor de los calvinistas en el año 1562, reservada por un prodigio particular la cabeza de san Lope de la profanacion con que trataron los herejes á todas las reliquias de los santos, se volvió á colocar en el nuevo templo que reedificó en la misma isla Camilo Nevfville, abad de ella, bajo el patronato antiguo de san Martin y san Lope.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el Castillo de Emaus, la fiesta de san Cleofas, discípulo de Jesucristo, quien segun la tradicion fué enterrado honoríficamente en la misma casa en la cual habia recibido al Salvador á su mesa, habiendo sido muerto por los judíos á causa de haber confesado su nombre.

En Roma, san Herculano, soldado y mártir, quien,

habiéndose convertido en vista de los milagros obrados en el martirio de san Alejandro, obispo, fué decapitado despues de haber padecido muchos tormentos bajo el emperador Antonino.

En Amiens de Francia, san Fermin, obispo, quien, habiendo sufrido muchos tormentos en la persecucion de Diocleciano bajo la presidencia de Ricovaro, fué decapitado; y así consumó su martirio.

En Damasco, san Pablo y santa Tata, su mujer, y san Sabiniano, san Máximo, san Rufo y san Eugenio, sus hijos, todos mártires; quienes, habiendo sido acusados de ser cristianos, rindieron sus almas á Dios en medio de azotes y otros suplicios.

En Asia, el martirio de san Burdoniano, de san Eucarpio y de otros veinte y seis.

El propio dia, san Anatalon, obispo, que, siendo discípulo de san Bernabé, le sucedió en la silla de Milan.

En Leon de Francia, la muerte de Lupo, obispo, y antes anacoreta.

En Auxerre, san Aunario, obispo y confesor.

En Blois, san Suleno, obispo de Chartres, ilustre por sus milagros.

Dicho dia, san Principio, obispo de Soissons, hermano de san Remigio, obispo.

En Anagni, santa Aurelia y santa Neomesia, vírgenes.

En Givaudan, el tránsito de san Chelis, obispo de Javoux.

En Saint-Geome cerca de Langres, san Souffroy, abad de San Pedro de Vermouth en Inglaterra

En Alejandría, el tránsito de santa Eufrosina, vírgen, cuyas reliquias son veneradas en Beaulieu cerca de Compiegne.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos conspicis in tot periculis constitutos pro nostra fragilitate non posse subsistere; concede propitius, ut, intercedente beata Maria famula tua, de præsentis vitæ fluctibus educti, ad æternæ salutis portum pervenire valeamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que veis que puestos entre los peligros no podemos permanecer seguros por nuestra fragilidad; concédenos, misericordioso Señor, que por la intercesion de tu sierva la bienaventurada María, seamos libres de las borrascas de la vida presente, y merezcamos llegar al puerto de la salud eterna. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 *y* 11 *de la segunda de san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia* III, *pág.* 70.

REFLEXIONES.

El que se haya de gloriar, dice san Pablo, *gloríese en el Señor.* Estas palabras manifiestan claramente la obligacion que tiene el cristiano de referir todas sus obras buenas á Dios, conociendo que todo don perfecto viene de su excelsa mano. El hombre no es capaz de su propia cosecha de hacer una sola obra que merezca alabanza delante de Dios, y que tenga utilidad para la vida eterna. Nuestra naturaleza quedó tan herida, tan débil y flaca despues del pecado del primer hombre, que apenas puede levantarse del polvo de la tierra, ni fijar su imaginacion en otra cosa que en los bienes temporales y perecederos. La verdadera virtud no es obra de poder criado; sola la gracia de Dios es capaz de principiarla en nosotros y conducirla á su verdadero fin. Y si esto se verifica de cualquiera accion moralmente buena, ¿con cuánta mas razon deberá entenderse de la vocacion á la religion cristiana, y de la victoria que para abrazarla

debe primeramente conseguir el hombre de sus pasiones y de sus movimientos naturales? Por esta causa, con sobrada razon aconseja y manda san Pablo á los Corintios que, cuando vuelvan los ojos sobre sí mismos y se encuentren ser dichoso fruto de su apostolado, no detengan la vista en sus propias fuerzas, ni se atribuyan á sí mismos la gloria, sino que se gloríen en el Señor, que es el autor de todo bien. Da la razon el Apóstol porque han de observar esta conducta, enseñándoles que no basta el que ellos califiquen de buenas sus obras para que realmente lo sean, sino que se necesita esencialmente el testimonio y aprobacion de Dios.

Todo esto es una muda reprension de la conducta diaria de los hombres, tanto en órden á sus vicios, como en órden á sus virtudes. En cuanto á lo primero, llega á tanto su soberbia, que no se creen capaces del mal, ni de dar asenso en su corazon á una idea pecaminosa. Todo defecto tiene una causa exterior que en concepto del pecador le hace enteramente inocente. Ya se acusa la fragilidad de la naturaleza; ya se culpa al comun enemigo que seduce é inclina al mal con sus perversas sugestiones; y últimamente, se traen á cuento los malos ejemplos de los que nos rodean para que nuestras acciones pecaminosas queden enteramente excusadas, y atribuido á otro que nosotros su principio. Por el contrario sucede en las acciones buenas; se hincha el hombre, se ensoberbece atribuyéndose á sí mismo lo que tiene alguna apariencia de virtud. Si da una limosna, si consuela las aflicciones de su hermano, si se aparta de los espectáculos profanos, y si se ocupa en algun ejercicio piadoso, no ha menester mas para darse gracias á sí mismo, ensalzar sus buenas inclinaciones, y creerse un hombre bienaventurado y superior á los demás hombres. Este modo de proceder es errado y para

enmendarle acuérdate, ó cristiano, de lo que dice san Pablo: *El que se gloria, gloriese en el Señor.*

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, *pág.* 109.

MEDITACION.

SOBRE LA VOCACION AL ESTADO RELIGIOSO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el que recibe de Dios una vocacion verdadera para hacer un eterno divorcio con el mundo y consagrarse á su divina Majestad por medio del estado de religion, y pone en ejecucion esta gracia singular, recibe de Dios tanta misericordia, que en cierta manera puede estar seguro de su eterna felicidad, con tal que por su parte procure cumplir exactamente las obligaciones de su estado.

La certidumbre de esta dicha no es un capricho del entendimiento humano, acostumbrado á apoyar sus esperanzas en débiles fundamentos; es nada menos que la misma palabra de Dios, cuya firmeza es tal, que faltarán primero los cielos y la tierra que ella falte, como dijo Jesucristo. Esta palabra consta del cap. 19 de san Mateo, en donde dijo la misma Verdad por esencia: *Que el que dejare su padre, su madre, su casa, sus hermanos y hermanas, la mujer, hijos y posesiones por su santo nombre, habia de recibir cien veces doblado, y además la vida eterna.* Esta promesa es tan auténtica, que no se puede dudar de ella; y es tan obligante, que se podria poner en cuestion la suma veracidad de Dios si ella pudiese faltar. El Señor tuvo la dignacion de hacerla por sí mismo, movido únicamente de su infinita bondad y de su divina misericordia. Nada pudo hallar en el hombre que le moviese á hacer la generosísima oferta de dar unos

bienes inconmutables y divinos en recompensa de unos servicios limitados y transitorios. Para que no pudiésemos dudar de su bondad, quiso que se nos notificase por sus evangelistas, para que su promesa tuviese con nosotros toda la firmeza y autenticidad que puede tener una escritura de contrato hecha en nuestro favor. De aquí nace que esta promesa es tan cierta, y nosotros podemos estar tan seguros de que Dios ha de cumplir su palabra, que de lo contrario podríamos acusar de infidelidad á la divina Justicia. Porque, como dice san Jerónimo, esta promesa incluye en sí una especie de contrato en que ambas partes quedan igualmente obligadas, el hombre á cumplir las condiciones establecidas en el Evangelio, y Dios por su parte á darle la recompensa prometida.

Pero debes considerar que, así como Dios está obligado por su infinita bondad y justicia á hacerte eternamente dichoso, tambien lo estás tú á cumplir exactamente todas las condiciones, que á la verdad son tremendas y difíciles. Debes despreciar todo lo terreno, y no tener mas patrimonio que la cruz de Jesucristo. Todas las delicias y diversiones del mundo deben ser para tí como si no fuesen. Debes cumplir exactamente las multiplicadas obligaciones que llevan consigo los votos de la religion, y los particulares estatutos que establecieron los patriarcas. Además de aquellas obligaciones que tiene todo cristiano, tienes otras particulares nacidas de un estado de perfeccion, del cual exigen todos con justicia un santo ejemplo, y que te presentes á los ojos de tus prójimos como dechado del bien obrar. Oracion continua, ayunos, penitencias, mortificacion de los sentidos, pobreza, desnudez, humillacion, abnegacion de tí mismo, retiro, silencio y vida privada, tales son las condiciones que debes observar por tu parte para obligar á Dios á sus promesas. Todo esto debe tener

presente el que intenta abrazar el estado religioso, y mucho mas aquel que, correspondiendo á la vocacion de Dios, hizo ya profesion, y se ve ya ligado con tan estrechas obligaciones. La cosa es sumamente dificil, y presenta á la vista un campo lleno de tropiezos y precipicios en donde es fácil perderse; y por lo mismo certifica que son pocos los que pueden entrar en tan arriesgada carrera. Pero en recompensa hay la consideracion dulcísima y llena de consuelo de que el que vence estas dificultades y cumple por su parte las condiciones pactadas, tiene tanta certidumbre de su eterna ventura, cuanta es la firmeza é infalibilidad de las promesas divinas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aunque á primera vista se presenta el estado religioso un estado de peligro, segun las consideraciones presentes, é invencibles las dificultades para cumplir exactamente las referidas condiciones, con todo eso se puede asegurar que en el estado religioso hay tal cúmulo de circunstancias favorables, que no es negocio arduo el cumplir con las obligaciones necesarias para satisfacer el pacto.

Un religioso que ponga en su alma la firme resolucion de ser verdaderamente religioso, encuentra por todas partes facilidades para la ejecucion de sus designios. Todos aquellos impedimentos que suelen encontrar los cristianos que viven en el mundo para servir á Dios, desaparecen en entrando en religion. En ella no hay aquellos negocios intrincados, que, mezclándose con los propios intereses, avivan y ponen en alarma las mas violentas pasiones. Las ocupaciones que prescribe el estado son de suyo inocentes, y pacifican y dejan al entendimiento toda la tranquilidad necesaria para juzgar rectamente de las cosas, juzgando al bien por bien y al mal por mal.

Los buenos ejemplos que se presentan continuamente á los ojos son otros tantos excitativos que mueven al ejercicio de las virtudes. Cada una de estas suele brillar de un modo particular en alguno de los hermanos, y presentar á la vista toda la amabilidad y dulzura de la vida espiritual. La mortificacion misma, aquella virtud que miran los delicados del mundo con tanto horror, figurándoseles de un aspecto triste y sombrío, se ve practicar á algunos dentro de los claustros con tanto valor y alegría, que se llega á juzgar que es una virtud deliciosa.

Además de todos estos subsidios que ayudan al religioso á cumplir las obligaciones de su estado, hay otros muchos nacidos de las mismas obligaciones, que no son menos poderosos para hacer fáciles los senderos de la virtud. Apenas hay instituto que no tenga un precepto particular de gastar ciertas horas en la oracion; y cuando no hubiese otras que las destinadas al rezo obligatorio y á la celebracion de los oficios divinos, serian suficientes para formar una serie continuada de contemplacion en que el cristiano ha de ver las obligaciones que tiene para con Dios, y cuánta gratitud exigen de su parte los divinos beneficios. Es cosa inculcada en las divinas Escrituras, y acreditada con la experiencia, que la palabra de Dios es viva y eficaz, y capaz por sí sola de producir en el hombre la rectitud de costumbres. Este beneficio le logran continuamente los religiosos asistiendo al coro, y rezando salmos en donde se contienen las grandezas de Dios y las exhibiciones continuas de sus divinas misericordias. Es verdad que á pesar de todo esto el religioso no puede desnudarse de la fragilidad de su naturaleza, ni de la rebeldía de sus pasiones. La profesion religiosa no puede deshacer las funestas consecuencias del primer pecado, y el que se retira á la religion lleva dentro de sí mismo todos los principios

de contaminacion. Por esta causa vive expuesto á quebrantar, no solamente las leyes que obligan á todo cristiano, sino tambien las particulares de su instituto, á cuya observancia se obligó. Pero en recompensa, y para obviar estos escollos, tiene sobre sí de continuo la vigilancia del prelado, sus exhortaciones, sus reprensiones y castigos. Juntando á esto las particulares gracias que confiere Dios á los religiosos por su estado mas perfecto, resulta de todo que el que se consagra á Dios tiene una promesa mas cierta de su eterna dicha, y unos medios mas fáciles de verificar las condiciones que se requieren para lograrla.

JACULATORIAS.

Vota mea Domino reddam in conspectu omnis populi ejus. Salm. 115.

Ofreceré á mi Dios mis votos en presencia de todo su pueblo para hacer á su divinidad un digno holocausto de mi alma.

Melior est dies una in atriis tuis super millia. Salm. 83.

Mejor es, Señor, gastar la vida en los atrios de tu casa, aunque su duracion haya de ser corta, que vivir una edad prolongada en las habitaciones de los pecadores.

PROPOSITOS.

1. Los frutos que se pueden sacar de estas consideraciones son diversos á proporcion del estado que tengan las personas que las hubieren hecho. Aquellas personas que se hallarán ligadas con los tres votos, y por tanto establecidas en religion, deben dar á Dios rendidas gracias por haberlas sacado de la Babilonia del mundo, y haberlas traido á la seguridad de su pueblo. El mismo cántico de accion de gracias que entonaron los israelitas cuando se vieron libres del dominio de Faraon habiendo sacudido de su cuello el

yugo de los Egipcios, y colocados en el camino seguro de la tierra prometida, ese mismo debe ocupar los labios de los religiosos y religiosas si tienen en su alma una idea verdadera del beneficio que Dios les ha hecho. Al mismo tiempo deben examinar escrupulosamente su vida, y advertir si han correspondido con fidelidad á la vocacion con que Dios les llamó, y á las multiplicadas gracias que les ha dispensado para cumplirla. En esta operacion, ó Dios eterno, ¡cuántos se encontrarán que, despreciando las obligaciones de su estado, han vivido con mayor relajacion que si estuviesen en el siglo! ¡cuántos habrán mirado con ceño el retiro y encierro á que ellos mismos se obligaron por su propia voluntad, y habrán pretendido recompensarse con peligrosas disipaciones! ¡cuántos, finalmente, entregados á los negocios del mundo, verán en sí que la profesion religiosa no ha sido para ellos otra cosa que una ocasion de multiplicar los motivos de su condenacion eterna! Pero por esto no debes desmayar, ó religioso tibio y disipado; estas consideraciones son una nueva gracia con que Dios te ilustra, para que volviendo en tí mismo implores su misericordia.

Los que se hallan todavía en estado de elegir han de tener presentes todas las doctrinas que se dan sobre la eleccion del estado, y considerar que, aunque el de religion es el mas perfecto, y en el que con mas facilidad se logra la salvacion eterna cuando hay verdadera vocacion, es tambien el mas expuesto y peligroso cuando esta falta. La parábola del Evangelio de aquel que entró á las bodas sin vestido nupcial, y fué echado en el fuego eterno, presenta la imágen mas horrorosa y mas terrible de las funestas consecuencias que produce este estado elegido sin la vocacion debida. Dios ha puesto en tu mano tu felicidad y tu desventura; el negocio no puede ser de

mayor importancia; ninguna diligencia puede estar de mas en donde las ganancias son infinitas, é infinitas las pérdidas. Procura, pues, consultar con Dios tus resoluciones, y no dudes que te dará gracia para hacerlas tales, que no tengas jamás que arrepentirte.

DIA VEINTE Y SEIS.

SAN CIPRIANO Y SANTA JUSTINA

VÍRGEN, MÁRTIRES.

Nació san Cipriano en Antioquía de Siria, de una familia distinguida por su nobleza, por sus riquezas, por su reputacion, pero sobre todo, por su ciega adhesion á todas las supersticiones del gentilismo. Dedicáronle sus padres á los demonios desde la edad de siete años, y dispusieron que se educase en todas las ciencias de los sacrificios, de la astrología judiciaria, de los encantamientos y de la magia. Hallaron sus maestros en Cipriano un genio superior para estas facultades, con una inclinacion tan viva hácia este arte diabólico, que en breve tiempo fué uno de los mas hábiles magos entre todos ellos. Muy resuelto á no ignorar secreto alguno de cuantos pudiese adquirir en la escuela de los astrólogos, de los hechiceros y de los adivinos, pasó á Atenas, despues á Argos, y desde allí á Frigia, adelantándose mucho á todos los facultativos; de suerte que, reconocido universalmente por el mago mas hábil de toda la Grecia, era buscado para presidir á los sacrificios que se ofrecian á los demonios. No contento con lo que ya tenia aprendido en aquel infernal arte, pasó á Egipto, y penetró hasta la India para aprender mas y mas.

Noticioso de que los Caldeos eran muy sobresalientes en la astrología judiciaria, se encaminó á ellos; inicióse en sus infames misterios y en el ejercicio de todo género de sortilegios; se hizo el mago mas famoso y el mas familiar con los demonios que habian conocido los siglos. Horroriza solo el leer las abominaciones en que aquel arte le precipitó. No hubo infamia, no hubo hediondez abominable en que no se revolcase y de que no hubiese hecho vanidad. No se conocia á Cipriano por otro nombre que por el del gran maestro del arte de los demonios. Para el uso de sus operaciones mágicas se valia de cuerpos humanos; hombres, mujeres y niños, á todos los degollaba secretamente, ofreciendo su sangre á los demonios, buscando en sus entrañas los presagios de lo futuro, y medios para asegurar el suceso de sus encantamentos.

Solamente en los cristianos experimentaba que nada podia con ellos, y por esta maravilla no los podia sufrir. Hacia todo lo posible para desacreditarlos y para perseguirlos: injurias, calumnias atroces, afrentas dolorosas, burlas sangrientas de su virtud y sátiras bufonas para hacer ridículos sus mas sagrados misterios, de todo se valia para perderlos. Tal era Cipriano hasta la edad de treinta años, cuando el Padre de las misericordias le escogió como á otro Saulo para hacer de él un vaso de eleccion, y para animar con su ejemplo la confianza de los mayores pecadores.

Despues de todas aquellas excursiones se restituyó Cipriano á Antioquía, donde fué considerado como jefe de todos los magos. Habia en la misma ciudad una doncella llamada Justina, hija de padres gentiles. Su padre Edesio y su madre Cledonia la habian educado cuidadosamente en las supersticiones del paganismo; pero como Justina era de mucho entendi-

miento, luego que oyó los sermones de Prailio, diácono de Antioquía, renunció las extravagancias de la gentilidad; y convirtiéndose ella á la fe de Jesucristo, convirtió tambien á sus padres á la misma.

Desde el punto que se hizo cristiana fué una de las esposas mas ilustres de Jesucristo, consagrándole su virginidad, y aplicándose á adquirir todas las demás virtudes que fomentan y conservan esta delicada virtud. No habia en toda Siria hermosura mas peregrina. Era la modestia su virtud favorecida, por lo que rarisima vez se dejaba ver en público, y siempre cubierta con su manto ó con su velo. Pero todo su cuidado en que ninguno la viese no bastó para que dejase de lograrlo un jóven llamado Agladio, el cual quedó tan ciegamente prendado de su belleza, y se encendió en su corazon un fuego tan infernal y tan impuro, que formó en él una violentisima pasion. No perdonó medio alguno el idólatra jóven para satisfacerla; pero experimentando inútiles todas sus diligencias, recurrió á Cipriano, no teniendo duda que sus mágicos hechizos le facilitarian el medio de lograr sus perniciosos intentos.

Hallábase el mismo Cipriano furiosamente abrasado en igual ó en mayor lascivo fuego por Justina; pero disimulándolo, se ofreció desde luego á trabajar en la empresa con tanto empeño como quien trabajaba para si. Valióse de los mas poderosos medios de la magia para hechizar á la vírgen de Jesucristo; pero todo inútilmente. Ofreció á los demonios los mas abominables sacrificios, invocólos, y ellos se lo prometieron todo, sintiéndose con efecto la castísima doncella asaltada de horribles tentaciones, y atemorizada con visiones horrorosas; pero sostenida de la gracia que mereció con sus continuas oraciones, con sus espantosas penitencias, y sobre todo, con la confianza en la poderosa proteccion de la santísima Vírgen, de

quien era muy devota desde su conversion, llamándola su querida madre, salió siempre triunfante y victoriosa. En vano ponian en movimiento los demonios cuantos malignos artificios podian inventar para derribarla; en vano la intentaban atemorizar poniéndosele delante en figuras horrorosas; en vano la golpeaban hasta ponerla en peligro de la vida; solo con hacer la señal de la cruz se desvanecian todas aquellas ilusiones, y ponia en vergonzosa fuga á todas las potestades del infierno. Observa san Gregorio que mientras duraban aquellos violentos combates no cesaba de invocar á la santísima Vírgen, suplicándola favoreciese á otra vírgen, cuya castidad corria tanto peligro; y que la purísima Señora la aseguró de la victoria. Agitado Cipriano del furor de su pasion, y lleno de indignacion por considerarla sin remedio, se volvió colérico contra el demonio, y dándole en cara con la pobreza de sus fuerzas, le dijo: «Pues qué, ¿es tan limitado tu poder que no le tienes para rendir á una tierna doncellita? Tú que tanto ponderas la irresistible fuerza de tu brazo, y que en tantas ocasiones has hecho tan portentosas maravillas, ¿qué mudanza es esta? ¿de dónde nace esta novedad? ¿quién protege á esa tierna doncella contra ti? ¿de qué armas se vale para burlarse de todos tus esfuerzos?» Forzado entonces el demonio por una virtud superior, le confesó la verdad, y le dijo: Que el Dios de los cristianos era el soberano señor del cielo, de la tierra y del infierno; que ningun demonio podia resistir á la señal de la cruz que Justina hacia continuamente; y que con esta señal, luego que alguno se le acercaba para tentarla, le ponia en precipitada fuga. *Segun eso*, replicó Cipriano, *muy loco he sido yo en no haberme dedicado á servir á un Señor que es mas poderoso que tú. Si sola la señal de la cruz en que murió ese Dios de los cristianos puede tanto, ¿qué poder no tendrá el*

mismo Dios? No, no quiero ya creer en tus prestigios; renuncio tus sortilegios, y espero que desde este mismo punto el Dios de Justina será tambien el mio.

Irritados les demonios de que se les escapase aquel por cuyo medio habian conquistado á tantos, se apoderaron al punto de su cuerpo; pero presto dejaron la posada, dice san Jerónimo, compelidos de la gracia de Jesucristo, que se hizo dueño de aquel corazon. Muchos y muy violentos combates tuvo que sufrir contra los enemigos de su salvacion y contra sí mismo para romper sus inveteradas costumbres en el pecado; pero el Dios de Justina, al cual no cesaba de invocar desde que conoció su poder, le sacó victorioso de todo.

Tenia Cipriano un amigo llamado Eusebio que era cristiano, y muchas veces le habia amonestado que dejase aquella infame profesion. Buscóle Cipriano, y deshaciéndose en lágrimas, le dijo: *Ya en fin, amado amigo, reconocí mis errores y palpé mis descaminos. Dime claramente si tu Dios, á quien desde luego confieso por único Dios verdadero, se dignará recibir en el número de sus siervos á un hombre tan malvado como yo; y si podrá alentarse mi esperanza á tener alguna parte en sus misericordias.* Gozosamente sorprendido Eusebio en vista de tan milagrosa mudanza, le dió mil enhorabuenas, y le animó á esperarlo todo de la misericordia del Señor, cuyos efectos experimentaba ya en aquella misma conversion. Sirvióle mucho aquel buen amigo en los primeros dias de prueba; porque los demonios, viendo que Cipriano perseveraba firme en su resolucion, pusieron en ejecucion todos sus enredos, todas sus tentaciones y todos sus artificios para perderle. Irritaron todas sus pasiones aquellos espíritus orgullosos, impuros y hediondos, poniendo verdaderamente en terribles pruebas su generosa resolucion; pero fortalecido Cipriano con la

divina gracia, sostenido y alentado con los buenos consejos de su amigo Eusebio, resistió á todos los esfuerzos del infierno. Hacia incesantemente sobre sí la señal de la cruz; tenia de continuo en la boca y en el corazon el sagrado nombre de Jésucristo, y no cesaba un punto de implorar la asistencia de la santísima Vírgen. Viendo los demonios que les salian mal todos los demás artificios, acordaron tentarle por el camino de su desesperacion; tentacion que no fué la menor, sino quizá la mas peligrosa de todas.

Representáronle que el Dios de los cristianos era á la verdad el único verdadero Dios; pero que era un Dios de pureza, un Dios que castigaba con extrema severidad las menores culpas, de cuyo excesivo rigor ellos mismos eran la prueba mas convincente, pues por un solo pecado de orgullo eran víctima de su eterna cólera; que no habia perdon para él, para quien ya estaba preparado un lugar en lo mas profundo del infierno por la enormidad de sus pecados; y pues ya no tenia que esperar misericordia, el único y mejor partido que le restaba era divertirse y dar gusto á sus pasiones mientras le durase la vida. En gran peligro puso á la salvacion de Cipriano esta terrible y apretada tentacion. Su amigo Eusebio le sostuvo muchas veces para que no desconfiase de la misericordia de Dios; y temiendo que al cabo le rindiese, le llevó consigo á Antimo, obispo de Antioquía. Al principio rezeló el santo prelado que se ocultase alguna supercheria bajo aquellas apariencias de conversion, y desconfió mucho así de las palabras como de las lágrimas del famosísimo mago; pero instruido bien de todo lo que habia pasado, del motivo de su conversion y de la generosidad con que habia resistido á todas las pruebas, le esforzó, le catequizó y le dispuso para recibir el bautismo.

Informada ya por este tiempo santa Justina de todo

lo que pasaba, y de la conversion milagrosa de Cipriano, no cesaba de implorar para él la misericordia del Señor con rigurosas penitencias y con fervientes oraciones. Hallándose Cipriano suficientemente instruido y cada dia mas confirmado en su resolucion, llevó todos sus libros de magia al santo obispo; y para convencer á todo el mundo de la sinceridad de su conversion, él mismo quiso quemarlos por su propia mano en presencia de todos los fieles. Reengendrado ya á la gracia por el santo bautismo, fué despues tan zeloso cristiano como antes habia sido hábil y pernicioso mago, haciendo su conversion tanto fruto como ruido; y trasformado en defensor y predicador de la fe de Jesucristo, convirtió un prodigioso número de gentiles.

Tuvo santa Justina tanto gozo de esta insigne conversion, que, en testimonio de su reconocimiento al autor de ella, encendió, dice san Cipriano, una lámpara, se cortó los cabellos para consagrarlos á Dios, vendió todas sus galas, joyas y muebles, con todo lo que tocaba á su dote, y repartió el precio entre los pobres. Su padre y su madre tambien ofrecieron á Dios la casa, y se la cedieron para que se convirtiese en iglesia. Eusebio fué reconocido desde entonces como el ángel del Señor, y á instancia de todos los fieles fué ordenado de presbítero. Agladio, en cuyo favor habia cometido Cipriano tantos y tan abominables pecados, reconoció la flaqueza y los embustes de los demonios, se hizo cristiano, y distribuyó toda su hacienda entre los pobres.

Hizo san Cipriano maravillosos progresos en los caminos de Dios. Desde entonces fué su vida un continuo ejercicio de la mas rigurosa penitencia. Dejábase ver algunas veces á la puerta de la iglesia con la cabeza desnuda, cubierta de ceniza, postrado en tierra, y pidiendo á todos los fieles que implorasen la mise-

ricordia de Dios por aquel miserable pecador Para humillarse mas y para abatir su natural orgullo, consiguió á fuerza de grandes ruegos que le encargasen el cuidado de limpiar y de barrer la iglesia. Vivia en compañía del presbítero Eusebio, á quien siempre consideró y veneró como á su padre en Jesucristo; y aquel Señor, que se complace en derramar los tesoros de su misericordia sobre los humildes y sobre los mayores pecadores verdaderamente arrepentidos, le concedió el don de milagros.

Como estaba dotado de una elocuencia natural y persuasiva, empleó sus talentos en convertir á los idólatras. Fué en esto extraordinariamente feliz, y aumentó tan considerablemente el rebaño de Jesucristo, que se asegura que despues de la muerte de Antimo todos los fieles le escogieron unánimemente por su pastor, y que fué sucesor suyo en la silla de Antioquía. El que habia sido fervoroso cristiano y santo presbítero, fué despues modelo de prelados, reconociendo luego todo su rebaño que tenia en Cipriano un nuevo apóstol. Impelido de su humildad, divulgó su confesion, y esta confesion, en que no disimulaba ninguna de sus culpas, animó la confianza de los mayores pecadores, y contribuyó mucho á la conversion de los infieles.

Hacia mucho ruido en el mundo el nombre de san Cipriano, sus extrañas aventuras, su zelo y las conquistas que hacia diariamente extendiendo el reino de Jesucristo; por lo que no podia menos de llegar á noticia de los emperadores. Hallábase à la sazon Diocleciano en Nicomedia; é informado así de las maravillas de Cipriano, como de la eminente santidad de la virgen Justina, los mandó prender. Eutolmio, gobernador de la Fenicia, cuya ordinaria residencia era la ciudad de Cira, hizo que se le condujesen al mismo tiempo que fué arrestada santa Justina en Da-

masco, donde se habia retirado con un crecido número de otras santas doncellas. Habiendo comparecido ambos en presencia del juez, respondieron con tanta constancia y con tanta generosidad, confesando la fe de Jesucristo con tanta resolucion, que Eutolmio quedó sorprendido; mas no queriendo creyese alguno que favorecia á los cristianos, mandó despedazar á azotes á santa Justina, y al mismo tiempo hizo suspender en el aire á san Cipriano, y que le desollasen y surcasen el cuerpo hasta los huesos con uñas de acero y garfios puntiagudos, de modo que causaba horror aun á los mismos paganos. Pero como este terrible tormento no debilitase un punto su firmeza, mandó que los encerrasen en prisiones separadas; y viendo que ni sus amenazas ni sus promesas hacian impresion en el ánimo ni en el corazon de los generosos mártires, ordenó que cada uno de ellos fuese metido en una caldera de cobre llena de pez, grasa y cera derretida. Por la alegría que manifestaban en sus semblantes y en sus palabras se conoció que los santos mártires no sentian dolor alguno en aquel tormento. Hasta se notó que no tenia fuerzas ni calor el fuego que estaba debajo de la caldera. Hallábase presente un sacerdote de los ídolos llamado Atanasio, grande mago, y en otro tiempo compañero y discípulo de Cipriano, el cual se persuadió que todo aquello era efecto de los hechizos y encantamientos de su antiguo maestro. Vínole la gana de hacer lo mismo con el fin de desacreditar las maravillas de san Cipriano, y luego hacerse hombre famoso y recomendable á todo el pueblo. Habiendo hecho, pues, sus invocaciones á los demonios, sus imprecaciones y sus ceremonias mágicas, se arroja precipitadamente en una caldera; pero no bien entró en el fuego cuando quedó reducido á ceniza. Con este suceso quedaron nuevamente aplaudidas y estimadas

las maravillas de nuestro santo, de modo que faltó poco para que se sublevase en su favor toda la ciudad. Intimidado el juez, tomó el partido de remitir los santos mártires á Diocleciano, que á la sazon se hallaba en Nicomedia, y le escribió todo lo sucedido. Luego que Diocleciano leyó la carta, mandó que sin otra formalidad ni proceso les cortasen la cabeza, lo que se ejecutó inmediatamente el dia 26 de setiembre á la orilla del rio Gallo que pasa cerca de la ciudad.

Otro cristiano, llamado Teoctisto, que habia declarado bastantemente su profesion, acercándose á la oreja de san Cipriano para hablarle en secreto, recibió la misma corona que ellos, siendo condenado por la propia sentencia. Era un marinero que acababa de desembarcar en Bitinia, y venia de las costas de Toscana. Noticiosos sus compañeros de lo que habia pasado, acudieron á llevarse los santos cuerpos á pesar de los guardias apostados para estorbar que se les diese sepultura. Fueron llevadas á Roma estas preciosas reliquias, y allí estuvieron ocultas mucho tiempo en casa de una virtuosa señora, hasta que otra señora no menos piadosa, llamada Rufina, descendiente del emperador Claudio II, les mandó edificar una pequeña iglesia en tiempo del emperador Constantino, de donde en fin fueron trasladadas á la iglesia de San Juan de Letran, por otro nombre la basílica de Constantino. Venérase en Tolosa una porcion de estas santas reliquias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nicomedia, la fiesta de san Cipriano y santa Iustina vírgen, mártires. Justina, despues de haber padecido muchos tormentos por Jesucristo bajo el emperador Diocleciano y el presidente Eutolmio, convirtió tambien á Cipriano, que era mago, y se

esforzaba por seducirla con sus encantamientos; pero tuvo la santa el consuelo de verle padecer el martirio consigo. Sus cuerpos habiendo sido echados á las fieras, los recogieron unos marinos cristianos por la noche, y los llevaron á Roma. Trasladados despues á la basílica de Constantino, fueron sepultados junto al bautisterio.

En Roma, san Calistrato, mártir, y otros cuarenta y nueve soldados, quienes, en la persecucion de Diocleciano, viendo que Calistrato cosido en un cuero y arrojado al mar, habia salido de las aguas sin daño alguno, se convirtieron á Jesucristo, y con él padecieron el martirio.

En Roma tambien, san Eusebio, papa.

En Polonia, otro san Eusebio, obispo y confesor.

En Bresa, san Vigilio, obispo.

En Albano, san Senador.

En el país de Frascati, san Nilo, abad, fundador del monasterio de Grotta-Ferrata, varon de gran santidad.

En Tiferno, san Amancio, presbítero, varon esclarecido pòr el don de milagros.

En Clermont de Auvernia, el natalicio de santa Eutropia, viuda, celebrada por san Sidonio.

En Armenia, el martirio de santa Ripsima y el de otras treinta y tres vírgenes bajo el rey Tiridates.

En Como, el bienaventurado Juan de Meda, fundador de la órden de los Humillados bajo la regla de san Benito.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente.

Beatorum martyrum Cypriani et Justinæ nos, Domine, foveant continuata præsidia; quia non desinis propitius in-

Protéjanos, Señor, el continuado favor de tus bienaventurados mártires Cipriano, y Justina, porque nunca dejas

tueri quos talibus auxiliis concesseris adjuvari. Per Dominum nostrum...

de amparar á los que concedes la gracia de que merezcan semejante proteccion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 *de la de san Pablo á l. Hebreos, y la misma que el dia* XIX, *pág.* 463.

NOTA.

« Los mas antiguos padres de la Iglesia son de » sentir que esta epístola de san Pablo á los Hebreos » la escribió el santo Apóstol en su propia lengua, » esto es, en la hebrea; pero porque muchos judíos » residian donde se usaba la griega, consintió gus- » toso en que san Lucas ó san Clemente, que eran » sus amanuenses, la tradujesen en griego. En » ella promete san Pablo á los Hebreos que los irá » á visitar, y que llevará en su compañía á Timoteo. »

REFLEXIONES.

El tiempo que resta es corto, y muy corto. Por larga que sea la vida, toda su duracion es menos que un instante respecto de la eternidad. ¿Qué son setenta, qué son noventa años comparados con una duracion sin fin? Son como un punto, como menos que un punto respecto de la extension de este vasto universo. Tiempo vendrá en que este punto añadido de mil en mil años á otro punto, llenaria todo este espacio del mundo y otros diez mil espacios mucho mas dilatados que él; pero la eternidad no habria perdido ni un solo instante de su duracion. Multiplica números sobre números, y despues de haber considerado esa multitud casi infinita de siglos en que se pierde la imaginacion, no se ha disminuido ni un solo momento á la espantosa eternidad. Con todo eso, la felicidad ó la infelicidad infinita de esa eternidad incomprensible

y espantosa depende del bueno ó del mal uso de ese punto de tiempo. ¡ Y este tiempo se administra con tan poca economía ! ¡ y se aprovecha tan poco este tiempo! ¡ y este tiempo se deja pasar y se deja perder como si su pérdida fuese de ninguna consecuencia! Buen Dios, ¡ y qué visiblemente acredita esta conducta nuestra poca fe y nuestra poca religion! El jóven imagina delante de si una carrera, cuyo término apenas alcanza á ver; pero pocos llegan tan allá como la edad les promete, y ninguno deja de hallarse en la última hora mucho antes de lo que él se imaginaba. El que se halla en una edad avanzada, cuenta con no sé qué fondo de salud y de robustez que le parece no se ha de alterar jamás, y siempre fija la época de su muerte á algunos años mas allá. Ni aun se cree que la misma vejez nos va acercando al fin de la vida. Sea falta de entendimiento ó falta de religion, pocos viejos consideran próxima su muerte. Ni aun la misma enfermedad nos hace confesar que el tiempo es corto. Ninguno deja de pensar que todavía ha de tener mas tiempo; pero al fin, si el número de los años y la misma decrepitud nos está diciendo sin cesar, mal que nos pese, que el tiempo es breve, ¿cuántos viejos se encuentran que se conviertan? Solo se piensa en aplicar cuantos medios se discurren conducentes para prolongar la vida, y de ninguna manera en lo que puede conducir para santificar lo poco que resta de ella. No parece sino que las personas ancianas temen que, si piensan en la muerte, el mismo pensamiento se la traiga á su casa mas apriesa. Es necesario haber vivido en un continuo pensamiento de que algun dia se ha de morir, para emplear los últimos momentos de la vida en procurar una cristiana muerte. El tiempo es breve, dice el caminante; luego es menester darme priesa para llegar al término de la jornada. El tiempo es

breve, dice el mercader; luego es menester aprovecharle para hacer negocio. Solo, ó casi solo el cristiano no sabe sacar la debida consecuencia en órden á la otra vida, confesando que es breve el tiempo de la presente. Parece que solo en el negocio que mas nos importa estamos faltos de juicio y de razon.

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo, y el mismo que el dia XIX, *pág.* 466.

MEDITACION.

DE LOS FRUTOS DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera la mucha razon que tuvo el Salvador del mundo para encargarnos tanto el cuidado de que no nos engañasen. Bien se puede decir que en punto de salvacion no hay cosa mas comun que la ilusion y el engaño. Nunca se muestra mas ingenioso nuestro amor propio para alucinarnos; ¿y qué hacemos nosotros para no ser engañados?

Tal vez nos valemos de ciertos ejercicios espirituales, de ciertas devociones, de ciertos actos de virtud ejercidos muy superficialmente, á cuya sombra nos atolondramos y vivimos muy tranquilos sobre muchos puntos que están pidiendo reforma. Cayóse en pecado; todos imaginan haber hecho penitencia; pero ¿dónde están los frutos de ella? Sin embargo, toda penitencia infructuosa es como si no se hiciese. En vano se lisonjea el hombre de una conversion exterior, si no está convertido el corazon.

Por frutos de penitencia no se entienden solamente las maceraciones del cuerpo, sino principalmente la mortificacion de las pasiones y la reforma de las costumbres: estos son propiamente los frutos que espera Dios de nuestra penitencia.

La frecuencia de sacramentos, la oracion y las buenas obras son sin duda grandes medios para llegar á la perfeccion; pero si no obstante unos medios tan poderosos nos mantenemos siempre imperfectos, siempre altivos, impacientes, envidiosos, inmortificados y coléricos, ¿se podrá contar mucho con el uso de esos medios?

Actos son de penitencia las austeridades corporales, pero el fruto de esta penitencia exterior debe ser la mortificacion de las pasiones y la reforma de las siniestras inclinaciones del alma. ¿De qué servirá un exterior humilde y reformado, si se abriga la hiel en el corazon, y si el orgullo secreto es la pasion dominante?

Pero no basta llevar frutos de penitencia. Son tan comunes las adversidades en esta vida, y tan frecuentes los trabajos, que en este sentido apenas habria árboles estériles. Es menester producir frutos *dignos* de penitencia, es decir, frutos verdaderos de penitencia, dignos de ser presentados al Señor, agradables á sus divinos ojos, y que sean de su gusto. ¿Tienen estas calidades los que yo he producido hasta aquí? ¿son de esta especie?

Esos ayunos tan mal observados, esas mortificaciones de tan poca duracion y tan lijeras, esas muestras, esas apariencias de arrepentimiento y de penitencia, ¿no son frutos verdes y tardíos que nunca llegan á madurar?

Mi Dios, ¡y cuánto es de temer que al tiempo de la cosecha en que tomais cuentas tan exactas, y en que el padre de familias examina tan escrupulosamente lo que producen sus tierras, no nos hallemos alcanzados en muchas partidas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la penitencia sin fruto es penitencia sin mérito. ¡Cuántos padecen sin que reciba Dios sus

trabajos! Son muchos los afligidos, pero pocos los penitentes.

La vida religiosa es un continuo ejercicio de penitencia. ¿Y no seria mucha desgracia haber llevado sin fruto una vida austera y penitente? Pero ¿qué fruto? Un religioso entregado enteramente á la tibieza y á la relajacion; un religioso todo lleno, todo ocupado del espíritu del mundo, ¿qué fruto puede sacar de su penitencia? ¡Oh, y qué necedad es no quererse aprovechar de los frutos de la cruz que necesariamente se lleva á cuestas! No por eso se padeceria mas; antes se padeceria mucho menos, porque los frutos, aunque se presentan amargos, son verdaderamente dulces y sabrosos. No se percibe esta dulzura, porque se busca la satisfaccion fuera de la cruz.

Ninguno hay que no tenga mucho que padecer en esta vida. En todas partes hay trabajos; ni están exentos de ellos los que viven con mayores conveniencias. Todo terreno produce este género de plantas. ¿Porqué dejaremos perder el fruto que dan? Padezcamos á lo menos con paciencia, ya que no seamos tan santos y tan generosos, que padezcamos con alegría. Ofrezcamos nuestros trabajos á Jesucristo uniéndolos con los suyos; aceptémoslos como castigo muy merecido por nuestros pecados. No por eso nos afligirán mas, y por otra parte no será sin fruto; antes harán parte del fruto de nuestra penitencia.

¿Nos costaria mucho trabajo el hallar los miserables frutos de nuestras pasiones, de nuestras inclinaciones viciosas, y los que produce el terreno de nuestra iniquidad? Pero ¡cuánto nos costaria encontrar los frutos dignos de nuestra penitencia! Sin embargo, el dia va declinando, el tiempo de la cuenta se acerca, hallámonos casi al fin de la carrera, tocamos la sepultura con el pié. ¿Quién nos asegurará de lo contrario?

¿Qué frutos ha dado hasta aquí nuestra penitencia? frutos secos y amargos por no haberlos dulcificado el riego de la divina gracia; frutos verdaderamente podridos por la impaciencia, el enfado y el desabrimiento con que ha ido acompañada nuestra penitencia; frutos inútiles y sin sazon, porque la cobardía, la inconstancia y el haber vuelto la pasion no los dejó madurar. Y en medio de eso, esta es toda nuestra provision; este es, por decirlo así, todo el descargo con que salimos de este mundo para comparecer ante el tribunal de la divina Justicia.

Mi Dios, todavía estoy por vuestra infinita misericordia en estado de hacer menos infructuosa mi penitencia. Confieso que por áspera y por larga que sea, nunca será correspondiente á mis maldades; pero espero con el auxilio de vuestra divina gracia hacer en adelante frutos de penitencia que no merezcan ser desechados de vos.

JACULATORIAS.

Laboravi in gemitu meo, lavabo per singulas noctes lectum meum : lacrymis meis stratum meum rigabo. Salm. 6.

Vos sabeis, Señor, las lágrimas que me han costado mis culpas; llorarélas por toda la vida sin exceptuar aun el tiempo destinado al necesario descanso, porque regaré mi cama con las lágrimas de mis ojos.

Domine, ante te omne desiderium meum : et gemitus meus à te non est absconditus. Salm. 37.

Bien veis, Señor, lo que siente mi corazon, y testigo sois de mis lágrimas y de mis suspiros.

PROPOSITOS.

1. Asombro es que los mas obligados á hacer penitencia sean los que menos hacen. ¡Cuántas imposibi-

lidades quiméricas, ó á lo menos cuántas dificultades insuperables se alegan cuando se trata de admitir una lijera penitencia por las mas enormes culpas! Pocas señoras del mundo, pocos jóvenes disolutos pueden ayunar; ¡ qué digo ayunar ! los mas pretenden que se les debe dispensar hasta de la misma abstinencia. Si se trata de dar limosnas, hay deudas, hay una numerosa familia, está una persona cargada de obligaciones. Si se habla de algunas devociones en la iglesia, de un rato de oracion, no se puede, no hay tiempo, lo estorban las visitas; de manera que los mayores pecadores parece que el dia de hoy se consideran desobligados de hacer penitencia. Pero ¿cómo se podrán lisonjear de ser penitentes? Examina si has estado hasta aquí en este error. Guárdate bien, cuando te llegues al sagrado tribunal de la penitencia, de consultar tu sensualidad, tu amor propio y tu delicadeza. Considérate á los piés del confesor como á los piés de Jesucristo. Él es tu médico, no te toca á ti escoger los remedios; él es tu juez, no te corresponde á tí determinar la sentencia ni la pena que se te impone en satisfaccion de tus pecados. ¿Qué señal hay de contricion en todas esas quisquillosas dificultades, en todas esas vanas excusas? Acepta siempre con humildad y con sumision la penitencia que te impusieren. O gran Dios, ¡ qué proporcion entre la pena y la culpa! Pero si te considerares obligado á representar alguna cosa, hazlo con tanto rendimiento y con tanta indiferencia, que se conozca tiene en ello mas parte la razon que la sensualidad.

2. No creas que la penitencia que te impone el confesor te excusa de hacer otra; aquella es como prenda de esta. Toda la vida de un cristiano, y sobre todo de un cristiano pecador, debe abundar en frutos de penitencia. Si no todos se pueden macerar con largas abstinencias y con otras austeridades, todos, sin



S. COSME Y S. DAMIAN,
MÁRTIRES.

exceptuar uno solo, se pueden y se deben mortificar. Son muchas las especies que hay de frutos de penitencia. Todas cuantas cosas se presentan te pueden dar ocasion para oponerte á tus inclinaciones naturales. El humor, el genio y hasta las mismas pasiones pueden servir para dichosa fertilidad. No hay tiempo ni lugar que no proporcione algun motivo para el ejercicio de la penitencia. Hay ciertas circunstancias en que te vienen grandes impulsos de ver ó de hablar; ¡qué bella ocasion para callar y bajar los ojos! Puede granjearte grande aplauso en una conversacion un dicho agudo y á tiempo, una zumba con discrecion; pero suprimiendo uno y otro, te ofrecen tambien materia para un grande sacrificio. Siendo la conversion del corazon y la reforma de las costumbres los que se llaman con propiedad verdaderos frutos de penitencia, vive de manera que se reconozcan en tu modestia, en tu moderacion y en toda tu conducta. Donde no hay reforma, ni hay frutos de penitencia, ni hay conversion.

DIA VEINTE Y SIETE.

SAN COSME Y SAN DAMIAN, MÁRTIRES.

San Cosme y san Damian fueron hermanos, naturales de la ciudad de Eges ó de Egea en la Arabia. San Gregorio Turonense es de opinion que fueron gemelos, de una familia distinguida y considerable por los grandes bienes que poseia, pero mucho mas por el cristianismo que profesaba. Muerto su padre, se halló su madre Teodora con cinco hijos, Antimo, Leoncio, Euprepo, Cosme y Damian, a quienes la piadosa viuda procuró dar una cristiana educacion, no perdonando medio alguno para conseguirlo. Pudo

mucho en el ánimo y en el corazon de los hijos la virtud de la madre, cuya santa vida, fecunda en buenas obras, le mereció ser colocada por los Griegos en su Menologio. Dotados Cosme y Damian de una bella índole acompañada de un ingenio vivo, brillante y muy superior al de los demás hermanos, se consideraron mas hábiles para dedicarlos al estudio de las ciencias y de las bellas artes. Hizo la madre todo cuanto pudo para cultivar su capacidad y sus talentos. Fueron rápidos los progresos que hicieron en las letras; pero sin atrasarse un punto en el camino de la virtud. Honraban sus costumbres la religion que profesaban, y hasta los mismos paganos no se podian negar á venerar, admirar y amar su bondad, su desinterés y su inocencia.

El zelo de la fe, siempre ingenioso, los movió á dedicarse al estudio de la medicina. Viviendo en un país donde esta facultad estaba abandonada, se persuadieron que, habilitándose en ella, les proporcionaria ocasion para insinuarse con los gentiles, para instruirlos insensiblemente en las verdades de nuestra religion, para desvanecer sus preocupaciones; y atendiendo á curar las enfermedades del cuerpo, para aplicarse con mayor utilidad á librarlos de las dolencias del alma.

Bendijo el Señor sus zelosos intentos. Aventajáronse tanto Cosme y Damian en la penetracion de la naturaleza y de la medicina, que su reputacion los hizo célebres en todo aquel país. Todos los enfermos acudian á ellos con firme esperanza de recobrar su salud solo con que les hiciesen algunas visitas en su enfermedad. Era cada dia mayor su reputacion por las admirables curas que hacian. Es verdad que la santidad de los médicos comunicaba especial virtud á los medicamentos, siendo mayor el don de los milagros que la ciencia de los remedios naturales, por lo

que no habia mal tan rebelde y tan violento que se resistiese á su curacion, ni enfermo tan desahuciado que no cobrase la salud á la primera visita de san Cosme y san Damian.

Daban principio á la cura haciendo una breve, pero fervorosa oracion; informábanse despues de la calidad del alma; hacian sobre el enfermo la señal de la cruz, y en el mismo instante cesaban los dolores, desaparecia la calentura, huia la enfermedad, y muchas veces hasta los mismos moribundos se hallaban repentinamente con perfecta salud. Ya se deja discurrir que á estas milagrosas curaciones se seguirian numerosas conversiones entre los gentiles. Así el deseo de sanar como el recobro de la salud inspiraban en los idólatras mas obstinados una singular estimacion de la religion cristiana. Los ciegos cobraban vista haciendo la señal de la cruz sobre sus apagados ojos los santos médicos; los poseidos se hallaban libres, los paralíticos sanos, y todos conocian que curas tan extraordinarias eran muy superiores al arte y á la experiencia natural. Aprovechábanse nuestros santos con destreza de la confianza que tenian en ellos los paganos enfermos para sacarlos de los errores y de las impiedades del gentilismo; de suerte que los médicos se convirtieron en dos insignes apóstoles. Era tan grande y tan sabio su desinterés, que los Griegos los llamaban *Anargyrios*, es decir, hombres sin dinero, porque ejercian su profesion gratuitamente sin admitir cosa alguna de cualquiera que fuese.

La fama de tantas maravillas los hizo mas célebres en todo el país; pero esta misma reputacion dió ocasion á su martirio. Tomada la resolucion de exterminar todos los cristianos por los emperadores Diocleciano y Maximiano, enviaron á Egea al prefecto Lísias con órden de no perdonar á suplicios ni á todo el rigor de las leyes para obligar á cuantos hiciesen

profesion del cristianismo á sacrificar á los dioses del imperio; y en caso de resistencia hacerlos perecer á violencia de los tormentos. Luego que llegó el gobernador, le informaron que nunca habian tenido los dioses enemigos mas mortales que dos célebres médicos, ó, por mejor decir, dos insignes magos que corrian todas las ciudades haciendo portentosas curas á favor de sus encantamientos; los cuales, abusando de la credulidad del vulgo ignorante, hacian tantos cristianos cuantos eran los enfermos que visitaban; y que si no se atajaba este desórden, dejándolos continuar en él, muy en breve se haria cristiano todo el país. Ya se sabe que era comun y extraña preocupacion de los gentiles atribuir á efectos del arte mágico todas las maravillas que obraban los cristianos. Movido Lísias de este informe, los mandó prender, haciéndolos comparecer delante de sí; les dijo con un aire y con un tono capaz de intimidar los corazones mas esforzados: *Con que vosotros sois aquellos dos famosos embusteros que andais por las ciudades y provincias sublevando á los pueblos con vuestros encantamientos, y alborotándolos contra los dioses del imperio para colocar en su lugar y hacerles adorar como Dios á un hombre que por sentencia de juez fué colgado de un infame madero. Tened entendido que, si desde este mismo punto no renunciais á ese Dios crucificado, y no obedeceis los edictos de los emperadores, no habrá suplicio que no os haga sufrir para reduciros á vuestro deber. ¿De dónde sois? ¿qué oficio profesais? ¿cuál es vuestra familia?*

Señor, respondieron los dos santos con tono firme, pero respetuoso, *los dos somos hermanos, naturales de Arabia, y tenemos la dicha de ser cristianos, como tambien otros tres hermanos nuestros y toda nuestra familia. Somos caballeros, y médicos de profesion, incapaces de engañar á nadie. A ninguna ciudad ni pro-*

vincia vamos adonde no seamos llamados. No ejercemos la medicina por interés; nada admitimos de enfermo alguno; pero dando la salud á los enfermos mas por la virtud de Jesucristo que por nuestra ciencia, procuramos al mismo tiempo sanarlos de la ceguedad del alma, haciéndoles conocer que no hay mas que un solo Dios verdádero, conviene á saber, el que nosotros adoramos, y que los llamados dioses del imperio son infames demonios que tienen engañados á los pueblos.

Quedó sorprendido el gobernador al oir una respuesta tan discreta como moderada; neutral entre la cólera y el aplauso de su cordura y de su moderacion, no sabia á cuál de los dos afectos inclinarse. Estaba bien informado de las portentosas curas que habian hecho, y no ignoraba que universalmente eran reputadas por prodigios superiores á la naturaleza, mas que por efectos del arte; pero en medio de eso el temor de perder la gracia de los emperadores le determinó al partido de la severidad. Mandóles que hiciesen venir á sus hermanos, y luego que los vió en su tribunal, los exhortó fuertemente á que no se obstinasen en ser rebeldes á las órdenes de los emperadores. *Sois nobles*, les dijo, *sois jóvenes, y yo tengo órden de nuestros soberanos para ofreceros su favor y los primeros cargos del imperio, si os rendis á su voluntad. Es menester sacrificar á los dioses y renunciar las incomprensibles quimeras de vuestra religion cristiana. No os encaprichcis en perderos á vosotros y á toda vuestra familia; escoged una de dos, ó vivir tributando culto á los ídolos, ó morir al rigor de los mas crueles tormentos; pensadlo bien. Ya lo tenemos bien pensado*, respondieron los santos, *tus tormentos no nos ponen miedo; prontos estamos á dar nuestra vida por nuestra religion; no tienes que esperar otra respuesta de nosotros.*

Tampoco la esperó Lísias, porque en el mismo punto los mandó aplicar á la tortura. No los espantó este cruel suplicio. *Si tienes otros tormentos que hacernos padecer,* le dijeron los dos santos, *no tienes mas que ponerlos en ejecucion. Estamos seguros de que la gracia de nuestro Señor Jesucristo nos dará fuerzas para sufrirlos, no solo con paciencia, sino tambien con alegría.* Con efecto, habiendo salido de la tortura sin experimentar el mas lijero daño, dió órden el gobernador para que atados de piés y manos los arrojasen en el mar; pero un ángel les rompió las ataduras, y los puso sanos y salvos en la ribera. En vista de esta maravilla mostró el Juez ablandarse algun tanto, y les preguntó en tono amistoso con qué género de encantos ó de sortilegios obraban aquellos prodigios. *Señor,* le respondieron los santos hermanos, *ignoramos absolutamente toda especie de sortilegios: los demonios nos temen en lugar de servirnos. Somos cristianos: solo en virtud del nombre de Jesucristo y de su soberana proteccion triunfamos de todos vuestros suplicios: ni todos vuestros imaginarios dioses, ni todo el infierno junto es capaz de resistir á sola la señal de la cruz del Salvador en quien ponemos toda nuestra confianza. Pues yo pongo toda la mia* (replicó Lísias) *en nuestro dios Apolo, y me atrevo á hacer los mismos prodigios en su nombre.* En el mismo instante fué castigada esta blasfemia; porque dos demonios invisibles le comenzaron á golpear tan cruelmente, que hubiera espirado á violencia de los golpes, si nuestros santos, movidos de compasion, no hubieran hecho oracion, librándole de aquellos demonios en el nombre de Jesucristo. Aprovechándose los santos de esta maravilla y del beneficio que Lísias acababa de recibir, le dijeron: *¿A vista de esta gracia dudarás todavía del poder de nuestro Dios, y te obstinarás todavía en tu infidelidad? ¿Has recibido alguna vez semejante beneficio de*

tus ídolos? ¿has hecho experiencia de su poder? Renuncia, pues, el culto de esos infelices, que aun mas flacos y mas miserables que tú, no tienen poder para librarse á si mismos de los eternos tormentos que padecen por sus maldades: y abriendo los ojos á la verdad, reconoce la omnipotente virtud del verdadero Dios, único objeto digno de tus adoraciones.

Mostróse el gobernador insensible á tan justas ımonestaciones, y sin responderles palabra, se con:entó con mandar que los volviesen á la cárcel. Teıerosos los gentiles de que Lísias se hiciese cris..ıno, le hablaron con tanta resolucion y le amena:aron tan furiosamente con la indignacion de los ɜmperadores, que al dia inmediato los hizo compa·ecer ante sí; y preguntándoles con fiereza si persisıan siempre en su primera obstinacion, hallándolos ımobles en la confesion de su fe, mandó encender ına gran hoguera de sarmientos, y arrojarlos en ella;)ero salieron de este suplicio tan sin lesion y tan in:lemnes como de todos los demás. Furioso entonces el ;obernador, dió órden para que, amarrando á cada ıno á un grueso tronco, cuatro compañías de solda:los disparasen contra los dos santos todas sus saetas; ›ero la mano poderosa del Señor, que queria conundir la obstinacion del tirano y de todos los geniles, los hizo invulnerables; y disponiendo que toda quella espesa nube de dardos retrocediese con vioɜncia hácia los concurrentes, costó á muchos la ida. Causó este suceso tanto alboroto en toda la iudad, que el gobernador se vió obligado á mandar ·ue inmediatamente les cortasen la cabeza. Pusiéonse en oracion san Cosme y san Damian, y suplicaon humildemente al Señor que se dignase admitir su acrificio, y no permitiese con otro nuevo milagro ue se estorbase la ejecucion de la sentencia. Fué ida su oracion, y al primer golpe cayeron en tierra

sus cabezas. Fueron coronados del martirio el dia 27 de setiembre del año 285; y se cree que los otros tres hermanos lograron la misma dichosa suerte.

La mayor parte de sus santas reliquias fueron con el tiempo llevadas á Roma, y depositadas en una hermosa iglesia, que san Félix papa, visabuelo de san Gregorio Magno, mandó edificar en honor de los santos mártires. Un caballero francés, llamado Beaumont, que en tiempo de las cruzadas fué al socorro de la Tierra Santa, trajo el resto de las reliquias de san Cosme y san Damian, y las colocó en una magnifica iglesia que en honra suya mandó construir en Luzarche; y de estas se sacaron las que se conservan en París y en otras partes.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Egéa, la fiesta de san Cosme y de san Damian, hermanos, mártires, que en la persecucion de Diocleciano despues de haber padecido muchos tormentos, como cárceles y prisiones, despues de haber superado milagrosamente la sumersion en el mar, el fuego, cruces, pedradas, saetas, fueron decapitados. Dícese que sus otros tres hermanos carnales, Antimo, Leoncio, Euprepo, fueron martirizados juntamente con ellos.

En Roma, santa Epícaris, señora de una familia senatoria, que en la misma persecucion, despues de haber sido acardenalada con cordeles emplomados, fué por último decapitada.

En Lodi, san Fidencio y san Terencio, mártires bajo el mismo emperador Diocleciano.

En Córdoba, san Adulfo y san Juan, su hermano, mártires, que fueron coronados por Jesucristo en la persecucion de los Árabes.

En Semont de la Galia Leonesa, san Florentin,

mártir, que, despues de haberle cortado la lengua como á san Hilario, fué decapitado.

En Gibleto de Fenicia, san Marcos, obispo, á quien san Lucas llama tambien Juan.

En Milan, san Cayo, obispo, discípulo de san Bernabé, que murió en paz, despues de haber padecido mucho en la persecucion de Neron.

En Ravena, san Aderit, obispo y confesor.

En París, san Elzear, conde.

En el Haynaut, santa Heltruda, vírgen.

En San Gildas de Ruis, diócesis de Vannes, san Ginguriano, hermano converso.

En Egipto, san Baulo, mártir.

En Armenia, santa Gayena y otras dos vírgenes, desolladas por Jesucristo de órden del rey Tiridates.

En Sora, san Deodato, mártir.

En Etiopia, san Saluso, abad.

En Irlanda, santa Lupita, vírgen.

La misa es en honor de los santos, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui sanctorum martyrum tuorum Cosmæ et Damiani natalitia colimus, à cunctis malis imminentibus, eorum intercessionibus, liberemur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que, cuando celebramos el nacimiento á la gloria de tus santos mártires Cosme y Damian, nos libremos por su intercesion de todos los males que nos amenazan. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XX, *pág.* 484.

NOTA.

« Prueba Salomon en este libro con su propia ex-
» periencia las utilidades que la sabiduría trae á los

» hombres; y lo prueba igualmente por la experien-
» cia de todos los hombres desde Adan hasta su
» tiempo. En ningun otro libro de la Escritura se
» leen ideas mas nobles ni mas sublimes de Dios que
» en este. »

REFLEXIONES.

El Altísimo tiene cuidado de ellos. ¿Qué le puede faltar á aquel á quien Dios toma de su cuenta? ¿qué tendrá que temer? *Si Dios está por nosotros*, dice el Apóstol, *¿quién nos podrá dañar?* Aunque toda la tierra se levantara contra un hombre que está debajo de la proteccion de Dios; aunque todo el infierno junto conspirara contra él, ¿qué podia temer? Es José vendido á los ismaelitas por sus propios hermanos: el mismo amo que le compra le hace encerrar en un profundo calabozo. ¿Quién no calificaria de la mayor extravagancia el pensamiento ó la ocurrencia que tuviese alguno de que aquel extranjero desconocido, aquel esclavo, aquel pobre delincuente, metido como tal entre cuatro lóbregas paredes, algun dia habia de ser el árbitro, la segunda persona de todo Egipto? Sin embargo, tomóle Dios á su cuidado: pues, por mas que le calumnien, por mas que le desprecien, por mas que le formen proceso, José saldrá de la prision poco menos que para subir al trono. ¿Qué proteccion mas eficaz que la del Señor todopoderoso? ¿Dónde hay abrigo mas á cubierto de toda tempestad? Ni los reveses de fortuna, ni las desgracias de las familias y de los estados, ni los accidentes mas dolorosos, ni los sucesos mas funestos y mas extraños, nada puede alterar la felicidad ni oscurecer la gloria del que está á cargo de Dios, y esta es la suerte del hombre justo. Los pobres gimen, las personas de nacimiento oscuro, de condicion humilde, de espíritu y de talentos limitados están sin apoyo, viven olvidadas

abierto y pasajero : los caminantes la atropellan, y las malas yerbas la sufocan. Está enhorabuena animado de todo el zelo posible, así de tu perfeccion como de la de los prójimos : practica en buen hora todo género de devociones : logra enhorabuena cuantos medios espirituales puedes desear : todo esto es excelente; pero todo te será de poca utilidad sin esta soledad del alma. Es necesario que esta se reserve algun abrigo donde refugiarse en medio de las ruidosas ocupaciones, en medio de los embarazos del mundo. Es menester fabricar dentro del propio corazon un oratorio particular segun la leccion que Jesucristo dió á santa Catalina de Sena. Todas las meditaciones, reflexiones y oraciones que se hacen en este oratorio privado son de admirable eficacia. No todos pueden ir á enterrarse vivos en un desierto : no todos son llamados al encierro de una religion : no todos pueden pasar la vida en la soledad y en el retiro; pero ninguno, ora sea religioso, ora seglar, se puede excusar de este recogimiento. ¡Buen Dios, qué de tesoros se ocultan en esta soledad interior! ¡cuántas riquezas espirituales se logran cuando se sabe encontrar este misterioso desierto! En él se conserva aquella preciosa pureza ; en él se adquiere aquella mansedumbre, aquella paz inalterable; en él se aprende el espíritu de virtud, de mortificacion y de caridad; en él se encuentra aquel gusto espiritual que hace dulce y suave el yugo del Señor ; en él reina la paz y la caridad que ningun accidente altera; en él se fortifica la fe, y cada dia se hace mas firme la esperanza. Finalmente allí se halla la feliz perseverancia que todo lo corona. Dignaos, Señor, por vuestra infinita misericordia colocarme en esta soledad interior, en la cual quiero vivir y morir.

JACULATORIAS.

Ecce elongavi fugiens : et mansi in solitudine. Salm. 54.

Sí, mi Dios; desviéme lejos del tumulto del mundo, y estoy resuelto á mantenerme toda la vida dentro del retiro de mi corazon.

Oculi semper ad Dominum. Salm. 14.

Resuelto estoy: jamás perderé de vista á mi Dios y á mi Señor.

PROPOSITOS.

1. Soledad es el desierto, y soledad es el claustro religioso; pero no siempre son lugares de retiro y de recogimiento interior. Penetra hasta los mas horrorosos desiertos la disipacion de espíritu, y el derramamiento de corazon : ni aun el claustro es país desconocido para ella. Así como no hay estado ni condicion donde no se pueda vivir en soledad, así tampoco hay claustro ni desierto donde no pueda estar el corazon distraido y derramado. Algunos se ven que siempre lo están, y que solo muestran una devocion activa y bulliciosa : muy de temer es que á estos tales les falte la devocion interior. Evita siempre esas erupciones y exterioridades. Está enhorabuena pronto para todas las obras de virtud; pero nunca te entregues tanto á la accion, que pierdas de vista la soledad del corazon. ¡Cuántos equivocan cierta vivacidad y actividad natural con el verdadero fervor y con el verdadero zelo! Acuérdate que el interior es el alma de toda devocion.

2. Los que trabajan en la salud de los prójimos están mas necesitados que otros de esta importante leccion. Hállanse ciertos operarios apostólicos que están inquietos, si no hacen ellos solos lo que excede las fuerzas de muchos; pero si en esa inmensa multitud de buenas obras y de ministerios se olvidan de su

interior; si con el especioso pretexto de sus ocupaciones son menos observantes, faltando á la disciplina religiosa; si fomentan su amor propio, y acaso tambien su vanidad; si ceban la sensualidad y la delicadeza con pretexto de conservar una salud tan importante, mucho es de temer que, salvando á otros, se pierdan á sí mismos. Para evitar este escollo trabaja con zelo y con fervor en la salvacion del prójimo; pero no descuides de la tuya; y para ello conserva siempre un espíritu de soledad y un espíritu interior.

DIA VEINTE Y OCHO.

SAN WENCESLAO, DUQUE DE BOHEMIA, MÁRTIR.

Fué Wenceslao hijo de Uratislao, duque de Bohemia, y de Drahomira de Luczko, nieto de Borivor, el primer duque cristiano, y de la bienaventurada Ludmila. Su padre Uratislao fué un príncipe prudente y valeroso, lleno de bondad, y muy cristiano; pero su madre Drahomira era gentil, sin haberla podido jamás convertir ni las exhortaciones, ni el zelo, ni los buenos ejemplos de su marido. Naturalmente era de genio altivo y fiero, añadiendo á la impiedad la crueldad y la perfidia. Tuvo dos hijos, Wenceslao, que fué el primogénito, y Boleslao, que nació el segundo. Conociendo santa Ludmila lo peligroso que era fiar la educacion de los dos niños á una madre idólatra, cuyas costumbres eran correspondientes á su profesion, deseó criar en su palacio por lo menos á uno de los dos. Dejáronsele á su eleccion, y escogió al hijo mayor, en cuyo admirable natural descubria bellas disposiciones para lograrse en él una cristiana educacion. Fué, pues, enviado á Praga Wenceslao, al

palacio de su abuela. Encargóse la virtuosa princesa de formar por sí misma aquel tierno corazon, repartiendo el cuidado de su educacion con un sabio preceptor que le señaló. Era este un capellan suyo, sacerdote santo, por nombre Pablo, que llenó dignamente todo el deseo de la princesa en las lecciones que le dió para cultivar á un mismo tiempo su entendimiento con el estudio de las letras, y su corazon con el amor y con el ejercicio de la virtud.

Correspondió el tierno príncipe tan perfectamente á este cultivo por la excelencia de su genio, por su docilidad y por su natural inclinacion á todo lo bueno, que desde luego fué reputado por uno de los príncipes mas cabales que habia á la sazon en la Europa. No solo no tenia necesidad el preceptor de excitarle al cumplimiento de las obligaciones del estudio y de la religion, sino que se veia precisado á moderar los excesos de su ardor por unas y otras. Habiéndose adelantado mucho, y estando ya perfeccionado en el estudio de las letras humanas, resolvió Ludmila, de acuerdo con su preceptor, enviarle al colegio de Budecz, ciudad poco distante de Praga, donde á la sazon se educaban muchos jóvenes de la primera nobleza y todos cristianos; bien persuadida de que solo en los colegios y en los estudios públicos reina la pundonorosa emulacion, no habiendo cosa mas ingrata ni mas seca que una educacion privada y particular. El que gobernaba el colegio con nombre y con autoridad de principal ó de rector, era un clérigo de Neis en Silesia, hombre muy piadoso, y tan conocido por su gran sabiduría, como por la santidad de su vida. Bajo la disciplina de un maestro tan santo acabó el jóven príncipe sus estudios y se perfeccionó en el ejercicio de las mas excelentes virtudes. Distinguióse mucho entre todos por la penetracion y por la brillantez de su ingenio; pero se distinguió mucho

mas por la pureza de sus costumbres, por su devocion y por su zelo de la religion cristiana. Solo parecia niño en la edad. Por lo demás, modesto sin afectacion, amigo de complacer á todos con decoro y sin bajeza, circunspecto en todas sus acciones, noble y grande hasta en las mas menudas, y cristiano siempre en todo, se le consideró desde entonces como perfecto modelo de los mayores príncipes. Su devocion sobresaliente era á Jesucristo en el augusto sacramento, y una singular ternura á la santísima Vírgen: esta Reina de las vírgenes le alcanzó aquel extremado amor á la pureza, que pareció ser el carácter de este castísimo príncipe, huyendo con particular cuidado todas las ocasiones de perderla ó de mancharla.

Como su mismo nacimiento le destinaba para tener algun dia vasallos que mandar, se dedicó con tiempo á adquirir todas las cualidades y prendas de un buen señor. A todos hechizaba su modestia, y su apacible trato le hacia dueño de los corazones de todos. En ningun otro jóven príncipe se vieron nunca, ni modales mas nobles, ni prendas mas amables, ni costumbres mas puras. Murió el duque su padre siendo aun muy jóven Wenceslao; y apoderándose inmediatamente Drahomira su madre de la regencia y del gobierno, faltándole ya el freno del duque su marido, se abandonó enteramente á su cruel humor, y dejándose llevar de su implacable odio al nombre cristiano, se declaró contra la religion con un furor sin medida. Dió principio publicando un decreto fulminante en que mandaba cerrar todas las iglesias, y cesar en todo ejercicio de religion: prohibia á los sacerdotes instruir al pueblo; excluia á los maestros cristianos de la enseñanza de la juventud; anulaba todo lo que su suegro Borivor y Uratislao su marido habian establecido en favor de los cristianos; en una palabra,

desterraba la religion cristiana de todos sus dominios. Depuso de sus empleos á todos los magistrados y á todos los oficiales cristianos, nombrando en su lugar idólatras empedernidos y enteramente sacrificados á sus pasiones y á su tiranía. Fué tan cruel y tan bárbara la persecucion, que todo gentil particular tenia licencia para quitar la vida á cualquier cristiano, sin que á este le fuera lícita ni aun la defensa natural; y si por defender su vida la quitaba á un gentil, condenaba á muerte cruel la princesa á otros nueve cristianos; de manera que la muerte de un culpado costaba la vida á diez inocentes.

Afligida la piadosa Ludmila en vista de tantos desórdenes, no pudiendo ya sufrir que á sus mismos ojos fuese destruida una religion que á costa de tantas fatigas habian establecido el duque su marido, el duque su hijo y tambien ella misma, no halló medio mas eficaz para remediar tantos males, que disponer tomase las riendas del gobierno su nieto Wenceslao, que, aunque tan jóven, tenia toda la prudencia y todos los talentos necesarios para gobernar un pueblo de quien era las delicias y la admiracion. Habiéndole declarado duque de todos los estados, fué universal el alborozo en toda la Bohemia, celebrándose en todas partes fiestas y regocijos públicos. Drahomira, universalmente aborrecida por su crueldad, y objeto de la execracion general por sus estragadas costumbres, cedió sin ruido; mas para evitar toda disension entre los dos hermanos, se convino en un repartimiento, y se desmembró una provincia á la parte superior del Elva, que se dió á Boleslao, y de su nombre se llamó desde entonces Boleslabia. Viéndose abandonada la impía Drahomira, se arrimó al partido de su hijo segundo, el que valia tanto como la madre.

Dió principio á su gobierno el nuevo duque restituyendo la religion cristiana en todos sus estados á su

antigua posesion : anuló todos los edictos que Drahomira habia publicado para aniquilarla; y persuadido de que el medio mas eficaz para hacer que florezca la religion es el ejemplo del soberano, se esforzó cuanto pudo á reformar las costumbres de sus vasallos con el mudo, pero brillante modelo de las suyas. Pasaba en oracion gran parte de la noche, y dedicaba á ejercicios de piedad todo el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos. Luego se vió reinar en todos sus dominios la paz y la justicia, refloreciendo la religion por el gran cuidado que puso en elegir ministros y oficiales de conocida bondad é integridad. Mudó presto de semblante toda la Bohemia, y rindió mil gracias al Señor por haberle concedido un duque santo.

Desesperada entre tanto Drahomira al ver otra vez cristiano á todo el ducado de Bohemia, y noticiosa de la eminente virtud del duque su hijo, conoció fácilmente que todo era fruto de los prudentes consejos de su suegra Ludmila; y resuelta la furiosa nuera á desembarazarse de ella, sobornó á ciertos infames asesinos para que le quitasen la vida. Noticiosa de todo la virtuosa princesa, sin ignorar quiénes eran los asesinos sobornados, en vez de dar órden de prenderlos, llamó á todos sus criados, pagólos, y recompensó sus servicios abundantemente : repartió entre los pobres todo el dinero, muebles y alhajas que le habian quedado : metióse en un oratorio, mantúvose postrada por algun tiempo delante del altar, confesóse con su confesor y capellan el santo sacerdote Pablo, recibió de su mano el santo viático, encomendó su alma á Dios, y se quedó en oracion. Mientras se estaba ofreciendo al Señor como victima de la religion, entraron dos asesinos; y arrojándose con furor sobre la santa princesa, la ahogaron con la misma toca ó velo que tenia. Así murió santa Ludmila

á quien la Iglesia honra como mártir el dia 16 de este mes.

Noticioso san Wenceslao de este cruel asesinato, sintió vivísimamente lo mucho que con él habia perdido: lloró la falta de su abuela que le habia criado con tanto desvelo, y solo se consoló con la seguridad de que lograria en el cielo una poderosa protectora contra las persecuciones que desde luego conoció le harian padecer un cruel hermano y una madre desnaturalizada. Poco tardó esta en darle pruebas de sus perniciosos intentos. Suscitóle un poderoso enemigo en la persona de Radislao, príncipe de Gurima, que entró en sus tierras con un numeroso ejército, y despreciando las pocas fuerzas de un duque jóven, sin experiencia y sin aliados, no dudó que toda la Bohemia seria el fruto de aquella sola campaña. Admirado Wenceslao de aquella irrupcion, le envió sus embajadores para preguntarle qué motivo le habia dado para declararle la guerra, con órden de ofrecerle todo género de honestas y decorosas condiciones para efectuar la paz. Pareciéndole al príncipe de Gurima que la embajada era prueba de la flaqueza y del miedo, respondió con fiereza que la única condicion para conseguir la paz era cederle toda la Bohemia.

Viéndose el santo en la precision de defenderse, juntó precipitadamente un ejército, y marchó á buscar al enemigo que hacia grandes estragos en todo el país que pisaba. Cuando los dos ejércitos estuvieron á la vista, pidió Wenceslao á Radislao una conferencia, y le dijo que, no habiendo de hacerse la paz á costa de una batalla, no era justo que se derramase tanta inocente sangre; y puesto que solos ellos dos eran, ó la causa, ó los autores de sus diferencias, solos ellos debian terminarlas por un combate singular que decidiese la victoria. Oyó Radislao con lástima y con risa la proposicion del jóven duque, y la trató de

temeraria; pero la aceptó tanto mas gozoso cuanto se consideraba orgullosamente seguro de la victoria; y así, retirándose groseramente, le dijo con desprecio: *Anda, príncipe, ve á tomar tus armas, que presto se decidirá este negocio.*

Dejáronse ambos ver en el campo de batalla á la hora señalada: Radislao cubierto de armas, como otro Goliat, con un dardo en la mano, y con una larga espada en la vaina: Wenceslao con sola una lijera coraza, y una espada muy corta, como quien tenia colocada en el cielo toda su confianza. Hizo la señal de la cruz, como para dar principio al combate: iba Radislao á dispararle su dardo cuando vió delante de sí dos ángeles, y oyó una voz que le dijo: *No le tires.* Apoderóse entonces de su corazon tal terror y tal espanto, que dejó caer las armas en tierra, y corriendo á echarse á los piés de Wenceslao, le pidió perdon, y se sujetó á todas las condiciones que el victorioso duque le quisiere prescribir. Los dos ejércitos no acababan de creer lo mismo que estaban viendo; y entonces se conoció que Wenceslao era un príncipe particularmente favorecido del cielo á quien Dios habia tomado debajo de su proteccion, y que siempre tendria de su parte al Señor Dios de los ejércitos.

A la verdad, ningun príncipe cristiano mereció mas estos insignes favores. Ningun soberano dió jamás mayores pruebas de una fe mas viva, de una caridad mas ardiente, ni de una virtud mas encumbrada. Su devocion á la sagrada Eucaristía no solo se acreditaba en el profundo respeto con que estaba delante del Santísimo Sacramento, y de su frecuente asistencia al pié de los altares, pasando en la iglesia la mayor parte de la noche, sino por la veneracion que profesaba á todo lo que tenia alguna correlacion con este divino misterio. Él mismo sembraba con sus propias manos el trigo que habia de servir para las hostias,

y exprimia las uvas del vino destinado al santo sacrificio. La aficion que tenia á ayudar á misa era una prueba de su fe, y por la tierna devocion que profesaba á la santísima Vírgen resolvió guardar perpetua castidad toda la vida.

Pudiera parecer que su caridad con los pobres le hacia olvidar ó le envilecia la dignidad de soberano, sino se supiera que nunca es un príncipe mayor que cuando sirve á los miserables. Declaróse desde luego por protector de los pobres y de los huérfanos. Era su mayor gusto disfrazarse por las noches y llevar sobre sus hombros haces de leña á las casas de los necesitados. Muchas veces se le vió asistir en persona á los entierros de la gente pobre, diciendo que las obras de misericordia decian mejor y eran mas propias de los grandes que del menudo pueblo. Pocos dias dejaba de visitar á los encarcelados : libraba muchas veces á los que estaban presos por deudas pagándolas de su bolsillo, y consolaba con admirables razones á los delincuentes.

Hacia mas respetables y mas respetados del público á los obispos y á los sacerdotes con los particulares honores que él mismo les tributaba. Siempre estaba descubierto delante de los ministros del altar, y siempre les hablaba con el mayor respeto. Quien le hubiera visto en sus devociones y ejercicios espirituales hubiera juzgado que no tenia otra cosa á que atender ; y quien le hubiera mirado en el gabinete despachando los negocios del estado hubiera creido que no cuidaba de otra cosa. Llamábanle comunmente *el santo príncipe;* y era el duque de Bohemia la admiracion de todas las córtes. Sabíase que en la ocasion era valiente; pero sin dejar jamás de ser devoto.

Precisado á concurrir á la dieta de Wormes, que habia convocado el emperador Oton I, sostuvo perfectamente la reputacion de su virtud en todas las

ocasiones. Pagóse tanto el emperador de su santidad y de las demás prendas que le adornaban, que resolvió erigir en reino, por hacerle este favor, el ducado de Bohemia; pero el santo duque no le quiso admitir, contentándose con la gracia que le hizo el emperador de eximir de todos subsidios á aquellos estados: favor que agradeció mucho por ser en tanta utilidad de sus vasallos. Dícese que un dia por haber querido oir dos misas llegó tarde á la asamblea, y que así el emperador como los demás príncipes, sentidos de aquella tardanza, resolvieron desairarle no levantándose al tiempo de entrar en la sala; pero luego que se dejó ver en ella, fueron de muy distinto parecer, porque le vieron venir en medio de dos ángeles que llevaban delante de él una cruz de oro, y no solo se levantó el emperador de su trono imperial, sino que se adelantó algunos pasos para recibirle, y le hizo ocupar el primer asiento inmediato al mismo trono. Todos los demás príncipes le rindieron grandes honores; y deseoso el emperador de darle gusto, le regaló el brazo de san Vito que se habia traido de Francia al monasterio de Corbia en Sajonia. Tambien le regaló algunos huesos de san Segismundo, rey de Borgoña, á quien nuestro santo profesaba particular devocion. Restituido á Praga, hizo edificar un suntuoso templo en honor de san Vito, que hoy es la catedral, adonde dispuso que fuese trasladado el cuerpo de su abuela santa Ludmila, que se halló entero y sin corrupcion, honrándole Dios con gran número de milagros.

Cuanto mas estimado y mas venerado era nuestro santo en toda Alemania, pero particularmente en Bohemia, mas emponzoñada estaba contra él su cruel madre Drahomira, y su hermano Boleslao. Resolvieron acabar con él, y concertaron los medios de conseguirlo á tiempo que tuvieron noticia de que

Wenceslao habia pedido al papa algunos monjes de san Benito con ánimo de tomar el hábito, y retirarse con ellos á acabar su vida en un monasterio. Con esta novedad suspendieron por algun tiempo la ejecucion de sus intentos; pero viendo que el otro pensamiento iba largo, determinaron efectuar el suyo.

Habíale nacido un hijo á Boleslao, y convidó al duque su hermano, como tambien á los grandes de Bohemia, para que concurriesen á las fiestas que pensaba hacer con ocasion de este nacimiento. En medio de los grandes motivos que tenia nuestro santo para desconfiar de su hermano, le pareció que no podia excusarse cortesana y decentemente de aquella visita. Las afectadas y extraordinarias demostraciones de amor con que fué recibido, le aumentaron sus justos rezelos: ni la misma magnificencia del festin fué bastante para disminuirlos. Habíase dispuesto para todo acontecimiento con una extraordinaria confesion y comunion que hizo en Praga antes de partir á Boleslavia. Hácia la media noche se levantó de la mesa para irse á la iglesia segun su costumbre. Fué muy fervorosa su oracion, y con no sé qué secreto presentimiento de su muerte se ofreció á Dios en sacrificio. Pareciéndole á Drahomira que esta era la ocasion que se buscaba, apretó al impío Boleslao para que se aprovechase de ella. Obedeció el cruel parricida; pero al acercarse al altar y levantar la espada para descargar el golpe se apoderó de él tal terror, que se le cayó la espada de la mano. Levantáronla del suelo los facinerosos que le acompañaban, y tratándole de cobarde, le animaron á efectuar el impío intento con que habia venido. Entonces el desnaturalizado hermano le pasó de parte á parte la espada por el cuerpo y le tendió muerto en tierra. Saltó la sangre á la pared donde se conserva hasta el dia de hoy. El dia siguiente se apoderó el impío homicida de los esta-

dos del santo duque, y señaló su usurpacion con una persecucion horrible contra los cristianos, llenando todas las ciudades de sangre y de carnicería. A la infeliz Drahomira no le duró mucho tiempo la impunidad; porque, pasando una dia por un campo todo cubierto de cuerpos de una multitud de mártires sacrificados á su furor, á quienes ella habia mandado que no se diese sepultura, se abrió de repente la tierra y la tragó á ella y á toda su comitiva. El impío Boleslao se atemorizó; pero no se convirtió. Creciendo sus espantos con los milagros que se obraban en el sepulcro del santo mártir, mandó desenterrar de noche su cuerpo, y trasladarle á Praga en la iglesia de San Vito para que los milagros que obrase se confundiesen con los de san Vito titular de la misma iglesia; pero confundió Dios la impiedad de Boleslao. Detuviéronse inmobles los caballos que conducian el carro donde iba la santa reliquia cuando llegaron junto á las cárceles de Praga, y no fué posible hacerles andar un paso adelante hasta que se dió libertad á todos los encarcelados. Otra maravilla, que tuvo por testigo á una numerosa multitud de pueblo, fué que el carretero que guiaba el carro nunca pudo hacer que los caballos pasasen por los dos puentes; y así llevando los caballos con violencia al carro y carretero, pasaron á pié enjuto por medio del rio. Todos quisieron ver el santo cuerpo; y abriéndose la caja, se halló tan entero y tan fresco como si hubiera estado vivo, aunque ya habian pasado tres años despues de su muerte. Sucedió el martirio de san Wenceslao, el dia 28 de setiembre del año de 938. El impío Boleslao, por sobrenombre el Cruel, fué desgraciado por todo el tiempo de su reinado. El emperador Oton le batió por espacio de catorce años, y se vió obligado á recibir la paz con las siguientes condiciones: dar satisfaccion al mundo por la muerte de Wenceslao con

una penitencia pública y de grande humillacion; pagar todos los años un tributo al emperador; volver á llamar á todos los católicos desterrados; reedificar todas las iglesias destruidas, y restablecer la religion cristiana en todos sus dominios. Murió miserablemente en la flor de su juventud. Si hijo Boleslao II, llamado el Piadoso, tomó por modelo á su santo tio, y fué uno de los mayores príncipes de su tiempo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui beatum Wenceslaum per martyrii palmam à terreno principatu ad cœlestem gloriam transtulisti: ejus precibus nos ab omni adversitate custodi, et ejusdem tribue gaudere consortio. Per Dominum nostrum...

O Dios, que por la palma del martirio trasladaste al bienaventurado Wenceslao desde el reino de la tierra al reino de la gloria; líbranos por sus ruegos de toda adversidad, y concédenos que le hagamos compañía en su felicidad eterna. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 10 *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia* II, *pág.* 51.

NOTA.

« Salomon, autor de este libro, pretende dar á los » gentiles una justa idea del orígen y del fin de la » verdadera sabiduría; y demuestra que no hay otros » hombres verdaderamente sabios sino los hombres » justos, de quienes tiene Dios particular cuidado, » como se reconoce por toda la economía de su » divina Providencia. »

REFLEXIONES.

Protegióle contra sus enemigos, y no abandonó al hombre justo. Nada temas, alma de poca fe; harias á Dios una grande injusticia si desconfiaras de su bondad, ó si solo tuvieras en él una confianza poco firme; mejor sabe que tú misma lo que puedes y lo que eres

capaz de llevar. Sobradas experiencias tienes cada dia de tu flaqueza, y debieras vivir desengañado de tí propio y de tus resoluciones. Quien oyese alguna vez nuestros propósitos, y quien viese nuestra actual constitucion, creeria que ninguna cosa del mundo seria capaz de derribarnos ni aun de hacernos titubear; y habiendo dicho con san Pedro : *Aunque me sea preciso morir contigo esta noche, no te abandonaré, no te negaré*; basta despues el miedo ó la tentacion de una infeliz criada para negar cobardemente al Salvador. ¡Oh qué flacos somos! Mas por lo mismo que es lastimosa nuestra miseria, nos es muy provechosa nuestra propia experiencia para desviarnos de todo apoyo, de todo recurso á nuestras fuerzas y á nuestra virtud. Conozcamos, pues, lo que somos; es decir, hasta dónde llega nuestra miseria y nuestra flaqueza; pero este conocimiento experimental no nos debe desalentar. *Cuando soy flaco,* decia san Pablo, *entonces soy fuerte.* Mas que nuestra flaqueza nos perjudica nuestra propia estimacion. No tentemos á Dios; pero pongamos en él toda nuestra confianza. No salimos con lo que intentamos porque queremos ser los artífices de nuestra fortuna, ó á lo menos los principales autores de nuestros proyectos. Nunca nos desalentemos en vista de nuestras faltas; como no las amemos y como no haya entre ellas siquiera una que tengamos cierto secreto deseo de perdonar, nunca servirán de estorbo á nuestra dicha. Las que únicamente detienen el curso de las gracias y van debilitando al alma sin adelantar apenas un paso hácia Dios, son las reservas y las excepciones. Si detestas verdaderamente todas tus imperfecciones, y si las abandonas todas al espíritu de Dios, él las devorará como el fuego devora la paja; pero antes de librarte de ellas, se servirá de ellas para librarte á tí de tí mismo. Emplearálas en humillarte, en confun-

dirte, en crucificarte, en arrancar de tu corazon todo recurso, toda confianza en ti mismo. Quemará las varas despues de haberte golpeado para hacerte morir á tu amor propio. Humillémonos constantemente bajo la mano de Dios. Nuestros inquietos temores de lo futuro solo sirven para atormentarnos y para hacernos padecer inútilmente. Dichoso el hombre que pone en Dios toda su confianza.

El evangelio es del cap. 16 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. Qui enim voluerit animam suam salvam facere, perdet eam: qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur? Aut quam dabit homo commutationem pro anima sua? Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis: et tunc reddet unicuique secundùm opera ejus.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á si mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras.

MEDITACION.

DE LA CONFIANZA EN DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la confianza en Dios es una esperanza firme y una seguridad moral de que Dios no solamente puede, sino que quiere hacer lo que deseamos y le pedimos, de que nos facilitará y proporcionará los medios necesarios para unirnos á él, y que, habién-

donos ya dado á su propio hijo y las primicias de su divino espíritu como en arras y en prendas de nuestra salvacion, nada nos negará ya de lo que sea necesario para conseguirla, con tal que le pidamos como debemos. Y con efecto, pues quiso entregar su propio Hijo á la muerte por nuestro amor, ¿qué mayor fundamento podemos desear para poner en él toda nuestra confianza? ¿no debemos esperar que nos querrá librar de todos los peligros, con tal que le seamos fieles, salvarnos y llevarnos á su reino, sin lo cual de nada servirian todas las demás gracias? El mismo nos exhorta á esta confianza en toda la Escritura; tanto, que á ninguna otra virtud nos exhorta con mayor frecuencia. *Ten confianza en Dios de todo tu corazon*, nos dice por el Sabio (1): *Vuelve los ojos á todos los hombres que hay en las naciones, y sabe que ninguno esperó jamás en el Señor que fuese confundido* (2). ¿Qué hombre perseveró jamás constantemente en el servicio de Dios que fuese abandonado? ¿quién le invocó á quien él despreciase? *Nuestros padres esperaron en vos*, dice el Profeta (3), *y vos los librásteis: clamaron á vos, y vos los oísteis: esperaron en vos, y no fueron confundidos. Dejad al Señor el cuidado de vosotros, y él os sustentará* (4). Depositad en su pecho todas vuestras inquietudes, dice san Pedro, porque él tiene cuidado de vuestras cosas. *Desdichados aquellos que no tienen corazon*, dice el Sabio, *y que no confian en Dios, porque Dios no los protegerá.* Ninguna cosa honra mas á Dios, que poner en él toda la confianza, esperarlo todo de él, aun cuando por parte del hombre todo parece que está desesperado, como se dice de Abrahan, que esperó contra la misma esperanza; y como decia el santo Job, que aun cuando Dios le quitase la vida, no dejaria de esperar en él. Poner toda la confianza en Dios es glorificar su poder,

(1) Prov. 5. — (2) Eccl. 1. — (3) Psalm. 28. — (4) Eccl. 1.

su bondad y su misericordia; reconocer que es principio y autor de todos nuestros bienes, sin el cual nada podemos, pero que con él lo podemos todo. Son inseparables de la verdadera confianza en Dios una fe viva, una esperanza firme y una ardiente caridad; pero en faltando aquella virtud, faltan tambien todas estas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es gran consuelo saber que, en buscando al Señor con todo el corazon, ningun bien nos faltará ni en esta vida ni en la otra. Siempre fué manantial seguro y fuente copiosa de todos los bienes una viva confianza en Dios. No se experimentan estos prontos socorros ni esta liberal asistencia porque se tiene una confianza defectuosa, tímida y desmayada; porque no se le busca á Dios de todas veras ni con todo el corazon. No se le buca con todo el corazon cuando se le busca por otra cosa distinta de él para satisfacer el amor propio, la concupiscencia, la vanidad ó la pasion: no se le busca en verdad ó con todas veras cuando se le busca por otro camino que el que Jesucristo nos trazó, y por otros medios que los que prescribe el Evangelio. La vida ajustada, la fidelidad á las obligaciones del cristianismo y á las particulares del estado de cada uno; la experiencia que se tiene de las misericordias del Señor reconocidas en sí mismo; la vigilancia y la aplicacion á observar sus defectos y á corregirlos; á fundarse en una sincera humildad, en el verdadero amor de Dios y del prójimo; á desprenderse de sí propio y de todas las cosas de la tierra; á llevar una vida pura y verdaderamente cristiana: estos son los fundamentos de la cristiana confianza. Esta confianza produce la paz en la conciencia, y esta paz domina las pasiones, calma las inquietudes, tranquiliza el alma en medio del tu-

multo y de los vanos deseos á que está entregado el corazon. ¡Buen Dios, de cuántos vanos temores que nos afligen, de cuántas aéreas inquietudes que nos despedazan nos libraríamos si reinara en nuestros corazones la verdadera confianza en el Señor! Mas ¿y por qué no reinará? ¿nos faltan motivos para tenerla? Toda nuestra religion nos predica, nos inspira confianza. Ninguna cosa nos puede hacer mas felices en la tierra que la viva confianza en Dios.

O mi Señor, ¡y qué motivos no tengo para confiar en vuestra infinita bondad! Aumentádmela por vuestra gracia: en esta espero que de hoy en adelante será mi mas estimada virtud, y que con aquella adquiriré todas las demás.

JACULATORIAS.

In te, Domine, speravi, non confundar in æternum Salm. 30.

Esperé, Señor, en tí, y seguro estoy de que jamás seré confundido.

Beatus vir, cujus nomen Domini spes ejus: et non respexit in vanitates, et insanias falsas. Salm. 39.

Bienaventurado aquel que pone toda su confianza en el nombre del Señor, y desprecia los vanos y frágiles apoyos de los hombres que engañan á los que confian en ellos.

PROPOSITOS.

1. Gímese en el mundo con el peso de las miserias, de las enfermedades, de las pasiones y de las desgracias. Pocos son los que no se quejan y no se consideran infelices entre tantos trabajos como turban los dias mas serenos de la vida. Los proyectos mas bien concertados se desvanecen; las medidas tomadas con la mayor prudencia no corresponden; con nada se sale de lo que se intenta; ¿porqué? porque falta la con-

fianza en Dios. Es cierto que se recurre á él para lograr el buen suceso de nuestras empresas; pero ¿se consulta primero su voluntad para intentarlas? Fórmase un proyecto que solo reconoce por padres al amor propio y á la pasion, y despues se pide á Dios que le bendiga. Esto se llama confianza en Dios; y despues nos admiramos de que sea sin fruto una confianza que es tan vana. Ten en Dios de hoy en adelante una entera y perfecta confianza respecto á todas tus cosas. Apóyate en sola su misericordia, y cuenta solo con su asistencia. Antes de formar algun proyecto, consúltale con Dios, y en la ejecucion pon en él toda tu confianza. Obra á la verdad con tanta aplicacion como si todo buen suceso dependiera de tus diligencias y de tu industria; pero pon en Dios toda tu confianza como si solo el Señor lo hubiera de hacer todo.

2. Siempre se necesita alguna intercesion, algun empeño para con los grandes y para con todos aquellos de quien se espera alguna gracia. Esto nos debe servir de motivo particular para alentar nuestra confianza en la santísima Vírgen. Despues de Jesucristo toda nuestra esperanza, toda nuestra confianza se ha de colocar en la Madre de Dios. Ella es, como canta la Iglesia, nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra vida: *Vita, dulcedo, spes nostra*. No quiso el Hijo de Dios hacer el primer milagro sino á ruegos de su Madre; y aun, segun la expresion del Evangelio, parece que el divino Salvador anticipó el tiempo de hacerlos luego que la Vírgen se lo suplicó. Esto prueba la confianza con que debemos acudir á María en todas nuestras necesidades. Renueva hoy toda tu confianza en esta divina Madre, y háztela familiar con la oracion que se sigue:

O Domina mea, sancta Maria, me in sanctam fidem tuam, in singularem custodiam, et in sinum misericor-

diæ tuæ, et hodie, et quotidie, et in hora exitus mei, animam meam, et corpus meum tibi commendo: omnem spem, et consolationem meam, omnes angustias, et miserias meas, vitam et finem vitæ meæ tibi commendo, et committo; ut per tuam sanctissimam intercessionem, et per tua merita, omnia mea dirigantur, et disponantur opera, secundùm tuam, tuique Filii voluntatem.

«O mi Señora santa María, despues de Dios en tí pongo toda mi confianza. Entrégome enteramente á tu proteccion hoy, todos los dias de mi vida, y singularmente en la hora de mi muerte, mi alma, mi cuerpo; y mi refugio enteramente en el seno de tu misericordia; tú eres toda mi esperanza y todo mi consuelo despues de Jesucristo; á tí recurro en todas mis miserias y en todos mis trabajos; reconózcote por árbitra de mis dias; y sobre todo, te encomiendo el fin de mi vida, suplicándote me alcances gracia por tu intercesion y por tus merecimientos para que de hoy en adelante todos mis deseos y todas mis acciones sean conformes á tu santa voluntad y á la de tu querido Hijo. Amen.»

SANTA EUSTOQUIA.

Eustoquia, en latin *Eustoquium*, cuya memoria ha hecho tan célebre en la Iglesia de Dios la pluma de un varon tan esclarecido como el Máximo Doctor san Jerónimo, era hija de santa Paula, y se manifestó toda su vida la fiel imitadora de aquella que la habia alumbrado. Santa Paula despues de la muerte de su marido Toxocio, habia echado á un lado el fausto para vivir con la simplicidad cristiana, en los ejercicios de la pobreza, de la mortificacion y de la vida contemplativa. Del mismo parecer fué su hija Eusto-

quia, mostrándose despreciadora de todas las vanidades del mundo. Empleaba en alivio de los pobres cuanto las personas de su sexo hacen servir para usos profanos. Visitaba á menudo á santa Marcela, la primera matrona romana que abrazó las austeridades de la vida ascética. Convencida tanto como persuadida que el medio mas eficaz para llegar á la perfeccion es el tener un guia ilustrado, se puso bajo la conducta de san Jerónimo por los años de 382, haciendo voto solemne de permanecer en el estado de virgen.

San Jerónimo le dió las instrucciones relativas al género de vida escogida por ella. Para ella compuso, hácia el año 383, el tratado sobre la virginidad, vulgarmente conocido bajo el nombre de Epístola á Eustoquia. El santo doctor, despues de haber ensalzado la excelencia de la virginidad, y mostrado cuán difícil es el conservar el precioso tesoro de la pureza, entra menudamente en los pormenores que las vírgenes deben poner en planta. El primer medio es el acompañar de una humildad profunda y sincera el temor del peligro. El segundo, velar atentamente sobre su corazon y todos los sentidos, desechar con horror las primeras ideas del crímen, aniquilar al enemigo antes que pueda fortificarse, y sufocar sin demora las primeras semillas de tentacion. El tercero es guardar la mayor sobriedad y templanza en comer y beber. El cuarto, evitar los placeres, los tocados esmerados, y cuanto sea capaz de alimentar la molicie. San Jerónimo prohibe á Eustoquia el beber vino puro, que dice ser un veneno para la juventud y el alimento de la impureza. Quiere que los ayunos sean moderados, pero continuos. Encarga el retiro, y prohibe las visitas de personas cuyos atavíos y razones pueden inspirar el gusto mundano. « Salid rara vez, dice á nuestra santa, y eso para ir á venerar á los

mártires; veneradlos frecuentemente, pero en vuestra estancia.» Recomiéndale que no se contente con el rezo de la iglesia; sino que se levante dos ó tres veces por la noche para adorar á Dios; que empiece y acabe las comidas rezando; que haga lo propio al entrar y salir de casa; que se santigüe al empezar á hacer alguna cosa.

Se lee en san Jerónimo, que á la niña Eustoquia la habia acostumbrado su madre á vestirse simplemente, y que su tia Pretextata, como la hubiese un dia engalanado, creyó ver en sueños á un ángel que le echaba en cara el haber osado poner las manos sobre una vírgen consagrada á Jesucristo, y el haber querido inspirar la vanidad á una alma que el Salvador habia escogido para esposa suya.

Habiendo san Jerónimo abandonado la ciudad de Roma en 385, Eustoquia acompañó á su madre en los viajes que hizo á Siria, á Egipto y á la Palestina. Vivió bajo su direccion en su monasterio de Belen. Muerta santa Paula en 404, fué Eustoquia nombrada superiora de dicho monasterio. Supo aprovecharse tan bien de las lecciones de san Jerónimo, que adquirió un conocimiento perfecto de la lengua hebrea, sin hablar de otros muchos conocimientos peregrinos generalmente á las personas de su sexo. El santo doctor le dedicó los comentarios sobre Ezequiel y sobre Isaias. Tradujo tambien en latin la regla de san Pacomio para el uso de las religiosas del monasterio de Belen.

En 416 quemaron los pelagianos el monasterio, é hicieron mil afrentas á las moradoras santa Eustoquia y la jóven Paula, su sobrina. Dieron parte de todo al papa Inocencio I, el cual escribió del modo mas urgente á Juan, obispo de Jerusalen, para que se opusiese á las violencias de los herejes. « Si no lo hiciéreis, le decia, emplearé otros medios á fin de

que se haga justicia á las personas agraviadas.» Santa Eustoquia murió por los años de 419, y fué enterrada junto á su madre (1).

EL BEATO SIMON DE ROJAS, CONFESOR.

Como la Iglesia de Dios es comparada en las sagradas letras á una casa grande, cuyos individuos tienen diversos oficios en que emplearse, así tambien se verifica que los santos, quienes ejercen las funciones mas augustas de esta gran casa, resplandecen en diversas virtudes, que á cada uno de ellos dan su cierto carácter y le singularizan. El beato Simon de Rojas parece que fué dado á la Iglesia para promover el culto y devocion del dulcísimo nombre de María: esta ocupacion es la que forma su carácter; pero no se redujeron á ella sola los oficios de su portentosa vida, que es como sigue.

Nació este gran siervo de Dios en la ciudad de Valladolid á 28 de octubre de 1552, de padres no menos ilustres por la nobleza de su sangre, que por la piedad de sus costumbres. A los catorce meses de haber nacido, cuando los niños dificultosamente aciertan á formar palabra alguna, dijo con la mayor claridad y distincion: *Ave Maria*, como en anuncio del singular esmero con que habia de promover el culto de la Reina de los ángeles. Este hecho verdaderamente maravilloso despertó el cuidado de sus padres para procurar darle una educacion correspondiente á los altos designios que ya delineaba en él la divina Providencia. Mirábanle con singular respeto, y sus acciones estaban adornadas de tal modestia y compostura,

(1) Véase á san Jerónimo, lib. *de Virginitate*, y epístolas 22, 26, 27.



EL B. SIMON DE ROJAS, C.

que se dejaba entrever fácilmente que Dios habia destinado aquel niño para grandes cosas. Luego que tuvo la edad proporcionada para recibir las lecciones de los maestros, se los procuraron, y el santo niño habia recibido del cielo un entendimiento tan claro y un ingenio tan perspicaz, que apenas tenia doce años cumplidos cuando ya sabia no solamente leer, escribir y contar, sino la gramática y la retórica.

Como á la verdad semejantes conocimientos no eran vulgares en una edad tan tierna, todos aplaudian las virtudes intelectuales del santo niño; pero el que estaba elegido de Dios para ser un vivo dechado de todas las virtudes, se abismaba dentro de sí mismo, reconociéndose indigno de los elogios que le tributaban, y atribuyendo á Dios, autor de todo bien, lo bueno que en él se encontraba. Estos aplausos y el peligro que traian consigo hicieron temblar la purísima inocencia del santo niño, y comenzó á conocer cuán nocivo es el mundo á los que quieren servir á Dios, aun cuando mas apacible y benéfico se les muestra. Conoció que no podria tener seguridad en un mar tan tempestuoso, y que el medio mas oportuno para librarse de sus peligros era abandonarle enteramente acogiéndose con celeridad á un puerto seguro. Consultó con Dios su determinacion; y hallando que su divina Majestad la aprobaba, segun lo declaró por medio de sus ministros, dió parte de ella á sus padres, quienes no pudieron menos de conocer que aquel era un llamamiento de Dios, al cual debian conceder todos los auxilios. Hicieron las diligencias necesarias, y tomó el hábito de religioso en el convento de la santísima Trinidad de Valladolid cuando apenas tenia trece años. A poco tiempo que estuvo el santo en el noviciado conocieron los religiosos que Dios habia traido á su órden un rico tesoro de virtudes. Haciaselo conocer así la puntualidad con que

asistia á todas las observancias, el placer que manifestaba en los ejercicios humildes, y el esmero con que procuró enterarse de las multiplicadas obligaciones de aquel estado que habia de profesar á su tiempo. Llegó este, é hizo su profesion con aquel fervor de espíritu que era consiguiente al que le habia traido á la religion, y los religiosos quedaron sumamente complacidos de ver ya asegurada una persona que tanto lustre podria dar con el tiempo á su familia. Para este efecto, le enviaron sus prelados á estudiar artes y teología, en lo cual manifestó á un tiempo el gran talento de que Dios le habia dotado, y principalmente el santo fin á que se dirigian sus estudios. Ordenaba estos á su propia santificacion y al provecho de sus prójimos; y así, lejos de servirle para hincharse con aquel orgullo que produce la vana sabiduría, causaban en él nuevos conocimientos de las grandezas de Dios que le excitaban al ejercicio de las virtudes. Tanto sus condiscípulos como sus maestros admiraban en el santo jóven la viveza de ingenio con que penetraba las cuestiones mas difíciles y enredosas; pero mas principalmente admiraban en él un tenor de vida sacrificado enteramente á la piedad.

En este tiempo llegó el santo á la edad que requieren los sagrados cánones para recibir el sacerdocio. Preparóse para esta sublime dignidad con fervorosa oracion y copiosas lágrimas, y cuando la hubo recibido, solicitó de sus superiores que le permitiesen ir á decir la primera misa en el santuario de Nuestra Señora de las Virtudes, que es un convento de la misma órden que está en un desierto pocas leguas distante de la ciudad de Salamanca. Detúvose en aquel santuario algunos dias para satisfacer su tierna devocion; y habiendo proseguido los estudios, fué destinado al convento de Toledo á enseñar filosofía en el

año de 1579. Su magisterio no se reducia precisamente á enseñar las especulaciones de la naturaleza, sino la ciencia de los santos fundada en el temor de Dios. Los muchos y sobresalientes discípulos que sacó, tanto en ciencia como en virtudes, son la prueba mas auténtica del esmero que en esto ponia. Entre ellos se cuentan el maestro Reinoso, que murió obispo de la Nueva Segovia; el maestro Nuñez, obispo de Nicaragua; el maestro Monroy, muerto en Argel por la fe de Jesucristo, y otros insignes varones nada inferiores á estos en ciencia y en virtud. Luego que concluyó de leer artes y teología, sumamente complacido de haber sacrificado en esto á la obediencia los principales deseos de su alma, se determinó á poner estos en ejecucion. Reducíanse á procurar la salud de sus prójimos por medio del ministerio de la palabra, y administrando dignamente el sacramento de la penitencia. Como estaba adornado de todas las prendas que constituyen un predicador evangélico, era admirable el fruto que hacia con sus sermones. La sublime ciencia que habia conseguido por medio de sus estudios, y mucho mas en la oracion y trato con Dios, le hacia hablar con una dignidad asombrosa de los divinos misterios. Por otra parte, sus sermones no constaban de aquel aparato de palabras y cúmulo de erudicion con que parece que los predicadores pretenden elogiarse á sí mismos cuando enseñan al pueblo las virtudes de los santos y las reglas de la moral evangélica. Sus discursos tenian únicamente el aparato de la sencillez y el lenguaje de la verdad. Su misma virtud, que era una virtud sólida, les daba nuevo vigor y eficacia; y así sucedia que, prorumpiendo el santo en lágrimas al tiempo de declamar contra algun vicio ó de presentar la amabilidad de la virtud, salian de sus sermones los pecadores arrepentidos y los buenos mas enfervorizados. Iguales pro-

gresos hacia en las almas en el tribunal de la penitencia, pues como hábil maestro y médico consumado, á unas les enseñaba los caminos de la virtud, y á otras les aplicaba remedios saludables para sanar de las llagas que los vicios habian hecho en ellas. El visible aprovechamiento que producia su direccion le hacia ser buscado de todos, de unos para que los dirigiese en sus dudas, y de otros para que con la imposicion de sus manos los sanase de sus dolencias, pues ya iba Dios manifestando con sus acostumbradas maravillas cuán grata le era la intercesion de este siervo suyo.

Aunque procuraba ocultar su virtud á los ojos del mundo como quien conocia cuánto tienen de contagiosos para inspirar la peste de la vanidad, sus acciones eran notoriamente santas, y en esta parte hicieron traicion á sus deseos. Divulgóse la fama de sus virtudes por toda la provincia; y como habia muchos conventos que anhelaban mantener la rigidez de la primitiva observancia, solicitaron y consiguieron para este fin tenerle por prelado. A los ojos de los santos tienen las prelacías distinto parecer que á los de los ambiciosos. Estos las miran como lugares de delicia en donde pueden dar satisfaccion á sus pasiones con la libertad que les proporcionan la autoridad y la independencia; pero los justos las ven como realmente son, esto es, como cargas pesadas, como escollos peligrosos y como empleos que los hacen responsables de los delitos ajenos. Excusóse el santo cuanto pudo para no recibir sobre sí empleos en que podia peligrar la salvacion de su alma. Hizo todas aquellas representaciones que dictan en semejantes casos la humildad, el temor de desagradar á Dios y el deseo de mantener tranquila la conciencia; pero estrechado por el precepto de los superiores, tuvo que recibir sucesivamente varios ministerios en varios

conventos, el oficio de visitador de diversas provincias, y últimamente la dignidad de provincial de su provincia de Castilla. El que siendo súbdito resplandecia tan singularmente en todas las virtudes, no brilló menos cuando, puesto como antorcha en el candelero, se vió precisado á ilustrar á los demás con las luces de su ejemplo. Nada mandaba en que él no fuese el primer ejecutor; era el primero en la asistencia al coro y á todos los actos que prescribe la observancia, sin que jamás faltase á ninguno, á no estar ocupado en algun ejercicio de caridad. Era benignísimo con sus súbditos, y si tal vez los defectos de estos le obligaban á usar de la correccion ó del castigo, lo hacia con tal dulzura de razones, que, al tiempo que quedaban enmendados, quedaban tambien persuadidos de que en su prelado tenian un verdadero padre que amaba sus personas tanto como aborrecia sus transgresiones. Deseaba el santo que cada convento fuese un seminario de virtudes, y como para lograr este efecto es el ejemplo tan poderoso, él mismo las practicaba todas, haciéndose el maestro de sus súbditos. Su retiro era extremado; igualmente lo era su silencio, empleando el tiempo que le sobraba de los precisos negocios, en la oracion y en la lectura de libros devotos. De aquí salia tan compuesto y edificado en sus acciones, que al verle les parecia á todos un ángel del cielo. Pareciaseles tambien en la angélica virtud de la castidad, bien que procuraba custodiarla con todos los rigores de una vida austera. Aun desde muy jóven ayunaba tres veces á la semana, sin tomar otro alimento que pan y agua. Lo mismo hacia en el adviento, en la cuaresma y en las vigilias del año; y en los dias restantes jamás comia otra cosa que yerbas y legumbres, añadiendo alguna vez por regalo particular un huevo; pero nunca carne. Dormia muy poco, y eso sin quitarse el hábito; asistia á los mai-

tines á media noche, y el resto de ella lo gastaba en oracion y otros ejercicios devotos.

Luego que amanecia, celebraba el santo sacrificio de la misa con tal ternura y devocion, cual manifestaban sus ojos hechos dos fuentes de lágrimas. De allí salia tan encendido en el amor de Dios y de sus prójimos, que no cesaba de socorrerlos, unas veces asistiendo á las cárceles y á los hospitales, otras consolándolos en el confesonario, y otras, finalmente, solicitando de los fieles copiosas limosnas para socorro de los necesitados y redencion de los miserables cautivos. En estos piadosos fines consumia cuanto podia haber á las manos, quedándose con una pobreza tan extremada, que no tenia mas que un solo hábito, y ese remendado, y unos ajuares en la celda mas propios para causarle mortificacion que para traerle alguna conveniencia. Noticioso el rey Felipe III de las sublimes virtudes del santo Rojas, deseó tenerle cerca de sí para oir sus consejos en los asuntos importantes de estado. Insinuáronle al monarca que le diese algun empleo en palacio con lo que conseguiria su fin; pero conociendo mejor que los áulicos el carácter de la sólida virtud que resplandecia en el santo padre, respondió discretamente: *Ese seria puntualmente el medio de alejarle para siempre de mi presencia; si es que ha de venir, no hay otro remedio sino que se lo manden sus superiores.* Tan resignada tenia su voluntad en las manos de la obediencia, y tan notoria era la exactitud con que la observaba, que no se pudo ocultar á los ojos del soberano. En efecto, en 1600 fué el beato Simon de Rojas á Madrid, en donde permaneció de continuo casi todo el resto de su vida. El desasosiego de la corte no pudo turbar un punto el tenor de los ejercicios en que se ocupaba en otros conventos. Ya se le veia en el púlpito, ya en el confesonario, unas veces

en las cárceles, otras en los hospitales, y siempre empleado en beneficio de sus prójimos. Tenia suma delicia en aderezar y repartir por su mano una olla á los pobres menesterosos, para cuya limosna, si alguna vez le faltó el auxilio humano, no le faltó Dios con sus prodigios. En medio de este tenor de vida, que para un hombre ya anciano, y debilitado en las fuerzas corporales era una verdadera penitencia, era tal la austeridad con que trataba su cuerpo, que el no morir era un verdadero milagro. Además de los cilicios con que traia ceñido su cuerpo y las muchas disciplinas de sangre que tomaba, hacia diariamente esta horrorosa penitencia. Todas las noches despues de cantados maitines se bajaba al claustro en compañía de un confidente suyo, único testigo de su fervor. Hacíase atar á una columna, y que le diesen muchos azotes en memoria de los que habia recibido nuestro Redentor. Tomaba despues una cruz á cuestas; fijábase en la cabeza una corona de tan penetrantes espinas, que le corria la sangre por el rostro; echábase un cordel al cuello, y puestas las rodillas desnudas en tierra, andaba por el claustro las estaciones contemplando los tormentos que padeció Jesucristo, y que tan al vivo copiaba en sí propio. Acabadas las estaciones, tendia la cruz en el suelo, y echándose sobre ella, se hacia atar los piés y manos, y levantándola despues, quedaba por espacio de dos horas en aquella dolorosa postura hecho un vivo retrato de Cristo crucificado. Este género de penitencia causaba tales delicias en su espíritu, que ningun empleo ni ocurrencia fueron bastantes para que pensase jamás en dispensársela. Los ojos sensuales verian en este penoso ejercicio un medio de finalizar cualquiera vida, por robusta que fuese; pero Dios, que le daba espíritu para emprender tamaños rigores, le daba tembien fuerzas para sobrellevarlos sin menoscabo

de su salud. Por el contrario, se hallaba todas las mañanas tan ágil y expedito para los negocios de caridad como si hubiese descansado en un delicioso lecho.

Un cúmulo de virtudes tan singulares no pudieron ocultarse á los ojos de los soberanos por mas que el santo lo procuraba. Un amor tan singular á sus prójimos, confirmado con las obras; una pobreza y desinterés tan poco comunes en los que tienen valimiento en la corte; y últimamente, la imágen de la penitencia que llevaba pintada en su rostro, eran suficientes para hacer su fama eterna y conciliarle mal de su grado las atenciones y respetos de todos. Pero á todo se juntaba en el beato Simon la discrecion de espíritus, el don de profecía, la penetracion de corazones, y otras gracias con que adornó Dios á su siervo, y son por lo comun indicios de grande virtud. Por esta causa Felipe III y su esposa Margarita le veneraban de tal modo, que le consultaban en los negocios mas arduos del estado, y ponian en sus manos muchas veces la direccion de sus conciencias. Principalmente el rey llegó á tenerle tanto respeto, que le veneraba como á santo, y cuando desde su cuarto pasaba el beato Rojas al de la reina, el mismo monarca le acompañaba, y le tenia la cortina para que pasase. Complacíase además en visitar al santo en su celda, llevando consigo á los príncipes sus hijos, haciéndoles notar la pobreza de aquel santo religioso, y mirando él con envidia aquellos miserables ajuares que le habian de producir mas gloria que á él su palacio y sus riquezas. Alguna vez asistió tambien el monarca á ver repartir al santo aquella comida que daba á los pobres en los claustros de su convento, alabando unas veces la singular caridad de donde nacia, otras la singular devocion que en aquel acto se manifestaba á la Reina de los ángeles ensalzando de continuo su

santo nombre, y otras en fin, la discrecion y prudencia con que hacia aquellas limosnas, no para criar holgazanes que sobrecargasen al estado, sino para alimentar á soldados inválidos que habian perdido sus miembros peleando en África contra los moros, ó en Flandes contra los enemigos de la Iglesia. Esta devocion la miraba el santo con tan singular inclinacion y cariño de su alma, que no perdia proporcion alguna de establecerla, uniéndola á la congregacion del Ave María. Era en esto tan eficaz, que en pocas horas que permaneció en la ilustre villa de Colmenar de Oreja, pasando por allí cuando iba llamado de los reyes, fundó la congregacion del Ave María, á la cual han unido despues los piadosos corazones de aquellos honrados vecinos la caritativa accion de dar limosna á setenta y dos pobres, que es el modo con que hasta este dia celebran la fiesta del beato.

De cada dia se iba aumentando la veneracion que le tenia Felipe III, y de cada dia crecian mas las maravillas con que Dios hacia gloriosa su fama. Una de ellas se vió en la muerte de la reina. De resultas de un mal parto, acometió á aquella princesa un paroxismo tan mortal, que todos llegaron á creer se habia acabado su vida. El rey principalmente, como tan piadoso, estaba sumamente acongojado por verla morir sin haber recibido los santos sacramentos. Significó su dolor al beato de Rojas, y el santo le consoló, asegurándole que no permitiria Dios que muriese la reina sin ese consuelo. Fuése inmediatamente á su cuarto, y al entrar en él dijo en alta voz, como tenia de costumbre, *Ave Maria*. La reina, como si despertara de un sueño, respondió desde luego: *Gratia plena, padre Rojas*: recobró todos sus sentidos, y habiendo recibido todos los sacramentos de la Iglesia, descansó en el Señor, asistiendo el santo á su cabecera hasta que espiró. Conociendo el monarca el mérito del

santo, queria premiarle haciéndole obispo de Jaen y despues de Valladolid; pero jamás pudo conseguir que aceptase semejante dignidad oponiendo siempre su ineptitud y el peligro de su alma. Como el rey le amaba tanto, convino fácilmente en no darle este disgusto; pero en recompensa le pidió que aceptase el cargo de preceptor de los señores infantes sus hijos. Convino el santo en ello; pero nombrándole al año su religion provincial de Castilla, renunció un cargo tan honroso por servir á sus hermanos, cumpliendo con la profesion que habia hecho. En el año de 1622 llevó Dios á mejor vida al rey Felipe III; y habiéndole nombrado el rey Felipe IV por confesor de su augusta esposa doña Isabel de Borbon, tuvo el valor de no admitir tan grande honra sino con ciertas condiciones. La primera, que no se le habia de impedir la visita de cárceles y hospitales, la asistencia á los enfermos y el socorro de los necesitados. La segunda, que no se le habia de precisar á admitir los honores y distinciones de que gozaban los confesores de las reinas, en cuya consecuencia ni habia de gastar coche, ni se le habia de dar el trato de Reverendísima. La tercera condicion fué, que no habia de cobrar pension alguna, y oponiéndose á esto la reina, solo convino en que la habia de cobrar para repartirla á los pobres. Este santo desinterés le conservó con el mayor rigor en medio de la privanza que tenia con los soberanos, y lo mucho que estos deseaban concederle mercedes. Jamás pidió ninguna para sus parientes ni amigos, y mucho menos para los conventos de su religion. En solas dos cosas hizo que se interesasen los monarcas. Como el santo era tan sumamente devoto de María Santísima, siendo su santo nombre el mas continuo empleo que habian tenido sus labios desde la cuna, procuró dilatar su devocion por todos los medios posibles. Uno de ellos fué la congregacion del Ave

María, para cuya estabilidad y firmeza suplicó al rey que se alistase por hermano juntamente con los señores infantes, la cual pretension le fué concedida con gusto. Solicitó tambien que protegiese el rey el intento de que en su órden se celebrase el dulcísimo nombre de María; y el piadoso monarca, que veia la tierna devocion de donde nacian semejantes solicitudes, no pudo menos de interesarse con el sumo pontífice para dar al beato Rojas este consuelo.

En este tiempo ya contaba el beato Simon de Rojas setenta y dos años de una edad empleada en el servicio de Dios, en el de la religion, en provecho de sus hermanos, y en la práctica de las mas heróicas virtudes. Queria Dios premiar estas, y dióselo á entender á su siervo. Esta nueva fué para el santo la mas agradable y venturosa que habia tenido en toda su vida; y así determinó desde luego apartarse de todos los cuidados que le sobresaltaban para atender únicamente á sí mismo, y ponerse en estado de presentarse con confianza en el tribunal de la justicia divina. Despidióse de los reyes, de las damas de palacio, de sus hijas espirituales, y hasta de sus mismos hermanos los religiosos, diciendo á todos que se despedia para un viaje que tenia que hacer en breve. Oyéronlo con dolor, porque su ausencia les era sumamente sensible; pero á nadie le vino al pensamiento preguntarle qué viaje era aquel, bien ajenos de pensar que era el de la eternidad. A últimos de setiembre de aquel año fué acometido de un accidente de apoplejía que le privó de todos sus sentidos, y consiguientemente de la vida. Luego que se divulgó por Madrid, acudieron á su celda grandes, títulos, obispos, caballeros ilustres y religiosos, y puestos de rodillas al rededor de su pobre cama, unos le besaban los piés y las manos, otros repartian entre sí en pequeñas partes los utensilios de su celda, y todos le

aclamaban por santo. La reina cuidó de que fuesen los médicos de cámara á restablecer, si fuese posibe, tan preciosa vida. Era llegada la hora en que Dios queria premiar las santas obras de su siervo fiel; y así, todas las humanas diligencias fueron inútiles; pues á las treinta horas de haberle acometido el accidente entregó su purísima alma en manos del Criador. Luego que supo la reina y la demás gente de palacio que habia muerto el padre Rojas, conocieron que este era el viaje para que se habia despedido, y no dudaron que Dios le habria hecho la merced de revelarle la hora de su tránsito. Hiciéronsele las exequias con grande concurso de gentes de la primera gerarquía y numeroso pueblo que á grandes voces publicaban su santidad. Justificada esta con todas las formalidades debidas, y aprobados dos milagros que hizo Dios por su intercesion, fué beatificado por el papa Clemente XIII en el año de 1766. Venérase su santo cuerpo en una magnífica urna de plata que está colocada en el altar mayor de la iglesia de padres Trinitarios de Madrid, en donde dispensa Dios favores continuos á los que con verdadera devocion se encomiendan á la poderosa intercesion que este santo disfruta con el Dios de misericordias.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Privato, mártir, que, estando cubierto de úlceras, y habiendo sido curado por el papa san Calixto, fué luego azotado con cuerdas emplomadas por la fe de Jesucristo, hasta quitarle la vida en el acto, bajo el emperador Alejandro.

En el mismo lugar, san Estadeo, mártir.

En África, san Marcial, san Lorenzo y otros veinte santos mártires.

En Antioquia de Pisidia, san Marcos, pastor; san Alfeo, san Alejandro y san Zósimo, los tres hermanos;

san Nicon, san Neon, san Teodoro y treinta soldados, que, convertidos á Jesucristo por los milagros de san Marcos, fueron todos martirizados, aunque en distintos lugares y de diferentes modos.

El propio dia, el martirio de san Máximo, bajo el emperador Decio.

En Bohemia, san Wenceslao, duque de Bohemia y mártir, ilustre por su santidad y milagros, el cual fué muerto en la casa de su hermano, y consiguió la palma del martirio.

En Tolosa de Francia, san Exuperio, obispo y confesor: este santo varon, segun refiere san Jerónimo, era escasísimo consigo mismo y generosísimo con los otros.

En Génova, san Salomon, obispo y confesor.

En Bresse, san Silvino, obispo.

El propio dia, santa Eustoquia, vírgen, hija de santa Paula, que, habiendo sido educada cerca del pesebre del Señor con otras vírgenes, murió colmada de infinitos merecimientos.

En Alemania, santa Lieba, vírgen, célebre por sus milagros.

En Toul, san Alcas, obispo.

En Auxerre, san Alen, obispo.

Cerca de Chalons del rio Saona, san Chaumondo, obispo de Leon, muerto atrozmente por órden de Ebroino.

En Sens, san Onoberto, obispo.

En el obispado de Auch, santa Doda, vírgen.

En Die, san Ismeon, obispo, antes canónigo de Leon.

En Oriente, el santo profeta Baruch.

En Palestina, san Cariton, célebre fundador de lauras.

En Corozain del mismo país, san Tiemon, arzobispo de Salsburgo, víctima de los Turcos por la fe.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, cujus charitas in corde beati Simonis diffusa eximio in sanctissimam Filii tui Genitricem cultu, et assiduis misericordiæ operibus enituit: illius intercessione concede, ut eodem charitatis fervore succensi, et beatæ Mariæ virginis tutela protecti, tuam misericordiam consequamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, cuya caridad difundida en el corazon del bienaventurado Simon resplandeció en dilatar el piadoso culto de la Madre santísima de tu Hijo y en continuas obras de misericordia; concédenos por su intercesion que, encendidos con el mismo fervor de caridad, y protegidos con la custodia de la bienaventurada Vírgen María, consigamos tu misericordia. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4 de la primera que escribió el apóstol san Pablo á los Corintios, y la misma que el dia x, *pág.* 254.

REFLEXIONES.

No se puede dudar que la santidad es una prenda preciosa, que constituye á los que la profesan en la dicha de ser amados de Dios y de los hombres. El Señor derrama en sus siervos á manos llenas sus gracias y misericordias. Los hace respetables de los príncipes: les da poder sobre toda la naturaleza, y hace que á su voz obedezcan las enfermedades y demás males que oprimen al género humano. Los hombres, por perversos que sean, y por mas que se hayan dejado llevar de la corrupcion de sus pasiones, no pueden desnudarse tanto de los dictámenes de la razon, que no conozcan que la virtud es amable por sí misma, y que el sugeto que la profesa merece estimacion y aprecio. De aquí nace aquel ascendiente que han tenido los santos sobre los príncipes que han dado entrada en su palacio á los varones piadosos, sin permitir que los relajados y lisonjeros les prohiban

la entrada, como se vió en el bienaventurado Simon de Rojas. La severidad de costumbres, una vida irreprensible, y sobre todo, un desasimiento perfecto de todos los bienes del mundo, imponen con tanta fuerza, que no hay valor en la maldad y en el vicio para resistirla.

Pero para llegar á este grado de superioridad que da la virtud sobre las cosas humanas, es necesario sufrir primeramente todos los males que dice san Pablo en la epístola de este dia. Unas veces aparecen los santos como unos hombres necios, que desprecian lo que llama á sí las atenciones del mundo, honras, dignidades, riquezas, valimiento con los príncipes y autoridad sobre sus semejantes, que son el objeto de los que se reputan sabios en el siglo; y estas mismas cosas son el objeto del desprecio de los santos. Otras veces son tenidos por hombres débiles y flacos, faltos de aquella grandeza de espíritu que es necesaria para acometer grandes empresas: se rien de ellos cuando los ven empleados en atormentar su cuerpo con cilicios, ayunos y disciplinas; y cuando los ven hechos la víctima de la hambre, de la sed, de la desnudez y aun de la furia de aquellos insensatos que se atreven á poner sus manos sacrílegas en los varones virtuosos, como le sucedió á san Pablo repetidas veces. Sin embargo, este santo apóstol se gloría de haberlo sufrido todo por Cristo, y les propone á los Corintios que este es el carácter de la santidad, para que no se desdeñen de procurar conseguirla aunque sea á tan grande costa. Al leer las vidas de los santos, y al ver el valimiento que tuvieron con los monarcas, y la estimacion que lograron de los grandes y poderosos, inmediatamente se presenta á la imaginacion una idea de grandeza y felicidad que excita nuestra envidia. Pero ¿porqué ha de ser tal nuestra inconsideracion, que no amemos el precio á que consiguieron

los santos tamaña estimacion y grandeza? ¿Porqué hemos de pretender los efectos de la virtud sin ejercitarnos en ella? Pero á buen segúro, el que la posea sólidamente jamás adoptará semejantes pretensiones. La santidad tiene el efecto de hacer recomendables á los santos; pero tambien tiene el de hacer á estos despreciadores de semejante recomendacion. Los bienes del mundo los miran siempre con ojos desdeñosos y como lazos armados contra la santificacion de su alma. Esta persuasion les atrae por la fuerza inevitable de la virtud la estimacion de los hombres; pero si fuera posible agradar á Dios sin ser virtuosos, abandonarian la virtud por huir la estimacion del mundo. Tanto como esto aman los siervos de Dios su humillacion y desprecio, y á tanta costa se consiguen los privilegios de la santidad.

El evangelio es del cap. 12 *de san Lucas, y el mismo que el dia* XII, *pág.* 287.

MEDITACION.

SOBRE LA OBLIGACION QUE TIENE EL CRISTIANO DE ADELANTAR EN LA VIRTUD.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nuestro Dios desea tanto nuestra propia santificacion, que se dignó manifestar su voluntad, imponiéndonos un precepto en que nos la manda, y cuyas consecuencias deben ser los diarios progresos en la virtud.

En la epístola primera que escribió san Pablo á los Tesalonicenses (1), dice estas formales palabras: *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion.* En ellas se ve manifiestamente que aquella bondad infinita que crió de la nada los cielos y la tierra, estando

(1) Cap. 4.

perfectamente satisfecha de la perfeccion de todas sus obras, parece no estarlo de la del hombre; y así no dudó manifestarlo por su Apóstol diciendo: *Que su voluntad. su querer, su precepto, eran que el hombre se perfeccionase adquiriendo cada dia nuevos grados de santidad.* Causa maravilla el considerar que haya querido Dios hacer perfectas todas las cosas en órden al fin para que fueron criadas; y que solo el hombre, que fué hecho para servir á Dios y gozarle, haya de haber quedado imperfecto. ¿Por ventura podremos persuadirnos que haya sido esto sin un altísimo consejo, y una prudentísima atencion al ser racional que nos dió, dejándonos en manos de nuestro consejo, y á las abundantes gracias que nos tenia preparadas en la redencion de Jesucristo? Seria una blasfemia semejante persuasion. Por tanto, debes considerar que, habiéndote Dios criado para sí, debes emplear todas tus fuerzas en acreditar la gloria de Dios con la práctica de las virtudes. Cuanto mas adelantes en estas, tanto mas honor le resulta á tu Criador. Por lo mismo, debes dirigir á este santo fin todas tus operaciones. En ninguna obra debes ocuparte que no la dirijas á Dios: ninguna palabra deben pronunciar tus labios, ningun pensamiento debe producir tu corazon que no se dirija á Dios; y hasta el mas leve suspiro que salga de tu pecho no debe tener otro fin. Por eso, dijo san Pablo que todas nuestras acciones, sean las que fueren, ya comamos, ya bebamos, ó ya hagamos otra cualquiera cosa, todo lo debemos referir á Dios y practicarlo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. El glorioso santo Tomás de Aquino, cuyo parecer es de tanto peso en la Iglesia católica, se persuade que todo cristiano tiene obligacion estrecha de adelantar en la virtud, y que solamente los consejos evangélicos están exceptuados de esta ley. A la verdad, la profesion religiosa no es otra cosa que una

renovacion de la que se hizo en el bautismo. Todos los cristianos indiferentemente están obligados á la observancia del Evangelio; porque Jesucristo no promulgó uno para las gentes del mundo, y otro distinto para los que abracen el estado religioso: ni dijo que habia dos caminos para llegar á la vida, uno ancho para los mundanos, y otro estrecho para los que dejan el mundo, sino que á todos en comun dijo en el cap. 13 de san Lucas: *Haced cuanto sea posible para entrar por la puerta estrecha*. De todo esto se deduce que cada uno en su estado tiene obligacion de aspirar cada dia á ser mas perfecto.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para precaver en nosotros nuestro buen Jesus las excusas de nuestra flaqueza en órden á esta obligacion, tuvo la dignacion verdaderamente divina de darnos en sí mismo un ejemplar perfecto que debiésemos imitar para aprovechar gradualmente en la virtud.

En el Evangelio mismo se dice que Jesucristo iba aprovechando y creciendo cada dia en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres. Es de fe que desde el instante de su concepcion santísima fué adornada su alma de todas gracias infinitas y de todos los dones del Espíritu Santo. La plenitud de sabiduría, todos los tesoros inmensos de las divinas riquezas, y una infinita santidad estaban tan íntimamente unidos á su divina personna que la constituian infinitamente santa por esencia. Sin embargo, como estaba puesto para ser nuestro ejemplar y nuestro modelo, quiso presentársenos como que cada dia iba aprovechando y creciendo en la edad y en la virtud para que aprendiésemos á hacer lo mismo nosotros. Así vemos que continuamente crecia en los trabajos: por espacio de treinta años estuvo

ocupado en una vida laboriosísima y penosa: manifiéstase al mundo, y de dia en dia ya elige discípulos, ya predica el Evangelio, ya reprende á los escribas y fariseos, y ya, últimamente, confirma su mision con portentos y milagros. Cristo obra así: el Hijo de Dios tiene esta conducta: ¿y me será á mí lícito contentarme con la mediania sin procurar cada dia mas mi aprovechamiento?

No contento con esto el Hijo del Eterno Padre, quiso llevar hasta el extremo su humildad, sufriendo de unos hombres inicuos los mayores abatimientos: su obediencia, cumpliendo el precepto del Eterno Padre hasta la misma muerte; y últimamente su caridad, manifestando que de tal manera amó al hombre, que se dió á sí mismo en precio de su redencion. Cuando nosotros hayamos llegado á imitar perfectamente este ejemplo, entonces podremos decir basta, y contentarnos con las virtudes que hasta aquel punto hubiéremos conseguido. Pero ¿quién eres tú, ó cristiano, que te atreves á comparar en la santidad con tu mismo Dios y Señor? ¿Qué fervor es el de tu vida, qué integridad la de tus acciones para que sosegado y tranquilo puedas decir en tu interior que llegaste ya á imitar el ejemplar que te presenta en el monte? Entra dentro de tí mismo, repasa bien las acciones de tu vida, y confúndete, pues materia suficiente hallarás para tu confusion y vergüenza. Los que están dedicados á la vida espiritual, deben hacer esta consideracion muchas veces, y con la mayor viveza que les sea posible, ya para precaver en su corazon los movimientos de soberbia, viendo cuánto dista de la perfeccion infinita, y ya tambien para tener siempre un motivo que sea estímulo poderoso de adelantar mas y mas en la virtud.

JACULATORIAS.

Tota vita boni christiani sanctum est desiderium proficiendi. Aug. tract. 4 in epist. 1. Joan.

Toda la vida del buen cristiano está reducida á un santo deseo de aprovechar mas y mas.

Si vis habere partem in Christo, tibi Christi exemplo vivendum est. Hier. epist. ad Nepot.

Si quieres tener parte en el reino y en las promesas de Cristo, es necesario que vivas segun el ejemplo que te dió.

PROPOSITOS.

1. Para todas las cosas, aun las mas santas y razonables, suele encontrar excusa la humana fragilidad, á fin de libertarse de su práctica, que es repugnante á la malicia y desidia que apetecen las pasiones. Suélese oponer á las exhortaciones que intiman el adelantamiento en la virtud, y que se esfuerce el cristiano á imitar á Jesucristo, que el intentar esto es una verdadera temeridad. Se representa la perfeccion del Hijo de Dios como inaccesible, y esta representacion sirve de pretexto para justificar la desidia. Pero lo cierto es, que Dios nos manda repetidas veces que obremos segun el ejemplar de Jesucristo, que sigamos sus pasos, imitemos sus acciones, y seria blasfemia el crer que Dios nos mandaba temeridades. En el cap. 5 de san Mateo dice el mismo Jesucristo: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.* De la misma manera dice Dios en otra parte: *Sed santos, porque tambien yo lo soy.* En vista de unas intimaciones tan claras, ¿podrá justificarse el cristiano en su inaccion y desidia, alegando su debilidad, su ignorancia, su miseria y sus corrompidas inclinaciones? Es verdad que somos miserables, que no somos capaces por nosotros mismos ni de un solo buen pensamiento; pero por esto ¿tendremos un salvo



S. MIGUEL ARCÁNGEL.

conducto para estarnos quietos en nuestro abatimiento sin aspirar á mayor perfeccion? No, de ninguna manera. Jesucristo se nos manifiesta en lo alto del monte de la perfeccion : desde allí nos llama con semblante benigno y risueño : pudiéramos temer la subida difícil y escabrosa, verdaderamente superior á la debilidad de nuestras fuerzas; pero el mismo Señor que nos llama, nos alarga tambien su poderora mano para sostenernos, y hacer que podamos verificar la subida. A nosotros solo nos toca obedecer : de parte de Dios está darnos todos los auxilios y gracias necesarias para llegar á la mayor perfeccion. La infinita no la podremos tener sino por participacion. Por mucho que anhelemos ser semejantes á Jesucristo, siempre nos quedaremos muy inferiores; pero nunca fué buen artista el que no se propuso imitar los mas elevados modelos, ni salió buen oficial quien no intentó asemejarse al general mas esforzado. Para lograr esta perfeccion, es necesario no fijar la vista en las virtudes que se practican, sino solamente en los defectos; y así dice san Jerónimo : *Dichoso aquel que aprovecha todos los dias en la virtud, y que no vuelve los ojos al bien que hizo ayer, sino que, mirando á sus defectos, piensa hoy en qué es lo que ha de hacer para estar mas aprovechado de lo que estaba.* Así pensaban los santos, y así debes pensar tú para ser verdadero discípulo de Jesucristo.

DIA VEINTE Y NUEVE.

LA FIESTA DE SAN MIGUEL ARCÁNGEL.

Celebra hoy la santa Iglesia una fiesta particular, no solo en reverencia del Arcángel san Miguel, sino en honor de todos los santos ángeles; dirigiéndose la

misa y el oficio á honrar con especial solemnidad á todos aquellos bienaventurados espíritus que tanto se interesan en nuestra salvacion. Su santidad, su excelencia, los buenos oficios que hacen con todos los hombres, con todo el universo, y muy en particular con la santa Iglesia, pedian de justicia este respetuoso reconocimiento; y aunque esta fiesta solo se intitulaba de san Miguel, es porque este bienaventurado espíritu fué siempre reconocido por general de toda la milicia celestial y particular protector de la Iglesia de Jesucristo, así como lo habia sido de la sinagoga.

Enséñanos la Iglesia, que dió principio Dios á la creacion del mundo criando ante todas cosas las celestiales inteligencias, como para formarse á sí mismo una numerosa corte, y tener ministros prontos para ejecutar sus órdenes. *Creemos* (dice el cuarto concilio Lateranense) *firmemente que no hay mas que un solo Dios verdadero; el cual al principio del tiempo sacó juntas de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corpórea, la angélica y la mundana; y que despues formó como una naturaleza media entre las dos, que fué la naturaleza humana compuesta de cuerpo y alma.* Es decir, que los ángeles son unas sustancias criadas, inteligentes y puramente espirituales, no destinadas á unirse con los cuerpos, de los cuales tienen una total independencia. Están dotados de dones mas ó menos perfectos segun sus diferentes grados de perfeccion y de excelencia. Habiendo determinado Dios desde toda la eternidad no dar el cielo ni á los ángeles ni á los hombres, sino á título de corona y de recompensa, crió á los espíritus celestiales con pleno conocimiento del bien y del mal, y con una perfecta libertad. Un crecido número de ellos, viéndose tan perfectos, deslumbrados por su propia excelencia, en lugar de referir á su Criador todo lo bueno y excelente que tenian, se complacieron en sí mismos; y llenos de

orgullo, negaron la obediencia á Dios, por lo que fueron precipitados en los abismos para ser infelices por toda la eternidad. Pero los otros santos ángeles perseveraron en el bien, siempre fieles á su Criador, humildes, rendidos y obedientes á sus órdenes, por lo que fueron confirmados en su gracia. Avecindados eternamente en la celestial Jerusalen, están siempre delante del mismo Dios, le ven, le adoran, le bendicen, y no cesan de amarle con un amor perfecto y abrasado. Ellos son los ministros de Dios prontos siempre á obedecerle, y de ellos se sirve Dios para ejecutar sus órdenes respecto á todas la criaturas; pero sobre todo á los hombres. Los ángeles son los que presentan al Señor nuestras oraciones, y de ellos se vale el Señor, ya para comunicar á los hombres su voluntad, ya para obrar en su favor grandes maravillas en ocasiones extraordinarias; habiéndolos destinado Dios para guardias y protectores de toda la Iglesia y de cada fiel en particular. *El ángel del Señor* (dice el Profeta) *rodeará siempre á los justos, y los pondrá á cubierto de todo peligro* (1).

En todas las partes del viejo y nuevo Testamento se habla de estos espíritus bienaventurados, de sus funciones y ministerios. Tres ángeles en figura humana se aparecieron á Abrahan, y le anunciaron el nacimiento de un hijo (2). El ángel Rafael acompañó al jóven Tobías (3). El ángel Gabriel instruyó á Daniel en lo que habia de suceder, y le declaró el tiempo en que habia de nacer el Mesías (4). El mismo ángel predijo á Zacarías el nacimiento de san Juan, y anunció á la santísima Vírgen la encarnacion del Verbo en sus entrañas, saludándola llena de gracia y madre del Redentor. Los ángeles anunciaron á los pastores el nacimiento del Salvador del mundo. Ellos sirvieron á Cristo en el desierto, y le confortaron en el huerto de

(1) Salm. 33. — (2) Gen. 12. — (3) Tob. 5. — (4) Dan. 5.

las olivas; ellos anunciaron su resurreccion, y despues de su ascencion á los cielos pronosticaron su segunda venida en calidad de juez.

Sabemos, dice san Gregorio, que los ángeles están repartidosen tres gerarquías, y cada gerarquía en tres coros ó en tres órdenes. La primera gerarquía es de los serafines, querubines y tronos; la segunda, de las dominaciones, virtudes y potestades; y la tercera, de los principados, ángeles y arcángeles. Los serafines son aquellos que están mas inflamados que los otros en el fuego del divino amor. Los querubines los mas iluminados que los otros, á quienes comunican lo que entienden y lo que saben. La Escritura nos dice que, despues que Dios arrojó á Adan y á Eva del paraiso terrenal, puso á la puerta un querubin con una espada de fuego para guardar el camino que lleva al árbol de la vida. Los tronos son unos espíritus que sirven como de trono á la majestad de Dios. Las virtudes son aquellos que sobresalen en fuerzas para obrar efectos portentosos. Las potestades son unos espíritus que contienen el poder y la malignidad de los demonios; presiden á las causas inferiores y segundas, estorbando que las cualidades contrarias arruinen la economía del universo. Dáseles este nombre (dice san Gregorio), porque ellos son los que nos muestran el poder de Dios. Las dominaciones son aquellos espíritus que tienen imperio sobre los hombres, y dominan á los ángeles inferiores. Los principados son aquellos que tienen particular poder para guardar y para defender los reinos. Aunque el nombre de *ángel* es comun á todos aquellos espíritus celestiales; pero se atribuye particularmente á los que componen el octavo y el noveno coro de toda su gerarquía. La palabra *ángel* significa lo mismo que *enviado*; pero entre los ángeles y los arcángeles hay la diferencia, de que los ángeles son aquellos espíritus que envía Dios para las cosas

comunes y ordinarias; mas los arcángeles, como de órden superior á los ángeles, son enviados para los negocios extraordinarios y de mayor importancia. A esta clase pertenecen los ángeles Gabriel, Rafael y Miguel. *Todas las cosas* (dice el apóstol san Pablo) *fueron hechas en Jesucristo, las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones y los principados todos fueron criados en él y por él* (1). Es raro el profeta que no hable de los querubines y de los serafines, dice san Gregorio: *Tú, que estás sentado y eres conducido sobre las alas de los querubines* (dice David). *Los serafines estaban al rededor del trono* (dice Isaías), *y clamaban uno á otro, diciendo: santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos.* En casi todas las páginas se habla de los ángeles y de los arcángeles, dice san Gregorio; y si á estos ocho coros de ángeles añades el de los tronos, de que habla san Pablo cuando escribe á los Efesios, hallarás que son nueve los coros de los ángeles: *procul dubio novem esse angelorum ordines inveniuntur.*

No habia, pues, cosa mas conveniente que decretar una fiesta particular en honor de aquellos espíritus celestiales, que desde el primer instante despues de su creacion son favorecidos del Altísimo, componen su corte en el cielo, y no cesan de hacer á los hombres los mas importantes servicios; siempre zelosos de nuestra salvacion, siempre atentos á todo lo que nos puede conducir para esta vida y para la otra. La Iglesia instituyó una fiesta particular en reverencia de los santos ángeles de la guarda el dia 2 de octubre: parecia justo que instituyese tambien otra particular en honor de todos los demás ángeles, y esta es la que se celebra el dia 29 de setiembre.

Son pocos los santos cuyo culto, al parecer, sea mas antiguo que el de los santos ángeles, singular-

(1) I. Coloss

mente el de san Miguel. Llegó este culto á ser excesivo, y á degenerar en una especie de idolatría desde los principios de la Iglesia. El heresiarca Cerinto, como tambien Simon Mago, segun el testimonio de Tertuliano, de san Epifanio y de Teodoreto, decian que el culto y la veneracion de los ángeles era un grado absolutamente necesario para elevarnos á Dios, sin cuya escala seria el Señor inaccesible á nosotros; siendo por otra parte como un justo reconocimiento debido á la ley que se comunicó al pueblo de Israel por ministerio de un ángel, á la cual nos queria sujetar aquel heresiarca. No se podia inventar blasfemia mas injuriosa á Jesucristo, nuestro único y verdadero mediador para con su Padre, y el divino libertador que nos eximió de la ley antigua. Contra esta perniciosa doctrina escribió san Pablo á los Colosenses, previniéndolos para que no se dejasen engañar con las apariencias de una virtud postiza, sujetándose á un culto supersticioso de los ángeles, y desviándose del de Jesucristo, cabeza única y único mediador de los ángeles y de los hombres con Dios, su Eterno Padre: *Nemo vos seducat, volens in humanitate, et religione angelorum*, *etc.* Los secuaces de Cerinto, que, segun Teodoreto, estaban esparcidos por las provincias de Frigia y de Pisidia, habian erigido en ellas algunos templos á san Miguel, en los cuales le tributaban un culto que llegaba á ser idolatría. Exterminados despues estos herejes, los católicos, que desde el tiempo del gran Constantino arruinaban los templos de los falsos dioses, conservaron los que estaban dedicados al arcángel san Miguel por ser muy religioso el culto de los ángeles, contentándose con purgarlos de las heréticas supersticiones.

No tenemos en la Iglesia mas que tres ángeles conocidos con nombres particulares, san Miguel, san Gabriel y san Rafael, para mostrarnos, dice san Gre-

gorio, por los tres particulares nombres la especial virtud, y el carácter de cada uno. Miguel, dice el mismo santo, significa ¿quién como Dios? *Quis sicut Deus*? Gabriel significa fortaleza de Dios : *Gabriel autem fortitudo Dei*; y Rafael significa medicina de Dios : *Raphael verò dicitur medicina Dei.* Entre todos los espíritus angélicos siempre fué reconocido san Miguel como el jefe de toda la milicia celestial, á quien deben adorar mas religiosamente los fieles, profesándole mas particular devocion por muchas razones. En el capítulo décimo del profeta Daniel se llama á san Miguel el primero entre todos los jefes principales : *Ninguno me asiste en todas estas cosas sino Miguel, que es vuestro príncipe*, decia el ángel que hablaba con el Profeta ; y el mismo ángel hablando de lo que habia de suceder al fin del mundo : *Entonces se verá* (le dijo) *al gran príncipe Miguel que toma la defensa de los hijos de tu pueblo.*

Pero mucho antes del profeta Daniel era ya san Miguel conocido de los hombres, como lo vemos en la epístola de san Judas con motivo de la victoria que consiguió del demonio. Muerto Moisés, aquel insigne obrador de tantas maravillas, conoció muy bien el demonio que el pueblo de Israel, tan propenso naturalmente á la idolatría, acordándose de tantos prodigios como le habia visto obrar, no dejaria de tributar cultos divinos á su cuerpo, forjándose de él un ídolo; y con este depravado fin pretendia mover los israelitas á que le erigiesen un magnífico mausoleo. Pero estorbólo san Miguel como protector del mismo pueblo, y dispuso las cosas de manera, que nunca llegaron los israelitas á descubrir el cuerpo de Moisés.

En el Apocalípsis de san Juan se hace mencion de otro combate entre san Miguel y los ángeles rebeldes. Dióse, dice, en el cielo una gran batalla : Miguel y

sus ángeles combatian contra el dragon, esto es, contra Lucifer: el dragon con los suyos peleaba contra él; pero estos quedaron vencidos, y desde entonces no han vuelto á aparecer en el cielo. Este gran dragon, esta antigua serpiente, que se llama Diablo y Satanás, que engaña á todo el mundo, fué precipitado en los infiernos con todos sus ángeles. Muchos creen que tambien fué san Miguel aquel ángel que se apareció á Josué despues que pasó el Jordan, representándosele en figura de un héroe armado, y ofreciéndose á ayudarle en la conquista y sujecion de los Cananeos. *¿Eres de los nuestros ó de los enemigos?* le preguntó Josué. *No*, le respondió el ángel: *yo soy el príncipe de los ejércitos del Señor.* Tambien quieren algunos que fuese el arcángel san Miguel aquel ángel que se apareció á Gedeon para moverle á que libertase al pueblo de Israel de la servidumbre de los Madianitas. Ni son pocos los que opinan que este bienaventurado espíritu fué el que representó á la majestad de Dios, así en la zarza ardiendo, como en el monte Sinaí. Lo que no admite duda es, que san Miguel ha sido siempre venerado como especial protector de la santa Iglesia; atendido que, despues de la ascension de Cristo á los cielos, no tenemos aparicion alguna auténtica de san Gabriel ni de san Rafael, siendo así que tenemos muchas y en muchas partes del glorioso san Miguel, que se ha aparecido á los fieles en muestra de su particular proteccion á la universal Iglesia. Depranio Floro, poeta cristiano, habla de una aparicion de san Miguel en Roma. La del monte Gárgano, provincia de la Pulla, en tiempo del papa Gelasio I por los años de 493 es la mas célebre; y la Iglesia quiso consagrar su memoria por una fiesta particular en el dia 8 de mayo. Bonifacio III erigió en Roma una iglesia en honor de san Miguel sobre la eminencia de la mole ó del sepulcro de Adriano, que por esta razon

se llama *Monte*, y hoy *el castillo de Santo Angel*. Tambien es san Miguel protector de la Francia en particular. Hay en aquel reino un famoso monasterio llamado *Monte San Miguel*, erigido en medio del mar sobre un islote ó peñon, en consecuencia de otra semejante aparicion que hizo san Miguel á san Auberto, obispo de Abranches, el año de 709. Para reconocer y para merecer mas y mas esta antigua proteccion, el año de 1496 instituyó Luis II en Amboisa la órden militar de san Miguel, cuyo gran maestre es el mismo rey; y ordenó que los caballeros trajesen siempre pendiente del cuello un collar de oro compuesto de conchitas enlazadas unas con otras, y pendiendo de él una medalla del arcángel san Miguel antiguo protector del reino de Francia.

Pero lo que debe avivar y encender mas la devocion de los fieles al glorioso san Miguel, es el estar destinado para conducir las almas y presentarlas ante el terrible tribunal de Dios para ser juzgadas al salir de esta vida. Nada nos interesa mas que el lograr por especial protector cerca del soberano Juez al que se puede llamar su primer ministro: al que tiene á su cargo presentarnos al Señor en aquel momento decisivo de nuestra eterna suerte; y á aquel en cuyas manos, por decirlo así, rendimos el alma con el último suspiro. Este es, dice la Iglesia en el oficio del dia, este es el arcángel san Miguel: *Princeps militiæ angelorum*: Príncipe de la milicia de los ángeles. Los honores que se le tributan merecen mil bendiciones á los pueblos, y su intercesion nos conduce al reino de los cielos: *Cujus honor præstat beneficia populorum, et oratio perducit ad regna cælorum*. A san Miguel, añade la misma Iglesia, encargó Dios las almas de sus elegidos para que las condujese á la estancia de los bienaventurados: *Cui tradidit Deus animas sanctorum, ut perducat eas in regna cælorum*. En aquel

tiempo de prueba y de calamidad, dijo el ángel que anunció á Daniel lo que habia de suceder en los siglos futuros, Miguel, protector de tu pueblo y de todos los fieles, se dejará ver para defenderlos contra el enemigo de la salvacion. *In tempore illo consurget Michael, qui stat pro filiis vestris.* Vino el arcángel Miguel, dice la sagrada Escritura, en socorro del pueblo de Dios, y nunca deja de ayudar y proteger á los justos: *Michael archangelus venit in adjutorium populo Dei; stetit in auxilium pro animabus justis.* No es, pues, de admirar que en todo tiempo se haya profesado una especial veneracion y devocion en la Iglesia al arcángel san Miguel.

En el cuarto siglo, ó á lo menos á los principios del quinto, habia á dos leguas de Constantinopla una célebre y magnífica iglesia, llamada *Michalion*, ó el templo de san Miguel, porque obraba Dios en ella milagrosas curaciones por intercesion de san Miguel. Habla de ella Sozomeno como quien experimentó en sí mismo los maravillosos efectos de su poder para con Dios. Si los ángeles son nuestros intercesores, dice san Ambrosio, si son nuestros defensores y nuestros abogados, debemos honrarlos, invocarlos y dirigirles nuestras oraciones para que no nos nieguen su proteccion: *Sed et illi, si custodiunt, vestris custodiunt orationibus advocati.* En el cánon de la misa y en las liturgias se hace mencion de los santos ángeles; y las letanias, que son como un resúmen de las oraciones públicas, comienzan por los ángeles despues de la santísima Virgen. Así pues, dice un doctor del siglo pasado, es verdad en cierto sentido que de la misma manera que se celebraba la fiesta general de la Santísima Trinidad, del Santísimo Sacramento, y de todos los santos antes que se instituyesen fiestas particulares, del mismo modo se celebraba la fiesta general de todos los ángeles en las liturgias y en las

iglesias antes que se fijase un dia particular para su solemnidad.

Y como esta fiesta se instituyó con motivo de las apariciones de san Miguel particularmente la del monte Gárgano, donde se encontró una especie de bóveda en figura de iglesia abierta en una roca, y el mismo san Miguel dió á entender que seria de su agrado que se le dedicase; por eso conservó siempre el titulo de Dedicacion la fiesta que hoy se instituyó con ocasion de estas apariciones y de estos templos en honra de san Miguel.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En el monte Gárgano, la santa conmemoracion del arcángel san Miguel con motivo de la iglesia consagrada allí bajo su nombre, fábrica mezquina á la verdad, pero ensalzada por celestiales prodigios.

En Tracia, la fiesta de san Eutico, san Planto y san Heracleo, mártires.

En Persia, santa Gudelia, mártir, quien, habiendo convertido mucha gente á Jesucristo, y negádose á adorar al sol y á la luna, padeció muchos tormentos bajo el rey Sapor, entre otros el desollamiento de la cabeza, habiendo sido atada á un poste, logró en el su triunfo.

En dicho lugar, san Dadas, pariente del rey Sapor, santa Casdoe su esposa, y san Gabdolas su hijo, mártires, quienes, habiendo sido despojados de sus títulos y preeminencias, y despedazados con diversos géneros de tormentos, fueron acuchillados despues de haber estado largo tiempo en la cárcel.

En Armenia, santa Ripsima y compañeras, vírgenes y mártires, bajo el rey Tiridates.

En Auxerre, san Fraterno, obispo y mártir.

En Pontecorvo cerca de Aquino, san Grimoaldo, presbítero y confesor.

En Palestina, san Quiriacio, anacoreta.

En Nantes, san Victorino, venerado como confesor.

En Isles, diócesis de Troyes, san Ursion, monje.

En Reims, san Luivino, obispo de Tréveris.

En Atino, cerca de Moncasino, san Fulgencio, obispo de dicha ciudad.

En Roma, el venerable Nicolás de Furche, de la órden de los Hieronimitas de Montebelo.

En Pavía, el venerable Bernardino de Feltre, franciscano.

La misa es en honor de san Miguel y de los santos ángeles, y la oracion la que se sigue.

Deus, qui miro ordine Angelorum ministeria hominumque dispensas: concede propitius, ut à quibus tibi ministrantibus, in cœlo semper assistitur, ab his in terra, vita nostra muniatur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que con admirable órden dispones los ministerios de los ángeles y de los hombres: concédenos benigno que nos amparen en la tierra mientras vivimos aquellos que nunca cesan de serviros oficiosos en el cielo. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 del Apocalipsis de san Juan.

In diebus illis: Significavit Deus, quæ oportet fieri cito, mittens per Angelum suum servo suo Joanni, qui testimonium perhibuit verbo Dei, et testimonium Jesu Christi, quæcumque vidit. Beatus, qui legit, et audit verba prophetiæ hujus: et servat ea, quæ in ea scripta sunt: tempus enim prope est. Joannes septem ecclesiis: quæ sunt in Asia. Gratia vobis, et pax ab eo,

En aquellos dias: significó Dios las cosas que deben suceder presto, enviando (noticia) por medio de su ángel á su siervo Juan, el cual dió testimonio á la palabra de Dios, y testimonio de cuanto vió en órden á Jesucristo. Bienaventurado el que lee y escucha las palabras de esta profecía, y guarda las cosas que están escritas en ella: porque el tiempo está cercano. Juan á las siete iglesias que

qui est, et qui erat, et qui venturus est: et à septem spiritibus, qui in conspectu throni ejus sunt: et à Jesu Christo, qui est testis fidelis, primogenitus mortuorum, et princeps regum terræ, qui dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.

están en el Asia. Gracia á vosotros, y paz de aquel, que es, que era, y que ha de venir: y de los siete espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo, que es testigo fiel, primogénito entre los muertos, y príncipe de los reyes de la tierra: el cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

NOTA.

« Cada palabra del Apocalipsis es un misterio, dice » san Jerónimo; pero en medio de la oscuridad de » este libro se descubren tan altas ideas del minis» terio de Jesucristo, imágenes tan nobles de sus » victorias, y efectos tan espantosos de su terrible » juicio, que toda el alma se estremece. Lo mas vivo » y lo mas majestuoso de la ley y de los profetas se » representa con nuevo esplendor en este libro. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que lee las palabras de esta profecía, que oye y observa las cosas que se escriben en ella. No siempre se pregunta qué es menester practicar para ser santo: *Quid faciendo vitam æternam possidebo?* con aquel espíritu maligno y caviloso con que lo preguntó el fariseo de quien hace mencion el evangelista san Lucas. Hay corazones rectos, almas sinceras, hombres sanos y de buena voluntad que desean saber cuál es el camino que lleva los hombres á la vida: gentes hay que desean aprender de buena fe el verdadero secreto de la salvacion. *Quid faciendo?* Encuéntranse algunas almas inocentes que continuamente están inquietas y dudosas sobre las seguras sendas de la perfeccion. No se cansan de consultar,

de inquirir y de preguntar: buscan los directores mas hábiles, los maestros de espíritu mas acreditados para instruirse bien en esta divina ciencia: *In lege quid scriptum est? quomodo legis?* A estos se les puede decir lo que al otro doctor de la ley: Evangelio teneis. ¿Qué os dice ese divino libro, esa regla segura de nuestras operaciones? ¿qué leeis en ese Evangelio? Practica lo que lees: no te contentes con saber lo que nos enseñó Jesucristo nuestro divino maestro; su doctrina en materia de costumbres no es puramente especulativa. Es necesario creer; pero tambien es necesario vivir arreglado á lo que se cree. No son infinitos los preceptos; no hay cosa mas breve ni mas acomodada á la capacidad de todos: *Quomodo legis?* Amarás á tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, y al prójimo como á tí mismo: en estos dos preceptos se encierra toda la ley. Guarda estos dos mandamientos, y conseguirás la vida eterna. Cuanto mas ardiente, mas puro, mas generoso y mas universal sea tu amor á Dios, mas perfecto serás. Este es el manantial, esta la base de toda perfeccion, de toda espiritualidad, de toda santidad aun la mas eminente. ¿Será menester mucho estudio para aprender este gran secreto? ¡Cosa extraña! Se lee, se medita, se consulta, se oye y se comprende todo lo que se debe hacer, y nada se hace, y se muere sin haber hecho nada. Bienaventurado aquel que lee, y que oye, y que observa lo que está escrito en el Evangelio: él es la regla de nuestras costumbres. ¡Qué pocos son los que viven arreglados á ella!

El evangelio es del cap. 18 *de san Mateo.*

In illo tempore: Accesserunt discipuli ad Jesum, dicentes: Quis putas major est in regno cœlorum? Et advocans Jesus

En aquel tiempo: Se llegaron á Jesus los discípulos diciendo: ¿Quién juzgas es el mayor en el reino de los cielos? Y llaman-

parvulum, statuit eum in medio eorum, et dixit : Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno cœlorum. Et qui susceperit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit. Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Væ mundo à scandalis! Necesse est enim ut veniant scandala : verumtamen væ homini illi, per quem scandalum venit! Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te : bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quàm duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te : bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quàm duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Videte ne contemnatis unum ex his pusillis : dico enim vobis, quia angeli eorum in cœlis semper vident faciem Patris mei, qui in cœlis est.

do Jesus á un niño, le puso en medio de ellos, y dijo : En verdad os digo, que si no os trasformais, y haceis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se humillare como este niño, ese será mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiese en mi nombre un niño como este, me acoje á mí mismo. Pero el que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, le seria mejor que le colgasen del cuello una piedra de molino, y fuese sumergido en el profundo del mar. ¡Ay del mundo por causa de los escándalos! Porque es cosa necesaria que haya escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por cuya culpa viene el escándalo! Si tu mano, pues, ó tu pié te escandaliza, córtatelo, y échalo de ti : mejor te es entrar en la vida débil ó cojo, que ser echado al fuego eterno teniendo dos manos ó dos piés. Y si tu ojo te sirve de escándalo, sácatelo y échalo de ti : mejor te es entrar en la vida con un ojo, que ser echado al fuego del infierno teniendo dos ojos. Guardaos no desprecieis alguno de estos pequeñuelos; porque os hago saber que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en ellos.

MEDITACION.

DE LA DEVOCION Á LOS SANTOS ÁNGELES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que los santos ángeles son aquellos bienaventurados espíritus, aquellos ministros del Altísimo que componen, por decirlo así, su corte. Son aquellas criaturas tan excelentes, aquellos privilegiados favoritos que asisten delante del trono de Dios ocupados únicamente en amarle, en cantar sus alabanzas, en ejecutar sus órdenes, en hacer su voluntad y en adorarle. Juzga ahora si merecerán nuestro culto y nuestros respetos. ¡Qué rendimientos no se practican en el mundo con aquellos cortesanos favoritos que están á la oreja y al corazon del soberano! Los santos ángeles logran el corazon de Dios, y estando perpetuamente en su presencia, conservando y debiendo conservar siempre su gracia y su favor, son siempre bien oidos. Pero si los santos ángeles merecen nuestros respetos y nuestro culto, no merecen menos nuestra confianza. Siendo tan poderosos con Dios, ¡cuánto valdrá y cuánto aprovechará su proteccion á los fieles! Tanto como los ángeles rebeldes desean nuestra perdicion eterna, tanto se interesan los santos ángeles en nuestra salvacion. ¡Con qué gusto, y qué priesa no se dan á emplear en nuestro favor su valimiento! ¡Pues con qué confianza no debemos nosotros acudir á ellos solicitándolos y empeñándolos en que nos merezcan la gracia de nuestro soberano dueño! Ellos son los que llevan nuestros gemidos, nuestras oraciones y nuestros votos hasta el trono de Dios. ¡Pues cuánto interesaremos en hacérnoslos favorables! Tiénense por dichosos en las cortes de los príncipes los que logran la proteccion del valido. !Qué dicha la de lograr la proteccion de los ángeles!

Pero ¿cuántos buenos oficios nos hacen aun en este mundo? A ellos, despues de Dios, debemos muchos felices sucesos. Ellos nos protegen en mil ocasiones peligrosas; ellos nos desvian de mil desgraciados riesgos en que pereceríamos miserablemente; ellos nos apartan insensiblemente de mil lazos que nunca cesa de armarnos el enemigo de la salvacion. ¡Qué reconocimiento y qué gracias no les debemos por tantos beneficios! ¡Y qué ingratitud la de haber tenido hasta aquí tan poca devocion á los santos ángeles, á quienes debemos tantas obligaciones, y en quienes despues de Jesucristo y la santísima Vírgen debemos tener mayor confianza!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, distinguiendo la Iglesia con culto particular á san Miguel de todos los espíritus celestiales como jefe y general de aquella angélica milicia, es justo que tambien nosotros le profesemos un culto y una devocion particular. Es el príncipe de los ángeles: *Princeps angelorum.* Su fidelidad, en la sedicion de los ángeles rebeldes, le mereció el favor del Todopoderoso: *Quis sicut Deus?* Al mismo tiempo que Lucifer, aquel ángel del primer coro, por su orgullo se hizo príncipe de los demonios, el mayor enemigo de los hombres, y él mismo el mas infeliz de todos los desdichados, san Miguel se hizo protector especial de todos los escogidos de Dios, su valido y patrono de todas las almas fieles. Él es el que preside, por decirlo así, al último momento decisivo de nuestra salvacion. Él es el que introduce las almas en el divino tribunal para recibir del soberano Juez la sentencia difinitiva de su eterna suerte. ¡Buen Dios, cuántos motivos son estos para profesar una tierna devocion á este valido del Altísimo! Solicitemos el favor de aquel que puede tanto con Dios, y que tanto se interesa en nuestra salvacion. ¡Qué dolor, qué

indignacion no tendrá contra sí misma una alma que al salir del cuerpo se vea en las manos de san Miguel, acordándose de la indiferencia, de la poca devocion, del olvido que tuvo de un príncipe de la corte celestial, á quien se ve entregada cuando se despide de este mundo! Pero ¡qué consuelo y qué confianza tendrán entonces aquellas almas que le hubieren sido devotas! Mas la verdadera devocion á san Miguel consiste en imitar su humildad, su religion, su fidelidad á pesar del mal ejemplo. Y si Dios castigó tan severamente el orgullo y la desobediencia en los ángeles, ¿la disimulará en los hombres? Consideremos la fidelidad y la sumision de san Miguel; su zelo en defender los intereses de Dios, y la gloria que fué consiguiente á su triunfo. Imitemos su rendimiento; obedezcamos á Dios, combatamos por su gloria, y tendremos parte en la dicha de san Miguel. Digamos á su imitacion: *Quis sicut Deus?* ¿Quién como Dios? ¿qué cosa se puede comparar con este Señor? Digámoslo en aquellas ocasiones en que se quieren atravesar los respetos humanos. ¿Quién como él merece nuestros respetos y nuestros servicios? ¿quién hay cuyos premios se puedan desear mas, ni cuyas amenazas se deban temer mas?

No, mi Dios, resuelto estoy desde este mismo momento á no buscar otro que á vos, á no amar á otro que á vos, á no servir á otro que á vos mediante la asistencia de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Benedicite Domino, omnes angeli ejus. Salm. 102.

Angeles del Señor, juntaos á mí para bendecirle y alabarle.

Laudate eum, omnes virtutes ejus. Salm. 102.

Angeles del Señor, tropa de la milicia celestial, celebrad la gloria del Todopoderoso.



S. JERÓNIMO,

DOCTOR Y FUNDADOR.

PROPOSITOS.

1. Es digno de admiracion que, teniendo tanta necesidad de la proteccion de los santos ángeles, les tengamos tan poca devocion; y que, sabiendo los importantes servicios que nos pueden hacer, cuidemos tan poco ó nada de merecer su benevolencia, y de ponerlos al lado de nuestros intereses. Ten toda la vida esta devocion muy entrañada en tu corazon, y tributa todos los dias algun religioso culto á estas celestiales inteligencias. No se pase dia alguno sin hacerles alguna oracion. San Francisco Javier, apóstol de las Indias, decia todos los dias nueve veces el *Gloria Patri* en reverencia de los santos ángeles. Toma esta devocion.

2. Honra singularmente á san Miguel como á protector particular de toda la Iglesia, y como á jefe de la milicia celestial, que ha de recibir tu alma al salir del cuerpo, y presentarla al tribunal de Dios para ser juzgada. Hazle alguna oracion particular, pidiéndole sobre todo su proteccion para aquel momento decisivo de nuestra eterna suerte.

DIA TREINTA.

SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA.

San Jerónimo, ornamento del sacerdocio, tan célebre por su eminente virtud, por su rara sabiduría, por su profunda erudicion; oráculo del mundo cristiano, una de las mayores y mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fué de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia. Nació el año de 332, y su padre, por nombre Eusebio, zeloso cristiano y hombre de conveniencias, puso el mayor

cuidado en dar á su hijo una cristiana educacion. Habiendo observado en aquel niño cierto fondo de capacidad y cierta brillantez de ingenio, poco regular en otros de aquella edad, resolvió no perdonar diligencia alguna para cultivarle. Despues que le hizo tomar una lijera tintura de las lenguas en su país, le envió á Roma bajo la disciplina de Donato, célebre gramático, con cuyo magisterio hizo el niño Jerónimo asombrosos progresos en las letras humanas. Pasó despues á otros maestros, en cuya escuela aprendió las bellas letras y las ciencias profanas en grado muy superior al que se podia esperar de un estudiante. Por la particular inclinacion que tenia á la retórica, y por su delicado gusto en ella, se hizo uno de los mas elocuentes oradores de su tiempo, y por su rara facilidad en las lenguas se hizo admirar y fué tenido por uno de los hombres mas sabios de su siglo. Así el violento amor con que le arrebataban los libros, como los piadosos afectos de religion que desde su niñez le habian inspirado, fueron el freno de sus fogosas pasiones, que desde la misma infancia eran muy vivas.

Recibió Jerónimo el bautismo siendo ya de edad madura, y desde aquel dichoso dia entabló una vida verdaderamente cristiana. Deseoso de conservar su inocencia, se desvió de todo aquello en que podia correr peligro, pareciéndole desde luego que los mejores preservativos contra el contagio eran la abstinencia, la mortificacion y la oracion. Ocupaba todo el tiempo en el estudio y en ejercicios espirituales. No contento con leer y con observar, se dedicaba tambien á copiar libros, de que formó una librería para su uso. Todos los dias iba con algunos compañeros suyos de los mas virtuosos á visitar las catacumbas de Roma, cuevas donde estaban sepultados los santos mártires al rededor de la ciudad.

Para perfeccionarse en las ciencias y en la virtud, emprendió el trabajo de viajar. Tomó el camino de las Galias, donde conoció y trató á muchos hombres sabios. Detúvose particularmente en Tréveris, acompañado siempre de Bonoso, que se habia criado con él y nunca se separó de su lado. Cuando volvió de las Galias, se dirigió á Aquileya, donde hizo mansion algun tiempo disfrutando el trato del obispo Valeriano, uno de los mas santos y mas sabios prelados de aquel siglo, cuyo mayor gusto era hospedar y detener en su casa, lo que mas le fuese posible, á cuantos hombres sabios y virtuosos podia conocer. En la misma ciudad estrechó amistad con el presbítero Cromacio, que despues fué sucesor de Valeriano, con Jovino, Eusebio, Nicetas, Crisógono, Heliodoro y Rufino, que andando el tiempo fué su mayor contrario.

Como habia renunciado ya por amor de Jesucristo todo lo que olia á carne y sangre, no pensó mas en su país; antes tomó el partido de retirarse al Oriente, el campo mas fecundo de hombres grandes que habia en el mundo á la sazon. Abandonadas, pues, todas las cosas, emprendió su viaje con el presbítero Evagrio, Inocencio y Heliodoro, con un criado para todos cuatro que conducia la carga de sus libros. Corrió la Tracia, el Ponto, la Bitinia, la Galacia, la Capadocia y la Cilicia, deteniéndose algunos dias en Tarso, donde nació san Pablo, para aprender los idiotismos de la lengua materna del apóstol. De allí pasó á Antioquía de Siria, donde trabó comunicacion con el famoso Apolinario, cuya herejía aun no se habia descubierto. Pero creciendo cada dia en nuestro santo el amor á la soledad, se retiró á un desierto de la provincia de Calcida con su amado Heliodoro, Hilas é Inocencio. El consuelo que san Jerónimo experimentó en aquel dulce retiro se turbó presto con la muerte de sus dos compañeros Heliodoro é Hilas, y con haberse

vuelto á Italia Inocencio. Tambien acrisoló el Señor su virtud con otras pruebas. Afligióle con varias enfermedades; pero lo que mas le acongojaba eran las violentas tentaciones de impureza con que le atormentaba la carne cuando le daban treguas sus dolores, representándole continuamente con la mayor viveza en la imaginacion los objetos que habia visto en Roma, y excitándosele un involuntario, pero vehemente deseo de las comodidades de la vida que habia abandonado por medio de un generoso sacrificio.

Viendo que no eran bastantes para librarle de estas molestas tentaciones ni sus ayunos ni otras penitencias corporales, emprendió un nuevo estudio mucho mas penoso que los otros. Dedicóse al de la lengua hebrea, tomando por maestro á un judío convertido. Á un hombre que solo hallaba gusto en la lectura de las obras de Ciceron y de los mejores autores latinos, claro está que se le habia de hacer muy duro volver a estudiar alfabetos, ejercitándose en broncas aspiraciones, y en pronunciaciones ásperas y difíciles. Mas de una vez lo quiso dejar todo acobardado con el trabajo, y no contribuyó poco la violencia que se hizo á una enfermedad que padeció tan grave, que le redujo al último extremo de la vida. Tuvo un sueño por aquel tiempo en que le pareció que, habiendo sido presentado ante el tribunal del soberano juez, fué reprendido y castigado porque era mas ciceroniano que cristiano. Entendió por este sueño ser la voluntad de Dios que se hiciese perito en la comprension de las lenguas orientales, como bastante necesarias para la inteligencia de la sagrada Escritura, teniéndole destinado la divina Providencia para dejarnos una version de toda ella, que es la que hoy usa la Iglesia.

Cuatro años permaneció Jerónimo en aquel desierto macerando continuamente su carne con ayunos y con rigurosas penitencias. Pero ninguna cosa ejercitó

tanto su paciencia en aquella soledad como la persecucion de los monjes cismáticos, los cuales, viéndole inviolablemente adicto á la iglesia de Roma, se valieron de todos los medios que pudieron para inquietarle. No pararon hasta que le pusieron en precision de dejar su amado desierto. Fuése á Jerusalen, y vivió algun tiempo en la campaña del contorno, andando de una á otra soledad. Pero donde particularmente se detuvo fué en Belen, cuyo sitio tuvo tanto atractivo para él, que se determinó á fijar allí su mansion. No obstante, se vió precisado á volver á Antioquía, donde el obispo Paulino, que tenia bien conocido el raro mérito de Jerónimo y su eminente virtud, le pudo reducir á que se dejase ordenar de sacerdote, aunque con la condicion de que no se le habia de aligar á iglesia alguna particular; que no habia de mudar el género de vida monástica que habia abrazado; y que se le habia de permitir, dejándolo á su arbitrio, vivir en soledad. Bajo estas tres condiciones prestó su consentimiento. Con el sacerdocio se renovó su fervor. y la nueva dignidad dió mayor esplendor á su virtud. No era fácil imaginar sacerdote mas sabio, mas santo, mas mortificado ni mas humilde. Era de cuarenta y cinco años cuando se ordenó de sacerdote. El amor á la soledad le volvió á llevar á Belen, donde estuvo tres años aplicado únicamente á la contemplacion y al estudio de la sagrada Escritura. Movido de la gran reputacion de san Gregorio de Nazianzo, que gobernaba á la sazon la iglesia de Constantinopla, hizo un viaje á aquella capital del Oriente. Mantúvose algun tiempo junto á aquel santo doctor, á quien siempre trató y veneró como á maestro suyo. Tiénese por cierto que durante su residencia en aquella corte imperial compuso el pequeño tratado sobre la *Vision de los serafines* de que habla Isaías, y tradujo en latin la crónica de Eusebio. Despues que san Gregorio se

retiró de Constantinopla renunciando aquel obispado en obsequio de la paz, Jerónimo se restituyó á la Palestina; pero ofreciéndose á Paulino, obispo de Antioquía, y á san Epifanio hacer un viaje á Roma, quisieron absolutamente que nuestro santo los acompañase. Luego que llegó á aquella cabeza del mundo, el papa san Dámaso, que conocia su mérito, le detuvo cerca de sí para que le ayudase á responder á las consultas de las iglesias. En todas ellas se hicieron luego notorios sus tálentos. Ya era muy conocido en aquella capital del universo por la penetracion y por la delicadeza de su ingenio, por su profunda erudicion, por su rara sabiduría en materias de religion, por su habilidad en la inteligencia de las sagradas Escrituras y de todas las lenguas; pero cuando se observó mas de cerca la santidad de sus costumbres, su modestia, su humildad, aquel género de vida tan austera, su recogimiento interior y aquella tierna devocion que á pesar de su cuidado mostraba en el altar por las copiosas lágrimas que continuamente derramaba en el santo sacrificio, todos á competencia se empeñaban en hacer con él las mayores demostraciones de estimacion, de veneracion y de respeto. Cada uno solicitaba llevarle á su casa; y como quizá nunca reinó mas que entonces la virtud entre las señoras romanas, eran pocas las que no tenian en él una entera confianza. Pero bien persuadido el santo de lo delicada que es la direccion de las mujeres, y no ignorando el desvelo que debe aplicar un director á evitar todas las ilusiones, todos los lazos y todos los peligros, se impuso una severa ley de no mirar jamás el rostro á mujer alguna, de no visitarlas, y de excusar con ellas toda frecuente conversacion, aunque fuese de cosas espirituales y santas. Oíalas con extraordinaria modestia y compostura, respondíales en pocas palabras, y nunca en asuntos que no fuesen de conciencia

y pertenecientes á la salvacion. Pero ni su escrupuloso pudor, ni el continuo miedo de que se volviese á encender en su pecho el fuego de la tentacion, le pudieron dispensar de encargarse de la direccion de las señoras mas virtuosas por órden del papa Dámaso. Entre las que se gobernaban por san Jerónimo, y se aprovechaban mas de su doctrina y consejos, las que mas principalmente se distinguian era santa Marcela, viuda, santa Asella virgen, Albina madre de santa Marcela, santa Leta, viuda, las santas Fabiola, Marcelina, Felicitas y algunas otras, cuyas virtudes y méritos canonizó la santa Iglesia. No obstante, las mas célebres hijas espirituales suyas fueron santa Paula, y sus dos hijas Eustoquia y Blesilla, siendo esta última señora de raro mérito y virtud extraordinaria, en cuya muerte escribió san Jerónimo una bella epístola á santa Paula su madre y á santa Eustoquia su hermana para consolarlas en aquella pérdida.

Entre tanto, aprovechándose el papa Dámaso de la mansion que hacia en Roma san Jerónimo, le hizo continuar en sus obras sobre la sagrada Escritura. Fueron recibidas del público con tanto aplauso, que en todo el mundo se hablaba de san Jerónimo con admiracion. Pero en medio de este general aplauso, se comenzó á descubrir poco á poco cierta especie de emulacion, que tuvo principio en su celestial sabiduría, y que la misma santidad de su vida encendió mas. La pureza de sus costumbres pareció á muchos eclesiásticos ser una muda censura del desórden de las suyas; y muerto el papa Dámaso, se desenfrenaron en maledicencias y en calumnias contra nuestro santo. Tratábase de hipocresía su compostura, su austeridad y su virtud; se hacia burla de su direccion dandosele cierta interpretacion maligna, y se ponia en disputa hasta la santidad de su doctrina y la pureza desu fe. Érale muy fácil á san Jerónimo, armado

de su estilo y mucho mas de su inocencia, confundir á sus enemigos y disipar la calumnia; pero como solo suspiraba por su amado retiro, tomó el partido de ceder el campo á la envidia; y saliendo de Roma el año de 385, se embarcó con su hermano menor Pauliniano para volverse á la Palestina. Aportó á la isla de Chipre, donde fué recibido con mucho gozo por san Epifanio en Salamina; despues en Antioquía de Siria, donde vió á Paulino; de allí se encaminó á Jerusalen para pasar despues á Egipto. Cuando llegó á Alejandría, se hizo discípulo del famoso ciego Dídimo, que ya era venerado por uno de los mas célebres doctores de la Iglesia. Por huir las contestaciones y disputas de los origenistas, se restituyó á su dulce retiro de Belen, donde ya habian llegado santa Paula y su hija santa Eustoquia. Santa Paula edificó dos grandes monasterios, uno para hombres, donde se retiró san Jerónino, y otro para mujeres dividido en tres comunidades.

Encargóse nuestro santo de la direccion espiritual de las dos casas, y despachó á su hermano Pauliniano para que vendiese lo que hubiese quedado de la herencia de sus padres. Empleó el precio en aumentar el número de celdas en su monasterio para poder hospedar mayor número de peregrinos, especialmente religiosos que iban de todas partes del mundo á visitar la Tierra Santa. Pero estos ejercicios de virtud y de caridad de ningun modo le distraian del estudio á que particularmente le habia llamado Dios. Despues de haber enriquecido ya á la Iglesia con muchas obras sobre el viejo y nuevo Testamento, como tambien sobre diferentes asuntos morales, emprendió explicar la epístola de san Pablo á Filemon, á los Gálatas y á los Efesinos. Al mismo tiempo que trabajaba dia y noche en instruir y en edificar á los fieles con sus obras doctrinales, no se descuidaba en refutar los errores

de los herejes. Escribió dos libros *de la virginidad* contra Joviniano. Acusáronle sus émulos de que por defender la verdad habia dado en el extremo contrario; y publicó una *apología* de su obra, que sirvió al mismo tiempo de defensa y de explicacion. Poco tiempo despues que salió á luz esta apología, publicó su catálogo *de los Escritores eclesiásticos.*

Habiendo ido en peregrinacion á Jerusalen el año de 393, Alipio, obispo de Tagaste, quiso ver á san Jerónimo, cuya reputacion se habia extendido por toda la Africa. Creció su estimacion y su concepto con la presencia y con el trato de aquel grande hombre. Lo que Alipio le refirió del mérito y talentos de san Agustin, bastó para hacerle unir al gran concepto en que le tenia un particular afecto, y este fué el fundamento de la estrecha amistad que unió despues á los dos santos en tanta utilidad de toda la Iglesia.

Hacia entonces grandes progresos el origenismo en todo el Oriente; pero encontró en Jerónimo un formidable defensor de la verdad. Por mas que Rufino y Juan, obispo de Jerusalen, quisieron disfrazar sus errores con apariencias de zelo y de virtud, san Jerónimo les quitó la máscara, y descubrió en ellos los desvaríos de Orígenes. Quiso vengarse el obispo; persiguióle á banderas desplegadas; amenazóle con la excomunion; prohibióle la entrada en el santo sepulcro, y le hubiera hecho desterrar á no haberlo estorbado la autoridad de santa Paula, á quien nuestro santo se quejó amorosamente de que con su intercesion le habia quitado la gloria de padecer destierro en defensa de la verdad.

Verdaderamente causa admiracion que un hombre sepultado en la soledad, consumido de enfermedades, extenuado al rigor de los ayunos, de las vigilias y de las penitencias pudiese bastar para dar expediente á tantas y tan penosas ocupaciones en que su

zelo por la Iglesia y su gran reputacion le empeñaba cada dia. Sus comentarios sobre la sagrada Escritura; sus versiones sobre los libros sagrados que adoptó despues la Iglesia; sus tratados dogmáticos contra los herejes, singularmente contra los origenistas y pelagianos; sus solas epístolas, cada una de las cuales vale un libro entero en que se contiene el dogma mas puro y la moral mas sana de la religion cristiana, eran mas que suficientes para absorber todo el tiempo de la mas dilatada vida. Tomando cada dia mas vuelo su reputacion, era consultado de todas las provincias del universo; corrian todos á él como á oráculo de la cristiandad, y era generalmente buscado como uno de los mas sabios y mas santos doctores de la Iglesia. Las personas de mas alto nacimiento le enviaban sus hijos, y los que iban en peregrinacion á la Tierra Santa contaban en el número de sus principales devociones la visita de san Jerónimo en Belen. Entre todas sus ocupaciones la principal era el estudio de la sagrada Escritura. Ninguno conoció mejor que san Agustin el mérito de este trabajo y el importante tervicio que hacia con él á la Iglesia. Escribióle su parecer, y le exhortó á que continuase una obra de tanta importancia. Tradujo, pues, del hebreo en latin todos los libros del viejo Testamento; y los libros de Judit y de Tobías los tradujo del caldeo. A ruegos del papa san Dámaso habia corregido el salterio latino de la antigua version itálica, sobre la edicion de los Setenta hecha por san Luciano. Tambien corrigió el nuevo testamento sobre la version griega, y en fin, publicó corregida de su mano la misma version griega de los Setenta. No son menos admirables que sus versiones sus comentarios sobre la sagrada Escritura; de manera que con mucha razon dice la Iglesia en el oficio del dia, *que le escogió Dios para explicar la Escritura sagrada.*

No habiendo aprobado san Agustin el estilo, un poco mas acre de lo justo, que usó nuestro santo en su impugnacion contra los errores del origenista Rufino, le escribió ingenuamente su sentir. La respuesta fué tambien un poco viva; pero la profunda humildad de los dos santos terminó presto aquella leve oposicion de dictámenes, y el efecto de aquella discordia pasajera fué renovarse entre los dos mas estrechamente la amistad, que nunca padeció despues la mas mínima alteracion en toda la vida.

Pelagio y su discípulo Celestio salieron de Roma, y se retiraron, el primero á la África, y el segundo á Palestina, donde uno y otro comenzaron á sembrar sus errores. El primero que tuvo la honra de escribir contra esta herejía en su epístola á Ctesifon fué san Jerónimo, y el año de 415 compuso un gran tratado en forma de diálogo, en que, refuta los errores de Pelagio. Sintió tanto este heresiarca los mortales golpes que descargaba san Jerónimo contra su herejía en aquella obra, que, aunque no se le nombraba en ella, determinó quitarse la máscara y no guardar ya mas medidas con el santo. Vengóse de él como hereje. Favorecido secretamente del obispo Juan, que siempre conservó en su corazon el tósigo del antiguo odio que habia profesado á san Jerónimo, comunicó Pelagio su furor á una tropa de foragidos, los cuales se arrojaron en Belen sobre los dos monasterios que estaban á la direccion de nuestro santo. Cometieron en ellos cuantos excesos se pueden imaginar; saquearon las dos casas, y degollaron muchas personas de uno y otro sexo. Fué comprendido un diácono en aquella mortandad, y no obstante tanta sangre y devastacion, escapó Jerónimo de aquel peligro por milagro. Sobrevivió poco tiempo el obispo Juan á unos excesos en que habia tenido alguna parte; pero Prailo, su sucesor, se portó muy de otra manera con nuestro

santo, cuya virtud y mérito tenia bien conocido: mas gozó poco tiempo Jerónimo de esta quietud. Hacia dias que experimentaba visiblemente la decadencia de sus fuerzas consumido de enfermedades y de penitencias cuyo rigor no mitigó hasta la muerte. Vióla venir con aquella tranquilidad y con aquella alegría, cuyo gusto solo se reserva á la virtud en aquella última hora. Habiendo recibido con extraordinario fervor todos los sacramentos, lleno de dias y de merecimientos entregó su alma al Criador el dia 30 de setiembre del año 420, casi á los noventa de su edad, habiendo pasado cerca de cuarenta en su solitario retiro.

Sintió toda la Iglesia la pérdida de aquel grande hombre que la habia enriquecido con tantas y tan sabias obras, y la habia edificado con tantos y tan grandes ejemplos. El cuerpo de san Jerónimo, que á su muerte apenas era mas que un esqueleto, fué sepultado en la gruta de su monasterio de Belen, y despues trasladado á la iglesia de Santa Maria la Mayor de Roma junto al pesebre del Salvador, donde se erigió un altar en honor del santo; pero su cabeza se venera en la magnifica iglesia de Cluni. Reconócele la Iglesia por uno de sus cuatro doctores principales, san Gregorio papa, san Ambrosio, san Agustin y san Jerónimo. Su culto se ha extendido en España mas que en otras partes con motivo de la religiosa órden que hasta el dia de hoy se honra con su nombre, y dedicada principalmente en la soledad y en el retiro al celestial ejercicio de las divinas alabanzas, hace tanto honor á la religion y á la Iglesia, promoviendo con tanta devocion como magnificencia el culto divino en desempeño de su angelical instituto.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Belen de Judá, el tránsito de san Jerónimo, presbítero y doctor, el cual, habiéndose dedicado con

ardor á todo género de estudios, y seguido las huellas de los monjes mas perfectos, traspasó con la espada de su doctrina á los monstruos de muchas herejías. Habiendo por último llegado á una edad muy avanzada, murió en paz y fué sepultado cerca del pesebre del Señor; pero despues su santo cuerpo se llevó á Roma, y fué colocado en la basilica de Santa María la Mayor.

El propio dia, san Leopardo, mártir, de la servidumbre de Juliano apóstata, el cual fué decapitado en Roma, y el cuerpo trasladado con el tiempo á Aix-la-Chapelle.

En Soleuro en la Galia, el suplicio de san Víctor y de san Urso, mártires de la ilustre legion Tebana, quienes bajo el emperador Maximiano fueron primero cruelísimamente atormentados; mas tuvieron que cesar los verdugos en sus crueldades, aterrados por una vivísima luz del cielo. Luego los arrojaron al fuego; mas como no recibian ningun daño, los pasaron á cuchillo.

En Plasencia, san Antonino, mártir de la misma legion.

El propio dia, san Gregorio, obispo de la Armenia Mayor, que, á pesar de haber padecido mucho bajo Diocleciano, murió por último en paz.

En Cantorbery en Inglaterra, san Honorio, obispo y confesor.

En Roma, santa Sofía, viuda, madre de las santas vírgenes Fe, Esperanza y Caridad.

En el Limosin, san Vertuniano, solitario.

En Chalons de Champaña, san Lumié, obispo.

En Comminges, san Goinso, tierno infante despedazado por los Sarracenos.

En Moissac de Quercy, san Amberto, corepíscopo.

En la Santa Capilla de París, la llegada y recibimiento de las reliquias de nuestra redencion.

En Roma, el tránsito de san Francisco de Borja, quien de duque de Gandia en España se hizo jesuita.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui Ecclesiæ tuæ in exponendis sacris Scripturis, beatum Hieronymum confessorem tuum, doctorem maximum providere dignatus es; præsta, quæsumus, ut ejus suffragantibus meritis, quod ore simul et opere docuit, te adjuvante, exercere valeamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que para la exposicion de las sagradas Escrituras colocaste en tu Iglesia al máximo doctor san Jerónimo tu confesor; suplicámoste nos concedas por sus merecimientos que, mediante tu divina gracia, practiquemos lo que él nos enseñó tanto con sus palabras como con sus ejemplos. Por nuestro Señor...

La epistola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 4.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus: et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum con-

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte.

summavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solùm autem mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demás tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

« En este capítulo de la segunda epístola de san » Pablo á su querido discípulo Timoteo le especifica » el Apóstol individualmente todas las obligaciones » de un obispo, y las prendas de que debe estar adornado. Exhórtale á enseñar, corregir y reprender » á los malos con aquel zelo que animaba á los após» toles, cuyos sucesores son los obispos. »

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. ¿Adónde se fueron aquellos dichosos siglos, aquellos dias claros y serenos en que el espíritu dócil, el corazon recto y puro solo amaban la verdad, solo buscaban la verdad, á nada tomaban gusto sino á la doctrina sana y pura del Evangelio? ¿adónde se fué aquella cristiana sencillez, de que hacian vanidad los mas elevados ingenios, que enemiga de toda preocupacion hacia reinar la fe aun en medio del ciego paganismo? Desaparecieron ya aquellos dias tranquilos y despejados. Siempre se comunica al entendimiento el corrompido temple del corazon, y levanta aquellas espesas nieblas que oscurecen la fe, y cierran el paso aun á las luces mismas del corazon. Todo lo turban las pasiones; y en viéndose estas con libertad, hacen esclavo al corazon y al entendimiento. Apágase la fe en corrompiéndose las costumbres. No hay objeto mas digno de lástima

que un corazon y un entendimiento entregados á sí mismos. Luego que domina el orgullo se debilita la piedad. Ya no se consulta mas que á las luces propias de cada uno; y como estas son tan amortecidas y tan limitadas, está pronto el descamino. No se quiere reconocer otra guia en las verdades de la religion que á su propio entendimiento. Solo se cree aquello que se comprende. Preténdese que la fe no debe tener otro garante que la razon natural; y á fuerza de quererlo probar todo, y que todo sea plausible, de todo se duda. Hasta los entendimientos mas limitados, hasta los genios mas vulgares y mas rateros presumen de jueces soberanos para pronunciar definitivamente sobre las verdades mismas de la religion. Las mismas mujeres se imaginan con legítimo derecho para meterse en esta crítica. La heregía fué la que introdujo en el mundo este espíritu particular. Muy de temer es que, á fuerza de discurrir como filósofos, se deje de creer como cristianos. No hubo jamás siglo tan fecundo en críticos como el nuestro. ¿Qué han producido esas escrupulosas indagaciones y esos imaginarios descubrimientos? No mas que propagar entre los fieles una especie de pirronismo, para que, desconfiando de la piadosa credulidad de nuestros mayores, se hagan insensiblemente incrédulos en todos los hechos. ¡Buen Dios! ¿adónde se fué aquella religiosa docilidad tan esencial á todos los cristianos? Los mayores genios del universo, aquellos espíritus sublimes é iluminados, aquellos hombres llenos del espíritu de Dios, cuya sabiduría igualaba á su virtud, y cuya virtud se veia autorizada con milagros, se preciaban de deferir á la tradicion de sus padres. No hay hoy en dia mas luces que entonces; pero hay mas osadía, mas orgullo, y menos humildad. ¿Cuál es el fruto de todas nuestras sutilezas?

El evangelio es del cap. 5 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit à lege, donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, asi vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pase el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrantare alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñare así á los hombres, será reputado el menor en el reino de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos.

MEDITACION.

TODO SE HACE FÁCIL AL QUE AMA Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es verdad de fe, que el yugo del Señor es suave : *Jugum meum suave est*; y su carga lijera, *et onus meum leve.* Aunque la experiencia, por confesion de todos los santos, no nos demostrara esta práctica verdad, bastaria la palabra de Jesucristo para persuadirnos que se engañan nuestros sentidos, y que nuestra razon padece error cuando nos dice que el servicio de Dios es penoso; que, siendo tan estrecho el camino que conduce á la vida, por precision ha de congojar; y que el único alimento de la virtud es la amargura de los trabajos. Penitencia, mortificacion, adversidades, menosprecios y humillaciones, esta es, en opinion de los hombres, la legítima de los santos; y esto es lo que espanta y lo que desvía del servicio de Dios á tantas almas cobardes. Sin embargo, aunque sea tan universal esta opinion, aunque sea tan plausible, aunque esté tan autorizada en el mundo, ella es absolutamente falsa. El Salvador, la verdad eterna, el oráculo infalible, asegura positivamente que no hay verdadero consuelo ni verdadero gusto en la tierra sino en el servicio de Dios. No hay verdad mas cierta. Pero ¿no nacen las cruces en todos los caminos de la perfeccion? ¿no es inseparable la mortificacion de la verdadara virtud? ¿se puede entrar en el cielo sin hacerse violencia? Ciertamente no. Pero el amor de Dios es el cimiento, la base, y como el alma de la virtud cristiana; y cuando se ama á Dios, dice san Agustin, nada se hace pesado, nada amargo, nada dificultoso : *Ubi amatur, non laboratur; et, si laboratur, labor amatur.* Cuando se ama á Dios todo se hace dulce, todo fácil; y si se

encuentra algun trabajo, el mismo trabajo se ama tanto, que se echaria menos, y se sentiria mucho si no se padeciese. Cuanto mas se padece por el objeto amado, mas gusto y mas consuelo se experimenta en lo mismo que se padece. Nada le cuestan á Jacob siete años de servicio cuando considera que Raquel ha de ser el premio de ellos. Grandes incomodidades se padecen en una larga navegacion : en el ejército hay fatigas bien penosas, un puesto importante no se defiende sin grandes riesgos. Con todo eso, la codicia, el honor, la distincion, el amor de la gloria devoran todas estas dificultades, todos estos peligros, todos estos trabajos; ¡y no se creerá que el amor puro y sincero de Dios tenga la misma virtud!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios tiene el secreto como de encantar todo lo duro, lo ingrato que se encuentra en la práctica de la virtud. Endulza las cruces mas amargas, alijera las mas pesadas, y allana los caminos mas escabrosos. Es preciso, se dice, hacerse violencia para ser santo. Esto quiere decir que es necesario vencer sus pasiones, sus inclinaciones y su natural; que es menester mortificar los sentidos y el amor propio; enemigos formidables, contra los cuales está determinada á combatir una alma generosa y abrasada en el amor de su Dios. Claro está que nunca se hace la guerra sin trabajo. La vigilancia con que se debe vivir para evitar las sorpresas del enemigo; las fatigas que indispensablemente se han de padecer para atacarle y para deshacerle son penosas; ¿quién lo puede negar? pero ¿qué general, qué soldado victorioso no despreció siempre lo que es preciso padecer para atacar y para derrotar al enemigo por conseguir una gloriosa victoria? ¿Con qué paciencia se está dia y noche en una trinchera aguantando los

mas rigurosos temporales? ¿con qué firmeza se sostienen los esfuerzos de un batallon y de una partida? ¿con qué ardor se entra por una brecha, se avanza al asalto para tomar una plaza? Todo esto lo suaviza el amor de la gloria. Pues mucho mas suaviza todas las cruces el amor de Dios. Recorramos todos los estados de la vida. Hombres de negocios, comerciantes, hombres de letras, el amor del interés, la ambicion y la codicia vencen todas las dificultades. Hechizos mucho mas poderosos tiene el amor de Dios. La ansiosa pasion de agradar á un Dios que se ama, participa en cierto modo la omnipotencia del divino objeto amado. Un hombre que ama verdaderamente á Dios, apenas puede comprender que haya trabajo en ayunar, en macerar el cuerpo, en mortificar los sentidos, en hacerse violencia y en vencerse. Considera, y con sobrada razon, á la sensualidad y al amor propio como enemigos declarados de su Dios, como á enemigos de su eterna salvacion, como á sus mortales enemigos; ¿y quieres que halle dificultad en vencerlos? Traigamos á la consideracion aquellos desiertos espantosos habitados por un infinito número de penitentes: juntemos las penitencias de todos los santos: añadamos lo que los mártires padecieron por la fe. A todos los oiremos exclamar con el Apóstol: *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam promerendam.* Ninguna proporcion tienen estos trabajos con el premio que esperamos. Preguntémoslo á todos los santos: nos responderán que todo es gozo, todo dulzura, todo consuelo en el corazon, en el alma de los que aman á Dios. Inundado está su corazon de aquellas puras y espirituales delicias. No comprendemos nosotros estos misterios porque no amamos á Dios.

JACULATORIAS.

Jubilate Deo, omnis terra: servite Domino in lætitia. Salm. 99.

Pueblos de la tierra de Israel, colocad todo vuestro gusto y toda vuestra alegría en servir y en alabar al Señor.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, quam abscondisti timentibus te! Salm. 30.

¡O Señor, y qué abundancia de consuelos y de dulzuras teneis reservadas à los que os aman y os temen!

PROPOSITOS.

1. No digas ya que cuesta mucho el ser santo. Esta cantinela tan comun entre los imperfectos y entre los mundanos es buena prueba de lo poco que se ama á Dios, y hace poca merced á los que usan este lenguaje. Las dificultades que se figuran en el servicio de Dios, no están en el mismo servicio, sino en el corazon de los que vanamente se lisonjean de que le quieren servir. A un enfermo sin fuerzas y sin espíritu; a un hombre extenuado y consumido con una calentura, la menor carga se le representa peso enorme, al mismo tiempo que á un hombre sano y vigoroso le parece la cosa mas lijera. El mismo enfermo que no puede dar dos pasos sin sofocarse, en sana salud anda una legua á pié sin la menor fatiga. Aprovéchate de estas reflexiones prácticas. Ama á Dios, y todo se te hará dulce, fácil y suave en su servicio. Ama á Dios, y se desvanecerán todas las dificultades que abulta tu aprehension en el camino de la salvacion. Pero si las máximas del Evangelio te parecieren demasiadamente amargas y demasiadamente duras, ten por cierto que no amas á Dios. Pídele sin cesar este amor: Jesucristo vino á encende,

en la tierra este divino fuego, y no desea otra cosa sino que el mundo se abrase en él. Culpa tuya será si está apagado en tu corazon.

2. No habla esto solo con las gentes del mundo; tambien las personas religiosas encontrarán aquí un fondo de reflexiones que les interesa mucho. A todos atemoriza el desierto y les causa tedio la soledad. Prometíanse un maná celestial de gusto delicioso, un aire dulce, un cielo siempre sereno, rios de leche y miel, defendidos de los rayos del sol, alumbrados aun en medio de las mas densas tinieblas; pero les sucede todo lo contrario. Solo experimentan disgusto y tedio; la vida uniforme y arreglada cansa; la puntualidad fastidia; la continua sujecion y dependencia da en rostro; todo se hace insoportable y molesto. ¿Padecióse acaso algun engaño en la idea que se habia formado del estado religioso? ¿engañáronse en la pintura que nos hicieron de los consuelos que se escondian en aquella vida? De ningun modo. Estos consuelos son todavía mucho mas exquisitos y mucho mas abundantes de lo que nos habian prometido; pero solo se reservan para los religiosos fervorosos, para las almas generosas y fieles. Luego que se entibia el fervor, se pierde el gusto. Ámese fervorosamente á Dios, á quien se sirve, y todo se hará fácil en su servicio. Las reglas serán fuentes de dulzuras; la obediencia principio de tranquilidad; la mas rígida pobreza un tesoro inagotable. Pero si se vive con relajacion, con tibieza y con disipacion, luego se echa menos la tierra de Egipto que se dejó; luego se comienza á sentir la pesadez del yugo y el tedio de la soledad. Ama á Dios con generosidad y sin mezcla de otro amor, y no encontrarás mas que torrentes de consuelo en el estado religioso.

FIN DEL MES DE SETIEMBRE.

TABLA

DE LOS TÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE NOVENO TOMO.

FIN DE LA TABLA.

POISSY. — TIP. Y STER. DE AUG. BOURET.